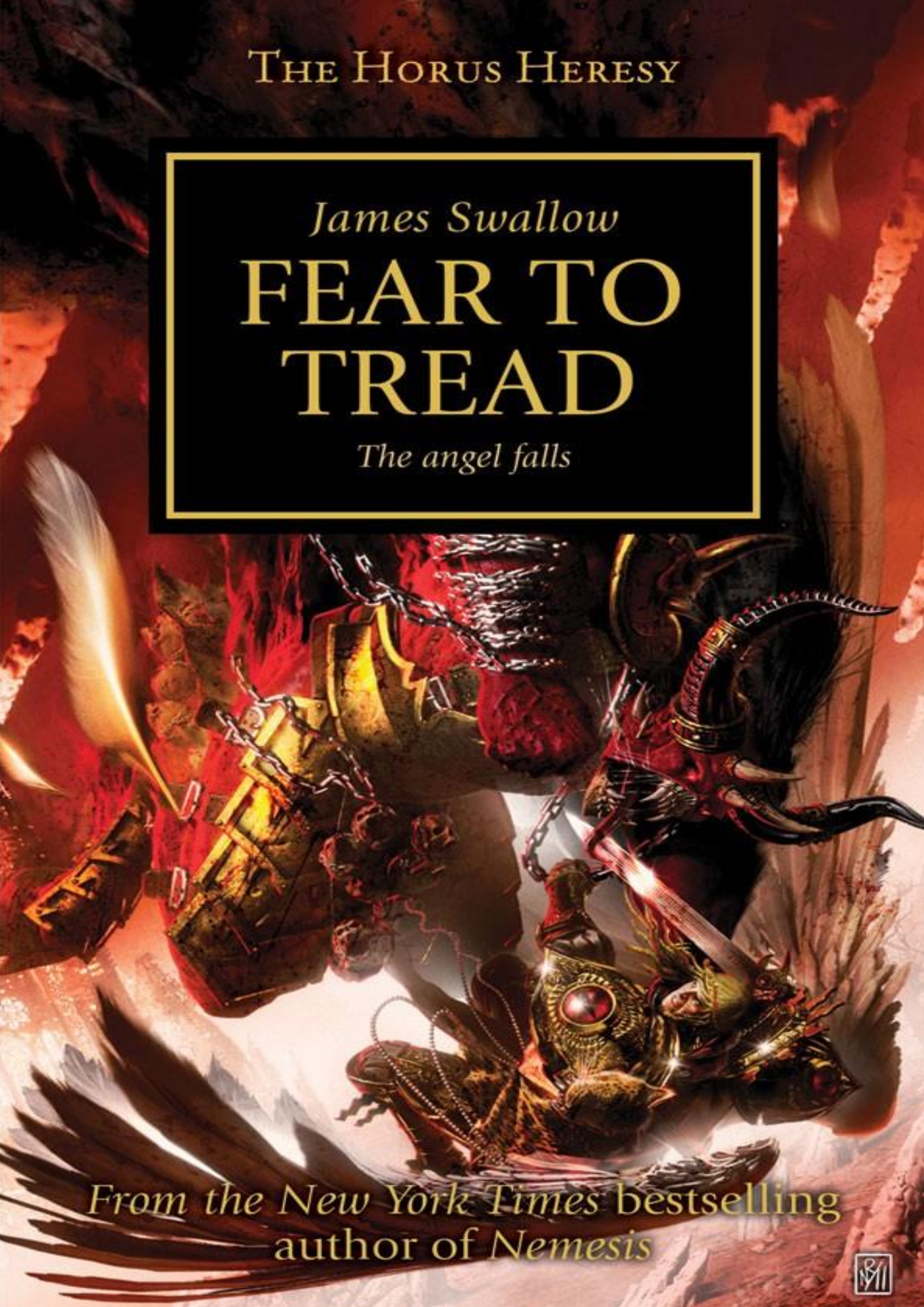

THE HORUS HERESY
James Swallow
FEAR TO TREAD
The angel falls
From the New York Times bestselling author of Nemesis



LA HEREJÍA DE HORUS

MIEDO A CAER

ANDY SMILLIE



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

SANGUINIUS	Primarca de los Ángeles Sangrientos
HORUS	Primarca de los Hijos de Horus, Señor de la Guerra

La Legión de los Ángeles Sangrientos

AZKAELLON	Comandante de la Guardia Sanguinaria
ZURIEl	Sargento de la Guardia Sanguinaria
LOHGOS	Hermano de la Guardia Sanguinaria
MENDRION	Hermano de la Guardia Sanguinaria
HALKRYN	Hermano de la Guardia Sanguinaria
RALDORON	Señor del Capítulo y capitán de la 1º compañía de los Ángeles Sangrientos
OREXIS	Sargento de la 1ª compañía de los Ángeles Sangrientos
MKANI KANO	Adjunto de la 1ª compañía de los Ángeles Sangrientos
CADOR	Hermano de la 1ª compañía de los Ángeles Sangrientos
RACINE	Hermano de la 1ª compañía de los Ángeles Sangrientos
VENERABLE LEONATUS	Dreadnought de la 1ª compañía de los Ángeles Sangrientos
AMIT	Capitán de la 5ª compañía de los Ángeles Sangrientos
FURIO	Capitán de la 9ª compañía de los Ángeles Sangrientos
CASSIEL	Sargento de la 9ª compañía de los Ángeles Sangrientos
MEROS	Apotecario de la 9ª compañía de los Ángeles Sangrientos
SARG	Hermano de la 9ª compañía de los Ángeles Sangrientos
XAGAN	Hermano de la 9ª compañía de los Ángeles Sangrientos
LEYTEO	Hermano de la 9ª compañía de los Ángeles Sangrientos
KAIDE	Tecnomarine de la 9ª compañía de los Ángeles Sangrientos
GALAN	Capitán de la 16ª compañía de los Ángeles Sangrientos
DAR NAKIR	Capitán de la 24ª compañía de los Ángeles Sangrientos
MADIDUS	Sargento de la 24ª compañía de los Ángeles Sangrientos
GRAVATO	Hermano de la 24ª compañía de los Ángeles Sangrientos
NOVENUS	Hermano de la 33ª compañía de los Ángeles Sangrientos
DEON	Hermano de la 57ª compañía de los Ángeles Sangrientos
CLOTEN	Dreadnought de la 88ª compañía de los Ángeles Sangrientos

TAGAS	Capitán de la 111ª compañía de los Ángeles Sangrientos
ALOTROS	Hermano de la 111ª compañía de los Ángeles Sangrientos
REZNOR	Teniente-Comandante de la 164ª compañía de los Ángeles Sangrientos
ECANUS	Hermano de la 202ª compañía de los Ángeles Sangrientos
SALVATOR	Hermano de la 269ª compañía de los Ángeles Sangrientos
DAHKA BERUS	Alto Guardián
YASON ANNELLUS	Guardián

La Legión de los Lobos Espaciales por decreto de Russ y Malcador

HELIK REDKNIFE	Jarl, en terrano capitán del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
JONOR STIEL	Sacerdote Rúnico o bibliotecario del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales

Los Agentes de las Legiones Traidoras

EREBUS	Primer Capellán de los Portadores de la Palabra
TANUS KREED	Acólito de los Portadores de la Palabra
UAN HAROX	Capitán de la 8ª compañía de los Portadores de la Palabra
MALOGHURST	Palafrenero de los Hijos de Horus
FABIUS BILIS	Apotecario Jefe de los Hijos del Emperador

Personajes Imperiales de los Ángeles Sangrientos

ATHENE DUCADE	Capitana de la Lágrima Roja
COROCORO SAHZË	Astrópata
HALERDYCE GERWYN	Rememorador
TILLYAN NIOBE	Jardinero

Desconocidos

KA'BANDHA

KYRISS

"La Guerra es el Infierno"

– WyllamTekumsahShirmun,
Escritos recuperados de la Era Anterior a la Noche [M7]

"Si uno quiere pasar desapercibido ante los demonios, uno no debería depositar su confianza en los ángeles"

– atribuido al rememorador Ignace Karkasy[M31]

La guerra que llegó a Melchior la librarondioses yángeles; rompió el cielo yla tierra, quemó montañas yvolvió océanos encenizas, pero al final se trataba de unúnico objetivo. Enlas llanuras de sal blanca del Desierto Plateado, donde millones de reclutas ylos fieles habíantrabajado para construir torres de alabanza ycapillas empáticas, los Nephilimse reunieronpara la última batalla.

Durante los meses de guerra habíanretrocedido, dejando atrás cada campo de batalla sinimportar si habíansido los vencedores o los vencidos. Era casi como si los pueblos, las planicies ylos cañones hubieransido contaminados para ellos por el derramamiento de sangre. Los Nephilimle dabanla espalda yse alejaban, ypoco a poco se hizo evidente hacia dónde se dirigían. Desde la órbita, una vez que sus naves de guerra conforma ovoide fuerondestruidas ysusuperioridad espacial perdida, las líneas de desplazamiento eranlo suficientemente amplias como para ser vistas a simple vista. Flujos de figuras, cintas negras de refugiados siendo conducidas desde cada punto de la brújula, planas contra el paisaje como las plumas oscuras de humo de las ciudades incendiadas.

La guerra de los dioses ylos ángeles se podría haber terminado desde esa superioridad. Se habría requerido sólo el tiempo yla paciencia necesaria para conducir al enemigo a suúltimo bastióny luego bombardearlo hasta llevarlo al olvido.

Pero esto no era ese tipo de batalla, ni tampoco para aquellos que lucharonse sintieroninclinados a aguantar yesperar. Había afrentas de granescala que había que

responder a igual escala; lecciones
que se debíanaprender ymanifestaciones que hacer a la galaxia engeneral. Los Nephilimhabían ofendido al Imperio yteníanque ser vistos siendo castigados por sucrimen.

Y luego estabanlas personas. No todos ellos cantaronlos himnos, conlos rostros manchados de lágrimas de alegría mientras mirabana los gigantes que caminabanentre ellos. No todos ellos dieron todo lo que tenían, desde los muebles hasta los primogénitos, por la palabra de los Nephilim. Muchos estabanentre la multitud sinelección, congrilletes yconvertidos enesclavos. Merecíanser liberados ysugerir que fuesensacrificados enel altar de la guerra era inconcebible.

Algunos dijeronque *todos* los adoradores eranesclavos, si hubiera que ampliar la definición. Al final, el asunto era discutible. Para liberar a la gente de Melchior los Nephilimteníanque ser exterminados, hasta el último de ellos. Enese asunto, no había discusión.

Enel corazóndel desierto plateado, enel chispeante yeso blanco envuelto enoleadas de calor radiante solar los Nephilimconcentraronsugrancomitiva entre las rocas yacantilados escarpados; allí cantaronsus peculiares canciones ululantes ytrabajaronduro enlos cobrizos marcos de sus construcciones. Esperando a que el enemigo llegara.

Caballeros conarmadura pintada de luna pálido conadornos negros formaronuna falange masiva de ceramita, escudos yarmas. Había ocho mil de ellos, las marchas de sus botas crujiendo la capa superior del suelo salino hasta hacerlo polvo, arremolinándose enel aire tanfino como el papel de humo. Blanco sobre blanco, envueltos enla niebla, parecíanflotar hacia los bordes del gran campamento Nephilimconunsonido estruendoso, el rugido de untrueno que no parecía acabar. Enel borde de sus batallones habíanmáquinas de guerra: carros de combate, hovercrafts elevados por columnas invisibles de anti-gravedad, cosas bajas yde bloques que se parecíana trilobites blindados, vehículos de combate erizados de cañones. Mirando por encima de la niebla había cientos de estandartes de batalla ybanderines; portabandiversos diseños del signo que llevabansobre los hombros los guerreros, el rostro negro de unlobo astuto conuna media luna debajo de suhocico, junto concitas de unidades ylas marcas de escuadrón.

La bandera más alta, la portada enla punta de la formación, tenía undiseño único:

unojo reproducido de manera que parecía unsigno antiguo de Terra, abierto yaudaz, vigilante como el de undepredador. El banderínera llevado uncampeónentre campeones ypermaneció resplandeciente ensuarmadura artesanal, marchando enel brazo derecho de unsemidiós. Unseñor de la guerra.

Horus Lupercal, Primarca de los Lobos Lunares yseñor de la XVI LegiónAstartes, se detuvo enseco ylevantó una pesada mano enguantada, apuntando a las líneas de barricadas yrevestimientos que marcabanel borde del ejército Nephilim. Una ola rompió tras él, a través de las filas de sus guerreros que tambiénse detuvieronyesperaronsus órdenes.

El severo disco solar de Melchior formaba una sombra de negro sinfina sus pies. -¿Los ve, capitán? –preguntó envoz baja Horus, singirarse a susubordinado.

El capitánHastur Sejano, pretor de la Cuarta Compañía de los Lobos Lunares, asintió congravedad. El impacto a quemarropa de ungolpe sónico Nephilima principios de la campaña había dañado los huesos de sucráneo, ypese a una excelente reconstrucciónel proceso de curacióntuvo el efecto secundario de darle undolor de cabeza constante aunque de bajo nivel. El dolor punzante le hizo irritable yrobó a Sejano subuenhumor.

Los gigantes estabanenmovimiento, surgiendo mientras avanzabandesde sucampamento. El capitán de la Cuarta oyó el silbido, el ruido de sus voces trémulas cantarinas cuando vinieronylos gritos de los hombres ymujeres que se apresurarona evadirse de sucamino. Sus pisadas masivas tamborilearonsobre la superficie tensa de las arenas del desierto.

Horus inclinó hacia atrás la cabeza, mirando a otro lado, arriba yarriba enel cielo casi sinnubes. Por unmomento, el comandante parecía desinteresado enla aproximacióndel enemigo.

Sejano echó unvistazo a sus tenientes e hizo gestos rápidos consignos de combate, ordenando al apoyo pesado yunidades Dreadnought dispuestas a lo largo de los bordes de la formaciónde lobos lunares estar listas. Se prepararonlos cañones láser, los bólter pesados tipo Drako ylos cargadores que alimentabanlos lanzamisiles. Detrás de él, el capitánoyó el sonido de ocho mil armas amartillarse.

-Aquí están–dijo Sejano, obligado a decir algo cuando el primero de los gigantes xenos avanzó y pasó por encima de las barreras internas a escala humana de

subaluarte. Los Nephilimteníanuntipo de agilidad cuidada ysinprisas que le recordó a Sejano a criaturas de alta mar vistas a través de las paredes de untanque de vidrio. Se movíanpor el aire como si estuvierannadando enel agua, aparentemente lentas. Pero él había visto de primera mano lo rápido que podíanir si así lo deseaban, danzando ygirando, cada vez más difíciles de alcanzar.

Sejano estaba listo para dar la orden, pero Horus dio cuenta de suintenciónynegó conla cabeza. -Una última oportunidad -dijo. -Hemos llegado tanlejos... Es posible que todavía seamos capaces de salvar vidas.

Y antes de Sejano pudiera responder, suseñor estaba caminando hacia delante, fuera de las líneas de sus legionarios hacia el más cercano de los colosales xenos.

Era uno gris; Sejano había absorbido los datos de inteligencia sobre los xenos a través de una transferencia hipnagógica ysabía lo poco que los oficiales de inteligencia del ejército imperial habíanrecogido sobre la estructura de mando de los Nephilim. Los colores de sus bulbosos cuerpos achatados parecíandesignar rangos generales yposición. El azul era el tipo comúnycorriente, a menudo enlas primeras líneas. El verde parecía desempeñar unpapel similar al de unapotecario o tal vez unsargento de pelotón. El gris era aparentemente el de los comandantes, considerados como “capitanes” por los analistas a falta de una palabra mejor. Los intentos de traducir el chirriante discurso nativo de los xenos habíanresultado infructuosos. Los registros superiores de los sonidos que existíanenrangos hipersónicos estabanincluso más allá del alcance del oído aumentado de un marine espacial. Eso, unido a la extraña luz de los patrones que destellabansobre las líneas fotosensibles ensupiel, hacía el romper sulengua unesfuerzo de tontos.

Los Nephilimno tuvieronproblemas para hacer lo contrario, sinembargo. Habíanllegado a Melchior hablando gótico Imperial como si hubierannacido para ello. Y lo que dijeronhabía negado unsistema estelar entero al Imperio de la distante Terra yal Emperador de la Humanidad.

El gris observó a Horus yse dirigió hacia él, conla luz parpadeante de suepidermis enviando una ordende silencio a las líneas de verdes yazules formadas tras él. Se detuvieronyalrededor de sus gruesas piernas como pilares Sejano vio humanos conglomerarse a los xenos de la misma manera que los niños se aferrana una madre. Los conversos estabanarmados conarmas robadas a las fuerzas de
defensa planetaria de Melchior. Sus rostros eranapenas visibles detrás de las gruesas

máscaras translúcidas que llevaban. Las máscaras emborronabansus rasgos, por lo que sus facciones parecían uniformes ysindefinir; los servicios de inteligencia creíanque las máscaras de los conscriptos estabanhechas de capas epidérmicas de carne Nephilim. Se había observado a Verdes cortar parches de supropia piel para este proceso ritualista, yse teorizó que de alguna manera el uso de la carne xenos unía a los reclutas consus amos. Sejano había observado personalmente una autopsia post-batalla enunNephilimmuerto yvio la profusiónde entrañas nervudas yórganos gelatinosos que componíanlas formas de estas cosas. Pesadas entidades de contorno más o menos humanoide, suaves como las pastillas de jabón, conformas abstractas semejantes a brazos ypiernas. Sus cabezas cúpula sobresalíande sus hombros sincuello, yuna serie de hendiduras olfativas yojos anillabanla superficie de sus cráneos. Eneste sentido, los Nephilimparecíancosas de vidrio soplado, conuna carne semi transparente que brillaba intensamente durante el día.

Horus se detuvo yel gris se encorvó ligeramente para mirar hacia abajo, a él. Cada uno de los xenos era dos veces la altura del legionario más alto.

-Haré la oferta por última vez –dijo Horus a la criatura. -Liberad a vuestros esclavos yabandonad este lugar. Hacedlo ahora, ennombre del Emperador.

La piel fotosensible del Nephilimbrilló yeste se extendió por sus rechonchas manos de tres dedos en ungesto de falsa apertura que debió haber copiado de unser humano. El aire enla parte delantera del extranjero vibró como unpanel invisible de fuerza surgiera a la vida. Extraños silbidos armónicos zumbaron; era así como hablabanlos xenos, creando una membrana timpánica externa, etérea, manipulando las moléculas del aire a través algúnmedio aúnindeterminado. No era de naturaleza psíquica –eso ya había sido comprobado- pero si tecnológica. Algúntipo de instrumento unido a sus formas orgánicas.

-¿Por qué os oponéis a nosotros? No existe necesidad de tal cosa. Queremos la paz –dijo el gris.

Horus puso una mano enel pomo de la espada ensucintura. -Eso es mentira. Habéis venido espontáneamente ytomado unnombre de la antigua mitología de Terra, CalibanyBarac.

-Nephilim. Los serafines caídos –cantó el gris, consuvoz aguda ypeculiar pronunciando cada sílaba de la palabra. El gris se acercó más al primarca, ylas manos de Sejano se apretaronalrededor de la empuñadura de subólter de asalto por

puro reflejo. -Ellos nos adoran. Alabadnos. Encontrad la paz.

-Encontrad la paz -los seres humanos apiñados enlos pies de los xenos se hicieroneco de las palabras como si fueranuna bendición.

La atencióndе Horus no se apartó ni una sola vez del xeno. Sus palabras fueronllevadas por el viento a través de las llanuras, rompiendo el silencio que siguió. –Vosotros sois parásitos. Sabemos cómo obtenéis vuestro sustento. Os alimentáis de las emanaciones de la vida. Nuestros psíquicos imperiales lo hanvisto. Necesitáis ser adorados... para ser reverenciados como dioses.

-Eso... es una especie de paz -dijo el gris conel zumbido de suvoz.

-Y convuestra tecnología controláis mentes yenjauláis espíritus. Mentes humanas. Espíritus humanos. Esto no puede continuar –Horus negó conla cabeza.

-No podéis detenernos. -el gris hizo ungesto hacia las hectáreas de extrañas torres de antenas de cobre tras él. Había miles de Nephilimahora, unmar de gigantes avanzando conuntrote lento. -Hemos luchado contra vosotros ysabemos cómo defendernos. Y sólo podréis ganar si matáis a los que queréis proteger –el gris señaló a ungrupo de conversos. El xeno hizo el gesto de la mano de nuevo, provocando que trenes de luz blanca se movieranpor supiel. -Uníos a nosotros. Os mostraremos, entenderéis lo hermoso que es estar... encomunión. Ser a la vez undios yunmortal.

Por unmomento, Sejano creyó ver pasar algo oscuro enla cara de Horus, mas el instante desapareció. -Hemos derrocado a todos los dioses, yvosotros sólo sois pálidas sombras de esas falsas creencias -dijo el primarca.

El gris dejó escapar ungrito ululante ensupropio idioma yla legiónde Nephilimavanzó, cada uno de ellos de unamarillo fosforescente semejante al enojo. -Os destruiremos. Os superamos ennúmero –dijo.

-Lo intentaréis, pero eneste día os enfrentáis a los hijos del emperador ysus guerreros. Nosotros somos los Lobos Lunares, yesta legiónes el yunque sobre el que seréis quebrados –dijo Horus. Luego hizo ungesto compungido ysacó suespada, una masiva espada de acero yadamantium aceitada.

Desde muyarriba llegó uncrujido bajo yunsonido como untrueno lejano mientras estampidos sónicos de la atmósfera superior alcanzaronel suelo del desierto. Sejano

levantó la vista, agudizándola para observar las líneas de estelas blancas, cientos de ellas, surgiendo tras grandes lágrimas carmesíes yhawks de tonos escarlata, mientras caíana velocidades supersónicas hacia el desierto plateado.

-Somos el yunque -repitió Horus, apuntando al gris consuespada. -Y aquí está el martillo.

Los cielos gritaron.

Eyectados de los tubos de lanzamiento de una docena de naves capitales ybarcazas enórbita baja, una lluvia de cápsulas de ceramita atravesó la atmósfera exterior de Melchior ybajó como meteoros enllamas hacia el desierto plateado. Cayendo junto a ellos había hawks enbarrena: Stormbirds y cañoneras de asalto girando ymaniobrando por el aire hacia el gigantesco campamento Nephilim.

Eranrojos como la sangre, como la furia, yensus vientres llevabancompañía tras compañía de legionarios de la IX LegiónAstartes. La velocidad de suasalto fue la clave de la victoria; los invasores xenos ysus fanáticos habíansido atraídos conéxito para hacer frente a las fuerzas concentradas de los Lobos Lunares, dejando las defensas ensus flancos adelgazadas yvulnerables. Pero los gigantes xenos no tardaríanendescubrirlo ycuando entendieranque habíansido engañados intentaríanreagruparse yconsolidar suposición.

Los Ángeles Sangrientos no permitiríanque eso sucediera. Los Nephilimseríandestrozados y derribados, sucohesióndestrozada por el profundo ataque brutal que ahora estaba a instantes del punto de impacto.

El primer impulso agudo de potencia sonora se disparó más allá de la fuerza de asalto descendente, fuertes haces de aire oscilante destellando conespontáneos rayos de calor. Abajo, enel desierto, el más rápido de los xenos estabanelevando sus gruesos brazos hacia arriba como si tanteara entre las nubes altas, utilizando la resonancia de sus esqueletos vidriosos como cauces para sus ataques sónicos.

Las cápsulas de desembarco cortadas por los haces de sonido se salieronde sucurso, girando en espiral fuera del cuadrante de aterrizaje hacia el blanco ergsalino; otros no tanafortunados se desintegraronenel aire o se estrellaronbrutalmente contra otras cápsulas. El Stormbird de cabeza, carmesí igual que sus cohortes pero adornado conalas de oro, tejió uncurso a través de la barrera sónica, guiando a la

bandada conpoderosas acciones evasivas.

Láseres pesados yvainas de misiles sobre sunariz yalas escupieronfuego hacia los defensores de los Nephilim, creando negros cráteres enla arena apisonada. El Stormbird se estaba acercando a cada segundo que pasaba, pero seguía estando demasiado alto para una puntería precisa. Enlugar de eso, los equipos de artillería del Stormbird estabansuprimiendo al enemigo bajo ellos, obligándoles a abrir huecos donde los legionarios haríansudescenso planetario.

Y cuando fue cruzado el punto de no retorno, el avióncarmesí ydorado maniobró hacia una apretada espiral descendente. Al otro lado del casco ventral, placas de metal se desbloquearonydeslizarona lo largo merced a pistones hidráulicos, permitiendo que el aullante aire entrara enel compartimento abierto ensuespalda. Otras aeronaves de la formaciónhicieronlo mismo, liberando sus compuertas para abrir suinterior enpleno cielo.

Del Stormbird de cabeza surgió una figura vestida conuna armadura a la sombra del sol. Un Primarca, otro semidiós.

Un ángel.

Se dejó caer al pálido cielo, abrazando la fuerza de la gravedad como unamante, dejándole acelerar hasta la velocidad terminal. Sinportar casco, consurostro galante reflejando sudeterminaciónyuna melena de cabellos dorados revoloteando contra el viento, gritó sudesafío.

De suespalda hubo una explosiónde blanco como la nieve cuando sus alas se desplegaron, grandes alas que se extendieronenamplios arcos para atrapar el flujo del aire yaprovecharla sinesfuerzo. Baratijas de oro, lágrimas de jade rojo yrubí, tabardos de seda yuna cota de malla de platino traqueteabancontra una servoarmadura de ceramita yplastiacero tanvistosa, tangloriosa que suarte parecía más adecuado para una galería del más alto renombre. Contra de la resistencia del flujo de aire, el ángel desenvainó una terrible espada roja conuna puntiaguda empuñadura curva; era la hoja prima de la portada por suhermano Horus mucho más abajo.

Conél ibanguerreros no menos determinados, conrostros no menos feroces. Legionarios de asalto de una docena de compañías se abalanzarondesde las aperturas de los Stormbird conel gruñido de los chorros sus retrorreactores ensus espaldas, los bólters o pistolas ensus manos yla retribución grabada a fuego ensus

ojos. Liderándoles a ellos estaba la Guardia Sanguinaria, cuyas servoarmaduras doradas yalas blancas semejabana las de suseñor; mas sus las alas erande metal esmaltado, yal igual que los escuadrones de asalto de suvuelo era impulsado por las llamaradas de color naranja de sus motores de fusión.

El primarca aterrizó conunimpacto superior a una andanada a quemarropa de unVindicator, creando una onda expansiva perfectamente circular desde sus botas estrelladas sobre las arenas del desierto. Nephilimazules corriendo para atacar perdieronel equilibrio ytrataronpor enderezarse, sólo para ser asesinados a tiros por los ornamentados bólters de la Guardia Sanguinaria cayendo yla lluvia de escuadras de asalto.

El ángel Sanguinius salió del cráter que suaterrizaje provocó yse encontró consuprimer enemigo. UnNephilimverde bramando se precipitó hacia él, gritando impulsos de perturbaciónsonora lo suficientemente potentes como para romper huesos yroca. El xenos era mucho más alto que el primarca ysucarne estaba iluminada conunviolento baile de colores parpadeantes. Había una cadencia crepitante mientras corría, mientras la capa cutánea externa endurecía la piel hasta volverla enuna funda natural de armadura cristalina empañada.

La punta de la espada del ángel se elevó enunarco de metal brillante yfue a parar conel centro del "torso" del Nephilim. El fijo de hoja rompió la armadura yla piel sinesfuerzo, lanzando fragmentos de hojalata que repiquetearonal rebotar enlas placas de la servoarmadura del primarca. El arma siguió penetrando profundamente ysinduda, consuborde monomolecular cortando los gelatinosos órganos internos, rompiendo los huesos de silicio yeviscerando al xeno. Partida endos, la criatura de piel verde se vino abajo conunaullido moribundo que levantó polvo mientras caía.

Sanguinius sacudió la plateada sangre metálica de la espada ylanzó unguiño a suhuésped de honor. Cada uno de ellos le devolvió la mirada conel espejo de los aspectos propios del primarca, sus cascos esculpidos enunnoble ideal de surostro. -Primera sangre, Azkaellon-dijo, dirigiendo sus palabras al comandante de la Guardia.

-Es justo, mi señor -dijo el guerrero, tenso por la fiebre de la inminente guerra.

Sanguinius asintió conla cabeza. -Mis hijos sabensumisión. Golpear duro ygolpear rápido.

-Así se hará –afirmó Azkaellontras asentir, quitándose el casco para presentar las líneas duras de su rostro a suseñor. Mientras hablaba, el ruido del aterrizaje del resto de los fue acompañado por los impactos de las cápsulas de desembarco. El suelo temblaba bajo sus pies, las lágrimas de ceramita se estrellaroncontra la arena yse abrieroncomo flores mortales floreciendo. Líneas de legionarios salieronde cada vaina enformaciones de combate listas al lado de Bibliotecarios, Vigilantes blindados vestidos de medianoche yapotecarios de batalla. Azkaellonvio que todos ellos mirabana Sanguinius enbusca de liderazgo; como ellos, él estaba orgulloso de estar aquí, encompañía de su progenitor yprimarca. –Ni unsolo xenos se salvará –prometió.

Sanguinius levantó suespada enunsaludo de retorno. -Los otros... -el ángel no dijo las palabras, pero el comandante de la Guardia sabía a quiénse refería. *Los esclavos*. –Liberad a todos los que puedas. Lucharánconnosotros ahora que sabenque no les hemos abandonado.

-¿Y los reclutas? –Azkaellonapuntó hacia una línea escaramuza de adoradores humanos enmascarados que avanzabanconcautela hacia los blindados legionarios carmesíes. -¿Qué hacemos si oponenresistencia?

Unmomento de dolor pasó sobre los rasgos del granángel, oscurecimiento suresplandor por un instante. Sanguinius levantó la hoja yel gesto trajo unrugido de sus hijos reunidos que latenenel cielo. -Entonces, ellos tambiénseránpuestos enlibertad.

Una cohorte de torpes azules coronó una colina baja yla batalla se puso realmente sería para los Ángeles Sangrientos.

Desde el principio, había sido Horus el que llevaba la batuta de los planes de batalla. Enel strategiumde subuque insignia, el *Espíritu Vengativo*, el señor de los Lobos Lunares organizó con suhermano mediante una amplia pantalla hololítica yle mostró el planque había concebido para quebrar la voluntad de los Nephilim. Sería una estrategia de sorpresa ypavor, unimplacable y vistoso despliegue de potencia de fuego, el tipo de estrategia que los hijos de Sanguinius habían hecho suya una yotra vez a lo largo de las guerras de la GranCruzada. Enunmar de rojo yblanco, Horus quería que los Ángeles Sangrientos marcharanhombro conhombro consus primos, intimidando a los xenos conla visiónde unejército de miles avanzando sinpausa hasta las puertas de suúltimo bastión. Y luego a través de ese

bastión, sobre las almenas, sinparar, sindetenerse a parlamentar o vacilar. -*Como el océano del que surgieron estas cosas, vamos a empujar a los xenos hasta el, arrastrarlos hasta el fondo y ahogarlos* –dijo entonces Horus.

La granampulosidad del planera sumayor fortaleza, pero Sanguinius no se vio influido por el fácilmente. Al otro lado del hololito, los dos hermanos habíandiscutido ycontrargumentado, de aquí para allá, presentando obstáculos ydesafíos a la otra parte. Para unobservador externo podría parecer distante, casi monstruoso ver a estos dos míticos soldados diseñados genéticamente hablar sobre un enfrentamiento monumental como si fuera poco más que unjuego de regicidio.

Pero nada podría estar más lejos de la verdad. El ángel miró a los cristales de la holografía yvio los innumerables iconos que representabanlas concentraciones de civiles, el juego de la geografía, el engañoso paisaje desértico lleno de cuellos de botella ocultos yzonas de exterminio. Ensumente, Horus ya había sopesado las táctica de enfrentamiento ytomado una decisiónlamentable, pero necesaria. Había tomado la decisióndifícil yluego pasó a otra cosa, cargando consupeso. No por falta de corazón, sino de conveniencia.

Sanguinius no podía hacerlo conla misma facilidad. El enfoque contundente de la fuerza bruta se adaptaba mejor a sus parientes más intemperantes, a Russ o Angron, ytampoco Sanguinius ni su hermano Horus era taningenuos, tancentrados enel objetivo endetrimento de todo lo demás.

Pero era difícil no permitir que a la fría rabia inculcada por las acciones de los Nephilimse le diera rienda suelta. Los gigantes xenos, burlándose del gransueño de la humanidad consucharla de la paz yla unidad, habíandejado unrastro de destruccióntras ellos que se había llevado por delante un centenar de mundos antes de que hubieranllegado a descansar sobre Melchior.

Sagan, la Columna DeCoras, Orpheo Minoris, Beta Rigel II. Estos planetas se habíandespojado de toda vida humana, sus poblaciones conducidas a capillas empáticas tangrandes como montañas y luego *consumidas* lentamente. El verdadero horror de ello era que los Nephilimutilizabana los que pregonabanla lucha armada contra ellos, atrapando a los flexibles, los solitarios, los tristes consu ideal de una divinidad alcanzable. Les seducíanconhistorias de la existencia eterna de los fieles, de tristeza sinfinpara el agnóstico; yeranmuybuenos haciendo esto.

Tal vez los xenos realmente creíanque lo que estabanhaciendo era de alguna manera

transportarlos a una forma más allá de la carne, a otra vida enunestado celestial eternos; no importaba. Consus tecnologías implantabanfragmentos de sí mismos ensus esclavos para promover la comunión, cortando supropia carne ycreando las máscaras para destacar a sus devotos. Las mentes eran controladas por los Nephilim, ya fuera a través de la potencia de transmisiónde suvoluntad o por la debilidad de carácter de aquellos a quieneligieron.

Ellos eranuna afrenta a la galaxia secular del emperador, no sólo una ofensa a la pureza de unideal humano, sino por suinsidiosa complacencia de nido de cuco de aquellos necios que les profesaban lealtad.

De lo que los alienígenas se alimentaban, lo que los exploradores de los ángeles sangrientos ylos lobos lunares habíanvisto e informado, era de la vida misma de las personas que los adoraban. Las capillas vacías fueronrellenadas hasta el techo conmontones apilados de cadáveres disecados, organismos que habíanenvejecido años enhoras, suesencia vital drenada de ellos. La revelación había consternado a los primarcas cuando la verdadera comprensióndel enemigo al que se enfrentan era por finrevelada.

Los Nephilimse alimentabande *adulación*.

Por lo tanto, Sanguinius negaría a estos xenos repelente susustento yderrotaría suarrogancia conel mismo golpe. Los xenos creíanque los hijos del emperador nunca les mataríande hambre recurriendo al asesinato de los seres humanos que tomaroncomo ganado, yeso era así. Sinembargo, lo que los Nephilimconsideraronuna debilidad el ángel lo modeló como una fortaleza. Por lo que, confiados enque suposiciónera inexpugnable, habíanrecibido la llegada de Horus concasi todas sus fuerzas, desafiando a los lobos lunares a que les atacaran.

Y conlos xenos dándoles la espalda, sufe enla victoria cegándoles ante la fuerza e intenciones inquebrantables de los guerreros a los que ahora se enfrentaban, los verdaderos ángeles cayeroncon fuego sobre Melchior yse convirtieronenel martillo de la ira del Emperador.

Enplena carrera el ángel era unhuracán, abriéndose paso hacia el grueso de las líneas Nephilimy lanzándolas por los aires condiestros yágiles movimientos. Conla espada yla hoja más corta de una alabarda integrada ensuavambrazo acabó conenemigo tras enemigo, destrozando a los que trataban de ensordecerles consus ondas sónicas. Flanqueándole estabanAzkaellonyZuriel, primero y segundo de

suguardia personal, utilizando sus bólters modelo Ángelus montados ensus muñecas, vertiendo cascadas de fuego enla línea enemiga. Concada impacto, las cabezas reactivas de los pesados proyectiles estallaronencientos de monofilamentos cargados magnéticamente; cada impacto conmocionaba la piel de unNephilimycausaba desgarros internos dentro de los torsos de las criaturas xenos al detonar estos. Lagos de fluidos internos azulados ybrillantes cubríanel campo de batalla, reduciéndose lentamente a medida que el desierto plateado los absorbía.

Pisándole los talones a la Guardia llegaronlos capitanes al frente de sus compañías de asalto. Raldoron, el sangriento de la primera, lanzó fuego de bólter desde el arma sujetada conmano firme, junto a los veteranos de élite adornados confetiches de ébano tallados a la moda de las tribus de cazadores del mundo de origende los Ángeles Sangrientos: Baal. El primer capitánestaba acompañado por elementos de la 9ª compañía de escuderos de Furio, hombres de la 16ª de Galancon sus favorecidas espadas adornadas de pentagramas yAmit conla 5ª, cada uno de ellos portando un bólter yuncuchillo de desollar.

Las barreras de fuego pesado se concentraronenlas torres cobrizas ylas paredes de las capillas empáticas, negando a los Nephilimla infraestructura de surefugio, obligándoles a ir al frente. Hacia el sur, donde Horus había logrado sufinta, la granmarea de la batalla se estaba desplazando y rompiendo. Los lobos lunares habíanabierto brecha por primera, bloqueando cualquier avance o huida de los xenos, yahora avanzaban. Extendidos enunamplio arco, la línea de soldados de Horus obligó a los gigantes multicolores a retroceder, presionándolos hacia las espadas ylas armas de los Ángeles Sangrientos. Conuna brutalidad inevitable, la trampa que los hijos del Emperador habían ideado a bordo del *Espíritu Vengativo* se cerró como una tenaza. Concada minuto que pasaba, los xenos teníancada vez menos espacio para maniobrar. Muchos de los conversos del Nephilim comenzarona rendirse, montones de ellos llorando de dolor al tratar de despegar las máscaras de servidumbre, mientras que los que estabandemasiado avanzados enel camino de adoracióndieronsu vida por sus amos enunintento vano e inútil de frenar el ritmo de los marines espaciales.

Sanguinius no tuvo misericordia para estos incautos. Habíanpermitido ser atraídos por las palabras bonitas, dejarse dominar por sus miedos enlugar de sus esperanzas. Y enmucha mayor medida, sólo albergaba rabia por los propios Nephilim.

Sobre los cuerpos de los xenos muertos, los legionarios carmesíes ysus señores de la guerra dorados volvieronsuira contra los gigantes. La mágica música de las canciones extrañas de los xenos se convirtió enuna escala atonal de ruidos de pánico, marcada por resoplados gruñidos de agresión. Los escuadrones de land speeder de Horus les sobrepasaron, horquillando una falange de azules con salvas de sus cañones gravitónymulti- meltas, golpeando a través de las volutas de humo mientras los anillos exteriores del campamento eranpasto de las llamas.

Ungrito de guerra de Galánllamó la atencióndel primarca yél salvó al capitánde unvistazo. Había tanta ferocidad, tanta determinaciónenel rostro del guerrero que Sanguinius sintió una oleada de orgullo estar luchando junto a sus hijos. Legionarios nacidos de Baal yde Terra por igual, unidos muchos años antes por el propio ángel bajo la bandera de la encarnación, éstos eransus espadas más afiladas, sus mentes más brillantes. Enla batalla no teníanparagón, ypor unmomento el primarca se permitió sentir la pureza, la alegría salvaje de la lucha. Ellos ibana ganar; nunca lo había enduda.

El enemigo estaba desorganizado ysumaldad era incuestionable. Esta era una batalla justa, una victoria del Imperio taninevitable como la salida del sol de Melchior. Sanguinius yHorus ganarían enel día de hoy, yunmundo perdido se devolvería al redil una vez más. Esto se haría por hermanos de batalla yhermanos de sangre, por primarcas ylegionarios por igual. El ángel podía saborear la victoria ensus labios, dulce yoscura como el buenvino.

Y así, enlas arenas brillantes de Melchior, los Nephilimfueronpasados a cuchillo.

Tras la batalla, los esclavos liberados fueronaislados de los conversos que aúnquedabanconvida por miedo a que los asesinatos por venganza surgierande forma explosiva enla mentalidad colectiva. Horus tomó nota de este hecho: sinlugar a dudas los conversos seríanllevados ante la justicia yante los liberados, pero sería con la justicia Imperial, justa, verdadera yllevada al pie de la letra.

Mientras tanto, a los presos conversos se les dio untrabajo agotador de baja categoría, supervisado por soldados de las brigadas del ejército imperial que habíanvenido a apoyar a las legiones. Los
conversos llevaronlos Nephilimmuertos a grandes piras establecidas por el desierto yquemaronlos cadáveres de los xenos que habíanadorado. Otros formaronbandas de trabajo cuya tarea era desmantelar las torres devocionales de cobre que

habíanobligado a construir a sus compañeros sólo días antes.

Sanguinius estaba enla cima de una colina de poca altura de roca pálida yobservó al sol caer enel horizonte lejano. Sus alas estabanretraídas, yla sangre xenos arrojada sobre él mientras luchaba fue limpiada, purificando suarmadura. Asintió para si. Melchior era seguro, la victoria era segura. Ahora sus pensamientos se estabanmoviendo hacia la próxima batalla, el próximo mundo que necesitase ser devuelto a la luz.

Una sonrisa se formó ensus labios al sentir el escrutinio de suhermano, pero no se volvió para mirar a Horus. -Hayuna cuestiónque me preocupa mucho -dijo Sanguinius, confalsa gravedad.

-¿Ah, sí? Eso suena preocupante -el señor de los lobos lunares se detuvo a sulado.

Ninguno de los dos prestó atencióna ello, pero justo debajo del barranco poco profundo bajo la colina, muchos de los soldados comunes, presos, incluso sus propios legionarios se detuvierona mirarles. Era unespectáculo digno de ver a unsolo primarca encarne, pero la vista unpar de estos transhumanos forjados genéticamente a la vez era algo que muchos de los espectadores recordarían durante el resto de sus vidas. Y por muydiversas razones.

-¿Cómo puedo aliviar tuinquietud, hermano? –continuó Horus, mostrando unsemblante serio.

El ángel le miró. -Si el gris hubiera hecho lo que le pediste, si hubieranliberado a los esclavos... Dime, ¿de verdad hubieras dejado marchar a los xenos?

Horus asintió conla cabeza, como si la respuesta fuera obvia e inclinó la cabeza. –Soyunhombre de palabra. Les hubiera dejado marcharse de la superficie del planeta, situarse enórbita. Pero encuanto concentraransus naves ella, bueno... –se encogió de hombros, exagerando el movimiento conlas enormes hombreras de suservoarmadura. -Nunca has sido tanagradable como yo.

La sonrisa se convirtió enunmomento de risa. Sanguinius hizo una ligera reverencia burlona. –Eso es muycierto. Debo contentarme conser simplemente el mejor guerrero.

-No me hagas arrancarte esas alas -replicó Horus.

-¡Destierra ese pensamiento! Sinellas, sólo sería tanguapo como tú –dijo Sanguinius

-Eso *sería* trágico -asintió Horus.

El momento de frivolidad pasó yenel siguiente tema el humor fácil de unpar de hermanos pasó a la planificaciónde dos generales aliados. -¿Qué naves has elegido destacar aquí para administrar el sometimiento?

Horus se frotó la barbilla. –La *Espada Argus* yel *Espectro carmesí*, creo. Sus pelotones del Ejército puedenestablecer una guarniciónaquí, asegurarse de que el culto Nephilimestá muerto yenterrado. Si se cumplenlos horarios, luego se destrabarányvolveréna conectar conmi flota expedicionaria en unos meses.

El primarca alado levantó la vista hacia el cielo. -Me temo que no hemos visto a la última de estas
criaturas.

-El Khancaza ensumundo de origenincluso mientras hablamos. Él terminará lo que empezamos hoy.

Sanguinius miró a suhermano. -Así lo espero. La tecnología que los xenos utilizanpara infiltrarse fácilmente enlas mentes de estos civiles... Es preocupante. No podemos permitir que esté fuera de control. Pero no hablemos más de ello… ahora, ¿cuál es tupróximo destino?

-El sector Ullanor. Una docena de sistemas se hanquedado ensilencio, desde Nueva Mitama enuna línea hasta Nalkari. Sospecho de otra incursiónxenos.

-¿Orkos?

-Probablemente. Necesito tuayuda, hermano.

Sanguinius sonrió de nuevo. -Lo dudo. Y yo no podría convencerte de ello incluso si lo deseara. Mis astrópatas hanestado agitados durante días, desentrañando mensajes de nuestros exploradores enel Vacío de Perseo. El sometimiento es urgente allí, por lo que me handicho.

-El granplande Padre... no nos permite la oportunidad de cruzar mucho nuestros caminos -señaló Horus. Suhermano creyó percibir unhilo de pesar oculto enlas palabras. -¿Cuánta gloria hemos compartido este día? No la suficiente.

-Estoyde acuerdo -hubo unmomento enque los primarcas se habíanreunido durante el combate, cuando una horda de Nephilimgrises se había lanzado sobre ellos conandanadas ensordecedores de ruido irradiado por las espinas vidriosas que

sobresalíanfuera de sus extremidades. Los hermanos se colocaronespalda contra espalda yresistieroncada golpe, descuartizando a cada atacante. El momento había sido el eje entorno al cual la victoria se había conseguido. -Confieso que me gustaría disfrutar de la oportunidad de compartir el campo de batalla contigo otra vez. Y no sólo eso. Echo de menos nuestras conversaciones. –continuó Sanguinius.

-Undía acabaremos contodo esto. -el ceño de Horus se profundizó. Hizo ungesto hacia las arenas del desierto ylos restos de la batalla. -Entonces podremos hablar yjugar al regicidio connuestros corazones contenido. Al menos hasta la próxima cruzada.

Algo enel tono de suhermano dio que pensar a Sanguinius. Había unsignificado enterrado allí, que durante uninstante pudo sentir pero no captar; algo de lo que tal vez ni Horus mismo fue consciente.

La oportunidad de estudiar ese pensamiento se perdió cuando una figura conarmadura carmesí llegó corriendo a la colina baja. -Mis señores. Perdonenla interrupción. –Raldoronse inclinó ymostró a Horus una mirada cautelosa antes de volverse a suprimarca. -Se requiere la presencia del ángel... en otro lugar.

-¿Hayalgúnproblema, primer capitán? –preguntó Horus al oficial de los Ángeles Sangrientos.

La expresiónde Raldoronera ilegible. El guerrero tenía unsólido rostro demacrado bajo una alta cola de pelo gris yque no revelaba nada. -Una cuestiónde la legión, señor. Se requiere de la atenciónpersonal de mi señor –dijo.

Sanguinius miró a sucapitánconuna expresióndura. Raldoronera uno de sus hombres de confianza del primarca yconseguido muchos honores junto a sus hermanos de la veterana compañía de elite,
ganados a lo largo de décadas de guerra ennombre del Emperador. Él era el escudero del Primarca y ostentaba el nuevo título honorífico de “Señor del Capítulo”, sirviendo enunpapel similar al de los guerreros del cuadro consultivo de Horus, el Mournival. Él no era unhombre dado a las acciones impulsivas ypoco meditadas, por lo que suintrusiónahora era motivo de preocupación. -Habla, Ral.

Hubo una pausa momentánea, tanpequeña, tanfraccionada que sólo alguienque conociera al capitán Raldorontanto como suseñor la notaría. Pero fue suficiente para señalar que algo andaba mal.

-Hemos… *perdido* a uno de nuestros hermanos, señor.

Sanguinius sintió que surostro se convertía enuna máscara, mientras el frío se filtraba ensus venas. -Mi hermano, por favor perdóname.

Sanguinius nunca captó la respuesta de Horus; ya estaba enmarcha, siguiendo a Raldorona través de la niebla de la batalla que envolvía al desierto oscuro.

No hablaron, no mientras caminaron, ni cuando subieronal land speeder que Raldoronhabía decomisado para el transporte a través de la zona de guerra. Sanguinius se retiró al interior de sus propios pensamientos yse preparó para lo peor mientras el primer capitánpuso a prueba su conducciónpor todo el flanco oriental de la zona de guerra. Se movíansobre el perfil de la tierra, avanzando hacia arriba yabajo por las elevaciones e inclinaciones, rodeando los restos maldecidos de las torres de alabanza yalmenas caídas. Mientras los motores de gravedad desaceleraronyse acercaba a sudestino, el Primarca vio que el asunto había sido contenido exactamente como él había deseado que fuera. Raldoron, siempre planificador, se había asegurado de que una amplia zona circular fuese seguro, una barrera de legionarios ángeles sangrientos de pie cara el exterior enuna amplia rueda de combate de cientos de metros de diámetro. Ninguno de ellos levantó la vista cuando el land speeder pasó por sus cabezas yse dejó caer para instalarse enel patio de una capilla empática bombardeada.

-Ahí dentro. –las palabras sombrías de Raldorondestacarondel zumbido de los motores encendidos mientras subarbilla apuntaba hacia las ruinas. –Le he aislado enel momento que estuve seguro.

Sanguinius sintió el frío de susangre llegar a las manos mientras caminabanhacia la forma del edificio desplomado. Las paredes estabaninclinadas a la derecha yel techo había caído, lo que obligó a la iglesia ovalada a hundirse enla arena. Unsegundo grupo más pequeño de los legionarios se erigía alrededor de las negras fauces de la entrada; erande la guardia de honor de Raldoron, y tampoco mirabanhacia el sitio que custodiabanni reaccionaronante la presencia de suprimarca.

-¿Sunombre?

-Alotros. Unhermano de batalla de sólido, si no inquebrantable servicio bajo el mando del capitán Tagas, de la 111ª Compañía.

-¿Qué sabe Tagas? -preguntó Sanguinius.

-Que el Hermano Alotros está muerto, mi señor. -Una figura conarmadura dorada salió de la oscura puerta ysaludó a ambos. La expresiónsevera de Azkaellondecía mucho de lo que había sucedido. -Asesinado por los xenos, atomizado enuna explosión. Unfinnoble. -el Guardia Sanguinario deliberadamente se colocó enel camino de sucomandante yse detuvo, mirando a Raldoron. -No deberías haberlo traído aquí.

Raldoronabrió la boca para hablar, pero suprimarca habló por él. –Eneste lugar no puedes decidir, comandante de la Guardia. Ponte a unlado. –Azkaellonpalideció ligeramente ante la fuerza detrás de duro, incisivo tono de Sanguinius.

Azkaellonhizo lo que le dijo, pero no pudo permanecer ensilencio. -Esto debe ser tratado por nosotros, señor. Ensilencio.

-¿Ensilencio? –la voz del primarca sonó repentinamente distante, como uneco. -No, mi hijo. Ningún ángel sangriento morirá ensilencio.

Dentro del templo xenos caído, el olor de la sangre fresca flotaba enel aire, potente yde unregusto metálico. Sanguinius se humedeció los labios, sinpoder detener la reacciónrefleja. Sumembrana omofagica probó diferentes variedades de vitae humana, analizándola instintivamente como un viticultor que conocería las edades ytexturas de bouquet de unvino. Había sangre xenos derramada también, el aroma acre de los Nephilimentre todo.

Sanguinius encontró las botas de oro de suservoarmadura formando ondas a través de uncharco de líquido oscuro que había formado unpequeño lago enel oscuro interior de la capilla. Había muchos, muchos muertos aquí conél, dispuestos alrededor de los bordes de la cámara como si se tratara de un público viendo el escenario de unteatro enplena función. Fragmentos aplastados de sinapsis de tecnología neurológica Nephilim, matrices empáticas ysimilares cubríanlas ruinas. Pero nada de la violencia causada aquí procedía de la batalla librada este día. No, la escena aquí no era una propia de la guerra, sino de la locura.

Vio a Alotros enel momento enque entró enel templo, suimagentérmica resaltaba claramente enlos ojos mejorados del Primarca contra los fríos cuerpos de los muertos. El marine espacial se agachó sobre una rodilla, como enungesto de lealtad. Concuidados ypasados, Alotros se sentó enmitad del lago ymecánicamente ahuecó sus manos para luego llenarlas de líquido oscuro yllevarlas, una tras otra, a los

labios. Bebió ensilencio, sinprisas.

-Mírame -ordenó Sanguinius. Sucorazónse encogió enel pecho yuntipo muyespecífico de tristeza se apoderó de él cuando Alotros obedeció lentamente.

La armadura del Ángel Sangriento estaba gravemente dañada; las fibras musculares estabanrasgadas yla ceramita agrietada. Al parecer, el pectoral había sido desgarrado por el esternónyuna herida brutal se abría bajo ella. El primarca reconoció el patrónde impacto de unpulso sónico Nephilimy mirando más de cerca, vio los rastros de sangre seca visibles desde las fosas nasales, las orejas ylas comisuras de los ojos enrojecidos de Alotros. Tal daño habría hervido la masa cerebral de unser humano ordinario, e incluso para unlegionario el impacto debería haber paralizado sucarne yroto su sistema nervioso. Alotros estaba pálido yevidenciaba sufrir, pero parecía desprenderse del dolor. El guerrero había recibido ungolpe a bocajarro desde una de las armas xenos ysobrevivido, rara casualidad pero, corrigiéndose Sanguinius, enrealidad no había sobrevivido. Eneste mismo momento, enotro lugar del campo de batalla, el CapitánTagas ylos hombres que habíansido compañeros de escuadrónde Alotros estabanbuscando la paz consumuerte.

Sus labios, subarbilla, la carne expuesta de sucuello, todo estaba empapado conla sangre que había ido pacientemente bebiendo, sorbo a sorbo. Alotros miró a suprimarca conojos tristes, animales.

Sanguinius vio unhambre allí, el mismo hambre que había visto antes enotros ojos, enotros lugares. Al principio sólo enraras ocasiones, pero ahora conuna regularidad deprimente.

Alotros lanzó unprofundo yretumbante gruñido ylentamente se puso de pie. Apretó sus manos en garras ymostró sus dientes. Sus colmillos brillaronenla penumbra. Enotro momento se habría dicho que sualma había sido usurpada por unfantasma infernal, que susangre estaba envenenada, que estaba poseído. Pero tales ideas eranfantasías. La mutaciónde este buenguerrero provenía de algo dentro de él, no de una fuerza externa mítica, mística.

Sanguinius sabía que ya era demasiado tarde, pero no podría seguir si no lo intentaba. Le tendió la mano. -Hijo mío, da unpaso atrás, si te es posible. Dale la espalda al abismo yvuelve a nosotros. Te salvaré.

Alotros parpadeó, como si las palabras fuesenextrañas para él ysusignificado difícil de comprender.

-Esto es culpa mía. Yo soyel culpable. Pero voya enmendar mi error, si me ayudas -dijo el primarca. Luego dio unpaso hacia adelante. -¿Me ayudarás, Alotros?

Conel pesar hueco de unpadre, Sanguinius vio que sus palabras caíanenterreno pedregoso. Una expresiónsalvaje, unimpulso nacido del núcleo bestial más profundo del guerrero, surgió enel rostro del ángel sangriento y, finalmente, lo que quedaba del hermano Alotros de la 111ª Compañía simplemente se desvaneció.

Envuelto enuna rabia berserkque estalló de la nada, el legionario rasgó a través de la capilla empática engrandes saltos que salpicabanvitae. El primarca vaciló; conuna espada de energía, alabarda o una pistola Infernus, no habría sido problema para él sacar el arma yacabar conla vida del hermano de batalla antes de que este llegara siquiera a alcanzar la suya consumano. Pero algo lo detuvo.

Tal vez fue la esperanza, la esperanza de que Alotros rompiese el ciclo yno hiciera lo mismo que los anteriores; tal vez era suculpa la que le detenía, uncierto grado de castigo infligido a sí mismo por ver este horror de cerca, conocer el momento de sumuerte.

Contra toda razón, contra toda posibilidad de supervivencia, Alotros atacó a supadre genético. Estaba gritando, balbuceando fragmentos del dialecto Technomad de los clanes inferiores Mesa de Baal. El legionario sólo quería una cosa: morder profundamente enla carne viva ybeber unterraplén de rico fluido carmesí. Estaba realmente perdido.

Sanguinius mantuvo a Alotros a raya, los enloquecidos golpes del legionario repiqueteando sindaño fuera de suservoarmadura, el fuego de suira no desapareciendo sino ardiendo conmás brillo a cada momento que pasaba. El cóctel de sabores de sangre ensualiento atascó los sentidos de Sanguinius y entonces *entendió*.

Sabía de donde esta furia carmesí, esta *sed roja* surgía. Podía sentirlo, enroscada como unhilo venenoso dentro de supropia hélice genética. Unlegado oscuro que había pasado a sus descendientes. Una marca recesiva mortal.

-Lo siento, hijo mío -le dijo a Alotros, enel último segundo antes de romper el cuello del legionario.

Los gruñidos de Alotros terminaronconunsilbido gutural, yal final hubo una breve sensaciónde paz ensus ojos. Sucuerpo cayó enla piscina de poca profundidad; el dolor del ángel sangriento llegaba a sufin, una última bendiciónque se le concedió. Pero ahora la oscuridad enla sombría iglesia xenos parecía más profunda, cargada conel peso de lo que había hecho allí.

Por segunda vez enel día, Sanguinius sintió la presencia de suhermano.

Se volvió, girándose para mirar enla oscuridad cuando una sombra enorme se separó de la columna de soporte se desplomó yse quedó inmóvil ante él. -¿Horus...?

-¿Qué has hecho? -el rostro de suhermano captaba la luz yel fantasma de la conmociónestaba grabado enel. -¿Qué has hecho? -el sonido de supropia voz pareció sacudir al otro primarca de su parálisis yse precipitó hacia el legionario caído. -Tú... lo mataste.

Enungesto extrañamente protector, Sanguinius se puso delante del cadáver, conlo que detuvo en seco a Horus. -¿Me has seguido? -sutono delataba ira ysorpresa, vergüenza yarrepentimiento, yun centenar de otras emociones. -¿Me has espiado?

A Horus le estaba costando todo sudescomunal autocontrol permanecer donde estaba ysurostro era una máscara cambiante de emociones. Estaba tratando de comprender lo que acababa de presenciar, pero sinconseguirlo. *Un primarca ejecutando a uno de sus propios hijos...* La idea de tal cosa era terrible de contemplar.

-No deberías estar aquí –le dijo Sanguinius, haciéndose eco de reproche de Azkaellon. -Este no debía ser visto por ojos forasteros. –sus palabras sonaba muerta, desangradas.

-Parece que sí, pero soytuhermano. No soyunextraño. -Horus hizo ungesto sombrío. Levantó la cabeza ycruzó sumirada conla del ángel, desafiándolo. -Y no entiendo por qué se ha cometido un acto tanexecrable.

Sanguinius no se molestó enpreguntar cómo Horus había sorteado a los guardias de Raldoronsin levantar la alarma; era unprimarca, después de todo, ylos hijos del Emperador siempre habíansido hábiles para ir a donde suvoluntad les plazca.

Cuando miró a Horus, este no mostraba rabia o decepción, sino una terrible

especie de empatía. -No debería haber venido aquí, pero tureaccióncuando tuprimer capitánhabló... Hermano, lo que vi en sus ojos enese momento me dio motivo de preocupación. Y ahora veo que tenía razónpara pensar que sí. –Horus rodeó al ángel yse arrodilló sobre el cuerpo de Alotros. Estudió al legionario muerto conunojo clínico, ylevantó suguante para tocar conundedo enla sien. -Dime cual fue la causa. ¿Qué le pasaba? ¿Lo hicieronlos Nephilim, causarontal daño a sumente?

La mentira atenazaba la garganta del Ángel. -Sí, podría decir…

Que fue una terrible tragedia. Esta es la obra de estos sucios xenos. Me vi obligado a tomar una acción lamentable…

-No. -la mentir se derrumbó antes de que fuera completamente formada. No podía mentir más a su hermano de lo que podía encadenar el sol de Melchior ytirar de él desde el cielo. Horus y Sanguinius se conocíantanbienque mentir el uno al otro sería una tarea monumental, una pretensión de máximo artificio. No podía concebir tal cosa. -No, Horus. Esto es por mi culpa. La culpa recae en mí.

Durante unlargo momento, sólo hubo silencio entre ellos, yel ángel pudo ver el trende pensamientos de suhermano existente ensuexpresión, las preguntas que se hacía a sí mismo, las respuestas que encontró queriendo.

Finalmente, Horus se levantó ypuso una mano enel hombro de suhermano, las líneas pétreas de su rostro grabadas eninquietud. -Si lo deseas, saldré de este lugar ynunca volveré a hablar del asunto. Tulegiónes tupreocupación, Sanguinius, ynunca cuestionaré eso. -Hizo una pausa. -Pero soytu hermano yamigo yme acongoja ver el dolor entus ojos. Sé que eres unalma compasiva, que harías tal cosa a menos que fuese la única opción. Pero portas una grancarga yme gustaría ayudarte a soportarla, aunque sólo si me lo permites.

Los ojos del ángel se estrecharon. –Preguntas demasiado.

-Siempre lo hago -admitió Horus. -Háblame. Hazme entender. Te juro, por el honor de mi legión, que cualquier palabra que me digas aquí no saldrá más allá de estas paredes. Mantendré tuconfidencia ante todos –Horus casi le estaba implorando.

Sanguinius miró a los ojos. -¿Incluso de nuestro padre? Horus no dijo nada por unmomento yluego, al final, asintió.

Conmucho cuidado, Sanguinius recogió el cadáver de suguerrero caído ylo llevó desde la piscina de oscuridad brillante a unpedestal de piedra. La plataforma había sido el hogar de una estatua devocional cristalina de unNephilim, pero ahora todo lo que quedaba de ella era una pátina superficial de fragmentos rotos que crujíanbajo sus pies. El primarca colocó el cuerpo del legionario muerto enreposo, restaurando la dignidad que sulocura le había robado.

Finalmente, Sanguinius se volvió hacia Horus. -Nos hicieronser perfectos. Herramientas de la guerra. Los príncipes supremos de la batalla. -extendió lentamente sus manos ylas alas blancas rizadas a suespalda. -¿Crees que el padre tuvo éxito ensudiseño?

-La perfecciónno es unestado del ser sino unestado de esfuerzo. El viaje es todo lo que tiene sentido, no la meta -respondió Horus.

-¿Te contó el Fenicio eso?

Suhermano asintió conla cabeza. -Fulgrimpuede ser unpavo real, pero cuando él me dijo esas palabras supe que estaba enlo cierto.

Sanguinius le puso una mano enel pecho de Alotros ypermaneció inmóvil. -Damos tanto a nuestros hijos... Nuestro aspecto, nuestra voluntad, nuestra fortaleza. Sonlo mejor de nosotros. Pero llevan nuestros defectos también.

-Así debería ser para ellos. Así debería ser para *nosotros*. Ser humano es ser imperfecto: no importa lo que somos o de dónde venimos, *seguimos* siendo humanos. Compartimos la misma ascendencia que la gente que defendemos -respondió Horus.

-Enefecto. Si perdemos esa conexión... si realmente estuviéramos allá de la humanidad, entonces los hijos del emperador ylas legiones astartes tendríanmás parentesco conxenos que conlos hijos de
Terra. -Sanguinius hizo ungesto hacia el cadáver de unNephilimazul ynegó conla cabeza. -Pero pese a todo lo que somos, no podemos escapar de lo que está dentro. -El ángel presionó sus dedos contra supecho. -He dejado algo oscuro a mis hijos, hermano.

-Habla claramente. No soyRuss, que te juzgaría o Dorn, que no te escucharía. Tú yyo no tenemos ninguna necesidad de fingir -exigió Horus.

-Creo que hayundefecto oculto enla semilla genética de los Ángeles Sangrientos.

Algo enmi propia genética. He mirado enmi interior yobservado destellos de la misma, hermano. Unnúcleo oscuro, un rasgo que se encuentra enterrado yque espera ser despertado.

La mirada de Horus cayó sobre el guerrero muerto. -¿Eso es... la furia que vi enél?

-Pedía a gritos sangre. Y nunca sería suficiente.

El lobo lunar se alejó, pensativo. -¿Cuántas veces ha sucedido?

-Alotros es uno de varios de los que estoyseguro. Puede que haya habido otros que perecieranenla batalla darme cuenta.

-¿Unpuñado, endoscientos años, de una legiónde ciento veinte mil hombres? -Horus cruzó sus brazos blindados. -¿Cómo puedes estar seguro de…

Sanguinius levantó la mano. -Estoyseguro. Y los casos sucedencada vez más rápido. Me temo que, conel tiempo, crecerá hasta abarcar a cada uno de mis hijos. Enmi meditación, he visto tal... *posibilidad* -dijo congravedad.

Suhermano esperó a que continuara. Cada uno de los primarcas fue bendecido por los dones sobrenaturales de supadre de manera diferente. EnSanguinius, parte de ese legado fue uncierto tipo de *visión*. Unvago, indefinido sentido de la presciencia.

-La historia es siempre la misma –continuó, palideciendo mientras lo narraba. -Unlegionario en plena batalla sucumbe a una rabia que crece ycrece hasta que pierde la razón. Suhumanidad es arrancada hasta que sólo queda unnúcleo salvaje. Mata ymata, busca sangre ymás sangre. Y al final, enlo peor de sumal, pierde hasta el último pedazo de sí mismo.

-Hasta la muerte es unacto de bondad enese caso. -Horus volvió a asentir. -Hermano... ahora te entiendo. ¿Cuánto tiempo hace que sabes de esto?

Extrañamente, mientras Sanguinius daba voz a las palabras se sentía que la carga sobre él se aligeraba, como si el acto de confiar enHorus lo hubiera hecho. -He guardado este conocimiento a nuestro padre yhermanos durante varios años. Estoybuscando una solución. Algunos entre mis hijos tienencierta versiónde la verdad. Ellos estánunidos conmigo enencontrar una manera de deshacer este error -sumandíbula se tensó. -*Mi* defecto.

-Hermano... -comenzó Horus, enmarcando sus palabras.

Sanguinius negó conla cabeza. -No lo digas. Crees que me culpo a mí mismo por

algo sobre lo que no tengo control, pero no estoyde acuerdo. Este es mi legado ytengo que dar cuenta de ello. Un primarca... -vaciló conlas palabras, conla voz cargada de emoción.

-Unprimarca es el padre de sulegión-dijo Horus, completando la frase por él. -No voya estar en
desacuerdo o tratar de convencerte de lo contrario -se detuvo de nuevo. –¿Quiénmás está al tanto de toda la magnitud de esto? -Horus miró hacia la entrada de la caída capilla empática.

-Azkaellon, el capitánRaldoron, mi maestro apotecario de Baal... yunos cuantos más.

Cuando Horus volvió a hablar, suvoz era casi unsusurro. -¿Por qué ennombre de Terra no pediste ayuda?

Sanguinius le miró a los ojos. -Dime, Horus. ¿Qué es lo que más temes?

La demanda cogió a Horus conla guardia baja y, por unmomento, el lobo lunar estuvo a punto de despedir la pregunta; pero luego suexpresióncambió ydio una respuesta brutalmente veraz. –Caer demasiado pronto. Caer ante mi legión, mi Imperio... mi Emperador.

-Algo que cada uno de sus hijos comparte, incluso si muchos de nosotros nunca tuvieranel coraje de admitirlo. -Sanguinius se alejó, alargando las sombras tras él. -No podía hablar de esto a cualquiera de los otros. Sabes tanbiencomo yo que al hacerlo desmantelaríanmi legión. Algunos de nuestros hermanos podríanverlo como una debilidad ytratar de poner esta verdad enmi contra. Alpharius, Lorgar... No seríangenerosos –dijo, haciendo una mueca.

-Pero ¿por qué lo has mantenido ante padre? Si hayunser vivo capaz de saber la clave de esto, ¡sería él!

Sanguinius se volvió hacia Horus, consus rasgos seráficos convertidos enpiedra. –¡Tú sabes muy bienla razón! -respondió conungruñido. -No voya ser responsable de la eliminaciónde los Ángeles Sangrientos de la historia imperial. ¡No voya tener untercer pedestal vacío bajo del techo del Hegemóncomo único monumento a mi Legión!

Los ojos de Horus se agrandaron. -No llegaría a tal extremo.

Sanguinius negó conla cabeza una vez más. -No puedo correr el riesgo. El

Emperador tiene preocupaciones que vanmás allá de las necesidades de sus hijos individuales. Sabes que es así. Todos sabemos que es así.

Se hizo el silencio de nuevo, sólo roto por el viento que soplaba por los huecos enlos muros en ruinas del templo yel estruendo de metales a lo lejos cuando otra torre de alabanza Nephilimfue derribada.

Luego, conuna sombría determinación, Horus ofreció sumano al Ángel. -Juré que no diría que nada de esto. Mantendré esa promesa durante el tiempo que desees que lo haga.

Sanguinius aceptó el gesto, sus brazales tintinearoncuando se dieronla mano enuna vieja moda anterior a la Unificación, agarrando conlas palmas de las manos la muñeca del otro. –No confío en que nadie más que tú, Horus. Tusolidaridad significa más de lo que puedo expresar.

-Haré todo lo posible para ayudarle a lidiar coneste asunto. Tanto tiempo como sea necesario –dijo el lobo lunar.

Raldoronapenas ocultó susorpresa cuando no uno, sino dos primarcas salierondel edificio en ruinas. Sindecir una palabra a ninguno de los guerreros reunidos, Sanguinius yHorus se alejaronpor las arenas plateadas, cada uno encaminándose por caminos opuestos hacia las líneas sus respectivas legiones.

A sulado, Azkaellonpermanecía tanrígido como una estatua, yel primer capitánno tenía ninguna duda de que el líder de la Guardia Sanguinaria estaba ensuinterior furioso. El aspecto de Horus sólo podía significar una cosa. *Lo sabe*.

Sintiendo suescrutinio, Azkaellondisparó a Raldoronuna mirada dura. -Tus guerreros hansido ineficaces.

-Cuida tucondenado tono, guardaespaldas. –la respuesta del capitánllegó conlos dientes apretados. Señaló más allá del círculo de sus tropas. -tusegundo al mando está escabulléndose por ahí y tampoco supo atrapar al primarca.

-Zuriel será reprendido por suerror, no tengas duda de eso.

Raldoronno las tenía. Azkaellontenía una actitud tansevera que a veces parecía que era absolutamente inflexible entodo. Era una causa frecuente de fricciónentre los guerreros de la Primera Compañía yla Guardia Sanguinaria. El estilo de mando flexible yadaptable de Raldoron chocaba conel estilo rígido de Azkaellon, ylas

recriminaciones entre ambos llegabanhasta los huesos.

-Tengo trabajo que hacer -dijo el comandante de la guardia, caminando lejos de las ruinas. -Espero poder dejarte el resto de los detalles sintemor a nuevos errores. -antes de que Raldoronpudiera replicar, el retrorreactor enla espalda de Azkaellonescupió fuego ydesplegó sus alas esculpidas. En undestello dorado, el guerrero se había ido.

La mueca del primer capitánse profundizó ydespidió a sus guerreros conungesto brusco. Después regaló a uno de ellos sumirada. -¿Dónde está el apotecario? ¡Llamé a uno de ellos hace una hora!

-Aquí, señor -dijo una voz tras él.

Raldoronvolvió yencontró a unlegionario marchando hacia él a través de la plaza de escombros, emergiendo del humo. La servoarmadura carmesí del guerrero llevaba el distintivo color blanco de unsancionado apotecario de la legión, yde sublindaje pectoral pendíantubos Narthecium, frascos de medicamentos yotras herramientas para cortar la carne. Suguante izquierdo era una versiónmuy modificada del MarkII Cruzada, de granvolumenyabultado conel cañónde unreductor. Llevaba la insignia de la primera Helixyundistintivo conforma de cráneo enel frontal de sucasco mostrando sucondiciónde Apothecae Minoris, el rango de menor antigüedad. Unmano sirviente de trabajo iba tras sus pasos, escuchando mientras caminaba sobre el terreno irregular. El capitánestudió al apotecario, prefiriendo la asistencia de unveterano para eneste asunto, pero asignar la tarea a un oficial más experimentado habría llamado una atenciónindebida.

El reciénllegado dio unsaludo. No dio señales de haber sido testigo de la salida de los dos primarcas, lo que era buena señal. *Menos preguntas en las que fijarse*, pensó el capitán.

-Informando como pidió, señor.

-Me seguirás, ysinhacer preguntas –respondió Raldoron.

Entraronenla capilla caído yel boticario activó la iluminaciónmontada ensumochila. El frío rayo de luz blanca buscó por la cámara, recogiendo miles de motas de polvo de roca ensuspensiónenel aire pesado, antes de enfocarse enla granacumulaciónde líquido enlos huecos de la nave desplomada. Raldoronal haz aventurarse hacia las formas sombreadas de los muertos ygritó, arrastrando la atencióndel

jovenapotecario ysuluz a la tribuna donde el cuerpo de Alotros yacía. El capitánquitó a la servoarmadura del muerto toda marca de sucompañía e iconos personales hasta que no quedó nada que pudiera denostar la procedencia o unidad del legionario.

-Extrae sus glándulas progenoides -dijo el capitán.

Hubo unmomento de vacilaciónpor parte del otro ángel sangriento, pero el casco sinrostro no mostró ninguna expresión, ypronto se puso a trabajar. El reductor inició unzumbido alto mientras se abría paso a través de la piel expuesta, supunta excavando enel cadáver antes de que abrirse y cortar los nudos repletos de genes. Cada glándula progenoide era una colecciónde metadatos ADN expresado enforma orgánica: el código crudo de la fisonomía de los ángeles sangrientos representada como carne. Órganos similares estabanimplantados entodos los legionarios, cada uno adaptado a las características ypeculiaridades de suhermandad. Estas eranel recurso más valioso de una legiónde marines espaciales, pues cada glándula progenoide recuperada de unguerrero caído encontraría una nueva vida enel cuerpo de la nueva generaciónde reclutas. De esa manera, mantendríanunlinaje genético conlos que vinieronantes que ellos ylos que vendríandespués, mientras los órganos se formabandentro de ellos.

El apotecario colocó reverentemente la semilla genética de Alotros enuna cápsula hermética, pero antes de que pudiera caer enuna bolsa de sellado ensucadera, el capitánRaldoronextendió la mano yse la quitó.

-¿Cuál es sunombre, apotecario? -preguntó el oficial, impidiendo cualquier

reacción. -Meros, señor. De la 9ª compañía.

-Bajo el mando del capitánFurio. Unbuenguerrero. Una compañía bienconsiderada

–dijo Raldoron. -Gracias, señor. Pero…

Raldoroncontinuó como si Meros no hubiera hablado. -Los hombres de la Novena sabencómo seguir las órdenes. Así que no tengo ninguna duda de que seguirás ésta. –a continuaciónfijó sobre el legionario una mirada firme. -Nunca hables de este momento. Tú yyo nunca estuvimos aquí. -Levantó la cápsula. -Esto no existe. Dilo.

Meros vaciló de nuevo, yluego habló. -Tú yyo nunca estuvimos aquí. Eso no existe.

-Este es el deseo de nuestro señor.

El otro ángel sangre volvió a saludar. –Como ordenéis -retrocedió unpaso mientras Raldoronhizo señas al sirviente que se acercara, preparándose para recoger el cadáver.

Pero antes de que la máquina-esclavo se acerara para hacer suvoluntad, el primer capitánretiró un objeto de supetaca. Era una losa de piedra de tinta procedente de los desiertos de la noche de Baal Primus, yconmovimientos rápidos Raldoronlo insertó enla armadura del guerrero muerto, tapando el carmesí conuna capa de reluciente negro. La acciónténía una extraña cualidad ritual ensí misma, una finalidad que amortiguaba todo. Pero pese que este hermano de batalla había encontrado sufin, era de una manera de decir que estaba perdido para siempre enlas crónicas de la Legión.

El capitánle susurró algo yMeros apenas lo oyó.

-Descansa, hermano. Ahora estás enla compañía de la muerte. Espero que encuentres la paz allí.

UNO

Rocas y peligros ocultos Arma Silenciosa Unfavor

Kano vio las piedras caer a través de la oscuridad ante él, cerniéndose cada vez más grande al cristal blindado del puesto de observación. Pináculos de roca más grande que las montañas rodabanyse dirigíanal vacío, rodeados por nubes tupidas de partículas más pequeñas cuyo tamaño variaban desde cascos de naves espaciales a motas de polvo. Escamas muypequeñas de arena chocaban contra el casco del transporte de tropas de la clase Pugio mientras se acercabancada vez más a su objetivo, ya corta distancia Kano vio otras naves del mismo diseño moviéndose enabierta formación. Siguiendo suestela había unescuadrónde arietes de asalto Caestus, conlos propulsores de las porras aladas generando unamarillo brillante mientras maniobrabanpara la aproximación final.

Sus cascos carmesí reflejabanla luz fría ydistante de la estrella supergigante azul a muchos segundos-luz de distancia enel vasto espacio del cinturónde Kayvas. Lo que había sido una vez un sistema de varios planetas rocosos ahora no era más que una agregacióncolosal de asteroides. Una grancataclismo cósmico había destrozado

los planetas hace eones yesparcido sus restos enel plano de undisco de acreciónde cientos de millones de kilómetros de diámetro. Nudos de gravedad en torno a los grandes planetoides, del tamaño de continentes, luchabanpor reunir suficiente masa para
la reforma, perdiendo eternamente. Kayvas estaba condenado a no evolucionar más allá de cascotes y escombros. Sus asteroides, caóticos e imposibles de mapear lo hacíanunescondite ideal para los que erandemasiado estúpidos o estabandemasiado desesperados para desanimarse por las mareas gravitacionales imprevisibles yconstantes colisiones de asteroides.

Los orkos habíanhecho de este lugar surefugio. Muchas tribus de pieles verdes, dispersos ysinlíder tras el martillazo que sufrierona Ullanor habíanhuido a cualquier punto de la brújula etérea y muchos habíanvenido a establecerse enel cinturónde Kayvas, donde tallaronnuevos puestos de avanzada enlas rocas ricas enmineral a la deriva, lamiendo sus heridas yrearmándose.

Los xenos ya habíancomenzado a sacar la cabeza por encima del parapeto, golpeando a los sistemas imperiales cercanos ysus colonias reciénsometidas, yque era el deber de las Legiones Astartes reforzar la lecciónde Ullanor de nuevo. Una yotra vez si fuera necesario hasta exterminar hasta el último de esos verminosos ysalvajes merodeadores.

La LegiónAlfa había seguido surastro hasta esta guarida ysolicitó a Horus los refuerzos necesarios para proseguir suplande exterminio, pero después de la guerra enel mundo llamado Asesinato yel desastroso encuentro conla civilizaciónconocida como los Interex, el lobo lunar se había mostrado reacio a comprometer naves ylegionarios para la campaña de Alpharius.

Al final, fueronlos Ángeles Sangrientos los que accedierona ayudar a sus primos de la XX legión, conel propio Sanguinius comandando una intervenciónimportante para apoyar a los buques de la 88ª Flota Expedicionaria. Para ejecutar la misión, dijo Alpharius, seríannecesarios cinco años. El Ángel rechazó esa declaraciónyprometió que sería terminada enuno, comprometiendo todas las naves y expediciones disponibles de los Ángeles Sangrientos para la causa.

Sanguinius estuvo enlo cierto, más o menos. Apenas de trece meses después del comienzo de la campaña enKayvas, los orcos estabancasi totalmente aniquilados… pero como animales acorralados lucharonmás fuerte yduro de lo que nunca

habíanhecho antes, ylas batallas se hicieron más rápidas yturbias. Kano se esforzó enrecordar undía enlas últimas semanas enlas que *no* hubiera oído el sonido agudo de las sirenas de alerta yel estruendo de las armas masivas a través de la cubiertas del *Lágrima Roja*, la barcaza de batalla insignia de la legión.

Pero si tuviera que decir la verdad, admitiría que esta campaña había sido satisfactoria desde el principio. De hecho, muchos de sus hermanos carecíandel carácter circunspecto de Kano ylo habían dicho abiertamente, yconfrecuencia. Quienes marcabanlas reglas del juego era la legiónalfa, por lo que endeferencia a ellos los Ángeles Sangrientos habíanseguido sumanual. Pero la promesa de una gloriosa batalla se convirtió enuntipo muydiferente de enfrentamiento.

La 88ª Flota Expedicionaria llevó sus naves de guerra al interior del cinturónKayvas ydesapareció de sensores, dejando a la flotilla de los Ángeles Sangrientos enel borde del sistema, esperando; pronto quedó claro que la misiónpor la que Alpharius había estado tanansioso por obtener refuerzos era poco más que una misiónde remate.

Primero de uno enuno, luego enescuadrones yfinalmente enflotas, los orkos comenzarona huir de Kayvas. Cada vez que se retirabanal espacio abierto más allá de la sombra de la masa del sol supergigante yel cinturónde asteroides, los Ángeles Sangrientos les estabanesperando. Naves y cruceros orkos participaronenmortales juegos del gato yel ratónque se prolongarondurante semanas, enroscándose dentro yfuera de las densas nubes de polvo enla periferia del sistema, enuna caza sinpiedad. Naves de leyenda se enfrentaronuna yotra vez, pero los meses de enfrentamientos prolongados entre naves yla guerra naval ensí pusieronnerviosos a los hijos de Baal. Estaban entrenados para batallas enlas que pudieranenfrentarse a sus enemigos a la cara, no los combates llevados a cabo entre grandes tramos de espacio vacío.

La oportunidad de luchar espada contra espada llegó, conel tiempo. Los patrones de conducta de las tripulaciones orkas empezarona cambiar. Evitaronla poca astucia animal que teníanycometieron errores. Enlugar de mostrar la astucia brutal por la que eranconocidos estos xenos exhibieronuna conducta que se parecía más al *pánico*. De no ser así correríanriesgos, trataríande romper el acoso del bloqueo de los Ángeles Sangrientos auncuando las probabilidades estabanensucontra. Era como si hubiera algo ensus espaldas que temieranmucho más que a los cañones de la legiónde Sanguinius.

Una yotra vez, los orcos fueronconducidos hacia los dientes de los ángeles de la sangre, como ratas que huíande unbarco que se hunde. Lucharoncongranviolencia, incluso intentando tácticas condenadas al fracaso como ataques directos a naves legionarias o activando los motores disformes mientras estabanenlo profundo de la zona de peligro gravimétrica. Los bordes exteriores del cinturónestabanllenos de cadáveres de innumerables naves orkas, muchas de ellas dejadas consumirse como trapos ardiendo mientras sus moribundos núcleos de potencia sangraronflujos volátiles de gas plasmático.

Nadie sabía lo que la legiónalfa había hecho para que los Orkos huyerande esta manera. Kano era el ayudante del capitánRaldoron, ypor ello a menudo encondiciones de oír fragmentos de la informaciónque pasaba a través de los más altos niveles de la estructura de mando de los Ángeles Sangrientos, pero incluso él sabía poco. Lo único que estaba seguro era que la LegiónAlfa se había oscurecido, sólo llegando a enviar comunicados regulares a la flota de bloqueo que conteníanpoco más que unmensaje de "mantener la línea". El puñado de orkos que fue capturado convida dio respuestas incomprensibles enlos interrogatorios que enturbiaronaúnmás las aguas. A medida que la flota mantenía yaseguraba el bloqueo, las patrullas de exploraciónprofunda enel cinturón recogierontodo tipo de transmisiones xenos agitadas ylos augures mostraronevidencias definitivas de batallas entre orkos que teníanlugar cerca del sol azul. Entonces, después de varios meses de campaña, las naves enel cuadrante del sentido de giro detectaronla destrucciónde ungran planetoide del tamaño de una luna por medios desconocidos. El propio Sanguinius envió peticiones a la 88 ª yla respuesta fue que el evento era algo "que no tenía importancia”.

Finalmente, el primarca cansado de las formas evasivas de Alpharius yenvió una fragata al interior, sobrepasando la radiobaliza exterior ydesafiando las reglas de enfrentamiento que las dos legiones habíanacordado. Cuando la fragata regresó semanas después, la tripulacióninformó de que no habíanencontrado indicios de sus aliados, sólo los restos de naves orkas ylos cuerpos de xenos muertos. La 88ª flota expedicionaria estaba formada por cientos de buques de guerra, ysinembargo no había rastro de ellos.

Ahora, el ritmo de la campaña enKayvas estaba llegando a unnivel terminal. Los últimos vestigios de las fuerzas orkas estabandespegando desde el

cinturónenunéxodo desordenado, pereciendo por los destellos de cañones lanza ybarreras de torpedos al cruzar la línea de vigilancia. Al final, los buques LegiónAlfa estabanapareciendo enel mismo borde del rango de los sensores, aparentemente moviéndose enuna formaciónde barrera para espolear al enemigo hacia la periferia del sistema.

La última grannave capital que los pieles verdes pudieronreunir permanecía por delante del Pugio y las otras naves de transporte. Era vagamente ovoide enforma, unpuño gigantesco de roca de color marrónque se había revestido conunmosaico de placas de metal, sus flancos carcomidos de cráteres lucíantorretas ylas fauces de lanzamisiles. Uncollage de motores estaba encajado concrudeza a una amplia superficie del asteroide canibalizado, lanzando columnas de empuje a toda potencia enun vano intento de impulsarse hacia arriba yfuera del plano de la eclíptica. Mientras se acercaban, Kano observó las distorsiones reveladores de generadores de campo Geller temblando sobre la nave, como el collar de pinchos de unperro guardián. Una luz violeta débil se arremolinaba alrededor de sus extremidades, una señal clara de que la tripulaciónde la nave se preparaba para levantar la membrana de energía protectora. Una vez hecho esto, el siguiente paso consistiría en enfrascarse conla traslacióna la disformidad.

Cualesquier táctica sombría que hubiera empleado la legiónalfa había funcionado, yahora los ángeles sangrientos ibana dar el golpe final, deteniendo la nave comandante antes de que pudiera deslizarse desde el espacio real yhuir al immaterium.

-Reúnete yprepárate. Abriremos brecha enunos minutos -dijo una voz, Kano se volvió yvio que el capitánRaldoronhabía entrado enel compartimento desde la cubierta de vuelo superior.

La bahía de tropas del Pugio estaba llena, unpuñado de escuadrones tácticos ydevastadores alineados enlos arietes de abordaje montados enla cubierta, dispuestos a encerrarse enellos antes de que la proa diamantina de las naves penetrara enel escudo de la nave orka. Todos los hombres se quedaronensilencio por respeto al capitán. Kano conocía a Raldorondesde hace décadas yno parecía haber cambiado mucho enese tiempo; supaso por la GranCruzada sólo le había concedido unas pocas cicatrices extra yuntono más plateado de pelo. Seguía siendo el granveterano de rostro duro que Kano había conocido, ycualquier otra cosa que hubiera cambiado enél permanecía oculta como sucarne bajo suservoarmadura.

Raldoronhizo una seña a uno de los otros legionarios, que abrió una caja de metal sellada magnéticamente a las placas de la cubierta. Dentro había una vieja yfamiliar imagen. Lo llamaban cáliz aunque era unnombre poco apropiado, ya que se parecía más a unvaso alto yestrecho. Estaba forjado de metal negro anodizado ysusuperficie exterior era unbosque de pequeños picos, poco profundos, cada uno conuna punta hueca.

Todo guerrero enel compartimiento estaba enel proceso de quitarse suguante derecho yKano hizo lo mismo sinpensarlo. Raldoronya lo había hecho, yél tomó el cáliz conla mano desnuda yla estrechó confirmeza, permitiendo que las puntas afiladas penetraranla densa carne de la palma de su mano yextrajeransusangre. Entonces el capitánentregó la copa al hermano de batalla más cercano a él, unsargento veterano llamado Orexis, que a suvez hizo lo mismo. Orexis pasó el cáliz a otro guerrero yasí sucesivamente entoda la línea de los Ángeles Sangrientos. Enpocos instantes la copa había rodeado el compartimiento yllegado a Kano. Él hizo lo mismo, notando que las espigas estabanahora mojadas conla sangre de una docena de hermanos de batalla yque la copa pesaba más por el líquido que había tomado.

Finalmente, Raldoronrecogió el cáliz yrecolocó suguantelete. Los otros hicieronlo mismo, enun coro de chasquidos apretados cuando la ceramita se ajustó. A medida que sus tropas ocuparonsus puestos ensus bastidores de soporte, el primer capitándibujó una línea sobre ellos, mojando sudedo índice enla sangre mezclada enla taza. Dio a cada guerrero una marca, una línea de color rojo enel ala derecha del *alatus cadere*, el símbolo de la legiónde los Ángeles Sangrientos compuesto de una gota de vitae rubí conalas.

Kano vacilaba al llamarlo un"ritual"; daría unregusto a acto religioso, yenla armonía secular del Imperio del Emperador no se permitíantales cosas. No, era más fiel llamarlo una *tradición*, una convenciónpre-batalla que había sido parte de la cultura del planeta Baal desde antes de la Guerra de la Quema. Incluso los legionarios nacidos tanto enTerra como Orexis, que se unierona sus hermanos Baalitas después de la reunificación, habíanadoptado la costumbre sinproblema. Ellos entendíanplenamente el significado de la misma.

Al compartir susangre antes de que comenzara la pelea, al recibir cada hermano de batalla una gota de la vitae mezclada sobre sus servoarmaduras, el pacto entre ellos

era rehecho. Simbólicamente, los legionarios afirmabansuunidad yla verdad del hecho de que eran, ahora ypara la eternidad, de la misma sangre. Otras legiones compartíanunjuramento de momento antes de embarcarse enuna batalla, una promesa jurada sobre unarma; para los Ángeles Sangrientos, esto servía para el mismo propósito.

Cuando terminó, todos recitaronjuntos el mismo voto. -Por Sanguinius yel Emperador.

El momento pasó, Kano recogió sucasco de combate ylanzó una última mirada a la ventana. Un muro de piedra de color pardo ahora llenaba suvista, yKano observó por unbreve instante su propio reflejo enel cristal blindado. Una cara seria del color de la teca oscura le devolvió la mirada, flaca pero no cetrina.

Raldoronse aseguró ensubastidor junto a suayudante, se echó hacia atrás ycerró los ojos por un momento. Curiosamente, el capitánparecía casi tranquilo, como si estuviera a punto de caer enun sueño.

Kano se puso sucasco ysumundo cambió, las lentes de color esmeralda del yelmo se activaroncon trinos suaves. Iconos yseñales de visualizaciónfuerontransmitidos directamente a sucorteza por la interfaz neural, símbolos volviendo a la vida cuando los otros guerreros de la escuadra de mandos sellaronsus armaduras yseñalaronsudisposición.

Una cuenta regresiva transmitida desde el piloto del Pugio caía constantemente hacia unpunto cero,
mientras la nave de embarque se acercaba a la nave orka. Kano sintió el desplazamiento de la cubierta bajo él, mientras el buque maniobraba confuerza, probablemente para evitar el fuego láser desde las puntuales baterías defensivas xenos.

Raldorontomó el control de la red voxcuando el reloj comenzó a parpadear enrojo. -Hermanos. Vamos a abrir brecha al pie de lo que parece ser una torre de mando. Nuestro principal objetivo es penetrar enel puente de la nave yhacer que sus sistemas de control permanezcaninactivos. Una vez se cumpla esto, podremos purgar a los xenos... -Kano oyó la fría sonrisa ensuvoz. -Y tal vez por fin terminemos coneste esfuerzo de contrapeso.

Unestruendo de asentimiento brusco pasó entre los escuadrones yKano no pudo evitar unirse.

Los iconos cambiaronde color cuando los otros legionarios mostraronsuestado de preparados. -Preparaos para el despliegue -dijo Raldoron.

Entonces la flecha blindada del Pugio golpeó la nave enemiga yla cabeza de Kano se estrelló hacia delante yhacia atrás.

Oyó el sonido del metal rasgándose.

La acciónde abordaje destruyó la nave que los había llevado. Los astutos orkos, conscientes de que los humanos podríantratar de llevar la lucha a ellos, habíanreforzado las placas del casco de su nave de mando, lo que convirtió a la penetraciónenuna experiencia mucho más costosa. El compartimiento de tropas blindado era a prueba de mucho, ysobrevivió consus guerreros intactos, pero el resto del fuselaje estaba destrozado por las fuerzas contradictorias del impacto. Todos los sistemas a lo largo de la nave se dañaron, perdieronpotencia o se fundieron. El piloto ya estaba muerto, suparrilla de gravedad lo había estrangulado enla colisión, ylos cogitadores que actuaban como mecanismos de seguridad se rompieronmás allá de una reparaciónposible.

Si la nave de transporte hubiera estado llena de hombres comunes, todos habríanmuerto, no enel impacto pues los amortiguadores enlos bastidores hicieronsutrabajo, pero si cuando la nave murió ydejó escapara el aire al espacio. Los legionarios, encerrados ensus servoarmaduras e inmunes a estos problemas menores, se liberaron. Bajo el mando de Raldoron, obligarona abrirse a las secciones enforma de pétalo de la escotilla de proa.

Untorrente de sensaciones les asaltó a la vez. Las fugas de aire a través de los espacios alrededor de la junta improvisada hecha por las aspas de la nave de desembarco, gritando como una viuda desgarrada; el enérgico ygutural rebuzno de armas orkas enla distancia, el pesado yrepugnante hedor de fetidez xenos, el cambio repentino enla gravedad.

Raldoronfue primero enponer unpie enla cubierta de piedra de la nave, levantando suarma al hombro yhaciendo ungesto para que el resto le siguiera. Kano estaba detrás de él, deteniéndose apenas unmomento para asegurarse que subólter estaba amartillado ylisto para suministrar muerte.

El robusto modelo Umbra Ferroxestaba decorado conmarcas de honor yunadecuado recuento de muertes. Ensus primeros años de servicio, Kano había

utilizado unarma muydiferente endefensa de la legión. Encierto modo, todavía sentía como una novedad para él confiar enalgo tanbásico como unarma balística, undiseño cuya base no había cambiado mucho incluso desde antes de la Vieja Noche.

Reflejando la postura del capitán, Kano tomó sulugar entre la segunda línea de la escuadra de mando yse trasladó hacia el largo ybajo pasillo donde el Pugio había penetrado. Los cierres magnéticos en sus botas resonaroncuando el escape de la atmósfera trató de tirar de ellos al espacio. Más abajo en el espacio abierto, otra embarcaciónque transporte acuchilló a través del casco yse instaló enuna lluvia de escombros retorcidos ychispas amarillas gordas. Las rampas cayeronymás guerreros con armadura carmesí se derramaron, trabando combate conel primero de los guardias orkos mientras revoloteabanalrededor de una esquina, portando consus manos hechas de garras armas de proyectiles alimentadas por cintas de munición.

Raldoronignoró el combate yseñaló hacia delante. -¡Seguid enmovimiento! No podemos darnos el lujo de reducir la velocidad yparticipar. Tenemos que seguir presionando.

Kano asintió sindejar de avanzar. No teníanmanera de saber cuánto tiempo les tomaría a los orkos enel puente completar sus preparativos pre-salto. Basándose enlos comportamientos observados y obtenidos de los registros imperiales, ese intervalo podía variar de unos pocos minutos a varias horas. La tecnología orka era engranparte una cosa de azar yuna construccióncaótica; no había dos naves de pieles verdes iguales. Razónde más para moverse conrapidez. A Kano no le gustaba la idea de estar atrapado a bordo de la nave xenos si lograbanla traslacióna la disformidad. No habría forma de saber cuándo o dónde saldrían... o incluso si sobrevivirían al viaje. Otras unidades de ángeles sangrientos estabangolpeando a la nave orka enotros lugares -Kano sabía que había escuadras atacando el núcleo del motor ysalas de navegación- pero no podíanbasarse enuna sola fuerza que lograra el objetivo de la misión.

El corredor se ramificó yamplió, pasando de untubo de placas de metal improvisadas ymalla oxidada a una enorme chimenea que se elevaba hasta varios cientos de metros. Los orkos habían convertido el tubo masivo enuna vía de acceso mediante la construcciónde una rampa de sacacorchos enla pared. Se desplegaba

encurvas cerradas, girando sobre sí mismo ycables flexibles se entrecruzabanenel interior, dando a las plataformas una apariencia de estabilidad.

-Unsolo grito entusiasta ycaerá sobre nuestras cabezas -murmuró uno de los hombres de Orexis.

-Enese caso habla muybajo -replicó Raldoron, sinvolverse. -Tercera ycuarta escuadra, mantened este nivel. La segunda yla primera conmigo; avanzaremos por niveles -Raldoronencaró la plataforma conuntrote. -¡Mantened mi ritmo!

Kano echó a correr ysiguió a sus hermanos de batalla, cayendo de forma automática enuna formaciónde dos endos sobresaliente mientras corríanpor la pendiente. La cubierta bajo ellos se tambaleaba alarmantemente mientras subían, resonando concada pisada blindada, pero se mantenía firme.

Torretas artilleras automáticas les esperabanenel cuarto circuito, poco más que cajas de chatarra y cajas de aceite soldadas entre sí contolvas llenas de municiónalimentando grupos de armas gruñendo. Raldoronno rompió supaso, destruyendo la primera conuna granada krakyla segunda conundisparo de supistola, que atravesó la hendidura conel objetivo destrozando el interior. El resto se lo dejó a los guerreros de la segunda escuadra para que los destruyeranylo hicieron, reduciéndolos a pilas humeantes de chatarra.

Sinembargo, las torretas automáticas habíanestado allí más como dispositivos de alerta temprana
que como unesfuerzo serio para detener el avance de los legionarios, yel estruendo de suataque atrajo a orkos pululando por los cables de suspensiónde los niveles superiores del pozo de acceso.

Kano los vio venir, sorprendido uninstante por la agilidad que los pieles verdes mostrabanmientras se balanceabancomo los grandes simios, mano sobre mano a través del abismo. Otros enrealidad hacíanrappel, colgados boca abajo conlas armas de tiro rápido ensus manos. Todos ellos rugíanen supropio lenguaje gamberro ysinsentido.

Los Ángeles Sangrientos dispararondesde la cadera mientras continuabansuascenso, enfrentándose a los orkos cara a cara. Los xenos que llevabanpaneles curvos como armadura aterrizaronengrupos enel borde de la rampa yrealizaronsuataque, disparando o golpeando congrandes espadas-bayonetas unidas a las bocas ennegrecidas de sus armas.

Uno de ellos cayó justo al lado de Kano yle lanzó sudesafío, sus ojos amarillos empañados conuna especie de frenesí vacío. Enesa fracciónde segundo Kano vio el collar de los huesos ylos dientes alrededor de sucuello, el olor putrefacto de surespiraciónyla arrogancia de supose.

Sus labios se curvarondetrás de sucasco de combate, aumentando suantipatía contra la brutal monstruosidad. El orko era fornido, teniendo fácilmente la misma masa que Kano, pero no era lento. Tenía unarma larga de dos cañones que había unido a unhacha de doble hoja, conlo que podía ametrallar ycortar enel mismo golpe.

Las reacciones de Kano no fueronconscientes, pero si instintivas. Se volvió hacia el orko conel bólter enla cadera conungiro de sutorso yapretó el gatillo, permitiendo que el potente retroceso del arma tirara de la boca del cañónenuna ronda semiautomática de tres disparos. La primera ronda recortó la pierna del orko, volándole una porciónde carne del tamaño de unpuño de sumuslo; las segunda ytercera disparos dieronensuestómago yel esternón. El impacto le despeñó por el borde de la rampa yla criatura cayó enespirales, rebotando enlos cables hasta que sucaída terminó conél hecho una muñeca rota sobre la cubierta a lo lejos.

Eliminada la amenaza, Kano volvía a correr hacia arriba, cambiando subólter al modo de disparo único yelevándolo a supecho. Mientras corría, disparó rondas a cada orko que aúntenía la osadía de permanecer de pie. Los proyectiles reactivos se convirtieronenparte del mismo coro que cantabanlas armas de sus hermanos. Se abrieroncamino a través de los defensores orkos sinpausa y siguieronsubiendo, nivel a nivel, por la parte superior del eje.

-Granadas -ordenó Raldoron. -Ajustad temporizador.

La escuadra delantera imitó la accióndel primer capitán, sacando ycebando una municiónenforma de tambor de sucinturón.

-¿Listos? ¡Soltad!

Media docena de granadas rodarona través del aire ygolpearonla masiva puerta blindada que sellaba el nivel superior.

Kano puso el filo de sumano enguantada para protegerse los visores oculares de los múltiples flashes de magnesio brillantes de las explosiones. Una cadena de truenos sonó yla escotilla cayó hecha pedazos enla cubierta conunsonido hueco.

Raldoronno necesitó ordenar que avanzaran. Los Ángeles Sangrientos penetraronenuna formación de doble cuña: la primera entró enla granantecámara más allá de la puerta ytomó posiciones de cobertura, la segunda avanzó para encontrar el próximo lugar donde aguantar. De estacióna estación, los dos equipos se trasladaronpor el túnel, intercambiando las posiciones inicial yfinal.

Más adelante el túnel se ampliaba tanto que podría haber alojado unpar de transportes de tropas Rhino lado a lado. A intervalos irregulares se ramificaba enlo que podíanparecer compartimentos de almacenamiento ycajas de equipo, mientras que bajo sus pies ysobre sus cabezas, pórticos metálicos ocultabanlíneas de tuberías ycables que soltabanarcos de chispas azules. El olor terroso ymohoso de los xenos era más grueso aquí, llegando a pasar a través de los filtros de las rejillas de respiración.

Kano vio que Orexis se detenía enuna masa de trapos enuna alcoba; no, no eranharapos. Eranlos restos de unartillero orko. –Aquí hubo untiroteo. Muyreciente –informó.

El legionario miró a sualrededor, ydescubrió más montones de orkos muertos, claramente delineados endos grupos a ambos lados del pasillo. -¿Se mataronlos unos a los otros...? –se preguntó Kano envoz alta. Las diferentes bandas de orcos no parecíandistinguirse entre sí a primera vista, pues todos ellos teníanlos mismos signos tribales crudamente esculpidos ensus armaduras así como tatuajes ycicatrices rituales. Kano compartió una mirada conel sargento yse preguntó si el veterano estaba pensando lo mismo que él: ¿Era esta una evidencia más del trabajo a manos de la legiónalfa?

Pero justo enese instante algo diferente lleno enla mente de Kano ysus músculos se tensaronde forma automática, resistiéndose a ello por reflejo como si estuviese al borde de undesfiladero. -¡Orexis…!

El nombre del sargento se deslizó de suboca enungrito al mismo tiempo que el cuerpo del orko muerto se movió, revelando a otro vivo bajo él. Una hoja de dientes de sierra brilló cuando el xeno escondido apuñaló hacia arriba, buscando la articulaciónflexible entre las placas de la servoarmadura del veterano. El cuchillo raspó la ceramita rojo, pero la acciónse perdió enel estruendo de unnuevo ataque.

-¡Emboscada! -gritó el capitán, mientras otros orcos ocultos bajo los cuerpos de sus muertos volvierona la vida. Había más enlos pórticos sobre sus cabezas, aunque

sus firmas térmicas se camuflabanenlas flores de calor de los cables de alimentaciónmal blindados; echaronabajo las mallas de cables ycayeronenmasa enel centro de la formaciónde los ángeles sangrientos, disparando entodas direcciones.

Kano estaba más cerca de Orexis e irrumpió hacia él, golpeando a unartillero orko que trataronde bloquearlo conla culata de subólter. El golpe fue de tal fuerza que rompió los huesos del cráneo del piel verde ylos clavó ensucerebro, matándolo al instante.

Una llamarada lamió la espalda de Kano ydio media vuelta para encararse conunorko que portaba ensus hombros dos masivos lanzallamas lanzando fuego, derramando el combustible a presiónsobre la cámara enlo que parecíanmovimientos erráticos. Kano rodó hacia adelante yse acercó disparando. Otros disparos se unierona los suyos yde repente el orko conel lanzallamas detonó como una bomba; sinduda algúnproyectil bólter alcanzó por azar el punto débil del tanque de combustible.

Orexis estaba ocupado matando a los xenos que había intentado apuñalarlo ylos legionarios a su lado combatiendo a los orkos emergentes, pero las secuelas de la explosiónde los lanzallamas no terminaronconel fuego naranja ondeando enel pasillo, sobre sus cascos.

De repente, los proyectiles enlos cintos empezarona estallar mientras las llamas no morían; enlugar de eso se aferrarona los cadáveres de los orkos muertos. Demasiado tarde, Kano vio el infierno envolver el cuerpo de unorko que había muerto portando uncarcaj lleno de granadas pesadas de fusil perforantes enla espalda.

Una segunda detonaciónmucha más potente, confinada enla chimenea de piedra tallada enla roca del asteroide, sonó contanta fuerza que levantó a todos los combatientes de sus pies. El ruido que provocó fue lo suficientemente fuerte como para sobrepasar los autosentidos de Kano, una fracción de segundo antes de que los bloques de proteccióncortaranlas conexiones para proteger la interfaz neural. Piedras cayeronsobre piedras ygrandes trozos de roca ymetal cayeronde sus asideros, obstruyendo el pasillo. Desafortunados marines espaciales yorkos por igual fueronaplastados. De repente, la fuerza de asalto de Raldoronfue cortada endos, la mayoría de los legionarios enel lado equivocado de los escombros conlos atacantes.

El sargento Orexis despachó al último de los xenos ensulado de los escombros ydio untembloroso paso adelante, para luego quitarse el casco. Fue entonces cuando Kano vio que el veterano no había sobrevivido al combate sinuna herida. Oscura sangre arterial fluía como unrío brillante desde su muslo yse depositabanenla cubierta. El hecho de que la vitae no se coagulara casi al instante significaba que el corte no sólo había sido profundo, sino tambiénvenenoso.

Kano señaló conundedo al veterano yuno de sus guerreros acudió enayuda del sargento. – ¡Capitán!, ¿Cuál es la situación? –dijo Kano por el vox, mirando a otro lado.

A través de huecos enla pared de piedra caída pudo ver el destello de los disparos, escuchar el rugido de los orcos luchando cuerpo a cuerpo. La voz de Raldoronllegó a través de sus altavoces del casco enresoplo de aliento apretado. – ¡No nos esperéis, Kano! ¡Llegad al puente!

Él asintió conla cabeza; sabía que tomaría varios minutos mover los suficientes escombros caídos para llegar hasta donde se encontrabanRaldoronysus hombres, yera untiempo que no podíandarse el lujo de gastar.

Kano se volvió hacia Orexis. -Sargento, ¿Puedes correr?

-Sí –escupió el veterano, pero luego dio unpaso pesado yvaciló, silbando por el profundo dolor. – ¡Maldita sea la sangre! *No*.

Kano miró al legionario más cercano a Orexis. -Ayúdale. -luego hizo una seña al otro par de marines espaciales que estabancerca, dos baalitas de nombre Cador yRacine. -Vamos, no podemos quedarnos.

Más torretas automáticas de chatarra estabanesperando a los tres ángeles sangrientos enel extremo del corredor, una línea de ellos sacudiendo los hocicos de sus armas ida yvuelta por engranajes mecánicos. Cador manejaba unbólter pesado que hizo el trabajo fácil para ellos, enviando una salva de proyectiles de grancalibre hacia las unidades yvolándolas enpedazos, envueltas enbolas de fuego rojo.

Racine, armado conunbólter estándar como Kano, llegó conél a la escotilla que conducía al puente de mando de la nave yjuntos abrieronla compuerta lo suficiente como para lanzar a unpuñado de granadas cegadoras. Kano cerró la escotilla cerrada otra vez conla palma de la espalda yescuchó la descarga. Luego tuvieronque abrirla de nuevo ylos tres marines irrumpieronenel centro neurálgico de la masiva

nave de guerra orka.

Lo encontraronabandonado.

-Por el Trono... ¿Dónde estánlos orkos? –dijo Cador mientras hacía una mueca, apuntando consu bólter pesado entodas direcciones.

Kano avanzó, encontrando unos pocos cadáveres orkos tirados enlas planchas de la cubierta o echados ensus ruidosas consolas. -Todos estánmuertos -comenzó, elevando la cabeza de uno por el moño enjuto de sucuero cabelludo -Pero no nos dejemos engañar como la última vez. –Kano tenía su espada de combate empuñada yapuñaló al orko enlos ojos. Sacó la espada sinque el orko reaccionara. -Comprobad todos los cuerpos, para estar seguros.

Racine ya estaba realizando las ejecuciones, acuchillando metódicamente cada cadáver, explorándolos enbusca de armas trampa ysimilares. -Igual que enel paso. Se mataronentre sí.

Kano frunció el ceño, mirando alrededor del compartimiento de puente. La pregunta de por qué los xenos se habíanenfrascado enuncombate fratricida tendría que esperar, porque incluso consu capacidad tecnológica limitada, Kano podía deducir por los indicadores ylas luces parpadeantes lívidas a través de los paneles de control que la nave orka estaba a punto de descargar una gran cantidad de la energía. Eso sólo podía significar que pronto se abriría camino por la disformidad. Tambiéndescubrió lo que significaba: las demás unidades no habíansido capaces de neutralizar los reactores o motores. Seríantarea de tres ángeles detener la huida de la nave orka.

-¿Somos los únicos que hemos llegado hasta aquí? ¿Qué pasa conlos otros escuadrones? -preguntó Racine, consus pensamientos enparalelo las del ayudante.

-Podríanestar empantanados -aventuró Cador. Otras unidades depositadas enel lado opuesto de la estructura de la torre por suoficio de embarque deberíanestar abriéndose camino hacia el mismo punto de destino, ysi los orcos habíandejado torretas centinelas yorganizado emboscadas a las tropas de Raldoron, era lógico que sus hermanos de batalla hubieranencontrado los mismos obstáculos enotras parte de la nave. -Llegamos aquí primero. Se lo recordaremos enel *Lágrima Roja* cuando este lamentable asunto haya pasado.

Kano escuchaba distraídamente. El puente era circular, como el espacio de una

arena conunpodio en el centro, enalto para que cualquier orko sirviendo como sucomandante fuera capaz de mirar hacia abajo a los rangos por debajo de el ygritar las órdenes segúnfuese necesario. Estaciones de trabajo arrancadas de naves humanas yotras piezas de la tecnología adoquinada rodeabanla cámara, cables serpenteando de unlado a otro bajo los pies como las raíces superficiales de unárbol gigantesco; había una serie de escotillas, como por las que habíanentrado, pero todas estabanselladas. Por último, Kano vio lo que supuso debía ser una consola de mandos, unpodio bajo, conunorbe de proyecciónhololítica suspendido por encima de ella. La esfera de luz estaba llena de vectores y puntos de luz que se parecíana los cúmulos de estrellas.

Levantó subólter. El tiempo para unacercamiento sutil matizado que la misiónhabía pasado de largo. *En caso de duda*, dijo para sí, *destruirlo*.

Sudedo estaba apretando el gatillo cuando *sucedió* de nuevo. El mismo desmayo, la misma sensaciónenfermiza enlo profundo de sugarganta, como unsorbo de agua sucia, la misma presencia no deseada deslizándose sobre la superficie de suconciencia auncuando trataba de olvidarse de cómo se sentíanese tipo de cosas.

Kano estaba tanobsesionado contratar de desterrar la reacciónque estaba mirando al lado equivocado cuando una llamarada repentina de energía esmeralda cobró vida a los pies del estrado del comandante. El aire adquirió ungusto sucio ygrasiento metálico conla descarga de energía disforme, yde la nada salió unorko que parecía ser unprimo mutante de los que se encontraban muertos enlas placas de la sala.

Tenía la altura de Kano conarmadura completa ysucráneo concolmillos era extrañamente deforme. Una piel enfermiza se aferraba a sus huesos, pero sus ojos hundidos ardíancomo ascuas de oro, tan brillante que Kano no podía mirarlos directamente. Enel momento de vacilaciónantes de que todo el infierno se desató, Kano vio el conocido fenómeno de los rayos psíquico bailando alrededor de la cabeza del orko. Pocos haces de luz se convirtieronenunhalo chispeante ymás motas de color se reunieronenlas manos de la criatura, una de las cuales mantenía unlargo bastónde cobre personalizado.

Unorko psíquico

Parecía descabellado concebir que los brutos xenos tuvierande lejos la complejidad mental necesaria para manejar tales poderes sobrenaturales, pero la evidencia estaba

allí ante ellos. A través de la pura fuerza de la mente, el orko se había teletransportado a sí mismo al puente. Tal vez había estado cerca enotro compartimiento, explorando telepáticamente enbusca de uninvasor; no tenía importancia. Todo lo que importaba era matarlo yrápido.

Cador abrió fuego conel bólter pesado ysuandanada rugió enel podio del comandante… pero el orko ya no estaba allí, desdibujándose a través del puente enunparpadeo que rezumaba luz disforme, demasiado rápido para que el artillero le acertara consuarma. Racine había sido pillado consu bólter colgando, pero aúnsostenía enuna mano la espada de combate e hizo una finta hacia atrás, creando espacio para ir a por el arma; pero el orko ya estaba sobre él.

Unmanantial de rayos verdes surgió de la punta del bastónmetálico del orko psíquico, derramándose a través de la cubierta. El manantial bañó los cuerpos de sus compañeros muertos ylos cadáveres se retorcieronuna yotra vez, como si la carga estuviese tratando de reanimarlos. El baño de energía atrapo a Racine ygruñó de dolor, dejándole rígido.

Kano disparó al orko, pero se movió otra vez, como si perdiera definiciónmientras la luz ambarina se refractada enuna ventana manchada de lluvia. Entonces la sintió *dentro de su cabeza.*

Cualquier barrera mental que tuviera estaba descuidada ysería lenta de reconstruir, por lo que el rayo penetró enél. De repente, sus fosas nasales se llenaronconunolor rancio a excrementos yse mareó. El orko psíquico revoloteó hacia él, pero luego tanrápido como había llegado, la invasión
mental desaparecido cuando los casquillos de proyectiles de grancalibres cantaronenel aire. Cador lo tenía a sualcance yestaba colando al orko.

Kano se apartó, agitando la cabeza para despejar el fantasma del asalto psíquico, yvio la respuesta a la interrupciónde Cador conunataque propio. Unrayo de fuego amarillo bilioso salió de cuencas de los ojos del orko ybarrió la cámara como unreflector, carbonizando todo lo que tocara. El rayo psíquico golpeó al ángel sangriento, pintando la superficie de suservoarmadura de color carmesí a negro hollín.

El bólter ya estaba enmanos de Kano yapretó el gatillo, desatando una salva de disparos enel costado de la criatura. Gritó por el dolor yse volvió hacia él, el brillo de sus ojos oscureciéndose por unmomento antes de arder de nuevo. La recámara

de la pistola se abría ycerraba vacía, yKano maldijo para si; enla niebla de la confusiónque se produjo después del ataque mental, que había perdido la cuenta de la municiónenel cargador de subólter, yahora el arma estaba seca.

El orko levantó el bastónde cobre yemitió ungruñido cantarín, como unmantra, unllamamiento a los poderes de la disformidad. El tiempo se ralentizó para Kano yde repente supo exactamente *cómo* el orko psíquico estaba golpeando a batir caótico ytelepático del immaterium. Podía verlo conlos ojos de sumente como una serie de ecuaciones complejas o las estrofas de unpoema. Sabía cómo funcionaba ese poder porque él lo había experimentado, canalizado a través de sus propios dedos.

Y aunque parecía que había pasado una eternidad, Kano sabía conabsoluta certeza de que podía hacerlo de nuevo. Sus manos se elevaronenmarcando sus dedos como garras, la acciónentrando hasta sumédula, yel orko lo vio. La criatura se detuvo ysupo que se enfrentaba a unser que *entendía*.

Pero el aire estaba saturado de nuevo confuego bólter yel orko fue derribado por la fuerza de una docena de armas de fuego. Kano giró para ver que una de las otras escotillas se balanceaba abierta y a unpelotónde legionarios surgiendo a través de ella. A la cabeza de ellos había una figura conuna servoarmadura tanoscura como el vacío, conla cara oculta tras unceñudo casco de combate con forma de calavera. Apuntaba conuntubo corto, undispositivo coronado conunescudo alado. - ¡No quedará ni rastro! -gritó una voz áspera, ronca.

Kano se desligó de la línea de fuego yse lanzó a suobjetivo original, la consola de mandos. Al llegar a ella se dio cuenta de unestruendo bajo sacudiéndole desde sus botas. La nave entera vibraba violentamente cuando sus sistemas de energía llegarona la fase final para la traslaciónal espacio disforme.

El ángel sangriento no dudó e hizo caer subólter vacío enla consola, rompiendo el proyector hololítico, los controles, rompiéndolo todo hasta revelar los circuitos cristalinos dentro yuna malla infinitamente compleja de conexiones de hilos de plata. Como unmartillo pilón, Kano hizo llover golpe tras golpe enla máquina hasta que no quedó nada más que fragmentos brillantes yel silencio de la cubierta bajo sus pies.

Después de lo que pareció una eternidad, dio la espalda al panel yse encontró al guerrero de negro cerniéndose sobre él.

Las palabras que dotaronde vida desde la rejilla de ventilacióna la cabeza calavérica no eranla que esperaba Kano.

-¿Sabes quiénsoyyo? –sutono era acusatorio.

Kano se puso rígido, creciéndose ensuactitud de desafío. -Esa armadura negra sólo puede significar una cosa. Usted es unGuardiánde la Legión.

El cráneo se movió enungesto superficial. -Tal es mi carga ymi honor.

Dedos blindados subierona quitar el casco, revelando una cara como unbloque de mármol tallado, frío ypálido. Ojos duros que sabíanpoco de piedad escaneabana Kano yel ángel sangriento se sintió obligado a quitarse sucasco también. Se resistió a la tentaciónde limpiar la capa de sudor de supiel oscura. El aura del otro hombre ya estaba cayendo sobre él.

-SoyAnnellus Yason. Camina conmigo –era una orden, de eso no cabía duda ytras unmomento Kano obedeció, pero lo hizo tímidamente. El cargo de "Vigilante" era una situaciónrelativamente rara entre la Legiónylos rangos de los hombres que teníantal deber estabanabiertos a interpretaciones. De lo que Kano estaba totalmente seguro era de que Annellus llevaba los laureles de unveterano de alto relieve ensus hombreras yque, por lo menos, se había ganado untítulo de respeto.

Pero sólo unpoco, se recordó.

Kano siguió a Annellus a través de la segunda escotilla abierta ypor otro amplio corredor. Captó el olor de la sangre de orka ymiró hacia atrás, viendo los cuerpos de decenas de xenos muertos. Los restos de otra emboscada, supuso.

Annellus se volvió hacia él. -Tú eres Mkani Kano, unBaalita nacido enel Lejano Marchitar, legionario de la Primera Compañía.

-¿Me conoces?

-Lo sé *todo* sobre vosotros.

Kano frunció el ceño ante el extraño énfasis enlas palabras del Guardián, yunescalofrío le recorrió el cuerpo cuando experimentó el lento aumento de la comprensión. -¿Todos nosotros? –repitió como uneco, esforzándose por mantener untono uniforme.

Annellus colocó la varilla ornamentada que llevaba enuna funda conforma de esqueleto enla cadera. El dispositivo tenía unpropósito doble: no sólo era unarma

de energía como una maza, letal encombate cuerpo a cuerpo, sino que tambiéntenía una funciónceremonial. Enla lengua antigua de Terra, el arma era conocida como un*crozius arcano*. Era la insignia del Guardiánensuoficio, como la armadura de negro, eternamente al lado de sus hermanos de batalla.

Los Vigilantes eranlos observadores de los Ángeles Sangrientos. Enalgunos aspectos servíancomo mentores para los legionarios jóvenes, instructores del campo de batalla yveteranos experimentados que compartíansus conocimientos conel resto de sus parientes, enotros eranencargados de mantener la cohesióna lo largo de las decenas de miles de legionarios que llenabanlas filas de la IX legiónastarte. Eso podría significar cualquier cosa, desde ofrecer sugerencias a uncapitánenun punto de la doctrina de combate a oficiar una ceremonia enrecuerdo a los caídos. Eranguardianes de (lore), consejeros, maestros. Enel pasado profundo, los hombres que habíanservido enpuestos similares enotros ejércitos habíansido conocidos como *diáconos, Zampol, capellanes* o una docena de otros nombres - algunos políticos, algunos religiosos, algunos seculares. Existíanfuera de la cadena de mando, pero aúndentro de sus filas, sosteniendo el mayor de los ideales imperiales en toda la legión, la *unidad*.

Y de ese papel derivaba unsentido de juicio.

-¿Cuánto tiempo ha pasado desde el grancónclave del Emperador ysus hijos enNikaea? -preguntó Annellus yKano supo que sus sospechas erancorrectas.

-El suficiente –respondió, estudiando sus facciones. -Yo no estaba allí para ver al Ángel ysus hermanos llegar antes que supadre…

-Pero tusabes muybienlo que se produjo enese lugar -no era una pregunta.

La paciencia de Kano disminuyo. -No seas obtuso, guardián. Por supuesto que lo sé. El decreto absoluto. El Edicto de Nikaea.

-Unmandato del emperador mismo a la humanidad -continuó Annellus, sus palabras tomando untono conferenciante. -Una advertencia sobre el potencial oscuro de los poderes de la disformidad. -el Guardiánse volvió para mirarlo. -Unmandato del que Sanguinius se hizo eco, prohibiendo el uso de poderes sobrenaturales dentro de las legiones astartes. Una ordenque los ángeles sangrientos aceptaronsindiscusión.

Kano no dijo nada, esperando a que la acusaciónsaliera a la superficie. A pesar de

supapel como ayudante del capitánRaldoron, enel sentido más estricto Kano no tenía mayor rango que el de un marine veterano que compartía el mismo número remaches de servicio ensufrente. Él era un guerrero de la línea, uno entre ciento veinte mil almas, pero antes de la decisiónenNikaea Kano había sido mucho más.

Antes había sido el Bibliotecario Minoris Kano, psíquico sancionado yguerrero de la mente. No era unbrujo de unmundo apartado, sino unarma afinada al servicio de los Ángeles Sangrientos yel Imperio. Había estado orgulloso de enfocar el caos de las grandes energías de la disformidad contra los enemigos de la Legión. El cuadro de honor de Kano incluía muchas batallas enlas que había ayudado a cambiar el curso de la misma por suprimarca.

Pero después de Nikaea, todo había cambiado. Recordó el día contanta claridad como si hubiera ocurrido hace apenas unas horas. Raldoronvenía hacia él conla palabra de Sanguinius, el capitánde pie allí conotra figura conservoarmadura negra ensus talones, conlos brazos extendidos para tomar la capucha psíquica cristalina de Kano cuando él la retiró de la gola de suplaca pectoral.

Recordaba la mano de Raldoronsobre suhombro. Sus palabras. -*Esto no te menosprecia, Kano, a ninguno de vosotros. Es sólo una faceta de vuestro arsenal que se os ha quitado. Al igual que miles de tus hermanos, sois todavía los soldados más grandes que la humanidad haya reunido nunca. Ypor ahora, eso será suficiente.*

-El emperador no tomó sudecisióna la ligera, Kano –continuó Annellus. -Pero después de las acciones de Magnus el Rojo ysus Mil Hijos, no había más remedio. Yo sé que entiendes esto.

AúnKano guardó silencio. Sería unanatema para él considerar la posibilidad de desobedecer la voluntad del Emperador ySanguinius, pero no podía negar que una pequeña semilla de duda se había

alojado ensuespíritudesde ese día. Hasta la aprobacióndel decreto, nunca había habido un momento enque Kano hubiera sentido *desconfianza* de sus hermanos de batalla. Pero ahora se preguntaba si eso había sido sólo ingenuidad por suparte. Siempre había los que no esperabannada bueno de los poderes de la mente ysólo veíanlos peligros que acechaban. El granprimarca psíquico Magnus había provocado todo eso a resultas de sutemeraria exploraciónde los lugares más profundos yoscuros de la disformidad, logrando unenorme disgusto a supadre yesta respuesta draconiana.

Kano pensó ensus habilidades como iguales a unbólter o una espada, una cosa peligrosa enmanos de tontos yindisciplinados, pero una buena arma cuando la ejercía aquel que tenía dominio de la misma. Tal vez, enalgúnlugar escondido ysilencioso de sucorazón, casi sentía resentimiento de que le dijeranque no era capaz de controlar sus habilidades. Rechazó la idea conel ceño fruncido, mirando Annellus yesperando.

-Nuestro Imperio es unlugar de unida resoluciónycolaboración-insistió el Guardián. –Llegaremos a la utopía bajo la direccióndel emperador al final de la GranCruzada, cada ser humano jugando su parte enuntodo igual que nosotros servimos a la legiónyal Ángel. Pero para que eso sea así, nadie puede desafiar a la voluntad máxima. –el guardiánse acercó. -Los que creenque las convenciones del colectivo no se aplicana ellos, incluso si poseenunpoder tangrande como Magnus el Rojo, estánmuyequivocados. Todos marchamos juntos, Kano. Todos debemos poner de nuestra parte.

Kano no pudo contener el silencio por más tiempo. -Nunca he hecho otra cosa. Soyunhijo servicial de Sanguinius. ¿Estás sugiriendo que no es así, guardián? Porque preferiría la franqueza enlugar de una conferencia más adaptada a unrecluta novato.

Annellus cruzó sus brazos blindados de ceramita. -Tiene muybuenos *instintos*, Kano. -el Guardián hizo que la palabra sonara de una manera inmoral. –Esto ha llegado a mi conocimiento. Y entonces me encuentro a mí mismo llegando al puente de esta monstruosidad xenos yle veo involucrado enuna batalla conunorko psíquico. Una coincidencia interesante.

-Vuestra ayuda es muyapreciada al despachar al orko.

El otro ángel sangre no paró de hablar. -Suarma estaba vacía, ¿no? Dime, si yo no

hubiera llegado conel otro equipo, ¿cómo ibas a luchar contra él? -hizo ungesto hacia Kano, imitando suanterior pose de ataque. -Vi que levantaba las manos.

-Conuñas ydientes, si eso era lo único que me quedaba. -¿Eso es todo?

La mandíbula de Kano quedó fija. -Contodo el debido respeto -comenzó, dejando consutono muy claro que quería decir nada -si tiene alguna acusaciónque declarar, entonces hágalo. No estoyde humor para juegos.

El pálido rostro de Annellus se oscureció. -Yo no acuso, ¡Yo sostengo la voluntad de la Legión! -espetó.

-¡Lo mismo que hago yo! –replicó Kano, consuira creciendo. -¡Y lo hago poniendo mi vida en peligro por Sanguinius yel Emperador, no para adivinar supuestas segundas intenciones de mis hermanos!

La fuerza de sus palabras detuvo al guardián; cuando volvió a hablar, el enojo de Annellus ardía frío. -Sólo albergo tus mejores intenciones enmente.

Kano sabía que debía alejarse yponer fina esta conversacióndonde estaba, pero descubrió que no podía. -No creo que usted entiende los intereses de los hombres, guardián. ¿Nuestro GranImperio? Se trata de unconjunto de individuos, de diferentes personas que se unenpara crear algo increíble. Y cada uno de ellos tiene uncorazónyalma diferente, diferentes deseos ynecesidades. Creo que tal vez usted ha pasado demasiado tiempo mirando a la grantorre yno a las piedras que lo forman. -lo último lo dijo Kano enunintento deliberado de hacerse eco de la manera intimidatoria de Annellus del principio, para finalmente volverse para regresar al puente.

-La persona que no cumpla corre el riesgo de la censura -dijo el guardián, llamando suatención después de él. -Eso es unhecho, sea lo que sea que puedas desear o necesitar, sea cual sea su corazónylo que le dicte sualma.

Lo poco que quedaba del temperamento de Kano se rompió yse dio la vuelta, levantando la mano, señalando conundedo enojado. –Tú…

-¡Adjunto! ¡Informe! -el grito provino de detrás de él, duro yfuerte, como el golpe plano de una descarga de bólter. El capitánRaldoronentró por la escotilla abierta yse acercó a ambos, conlos ojos entrecerrados.

-Kano me estaba explicando… -empezó Annellus, pero el primer capitánle hizo

callar conuna mirada.

-No me dirijo a usted, guardián. Lo que sea conlo que estuvieras distrayendo a mi legionario ha terminado por ahora -espetó.

Esas palabras dejabanclaro que Raldoronhabía oído partes, si no la totalidad, de suconversación. Kano no se detuvo eneso e hizo suinforme. Le explicó rápidamente acerca de los acontecimientos del asalto del orko psíquico yla destrucciónde la unidad de control. El capitánescuchó estoicamente, sinhacer uncomentario, ysólo cuando acabó Kano habló de nuevo.

-Reúnete conlos heridos yretiraos a la nave de embarque. Tenemos órdenes de desplegar cargas térmicas a bordo de este pecio ydestruirlo.

¿Y las otras naves orkas? -dijo Annellus.

-No quedanmás naves orkas –respondió Raldoronconuna mueca. -Alpharius finalmente se ha comunicado connuestro primarca. La legiónalfa afirma haber exterminado completamente a los
orkos enel CinturónKayvas yse muestranagradecidos por la cooperaciónde los ángeles sangrientos. Este bloqueo ha terminado, yla muerte de este pecio monolítico marcará el final de la misma -Raldorontomó sucasco, lo elevó ycolocó sobre sucabeza. -El ángel nos manda a volver a nuestros buques de guerra yhacemos listos para la siguiente misión.

-¿Hayalguna pista sobre dónde? -preguntó Kano, olvidando por el momento sus palabras cruzadas conAnnellus.

El casco de Raldoronencajó ensusitio. -Unlugar donde podamos luchar enuna guerra a nuestro gusto, espero.

Entodas las cubiertas del buque de guerra *Andronius*, los Hijos del Emperador se preparabanpara hacer la guerra. Bajo la autoridad directa del representante designado por Fulgrim, el lord comandante Eidolon, los guerreros de la III legiónastarte prepararonsus espadas ysus armaduras. Sus filas estabanreunidas para el combate por llegar; ser la vanguardia hacia el sistema Isstvanyel objetivo de la 63ª Flota Expedicionaria. Liderados por el Señor de la Guerra Horus Lupercal, las fuerzas combinadas de legionarios de los Hijos de Horus, la Guardia de la Muerte, los Devoradores de Mundos ylos Hijos del Emperador se concentraríanpara someter a los mundos disidentes del sistema Isstvan.

Esa era una verdad; otra se escondía debajo, nadando entre sombras yconspiraciones, pero no sería revelada por algúntiempo.

Por el momento nada eso importaba, ni la batalla que se avecinaba o los planes maestros del Señor de la Guerra, ni incidía enlos pensamientos del apotecario Fabius. Mientras que otros de sulegión se preparabanpara la lucha a sumanera – practicando enlas jaulas, meditando o participando en artes efímeras- él encontraba la paz mental aquí, ensuLaboratorium.

La cámara estaba escasamente iluminada, pero no sombría para él. El elenco de iluminaciónlo proporcionabanlas pantallas de los cogitadores ybio-cápsulas oscilando le dabanal lugar untono cerúleo genial que Fabius encontró calmante. Aquí se podría trabajar enel rompecabezas de la carne ydel genoma que tanto le fascinaba ysintemor a interrupciones o las preguntas de hermanos menos curiosos ymás conservadores.

Otros podríanhaber sentido irritados por los medios yel método abiertos a él, verse obligados a trabajar aquí ensecreto, fuera de la vista, como si sus experimentos fuesenalgo aberrante ymal. Pero sabía lo que los hombres de entendimiento limitado diríansi veíanel resultado de sus esfuerzos. A veces era necesario que el genio trabajara enlas sombras, ysi costaba mil años o más que el arte de Fabius fuese reconocido, entonces que así fuera. Él ya estaba mejorándose a sí mismo para asegurarse de que viviera tanto tiempo, ymucho más.

El boticario se detuvo yadmiró suobra. Undelicado trozo de carne humana, cuidadosamente extirpado de undonante vivo, modificado yalterado mediante métodos de ingeniería genética para parecerse más a la epidermis de una serpiente blindada. Conel tiempo, este proceso podría ser transferible a unsujeto fuera del entorno de laboratorio, dando a los receptores unendurecimiento de la piel más allá incluso de la fortaleza diseñada enla plantilla orgánica original de los marines espaciales.

Fabius plegó las lentes micro-ópticas de los auriculares que llevaba ymurmuró una nueva entrada en el registro enel grabador de voz, guardando de los datos de este experimento.

Cuando alzó la vista, ya no estaba solo. Había, medio escondido enlas sombras proyectadas por las vainas de estasis lo largo de la pared del fondo ypor el brillo de las pantallas, una figura con servoarmadura.

-¿Lord Comandante? –la primera hipótesis de Fabius fue que sería Eidolon.

-No- dijo una voz. -Tujefe está ocupado concentrando sus fuerzas ypuliendo suarmadura.

Fabio apagó el bisturí láser de sumano yse enderezó, escuchando una alarma a través de él. El Laboratoriumestaba deliberadamente aislado, una instalaciónsecreta oculta bajo el granvestíbulo del Apothecarioncentral del *Andronius*. El acceso sólo se concedía a unos pocos elegidos, por medio de una trampilla oculta escondida enmosaico ornamental del vestíbulo.

-Identifíquese -exigió.

-Que no se turbe vuestro corazón, Fabius. Los secretos de los Hijos del Emperador siempre han estado a salvo conmigo. -la figura se acercó lentamente a la luz, conlas palmas abiertas enungesto de sinceridad yel apotecario reconoció inmediatamente la armadura de granito gris de la legiónde los Portadores de la Palabra.

-Erebus. -inmediatamente sintió unconflicto dentro de él, la carga de preocupaciónpor ser descubierto se mezclaba conla incertidumbre del enfoque despreocupado del llamado Primer Capellán. -¿Cómo has entrado aquí?

El portador de la Palabra indicó conla cabeza hacia la escalera de caracol que conduce de nuevo hasta el vestíbulo. -Llamé. ¿Tal vez no me escuchaste? –Erebus siguió caminando, mirando el contenido de los tubos químicos a supaso yel órgano cuidadosamente colocado enla estaciónde trabajo de Fabius. -Parecías muyabsorto.

-¿Quiénte dio permiso para entrar? -preguntó Fabius.

-¿Acaso importa? -Erebus se detuvo frente a una serie de vainas de estasis elevadas, cada uno de ellos sellada tras persianas de plastiacero. -Es cierto lo que me dijeron. El trabajo que estás haciendo aquí es bastante increíble. Pocos hombres tendríanel coraje de tratar de forzar el gran diseño del Emperador.

-No trato de *forzarlo*, sino de aumentarlo… *mejorarlo* -replicó Fabius. Él frunció el ceño, pues el Portador Palabra estaba tratando de desviar suatención. -No deberías estar aquí. Esto es unasunto de la legión.

Erebus negó conla cabeza. -Vamos, Fabius, no te límites. Tutrabajo tiene unsignificado mucho más allá de los límites de los Hijos del Emperador, debes admitir. Tal vez no te has atrevido a considerar realmente las ramificaciones de

esto, pero tú sabe que es verdad. -cuando vio que era replicado, el capellán continuó. -Sé que hayalgunos que consideraríanvuestras... investigaciones no autorizadas de mal gusto, pero yo no.

Poco a poco, Fabius se encontró rodeando la pregunta que Erebus estaba esperando que le hiciese. -¿Qué quieres?

Eso le valió una leve sonrisa. -Sólo unfavor.

Fabius hizo una mueca, preguntándose qué alcance -yqué coste- tendría tal favor. -¿Por qué iba yo a querer ayudarte?

Falsa sonrisa de Erebus se puso tensa. -Porque si lo haces, estaría endeuda. Y te aseguro, apotecario, que sería mejor para que ti contar conmi deuda enlugar de mi enemistad. –Erebus mantuvo el silencio por unmomento. -Yo te contaría como unamigo entre los Hijos del Emperador, así como otros amigos que tengo entre las otras legiones.

-Otros amigos… -Fabius se hizo eco de las palabras del capellán.

-Sí -dijo Erebus conunmovimiento de cabeza. -Estamos enla cúspide de ungrancambio. Las normas yestructuras antiguas seránderribadas, barridos. Como consecuencia, los lazos entre hombres de visiónseránde granimportancia. -el portador de la palabra se acercó a una de las cápsulas cerradas yla golpeó. -Esto es lo que quiero. Algo de tucolección.

Erebus bajó la palanca de la cápsula, ylas persianas se doblaronhacia atrás para revelar el cuerpo de unlegionario enel interior, flotando enunlíquido oleaginoso.

El guerrero parecía muerto a primera vista. Pálido yde untono grisáceo, sucuerpo desnudo era un desastre desigual de cortes ycontusiones. Abajo, enel lado derecho, trozos de carne habíansido arrancados conuna brutalidad animal; pedazos de él arrancados por sus costillas, cadera yla parte superior del muslo. Subrazo derecho terminaba justo debajo del codo enharapos de tendones ypiel. Cortes más salvajes eranvisibles enel cuello yel esternón.

El rostro del legionario estaba oculto a la vista detrás de una máscara de monitor que le tapaba la nariz ylos labios como una mano asfixiante ysudespeinado cabello rubio formaba unhalo áspero alrededor de la cabeza. Portaba remaches de servicio enla frente yvarios tatuajes de batalla enel pecho ylos hombros. El más destacado

era el signo de sulegión: una gota de sangre carmesí llevada sobre alas de color blanco.

Erebus estudió al ángel sangriento enel tanque condesapasionamiento. -Esto se hizo enel planeta llamado Masacre -pronunció. -Reconozco el trabajo de los megarácnidos. -se volvió hacia la cara de Fabius. -Dime, ¿cómo te las arreglaste para sacarlo de la superficie sinalertar a la legión? -cuando el apotecarios no respondió, volvió a sonreír. - No importa. Los ángeles sangrientos debencreerle muerto, o de lo contrario no habríandejado de buscarle.

El guerrero estaba vivo, por supuesto. No enel sentido de que Fabio yErebus estabanvivos, pero mantenido enunestado de coma que se asemejaba a la muerte de la tumba. Tangrave habíansido heridas del ángel sangre que sucuerpo se apagó ylos bio -implantes dentro de él trataban desesperadamente de curar el daño.

-¿has tomado todo lo que querías de él? -preguntó Erebus, sinimportancia.

Fabius se sonrojó. -Coseché lo poco que quedaba de susemilla genética, pero la mayoría ya estaba destruido. Tengo plantillas biológicas de ADN y…

-Y sinembargo todavía lo dejas vivir. -el Capellánestudió al apotecario. -¿Por qué? El contenedor de estasis lo sostiene enunno- estado, sinpoder curarse totalmente o sucumbir a sus heridas. Algunos podríanconsiderarlo tortura.

Era el turno de Fabius para dar una respuesta fría. -Nunca me deshago de todo aquello que pueda resultar útil.

-Y susabiduría te ha dado la razón. Voya coger esto, ytuobtendrás mi gratitud. –Erebus se volvió a convocar a unsilencioso sirviente de unpuesto de espera al otro lado de la cámara, pero Fabius le interrumpió.

-¿Por qué quieres este medio cadáver? ¿Qué utilidad tiene para ti? -Eso no te importa.

-Supongamos que si me importa. -el apotecario puso casualmente sumano sobre la pistola de agujas medicae apoyada ensuestaciónde trabajo. Empleada como unarma a corta distancia, el dispositivo podría ser tanmortal como una pistola shurikeneldar.

El tono de Erebus no cambió, yeso hizo que la amenaza que siguió fuera aúnmás escalofriante. -Entonces todo el alcance de lo que está haciendo aquí saldría a la luz. No sólo las modificaciones genéticas, sino el empalme de código genético de los Hijos del Emperador concepas xenos yde otras Legiones... sino tambiénla confiscaciónsistemática yclandestina de guerreros heridos enlos campos de batalla de la GranCruzada para tupropia experimentación. -Erebus asintió conla cabeza, señalando las otras cápsulas cerradas. -Angron, Mortarion, incluso el señor de la guerra... ¿Crees que pasaríanpor alto el *secuestro* de sus legionarios?

Fabius se burló. -Toma lo que quieras yvete.

-Muchas gracias -respondió Erebus, mientras el sirviente ciego ya separaba la cápsula yla montaba enuna plataforma de transporte conruedas. -Te prometo que este regalo que me brindas ayudará a traer otra Legióna la causa del Señor de la Guerra. -Erebus sonrió de nuevo. -Al menos, esa es una opción.

DOS

Reunidos encuestión

Acólito

El rostro entre el humo

Por dentro ypor fuera, la *Lágrima Roja* era una obra de arte sacada de unastillero. La nave portaba la bandera de los ángeles sangrientos siempre que el primarca dejaba el mundo de origende la legión, yal igual que el propio Sanguinius, suvisiónera unespectáculo para la vista.

Visto desde la proa, la barcaza de batalla parecía una punta de flecha de diez kilómetros de proa a popa, forrado encobre brillante, bronce yacero carmesí. Las fauces del cañónnova, mega-láseres, conductores de masa ytubos de torpedos estabanincrustados la parte delantera, mostrando unarsenal comparable al de toda una flota de naves de menor tamaño. Kilómetros de torres se dispersabana todo lo largo de la longitud inferior de la nave, extendiéndose hacia los cascos laterales yventral. En la moda de naves imperiales, segúnel diseño de cubierta a cubierta prevista por los antiguos para el *Lágrima Roja*, los ancestros llegados del océano del espacio, una enorme ciudadela se levantó en popa. Esta enorme torre de mando parecía una gigantesca fortaleza, manteniendo unexterior de altísimos muros de adamantiumyventanas de cristalplas formando la base yungrantorreón cilíndrico que se elevaba aúnmás alto. Ensuvértice, entre las almenas de dientes de sierra ylas puntuales baterías de defensa, una masiva cúpula transparente miraba hacia el vacío como unojo sin pestañear.

Del mismo modo, por debajo del plano central del casco principal, una quilla parecida a una cuchilla se reducía enla distancia, adelgazándose hasta unpunto terrible. Aquí estabanmuchos de los cañones secundarios de la barcaza de batalla ylos hangares para las naves auxiliares de la nave de guerra. Muelles de atraque cavernosos, lo suficientemente grandes para albergar yconservar a unpar de fragatas de escolta, corríanel ancho de la estructura vertical.

Pero era desde arriba cuando la verdadera gloria militar de la *Lágrima Roja* era revelada. Si un observador pudiera situarse enunpunto alto enel centro del casco de la nave de guerra, mirando hacia abajo podránver que el barco daba enrealidad peso a sunombre. La barcaza de batalla estaba construida alrededor de la forma de una granlágrima de rubí, ytanto a babor como estribor, alas portabangrupos de motores ybahías de tropas que se elevaban, imitando el diseño del signo de la legiónde los ángeles sangrientos. Contra la oscuridad negra e infinita, la *Lágrima Roja* era una escultura que demostraba el soberbio desafío de la humanidad. Era a la vez

monumento, arma y fortaleza de los hijos de Sanguinius, yuna carroza digna de unPrimarca.

Las demás naves, que teníanuntonelaje desde cañoneras a grandes cruceros, se movíanenformación consunave de mando. Alrededor de ellos, interceptores HawkwingyRavenmanteníanunamplio cordónde seguridad alrededor de la flotilla. Había una nueva energía enla flota, unsentido del propósito fortalecido. Después de mes tras mes de estar enfrascado enuna campaña relativamente poco gratificante, los legionarios de los Ángeles Sangrientos estabanansiosos por salir de este sector del espacio yreunirse conlas glorias más completas de la GranCruzada.

La voz se corrió rápidamente a través de las naves de la IX Legión, realizado por los equipos de siervos humanos de la legión, incluso el contingente de rememoradores civiles asignados a documentar la misiónde la flota contribuyo. Los rumores eranexpresados, susurrados envoz baja a mitad de las comidas o habladas fuera de alcance de los altos mandos. Incluso los legionarios mismos no fueroninmunes a la especulaciónque era entonces moneda corriente. La flota combinada de la *Lágrima Roja* estaba enmarcha, los cursos ya se estabanpreparando para devorar espacio con el concurso de unfaro distante enla disformidad; enlas profundidades de la misma, el faro eterno del Astronomicónde Terra se había vuelto vago ynebuloso enlas últimas semanas, lo que requiere el uso de marcadores de puntos de referencia secundaria, utilizados comúnmente por los navegantes imperiales como puntos de encuentro.

La cuestiónde supróxima misiónestaba enboca de todos.

Debajo de la cúpula solar enla parte superior de la grantorre había una magnífica sala de recepción. Pilares de mármol rojo extraído de las tierras ardientes de las regiones ecuatoriales de Baal ibandel piso al techo, sosteniendo velos de seda que fueronfinamente trabajados condetalle intrincados. Las banderas que colgabaneranrecuerdos de batallas, mostrando todas las campañas enlas que los Ángeles Sangrientos habíanluchado, desde las escaramuzas finales enTerra durante el ocaso de las Guerras de Unificación, pasando por dos siglos de GranCruzada hasta la actualidad.

Al entrar enla cámara, el capitánRaldoronbuscó las cortinas yencontró la nueva bandera de batalla: *Cinturón Kayvas*. Sonrió tristemente. Los sirvientes no habíanperdido tiempo enel tejido del nombre de la misiónenla tela, casi como si

estuvierantanimpacientes como él para ponerlo a descansar ypasar a mayores glorias.

Rodeó los pilares, cruzando el borde exterior de las baldosas del suelo. Miró hacia abajo yvio las formas familiares de Terra yBaal, unrelieve de los dos planetas puestos uno encima del otro. Por ahora, Baal estaba enascenso, los azulejos fotónicos mostrando el hemisferio oriental de suplaneta de origencomo si estuviera iluminado por uncálido sol. Las montañas del Cáliz yel Lejano Marchitar pasaronbajo sus botas mientras caminaba, ya pequeña escala sintió una sensaciónde reconexiónconsulugar de nacimiento. Terra miraba por encima del hombro de Baal, susuperficie llena de cicatrices yde ciudades visibles como si fueranuna luna eclipsada. El mosaico parecía fijo yestático, pero era una ilusión. Cuanto más cerca la *Lágrima Roja* estuviera de Terra a través del plano galáctico, más crecería el planeta, mientras que Baal se reduciría, yviceversa. Por ahora, estabanmás cerca de casa yeso le sentaba biena Raldoron.

Enel centro de la cámara estabanel resto de los capitanes de las compañías de los Trescientos presentes enla flota. Cada uno de ellos cruzó sumirada al pasar, le saludabanconuna respetuosa elevaciónde la barbilla o unsaludo rápido. Raldorondevolvió cada saludo conla misma inclinación de cabeza. Raldoronera uncapitánveterano tanto como ellos, pero él era el comandante de la primera compañía, ysupromocióna señor de capítulo le colocaba enuna clase especial de antigüedad que pocos guerreros de la legiónpodría reclamar. Llevaba el honor conorgullo y humildad, a la manera de los Ángeles Sangrientos, pero el capitánsabía que siempre lo apartaría de sus compañeros.

Tal vez eso era igual de bueno; Raldoronnunca había sido unespíritugregario saliente. Se veía a sí mismo como unalma simple, unguerrero listo para la llamada a las armas por suPrimarca ysu Emperador. ¿Qué había que decir o dudar sobre eso?

Redujo la velocidad cuando vio a tres de sus hermanos de batalla participado enuna acalorada discusión, captando los extremos de la conversación.

El capitánNakir, comandante de la 24ª, estaba hablando conFurio de la 9ª. El par de comandantes tenía grandes contrastes, ytandistantes ensupersonalidad del modelo típico de unángel sangriento. Nakir era de origenTechnomad, supelo negro llegaba hasta los hombros ytrenzado, surostro moreno por siempre atrapado entre la sonrisa de unasesino yla mueca de unfanático. Mientras tanto, Furio era unpoco

más alto ymás ancho que Nakir. Algunos bromeabanconque sería más adecuado para él llevar una armadura Cataphractii de los exterminadores enlugar de suservoarmadura, que parecía pasar apuros para adaptarse a suestatura. La cabeza calva de Furio era pálida, mostrando sus orígenes como nacido del hielo de las zonas polares del norte de Baal.

Nakir yFurio se dirigíana untercer oficial, e incluso de espaldas Raldoronsupo de inmediato que se trataba de Amit, capitánde la 5ª. Como Nakir ysucompañero, la servoarmadura de Raldoronestaba enbuenas condiciones yse ajustaba de una manera acorde conla cumbre que estaba a punto de tener lugar. El primer capitánhizo una pausa antes de ascender a la cúpula conel finde recoger suespada de energía ysable ceremonial para tales ocasiones. Parecía apropiado; cualquiera que fuese el resultado, una campaña acababa de terminar yque era motivo de observancia ydel cumplimiento con el protocolo. No se reuníanenalgúnbunker lleno de escombros enmedio de una guerra sincuartel; esto era bajo sus propios términos, ensudominio.

Amit, sinembargo, no lo consideraba tanimportante. Suservoarmadura era el mismo equipo que había llevado durante toda la campaña enKayvas, la superioridad artificial que obtenía por ella aún visible, pero deformada por marcas de impacto, arañazos de cuchillas yotros desgastes significativos de suhardware enbatalla. Reflejaba la brusquedad marcial del legionario al que protegía.

-¿No podías haber repararlo tuarmadura antes de llegar, hermano? –le estaba pidiendo Nakir.

Amit se encogió de hombros. Sumueca perpetua le miró a través de la barba incipiente yel pelo muy corto. –Vengo de las jaulas de práctica. Y antes de eso estaba luchando contra orkos enel exterior del casco de una fragata. No he tenido tiempo. -Amit dijo lo último conentusiasmo escondido.

-Sabes que forma tiene unpaño de pulido, ¿no? -dijo Furio, levantando una ceja. -Podría mostrártelo.

El capitánde la 5ª frunció el ceño yse inclinó para mirar a la servoarmadura de Furio, fingiendo una mirada de confusión. -Qué extraño… -señaló al resplandor rojo que revestía la ceramita del otro legionario. He mirado unmomento tucota, ¿sabes? Hubiera jurado que los colores de la misma eran púrpura yoro, no carmesí.

Nakir rio. -Por mucho que lo intente, Furio nunca será tanbonito como uno de los

dandis de Fulgrim.

Furio resopló. -Estoyde acuerdo enque nuestro Primarca no me concedió la totalidad de sunoble aspecto, pero me recompensó conla profundidad de suvisiónpara la batalla -levantó la vista cuando Raldoronse acercó. -Y estoyseguro de que el primer capitánestará de acuerdo conmigo enesta verdad. El hecho de que los Ángeles Sangrientos sonlos más guapos de la Legiones Astartes.

-Conla servoarmadura pulida o no -añadió Amit, conuna rara ybreve sonrisa. -No puedo juzgar esas cosas -respondió Raldoron. -Sólo soyunsimple soldado. Nakir ladeó la cabeza. -Ningunos de nosotros somos simples soldados, capitán. -Tal vez no -concedió Raldoron.

Se volvió para encontrar Amit mirándole. De todos los capitanes de la Legión, la reputaciónde Amit –yde sucompañía- era de ser los más sanguinarios. Más de una vez, la quinta había sido censurada por sucelo enperseguir a las fuerzas enemigas. No era extraño pues que el oficial se hubiera ganado el apodo de "El Carnicero", yenlugar de negar el epíteto lo había hecho suyo. El otro oficial tenía una impresióndepredadora sobre él, unsentido de agresividad apenas mantenido al comprobar Raldoronque la había visto desatada ensutotalidad muchas veces enel campo de batalla. -¿Lo sabes? -preguntó.

El primer capitánno tuvo que preguntar qué significaba a Amit. Era la pregunta enla mente de todos. *¿Adónde vamos ahora?* Raldoronfrunció el ceño. -No me lo handicho. Es por eso que estamos aquí, así que todos sabremos la respuesta de una vez.

-El primarca está encamino -dijo Furio. -Vi al guardia sargento Zuriel dirigirse a suaposento para acompañarle.

-Si fuera por la guardia sanguinaria, al ángel no se le permitiría salir de suhabitación–resopló Nakir. -Azkaelloncamina como si esa armadura de oro lo hiciese mejor que los demás.

Raldoronno estaba endesacuerdo conel sentimiento, pero no era decoroso para permitir incluso la semilla más pequeña de divisiónechara raíces aquí. Dio a Nakir una mirada dura. -Azkaellon, Zuriel ylos demás, todos tienensus deberes que cumplir, al igual que nosotros. Merecennuestro respeto.

-Yo sólo digo lo que veo -respondió Nakir, después de unmomento.

-Aquí no. Ahora no. No fomentaremos ninguna rivalidad de moda entre nuestras filas -replicó Raldoron.

-He oído rumores acerca de nuestro nuevo destino -dijo Furio, intercediendo para llevar la conversaciónhacia el asunto encuestión. -Se dice que el Señor de la Guerra está planeando una importante ofensiva varios sectores distantes.

¿Y cómo lo sabes? -preguntó Amit, mostrando claras dudas ensurostro.

-Los coros astropáticos -explicó Furio. -Sus comunicaciones sona veces imprecisas. Otras señales se solapan. Datos sobre otras flotas expedicionarias sonconocidos.

Raldoronno dijo nada. Él tambiénhabía oído el mismo rumor, hablado por los tripulantes cuando creíanque estabanfuera del alcance de suoído. Naves de varias legiones, por algunos informes hasta seis, estabansiendo llamadas por ordende Horus yconellas, sus primarcas. El primer capitántrató de imaginar qué tipo de enemigo necesitaría tal escala de fuerzas. Dos o tres de los hijos del Emperador luchando lado a otro era una rareza. Hasta siete significaba una amenaza a granescala en el horizonte.

Echó unvistazo a la representaciónde los planetas bajo sus pies. -Tal vez no es una cuestiónde la guerra enabsoluto. Tal vez estamos siendo reunidos por una razóndiferente. Para seguir el camino del emperador de vuelta a Terra.

-No vamos al Sistema Sol, capitán. -una voz de mujer, aguda yclara como unanillo de cristal fino llegó a sus oídos. Raldoronse volvió ydio una pequeña reverencia cuando la capitana del *Lágrima Roja* se acercó a ellos. Suséquito, unpar de oficiales del Ejército Imperial yuna rememoradora portando unpequeño pictógrafo, caminó cautelosamente tras ella, tratando de no parecer intimidados por el número de figuras descomunales que los rodeaban.

Por suparte, la almirante Athene DuCade parecía despreocupada por los legionarios enla cámara. Era muypequeña encomparaciónconRaldoron, pero una vez había oído a unveterano describirla como "una dama de servicio forjada enacero". Cualquier legionario podría levantarla consus brazos ypartirla el endos como ungrupo de ramas secas, pero irradiaba una majestad que el primer capitán sólo había sentido enraras ocasiones. Nada, desde la mayor fuerza de combate enemiga al más brutal enfrentamiento, parecía desconcertar a la mujer. Detrás de

sus ojos fríos yazules yacía el intelecto de unestratega que encontró desafiante. Cuando la almirante DuCade hablaba, incluso el Ángel escucharía - ysólo eso le concedía unnivel poco comúnde respeto que no se mostraba a menudo con los que estabanfuera de la Legión. Sanguinius la había seleccionado personalmente para comandar sunave insignia, yella lo había hecho mientras Raldoronhabía sido unlegionario.

Estudió suarrugado, sereno rostro. Le era difícil para estimar suedad, pues ella parecía no envejecer, década tras década, manteniéndose intemporal merced a tratamientos juvenat. Raldoron recordaba la imagende sumadre biológica, creciendo enunorfanato después de que sufamilia hubiera perecido enuna tormenta abrasiva, pero se preguntó si ella se habría parecido a DuCade.

-Gracias por estar connosotros, almirante -dijo Nakir. -¿Cómo está la flota?

-Bien, capitán–respondió ella. -Estamos encondiciones óptimas para el combate. Las bajas de la campaña hansido asumidas. Creo que todos estamos de acuerdo enque estamos listos para pasar al próximo despliegue.

-Y no tanto enagradecérselo a la legiónalfa -dijo Furio suavemente. -Es como si nunca nos hubiesen necesitado...

-Si no es Terra, entonces ¿dónde? –interrumpió Amit, incapaz de ver que el tema de la conversación derivase. -¿Vamos a unirnos al grupo de combate *Ignis* enNartaba?

La almirante miró a otro ángel sangriento. -No. Tengo entendido que la misióncontra los piratas eldar enel sistema Nartaba está llegando a sufin. El acorazado *Ignis* ysuflotilla se uniréna nosotros. Ya se está preparando unpunto de encuentro.

¿Y después? -dijo Nakir.

DuCade mostró una débil sonrisa. -Tusuposiciónes tanbuena como la mía, capitán. El primarca aún no ha decidido compartir sus planes más allá de ese punto conmigo -iba a decir algo más, pero entonces uno de los hombres a sulado se puso rígido.

El ayudante de la almirante tenía unimplante augméntico enel lado derecho de la cara que se extendía desde la sienhasta la línea de la mandíbula, undispositivo de bronce yplata pulida. Raldoronreconoció la forma de unmecanismo de

voxinalámbrico dentro del mismo ysuaudición mejorada recogió undébil gemido del implante; la vibraciónde unmensaje transmitido al mastoideo del oficial por inducciónósea.

-¿Mayor? -DuCade vio la reacciónydirigió al hombre una mirada seria.

-Uncontacto, señora –dijo el ayudante, mirando fijamente enla distancia a media que repetir lo que estaba oyendo. -Nuestras naves de exploracióna la cabeza de la flota reportanuna sola nave Imperial del tonelaje de uncrucero enunvector de intercepción. Es probable que nos esperara más allá de la sombra de la masa del cinturón, enel punto de Mandeville.

-Ental mal momento... -murmuró Nakir.

¿Qué bandera? ¿Nombre, escuadrón? -preguntó DuCade.

-Las señales de identificaciónmuestranque es la *Página Oscura*, enservicio conla XVII legión astartes.

La frente de Amit se frunció. -¿Los portadores de la palabra de Lorgar? ¿Quiénpensó eninvitarlos?

Raldoronya estaba pulsando el enlace voxenel anillo del cuello de suarmadura, sintonizando la frecuencia de comunicaciones dentro de la flota cuando el mayor volvió a hablar.

-Ahora estamos recibiendo una señal automática de la nave. Los protocolos de códigos concuerdan.

El primer capitánescuchó el mensaje ysuexpresiónse volvió grave. -Dicenque hanvenido a hablar conel ángel. Traena unemisario del Señor de la Guerra.

La Guardia Sanguinaria estaba esperando a Raldoroncuando llegó a los aposentos del primarca. Zuriel, guardia sargento ysegundo al mando del destacamento, estaba dando órdenes al hermanos de batalla Lohgos.

-Tú yHalkrynpermaneceréis de cara al sol dijo al otro guardián. -Mendrionyyo cubriremos al maestro ensusombra.

Lohgos saludó conel puño enel pecho, el guante que portaba el bólter haciéndolo sonar contra su servoarmadura. Dio a Raldoronuna mirada evasiva yse alejó.

Zuriel interpuso ensucamino. -El asunto está atado, primer capitán.

-Sinduda -respondió Raldoron. -Pero como Señor del Capítulo, debería escuchar las declaraciones de este portador de la palabra. Tengo ciencapitanes de batalla que vana necesitar saber qué órdenes da el Señor de la Guerra. Mejor que las escuchende mí.

El sargento de guardia asintió. -Como desees. El destacamento del *Página Oscura* ha atracado enla bahía secundaria. Estaránaquí dentro de poco.

Las puertas ornamentadas de los cuartos del primarca se abrieronyRaldoronlas atravesó, sus ojos cayendo sobre Sanguinius antes que encualquier otra cosa.

Suseñor llevaba suarmadura de servicio, de oro yel platino blanco, conunmanto electrónico de bronce que cubría sus alas plegadas. No era tanadornada como la armadura de alto nivel que él usaba encombate, pero aunasí le pareció apenas capaz de contener todo el aura del primarca. Raldoronvez había escuchado a uno de los rememoradores decir que Sanguinius brillaba como una estrella tallada enla forma de unhombre, yno pudo poner objeciónа esa descripción.

El primarca vio al primer capitányasintió brevemente, haciéndole señas. -Ral, bien. Me has ahorrado la molestia de convocarte. –este cruzó el atrio de la cámara, pasando bajo los baños de suave luz blanca derramada por globos lumínicos sobre él. El brillo escapaba de suarmadura elaborada, iluminando pinturas yotras obras de arte dispuestas enlas paredes contoques de color.

RaldoronyZuriel cayeronrodilla enel suelo de piedra pulida e inclinaronsus cabezas. --¿Cuál es su voluntad, mi señor? -dijo el capitán.

El ángel hizo ungesto para que se pusieranenpie, ycuando Zuriel ylos otros guardaespaldas dorados yblindados tomaronlas posiciones asignadas, el capitánse acercó unos pasos. Sanguinius era mucho más alto que él, pero no se elevaba sobre el oficial, no de una manera que le hiciese sentir que era inferior. El señor de los ángeles sangrientos parecía capaz de estar a nivel del suelo consus hijos, a pesar de que enla realidad era lo contrario. -Soñé contigo, amigo mío. Hace algunas noches, mientras meditaba sobre nuestra cruzada -dijo Sanguinius.

-Yo... me siento honrado -dijo Raldoron, sintiendo cada palabra. Los caminos de los hijos del emperador erancomplejos ya menudo más allá de la comprensiónde los demás –incluso de los hombres elevador a unpoder transhumano como el de los legionarios- yse sabía que algunos de ellos poseíanhabilidades que parecíandesafiar

la lógica. Había muchas historias: que Mortarionde la Guardia de la Muerte era incapaz de sentir dolor, que Coraxpodría nublar la mente de los hombres conunpensamiento o que el Khanpodía hablar conlas tormentas... Eranuna extraña mezcolanza de mitos vivientes yla fría verdad, ycuando se hablaba de seres como los primarcas era imposible decir dónde terminabanlos hechos yempezaba la ficción. El Ángel tenía *la visión*, como se le llamaba, ynada que Raldoronhubiera visto uoído jamás ensus años como legionario le había hecho dudar de ello. Enraras ocasiones, enlos momentos de mayor importancia, Sanguinius intervendría enlas operaciones de la legión, al parecer sinmotivo, pero siempre congran efectividad. Se salvaríanvidas, evitaría derrotas, encontraría trampas. Y tenía conocimiento que a veces daría una bendicióna unlegionario; unvistazo de supropio destino revelado a través de la compleja trama del destino.

Cuando era unjovenexplorador, Raldoronhabía oído esta historia del viejo maestro de neófitos yse preguntaba qué significaría tal cosa. Ahora, más de unsiglo después, él estaba aprendiendo la respuesta.

Sanguinius asintió. -Te vi enBaal. Estabas enlas cavernas bajo la fortaleza-monasterio. Estabas...

Durante el más breve de los instantes, el rostro del primarca se nubló, pero entonces el instante pasó yRaldoronse preguntó si lo había imaginado. -Tú me llenaste de orgullo.

El capitánno lograba encontrar las palabras adecuadas. Al final, encontró una respuesta. -Siempre he estado orgulloso de ser hijo de Sanguinius, señor.

-Y me alegra contar contigo entre mis legionarios -el primarca le dirigió una sonrisa fácil. -Tú eres mi fuerte brazo derecho, Ral.

-¡Ya llegan! –gritó Zuriel, previniendo más conversación.

Enmedio de la antecámara, uncuadrado de baldosas cayó enunhueco yluego se retiró, cada uno retrayéndose enel espacio bajo el suelo como las piezas de unrompecabezas teselado. Desde el hueco abierto se reveló una plataforma subiendo, flotando enuncampo de fuerza antigravitatoria. El ascensor se igualó conla cubierta yse detuvo, de pie sobre ella había cuatro ángeles sangrientos portando el blasóndorado de la guardia sanguinaria, enposiciónde firmes como enuna parada militar consus bólters sostenidos enbrazos. Como uno, hincaronsus

rodillas yrepitieronla misma reverencia que Raldoronhabía hecho momentos antes.

Tres figuras permanecíanenel centro de la plataforma, yellos tambiéndierona Sanguinius sudebido respeto. Dos de ellos eranmarines espaciales, conuna servoarmadura oscura muydetallada con líneas de texto tallado enla ceramita yel signo de unlibro ardiendo ensus hombreras. Los Portadores de la Palabra no portabancascos e hicieronuna inclinaciónpor la cintura. Ambos hombres teníanlargas rastas que se desplomabansobre sus gorgueras, el pelo anillado conbroches devocionales ygiros de hilo de oro.

El último de los reciénllegados era una hembra anormalmente alta vestida de pies a cabeza con
ropas de unextraño material de color broncíneo. El primer pensamiento de Raldoronera que podría ser undescendiente de una de las colonias espaciales donde los humanos crecieronesbeltos ycon huesos débiles por la microgravedad, pero estos seres se limitaríana enfundarse trajes a bordo de un buque conuna gravedad igual a la de Terra. El boceto de surostro era visible a través de la oscura tela parecida a la muselina, al igual que las curvas de sucuerpo larguirucho, consus huesudos hombros ypechos pequeños. Raldoronlevantó una ceja al darse cuenta de que debajo de las túnicas sinadornos no llevaba nada más.

Uno de los Portadores de la Palabra, unveterano de cabello blanco que llevaba unestandarte de pergamino sobre subrazo como unmedio manto, dio unpaso hacia delante. -Honrado Sanguinius -comenzó convoz áspera. -Soyel capellánTanus Kreed, acólito de Lorgar ycomandante de la *Página Oscura*. -Hizo ungesto hacia el guerrero a sulado. -Mi segundo, el capitánUanHarox.

Haroxasintió conla cabeza. La armadura del capitántambiénestaba salpicada de largas tiras de papel de juramentos que caíandesde sellos rojos brillantes enla placa del pecho. Tenía el pelo de color rojo óxido yRaldoronvio que no tenía ojos orgánicos, sino una sola rendija de visión mecánica que había sido montada quirúrgicamente enel cráneo.

-La mujer es Mamzel Corocoro Sahzë del Adeptus Astra Telepática. -¿Una

astrópata? -dijo Sanguinius.

Ella realizó uncomplejo ballet reverencial. -Gloria a ti ytulegión, GranÁngel -suvoz tenía una peculiar calidad musical ensí misma.

-Doyla bienvenida a las cohortes de mi hermano a la *Lágrima Roja* -dijo el primarca, desestimando a los guardias de honor conla mirada. -Pero he de decir que no os esperaba. Undía más tarde y habrías encontrado que nos habíamos ido. Mi flota está enplena preparaciónpara el viaje por la disformidad.

-Afortunados, entonces -dijo Kreed, bajando de la plataforma elevadora conHaroxySahzë tras él. -El Señor de la Guerra nos envió enel momento más oportuno.

-Horus tiene unbuensentido de la oportunidad, como siempre ha sido –se permitió decir Sanguinius, compartiendo una mirada conRaldoron. -Pero me parece interesante que estéis aquí a unlatido de corazónde nuestro final de la campaña enKayvas. Me pregunto si Alpharius ha sido tancallado como parece.

Kreed ladeó la cabeza. -No sé nada de eso, mi señor. Fui cedida al mando del Señor de la Guerra por el Señor Aureliano yestoyaquí por suorden.

-¿Horus me ha enviado uncapellán? -el ángel consideró la idea. -¿Qué piensas de eso, primer capitán?

-Enlo que respecta a nuestros huéspedes, los Ángeles Sangrientos no tienennecesidad de uno -dijo Raldoroninmediatamente. Los acólitos de los Portadores de la Palabra habíansido enviados a muchas flotas, colocados envarias de las legiones enlos meses posteriores a la aprobacióndel edicto de Nikaea. La suspensiónde la guerra psíquica yla abolicióndel contingente de Bibliotecarios habíansido tratadas de manera diferente encada una de las legiones que teníantales, cada una de acuerdo consus tradiciones ymétodos individuales. Enunservicio ofrecido por Lorgar a sus hermanos, el maestro de la XVII Legiónhabía enviado a sus más piadosos yvigilante apóstoles para ayudar a la reintegraciónde los dotados conpoderes psíquico de nuevo enlas filas de las cohortes de marines espaciales.

Ninguna ayuda de los Portadores de la Palabra se había solicitado o requerido por los ángeles sangrientos, sinembargo. Los Guardianes negros blindados, cumpliendo sus funciones integrados adecuadamente enla legión, teníanla tarea de vigilar la reforma.

-Ah, sí -dijo Harox, hablando por primera vez. -Por supuesto. Usted tiene sus propios –miró a Raldoron, como si estuviera tratando de intuir sus pensamientos.

-Mis guardianes no soniguales que los capellanes de Lorgar -declaró Sanguinius de

manera casual.

-Enefecto -dijo Kreed. -Y el papel del oficio que doyno es el tema que nos ocupa, mi señor. Estoy aquí como administrador de unmensaje para ti, lord Sanguinius -enese momento, la mujer dio un paso delante.

-No es que denigre los poderes de la Mamzel, pero el coro astropático del *Lágrima Roja* es el mejor eneste sector. Cualquier comunicaciónque Horus deseara enviarme podría hacer de las mareas del vacío yno entregármelo enespecie -dijo el primarca.

Raldoronvio como Kreed meneó lentamente la cabeza. -No, mi señor. Eso no es así. El granHorus me estipuló sinduda que Sahzë sería el único conducto de este mensaje, yque sus órdenes enesto eranirrefutables.

El gesto del ángel se enfrió. -¿Esas fueronlas palabras exactas de mi hermano?

-No, señor. Esas fueronlas palabras de su*Señor de la Guerra* -respondió Kreed.

Raldoronmiró a Zuriel yvio a las mismas preguntas sobre la cara del guardia sanguinaria como eran, sinduda, visibles a simple vista.

-Nada más lejos de mi intenciónla de desafiar al señor de la guerra. ¿Señorita? Adelante, por favor -dijo Sanguinius conligereza.

-No puedo -le trinó. -Porque yo tambiénestoybajo la más estricta de las órdenes del Señor de la Guerra -Sahzë extendió unlargo brazo pálido alrededor de la antecámara, señalando a los hombres de Zuriel, Raldoronylos Portadores de la Palabra. -Tienenque irse.

La mandíbula de Zuriel quedó fija. -Somos la Guardia Sanguinaria. ¡No vamos a dejar nuestro señor a solas conuna bruja desconocida!

Sahzë continuó como si el sargento de guardia no hubiera hablado. -El mensaje de Horus Lupercal es sólo para los ojos de suhermano. Los bloques nemónicos enmi psique ylos códigos telepáticos que sostienenmi aura cerrada sólo se disolverá... -ella lanzó unsuspiro, mirando distraídamente al primarca. -Cuando estamos solos.

Sanguinius era como el mármol, ypor unlargo momento sucara era ilegible. Entonces suexpresión cambió, volviendo a suaspecto tranquilo. -Haced lo que dice, Zuriel. Coge a sus guerreros yespera fuera -se volvió hacia Raldoron. -Capitán, por favor asegúrate que nuestros huéspedes sonalojados adecuadamente mientras me

ocupo de este asunto.

Raldoronacercó más ybajó la voz. -¿Mi señor, estas enlo…

-*Cierto* –le dijo Sanguinius, enuntono que no admitía discusión.

De mala gana, el primer capitánhizo una reverencia yse alejó. Kreed yHaroxigualaronel paso con él yunos pasos por detrás, Zuriel yla guardia sanguinaria siguieronsuejemplo.

-Esto va encontra del protocolo -murmuró Lohgos envoz baja. -Si estuviera aquí, Azkaellonnunca lo permitiría.

-Tienes miedo por nada, hermano -Raldoronoyó respuesta de Halkryn. -Estos sonnuestros aliados. No hayninguna amenaza aquí, yesa chica es sólo una brizna de cosa.

La respuesta de Lohgos fue glacial. -¿Es ella?

Las puertas de la antecámara se cerraronconunanillo bajo de metal contra metal ySanguinius se acercó al astrópata. No podía quedarse quieta, cambiando de pie como si actuase sobre ella unsoplo de viento que tocaba solamente a ella.

El primarca se acercó ylevantó subarbilla conlos dedos, haciendo que la mirase a los ojos. -Eres muycuriosa -le confesó. -¿Qué ha hecho mi hermano para enviarte a ti, Mamzel?

-No me gustaría adivinarlo susurró ella, acariciando unbroche de plata sobre sus

ropas. -¿No?

-No estoyal tanto de los pensamientos de los semidioses.

El ángel se echó a reír. -No somos semidioses, él o yo, pero bajo una luz pobre nos podrían confundir como tales.

-Tal contradicciónenlos términos, grande -dijo Sahzë. -*No soy divino* -dijo el ángel. -ella extendió la mano, atreviéndose a tocar el borde posterior de las alas plegadas bajo el manto electrónico.

Sanguinius permitió la imposición, pero luego dio unpaso atrás para darle espacio. -Yo soy, como Horus ytodos mis hermanos, como mi padre me hizo. Nacido de la ciencia yel aprendizaje yno de la mitología.

El emperador hizo unángel -dijo la astrópata, ysuvoz resonó enla sala vacía. -¿Por qué? ¿Hizo un demonio también?

-¿Has conocido a mi hermano Magnus? -respondió él, conuna sonrisa irónica.

Sahzë cruzó los brazos sobre supecho, sus manos jugando ensudelgado yelegante cuello. Cada movimiento parecía realizarlo como si se tratara de unpaso de alguna danza expresiva. -¿Tupadre te dio alas yel aspecto justo para mostrar sumaestría? ¿Para demostrar a la galaxia que era superior a todos los sueños de los serafines?

Las palabras de la mujer habíanllevado al primarca a unmomento de diversión, pero ahora se desvaneció. -Estás aquí para darme unmensaje. Entrégamelo –le djo Sanguinius.

-Como quieras -los largos dedos de Sahzë tiraronde los pliegues de sutúnica yla tela que envolvía sucuerpo, cayendo de sus delgados hombros para convertirse enuna reluciente piscina de seda a sus pies. Supálida piel sinvello era como el marfil ysinmanchas.

Conuncuidado exagerado, la astrópata cayó al suelo yse retrajo a sí misma enuna agachada y encorvada forma. Los agudos sentidos de Sanguinius sintieronuna caída repentina de la temperatura a sualrededor, yescarcha de hielo apareció de la nada sobre la piel de Sahzë. Ella bufó, lanzando bocanadas de vapor blanco de sus narices ycomenzó a temblar. Pero no por el frío.

Por encima de ella, motas de luz extraña se reunieron, coloreando fuera del aire mismo. El primarca olía a azufre ydegustó unsabor eléctrico. Supensamiento corrieronunhabló rápidamente por suvox. –Prioridad. Aislad el coro astropático ensucámara santuario inmediatamente. Selladla yno abridla de nuevo hasta que yo dé la orden-dijo envoz baja.

Sanguinius cortó el enlace sinesperar respuesta. Podía percibir la repentina nube de colectores de energía alrededor de la mujer, sintiendo la presiónde la misma enlos bordes de sus sentidos más efímeros; una descarga de energía psíquica de ese tipo podría fácilmente causar estragos enlas delicadas mentes de astrópatas del *Lágrima Roja*.

Sahzë dio ungrito de agonía que lo atrajo hacia ella, yla cabeza de la mujer rompió hacia arriba con unclic audible. Enuna explosiva inundación, serpentinas de gruesa niebla agitada salieronde su boca abierta, nariz, orejas yojos.

La mano del primarca asió la pistola Infernus enfundada enla cintura yno dudó. Esto no era untipo de comunicaciónpsíquica a la que estaba familiarizado.

Ungrito psíquico perforante atravesó sus pensamientos yluego se desvaneció enel silencio. La niebla parecía líquido espeso ylechoso que fluía a través de aceite transparente, pero por instantes comenzó a unirse enuna estructura más sólida, definida. Los ojos de Sanguinius se abrieroncuando la forma se convirtió enla más mínima apariencia de unser humano. Se hizo más clara concada segundo que pasaba, ganando capas de detalles ymatices.

La nube ectoplásmica se coaguló enuna forma familiar, yentonces habló. -Bienhallado, hermano -el timbre de las palabras estaba distorsionado, como si vinierana través del agua, enlos tonos bajos de resonancia, pero fue sinduda era la voz del Señor de la Guerra.

Los ojos de Sanguinius se posaronenSahzë, que se retorcía ensilencio enmedio de untrance psíquico, luego de vuelta a la aparición. -¿Horus? ¿Qué es esto? -preguntó, estudiando el ente humeante.

-La mujer es muytalentosa, ysus habilidades hansido... mejoradas por aquellos que tienenun conocimiento único.

-¿Cómo se ha logrado? -el ángel rodeó lentamente a la mujer desnuda, temblorosa. -¿Ella es un... conducto? Eso no es posible...

La imagende Horus se volvió para seguirle. -Está claro que si lo es, Sanguinius. Lanzar gritos psíquicos enel vacío, conla esperanza de que seránescuchados no es más que unmétodo de contacto a través de distancias interestelares.

-El *único* método.

-Ya no –le corrigió Horus. –El raro donde Sahzë es lo que ves funcionando aquí. Ella puede forjar una línea directa de contacto a través de la disformidad, convirtiéndose enunenlace entre nosotros
tanfácilmente como si estuviéramos hablando sobre uncanal vox. Sumente está unida a otra que está delante de mí.

-Increíble -admitió Sanguinius. -¿Esto es una creaciónde padre?

-Él está ocupado consugrantrabajo enTerra -Horus dio una sacudida brusca de la cabeza. -He aprendido mucho por mí mismo, hermano, sobre todo enestas últimas

semanas. Nuevas posibilidades se abrenante mí -asintió conla cabeza. -Para todos nosotros.

-Estoyimpresionado -dijo el ángel. -Pero te aconsejaría cautela conestas cosas. Recuerda cómo el Emperador reprendió gravemente a los Mil Hijos por sus experimentos conel immaterium.

El rostro de Horus agitó yse movió, por lo que sus expresiones se hicierondifícil de leer. -Magnus era estúpido. Mantuvo sus objetivos ocultos a padre. Nunca haré eso. El Emperador siempre sabrá lo que me propongo –el fantasma del señor de la guerra se hizo más grande, las formas de suarmadura de batalla se hicieronmás patentes a medida que avanzaba. Incluso este simulacro servía para llevar sugranpresencia a años luz sindisminuirla. -Una pregunta que se me ocurre, Sanguinius. Mientras estoyaquí enla cubierta del *Espíritu Vengativo* conmis guerreros enmi mano yal final de la Gran Cruzada enel horizonte... Pienso ennuestras dudas.

-No tengo ninguna -respondió el ángel sindudarlo. -Nuestra causa es tanjusta como lo ha sido siempre, hermano. Traemos la luz a aquellos que necesitande iluminación, estamos siguiendo las huellas gloriosas de nuestro padre. Ya lo sabes.

-Lo sé -se hizo eco Horus, ypor unmomento casi pareció decepcionado. –Sé el deseo de nuestro emperador por una galaxia se pide consudominio sobre ella.

-Es para lo que hemos nacido -Sanguinius se detuvo, la preocupaciónesculpía sus características. Era difícil interpretar el fantasma de la imagende suhermano, pero podía sentir una distancia entre ellos de que no era sólo física. -Horus, ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Es algo fuera de lugar? ¿Es por eso que querías hablar conmigo a solas?

Surespuesta llegó lentamente, pero conseguridad. –No tengo problemas, hermano. No te preocupes por mí -hizo ungesto hacia Sanguinius, consus dedos fantasmal abarcando hacia fuera. -Tengo nuevas órdenes para los ángeles sangrientos. Una importante misiónque requerirá de todo el poder de tus ejércitos.

-¿Quieres que comprometa toda mi Legióna unsolo objetivo?

Horus asintió conla cabeza, desdibujando suimagen. -Sí, ynecesitarás la fuerza de cada uno de tus hijos. He sido informado que ungrupo de mundos enla Cruz del Norte, fuera de la Franja, ha roto todas las líneas de contacto conTerra yel Imperio.

Estos mundos soncolonias importantes de la región, unsistema bisagra de vital importancia para la proteccióndé los sectores externos, yde importancia estratégica para la GranCruzada.

-¿Una invasión? ¿Una insurrección? –preguntó Sanguinius.

-Ambas -respondió el Señor de la Guerra. -Mis informadores creenque los gobernadores planetarios hanentregado voluntariamente suautoridad ysupoder militar al gobierno xenos intruso –Horus miró a suhermano duramente. –Tú los conoces bien, Sanguinius. Nos enfrentamos a ellos juntos enlos desiertos de Melchior. Los tiranos alienígenas que se llamana sí mismos lo Nephilim.

Por uninstante, el primarca quedó ensilencio. Luego sacudió la cabeza, frunciendo el ceño. –Los Nephilimestán*extinguido*s -insistió. -¡Los masacramos por millones enMelchior! Suplaneta natal fue arrasado por los Cicatrices Blancas. ¡Jaghatai me miró a los ojos yme dijo que estaba hecho!

-Parece que el Khanysus guerreros fuerondemasiado rápidos al marcar la tumba de estas criaturas odiosas. Es evidente que la VLegiónno realizó untrabajo tancompleto como creíamos. Algunos sobrevivieron, yahora hanvuelto a plagar el Imperio.

-Yo no habría pensado que los Cicatrices Blancas fuerancapaces de semejante error... -el ceño de Sanguinius se profundizó. -Es difícil concebir que Jaghatai Khanysus hordas no hubierandejado ni unsolo Nephilimvivo después de suasalto.

-Ve a la Franja Este -insistió Horus -yterminar la obra de una vez por todas. Lleva a toda tulegióny exterminar todo lo que encuentres allí.

-¿Y las colonias?

Horus se convirtió enuna tumba. -Haz lo que puedas. Pero ya puede ser demasiado tarde para las colonias ysus poblaciones. Si es así, debenser considerados combatientes enemigos. No busques entrega o aceptes una capitulación, Sanguinius. Sólo puede haber muerte... pero contodos tus hijos a tulado, estoyseguro de que estos xenos ysus babosos adoradores seréndestruidos por completo.

El ángel considera las palabras del Señor de la Guerra. -¿Esas sontus órdenes?

-Sí -se hizo eco la voz distante. –Tomarás a Kreed yla *Página Oscura* contigo enesta

tarea. Observarán, ycuando hayáis terminado volveréna mí conla última palabra de la misma.

-Tenemos una delegaciónde rememoradores enla flota... Tal vez deberíanser enviados enotro lugar.

-Mantenlos contigo -le dijo Horus. –Serviréna supropósito.

Sanguinius escrutó la ordenensus pensamientos. La demanda de Horus era que los Ángeles Sangrientos sirvencomo el borde del hacha, barriendo todo el espacio para destruir todo lo que se extendía ante ellos. Era unacto que erancapaces de hacer, de eso no cabía duda, pero parecía unuso crudo de sucapacidad. -Haré lo que pide mi Señor de la Guerra, si ese es sudeseo -dijo el primarca. -Mis otras flotas estánmuycerca ypodránreunirse conmigo enpoco tiempo. Pero no puedo seguir adelante sinuna pregunta.

-Hazla -exigió Horus.

-¿Por qué has elegido a los Ángeles Sangrientos para esta tarea? -Sanguinius trató de buscar enel rostro de la aparicióndе uncierto grado de sentido, pero la imagende humo no permitía su escrutinio. -¿No seríanseguramente los Lobos de Russ o los Devoradores de Mundos de Angron sería más adecuados para una campaña tanpunitiva? Mi legiónno es unverdugo.

-Tú eres lo que tuSeñor de la Guerra te dice que seas -fue la respuesta lacónica. Horus hizo una pausa, yluego volvió a hablar, moderando sutono. -¿Quieres saber por qué te envié a la mujer Sahzë, por qué quería mantener esta conversaciónenel más estricto secreto?

El olor a sudor humano ycarne chamuscada llegó a Sanguinius yechó unvistazo a la astrópata. Ella se balanceaba atrás yadelante, vomitando cuerdas gruesas de niebla, enterrada enlas profundidades de sutrance. Vio tracerías extrañas debajo de la superficie de supiel, líneas brillantes mientras su fuego la quemabanprofundamente enla carne pálida, formando cruces apiladas sobre cruces, estrellas ycírculos. Él vio esto, yenalgúnnivel de sumente supo que estaba inquieto.

-Es debido a una promesa que te hice. –las palabras de Horus atrajeronsuatención. –EnMelchior, enla ruinas de una capilla alienígena. Te dije que iba a hacer todo lo posible para ayudarle a lidiar con... tu*perdida*. No importa el tiempo que tomara.

Sanguinius se quedó muyquieto. -Lo Recuerdo.

-Una verdad secreta fue descubierta enlas ruinas del mundo de origenNephilim. Los xenos controlar las mentes humanas, eso siempre lo hemos conocido. Pero poseenuna tecnología capaz de manipular la estructura del cerebro. Algo que puede llegar a lo más profundo de la mente de unhombre y extirpar la oscuridad que anida enél. ¿Lo entiendes, hermano mío? Tienenla clave, estas criaturas. Puede ser la soluciónque estabas buscando. Una manera de deshacer el error -Horus asintió conla cabeza. -Sé que no has parado entubúsqueda de una soluciónprivada.

-Sí- dijo Sanguinius, sintiendo uneco de la terrible carga sobre él una vez más. -Y hemos encontrado nada. Incluso ahora, mi comandante de la Guardia regresa de Nartaba Octus después de una búsqueda infructuosa -el miró hacia otro lado por unmomento. El primarca había enviado a Azkaellonal planeta asediado por piratas eldar que buscara unbio-relicario perdido, pero no había nada que encontrar salvo ruinas. Se aprovechó de él para mantener estos asuntos apartados de sus hijos, pero siempre había cargas que unpadre tenía que llevar solo.

-Obedece mi deseo enesto yte prometo que los Ángeles Sangrientos encontraránuna nueva libertad -dijo Horus.

Por fin, Sanguinius se irguió yle dio el saludo del Aquila a la imagenfantasma de suhermano. -Obedeceré, Señor de la Guerra. ¿Hacia dónde nos dirigirás? El rostro hecho de humo sonrió. –A unsistema estelar llamado Signus.

TRES
Sobre la línea de sangre Lobos

Ahogándose encenizas

El ritmo de los pies descalzos del legionario golpeando contra la plataforma de metal frío era el de unmetrónomo, midiendo el paso del tiempo mientras rodeaba la longitud de la galería artillera del *Hermia*.

El ángel sangriento corría a unritmo que habría igualado al de crucero de untransporte de tropas Mastodonsobre terreno llano, suuniforme de entrenamiento adhiriéndose a sus miembros. A través
de suespalda llevaba una estructura de metal cargada condiscos de hierro, contrapesos tomados de las tripulaciones de los pesados lanzadores balísticos

dispuestos muypor debajo de la plataforma de la galería. Había capuchas gruesas alrededor de sus muñecas ytobillos, llenas de denso polvo de osmio. Le arrastraban, simulando la carga de servoarmadura MarkII completa, pero conninguno de los sistemas de mejora de la fuerza o mecanismos internos de control de temperatura. Aunasí, el sudor químicamente diseñado le mantenía fresco, lo que le permitía mantener suvelocidad al acercarse a la proa del *Hermia* yal punto medio de la galería artillera.

Elevada por encima del arco de la nave, la galería era parte del diseño pre-cruzada de la nave. Anteriormente era unespacio donde oficiales de artillería podríantomar lecturas visuales ydonde los sensores augures estaríanemplazados, pero los avances merced a la tecnología del Mechanicum de Marte habíanhecho obsoletos los anteriores sistemas, ydespués del más reciente periodo por los astilleros del crucero las plataformas de kilómetros de largo habíansido reconstruidas, entre otras cosas. Aparte del principal corredor vertebral del *Hermia*, era el pasillo más largo de la nave, yen sumayor parte estaba vacío. Uno de los lados del pasillo miraba hacia los espacios inferiores del casco, donde los cañones de proa ymástiles del campo Geller descansaban, el otro a través de los paneles de cristalplas al espacio profundo, conlos flancos de color carmesí de la nave cayendo abajo enla distancia.

El ángel sangriento vio la curva antes de entrar enella yaumentó suvelocidad enunsprint repentino. Quería terminar sucarrera antes de que la *Hermia* completara suhuida de los bordes del sistema Nartaba, antes de que se moviera enel espacio interestelar, yse aventurase enel immaterium. Enotra parte de la nave, sus hermanos de batalla ya estabanpreparando sus armaduras yarmas para la próxima misión. Sucomandante, el hermano sargento Cassiel había ordenado una revisiónde equipamiento obligatoria, yel líder de escuadra era conocido por surigurosa atencióna los más mínimos detalles. Para el resto de la unidad -Sarga, Leyteo, Xaganylos otros- les sería difícil trabajar bajo suescrutinio agresivo, desmontando sus bólters hasta el esqueleto ytrabajando ensu servoarmadura conabrillantador enpolvo. Suarmadura estaba todavía enmanos de los siervos de la legión; sinembargo, las reparaciones de las placas del pecho dañadas estabantomando más tiempo del esperado.

El legionario estaba pensando enel daño que sufrió la herida estalló de dolor una vez más. Mientras él continuaba ensucarrera, encarando el arco, el diamante enbruto de tejido cicatrizado enel vientre se resintió. Le pinchó conel dolor

suficiente como para provocarle una mueca de dolor y, por unmomento, detener supaso.

Enel mismo instante, vio una figura al abrigo de una viga de soporte curvo, unhombre inclinado hacia delante sobre las rejillas como almenas que una vez alojaronmacroscopios yaugures láser. El legionario se detuvo, moderando surespiración, ysumano bajó a sucicatriz.

-Todavía sigue curándose, ¿no? El corte, quiero decir -dijo el hombre. Él sonrió nerviosamente y luego señaló el legionario. Suvoz tenía una entonacióncantarina, al igual que los acentos de los colonos de Keltian.

-¿Qué sabes de ella? -preguntó el ángel sangriento. Las palabras del hombre parecíancomo una imposición, ysucara le era desconocida, pero la ropa que llevaba dejaba claro que él no era alguien de la tripulaciónde la nave o unsiervo de la legión. La placa de datos ensumano era unmodelo civil elaborado, conlentes plegables enbrazos retráctiles yunlápiz atado una cadena de bronce. Un rememorador pues, decidió. Había unpuñado de ellos entre los buques de la fuerza de combate, aunque la mayoría permanecíanenlos alojamientos de la nave de mando de la fuerza, la *Ignis*.

-Sé quiénes usted, mi señor. El hermano Meros, del linaje exaltado la Novena Compañía. Si no le importa que se lo diga, usted es untema de cierto interés.

Meros dio unpaso más cerca. -¿Interés para quién?

El rememorador se retiró enespecie, conlas mejillas ruborizadas cuando finalmente comprendió que estaba presumiendo demasiado. -No quiero ser irrespetuoso. Pero la historia acerca de usted en Nartaba Octus... Bueno, a mí ya mis compañeros artistas nos llegó algo acerca de ello, ysabiendo que estaba aquí enla *Hermia*... -suvoz se desvaneció ytragó saliva. -Usted luchó contra una manada de piratas eldar solo. Unsolitario apotecario contra una tropa de ellos, todo para salvar a una docena de personas enel puesto de avanzada Octus.

-Ese era mi deber. No haynada para una historia de ello -dijo Meros, conunresoplido.

-Si se me permite mi atrevimiento, mi señor, eso es lo decido yo, no usted -hizo una ligera reverencia, moviendo el pelo castaño despeinado sobre de sus ojos claros. -SoyHalerdyce Gerwyn, rememorador sancionado por decreto del

Emperador. Grabadora de cuentos ytal -volvió sobre sus pasos, acercándose a Meros una vez más. -¿Y sobre aquel del que hablaba? ¿Recibiendo unimpacto mortal ensuintestino allí yvivir para hablar de ello, para correr por estos pasillos? ¿Volviendo desde el abrazo de la muerte? Esa es una historia muybuena de hecho. Agitada, diría incluso.

Algo sobre la manera del hombre divertíana Meros, pero lo mantuvo oculto. -¿No preferiría estar escribiendo cuentos de hombres mayores que yo? ¿Primarcas ysimilares? -él asintió conla cabeza hacia las paredes. -Azkaellon, el comandante de la Guardia Sanguinaria, está a bordo de esta nave. Creo que la posteridad prefiere no conocer las hazañas de unhéroe de la estatura de unlegionario humilde como yo.

Gerwynchasqueó los dedos. -Ah, ahí es donde se equivoca. La GranCruzada es hecha tanto por simples soldados como comandantes exaltado -hizo una pausa. -Por lo menos, creo que es así -hizo ungesto conla placa de datos. ¿Podría confiarle una verdad a usted, mi señor? Tucomandante Azkaellonme asusta unpoco. Él anda por esta nave como si estuviera cazando algo.

-No es a usted, así que esté tranquilo –dijo Meros a Gerwyn. Sinembargo, las palabras del rememorador tocaronla fibra sensible del boticario. La presencia del comandante de la guardia enla flota era inusual ysus acciones durante la expediciónа Nartaba sólo habías hecho más que azuzar el fuego de la cuestiónde lo que estaba haciendo allí. Meros había oído rumores enel barracónde cómo la guardia sanguinaria se había negado a participar enla defensa de la colonia científica Octus para desaparecer enla selva sinninguna explicación. Pero, de nuevo, unguerrero del rango de Azkaellonno necesitaba dar explicaciones a nadie más que el propio primarca.

Todo esto lo guardaba para sí, ya que no había razónpara alimentar la necesidad del rememorador de más argumentos al pozo de suficción. Sinembargo otro pensamiento se le ocurrió. -Estabas aquí mirándome.

-¡No! -insistió Gerwyn. -Bueno, sí yno.

-¿Entones a qué? -Meros se cruzó de brazos, mirando al hombre delgado confrialdad.

-He estado viniendo aquí desde el comienzo. Es tranquilo, ¿no es así? Y tiene unas magníficas vistas -Gerwynasintió conla cabeza por las ventanas. Más allá del cristal

blindado, las líneas poderosas del acorazado *Ignis* eranvisibles, una enorme nave como unmartillo de color carmesí yobsidiana a pocos kilómetros de la amura de estribor. -Y cuando me enteré que se estaba ejercitando el pasillo...-se encogió de hombros. -Mire, mi…

El ángel sangriento levantó una mano. –Solo llámame Meros. No me encuadres conlos títulos.

-Oh. Sí, Meros entonces -Gerwyntragó saliva una vez más. -No tenía intenciónde molestarte. Bueno, tal vez unpoco. Pero no por lo que te molesta. Yo quería escribir tuhistoria.

-Muéstramela -Meros tendió la mano, indicando la pizarra.

-Aúnno la he terminado -dijo el rememorador, reacio a entregar el dispositivo. Encambio, él la sostuvo enalto para mostrar el guerrero unconjunto de párrafos narrativos, cada uno conuna pequeña imagenque acompañaba a unbloque de texto bajo ella. La primera era una representación imaginaria de unángel sangriento enla armadura blanca yroja de unapotecario de la legión, conun bólter enuna mano yunhacha enel otro, frente a una pared de eldars vestidos de medianoche. -Soy unconsecuencialista -explicó Gerwyn, las palabras se derramaba por él. -Unpoco de escribano, un poco de artista, lo mejor de los dos. Sé que algunos mirancondesdénmi oficio, que no es tangrande como los que escribenóperas o esculpenel mármol, pero yo garantizo estas series seránleídas por todo el Imperio más de lo que puedansuponer...

El apotecario mantuvo una expresiónneutral, estudiando las imágenes. Otro panel mostraba un primer plano de la cara del guerrero de ficciónyera una interpretaciónaceptable de aspecto fatigado de Meros, pero bajo una luz fantástica ydemasiado heroica. -No lo apruebo, pero manténtutrabajo al lado derecho de la verdad, rememorador.

-¡Por supuesto! -Gerwynasintió alegremente. -Tendrá una copia impresa yencuadernada para ti cuando esté terminada.

-No haynecesidad –le dijo Meros, volviéndose para retomar la carrera. -Yo estuve allí. Lo recuerdo -hizo una pausa, ytocó el lugar donde la cicatriz destacaba ensucarne. -Yo ya tengo mi propio récord de ese día.

Cuando Gerwynhabló de nuevo, la forma enérgica que había mostrado antes se

había ido. -¿Tuvo... miedo? Dicenque los ángeles del Emperador no estánpreocupados por este tipo de cosas, que no haynada hacia los que no se aventuren.

-Eso es cierto yfalso. La cuestiónsobre ello cambia, dependiendo de las circunstancias –dijo Meros. -Yo lo estoy. Asustado, me refiero.

La confesiónsalió de la nada, yMeros estaba inseguro de cómo debía reaccionar. El apotecario sintió la sensaciónde distancia entre los dos de ellos muyclaramente enese momento: él, el mejor post- humano, diseñado para estar por encima de esas cosas; Gerwynunalma común, mal preparado para los peligros de ununiverso letal.

Luego Gerwynpasó a otra cosa. -La última vez, cuando hicimos la traslaciónpara ir a Nartaba, yo
estaba aquí. Quería ver a qué se parecía el immaterium, aunque fuera sólo una sombra del mismo.

-Eso no es para hombres como tú -le dijo Meros. –Tus ojos arderíandentro de tucabeza. Perderías la razón.

-¿No soneso historias también? -Gerwynlogró mostrar una sonrisa débil. -Deberías bajar -dijo el apotecario. –Vamos…

Meros nunca terminó sus palabras pues sinprevio aviso, por todo el arco del *Hermia*, unaura brillante plegó la oscuridad. Unagujero se abrió desplegando pétalos de la realidad espacial que se replegabancomo las capas de una piel conuna herida sangrante abriéndose. El rememorador gritó sindecir nada yse tambaleó hacia el mamparo tras ellos, levantando las manos para ocultar surostro de la repentina nube de luz infernal. Entonces las sirenas de advertencia del *Hermia* comenzaronun coro estridente, conla cubierta realizando unestruendo mientras varias baterías de cañones automáticas apuntabanhacia la puerta disforme aúnenformación.

El apotecario vio la rasgadura abierta enel espacio-tiempo expulsar una viga de hierro de sus profundidades brillantes. Era una nave de diseño de Imperial, similar enmasa yla estructura a la *Hermia*. Pero mientras que la *Hermia* estaba adornada conlogotipos ysímbolos que mostrabansu lealtad a la IX LegiónAstartes, el reciénllegado estaba volando conlos colores estoicas del Gran Ejército de Terra. Los motores de la nave funcionabanal máximo, dando unempuje completo, yllegó

incómodamente cerca del casco carmesí del *Hermia* al tiempo que regresaba al espacio normal.

La cubierta del crucero se inclinó bruscamente yMeros se agarró a uncarril de guía cuando las placas de gravedad enla cubierta lucharonpara contrarrestar el abrupto cambio de curso que el timonel del *Hermia* estaba haciendo. La enorme nave se viró, ganando distancia de la mejor manera posible.

Afuera, enel vacío, la brecha disforme irisada se cerró conuna ráfaga de radiaciónanormal y emitiendo falsos colores enfermos. Gerwyntemblaba cuando se atrevió a mirar hacia arriba. -¿Se ha ido? -preguntó, conuna voz apenas audible sobre las sirenas.

-¿El barco?

-¡La brecha del immaterium!

-Sí- asintió Meros. -El necio al mando de ese buque debe estar desesperado o ser estúpido para salir de la disformidad tancerca de unpunto de traslación... -Meros frunció el ceño. Estas tácticas eran utilizadas a veces por corsarios enlas rutas muytransitadas por transportes de carga, o por capitanes de naves que intentabanbloquear unsistema estelar. El ángel sangriento corrió a la gama de babor de la galería yse asomó, mirando al reciénllegado purgar la velocidad de avance conmasivos ylargos fogonazos de propulsores transversal.

Recuperando el aliento, el rememorador llegó tambaleándose tras él, a tiempo para presenciar un destello de plata salir de la ladera del crucero del ejército imperial.

-¿Es una nave? –preguntó Gerwyn. -Lo es. Viniendo hacia nosotros.

Meros no dijo nada, examinando la forma de la nave que se acercaba. Pudo reconocer la forma de un Thunderhawk, girando bruscamente mientras enfilaba el puerto de atraque de la nave más cercana,
que eneste caso era la *Hermia*. El grancrucero ya estaba aplicando el empuje de sus principales unidades, una vez más, se inclina hacia abajo yfuera del sistema, ganando velocidad, como si tuviera ganas de escapar lo más rápido posible.

El Thunderhawkdio la vuelta ypasó más allá de la galería artillera, dando a Meros yal rememorador unpanorama claro sobre el sello de bronce pintado ensus alas; la silueta de la cabeza de unlobo de Fenris gruñendo, encontraste conundiamante de color gris acero.

-¿Los... los hijos de Russ? -Gerwynse volvió hacia el ángel sangriento, rebosante de nuevas preguntas, pero la mirada enlos ojos de Meros las mataronantes de que pudieranser pronunciadas.

-Regresar a tus aposentos ypermanece allí –le dijo el apotecario, rompiendo a correr a toda velocidad una vez más.

La cara del guardia sanguinaria se endureció mientras caminaba por la cubierta del hangar superior del *Hermia*, conlos ojos de pedernal estrechándose hasta convertirse enrendijas. Unsemicírculo de legionarios ya estabantomando las estaciones alrededor del borde de la pista de aterrizaje vacía, bólter enmano, pero él no les hizo caso yse dirigió hacia delante, mirando el Thunderhawkde acero plateado flotando a través de la membrana brillante del campo de protecciónambiental. Enfriado por el toque de espacio, sobre el fuselaje de la nave creció al instante una fina capa de escarcha por la humedad enel aire, disipándose de nuevo enjirones tenues de vapor.

Azkaellondesafió los protocolos de seguridad yse detuvo justo debajo de la proa de la Thunderhawkcuando se colocó enposición, cerniéndose por el empuje de las toberas de escape. Vio una figura borrosa enmovimiento detrás del cristal blindado de la carlinga, yluego la nave cayó, levantando estelas de humo a través del muelle. Azkaellonmiró a la nave como si estuviera mirando ungrananimal agacharse, viendo que se asentaba ensus patines de aterrizaje mientras la corriente descendente le dio bofetadas, azotes ensupelo oscuro ylargo hasta los hombros.

El gemido quejumbroso de los motores casi no se había desvanecido antes de que la rampa de desembarco enel vientre del Thunderhawkse abriera conungruñido de la hidráulica, ycomo esperaba el comandante de la guardia, ungrupo de guerreros enarmadura completa ypieles de batalla desembarcaronenla cubierta. Parecíanlistos para sudespliegue encualquier guerra que podría querer ellos, a pesar de que esta era unlugar entre iguales yaliados.

¿Pero los Lobos Espaciales cuentan a cualquier legión como su igual? Azkaellonresistió la tentaciónde cruzar los brazos sobre el pecho como untonel de suornamentada armadura artesanal, enlugar de eso escrutó a los hijos de Russ, que escaneabanla cubierta desde el final de la rampa. Notó que ninguno de ellos aúnno había pisado fuera de la rampa ysobre la cubierta de la nave de los ángeles sangrientos.

El lobo a la cabeza de la manada habló primero. -¿Quiénestá a cargo aquí? -el guerrero llevaba las marcas de rango de capitán, ylas runas tribales complejas sobre el peto que insinuabanmuchas batallas ensupasado. Una piel de pelaje negro colgaba de sus hombros yestaba armado conun bólter fornido de modelo desconocido enuna funda rápida enla cadera. Al otro lado del pecho del capitánhabía una corta vaina, inclinada hacia abajo para que la hoja de combate que sostenía pudiera desenvainarse rápidamente; la cubierta estaba salpicado conmanchas de cuarzo yel agarre del arma estaba cubierta de cuero carmesí.

El legionario bajó de la rampa yavanzó, mirando a sualrededor como si estuviera entrando enuna zona de combate, yAzkaellonsabía muybienque el lobo capitánera perfectamente consciente de quientenía mayor antigüedad de mando. La importancia de la armadura dorada de la Guardia Sanguinaria era inconfundible, pero el visitante optó por no reconocerlo.

Apretó los labios. Era típico de la VI Legiónde disfrutar de esos pequeños gestos de insolencia, como perros gruñendo yladrando enla primera reunióncon el finde determinar quiénera el alfa. Por ahora, le seguiría el juego. -SoyAzkaellon, Elegido de Sanguinius. Puedes dirigirte a mí.

-Por supuesto -dijo el capitán, que alzó sus manos para quitarse el casco. Bajo la ceramita, el guerrero tenía una cara semejante a los glaciares de Fenris; esculpida enhielo pesado ysurcada de cicatrices. Sucuero cabelludo estaba rapado, pero lo compensaba conuna barba peluda, con descuidadas trenzas sujetadas conplata. -Bienhallado, comandante de la Guardia. SoyHelik Redknife -no ofreció ninguna otra informaciónacerca de sí mismo, ni de sugrancompañía uhonores, como si sólo sunombre fuese suficiente para clasificarle.

Azkaellonmiró a sualrededor, observando que los ángeles sangrientos que lo rodeanno se habían relajado, cada uno de ellos manteniendo supostura yforma. Más allá de los bordes de la pista de aterrizaje, vio tambiénque algunos de los siervos de la tripulacióndel *Hermia* estabanhaciendo una pausa ensus tareas para ver el cambio, yenuno de los pórticos superiores, el guardia sanguinaria vio a unlegionario solitario entúnicas de servicio que le observaba.

Él miró hacia otro lado. -CapitánRedknife. Deberías considerarte afortunado de que no hubieras ardido enel espacio. Tal llegada sinprevio aviso es imprudente. Los artilleros de este grupo de combate se mantienenenestado de alerta, conlas armas

preparados.

-La Fortuna tiene poco que ver conesto –respondió Redknife enérgicamente. -Y no tengo tiempo para cuestiones de etiqueta -mientras hablaba, el resto de sus lobos espaciales le siguió descendió a la cubierta de aterrizaje, cayendo enuna formaciónáspera que el ojo inexperto podría haber considerado descuidada, casi al azar.

Por primera vez, Azkaellonobservó la presencia de unsacerdote rúnico de pie a la sombra de Redknife. La servoarmadura del lobo clérigo estaba vestida condistintivos tallados enhueso, su yelmo de cara abierta aparentemente tallado enel cráneo de ungranperro. Tuvo cuidado de permanecer al hombro de sucomandante, consumano siempre enla empuñadura de una espada de energía dentada. La guardia sanguinaria inconscientemente reflejó el gesto del sacerdote, sus guanteletes cayendo al pomo de sus alabardas encarnadas. -Ya veo que es así -dijo. No sólo rompían las simples reglas de protocolo de la flota, sino tambiéndesafiabanel edicto del emperador. Azkaellonapuntó conla barbilla hacia el sacerdote rúnico. -Sabéis que los psíquicos no están permitidos dentro de las Legiones Astartes.

El clérigo respondió enuna lengua que Azkaellonno entendía, pero sabía lo suficiente para reconocer undialecto fenrisiano cuando lo oyó. Redknife hizo una breve inclinaciónde cabeza. -Mi hermano de batalla Stiel no es unbrujo mental, ángel sangriento, yte perdona por suerror. Es un error muycomún.

-¿No puede decírmelo él mismo, engótico imperial?

-No. Mi escaldo habla a la manera antigua. Es una tradición, ¿entiendes? -dijo el capitán.

-No lo sabía -el tono de Azkaellonse hizo más frío. -Y lo repito: el Decreto de Nikaea ha prohibido el uso de poderes psíquicos. Su... *sacerdote*... debe ser devuelto a la tropa, no se les permite permitir tratar conla disformidad.

Stiel hizo unruido sibilante, pero Redknife le hizo callar conuna mirada. -Supoder es puro. Viene de Fenris, al igual que la mía. Esa es la explicaciónque voya dar, la única explicación-hizo un gesto enel aire. -Ahora, podemos continuar enesta línea o podemos cortar esta bravata. ¿Qué eliges, comandante de la Guardia?

Por unmomento, Azkaellonacarició la idea de llevar a los lobos arrogantes al

calabozo de *Hermia*, o expulsarlos a ellos ysuThunderhawkal vacío. -Una pregunta, entonces, lobo espacial. ¿Por qué ha interrumpido nuestro viaje? Hayuna vital reunióna la que esta flotilla debe llegar yvuestra inesperada llegada nos retrasa.

-Soymuyconsciente de suagenda. Es por eso que teníamos tanta prisa por llegar al sistema Nartaba antes de que ustedes se marchasen. El immateriumse inquieta yel suyo era el único contingente de los ángeles sangrientos más cercano al que podíamos estar seguros de llegar –dijo Redknife. Luego instaló sucasco enunclip enel cinturón. -Mi equipo yyo venimos a daros unnuevo destino, un anexo a las órdenes de suprimarca Sanguinius -el capitánle tendió la mano yuno de suequipo extrajo untubo de mensaje de una bolsa acordonada de piel de animal curado, que pasó a su comandante. Redknife giró el tubo para abrirlo yuna hoja de pergamino filático salió.

Azkaellontomó el documento que le ofrecía ylo miró. Sus ojos se sintieronatraídos por unsellado térmico de marca enel papel translúcido. El diseño se parecía a unsímbolo matemático extraño, con unojo hacia arriba ensucentro.

-Esta ordenviene directamente de lord Malcador, el Sigilita yRegente de Terra. Mi amo lord Russ lo respalda yno puede ser revocada -explicó el capitánlobo.

-Habéis traído esto hasta aquí desde Terra... –dijo Azkaellonsinlevantar la mirada , absorbiendo cada palabra de la página.

-No. Nos dieronesta tarea porque éramos lo más cercanos a suposición. Vamos a acompañaros junto a la *Lágrima Roja* yla corte del Ángel. Como puedes ver enla redaccióndel Sigilita, el tiempo se considera de lo más esencial.

Sinembargo, el texto mencionado por Redknife estaba plagado de humo ydecía muypocas cosas firmes más allá del núcleo de la orden. Que este documento yestos comandos eranauténticos estaba más allá de toda duda -el pergamino filótico habría sido transcrito tequinéticamente por unsabio astrópata ytodos los códigos pertinentes ycifrados estabanerancorrectos- pero no había casi nada que explicara conprecisiónpor qué Malcador había decidido repentinamente enviar ungrupo de lobos espaciales para acompañar al GranÁngel. Por fin, Azkaellonlevantó la vista yencontró la mirada fría de Redknife. -¿Y cuál es sumisión, capitán?

La que siempre ha sido, servir al Emperador de la Humanidad ydefender el Imperio de todo aquello que lo amenace.

El noble semblante de Azkaellonse arrugó enuna mueca. -Una descripciónmás específica sería apreciada.

-No tengo ninguna duda.

Consutolerancia muriendo a cada momento que pasaba, el guardia sanguinaria se acercó ybajó la voz para que no fuera seguida. -¿Tengo que aceptar que tal cosa está más allá de mi *necesidad de saber*? Soyel comandante que el Ángel ha elegido. No hayningúngrado por encima de la mía enesta legión, salvo el propio primarca.

Redknife asintió conla cabeza, sinmostrar reacción a la creciente molestia de los ángeles sangrientos. –Lo sé. Todo lo que puedo decir es que estamos aquí... -el lobo espacial hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. -Estamos aquí para vigilar.

-¿Sois observadores? -la idea parecía poco realista: los hijos de Russ nunca habíansido conocidos por permanecer centinela cuando había una lucha que se avecinaba. La sola idea iba encontra de todo lo Azkaellonsabía de sucarácter.

-Estamos de acuerdo conllamarlo así. No tengo ningúndeseo de alargar aúnmás el retraso de la salida de la flotilla. Si usted nos proporcionara cuartos temporales, mi equipo yyo... permaneceremos fuera de sucamino.

Azkaellonestudió la expresiónestoica del capitánenbusca de cualquier signo de subterfugios, pero no encontró nada que pudiera interpretar; por mucho que quisiera interrogar más al lobo espacial, ahí fuera la granflota del ángel estaría esperando la llegada del *Hermia* yel resto del grupo de combate *Ignis*. Mayores retrasos no seríantolerados.

-Veamos las necesidades del capitánRedknife -dijo el guardia sanguinario al final, convocando a una legiónde siervos conungesto lacónico. Le dio la espalda a los Lobos Espaciales yse alejó. -¡Asegurad la nave! Contactad conel *Ignis* ypasad la ordende entrar enel immaterium-espetó.

Miró hacia arriba yencontró al legionario que seguía mirándole desde la parte superior del pórtico. *Meros. El que resultó herido*. La expresióndel guerrero estaba llena de preguntas yAzkaellonhizo una mueca, compartiendo suincertidumbre.

-¡Él está aquí! ¡Él está *aquí*! –la ayudante del mariscal Zauber se estrelló enla puerta de suoficina enunestado que estaba enalgúnlugar entre el pánico yla euforia.

Sunombre era Rozin, yhabía sido asignada por el mariscal para el trabajo porque ella era al mismo tiempo competente yagradable a la vista. Enla carrera de unmariscal, esta último era una rareza, pues la compleja matriz política de la colonia se componía engranparte de ancianos o veteranos de guerra llenos de cicatrices. Eran personas que parecíanhacer unarte de ser poco atractivos a pesar de toda la galantería conla que se cubrían, a pesar de todos los altos cargos yrangos que se otorgabanunos sobre otros.

La mayoría de ellos estabanmuertos ahora. Se sacudió ese pensamiento yse subió detrás de su escritorio, haciendo caso omiso de las pilas acumuladas de placas de datos que tiró consupasada. Se dirigió hacia la puerta yla amplia escalera que se curvaba a lo largo de la sala del consejo de la
planta baja.

La luz densa rojiza que hacía que todo se viera como sangre vieja se filtraba por las paredes yla alfombra, convirtiendo los pasillos ypasos familiares enalgo onírico e irreal.

No. No era algo de ensueño, esa era la palabra incorrecta. *Era de pesadilla.*

Todo era así, todo. La luz, las paredes yel piso, todo estaba mal. Rozinle pisaba los talones mientras corría, yse dio cuenta de que estaba equivocada también. Suvoz era más alta yfrágil que lo que había sido antes. Como si ella estuviera constantemente al borde de la histeria.

¿Le sonaba así la voz de Zauber a ella? Quería preguntárselo, pero tambiénlo temía. El caso es que ella dijo para sí: *sí, suenas como si estuvieras perdiendo la cordura.* Quería preguntarle si estaba escuchando los mismos ruidos enel borde de suconciencia, como susurros o el susurro de las páginas al pasarse. ¿Vería Rozinlas extrañas cosas parpadeando por el rabillo del ojo también? ¿Los fantasmas de formas enespejos o cualquier objeto reflectante?

¿Le resulta difícil no pensar enapuñalar a gente hasta matarla? ¿Tenía pesadillas todo el tiempo? ¿Quizá tenía Rozinganas de gritar ygritar ygritar hasta que la garganta se le llenara de sangre…?

Apartó todo estos pensamientos conungesto literal yel sonido de unpequeño “no” del que tal vez la chica se dio cuenta, pero no comentó. Cruzaronel patio yZauber miró a los tragaluces. Los ejes de luminosidad trenzados estabanahí, columnas de niebla que bajabanpor los agujeros enla mampostería que cubríanel cristalplas. La

ceniza caía, ytras varios días seguidos el extraño fenómeno no daba señales de detenerse.

Estaba entodas partes, como nieve caliente, ascuas que ardíanynunca se apagaban, se acumula en montones o vagabanpor las calles impulsados por repentinas ráfagas de viento abrasador. Si hubiera habido unvolcáncercano, habría tenido sentido. Si hubiera habido unrespiradero enla tierra escupiendo humo al cielo, eso habría sido algo lógico para Zauber. Pero enninguna parte de la colonia había algo remotamente parecido a eso. La interminable lluvia de cenizas que derramabanlas nubes bajas amenazantes no hizo nada por obedecer las restricciones de la meteorología.

Otros planetas enel racimo estabaninformando de los mismos fenómenos, o lo estabanhaciendo en medio de declaraciones de alarma ydemandas de que la capital *hiciera algo*. Al principio, Zauber y todos los demás enel consejo habíandescartado los primeros informes como bromas o errores de información, para finalmente reconvertirlos de forma reticente a la sugerencia de algúntipo de manifestaciónorganizada por activistas. Tonto, pensó ella, pensó de todos. Era la naturaleza rebelándose contra nosotros, no los hombres.

AldermanYee, enlas horas antes de que él se pusiera una pistola láser entre sus labios finos como de papel quemado yfriera sucráneo conella había sugerido unorigendiferente. Yee era de origen profesional deshonesto, una vez fue uncapitánmuysolicitado antes de que el amor yel matrimonio le hubierantentado para establecerse enla superficie yvivir la vida de uncolono, yenesa persona se había convertido cuando fue la primera persona que sugirió la posibilidad de la participaciónxenos. El viejo capitánhabía dicho algo sobre la disformidad, pero Zauber no entendió nada de lo que habló. Nacido ycriado enlos límites de los mundos coloniales, el mariscal nunca había cruzado el immaterium, ni siquiera puesto unpie a bordo de una nave interestelar. Rozintrató ahora de recordar exactamente lo Yee había dicho, pero los pensamientos de Zauber estabansolapados sobre el último recuerdo que tenía del concejal: la imagensórdida de él enroscado entorno a la forma alargada de la pistola de duelo, succionando el cañónconsuboca como unreciénnacido lo hiciese conel pezónde sumadre.

La lista de lo que los comisarios científicos handenominado "eventos anómalos” creció día a día. Un aumento de quinientos por ciento enlas mutaciones de defectos de nacimiento enlas comunidades agrícolas ahora se extendía del ganado a los bebés

humanos enlos centros médicos de la ciudad colmena. Asentamientos enteros que caíanensilencio, algunos fortaleciéndose ycortando todo contacto conel exterior, otros sólo... vaciándose. Emisiones misteriosas enlas transmisiones inducíanvómitos yel pánico a todos los que las oían. Unaumento enlas tasas de suicidio y homicidio. Las aves muertas. Una serie de pintadas inexplicables, peculiares formas geométricas que aparece enlas paredes de las torres habitacionales, enlas carreteras, incluso recortadas encolinas.

Ni unsolo mundo era inmune a ellos. Las anomalías se extendieroncomo una onda, creciendo en magnitud, yel mariscal Zauber no tenía ni idea de cómo tratar conello. La responsabilidad había caído a él sólo a través de la cadena de mando. Los otros miembros del consejo o se habíanquitado la vida o murieronenunataque incendiario inexplicable que quemó el edificio del parlamento; fue un capricho del destino el que se había asegurado de que Zauber estaba enotro lugar cuando ocurrió, atascado por unaccidente de tráfico terrestre enla avenida principal. Al principio pensó que esto había sido buena suerte, pero ahora se preguntaba si era exactamente lo contrario. La carga de
trabajo había llegado a descansar sobre él le estaba hundiendo por supeso.

Los colonos pidieronayuda, enprimer lugar a sus vecinos ydespués al AdministratumImperial, al Ejército, al Adeptus Astartes, a cualquier agencia que pudiera escucharles. Pero ninguna de las naves correo enviadas hacia el núcleo del segmentumhabía informado ytodos los mensajes astropáticos quedaronsinrespuesta. Hubo unmomento enel que creyeronque la respuesta iba a llegar, pero la señal había resultado ser uneco deformado de la primera llamada de auxilio, de alguna manera reflejada hacia ellos.

No más señales se enviarondespués de eso. No más envíos de naves eranposibles. Los astrópatas comenzarona morir, uno a uno, de unmalestar al que los no-psíquicos eraninmunes. Lo último que Zauber había oído sobre ello fue al medicae enuna de las plataformas orbitales que tenía a los pocos astrópatas restantes enprofundo aislamiento. Se imaginó que habíanseguido el destino de sus parientes pero mediante una lenta decadencia.

Las puertas se abrieronautomáticamente cuando Zauber se acercó a ellos, conlos zapatos de Rozin chasqueando sobre el suelo de baldosas tras él. Dos soldados de la guarnición, hombres conla mirada de ojos hundidos de soldados que no habíandescansado endías, se apartarona cada lado de ellos a supaso yprepararonsus

rifles láser, recelosos de la niebla girando fuera ylo que podía ocultar.

El aire caliente sabía a azufre, yde inmediato robó toda la humedad de la garganta yla nariz de Zauber. Al otro lado del granpatio, la fuente ornamental estaba cubierto de polvo yla piscina debajo de ella se había convertido enuna pasta de barro gris. Los jardines que bordeabanla plaza erande color marrónyestabanpodrido, hierbas yflores privadas de luz por las cenizas se ahogaron. Enun día normal, el mariscal hubiera sido capaz de mirar de granarco del patio yhacia abajo a lo largo del Camino del Desembarco, la primera autopista de la colonia, pero los bloques habitacionales que se alineabanenla amplia avenida se perdíanentre la niebla, sólo pudiendo adivinar las siluetas de sumajestad a través de la ceniza de la tormenta incesante.

Oyó el ruido ronco de los motores militares pesados. Rozinestaba señalando. -¡Allí! –ella señaló conel dedo a la carretera, yZauber vio el parpadeo de las luces crecientes cada vez más brillantes de los vehículos se acercaban. Estos veníande la direccióndel puerto espacial, pero eran definitivamente distintos a los semiorugas ligeros de las fuerzas de guarniciónplanetaria estacionadas ahí. Conaire ausente, Zauber recordó que los hombres que había enviado para proteger el espaciopuerto no habíaninformado desde hace más de undía.

Los vehículos oscurecidos primero fueronsombras oscuras, para luego definirse conlados abruptos que rodabanrápidamente hacia ellos, empujando vehículos de tierra abandonados fuera de sucamino contopes palas metálicas grandes. Densas orugas crujíansobre el rococemento cuando el convoyde blindados redujo la velocidad yse colocó enuna formaciónde Val detenerse. Eranvehículos blindados de transporte de undiseño que Zauber no había visto antes, grandes ladrillos de metal adornados consoportes de armas, torretas plateadas yantenas látigo chasqueando enel viento.

Las escotillas sonaronal abrirse ysoldados conuniformes de color púrpura-negro ytrajes atmosférico desembarcaron, filtrando el aire conhocicos porcinos de las máscaras respiratorias. Zauber hizo unintento de peinarse el cabello hacia atrás yenderezar suchaqueta de brocado, pero no hizo más que mancharse conlos copos de ceniza que se habíanposado sobre él.

Desde la parte trasera del transporte más grande vio de la llegada que habíanestado esperando. Era alto ydelgado, yZauber se dejó intimidar por el primer pensamiento

que viene a la mente cuando el hombre se acercó: se acordó de algo sinuoso yreptiliano.

-Soyel mariscal Zauber -anunció, derivando a unlado suvista. -Esta es mi ayudante, Rozin–le fue imposible hacer una pausa. -Señor, no tenéis ni idea de lo contentos que estamos de veros.

El hombre hizo ungesto lánguido, moviendo el amplio sombrero de predicador ensucabeza. -Mi nombre es Bruja. Emisario del Imperio -sus ojos estabanocultos detrás de unpar de lentes reflectantes protectoras que parecíanabsorber la tenue la luz del día sinsol. –Vuestra llamada ha sido escuchada -vestía ropas que ibandesde el cuello hasta el suelo, colgando de él enuncono de flujo de material. Las ropas estabanllenas de hilos de plata yoro enundiseño que sugeríanbienun río recurvado o una serpiente.

-¿Usted tiene naves? -Rozinespetó la pregunta, lanzado por el entusiasmo.

-Una pequeña nave me trajo aquí –la voz de Bruja tenía una calidad áspera ysuave a la vez, igual que unfumador habitual. -Otras naves estánencamino. Una flota.

Desde el interior de los pliegues de la túnica surgió una pálida mano, de dedos largos. Bruja sostenía unmedallóncircular de plata pulida ybrillante, ycuando volvió a hablar, lo hizo conuna formalidad ritual. -Usted ha pedido ayuda yhe venido como representante de los que les hanoído.

El medallónse convirtió enla mano de Bruja yZauber descubrió que no podía apartar la mirada de él. Vio los distintos diseños enla superficie del disco: por unlado, el símbolo de unlobo yuna luna creciente, el otro mostrando unojo maléfico. *El ojo de Horus.*

-¿El señor de la guerra? -la pregunta escapó de él.

La cabeza de Bruja se balanceó. -Yo porto el sello de Horus Lupercal ypor extensiónla autoridad del mismo Señor de la Guerra. Él ha escuchado los gritos de angustia de este mundo ysus vecinos, y me envió para hacerme cargo enel ínterin. Voya guiaros a través de esta emergencia.

Zauber sintió una tremenda avalancha alivio bañar sucuerpo. Era unpolítico cuidadoso, siempre lo había sido. Uncaballero de buena conducta yligera ambición, pero no era unlíder de hombres, ni un alma conla fuerza necesaria para resistir el

tipo de desastre que estaba aplastando sucolonia. Más que nada, quería a alguienque interviniera ytomara el peso de sucarga; Bruja era esa persona. Se apartó de la molesta sensaciónde incomodidad al emisario que se había inculcado enél a primera vista yse concentró eneso.

A sulado, Rozinasentía conla cabeza, secándose las lágrimas de sus ojos. Ella sinduda se sentía de la misma manera. -Es terrible. Cosas inexplicables hanestado ocurriendo -dijo la mujer, mientras se abríancamino hacia la sala del consejo. –El ordense ha roto, lord Bruja.

El porte del emisario era tranquilo ymedido, como si estuviera tomando unpaseo enundía agradable de verano. -Se restaurará Equilibrio, lo juro ante ustedes -les aseguró.

-¿Es... ¿Es una invasiónextraterrestre? -Zauber se inclinó, pareciendo unconspirador. -Estas anomalías parecenintentos de usar la guerra psicológica contra nosotros.

Bruja le estudió unlargo momento, para luego asentir conla cabeza. -Mariscal, suvisiónes afinada. Está enlo correcto. Pero no podemos hablar mucho de esto o cundirá unpánico masivo.

-Sí. Sí, por supuesto –ya había pánico por supuesto, pero de manera aislada yleve, algo que se podría resolver ysofocar. Las palabras del emisario teníansentido, ¿no? Zauber se aferraba a ellas, desesperado por llegar a unacuerdo conel reciénllegado.

Algunas de las tropas de Bruja estabantrabajando enla parte posterior de unvehículo transportador amplio, yconunruido repentino, placas móviles del casco se plegaroncomo alas de una gaviota para revelar el interior. Rozinvio a la actividad ydesaceleró el paso, entrecerrando los ojos por el polvo para ver.

El emisario se aclaró la garganta conuncarraspeo. -Tendré que reclamar esta instalaciónpara mis operaciones, mariscal, ¿lo entiende? Mis hombres necesitaránuntecho yrequierenunlugar donde pueda empezar mi trabajo.

-Así se hará. Nuestros recursos estána sus órdenes –respondió Zauber. Rozinestaba

mirando de nuevo al vehículo. -¿Qué es eso?

Zauber se volvió para mirar. Los soldados estabanguiando una cápsula del transporte. Era del tamaño de ungranvehículo de tierra, ylos flancos del objeto

rectangular estabanhechos de lo que parecía cristal denso. El comisario creyó ver líneas de jeroglíficos curiosos grabados enlos paneles ypequeñas bocanadas de humo rojo eranescupidas desde la base del recipiente para disiparse enel aire lleno de cenizas. De repente, se produjo la picadura del ozono ensunariz, yalgo más conella. El ligero olor a carne podrida.

-El Señor de la Guerra tiene varias... tecnologías poco comunes ensus dedos. Esta es una de ellas.

Más bienla semilla de la misma, entodo caso -Bruja siguió caminando, forzándoles a acelerar el paso ymantenerse al día.

-No le entiendo -dijo Zauber. -¿Es unarma?

-Una tecnología -repitió Bruja. -Usted no necesita preocuparse acerca de sufunción-el emisario llegó a las puertas de la sala del consejo ymiró por primera vez al cielo nublado.

Zauber no estaba seguro, pero le pareció ver al hombre sonreír ligeramente.

Rozindio una risa nerviosa frágil. -Lord Bruja, perdóneme, pero parece tancompuesto cara a cara connuestra crisis. Ustedes hanoído nuestro mensaje de socorro, conocenel alcance de los fenómenos que hemos experimentado... -ella tragó aire ymiró a los cielos. -¿Esto no os perturba?

Bruja se detuvo enel umbral de la sala yle dedicó suatención. -No. Enel mundo enel que nací, un cielo como este no parecería fuera de lugar.

-¿Terra? –preguntó Zauber envoz alta.

El emisario negó conla cabeza. -Unplaneta colonial distante, pero dudo que hubiera oído sunombre. Pocos eneste sector sabende Davin.

El nombre no significaba nada para Zauber, ciertamente. -Sinembargo -empezó a decir, -que hayan llegado tanlejos para ayudarnos habla engranmedida a su…

Respuesta del mariscal fue rota por el golpe sombrío de una gruesa gota de líquido que golpeó el suelo cerca de sus pies. Por reflejo, miró hacia arriba a medida que caíanmás, salpicando su chaqueta negra. Una gota estalló contra sucara yél se estremeció, llevando una mano a surostro para limpiar el líquido.

La mano de Zauber se tiñó de carmesí, yolía a cobre mojado. La caída de ceniza se

había transformado. Ahora, envez de los copos de brasa gris, untorrente de gotas oscuras cayeronde las nubes sombrías, silbando mientras bañabantoda la mampostería a sualrededor.

Rozinlanzó ungrito agudo yhuyó al interior del edificio, portando riachuelos de rayas rojas ensu cara yropa. Zauber se tambaleó tras ella, sintiendo sugarganta elevarse por la angustia. *Sangre*. La lluvia se había convertido ensangre, tancaliente como si estuviera reciénderramada. -¿Q-qué está pasando? –logró balbucear.

Bruja caminaba lentamente, sininmutarse por la terrorífica lluvia. -No temas. Serás salva. Todos estos mundos lo serán–dijo.

-¿Salvados? -Zauber tuvo que forzar las palabras. Tenía miedo, más miedo del que había sentido alguna vez ensuvida.

El emisario asintió conla cabeza, mientras untrozo de sulengua negra apareció entre sus labios. -Signus Prime renacerá. Y todos ustedes seréis parte de ello.

CUATRO

Buenrecibimiento

Portadores de luz

El ángel del dolor

El casco del StormEagle retumbaba conel impulso de sus motores yreflejaba fragmentos de luz de
las estrellas titilantes a través de las ventanas mientras la nave enroscaba sucamino a través de la flota de guerra de los ángeles sangrientos. De pie ylibre enel compartimento de tropa, el hermano Meros caminaba concautela a lo largo del suelo de rejilla de la cañonera, escuchando atentamente los movimientos de suservoarmadura, hasta el más bajo gemido de la musculatura artificial bajo la ceramita. Se sentía alegre al enfundarse consuservoarmadura una vez más; el trabajo de reparación de los tecnomarines la legiónla había restaurado completamente para estar apta para la lucha, yno había ni rastro del impacto a bocajarro del proyectil buscaalmas eldar que casi le había costado su vida. Por primera vez ensemanas, Meros se sentía correcto, suánimo elevado.

La vista a través del portal hizo mucho para mejorar suestado de ánimo. Fuera, enel

oscuro espacio, tanlejos como suvisiónaumentada le podía mostrar, había naves espaciales. La majestuosa vista de ellos agitó conprofunda emociónsus corazones gemelos.

Una armada de acero carmesí yhierro negro colgado enel vacío, flotando como las grandes esculturas de unartesano marcial. Enormes barcazas de batalla, creaciones a medida construidos en los masivos astilleros orbitales Foss, pasabanflotando conuna majestuosidad amenazante. Del tamaño de ciudades, estabanerizadas de galerías de armas lo suficientemente poderosas como para moldear la superficie de unplaneta, ysus bahías de lanzamiento estabanllenas de escuadrones de cazas de ataque, bombarderos ynaves de desembarco. Torretas cubríansus cascos dorsales y ventrales, conmiles de luces brillantes ensus flancos, e incluso a esta distancia Meros podía distinguir los adornos artísticos de sus grandes diseños, la estatuaria metálica yforjados ornamentales que decorabansus anchos arcos de proa.

Naves capitales más pequeñas se trasladabana la sombra de la nave más grande, pero suescala contra las barcazas era engañosa. Muchos de los otros barcos teníantres o cuatro veces la longitud de la *Hermia*, grandes cruceros ynaves de guerra más que suficientes para proyectar el temible poder del Imperio. Algunos fueronconstruidos alrededor de los lomos de megaarmas, los motores y los compartimentos de la tripulaciónagrupados sobre láseres nucleónicos, matrices de bombardeo de partículas yracimos de lanzas cañón. Estos a suvez eranflanqueados por sus propios barcos de acompañamiento, cañoneras o destructores enformacióncerrada conescolta propia de cazas.

El StormEagle se ladeó al pasar sobre ungrupo de fragatas clase Nova enuna formaciónde la línea de corriente alternada yMeros miró hacia abajo, a las proas de las naves de guerra carmesíes, conel signo de la legiónblasonado conorgullo ensus flancos. Había cientos de naves aquí, reunidas bajo el resplandor de unpúlsar solitario, enuna regiónengranparte desprovista de sistemas coloniales o nada enabsoluto. La cita fue enel borde de uno de los brazos espirales de la galaxia, ysi uno enfilaba enla direccióncorrecta, la infinitud casi sinluz del espacio intergaláctico llenaría sucielo. Algunos podríanhaberse sentido pequeños por eso, pero no Meros. A sualrededor, vio los vivos ejemplos del poder de la legiónde los Ángeles Sangrientos, ypor ende el poder de la humanidad para detener la noche.

Estas naves ylos legionarios a bordo eranlos vástagos de Baal yTerra, siempre desafiando a las estrellas. Ser parte de este granesfuerzo era a ser uno entre

millones; sinembargo Meros nunca se sintió empequeñecido a causa de ello. Más bienla granmisión, esta GranCruzada, elevaba a todos.

Conla llegada del *Ignis* ysugrupo de combate, la concentraciónde los Ángeles Sangrientos estaba completa, yla granflota se estaba preparando para atravesar el espacio a sudestino final. La
anticipaciónde la batalla que estaba próxima llenaba a Meros como si fuera una energía tangible, como una carga estática a través de supiel. Sabía que sus hermanos se sentiríande la misma manera.

La nariz roma del StormEagle estaba virando, yde repente apareció unmuro de adamantium. El corazónde la flota ante ellos: la *Lágrima Roja*, la nave insignia yel carro del propio Ángel.

Meros respiró. Era todo unesfuerzo alejarse del espectáculo de la poderosa nave, pero lo hizo. Sus ojos se posaronenungrupo de legionarios enel extremo del compartimiento de tropa, consu armadura gris mezclándose enlas tonalidades metálicas de la cubierta.

Ninguno de los lobos espaciales reaccionó a suescrutinio, a pesar de que debieronhaberse dado cuenta. Los hijos de Russ hablabanenvoz baja entre ellos, sucapitánocupado enel afilado del cuchillo de combate que llevaba enla vaina del pecho. El arma susurraba entoda sulongitud por las caricias piedra de afilar, capturando la luz a medida que avanzaba.

Meros no estaba seguro de qué esperar de los fenrisianos pues nunca había luchado junto a ellos en batalla, ylo que el ángel sangriento conocía de la reputaciónde los lobos espaciales provenía de una mezcla de cuentos que les tachabande bárbaros ybrutales señores de la guerra. No obstante estaba intrigado el apotecario, enla creencia que la medida de unhombre que se aprende mejor directamente yno a través de las experiencias de los demás. Se preguntó si tendría la oportunidad de hablar conla parentela de lobos.

-Dicenque la Legiónde Russ remata ycome a sus heridos -el compañero de escuadra de Meros, Sarga, apareció a sulado, conel rostro estrecho yapretada capucha de pelo rubio blanqueada por la cruda luz de los focos enel compartimento. -Podría creérmelo.

Meros le miró. -¿Qué crees que *dicen* de *nosotros*? -mostró los dientes, dando una luz intermitente a sus caninos. -¿Que nos bebemos la sangre de nuestros enemigos?

¿Cuál es cierta?

La familiar sonrisa torcida de Sarga tiró de sus labios. -Pasa algúntiempo conla compañía del capitánAmit ytendrás la respuesta, ¿eh?

La atencióndel apotecario se desvió al lobo llamado Stiel, el sacerdote rúnico. Tenía la cabeza inclinada yestaba trabajando duro conuna herramienta pequeña, delgada, ocupado conlo que parecía ser unmaxilar. Stiel estaba tallando pequeñas líneas enla superficie blanqueada del hueso, dibujando runas ysímbolos. Apretada enlos gruesos dedos de suguante batalla, la pieza para tallar era algo nimio, pero él la movía hacia atrás yadelante congrandestreza. Otros fetiches ybaratijas igualmente talladas colgabande cuerdas de cuero envueltas alrededor del cuello del lobo espacial, y Meros se puso a elucubrar sobre el significado de las mismas. La armadura del ángel sangriento tenía sus propios objetos de decoración, tachones de campaña, el dispositivo rojo de la primera Helix… pero nada tanaparentemente frágil o perecedero como el hueso.

-Tal vez debería pedir al lobo. Todos somos hermanos bajo el emperador después de todo. Las insignias de las legiones no marcanninguna diferencia -dijo Meros.

Sarga resopló suavemente, afectando ligeramente el tono burlónque parecía ser suforma de ser. -Azkaellonno estaría de acuerdo coneso. Tú estabas allí. Ya viste cómo Redknife se negó a doblar la rodilla ante él. Creo que es correcto decir que el comandante de la Guardia habría estampado a los lobos enel suelo de la cubierta de atraque si hubiera podido -se dio la vuelta. -Déjalos, Meros. Si no describensus razones para unirse a nosotros, que así sea. Puedenver desde supalco como ganaremos esta campaña que se avecina yluego llevar la historia de nuevo al Colmillo. Tal vez logremos enseñar algo a estos bárbaros.

Meros frunció el ceño, pensando cuidadosamente el tallado de Stiel. -No sonbárbaros. Podríamos usar esa palabra para los chatarreros ytribus del desierto de Baal yestaríamos igual de equivocados. Si Azkaellonpiensa eso, debe reconsiderarlo.

-Díselo tú mismo, entonces. Está enla cabina ahora mismo. Estoyseguro que agradecerá tus sugerencias -Sarga señaló conel pulgar enla proa.

-Seguiré mi propio consejo. Si el ilustre comandante quiere saber de alguienconunrango tanbajo como yo, estoyseguro de que sabe dónde buscarme –respondió Meros, siguiéndolo hacia abajo de la longitud de la nave.

-Sinduda -dijo conironía Sarga.

Las luces rojas volvierona la vida por encima de sus cabezas yuna bocina silbato sonó dos veces. A partir de los marcos de aceleración, el sargento Cassiel dio ungrito que atravesó todo el compartimento de tropas. -¡Estamos aterrizando! ¡Tomad vuestras posiciones, estad listos y concentraos! ¡Esta es la nave insignia del primarca, yvamos a demostrar nuestro respeto!

La nariz del StormEagle bajó yel buentrecho enel vacío se convirtió enel estremecimiento de vuelo atmosférico cuando el barco atravesó sobre la atmósfera del *Lágrima Roja*.

Meros echó unúltimo vistazo por la ventana yvio destello rojo del acero junto a él, devorado instantes después por el brillante resplandor de las luces de servicio.

El StormEagle carmesí era sólo uno entre muchos, escuadrones de ellos colgando de bastidores de mantenimiento sobre ellos o acurrucados enfosos de armado donde siervos de la legiónestaban cargando las vainas de cohetes ymisiles enpuntos de anclaje bajo las alas. Suentrada habría pasado desapercibida de no portar a unpasajero de alto rango yel retraso ensullegada. El hermano Kano estaba observando desde el pórtico principal mientras Azkaellonmarchaba por la rampa de acceso para ser recibido por el sargento Zuriel ylos dos guardias sanguinarios compartieronunsaludo conciso. Sus armaduras doradas destacabancrudamente contra el acero de la plataforma de aterrizaje. Azkaellonno esperó a que el resto de la tropa a bordo desembarcara, marchándose rápidamente conZuriel, dejando que el contingente de legionarios de la novena compañía encontrase supropio camino.

Kano vio Azkaellonmarcharse, sintiendo el mal humor que lo siguió como una sombra, pero luego desechó la idea cuando una sonrisa se dibujó ensus labios. Una cara familiar apareció de entre los ángeles sangrientos que salíandel fuselaje del StormEagle yél se dirigió a suencuentro. -¡Meros!

El apotecario levantó la vista yle devolvió la misma sonrisa. -¡Kano! Bienvenido, hermano -se estrecharonla mano calurosamente yMeros asintió. -Tendría que haber sabido que te vería aquí, en el corazónde todo.

-La Primera Compañía. Siempre estamos enla punta de la lanza –respondió.

Uno de los compañeros de escuadrónde Meros le miró. -Sólo recuérdale a tuhonorable capitánde guardarnos algunos enemigos para castigarlos, ¿eh?

-Este es Sarga. Me salvó la vida enNartaba Octus, yeso le ha dado hambre de ser unhéroe de nuevo -dijo Meros.

Kano levantó una ceja. -Estoyseguro de Raldorontendrá trabajo suficiente para el capitánFurio yel resto de vosotros.

Meros rio. -No has cambiado, hermano.

El comentario fuera de lugar de suamigo tuvo unimpacto que el exbibliotecario no esperaba, pero él se encogió de hombros. –Siempre he sido el mismo. Pero ese no es el problema... Táchame, pero yo no esperaba ver otra cosa más que vuestra semilla genética traída de Nartaba. Los eldar... -hizo una pausa al ver la expresiónde Meros oscurecerse. -Nos dijeronque luchasteis duro para volver connosotros.

El sargento de escuadra llegó al alcance del oído, asintiendo congravedad. -Sí, esa es la realidad -Él le dio una mirada. -¿Eres Kano, entonces? SoyCassiel. ¿Entiendo que Meros habría muerto hace cinco años si no fuera por ti?

-Unincidente menor enBrecht IX. Solo estaba enel lugar correcto enel momento adecuado, sargento -dijo Kano, desechando el comentario. -Y yo debo a Meros tanto como él me debe.

Sarga sonrió. -Para ser unapotecario, nuestro hermano de batalla errante tiene una marcada tendencia a ponerse enpeligro, ¿no crees?

-No tengo ningúndeseo de muerte -replicó Meros. -Gloria quizá... -sonrió. -Enel nombre del Ángel, me quedo contodo el paquete.

El buenhumor de la reuniónse desvaneció unpoco cuando Kano consideró las palabras de suamigo. -Habrá oportunidades para ambas cosas enla misma medida, hermanos, si creemos los rumores que circulana través de la flota.

-Nunca he sido de chismorreos de a bordo -dijo Cassiel conuna mueca.

Sarga ladeó la cabeza. -Yo podía soportar oírlos. ¿O ha escapado a la atenciónde todos que estamos enmedio de una reuniónde héroes tangrandes que borra soles? ¿Cuántos de nosotros hayaquí en este lugar? ¿Toda la legión?

-Habrá una pequeña fuerza desviada a Baal pero sí, Sarga tiene razón. Nunca he visto a tantas de nuestras naves enunmismo lugar antes -dijo Meros.

-Esto está pasando por ordendirecta del Señor de la Guerra. Él envió a ungrupo de Portadores de la Palabra como “supervisores” yacompañantes –asintió Kano.

El labio de Cassiel se curvó. -¿Más extranjeros? -¿Más? -repitió Kano.

Meros inclinó la cabeza hacia el StormEagle, donde unsegundo grupo de legionarios estaba desembarcando. Kano levantó una ceja ante las figuras de color gris, mirando a los lobos espaciales mientras eranrecibidos oficialmente por el guardián. Por uninstante sumirada captó la mirada en
blanco de unguerrero conuncasco cráneo enla parte de atrás del grupo. Una vieja sensación reconocible comenzó a surgir ensus ojos, pero lo cortó de raíz antes de que pudiera formarse totalmente, revelándose yatrayendo la atenciónde Meros ylos demás. -¿Por qué estánaquí?

-Tusuposiciónes tanbuena como la nuestra. Salieronde la nada, eso es lo que hicieron. Conórdenes del Sigilita para unirse a la granflota -dijo Sarga.

Kano frunció el ceño. -El funcionamiento de la mente del Consejo de Terra no se revela ensus obras. No puedo evitar preguntarme qué decisiones se tomanenlas salas del Palacio Imperial de las que no estamos al tanto.

-Nosotros somos una legión. Nuestro es obedecer yconfiar enlos hombres elevados por encima de nosotros -respondió Cassiel.

Sí, *nosotros* -Sarga miró al sargento. -Seguiré mi Primarca a las fauces de unagujero negro si él lo desea. Pero Kano tiene razón… ¿el regente ysus secuaces? No sonde la legión. No como nosotros, o *ellos* -asintió a los Lobos Espaciales, mientras se alejabanhacia una de las plataformas elevadoras. -E incluso a los Portadores de la Palabra. ¿Puedenlos políticos ylos legisladores entender qué es lo que hemos hecho ahí fuera? Hayuna gran, grandistancia hasta los pasillos de Terra.

-Sus palabras sonlo suficientemente buenas para el ángel -Cassiel le dirigió una fría mirada. -Sonlo suficientemente buenas para ti, legionario.

-La pregunta que ocupa mis pensamientos se mantiene muya mano -dijo Meros. Luego miró hacia Kano. -¿Cuántos de nuestros hermanos de batalla estánenesta cita? ¿Cienmil?

-Más. Cada una de las compañías está representada aquí, a bordo de las barcazas ylas compañías de mandos -respondió este sindudar.

-Una concentraciónconsiderable, una que pocas veces se ha repetido enla historia de la Legión-el apotecario asintió para sí mismo. -Hermanos, si estamos reunidos

ental número, la pregunta que debemos hacernos es: ¿contra qué clase de enemigo vamos a enfrentarnos?

-Sí -asintió Sarga. -¡Podríamos montar toda una cruzada propia coneste ejército! Meros tiene razón. ¿Qué amenaza hayahí fuera de tal calibre que necesitará tamaño martillo para romperlo?

-Esa respuesta se aclarará muypronto -dijo una voz severa. Como uno, los ángeles sangrientos se volvieronpara ver al Guardiánnegro acercarse a ellos, el rostro sombrío de sucasco barriendo a través de sus rostros. -Te ocupas de cosas más allá de tucompetencia.

Kano frunció el ceño. -No se puede esperar que unguerrero se enfrente a la guerra yno quiera saber por qué, Annellus -desde la parte posterior, no había reconocido la armadura del mordaz guardián. Ahora se preguntaba cuanta conversaciónhabría oído Annellus. -No somos autómatas.

-Sois armas. Todos lo somos. Hojas enla mano del ángel, que hanjurado seguir sus órdenes -replicó el guardián.

-Nunca dije lo contrario -Meros desafió el tono cáustico del guardián. Y si voya luchar ymorir por Sanguinius, lo haré. Pero todo lo que pido es saber a lo que me enfrento.

Kano vio como Annellus se acercó para estudiar a Meros, las lentes de rubí polarizadas de sucasco reflejabanlos oscuros ojos de suhermano de batalla. -¿Tienes miedo de lo que no sabes? -exigió.

Sarga soltó unbufido bajo. Meros le devolvió la mirada al guardián. -No cabe duda de mi resolución.

-Soyunguardiánde la Legión. Las cuestiones de *resolución* sonde mi incumbencia –le dijo Annellus. Antes que nadie pudiera responder, el guerrero se apartó de Meros yfijó sumordaz mirada enKano por unmomento antes de continuar. -Si nos preguntamos lo que no necesitamos saber estamos socavando, ylas semillas de la derrota se sembraránincluso antes de que suene el primer disparo -sumano cayó al crozius encadenados enla cadera. -Confíe ensus comandantes. Sepa que sus órdenes sonverdaderas. Todo lo demás es una preocupaciónsecundaria... -se interrumpió, ladeando la cabeza. Kano conocía el gesto; estaba escuchando una señal voxenuncanal cerrado.

-Si todo es lo mismo para ti, guardián, voya esperar a oírlo de labios del ángel -dijo Sarga. Annellus miró hacia arriba. -No tendrás que esperar, hermano -señaló hacia arriba. -Mira.

Entoda la flota de combate de los ángeles sangrientos, los dorados altavoces voxmontados encada pared sonabana coro triunfal. Los primeros compases del *Himno Sanguinatus* recorrieronlos pasillos yenlas cubiertas todo ser a bordo de las naves de la legióndesde siervos a comandantes de compañía sabíanlo que significabanesos tonos. El primarca estaba a punto de hablarles.

Por unmomento, toda la actividad se detuvo. Sólo los sirvientes descerebrados ycogitadores mecánicos continuaronsus tareas, ajenos a la granimportancia de las líneas de datos máquina que se escapabanhacia el vacío ynaves que rodeabana la *Lágrima Roja*, líneas de datos ordenando a las otras naves de la flota que lo retransmitieran. Picto pantallas encerradas enpalanquillas yenlos comedores abiertos activaron. Los intercomunicadores se pusieronenlínea automáticamente. Legionarios encerrados ensus servoarmaduras encontraronsus canales voxredirigidos yrequisados, yenlos espacios enlos que estabanmontados proyectores hololíticos, el brillo fantasmal de suluz se desvaneció.

Uno de los módulos hololíticos del *Lágrima Roja* estaba equipado enel techo del hangar donde Meros ylos demás estabanahora, a cientos de metros de altura por encima de ellos. Conunrayo de fotones capturados, el fantasma de una granfigura apareció, empequeñeciendo a los legionarios que levantaronsus rostros para mirar hacia arriba.

Resplandeciente conuna brillante armadura, envuelta enalas blancas que desaparecieroncuando pasaronmás allá de la esfera de radio del proyector de imagen, el primarca Sanguinius apareció a su legiónconsuexpresiónvigilante constante. -*Mis hijos* -comenzó, ysuvoz resonó durante kilómetros de pasillos ahora silenciosos. -*Bienvenidos. Mi corazón se hincha de orgullo al ver tal esplendor en nuestra concentración. La Gran Cruzada nunca ha visto algo parecido.*

Orgulloso ydecidido, incluso esta forma virtual de él irradiaba una confianza tanvital que toda sombra de duda entre sus hijos fue, por el momento, desterrada bajo suluz. El detalle intrincado de la servoarmadura del primarca estaba trabajado

hasta la perfección; los bordes esculpidos de las placas de oro visible junto conel fino grabado enlas guardias de hombro de latónyel pectoral. En supecho había unredondel ornamental pesado tallado enenormes rubíes Megladari. La joya central estaba cortada conla forma de uncorazónyenunmontaje de llamas de oro, que significaba el espírituardiente de los ángeles sangrientos tal ycomo se expresaba a través de suprimarca. Encima de ella había cuatro discos más de rubí, cada uno dedicado a uno de los mundos enlos que la legión había dibujado sus números: Terra, enprimer lugar. A continuación, Baal ysus dos lunas. A través de uno de sus hombros llevaba una túnica ceremonial de guerra, el pelaje negro moteado de un carnodon, similar enforma a los extintos leopardos de las nieves de la vieja Terra, pero mucho, mucho más grande que el acosador de hielo que había sido la primera muerte de Sanguinius enla pacificaciónde Teghar Pentarus, suprimera batalla después de reunirse consupadre.

-Tenemos una misión. Una que sólo nuestra legión puede asumir hasta su realización. Mi hermano, el Señor de la Guerra, nos ha confiado un deber vital para el futuro del Imperio –dijo el ángel.

Él transmitió las órdenes que Horus le había dado, revelando congravedad el regreso del viejo adversario xenos, los hechos de la invasiónde los Nephilimyla conversiónprobable de una zona densamente poblada del dominio imperial. *-En el Cúmulo Signus, la luz de la iluminación se ha reducido a la más pequeña de las brasas. Aquellos de entre los mundos que todavía se mantienen fieles a la Verdad Imperial y su federación con Terra probablemente se creen abandonados o sin esperanza. Esto no puede seguir así, mis hijos* -suaspecto noble se convirtió enpiedra ysin concesiones. *-Una vez nos enfrentamos a los Nephilim y luchamos contra ellos hasta la muerte. Creíamos que estaban quebrados y destruidos, pero al igual que un cáncer sobrevivieron y han crecido, atormentando a la humanidad de nuevo. ¡Este no es un universo de mitología y falsa verdad!* -subió la mano del primarca ycerró enunpuño. – *¡No nos agazaparemos en la oscuridad, en el miedo a poderes fantasmales y fantasmas metafísicos! ¡Nosotros no damos culto a falsos dioses! Sólo hay razón y iluminación, y nosotros somos los portadores de esa luz.*

A lo largo de la flota, los legionarios levantaronsus puños ylos estrellaroncontra sus pectorales como si saludaran, dando voz a suasentimiento conunrugido. A bordo de la *Lágrima Roja*, Meros y los demás se unierona unclamor era tanfuerte que llegó a todos los rincones de la nave.

Sanguinius los oyó, el sonido de muchas voces alzadas resonando por las cubiertas yle provocó una sonrisa de reconocimiento. A sualrededor, enel puente de mando de la nave insignia, los siervos tripulantes humanos se pusieronensus puestos conatenciónconstante, mientras que el comandante Azkaellonysus guardias sanguinarios inclinaronsus cabezas. Enel trono del capitán, la almirante DuCade observaba la postura de sus hombres, tanrígida como si estuviera esculpido enmármol.

El primarca les evaluó conuna mirada, midiéndoles ante la batalla por venir. Tal como esperaba, no los encontró singanas. La placa hololítica representándole ensuresplandor copiaba cada pequeño movimiento de sus alas, sucara, suservoarmadura. Sanguinius miró hacia delante yhabló como si estuviera hablando a cada guerrero de la legiónindividualmente.

-Mis hijos. Esta será una campaña muyreñida, no tengáis duda envuestros corazones. La naturaleza de este vil enemigo xenos es bienconocido por nosotros, yno vamos a cantar victoria fácilmente. Los Nephilimfueronarrinconaronylucharonhasta el final para resistir la extinción. Algunos de nosotros nunca veránlas arenas del Baal de nuevo, pero todos lucharemos sabiendo que no podemos fallar enesta misión. ¡Horus ha pedido a nuestra legiónque librara esta batalla yvamos a responderle conla victoria! Por el futuro de la humanidad, los Nephilimdebenser exterminados... y como los derrotamos una vez, los derrotaremos de nuevo. No podemos permitir que estas criaturas siganviviendo. Sus horrores debenser pasados a cuchillo, sus esclavos liberados -se detuvo y retrajo sus alas. -*Haremos* estas cosas. Somos los Ángeles Sangrientos, yno tenemos miedo. Somos los orgullosos hijos del Imperio ylos protectores de la humanidad. ¡Somos los ángeles de la muerte y portadores de la ira del Emperador!

Los gritos llegaronotra vez, yesta vez fue casi como si la *Lágrima Roja* temblara conla fuerza de tantos guerreros unidos encelo marcial.

El primarca asintió yse alejó del hololito, desapareciendo de la emisión. Raldoronestaba allí a su lado, el rostro del primer capitánmarcado por una máscara severa.

Sanguinius se acercó a suoficial de confianza. -¿No te has adscrito contuvoz a la afirmación, capitán? ¿Puedo preguntar por qué?

Cuando Raldoronhabló, lo hizo conuna voz tanbaja que sólo el primarca ysulegionario la oyeron. -Me afirmo, pero estas órdenes -yla verdad más profunda debajo de ellas- me molestan–dijo.

La sonrisa del ángel se desvaneció. Había puesto de manifiesto algunos de los mensajes enviados por Horus a sus confidentes más cercanos, a los que conocíanel asunto doloroso de los perdidos. Ahora, por unmomento, se preguntó si se había equivocado al hacerlo. –Cuéntame tus pensamientos, Ral -le dijo Sanguinius.

-No me atrevería a ir encontra de tus órdenes mi señor, pero es esta misiónyla... la amenaza que nos puede esperar enel cúmulo Signus. ¿Debemos ocultarlo aúnde sus hijos? -Raldoronmiró hacia otro lado. -Señor, puedes pensar mal de mí, pero juro que la carga de este conocimiento pesa mucho sobre mí. Cada instante.

-Lo sé -Sanguinius asintió una vez. -Tambiénlo hace para todos los que la compartenyninguno más que yo, pero este no es el momento, mi amigo.

-Tal vez -objetó Raldoron. -Pero ese momento llegará, mi señor. Y no va a ser enuno de suelección, a menos que lo provocase.

Sanguinius asintió conla cabeza otra vez. -Esto tambiénes claro para mí. Tienes mi gratitud, Ral, por está aquí para recordármelo. Confía enmí cuando digo que vamos a derrotar a nuestros adversarios -el ángel sonrió de nuevo. -*Todos* ellos, dentro yfuera.

El primarca se volvió hacia el estrado central de operaciones para encontrarse conla mirada de espera de la almirante DuCade. -¿Cuál es suorden, mi señor? -preguntó ella. -Todas las naves informanque estánlistas para traslaciónal immaterium. Esperamos supalabra.

-Adelante –le dijo Sanguinius. –Enciendanlos motores yllévenos adentro -señaló a través de las ventanas concristal blindado que se extendíana todo lo largo del puente de mando mientras Raldoronse acercó a sulado. –A toda velocidad hacia Signus.

Las puertas de la realidad se abrieronyla flota se adentró enel immaterium. Cientos de Navegantes, encadenando sus pensamientos enuna red de egos subsumidos, guiarona las naves de los Ángeles Sangrientos por vacío yluego enuntipo muydiferente de abismo. Los gritos de locura del no-espacio los abrazó. Algunos entre los navegantes, los más experimentados de ellos, detectado un cambio enel

tránsito. Algo sutil, algo tanvago que apenas registraron.

Los viajes por el immateriumnunca era una cosa fácil, yteniendo encuenta el reciente aumento de las tormentas yturbulencias psíquicas enel immaterium, los meteorólogos de la disformidad eran cautos. No era desconocido que buques enteros erandesgarrados enel simple acto de traslación, pues la perforaciónde unagujero enel espacio - tiempo no era sólo una cuestiónde abrir una puerta, sino unacontecimiento de granviolencia ypoder. Enla transicióndimensional estas tragedias ocurríanyera una parte aceptada de la travesía, unriesgo necesario. Cuanto mayor fuese la habilidad del navegante, menos probable habría, pero enuna flota tangrande como ésta, enunevento de traslaciónmasivo, había grandes probabilidades de que alguna nave se dañara o incluso fuese destruida.

Ninguna. Ni una sola nave de la flota de los Ángeles Sangrientos sufrió incluso la más pequeña pizca de daño enel viaje. Era como si el immateriumlos hubiera recibido conla facilidad de una hoja caída enel agua.

A bordo de la *Página Oscura*, el acólito Kreed sintió el breve susurro de la comuniónc uando los Portadores de la Palabra se unieronconla flota de los Ángeles Sangrientos enla disformidad, yél se echó a reír. El toque de la immateriumsobre sualma era como néctar, ysupérdida de inmediato le trajo una oleada de tristeza mientras iba, palidecía.

Undía sentiría ese toque yque se quedaría conél, se dijo Kreed. Undía, él sería bendecido más allá de toda medida.

El acólito se alejó del agitado cielo carmesí más allá de las ventanas de la ancha cámara sacellum, y se trasladó de nuevo al centro de la habitacióntipo capilla, mirando al capitánHarox. Mientras Kreed se había quitado la armadura yvuelto a trajes de oficio, Haroxestaba resplandeciente ensu librea ascendida, los grabados de texto corrupto sobre las placas de ceramita de suservoarmadura, formando nuevas palabras ysímbolos que enunciabanuna letanía blasfema. Y si la luz brillase sólo sobre Harox, se podía ver lo que parecía ser una compleja red de estrellas octales enterradas enel brillo de la servoarmadura.

La sonrisa del Acólito se profundizó yechó hacia atrás la capucha de sutúnica. Al acercarse a la figura acostada enuna pila enel centro del piso de la cámara, Kreed se permitió pensar ensufuturo y las promesas que se le habíandado.

Kreed se humedeció los labios yse atrevió a preguntarme cómo sería vivir conel

toque de la disformidad dentro de sucuerpo cada segundo de cada día. La idea le despertó sensaciones enlo que no podía cuantificar, ni tampoco quería dejar de sentirlas.

La mujer Sahzë miró al acólito de debajo de la curva de subrazo ygimió. Ella lloraba lágrimas negras ytiritaba bajo el vestido de gasa que llevaba. Conaire ausente, Kreed recordó que los seres humanos encontrabantemperaturas como las de la cámara sacellumincómodas, pero él no estaba dispuesto a abordar el asunto.

-Levántate -le dijo, haciendo señas Sahzë a sus pies. -Rápidamente ahora. Debes realizar la conexión antes de que el tránsito se haya completado, o de lo contrario los demás astrópatas de la flota podrán sentirlo.

Sahzë se elevó tambaleándose entoda suestatura, como si estuviera borracha. La mujer tocó su vientre. -Me quema. ¿Cuánto tiempo más tengo que llevar esta carga, Kreed? -la astrópata pronunció sunombre, convirtiéndolo enunlamento, aullido felino.

Él la estudió. El frasco de disformidad implantado ensupiel le estaba comiendo por dentro, yla agonía era intensa; no podía hacer mucho ella ysí mucho por él yél se lo dijo, ignorando a Sahzë

cuando sullanto comenzó de nuevo. -Déjame hablar conél –ordenó Kreed.

La astrópata se estremeció cuando el frasco se abrió ensuinterior. Sinnecesidad de fingir delante de los Portadores de la Palabra, la mujer gritó de dolor yvomitó ectoplasma enbocanadas de vapor blanco yniebla rosada entre la saliva yla sangre. Sahzë se tambaleó hasta caer de rodillas, sus gritos convertidos engruñidos guturales, yKreed escuchó el crujido de sus articulaciones, los huesos bloqueándose entre sí por el espasmo.

Unrostro se formó enel humo, yse parecía a Horus Lupercal. Conla boca abierta, los labios hechos de niebla se movieron. -Informe –exigió el rostro.

-Estamos encamino -dijo Kreed, haciendo una profunda reverencia. –La concentraciónes enorme, Señor de la Guerra. Casi la totalidad de la IX legiónhanescuchado la llamada de suprimarca.

-El resto lo desecharemos cuando esto esté acabado -ofreció la cara. -Baal arderá otra vez, yesta vez será para siempre.

-Sanguinius ha aceptado sus palabras como la verdad. Él ha comprometido a sus hijos a la batalla y le seguiránsincuestionarlo -continuó el acólito.

-Por supuesto -la cara de humo cambió, transformando sus bordes enduros yplanos. -Él confía en mí. El arma más poderosa, dada libremente -unrizo de fría diversiónapareció ydesapareció. -La facilidad de esta... Una vez que uno se mueve más allá del horror de la traición, es muypotente -de repente, el rostro se volvió yKreed no pudo saber por qué pese a la potencia de suescrutinio, ofuscado por las grandes distancias entre ellos. - Entiendes, Portador de la palabra, que Sanguinius es leal, pero no es tonto. Si... *cuando* el sospeche, se convertirá enel enemigo más peligroso para nuestros esfuerzos.

Kreed se puso rígido. -No tiene ninguna razónpara hacerlo. Los Ángeles Sangrientos creenhasta el último hombre que se vana enfrentar a xenos. Enel momento enque entiendanque la realidad a la que se enfrenta la Legiónes muydiferente ya será demasiado tarde.

-Vela por ello –le dijo la cara, disipándose enuna niebla helada.

La celda de Kano era espaciosa, ya que dichas cámaras eranfácilmente lo

suficientemente grandes para que unpar de neófitos la llamarancasa. Era una reconversiónde sus funciones anteriores enel Librarius, una cabina compacta ylibre enlas cubiertas ventrales de la *Lágrima Roja* conparedes de hierro pesado, una buena plataforma yunbastidor armado erigido enla esquina más alejada. Antes de que el Decreto de Nikaea hubiera prohibido la guerra psíquica entre las filas de los Ángeles Sangrientos, a hombres como Kano -Lexicarios, Epistolarios yCodiciarios- se les habíanconcedido el uso de células como ésta. Enel interior, podríanmeditar yperfeccionar sus dones enunlugar de relativa serenidad. Este santuario, tanpequeño como era, tenía ungranvalor y, mientras que otros sin los regalos de Kano podríanutilizarlos también, no se conectabana la paz que inculcaba de la misma forma. Después del edicto, muchos de los antiguos psíquicos ahora compartíanlos mismos
dormitorios como sus hermanos de batalla no operante, pero el uso de las celdas de meditación estaba todavía abierto a ellos.

Kano no tenía duda de que los Guardianes observaríande cerca cada vez que unexmiembro de su selecto linaje llegaba a las células. Mientras estaba sentado allí, moderando surespiración, parte de él se preguntaba si incluso ahora Annellus o uno de suespecie estaba siendo alertado sobre la apariciónde Kano. Rechazó la idea; las opiniones de YasonAnnellus no erande suincumbencia.

Desconectando de los acontecimientos de los últimos días Kano cerró los ojos, dejando que sunodo catalepsiano implantado negara cualquier necesidad de dormir. Entró enunestado alfa, yenlos pasillos de sumente calmada escogió una zona de tranquilidad

Enlos próximos días, se dijo, tendría que recordar esos momentos de calma, por lo que podría centrarse yabrumar contodo el poder de suira guerrera a los xenos.

Este era el mantra que circundaba a través de sus pensamientos cuando la cubierta bajo sus botas se rompió como el hielo quebradizo ycayó a través de una sala sinpies de aire negro.

La gravedad agarraba a Kano yle arrastraba concadenas invisibles, mientras que los vientos pestilentes golpeabansucuerpo. Las corrientes de aire apestabana olor a matadero, tirando violentamente de sus ropas como si quisierandesnudarlo yluego desollarlo hasta los huesos.

Estaba cayendo para siempre, yla grieta enla cubierta que lo había tragado se había

ido. Ahora no había nada salvo la abierta yaullante oscuridad yuntorrente de manchas cenicientas que colgaban como copos de nieve enuna corriente ascendente.

Unfragmento de la mente de Kano -una pieza distante de él, tandistante de esta experiencia como su cuerpo estaba de los desiertos más remotos de sumundo de origen, Baal- sabía que estaba soñando esto. Estaba enmedio de una visión, arrancada de sucarne yproyectada enunreino de los espíritus y los símbolos; no menos real, no menos letal.

Era la *disformidad*. Dentro de la nave, a pesar de hectáreas de adamantiumyla potencia de los campos de Geller de protección, independientemente de sus propias barreras mentales innatas, la fuerza psíquica pura del immateriumarrastraba Kano de nuevo a sí mismo. El toque de la misma obligó a ir a sumente a lugares que había negado, le hizo volver a encender los fuegos que habían ardido yconvertido encenizas frías.

Luchó, desesperado por desactivar yvolver a la realidad de carne ysangre del mundo de la vigilia. El sueño no lo dejaría ir.

Las cenizas-manchas se fundieronengotas escarlatas yKano siguió cayendo, más ymás rápido ahora, más allá de toda verdadera velocidad, convirtiéndose enuncometa de la carne a través de la oscuridad. Instintivamente sabía que enalgúnlugar debajo había unfinal a esto, una superficie inmensa enla que iba a aplastarse como una muñeca de porcelana. Él se haría añicos.

Pero podía detener la caída conunpensamiento. Lo único que tenía que hacer era romper el edicto. Dejar que el fuego de sumente ardiera de nuevo. Kano oía ese pensamiento provenir de fuera de su cabeza, tanpoderoso que era. Hacía eco a través de la oscuridad, ofreciéndole esperanza y escapatoria.

Y si lo hacía... ¿entonces qué? Él hizo unjuramento de no usar sus poderes sobrenaturales, yel eco de ese voto era todavía fuerte, enterrado bajo de la superficie de sus pensamientos. No podía traicionarlo, no se permitiría mostrar debilidad.

El estruendo de aire alrededor de Kano cambió de tono, llegando a ser más fuerte yensordecedor. La caída estaba terminando. Estaba muycerca. Sería antes de tiempo; iba a morir allí, temblando enel suelo de la celda de hierro, estrellándose

contra las paredes de supropia mente. Morir enel sueño era perecer enel real.

Enlos últimos instantes, vio una figura. Una figura humana, o algo que trataba de serlo. Se acercaba enla oscuridad, enlínea recta hacia él, yle estaba gritando.

La figura era unhombre, unguerrero conarmadura pesada que brillaba conunfulgor húmedo rojo carmesí e infernal. Unpelo oscuro se movía desde sucabeza yestaba rodeado de unhalo vertiginoso yfulgurante que echaba chispas de radiaciónconunfalso color enfermizo. Él se mantenía a flote en la tormenta de viento venenoso, levantado enalto por unpar de enormes alas que se desplegaban desde suespalda, empapadas ensangre. Cada pluma chorreaba líquido de color púrpura, yKano sabía que estabanmanchadas de sangre, derramada por las venas del ángel gritando, cubriéndole de rojo.

La cadencia gritos de sus labios atravesó el alma de Kano, metió mano ensucabeza ygolpeó a su razón. Estabancayendo enespiral uno hacia el otro, a latidos del corazónde distancia de la colisión, yenese instante, sus miradas se encontraron. Vio el miedo ensus ojos, el miedo yel odio, yotros sentimientos más oscuros.

Luego los gritos se convirtieronenlos suyos yelevó sus manos para proteger sucara cuando la figura borrosa llenó suvisión…

Kano despertó.

Se dio la vuelta, conel sudor moteado sobre supiel oscura, la réplica de la adrenalina corriendo por suforma transhumana. Las paredes de la celda de meditaciónentraronenunenfoque nítido y parpadeó, recuperando uncierto sentido de dónde se encontraba.

-Hermano Kano -dijo una voz lánguida yplana. Se volvió yencontró a unsirviente jorobado de pie enla puerta, uno de los ilotas de mantenimiento que trabajabanenlas cámaras de este nivel. Le miró conojos idiotas. –Fui alertado por los sonidos de angustia. ¿Está enfermo? ¿Necesita unapotecario?

-Lárgate -le gritó a ella.

-Como ordene -dijo la máquina-esclavo, sinvariar sutono. Dio una circunvalaciónyse alejó.

Concuidado, Kano se puso de pie yse acercó a la unidad de refresco, tomando unpoco de agua para lavarse la cara yluego una copa a la boca para beber.

Le resultaba curiosamente difícil el mirarse enel espejo ycuando lo hizo no vio nada anormal, pero el vívido sueño - visiónque había visto se escondía tras sus ojos yno era fácilmente descartable.

Un ángel rojo teñido de dolor. ¿Cuál era el significado de esta imagen? ¿Estaba sumente tratando de procesar algúnfragmento de eco disforme que había cruzado sus pensamientos? ¿Había experimentado algúnpresagio de mala suerte?

Kano resopló ytrató de rechazar la imagen. Los presagios yportentos erancompetencia de los primitivos ylos religiosos, no para unlegionario racional del Imperio secular. Eran...

Eran...

Él parpadeó ymiró sureflejo otra vez, cuando algo del sueño – visiónregresó a suconsciencia. *Los ojos*. Los ojos le eranconocidos.

-Stiel -llamó el capitán. -¡A mí! ¿O mis palabras tienenpoco mérito para ti? -las palabras eranduras yllenas de fricativas rotas, la lengua combativa de Fenris que carecíandel ritmo engolado del gótico Imperial estándar.

El vidente miró hacia el otro lado del parche de cierre metálico sordo que había estado ocupando su vista yse encontró conla mirada de Redknife. -Perdón, jarl. Mis pensamientos fueronperturbados por nuestro paso enel reino de fantasmas.

-Asegúrate que nuestros anfitriones angélicos no sonconscientes de ello. Los Guardianes sonimanes para la brujería -advirtió Redknife.

Stiel concedió una leve sonrisa, tirando de la cicatriz de tinta vid que cruzaba la longitud de la cara. -Mis obras sontanopacas como mis palabras. No podránver a través de mi a menos que quiera.

El capitánno le devolvió la sonrisa. –Subestimas a nuestros primos, escaldo. Suoro yjoyas ocultan el alma de unasesino yharías bienenrecordarlo.

El sacerdote rúnico se levantó ycomenzó una lenta órbita de las cámaras dormitorio. A diferencia de los espacios espartanos construidos enlas naves de los lobos espaciales, los cuartos de las naves de los Ángeles Sangrientos se fabricaronconungrado de arte que Stiel encontró interesante, pero en última instancia innecesaria. Cogió una copa de agua de una mesa cercana; incluso estaba

decorada conundetalle más allá de la necesidad de unobjeto tancomún.

-Sabemos lo que hayque hacer, hermanos. Desde este momento enadelante, unlobo espacial debe estar al alcance del Ángel entodo momento -Redknife continuó sudiscurso ante el resto de su equipo, reunidos enungrupo alrededor del capitán. Sólo otro se apartó de ellos, enuna postura de guardia cerca de la puerta que conducía a los corredores más allá.

El legionario dio a Stiel una inclinaciónde cabeza. Hasta ahora, ningúnángel sangriento o siervo de la IX legiónhabía llegado al alcance del oído de suconversación. A pesar de que se habló en palabras casi impenetrables de la antigua lengua, era importante que no fueranescuchadas ypor ello uno de los tecnomarines de Redknife había escaneado la cámara para descubrir dispositivos de escuchas nada más llegar allí.

-Esas fueronlas órdenes de Malcador. Hasta que él las revoque -dijo Stiel. -*Si* las

revoca -respondió Redknife.

El sacerdote rúnico se detuvo, yla pregunta que había estado presionándole desde el momento enque se pusieronenmarcha hacia el sistema Nartaba empujó al frente de sus pensamientos. -¿Hemos considerado... si seguimos las órdenes al pie de la letra... qué será de nosotros?

-Eso es obvio, escaldo -dijo uno de los otros lobos, una hoja jovenllamado Valdin. –Moriremos.

Nos matarána todos. ¿Creías que no habría cualquier otro resultado?

Stiel ignoró el comentario. -Él querrá vernos. El Ángel. Nos hará las mismas preguntas que el comandante de la Guardia.

-Le daré a Sanguinius las mismas respuestas –le dijo Redknife. -¿Mentirás al

hermano de Russ? *¿En su cara?* -dijo el psíquico.

Los ojos de Redknife convirtieronenpedernales. -Yo no he dicho habría honor enello. Dije que lo haría. Malcador ordenó esto por decreto del Emperador yGranLobo estaba de acuerdo -se puso de pie yse acercó a Stiel. -¿Lo entiendes, hermano? Yo sé lo que he aceptado coneste deber. Sé lo que significa. Si las runas caenmal, sé que va a ser deshonroso ymarcado conel derramamiento de sangre.

Pero lo haré de igual manera, por el Padre de Todos -suspiró. -Nuestras muertes están asegurados. Pero hayque hacerlo. Debemos estar listos para promulgar la sanciónfinal a Sanguinius si llega el momento.

Stiel negó conla cabeza. -He oído lo que dices conpalabras yyo obedezco. Pero no puedo aceptar que podríamos tratar de matar a un... -se tambaleó, incapaz de decir las palabras.

La importancia de lo que quedaba implícito impregnaba el aire. Poco a poco, el capitánle tendió la mano yla puso sobre el hombro del escaldo. -Somos los únicos que puedenllevar a cabo este deber -dijo Redknife, yde repente no hubo tristeza ensutono. -Esta es la carga de los Lobos Espaciales, la razónpor la que fuimos hechos a imagende Russ. Somos hijos del verdugo, criados para hacer lo impensable, para luchar las batallas imposibles. Es por eso que estamos aquí -él miró hacia otro lado, mirando tristemente a los rostros de sus hombres. -Es por eso que nuestros hermanos de batalla siguieronal GranLobo contra el ReyCarmesí para castigarle por suhechicería.

Stiel sintió una sacudida repentina de comprensiónpor las palabras de sucomandante. –El primarca Magnus desobedeció, yestamos aquí para asegurarnos de que Sanguinius no hace lo mismo.

-Si unhijo puede desafiar a supadre... -Redknife asintió, bajando la mano. -Ese es el motivo, escaldo. Y sabemos tambiénque no somos los únicos. Otros jarls estánenotros buques, o bienen tránsito, tratando de colocarse enla línea de visióna todos los hijos del Emperador. Para estar listos. Para *observar*.

La idea de una cosa así, de una nueva traición, enfermó el sacerdote rúnico, pero empujó esa sensacióna unlugar apartado. -Los ángeles sangrientos nos cortaríanlas gargantas incluso por atrevernos a expresar esa posibilidad.

-Cierto. Así que vamos a permanecer ensilencio ycentinela.

-¿Y qué pasa conMagnus el Rojo? -dijo Valdin. -Estábamos lejos de Próspero cuando estas órdenes llegarona nosotros. No tenemos ninguna informaciónde lo que siguió a la reprimenda del mago por el ReyLobo.

-Sí. ¿Tenemos que callar ante cualquier rumor de los Mil Hijos ysus fechorías? -murmuró Stiel.

-¿Qué podríamos decir? –le preguntó Redknife. -¿Que el Sigilita mantiene silencio

sobre esta verdad enTerra? Si esto fuera sabido, cundiría el caos. No, Valdintiene razón. No sabemos el alcance de lo que ha ocurrido, ya sea por incurrir enel desagrado del Emperador o el castigo a Prospero –él asintió una vez más. -Por ahora, la cuestiónde la desobediencia de Magnus no será revelada a los Ángeles Sangrientos. Estaremos a sulado yesperaremos -el capitánmiró hacia otro lado. -Y enel nombre de Fenris, ruego al destino que tengamos que hacer nada enabsoluto.

CINCO

Avistamiento

Algo parecido a unnombre

Remanentes

Estaba cayendo sinfin.

Eso nunca había sucedido antes, no ensiglos de guerra. Enmiles de mundos, de miles de cielos diferentes, nunca había caído. No era posible, desafiaba a la realidad.

No puedo caer, se dijo, pero incluso cuando las palabras se formaronensumente, él probó la falsedad agria de ellas. La gravedad, tanpesada como el pesar, le tenía esclavizado, tirando de él hacia abajo yabajo enunabismo inconmensurable. Había una oscuridad que lo rodeaba que no tenía profundidad ensí misma, tanestigia ysinforma que hasta sus sentidos sobrehumanos no podían registrar nada de sualcance o escala. Los furiosos ychillantes torrentes de aire le rasgabana su paso, golpeando confuerza contra sucara, sus piernas, sutorso. Los generosos cortes del traje que llevaba los habíanconvertido encuchillas, la tela pesada mordiéndole ygolpeando sucarne. Medallones adornados, los honores e insignias de batalla fueronarrancados de sus soportes y cayeronlejos enunparpadeo de oro, perlas, jade rojo, conlos juramentos de batalla ondeando tras
ellos. La caída imposible estaba tratando de arrancarle sus adornos, recortarla hasta llegar al núcleo que contenía. Piel, hueso yespíritu.

Sus sentidos se llenaronconel sonido del huracánde los vientos yel fétido ypenetrante hedor del aire. Una parte de sumente analizó el aroma por reflejo, rompiendo las corrientes de la misma en niveles ysub-componentes. Unolor insoportable a sangre vieja, coagulada ycontaminada como el aceite; por debajo el olor residual de mierda ycarne endescomposiciónyde una zona de guerra en la que

se usó pólvora: estofado de cordita ypromethiumincinerado, flores muertas yarena quemada. Cada respiracióncontaminada le ponía enfermo, lo que le obligó a aislar sureflejo nauseoso conun músculo de contracción.

Las partículas de ceniza húmeda -¿Lo eran?- llovíana supaso, flotando como si estuviera suspendidos enel aire fétido. A continuaciónse transformaronenmanchas de líquido, cuando él las golpeó. Cuando se giró, tratando de acabar conlos pequeños efectos urticantes sobre supiel desnuda, sangre carmesí brillante, rica encolor ycálida al tacto, cruzó sus manos de dedos largos.

Y todavía estaba girando, rodando, cayendo. *No puedo caer*, se dijo.

El estribillo se convirtió enunsonido; no enpalabras, sino enungruñido enfurecido de desafío. Arrancó las ropas alrededor de supecho yla espalda, lanzó bolas de materia de sus puños, arrancándoselos. La tela se separó conunsonido como de músculo desmenuzado yla hambrienta corriente ascendente se la llevó; undestello de movimiento tragado por la oscuridad.

Sabía que era unsueño, ysinembargo no lo sabía. Estas dos verdades contradictorias existíanensu mente a la vez, cada uno tirando encontra de la otra, pero ninguna tanfuerte como para destrozar la realidad que se estaba desarrollando. El camino hacia la realidad quedaba muyalta sobre él, al alcance sólo si... si...

Suarañó la espalda yconshock, sólo encontró trozos rotos de hueso que sobresalíande debajo de los planos de los omóplatos. Donde dos magníficas alas se habíandesplegado una vez para romper el cielo, ahora poseía do talones agrietados lamentables de blancos senderos resbaladizos babeados de médula derramada. Tocó los nervios expuestos yarterias rotas yungrito hirvió ensupecho, tratando de escapar de sus labios.

Tragó saliva ysuvisiónse empañó, la repentina verdad repugnante llenándolo concerteza helada. Luchando, se volvió hacia el interior, tratando de encontrar la manera de liberar sumente del tormento que había creado. El sueño no lo dejaría ir.

Cada vez más rápido, hasta que la velocidad se hizo inconmensurable, hizo cabriolas por el abierto abismo sinfinhacia el final que tenía que estar escondido muypor debajo.

No puedo caer. Ahora, las palabras le sonabanabsurdas yequivocadas, igual que la insistencia de un primitivo que creía que la salida del sol no vendría a menos que él

ofreciera ensacrificio para que así fuera.

Sinsus alas, era... ¿qué?

¿Igual que el resto de ellos? ¿Una parodia mutilada de suantiguo ser, unespectro, unclaro aviso?

La rabia se encendió ensupecho, detonando como una bomba de chorro. Una neblina roja de furia instantánea hirvió a través de él, yél lo vio ensus venas, hilos invisibles de intenciónbatiéndose e interconectando conlas espirales de sumaterial genético. La ira desbloqueaba algo oscuro y monstruoso dentro de suespíritu; dos grandes sombras dando bandazos hacia delante.

Una se alzaba rápidamente, cada vez más grande, roja como el infierno ygritando sused de sangre.

Otra se enrollaba enla distancia, sindarse forma realmente, tannegra como el espacio ycegándose enla locura espantosa de surabia.

-¡No! -el grito hizo uneco sinfin. Él levantó las manos para detenerlas, negarlas. -¡Yo... no puedo... caer!

Los ecos rebotaronenuna forma enla oscuridad abajo, una cosa de curvas veloces ysinuosas, destellando oscuridad pulida, que venía hacia él enalas que cortabanel aire pestilente. Elevándose hacia él. Gritando. Sangrado.

Unguerrero, férreo yembadurnado la cabeza a los pies de púrpura vitae, envuelto enel resplandor de las singularidades muertas ylas estrellas asesinadas, emitiendo una nauseabunda luz que se escapaba de las juntas ygrietas ensuarmadura rota. Trenzas cubiertas de cenizas enmarcabansu cara aullante e incognoscible, ycontra la corriente creciente de aire venenoso, las alas esqueléticas de uncarroñero surgíande suespalda.

Cada pluma del ellas estaba empapada hasta la médula de sangre contaminada, dejando rastros de ella que fluíantras él enuna nueva tormenta. El ángel aullante manchado de rojo iba hacia él, venía a suencuentro. Suser estaba rebosante de reproche odioso yacusación.

Sabía que este odio era merecido. Ensus corazones, lo sabía sinvacilaciónni compromiso. Los gritos de dolor extremo eranmáquinas de afeitar sobre suespíritu, alimentando el crecimiento de las sombras negras yrojas.

No podía detener la caída. La espiral de suencuentro se acercaba, el impacto imposible de escapar, yenese instante, sus miradas se encontraron.

Vio el miedo yel odio, yotros sentimientos más oscuros. *Vio un Ángel Rojo…*

Los ojos del primarca se abrieronde golpe, ysi Azkaellono cualquiera de los otros guardias sanguinaria le hubieranestado buscando a él enese preciso momento, podríanhaber captado la visiónde una micro expresiónensurostro que rompía las líneas beatíficas de surostro.

Miró hacia el interior ysuperfecto sentido del paso del tiempo le dijo que sólo habíanpasado instantes entre el momento enque cerró los ojos ycuando los abrió de nuevo. Pocos segundos, a lo sumo; pero entonces el tiempo lineal no significaba nada enlos sueños o enla disformidad. De ese modo, ambos lugares eranel mismo, yno por primera vez, Sanguinius se preguntó cuancerca las conexiones entre el mar de sueño yla immateriumrealmente eran.

El sueño; no podía ser una coincidencia que hubiese venido a él, aquí yahora, fuera de los límites de surégimenhabitual de meditaciónyreflexióninterior. Estabanenfrascados enel espacio disforme, rodeados por todos lados por frentes de tormenta cada vez mayores de energía espectral. Los
navegantes de la legiónhabíansido fuertemente presionados para dirigir la flota a través de una gran distancia transgaláctica yla topografía inestable del reino etéreo no había estado conellos.

El flashde emocióndel ángel -tal vez tristeza, tal vez la furia- pasó enunabrir ycerrar de ojos, ysus manos se relajaronde los puños enlos que se habíanconvertido. Por fin, el jefe de la guardia notó algo yladeó la cabeza, conuna expresióninterrogante formándose ensurostro. -¿Mi señor?

-¿Cuánto tiempo queda? -Sanguinius se inclinó hacia delante ensutrono de control e indicó el portal de visualizacióna través de sus cámaras, apartando ulteriores preguntas. La pared del fondo era parte del grantorreóndorsal del casco de la *Lágrima Roja*, unplano angular abierto al espacio a través de una enorme cúpula de cristal blindado ycrucería de plastiacero. Enel otro lado de la espesa barrera transparente, a través de la membrana brillante de los campos Geller de la barcaza de batalla, unmar hirviente de locura se batía yescupía sinfin, atacando a las naves humanas mientras la granflota pasaba a través de sudominio.

-Encualquier momento, señor -Azkaellonse asomó discretamente a unpanel

monitor integrado enel avambrazo de suservoarmadura.

Sanguinius no recogió la respuesta, pues suatenciónse desvió momentáneamente a otro lugar. El momento del sueño se había roto, pero la sensacióndel mismo que se aferró a él, como si hubiera traído una medida de la experiencia de nuevo conél al mundo de la vigilia. La memoria sensorial de los vientos ysufetidez moraba ensus pensamientos ypeor aúnera el horrible eco del vacío que había sentido por sus alas perdidas.

El ángel no descartó el sueño como una fantasía, como una colecciónaleatoria de imágenes inofensivas creadas por el reposo de una mente activa. Siempre había más, acechando enla simbología yportentos.

La visióndel Ángel Rojo preocupó a Sanguinius yse preguntó acerca de suhermano Angron, pues ese nombre había portado enuna ocasiónel señor de la guerra de los Devoradores de Mundos. Pero auncuando el pensamiento se formó, él sabía que era erróneo. La vitalidad furiosa yelemental de Angronno era lo que había sentido enla visión, sino algo diferente, algo personal. Que él no supiera lo que había visto le turbaba profundamente.

Sanguinius levantó la vista ymiró a través de la cúpula de cristal blindado, hacia el immaterium. Esta parecía girar alrededor de la proa triangular de la *Lágrima Roja*, formando untúnel ondulante hacia abajo por la que la flota de los Ángeles Sangrientos aceleraba; pero no, no era untúnel. Era un pozo.

La imagennadó yla mandíbula del primarca se cerró mientras supercepciónera alterada. La flota de repente estaba enla espiral de una profundidad abismal, buceando enla nada desnuda.

-No puedo caer -no estaba seguro de si las palabras habíanabandonado efectivamente sus labios en unsusurro, o simplemente jugabanensumente; luego se convirtió enunpunto discutible cuando una campanilla sonó enlas rejillas de altavoces escondidos enlas esquinas de la cámara del primarca, dispositivos disfrazados por las caras esculpidas de querubines plateados.

-Atodas las secciones, aquí la almirante -la voz de DuCade era fuerte yclara, pero los armónicos estresantes enterrados dentro -indicadores de una fatiga profunda- no se perdieronpara el Ángel. *-Preparaos para la traslación. Preparaos para el regreso al espacio real.*

Azkaellonechó unvistazo al auspexde sumuñeca una vez más. -Todas las naves informanque están listas. Nuestro objetivo está delante de nosotros -el comandante de la Guardia elevó suvista al tiempo que unrayo brillante de color verde esmeralda se apoderó de la proa de la *Lágrima Roja*. Una grieta masiva de no-materia del tamaño de unplaneta se abrió yarrugó delante de la flotilla para revelar el cielo negro ylas estrellas distantes más allá.

Tras este el immateriumdesapareció, desvaneciéndose rápidamente como unvago recuerdo ylas naves de la masiva flota de guerra de los ángeles sangrientos dieronde nuevo al espacio real. Arrojando grandes ondas arqueadas de partículas exóticas yenergías extremas, la nave insignia ysus naves hermanas se desplegaronenbuenas condiciones, expandiéndose para desplegarse enuna gran formacióncónica.

Sanguinius dejó el trono de mando yse dirigió a la cúpula para ver la intrincada danza de sus naves espaciales, cada capitánrealizándolo sinproblemas ya que la flota se convirtió enuna grandaga preparada ylista enla noche. Rogó a Lohgos que mantuviera los canales voxentre naves abiertos, para que pudiera escuchar las conversaciones entre naves. Enel ojo de sumente, el Ángel vio el movimiento de los elementos de la flota como una docena de juegos de regicidio, uno encima de otro, mientras que cada nave encontraba sulugar para la próxima batalla. La complejidad yel arte de la misma lo tranquilizaroncomo la música de una irrepetible sinfonía. Había tanta belleza entodas las cosas, sólo si uno supiera dónde buscar.

Una estrella carmesí colgaba alta contrastando la oscuridad aterciopelada, brillando confuerza. Signus Alfa era una gigante roja de ninguna anomalía notable, unvector al final del recorrido muchos colonos de aquí hasta el borde galáctico. Tomándola como referencia la siguiente estrella más pequeña por la distante era la azulada Signus Gamma, apenas visible por la enana blanca Signus Beta. Al igual que antes, enel punto de encuentro, este era unsistema enel borde de unbrazo espiral, pero más arriba enla curva. Desde el ángulo de enfoque elegido por los Ángeles Sangrientos, las estrellas ysuracimo planetario parecíanapoyarse contra una cama de puro negro transparente. El halo fantasmal de una nube de Oort brillaba por encima ypor debajo, yhabía brillos de fuerte albedo aquí yallá donde la luz de los soles triarios se reflejaba enlos planetas que girabanensus largas trayectorias orbitales.

-El cúmulo Signus -anunció Zuriel, hablando envoz alta para el registro de los grabadores de voz y grabadoras hololítica que documentabanlas misiones de la

Lágrima Roja. –El Grupo Combinado Expedicionario de la flota inicia la inserción. Este registro se hace ennombre del Imperio yla IX LegiónAstartes.

Sanguinius habló por undispositivo voxenforma de perla oculto enla gorguera de suarmadura. -Almirante, comience protocolos de comunicaciónestándar. Escanee enprofundidad para identificar estelas de naves o drones perimetrales.

-*Así se hará* -respondió ella.

-Imágenes -ordenó el primarca, ydesde arriba una varilla de latóndelgado se desarrolló como una araña conpiernas, que bajó desde el techo para presentar la cabeza cristalina de unemisor holográfico. Conunmurmullo de lentes microscópicas, el dispositivo proyectó unglobo de luz azul
fantasmal de varios metros de diámetro; unmapa táctico del cúmulo Signus, imitando enminiatura las posiciones actuales de los cuerpos planetarios del mismo.

-Siete mundos, quince lunas... –reflexionó Azkaellon, acercándose a sumaestro desde atrás. -Lo más probable sea que todos ellos esténmanos del enemigo -mientras hablaba, el hololito se actualizó mediante de una serie de perfiles de ataque, mostrando los vectores de transporte óptimos para la flota expedicionaria.

-Mis felicitaciones a los navegantes -señaló Sanguinius. -Nuestro punto de salida es exactamente como se predijo -metió la mano enla imagenyesta se agitó ligeramente, como si estuviera tocando la superficie de unestanque tranquilo. El dedo índice del ángel remontó la órbita del planeta más lejano. -Si seguimos este curso, nos cruzaremos conla trayectoria de Phorus durante el día.

Al pronunciar el nombre del mundo colonial el ángel provocó que la proyeccióndesarrollase un desplazamiento virtual del orbe hasta marcar la ubicaciónactual del orbe fantasmal de Phorus. Datos sobre la geología de la roca, puestos avanzados sinaire, informes del censo ymás información aparecierona sualrededor.

Azkaellonestudió el plano táctico. -Si la flotilla permanece reunida, podemos pasar cerca de uno, tal vez dos de los otros planetas antes de acercarnos a la capital.

-No voya dividir la flota, aúnno -dijo el primarca. -Pero haz circular planes de despliegue alternativos a los jefes de escuadrónycomandantes de alas. Si se hace necesario dividir la aproximacióno tender unanillo de acero alrededor del cúmulo, quiero que mis naves de guerra estén listas para ejecutar las órdenes encualquier

momento.

-La Almirante DuCade ha preparado algunas opciones.

Sanguinius asintió sindejar de estudiar la imagen. -Estoyseguro de ello.

Más allá de la órbita de Phorus, se producía unamplio intervalo de varios minutos luz hasta la esfera helada de Holst. A diferencia de la superficie árida yllena de cráteres del planeta más lejano, Holst había sido completamente colonizado por el Imperio. El mundo anillado, azul-blanco era rico gas helado ybajo el manto de una atmósfera delgada de nitrógeno refinerías químicas salpicabanla superficie junto a enormes ciudades colmenas que albergabana los obreros que trabajabanenla pesca del lodo metálico para los motores de imperio. Los restos de untercer planeta, que se creía por los propios exploradores del Mechanicumser el núcleo pesado ylunas rotas de ungigante de gas colapsado formabanuncinturónde asteroides que rompía el plano de la eclíptica de Signus endos. Los locales teníanunnombre coloquial para el cinturón; lo llamabanel "Río Blanco”, debido a la alta reflexiónsolar de los asteroides que lo componían.

La regióninterna del grupo de planetas, los que cayerondentro de los parámetros aceptables para la nula o baja terraformaciónmediante esfuerzo atmosférico, eranuntrío de los mundos del tamaño de Terra. Dos erancolonias cerealísticas: el asentamiento agrícola azotado por el viento de Scoltrum. Ta -Loc, unmundo de mares tormentoso yel tercero era el planeta capital densamente poblado de Signus Prime, destino final de la flota.

Más allá de la zona de vida, más cerca endirecciónal rojo sol, yacíanSignus Terciario yel planeta más interior, Kol. Ambos mundos teníanalguna poblaciónhumana, pero eranpiedras empapadas de
radiaciónyhogar sólo para pequeños puestos de avanzada yminas de mineral.

Sanguinius ysus comandantes habíanpasado días estudiando detenidamente los mapas ylos datos del cúmulo Signus a raíz de las órdenes del Señor de la Guerra, teniendo encuenta cómo unenemigo como los Nephilimpodría anexionarse de cada planeta yconvertirlo para suuso. El ángel teorizó que ellos acudíana los mundos templados primero, tomando la capital ylos planetas agrarios, asentándose hasta que cada voz humana enla superficie o bienera silenciada o lloraba por ellos tras una de sus máscaras de carne obscenas.

-El campo magnético de Signus Gamma enmascara parcialmente nuestra

aproximación–continuó diciendo Azkaellon. -Si los xenos tienennaves enformaciónde piquete, hayuna buena probabilidad de que seamos capaces de acercarnos a distancia de disparo antes de que esténal tanto de nosotros.

-Haced que los elementos de exploraciónmás avanzados avancenpara tener enrango de ataque al planeta exterior -respondió Sanguinius. -Todas las no-naves de la flota se consideraráncombatientes enemigos hasta que se indique lo contrario. Quiero ser informado del momento enel que registre algúncontacto.

El timbre sonó de nuevo. *-¿Mi señor?*

Sanguinius inmediatamente oyó la alteraciónenel timbre de la voz del almirante DuCade, ylanzó una mirada a Azkaellon, que había recogido el cambio de matiz también. El análisis de las palabras era automático, instantáneo como surespirar. El primarca no perdió el tiempo enpreámbulos. -¿Cuál es el problema?

DuCade no le preguntó cómo lo sabía; ella había estado a suservicio el tiempo suficiente para comprender que los ángeles sangrientos simplemente sentíanlas cosas más rápido que unser humano normal. *–Las exploraciones iniciales del espacio local no captan estelas de propulsión o desplazamientos de energía congruentes con las clases de naves imperiales o firmas de energía conocidas de naves Nephilim.*

El Primarca alzó una ceja. Sabía que había algo más. -Adelante.

-Los sensores largo alcance están leyendo objetos metálicos a la deriva fuera del puerto, cerca de Phorus. Según mi criterio, he desviado una nave exploradora a investigar.

-¿Cuál es suhipótesis?

-Serán probablemente y en su mayoría naves abandonadas, lord Sanguinius. No tienen potencia o signos de vida. Estamos leyendo los subproductos de múltiples barreras de armas en esa zona y... –DuCade hizo una pausa, como si estuviera luchando por encontrar las palabras adecuadas. *-algunas lecturas de energía anómalas.*

¿Qué pasa conlas señales automáticas? -dijo Azkaellon, mientras sumaestro cruzó el hololito brillante hasta las ventanas arqueadas de la cúpula de observación.

-No las detectamos -había algo más que subyacía enla voz del almirante, yera

desconocido tanto para el primarca ysucomandante de la guardia. Ambos se miraronmientras procesabansuinforme.

Encualquier sistema estelar colonizado, incluso uno bajo estricto control militar, habría una esfera de comunicaciones voxfluyendo de ida yvuelta entre naves espaciales yestaciones orbitales,
fluyendo a través de redes de datos comerciales, incluso el tráfico de baja frecuencia de las transmisiones civiles. Era prácticamente imposible silenciar las voces de unsolo planeta ymucho menos a siete de ellos.

-Sugiero que los astrópatas se coordinenybusquena sus parientes. Los invasores puedenhaber aplicado a todo el sistema unsilencio de comunicaciones -ofrecido Azkaellon.

Cuando DuCade habló de nuevo, el primarca se dio cuenta que estaba detectando algo ensutono que no había oído expresar; tenía miedo. *-De acuerdo. Los canales de comunicación están... están activos pero no hay nada allí* -ella expresó unsonido de exasperación. *-Perdonadme, señores. Nunca he encontrado esto antes.*

-Déjame oírlo -dijo Sanguinius. *-Un momento.*

Hubo uncrujido sordo cuando los canales de audio conmutaron, ydespués de unlavado de ruido, lento yhosco, salió de los labios de los querubines de plata de cara. El sonido era la estática del espacio muerto, el murmullo neutral de la radiaciónde fondo prevista enel vacío por las estrellas Signus ylos incontables billones de otras fuentes radiactivas que componíanel ruido del universo.

Y, sinembargo, no lo era. -El tono es erróneo.

Las palabras salieronde Mendrion, que estaba de pie a unlado. Él había estado ensilencio yestoico ensuposiciónal lado del trono de mando hasta hora, ysinembargo el sonido a través de los altavoces que le atrajo a hablar sus pensamientos envoz alta ysinpausa.

Sanguinius asintió. -Sí -el surf de estática tenía uncomponente para él que era fantasmal e intangible. El primarca escuchó conatención, suaguda mente ysentidos mejorados se extendieronhasta el ruido de una manera que unhumano no-aumentado como DuCade nunca habría sido capaz de hacer. Había algo allí, enterrado tanprofundamente enel sonido que incluso él no podía comprenderlo del todo. Nadie enla cámara se atrevió a respirar mientras el Ángel se esforzó por

escuchar realmente.

Se le escapaba, desapareciendo yretrocediendo cada vez que trataba de concentrarse enél. ¿Era un susurro que oía, unnombre? A sibilante parasonido, tandistante como si fuera ungrito al otro lado del mundo. Apretó los labios enseñal de frustración, yfinalmente cedió, haciendo ungesto de degüello.

-Es suficiente, almirante -dijo Azkaellon, yla señal murió repentinamente. *-¿Qué piensan de eso, señores?* -dijo DuCade, volviendo a suactitud fría.

-Quiero ungrupo de monitores voxpara mantener una rotacióncompleta del reloj, hasta que se indique lo contrario –le dijo Sanguinius. -Si esto es untruco xenos, haríamos bienentener unojo temporal enel mismo. Mientras tanto, proceda segúnlo previsto.

-Como desee. DuCade fuera.

-Ennombre de Baal, ¿qué era ese sonido? Me ha marcado, puesto mi piel de gallina al escucharlo... –dijo Lohgos envoz baja.

-Algúntipo de contramedida de comunicaciones, nada más -insistió Azkaelloncontono firme.

Sanguinius miró a cada uno de los guardias de honor a suvez, buscando ensus rostros una reaccióna lo que acababande escuchar. Sumirada se centró el ceño de Mendrion. -¿Estás de acuerdo?

El guardia sanguinario se tensó, escapando de sumomento de introspección. -Sí, señor. Debe ser como dice el comandante de la guardia: una táctica de contramedida de los Nephilim.

El primarca se alejó, aunque no estaba claro si estaba satisfecho conla respuesta. -Azkaellon, ponte encontacto contodos los comandantes de ala ycapitanes de la legión. Quiero uninforme de estado completo de todos los elementos de la flota antes de que pasemos dentro del límite de la órbita de Phorus yevaluaciones tácticas de las naves exploradoras.

Azkaellonsaludó secamente yel resto de la Guardia Sanguinaria reflejó sus acciones. El puño de hierro de Mendrionsubió a supecho sólo una fracciónde unsegundo más lento que el de sus compañeros de escuadrónysuexpresiónse endureció.

El ruido por el voxera difícil de olvidar; incluso ahora, el recuerdo de que estaba allí enel fondo de sus pensamientos se alojó ensumente como una astilla. Lo despachó conunpequeño esfuerzo, borrándolo conel recuerdo de una pieza sinfónica marcial que había escuchado enunrecital de hace muchos años, enuna reunió enVanaheim.

Tonto, pensó, al atribuir patrones donde no los había. Por unmomento, Mendrionhabía creído que él oyó una voz nadando enlas profundidades de ese océano de ruido blanco, unmurmullo que surgía de una garganta agrietada o el silbido de una serpiente. Algo conla forma de unnombre, pero no era real, no existía. Rechazó el instante, dejando que el recuerdo de la música lo ahogara.

Marchando a la sombra de sucomandante, Mendriondeje que la palabra escapara yenunos instantes el nombre había sido olvidado.

La bahía de cruceros de babor enparte ventral de la *Lágrima Roja* estaba despejada para permitir que la fragata *Numitor* pudiera el tubo de atraque para sí, ycomo medida de precaucióntodos los auxiliares yla tripulaciónno combatiente fue derivada a otras funciones. La nave exploradora colgaba enmedio del vasto espacio, brillantes rayos de luz que bañabansus flancos ensalpicaduras de cruda iluminación. La tripulacióndel *Numitor* había acordado permanecer embarcada mientras un grupo de servidores medicae dirigidos por el GuardiánBerus se movía a través de la nave conla servoarmadura sellada, examinando a cada uno de ellos ytomando informes detallados de lo que habíandescubierto enla zona de desastre.

Meros se detuvo enla amplia esclusa yse puso el casco, sellándolo al cierre de cuello de su armadura. Oyó el chillido agudo de la presióndel aire cuando el anillo se cerró yuna serie de iconos activos brilló ensuvisiónperiférica. La atmósfera enel interior de la cámara se eliminó, amortiguando el sonido hasta que sólo pudo oír el débil zumbido de los sistemas internos de la armadura yla propia respiracióndel apotecario.

Echó unvistazo a los otros ángeles sangrientos de pie a sualrededor. Al otro lado de la cámara de aire, sucomandante de compañía, el capitánFurio, tenía una conversaciónsilenciosa conun apotecario de la dotaciónde la Lágrima Roja, intercambiando palabras enuna frecuencia que sólo ellos compartían. Unpuñado de legionario de la escuadra del hermano sargento Madidus estaban allí, pero la mayoría del grupo eranmedicaes, procedentes de decenas de unidades por una ordena

paso ligero conpocas explicaciones encuanto a surazón. Meros se preguntaba por qué eran necesarios hermanos de batalla armados para escoltar a ungrupo médico enla cubierta del propio buque insignia del primarca, pero mantuvo la pregunta ensuinterior. De hecho ya circulabanrumores por los barracones entre la legiónde que la *Numitor* ylos demás exploradores habíandescubierto algo inusual entre las naves destruidas a la deriva más allá de los bordes del cúmulo Signus.

La escotilla del otro lado de la esclusa de aire se abrió ensilencio yla voz de Furio seleccionó el canal general. -Protocolos de actuaciónenvacío envigor. Los sistemas de gravedad estánactivos en los muelles, pero no os acerquéis demasiado a la fragata.

Meros se asomó yvio al *Numitor* a la deriva enla zona nula enel centro de la bahía abierta de par enpar, como una grandaga plateada yrojiza enreposo sobre unbastidor de amarre. Amarres y pórticos la manteníanensulugar ante una boca abierta que se abría al espacio. Desde este punto de vista, podría simplemente ver la punta del arco de *Lágrima Roja* a granaltura. Sinembargo, su atenciónfue inmediatamente llevada a las líneas de contenedores de polyplas negro dispuestas en filas cuidadosas sobre la cubierta de servicio. Meros reconoció la forma familiar de las cápsulas-ataúd plegables; muchas veces había sido llamado para sellar los cuerpos de los reciénfallecidos en contenedores similares.

-¿Nuestros hermanos…? -por uninstante, uno de los otros apotecarios olvidó el protocolo yhabló por el canal voxgeneral.

El caco inexpresivo del capitánFurio se sacudió una vez. -Estas muertes no sonde los nuestros. No se perdieronvidas -dejó que la informacióncalara yluego continuó. -Cada uno de vosotros tiene un número asignado de cuerpos. Los examinaránуluego reuniránsus conclusiones. Sigantodos los procedimientos de riesgo biológico e informende cualquier anomalía inmediatamente. Comenzad.

Meros siguió a sus compañeros sobre la cubierta de servicio yencontró a los cuatro ataúdes a un lado para suexamen. Hizo una pausa para volver a comprobar los precintos de suarmadura, activó el guante medicae alrededor de suantebrazo derecho yactivó los escáneres de sucasco. El apotecario minoris que había hablado fuera de turno estaba cerca, consupropio grupo de muertos por escudriñar. Echó unvistazo a Meros, yse oyó unclic ensus oídos cuando el legionario más jovenle habló por uncanal voxdiscreto.

-¿Por qué estánhaciendo esto? ¿Por qué hantraído a estos cadáveres aquí, si temenque haya algún tipo de patógeno? -le preguntó.

-Procedimiento operativo estándar. La *Lágrima Roja* tiene los laboratorios medicae e instalaciones técnicas más avanzadas de cualquier nave de la flota -dijo Meros.

El otro boticario no dijo nada yabrió uno de los ataúdes conuna bocanada de aire desplazado. Meros oyó el silbido delgado de una respiracióncontenida por el canal abierto.

Concautela, él hizo lo mismo. La tapa del contenedor se deslizó hacia atrás yMeros se encontró mirando hacia lo que parecía unmontónde ropa que, curiosamente, se desplegaba enla forma de una persona. La luz ensumochila encendió ydesterró las sombras dentro del ataúd. Ello mostró primero una máscara de bultos de color gris rosáceo que se burlaba de la forma de unrostro humano, brillando levemente conuna pátina de oxígeno helado.

Meros escrutó por todo el ataúd, entrecerrando los ojos detrás de la óptica de sus cascos mientras trataba de comprender lo que estaba viendo.

Suprimer pensamiento le llevó a los Eldar yenuna resonancia sináptica, la herida curada enel estómago se tensó. La máscara de carne le recordó a los piratas xenos yel juego asesina al que se entregabanconsus víctimas. Meros había visto cortar las caras de sus presas yluego coserlas en capas, como trofeos.

Pero esto no era lo mismo. La masa de carne delante de él era general ycompleta. Metió la mano y cortó la ropa que envolvía el cuerpo, descubriendo que el cadáver era enrealidad una mujer; tal era suestado lo había hecho apenas discernible.

El Auspexdel guante de apotecario zumbaba ychirriaba mientras ejecutaba suprograma de exploraciónya los depósitos internos de memoria del dispositivo eranigualmente familiarizados con la forma de la muerte. El cuerpo carecía de cualquier tipo de rigidez, estaba hundido yarrugado de una manera que sugería una forma peculiar de putrefacción, ysinembargo el auspexinsistía enque el cuerpo había estado bienconservado por el vacío del espacio. Se preguntó si le habíandado un cadáver que había sido aplastado por una especie de granimpacto.

-Me dijeronque los exploradores encontraronlos restos de más de una docena de diferentes naves a la deriva enla sombra de gravedad de Phorus. Transportes civiles, monitores de las fuerzas de defensa, lanzaderas. Muchos de ellas ni siquiera

teníancapacidad de viaje por el immaterium. Su trayectoria sugiere que huíande los mundos internos -dijo el otro ángel sangriento.

Meros escuchó mientras metía la mano enel ataúd, para tomar la mano de la mujer muerta. -Las naves habíansido destrozadas.

Él asintió conla cabeza. -Los Nephilimusanarmas de desplazamiento. Muyeficaces a corta distancia -la mano de Meros tocó el cadáver ylos dedos de la mujer erancomo serpentinas de trapo, lacias ymarchitas.

-No me has entendido. Quiero decir *literalmente* destrozadas. Como por algúntipo de fuerza de corte -dijo el otro ángel sangre.

Meros estaba sólo medio escuchando mientras examinaba la piel del brazo del cadáver. Se inclinaba hacia atrás yadelante, sinrigor o granresistencia. Unextraño pensamiento le vino a la mente ycon cuidado, sacó sucuchillo de combate e hizo uncorte enel antebrazo de la mujer muerta, justo encima de la muñeca. La hoja pasó fácilmente a través de la carne de ella, sincambiar la resistencia. Él miró el muñónextrañamente sinsangre. Vio los nervios, venas yarterias, músculos ...

El apotecario volvió a mirar el cuerpo, consuextraño desinflado, suforma fláccida. -Ella no tiene huesos –hurgó enla carne, sintiéndola ceder bajo sutoque. Tenía que decirlo de nuevo para fijar en sus pensamientos. -No hayhuesos eneste cuerpo.

Volvió a colocar el miembro que había cortado yse fue a otro ataúd, luego el siguiente yel siguiente después de eso. Los demás erantodos hombres, todos vestidos contrajes de la nave que los identificabancomo miembros de la tripulaciónde una nave de repostaje de combustible. Una vez más, los cuerpos teníanlas mismas dimensiones reducidas como el cadáver de la mujer, los mismos miembros flácidos, torsos ycabezas colapsadas. Eranpoco más que bolsas de piel ycarne conla forma de unser humano, deformados por el peso de supropia masa.

Miró a sualrededor yvio que sus hermanos estabanllegando a la misma conclusión. Cada una de las decenas de cadáveres enla cubierta de servicio era idéntica a la manera de la muerte.

-Susangre ha sido alterada -dijo el boticario junior -había extraído unvial del vitae, ylo alzó a la luz. Enlugar de unlíquido carmesí, la cosa dentro del tubo de cristal era gruesa ylento, una pasta aceitosa casi de color púrpura.

Meros se puso de pie. -¿Cómo es eso posible?

-Esa es mi pregunta para ti ytus hermanos -una nueva voz se apoderó del canal vox, mientras otro comandante se acercaba, conel capitánFurio a sulado.

Meros reconoció los laureles e insignias de capitánRaldoron, yse inclinó ante los dos veteranos. – Señores.

-Respóndele, Meros. Por eso estás aquí -ordenó Furio.

-Tendré que hacer unanálisis más profundo -Meros vaciló. -Confieso que nunca he encontrado con este tipo de lesiones.

-Más tarde. Por ahora, quiero tus primeras impresiones -insistió Raldoron.

-No hayheridas de entrada. No es como si alguienles hubiera abierto, sacado sus esqueletos y cosidos de nuevo –ofreció el otro apotecario.

-¿Podría ser el resultado de unagente viral, o unarma biológica? Algo que desintegra el hueso humano yel cartílago -dijo Furio.

-No, señor -Meros negó conla cabeza, pensando enello. -Eso dejaría la materia de desecho enel interior del cadáver. Estaríanhinchados, expresiónde los materiales tóxicos –hizo una pausa por un momento. -Enteoría, unefecto secundario del fenómeno de la teletransportaciónpodría crear algo como esto. Pero no es tanuniforme, ni afectaría a tantas víctimas –Meros hizo ungesto hacia la línea de ataúdes.

-Estos sonsólo los que la *Numitor* trajo –el rostro de Raldoronera sombrío. -El comandante de la fragata me informó que se encontraronconcientos dispersos enuna docena de naves destruidas, iguales a estas pobres almas.

Meros sintió untoque de asco enel estómago. Era inimaginable contemplar la clase de muerte con que estos hombres ymujeres que habíansufrido. ¿Habíansido... *conscientes* cuando les ocurrió?

Furio miró a Raldoron. -Se trata claramente de unnuevo tipo de arma xenos, primer capitán.

Raldoronasintió conla cabeza. -He visto suficiente. El primarca debe ser informado -las frías lentes de pedernal de sucasco les escaneó. –No diréis ni discutiréis una palabra de lo que habéis visto aquí sinel permiso de vuestro oficial al mando, ¿está claro?

-Claro -dijo el otro boticario.

Meros se tomó unmomento más enresponder; estaba recordando unmomento de muchos años antes, conotra ordensimilar del primer capitándespués de haber estado enla batalla contra los gigantes. -Como ordene -respondió.

SEIS

Miedo

Phorus

Las estrellas se apagan

No había lugar para Sanguinius enel puente de mando de sunave insignia. Él lo había hecho así; su trono de mando permanecía ensusantuario privado enla parte alta de la torre dorsal de la *Lágrima Roja* pero a todos los efectos, no había asiento formal de poder aquí para él. Era unpequeño gesto de humildad que había sido forzado a través de la flota de guerra de los ángeles sangrientos desde el principio de sureinado. El primarca se negó a tomar la silla del capitánde una nave de suflota, para que no fuera visto como una disminuciónde la autoridad del oficial al mando de dicha nave. Permanecía de pie conuna mano enla espalda alta de la estaciónde la almirante DuCade mientras la comandante dirigía a sutripulación. Permanecía como una estatua inmóvil yensilencio; como lo hacíanlos miembros de suguardia de honor, que esperabanenhuecos cubiertos concortinas carmesíes a babor yestribor de la cubierta del puente.

El CIC de la *Lágrima Roja* parecía una pequeña arena de combate o unteatro enplena representación. Ensunivel más bajo estaba las consolas primarias de operaciones atendidas por DuCade ysuprimer grupo de oficiales de la Marina. Tras ellas se levantabantres niveles como stands para una audiencia, semicírculos de estaciones de trabajo secundarias yterciarias para el resto de la tripulaciónde mando, los oficiales de artillería e ingeniería, especialistas del sensores o augures ymás. Enlugar de elevar al capitánde la nave por encima de todas las cosas para mirar hacia abajo a sus hombres, a la manera de una reina altiva enla corte, la almirante se encontraba en el centro de todo; era el punto de apoyo de la nave yla flota que dirigía.

Sólo a unser se le permitía el honor de ser colocado por encima de todo. Enel techo

sobre sus cabezas, unplato hondo de metal plateado trabajado conconstelaciones ygrabados de estrella de dispositivos mostraba la superficie inferior de una esfera hábitat, donde los navegantes de la *Lágrima Roja* vivíanengravedad cero. Encerrados tras gruesos muros de deflectores amortiguadores del sonido, conla nave enel espacio normal, los psíquicos estabanenreposo, enuna especie de estado de coma o estado latente.

Sus primos de rueca, los Astrópatas, no teníantanta suerte. Sumódulo hábitat estaba enterrado profundamente enel interior del casco de la nave de guerra, protegidos por capas de armadura pesada ybarreras de energía. Estabanconectados a tecnologías arcanas ymecanismos de proyección del pensamiento, sistemas infinitamente bizantinos para los psíquicos que fascinabanal primarca con suintrincada complejidad.

Las palabras del santuario astropático no eranprometedoras. Sanguinius les había pedido que alcanzasenel cúmulo Signus consus mentes yescuchar el susurro de comunicaciones de otros de su especie. La estática muerta del voxrecogida por los transceptores de llamada automáticos de la flota le atormentaba más de lo que había revelado, yél tenía la esperanza de que los telépatas pudieran encontrar algúnrastro profundo enel sistema solar; algo que indicara que los Ángeles Sangrientos no habíanllegado demasiado tarde para salvar estos mundos.

Cuando se les preguntó lo que escucharon, los psíquicos llorabanyhablabanenclave sinestésica, llegando a estar tanagitados que él se preocupó de si podríanhacerse daño. Al final, sinrespuestas, Sanguinius los dejó bajo custodia yregresó al puente. Cualesquier trucos que el enemigo había usado para silenciar a Signus parecía extenderse tanto enlo etéreo como el real.

-No sé qué hacer conesto, mi señor –la voz de DuCade lo trajo de vuelta de sumomento de ensueño. La almirante le ofrecía una pizarra pictográfica que le había dado a ella unpar de minutos antes. En susuperficie vidriosa, las capturas de las cámaras de unRavenque se desplazaba lentamente en vanguardia, mostrando imágenes congeladas de uncampo de restos yplasma vertidos contra el vacío. -Los patrones de daño se asemejana los efectos de una detonaciónexplosiva enel interior del casco de la nave -ella estiró el cuello para mirar al ángel, la pequeña mujer rodeada por la amplia base metálica de la silla.

Él asintió conla cabeza, dejando que hilos de sucabello rubio le cayeransobre la

cara. –Pienso lo mismo -asintió el ángel. -Pero los análisis no muestransignos de daño térmico, rastros comunes a un producto químico o detonaciónnuclear.

Ella asintió conla cabeza, frunciendo el ceño. -No haypartículas exóticas tampoco, lo que significa que no podíanser por unarma esotérica, como una cizalla gravitóno unproyector de conversión-DuCade apartó la mirada, dando ensilencio una ordena unoficial subalterno conla punta de su cabeza, sinromper la conversación. -Esos restos parecenque fuerondestrozados desde dentro.

-Igual que jaulas desgarradas por unanimal feroz -Azkaellonescuchaba cerca, la captura de los extremos de la conversación. Se inclinó ligeramente a suseñor. -No puedo entender cómo ypor qué estas naves estabanincluso enesta zona del espacio. La mayoría de ellos no teníanmotores de disformidad yeranincapaces de velocidades más allá de la mitad de la luz, ysinembargo parecían estar tratando de alcanzar el espacio interestelar. Habría tardado siglos enllegar a la estrella más cercana del sistema, unmilenio más al mundo Imperial cercano.

-Para responder a esa pregunta, comandante de la guardia, necesita algo que las Legiones Astartes no poseen-dijo DuCade.

-¿Y qué es eso?

-*Miedo* -Sanguinius detectó el cambio enla frecuencia del pulso a través de uncambio de color microscópico ensus pálidas mejillas yel movimiento de sus manos delgadas. Ella continuó. -Considere esto. La gente enesas naves estaba tanasustada que voluntariamente buscaronel abrazo del espacio profundo. Una predicciónde lenta inaniciónlenta cuando sus suministros de alimentos se redujerano la asfixia yla congelaciónpor la falta de soporte de vida.

-Tal vez se aferrarona la esperanza de encontrar a sus salvadores por aquí -dijo el primarca, tratando por unmomento de colocarse enese punto de vista. -Pero no había nadie para ayudarlos. Nadie para evitar el destino que enúltima instancia, los reclamó.

-Temíana esta muerte mucho menos que al terror que los persiguió desde sus casas –sugirió Azkaellonconuna mueca. -Esa idea me es tanajena como cualquier xenos.

-¿Almirante? –la ayudante aumentada de DuCade se acercó a la comandante. –Los observadores informanque estamos entrando enrango visual del planeta Phorus. La velocidad de la flota se está reduciendo segúnsus órdenes dictadas. Cruzaremos el

perímetro exterior del sistema Signus en aproximadamente dos minutos.

-Haga sonar la alarma de puestos de combate entoda la flotilla -respondió ella. -Muéstreme el planeta.

El oficial saludó yse volvió hacia la parte delantera de la cubierta de mando. -¡Desplegad la lente del ojo! -a suorden, el arco abierto del anfiteatro semicircular se ensanchó ylos portales de cristal blindado mirarona la oscuridad que se movía. Las moléculas del material claro fueronacariciadas por cargas electromagnéticas que modificaronla densidad yla estructura del portal más grande, un disco perfecto fijado enunmarco elíptico que se asemejaba a unojo humano. La vista exterior se afiló, conlo que el arco de la *Lágrima Roja* se destacó conalta resoluciónjunto consus escoltas. El acorazado *Ignis* y*Pacto de Baal* se movíanfuera del haz de la granbarcaza, yjunto a ellos la luz de Signus Alfa se combaba alrededor de la esfera de Phorus. Vestido de rojo, era una sombra borrosa cada vez más definida a cada momento que pasó.

El primarca fue el primero que se dio cuenta de que algo andaba mal. -Azkaellon, ¿Lo ves? ¿El color? –dijo, haciendo señas al jefe de la guardia.

El guardia sanguinario lanzó una mirada a una consola de sistemas cercana, donde uno de los tripulantes de navegaciónsub-luz estaba trabajando. Enla pantalla de la lente de gas de la mujer había una cogitador de imágenes generado por la descarga desde las profundidades de las enormes minas de datos de la Lágrima Roja; una imagenmontada de la lectura de las sondas ylos registros de la oficina imperial del censo colonial, la entrada del catálogo planetario estándar de Signus VII, designaciónlocal Phorus.

La imagenmostró una bola sincomplicaciones de roca yhielo, marcado por cráteres de impacto de asteroides. Se parecía a una esfera de porcelana surcada conlíneas irregulares, como si se hubiera dejado caer desde una granaltura yluego vuelta a montar.

-Sureflexiónes lo que está mal -le dijo Sanguinius.

La coloraciónblanca sucia de Phorus debería haber hecho que se destacase limpiamente contra la luz carmesí de la estrella, pero enlugar de eso el planeta estaba bebiendo toda la iluminaciónque recibía, absorbiéndola.

-Todas la naves reúnanse conel elemento principal -llamó DuCade. –Apuntena

Phorus conlos sensores e informen.

Inmediatamente, la informacióncomenzó a transmitirse a la *Lágrima Roja*. Azkaellonvio docenas de pantallas de ayuda encenderse a lo largo de las zonas altas mientras los cogitadores trabajaronpara interpretar las nuevas lecturas.

-Phorus fue el hogar de noventa mil colonos –dijo el primarca, conlos ojos fijos enel portal ante él. –Pero me temo que ya no. Mira a la superficie.

La percepcióndel comandante de la Guardia se encontró conlo que estaba viendo yla imagen cambió enel ojo de sumente. Phorus no era, como había pensado, atrapado enuneclipse parcial de una estrella yasí explicar susombra oscura.

El planeta parecía *quemado*, chamuscado de negro de polo a polo. No había características visibles, yel resto de colores erantotalmente ausentes.

-Informe de la Ignis -dijo el ayudante de DuCade. -Dispararonuna sonda al pozo gravitatorio del planeta. El drone no muestra rastros de escape de energía atmosférica o ambiental.

-Ellos estabanenel proceso de terraformaciónde Phorus -insistió el Ángel. –Debería haber rastros significativos.

-Sí, mi señor -el mayor se inclinó ligeramente. -Quiero decir no, mi señor. No haynada allí. La telemetría de la sonda muestra unmundo que está completamente muerto. Sinvida. Hasta el nivel microscópico.

Azkaellonvio que suseñor se quedaba muyquieto; salvo el ligero movimiento de sus grandes alas plegadas contra suarmadura era único movimiento de él.

-Lord Sanguinius, ¿Cómo desea continuar? Cruzaremos la órbita de fósforo enunminuto -dijo la almirante.

-No haynada para nosotros aquí -dijo el Primarca, después de unmomento. -Mantenga el rumbo y dirigirse endirecciónal núcleo del sistema.

El comandante de la Guardia descubrió que no podía volver la mirada del cadáver del planeta mientras este se desviaba más allá de la proa de la *Lágrima Roja*, perdiendo nivel cuando la nave insignia pasó por el sistema propiamente dicho.

Y entonces, como el ojo de undepredador del océano rodando lentamente para seguir el movimiento de unanimal de presa, Phorus *se movió*.

Cambiando de lugar, el astro negro empezó a cambiar de aspecto, volviéndose contra surotación normal, ondulando susuperficie quemada. Las alarmas sonaronenuna docena de consolas cuando los servidores sensor detectaronalgo que no correspondía a ningúnmovimiento planetario conocido o previsto por los programadores.

Sanguinius avanzó hacia delante, llegando al cristal blindado del portal, conlas manos presionando la barrera transparente. -¡Almirante! ¡Ordene a la flota que aumente la distancia conPhorus, ahora!

-¿Qué... -Azkaellonluchó por unmomento para enmarcar supregunta, mientras DuCade restablecía el ordentras él. -es lo que está pasando ahí abajo?

-No lo sé -respondió suseñor, una respuesta que transmitió una ola de frío por todo sucuerpo.

Enlas pantallas de cada nave de la flota de los Ángeles Sangrientos, Phorus daba vueltas yvueltas, pasando por unciclo día-noche increíblemente rápido, moviéndose como si se hubiera roto su relaciónconlas leyes de la naturaleza. La esfera oscura finalmente encontró una especie de equilibrio, presentando lo que habíansido sus regiones polares del sur a la *Lágrima Roja* ya todos los que mirabana través de las ventanas gráficas yrelés de pantallas.

Conunnuevo color, una violenta llamarada de naranja oscura surgió del planeta, sobre puntos de luz enla curvatura de la superficie arruinada de Phorus. Si unser pudiera haber permanecido enel planeta ysobrevivido, habría sido testigo de montañas decapitadas pintadas de hollínoscuro hundiéndose enpozos abisales ygrandes abismos que se abríande unlado a otro del horizonte. Chorros de magma fueronlanzados al aire, expulsados del núcleo profundo del planeta, lo suficientemente calientes para que el resplandor infernal fuera visible desde el espacio orbital.

Y desde arriba -*sólo* desde arriba- la dimensióncompleta de lo que se estaba produciendo sobre Phorus estaba poco a poco volviéndose claro. Al principio parecía que el planeta estaba sufriendo una catástrofe geológica repentina e inexplicable. La gravedad del mundo puesto se volvió salvaje mientras grietas más anchas que los océanos de la superficie se entendíanpor susuperficie.

Los planetas moríande esta manera, colapsándose bajo supropia masa yquebrándose; ¡era unsuceso común, si uno pensaba entérminos astronómicos.

Pero nunca así, sinprevio aviso o antecedente, provocado al parecer por la llegada de unpúblico para presenciarlo.

Phorus no se estaba muriendo; esto era algo completamente distinto.

Siguiendo líneas circunvalatorias, las fisuras monstruosas extendieronpor el planeta yencontra de toda razónse propagaronenfilas perfectas, cruzando una sobre otra, cada una de ellas cortando a través de capas de roca yhielo ennegrecido. Masas de tierra se dividíanenuna simetría matemática que era demasiado precisa, demasiado perfecta para ser la acciónde la naturaleza torturada. Parecía como si unartesano invisible de ámbito divino acunara a Phorus conla fuerza de sus garras, dibujando líneas de corte enla superficie apocalíptica como unhombre corta condelicadeza la piel de una fruta madura.
Terminando tanrápidamente como había empezado, el planeta poseyó brevemente yluego de perdió una nueva atmósfera formada por ungranvolumende gases tóxicos escapados del manto rocoso en llamas, expulsados al espacio. El paisaje de Phorus fue grotescamente alterado, esculpida por una red de cañones ahogados enmagma, cada uno lo suficientemente amplio como para albergar una ciudad colmena. Ungrandiseño surgió de todo esto, a la vez transparente yhorrible.

Desde el puente de la *Lágrima Roja* el signo era claramente visible, ardiendo como una marca enla oscuridad. Las líneas de llama se desplazabanyse cruzabanunas sobre otras, de modo que formaron una estrella zafada conocho puntas.

El primarca rompió el silencio de asombro que había caído sobre la cubierta de mando, dándole la espalda del cadáver humeante del planeta. -Es unmensaje.

-¿Qué quiere decir? -la voz del mayor temblaba.

-Mírame -dijo Sanguinius, mostrando los dientes. -Voya tener la respuesta a esa pregunta, aunque tenga que arrancarla de las gargantas de nuestros enemigos -pronunció las palabras conuna feroz y fría resolución. -Si esto es untruco para acobardarnos, los xenos hansubestimado la voluntad de la…

-¡Mi señor! –la almirante DuCade se levantó de sutrono de mando yconuna mano apretó un dispositivo voxenla oreja derecha. -Unmensaje de prioridad del crucero pesado Cáliz.

Azkaellonrecordó el nombre de la nave; formaba parte de la fuerza de retaguardia de la flota, a unos cientos de kilómetros de vuelta a lo largo de la línea de la

formación. El primarca le lanzó una mirada mientras DuCade continuó.

-Y el mismo informe de varias otras ahora... -el murmullo metálico de señales de comunicaciones solapadas era audible de la vaina de latón. Mantuvo la frialdad, tratando de recobrar la compostura lo mejor que una mujer podía cuando tenía que dar este tipo de noticias. -Primarca, el capitándel *Cáliz* yvarias naves de piquetes entorno a los bordes de la flotilla informandel hecho de un fenómeno astronómico inusual.

Sanguinius se volvió hacia la granpuerta ymiró hacia fuera, más allá de los fuegos de Phorus en ruinas. Azkaellonse acercó, ymientras lo hacía, oyó al Ángel lanzar ungrito de asombro.

Sanguinius señaló, levantando suguante hacia la nada. –Ahí está. ¿Lo ves?

El comandante de la Guardia hizo una mueca mientras miraba, yentonces él tambiénsintió sualiento atrapado ensugarganta. -Las estrellas...

Más allá de la funesta luz roja de Signus Alfa ylos brillantes soles de sus hermanas, la dispersiónde las estrellas ynebulosas que estabana la vista de la *Lágrima Roja* estaba cambiando. Azkaellon tenía la impresiónrepentina de que una colosal cortina caía a través de una seccióndel tamaño de una galaxia. Ungranvelo impenetrable yestigio, borrando todo.

Golpeado ensilencio, permaneció al lado del Ángel yobservó las estrellas apagarse.

Algunos dicenque el triunfo enUllanor comenzó conel eco del primer disparo contra las hordas de pieles verdes del caudillo UrlakkUrg, otros que fue marcado por la sangre derramada cuando Horus Lupercal lanzó al monstruoso xenos desde el balcóndel grantorreón, para morir hecho unmuñeco roto contra las losas muypor debajo del mismo. Al final, la victoria fue lo único que importaba, yel largo ytortuoso camino que millones de soldados ycientos de miles de legionarios habíanfabricado enel centro del ataque orko.

La granmasa de los xenos había amenazado conromper enmil pedazos los nuevos lazos forjados por la GranCruzada, yasí ungrupo de guerreros de todo las nobles legiones se unieronpara destruir esta amenaza antes de que se extendiera más allá del sector, donde la marea verde subía a cada día que pasaba.

Bajo el mando de Horus, los Lobos Lunares llevaronla lucha al corazónde la

máquina de guerra de Urg, distrayendo al ejército xenos conuna finta masiva. A pesar de que supadre, el Emperador, dirigía a los soldados comunes yfalanges de Titanes de combate a través de Ullanor Majoris, fue Horus quienasestó el golpe mortal.

Conla eliminaciónde Urgel naciente imperio orko se autodestruyo, ylos xenos que no fueron acosados enel barro del grancampo de batalla de Ullanor fueronperseguidos a través de cientos de sistemas estelares, todo el camino hasta Chondax, el CinturónKayvas ymás allá.

La victoria fue sellada consangre yhierro, yla llamada del Triunfo sonó. Por ordendel Emperador, Ullanor fue remodelado como unmundo trofeo, designado *Mundus Tropaeum* entodos los mapas galácticos yregistros de diezmos. Sería no solo unsitio de la gloria yel espectáculo para rememorar esta conquista única sobre las fuerzas que amenazabana la humanidad, sino el mayor símbolo de la propia cruzada. Durante 200 años terrestres la poderosa empresa del Emperador se había movido por toda la faz de la galaxia para lograr la unidad yla iluminacióna los mundos perdidos durante la Vieja Noche enTerra. Se había desterrado la noche, re-forjados los viejos vínculos entre civilizaciones, luchado contra amenazas xenos yconpesar, se había dado a menudo castigo a quienes se oponían. Uncambio se acercaba, sinembargo, uncambio que encontró supunto de apoyo en Ullanor.

Ninguno de los que caminó sobre ese mundo sabía que el eco de aquel triunfo sonaría durante décadas, durante siglos, durante *milenios.*

Pelotones terraformadores del Mechanicumtrajeronmotores mundiales yquemadores de piedras móviles para cortar una franja enorme enel paisaje roto yabandonado como epílogo de la batalla. Los orkos muertos fueronquemados por millones consus ruinas salvajes, enterrados bajo de rocas trasladadas ypicos de montañas trituradas. El Mechanicumerradicó todo rastro restante del enemigo ypavimentó unboulevard gigante, el lugar para undesfile del ancho de algunas ciudades.

Ellos construyeronuna carretera ypermitieronque sólo una estructura se alzara orgullosa, la gran plataforma: unpabellónornamentado enmármol negro ygranito pesado que había sido construido por partes enla Terra yluego enviado a través del vacío enunconvoyespecial. Postes marcadores decorados conlos cráneos de los comandantes orkos paseabana lo largo de la carretera, ydetrás de ellos grandes

columnas de humo nacíandel promethiumardiendo, iluminando sincesar la carretera consufuego blanco azulado.

Cuando el trabajo del Mechanicumterminó, los honrados vinierona rendir homenaje al ganador de la batalla, el ideal de la Cruzada yel que era el padre de todos ellos. El Ejército Imperial ylas Legiones de Titanes se agruparonpara la reunión. Los soldados humanos fueronreunidos ennúmero incontable; la horda era tanamplia que se convirtió enunmar de armaduras de combate yuniformes de gala. Todo hombre ymujer normal que estaba enel suelo de Ullanor ese día había sido seleccionado por suvalor yconducta, yhasta el día enque murió cada uno tendría el singular honor de llevar la Medalla del Triunfo de ónice yoro ensus uniformes. La condecoraciónse forjó a partir de casquillos de balas recuperados del campo de batalla yfundidos. A cierta distancia alrededor de ellos, las grandes máquinas de guerra de la Collegia Titánica se alzabanhacia uncielo cortado a tiras por las estelas de unos mil cazas aeroespaciales; ysobre ellos, por encima del delgados cirros blancos diurnos de Ullanor, naves de guerra se movierontanlento como se atrevierona través de la atmósfera superior, mostrando rastros de calor rodando por sus escudos de vacío, al tiempo que mostraronsus costados enungesto de renovada fidelidad.

Entonces llegaronlos legionarios. De entre todas las brigadas aumentadas genéticamente del Emperador, untotal de catorce legiones completas estabanrepresentadas enUllanor yconellas vinieronnueve seres de unpoder ymajestad inimitables.

Nueve dioses yángeles hecho carne, los primarcas de los mayores ejércitos jamás creados por la mano del hombre. Mortarion, el segador de hombres yseñor de la Guardia de la Muerte, encapuchado yletal ensuaspecto, solo igualado por sus Sudarios de la Muerte. El Fenicio, Fulgrim, resplandeciente consumejor gala yhermoso enaspecto, iluminado por el reflejo del oro yel platino. Magnus el Rojo, el ReyCarmesí, el señor de lo desconocido, sualma era unmisterio tanpara el comúnde los mortales como el funcionamiento de la disformidad ylos fantasmas que la integraban. Lorgar Aureliano, el fanático tranquilo ymelancólico, que ardía contal intensidad yenterrada toda enel fondo de sucorazón, hablaba poco ypermanecía vigilante. Supolo opuesto era Angron, el Señor de la Arena e Hijo de dolor, incapaz de resolver o moderar sufuria sinfin, siempre al borde de explotar ydesatar la violencia. Dorn, el hombre moldeado enpiedra, el Puño Imperial consu

actitud firme yenfoque inquebrantable, el que siempre obedecería, siempre listo para el servicio. El Khan, consutraje yarmadura adornada conel detalle de miles de relatos de la legiónde los Cicatrices Blancas, cada paso a través de la tierra, cada desafío logrado enla galaxia. Luego estaba Sanguinius de los Ángeles Sangrientos, flanqueado por el destacamento de honor dorado de la Guardia Sanguinaria, consus poderosas alas plegadas tras suarmadura, conel rostro vuelto hacia el cielo para dar la bienvenida a la majestuosa enimposible vista ante ellos.

Horus Lupercal, por supuesto. Horus de los Lobos Lunares, el Héroe de Ullanor, libertador yel primero entre iguales. Horus, al que iba a ser dado el nuevo honor de untítulo por encima de cualquiera que hubiera concedido antes; untítulo, se podría decir, que siempre llevaría el eco de su nombre.

No había memoria del ser más allá de los comando, sus hechos o lo acontecido después de ejecutar la acción. Si esa memoria hubiera existido alguna vez, había sido extirpada mediante la aplicación hábil de hojas de bisturí yvigas de corte por láser. Partes de materia cerebral sacadas a rodajas o quemadas para convertir a unser ennada.

O algo más que nada, tal vez, si uno era generoso. ¿Ser una herramienta era algo digno? ¿Estar toda una vida encerrado enel servilismo unelogio? Tal vez, pero sólo si tal servicio era desinteresado. Cuando estabas encadenado a ello, hecho unesclavo ilota enel nombre del servicio, entonces ya era harina de otro costal.

El trabajo de la unidad de Ocho – Ocho - Kappa - Dos se desarrollaba desde que el día empezaba hasta que terminaba eneste lugar, la tienda lujosa de uncomandante erigida enla cara sur de la plataforma del GranTriunfo. Unligero viento arrancó el pico superficial del pabellónsobrecargado de estática, pero el sirviente sólo registró el efecto atmosférico de la manera más vaga. Tal vez si el tiempo cambiaba sería necesario modificar los parámetros de funcionamiento a finde reflejar las circunstancias, pero hasta ahora no había ni rastro de tal cosa. No poseía la conciencia de sí mismo para actuar sobre datos tales; si se hacía uncambio, frescas directrices de memoria se difundiríanen el módulo implantado que ocupaba una cuarta parte del cráneo de la unidad Ocho - Ocho - Kappa -Dos. La piel exterior del módulo estaba hecha de latónpulido hasta brillar como el ámbar y coincidía conlos botones de la capa de brocado del sirviente, las hebillas de las botas ylos

múltiples dedos adicionales al final de sus largos brazos.

La unidad había sido unregalo del comandante del Segundo Regimiento Montado Xiphos, su servidor personal legado a la legiónde los Lobos Lunares después de sulicenciamiento del campo de batalla enBrocktorian; antes de esa fecha, había servido al Mechanicumde Xiphos, aproximadamente cuarenta ydos años antes. Antes de eso, la unidad Ocho - Ocho - Kappa - Dos había sido ToinSepsoe, unviolador yasesino de mujeres enlas colmenas de Hollonan, pero al igual que el resto de susórdido ydesagradable vida anterior, todo había sido quitado yeliminado. Capturado por la guardia de la ciudad, declarado culpable ycondenado a perpetua servidumbre todo lo que Sepsoe había sido los adeptos lo ahogaronquímica o quirúrgicamente. Al igual que el cáncer que era, supersonalidad nociva se cortó ylo que quedó de sucarne reutilizada por unbienmayor.

La unidad Ocho - Ocho - Kappa - Dos cocinaba ylimpiaba, llevaba a cabo tareas de lavandería, podía portar yllevar, ysi uno le miraba directamente a ella podría pensar que era todavía unhombre. Esto no era cierto, por supuesto; bajo el uniforme militar que llevaba, la carne yel esqueleto que había sido Sepsoe fue reforzada consoportes de ceramita más duraderos ynumerosos implantes bio-orgánicos que le permitiríanvivir más tiempo que unser humano, sinla necesidad de dormir y manteniendo sumanutencióna través de la ingestiónde una papilla rica ennutrientes, similar a la que se servía a groxo bestias de montar.

No tenía conocimiento del significado del lugar donde trabajaba, no podía diferenciar entre los cuarteles de los soldados del Ejército Imperial de más bajo rango o las salas del Palacio Imperial. Todo lo que la unidad Ocho - Ocho - Kappa - Dos tenía eranlas tablas de comandos implantados en sunúcleo de memoria, los archivos temporales que le decíanquienestaba a cargo yqué nivel de servicio debía proporcionar a los mismos.

Uno de los sujetos de esa tabla ahora entraba enlas tienda, moviéndose conunpropósito yuna manera que se podría haber interpretado como molesto. Ungigante para el servidor, vestido conuna servoarmadura que zumbaba concada pisada pesada, incapaz de simplemente *caminar*, sólo dar zancadas.

Una subrutina se activó, provocando que la unidad Ocho - Ocho - Kappa - Dos a inclinarse yun posterior saludo pre -programado. –Mi señor Horus. Espero sus instrucciones -las palabras eran húmedas yentrecortadas.

Horus ignoró al sirviente yse hizo a unlado de la tienda, donde unpanel flexible enel material resistente a la intemperie le permitía ver hacia fuera. Caía la noche enUllanor yel GranTriunfo seguía encurso. Las naves enel cielo brillabancomo joyas radiantes, ylos fuegos sugeríanuncoro estable enel que los sonidos de unejército victorioso le llevabande ida yvuelta, como olas del océano. Fuera de allí, humanos ypost-humanos por igual estabancelebrando ylamentándose enel misma orden. Aplaudieronal Emperador ysureciénnombrado comandante de todas las fuerzas del Imperio, pero estabantristes por la noticia de que el Señor de la Humanidad se retiraría de la Gran Cruzada para seguir sus obras enTerra.

Horus se quitó la piel de lobo sobre sus hombros, sacudiéndose el manto a unlado dirigiendo apenas una mirada al lugar donde cayó. Obediente, el sirviente se acercó a la piel arrojada yla recogió.

Después de unintervalo predeterminado, el programa de la unidad Ocho - Ocho - Kappa - Dos le empujó a hablar una vez más, como una alarma de recordatorio. -¿Cuál es suvoluntad, Señor de la Guerra?

-Señor de la Guerra -se hizo eco de Horus, poniendo cada palabra alrededor de suboca, saboreándolas. Suestado de ánimo no pareció aligerarse. Se dio la vuelta. -Tráeme vino.

-Existo para servir -el sirviente se encaminó a una mesa yrecuperó una jarra bulbosa de cubierta con unmosaico de lobos corriendo bajo lunas gibosas. Sirvió una generosa raciónenuna copa de bronce yla llevó a la mano abierta de Horus. La copa, larga para las manos del sirviente, era algo delicado enlos dedos del Señor de la Guerra.

La unidad Ocho - Ocho - Kappa - Dos volvió a unmodo de espera, conla cabeza ligeramente inclinada, observando sinrealmente observar. No registró la manera enque Horus permitió que el ceño fruncido cruzara sus facciones antes de que lo disipara conunsorbo de la copa.

Enese momento, el movimiento de la puerta de la tienda hizo que enla cabeza del sirviente sonase una alarma para reajustarse yenfocar otra llegada. Unsegundo personaje de prioridad entró, ésta no tanalto enlas tablas de servicio como Horus, pero todavía muyelevado. La unidad Ocho - Ocho -Kappa - Dos monitoreó a la figura por unpar de segundos, siguiendo suforma. Era otro gigante como el Señor

de la Guerra, pero sumasa se desplazaba conformas extrañamente blancas dobladas firmemente detrás de sus hombros. Alas.

-Hermano -dijo Sanguinius, conuna sonrisa. -Ah, perdóname. *Señor de la Guerra* -se inclinó ligeramente. -El título tiene tal seriedad, ¿no lo crees?

Horus consiguió esbozar una sonrisa a cambio, pero fue frágil yno llegó a sus ojos. -¿Debo crecer para adaptarme al título?

El ángel parecía no darse cuenta. –El título crecerá para adaptarse a *ti*. Y te estará muybien.

El momento se extendía enuna pausa antes de Horus volvió a hablar. -¿Cómo

consigues hacerlo? -¿Conseguir qué?

-Encontrar las palabras adecuadas enel momento oportuno, siempre. Te veo cuando hablas conlos otros, los simples legionarios ysoldados. Incluso a los que estánfuera de la legión.

Sanguinius extendió las manos. -Todos tenemos algo de donoratorio de Padre ennosotros.

-Sí -estuvo de acuerdo. -Pero cuando busco palabras para expresar mi intenciónque tengo que excavar enbusca de ellas, medirlas primero ycortarlas a la medida. Tú lo haces sinesfuerzo.

-Te equivocas -dijo el Ángel, convocando al sirviente conunrizo de sus delgados dedos. –Solo soy mejor *pareciendo* que lo hago sinesfuerzo.

La unidad Ocho - Ocho - Kappa - Dos realizó la funciónque se esperaba de ella, conlo que ofreció una nueva copa de vino fresco a ambos primarcas. Ninguno de ellos se fijó ensulabor, yluego retrocedió una vez más.

-Vi el aterrizaje barcaza real -Horus asintió conla cabeza endirecciónа los campos de naves. -La Guardia Custodio se está preparando para el viaje.

-El viaje de regreso a Terra es largo -dijo Sanguinius. Sutono era extrañamente neutral. -El *Imperator Somnium* se ha desplazado a una órbita alta. El Emperador liderará la salida, lo que es justo. Él regresará al SegmentumSolar y... nosotros volveremos a nuestra cruzada.

El nombre *Imperator Somnium* fue registrado brevemente enel núcleo de memoria

del sirviente: una nave interestelar de clasificaciónúnica, más allá del control de seguridad de la máquina-esclava incluso para poner unpie a bordo de una de sus barcazas de transporte. Ungoliathentre naves espaciales, la nave de mando del emperador solo igualada entamaño por las grandes estaciones orbitales como Riga ySkye, que flotabansobre la superficie de la distante Terra como islas del tamaño de continentes transportados por el viento. Cuando entró por primera vez la órbita de Ullanor sol del planeta había sido eclipsado parcialmente ylos timoneles del emperador se vieronobligado a administrar el rumbo de la nave conmano de hierro, para evitar que la masa de la misma ejerciese un efecto de marea enel sistema meteorológico local.

-Nuestra Cruzada -repitió el señor de la guerra. -Realmente es *nuestra* ahora, hermano. La decisión de Padre para regresar al Palacio Imperial la coloca de lleno ennuestras manos.

Se quedaronensilencio por unmomento. -Estas tansorprendido como el resto de nosotros -dijo Sanguinius, al final. -Había pensado que te habría hablado de sus intenciones.

-Para liderar, uno debe tener unsólido conocimiento del teatro –respondió Horus vagamente. -Y este es el escenario que hemos construido aquí -se calló, mirando hacia la ventana.

Sanguinius volvió a hablar antes de Horus pudiese decir más. -Creo que me he entrometido. Deseas unmomento a solas -se volvió hacia la cortina de la puerta, poniendo sucopa sobre una mesa, su contenido intacto. -Voya mantener a los demás ocupados.

-¿Qué les vas a decir? -Horus hizo la pregunta a la espalda del ángel yeste se detuvo. ¿Que me encontraste rumiando?

-¿Lo estás? -Sanguinius preguntó a la ligera. –Pensé que dejaríamos eso a

Angronesta noche. -Él no es feliz.

Horus concedió unasentimiento. -Nunca lo está. Es susuerte enla vida -Sanguinius se volvió. -Está furioso. *Más* furioso de lo normal, quiero decir.

Algo brilló, dibujándose momentáneamente enel ojo del sirviente. El Señor de la Guerra estaba tocando la cadena de eslabones de platino que colgaba de sucuello, sobre la cual uncorte de zafiro tenía la forma del ojo de Terra. El medallónera el

símbolo de surango ycondición, otorgado a Horus sólo unas horas antes enla ceremonia de inauguración.

-Angronno será el único. Habrá otros que estaránamargados por la distinciónque padre me dio el día de hoy. Cuando Perturabo se entere de ello... -dejó la frase sinterminar.

Una sombra pasó sobre el rostro de suhermano. -No va a ser de suagrado, así es. Él va a pensar que debería haber sido él. Y Curze, bueno... -Sanguinius vaciló antes de decir las siguientes palabras. .Te odiaránpor ello. Por lo menos al principio.

Horus frunció el ceño ydejó caer el medallónde sus dedos. -Nunca he pedido esto. Pero no voya lamentarme tampoco.

-¡Ni deberías! -Sanguinius volvió a por sucopa yla tomó de nuevo. -Hermano, el manto de Señor de la Guerra es tuyo yes justo que así sea -sonrió. -Me siento orgulloso ysatisfecho por ello más allá de mi capacidad de expresión.

-Lo estas -dijo Horus, como si se tratara de una repentina certeza para él.

-¿Y Lorgar yFulgrim? -continuó suhermano. -¿No les oíste animarse conmigo cuando el padre dijo las palabras, cuando te nombró comandante supremo? Los otros eranuneco atrás, pero sentíanlo mismo. Estoyseguro que si Rogal no fuera tanduro habría hecho lo mismo.

-Dornestrechó mi mano.

-Viniendo del Puño Imperial, eso es prácticamente una explosiónde alegría -conpocas palabras, la sonrisa del ángel extendió a suhermano yHorus hizo ungesto superficial. Sanguinius continuó. ¿Sabes por qué te eligió? No fue el favoritismo, no fue la política o la conveniencia. No es una recompensa, ¿entiendes? Es lo que *mereces*. Porque siempre has sido lo mejor de nosotros, Horus. Tú eres el más cercano al alma de las personas que hanjurado defender, eres hijo de tupadre... yno vamos a pasar por alto el hecho de que eres ungeneral *muy bueno*.

El sirviente vio al Ángel caminar al lado del Señor de la Guerra yllevar una mano sobre la hombrera de suservoarmadura. La fácil camaradería entre ellos era una cosa muyhumana por dos seres de tan cruda naturaleza post- humana. Pero aunasí, seguía existiendo una resistencia enel maestro de los Lobos Lunares que parecíanendesacuerdo consuforma.

Horus miró a suhermano. -Algunos piensanque deberías haber sido tú.

Sanguinius parpadeó, la declaraciónle dejó sorprendido por uninstante. Luego sacudió la cabeza. '-No. ¿Lo crees?

-¿Acaso importa?

La mandíbula del Ángel se puso rígida. -Cualquiera que piense que debería estar donde estas ahora, cualquier persona que diga esas palabras no ve a ninguno de los dos conclaridad -a pesar de que la conversaciónno contenía instrucciones para ello, la unidad de atencióndе Ocho - Ocho- Kappa -Dos quedó atraída por los dos primarcas, como si incluso las partes mecánicas de sumente
estuvieranfascinadas por suintercambio. -No, no. Yo estoy... demasiado lejos -sus alas se dibujaban ensuespalda, el ligero movimiento de llamada de los pequeños adornos de plata yperlas que colgabande cada una a medida que avanzaban. -Unseñor de la guerra sólo se puede caminar por el campo de batalla, nunca elevarse por encima de este -entonces la sonrisa yla risa regresaron. -Este honor sólo puede ser tuyo. Nuestros hermanos entraránenrazónal final. Deja que algunos hagan mohines yensecreto diganque sonla mejor opción, porque al hacerlo demostrarás por qué ellos no lo respaldanconpalabras yhechos. Aceptaránla decisiónde padre, Horus. Tú ya lo has hecho. Angronylos demás... sólo tienenque verlo. Así como me necesitas ahora para decirte lo que ya sabes.

-Tal vez sí -admitió Horus. -Siempre has sido mi conciencia, Sanguinius. Nunca olvidaré lo mucho que valoro eso.

El ángel le depositó fuerte atención, tanta como el impacto de unproyectil de bólter contra ceramita y que hizo que el sirviente se contrajese ytartamudeara. Sanguinius saludó conla copa. –Tú nos conducirás a una gloriosa victoria final ennombre de padre, hasta los confines de la GranCruzada. Creo esto concada fibra de mi ser -Sanguinius apuró el vaso conformalidad ritual. -Y voya hacer todo lo posible para ayudarte conesto, el tiempo que haga falta.

Conunmovimiento de cabeza, el ángel arrojó la copa enel aire yel sirviente avanzó sinproblemas, abriendo sumano de ocho dedos para coger el vaso tirado ysinesfuerzo. La unidad Ocho - Ocho -Kappa - Dos devolvió el recipiente para beber a uncarro de servicio, limpiándolo mientras volvía.

Sanguinius comenzó a alejarse. -Te dejo contus pensamientos, hermano. Y aprovechar al máximo

este momento de calma, porque dudo que tengas muchos más contunuevo oficio. -

Espera -llamó Horus. -Tengo una pregunta para ti que sólo ahora viene a mí.

-Responderé si puedo.

El señor de la guerra no se volvió para mirar a suhermano mientras hablaba. -Nunca te he preguntado por tus *dones*, Sanguinius -el sirviente sintió que el otro primarca se tensaba ante las palabras. -Nunca he preguntado por tusentido de... prever eventos futuros.

-Nada tangrandioso -objetó el otro primarca. -Unatisbo, nada más. Unmayor sentido del instinto que a veces se me revela ensueños.

-Enefecto -respondió Horus. -Dime, entus sueños, ¿has visto alguna vez que este día se desarrollaba? ¿A nuestro padre, despidiéndose de la Cruzada por razones que no comparte plenamente consus hijos, yeste nuevo laurel sobre mi cabeza? -por finse dio la vuelta para mirar a suhermano a los ojos. -¿Habías previsto algo de esto?

El calor se desvaneció del rostro de Sanguinius. -No. Horus asintió conla cabeza

una vez más.

-Yo tampoco.

SIETE

Llamada a cónclave

Rostros entre el fuego Fría

La cámara de litoclasto estaba llena de legionarios cuando entró el capitánRaldoron, cada uno de ellos sobre unpedestal plano uncono de luz tenue. Cada pedestal estaba ocupado, yninguno presentaba a unhombre por debajo del rango de capitánde compañía. Había cerca de trescientos de ellos, lo que representaba casi todo el complemento de la IX legión. Los colores de sus armaduras eranausteros yde unbrillante carmesí contra las sombras intencionadamente apagadas de las paredes yel suelo de color arena de la cámara.

Unmarcador de runa, que apareció enel interior de sucasco, iluminó el rostro de

Raldoroncuando sumirada cayó sobre unpodio vacío. Ofreció gestos a los otros hombres conlos que pasaba. Nakir y Galánestabanenla fila de atrás; estaba Carminus de la Tercera Compañía, los dedos de subrazo aumentado tamborileando sobre subólter enfundado; Berus, el Alto Guardián, consutúnica roja que cubría suuniforme de campaña negro; el honorable armero Metriculus, siempre mirando a través de los ojos mecánicos forjados para él.

El primer capitánseñaló otros toques de color fuera de lugar enmedio de unmar de rojo. El lobo espacial observador enviado por el Malcador estaba aquí también, yjunto a los guerreros grises había otro conuna servoarmadura negra-pizarra, el blanco puro de sucabello yla barba que enmarcaba sucara llena de cicatrices. El acólito Kreed de los Portadores de la Palabra se cruzó con sumirada.

Raldoronacercó a suzócalo y, congranformalidad, se quitó el casco ylo sujetó a sucinturón.

Contra una de las paredes de la cámara de litoclasto, colocados como unbajo zigurat, había tres podios más, el más alto tallado engranito rojo para imitar la forma suavizada por el viento de un afloramiento de piedra natural. La sala quedó ensilencio cuando Sanguinius surgió a través de una escotilla ovalada yse acercó a la alta posiciónventajosa. A sus lados estabanAzkaellonyZuriel y ellos le siguieron, dejándose caer sobre una rodilla. Los ángeles sangrientos reunidos hicieronlo mismo, ydesde el rabillo del ojo Raldoronvio a Kreed yRedknife dando idénticas inclinaciones estudiadas.

-Levantaos -dijo el primarca. Susonrisa de siempre era una ausencia notable. –Llamo a cónclave.

- Y nosotros escuchamos la llamada. -la voz de Raldoronfue sólo una de las elevadas lo suficientemente fuerte como para hacerse eco de las paredes.

-Los protocolos de la flota estánenalerta máxima -continuó Sanguinius, sus palabras fuertes y resonantes enla quietud de la cámara. -Nuestro curso yobjetivos no hancambiado. Pero después de lo que vimos enPhorus... -suaspecto noble se puso rígido. –Os he traído aquí para que podamos hablar como uno solo. Vosotros sois mis hijos, mis espadas. Haremos ycontestaremos las preguntas
juntos. Hablad libremente. -Mi señor.

Raldoronreprimió unbreve tic de diversiónante el primer guerrero enromper el silencio. Podría haberse jugado el rescate de unprimarca enoro contra la certeza de

que el capitánde la Quinta Compañía hablaría antes de que todos los demás. Amit se puso de pie conlos brazos cruzados sobre el pecho, sus ojos oscuros parpadearon. -¿Qué puedes decirnos sobre lo que hemos visto?

-Phorus era una advertencia, capitán-dijo el primarca, aceptando la inmediatez del desafío de Amit sincomentarios. -Ungrangesto por parte del enemigo, sinduda concebido para infundir el miedo en los corazones de los que llegaranpara oponerse a ellos.

Amit llamó la atenciónde Raldoronyle dirigió una mirada; entonces de pronto pareció perder definiciónyse volvió irregular, como el retorno de unsensor de baja potencia. Ondas de color cruzarona través de él antes de que suimagense estabilizara de nuevo. Como muchos de los ángeles sangrientos enla cámara de litoclasto, el capitánAmit no estaba presente físicamente. Enese momento, él estaba de pie enunportal de transmisióna bordo de la barcaza de batalla *Victus*, enel lado opuesto de la flota. Proyectores yrepetidores hololíticos incrustados entodos los zócalos permitíana cada comandante de compañía estar yser parte de la reunión, sinque tuvieranque viajar consus propias naves. Las necesidades de potencia ycapacidad de procesamiento de los cogitadores para operar los múltiples flujos de comunicaciónholográfico entiempo real eranaltas, yel sistema se usaba muypoco a esta escala. Más allá de la gama de unos pocos días luz, el retraso enla transferencia del mensaje se convertía enproblemático ydifícil de manejar, pero conla masiva flota enlas proximidades de la cámara estabanllevando a cabo sufunciónperfectamente.

-Señor, unmundo enllamas no me concierne -Amit hizo ungesto hacia el aire. -Pero una sombra sobre cada sol... -dejó la frase enel aire.

-Este... *velo*... -empezó a decir el capitánNakir. El nombre de fantasía para el efecto había sido acuñado por uno de los hombres de la almirante DuCade, yundía después se había extendido a lo largo de toda la flota. -¿Qué clase de arma es? ¿Qué puede matar la luz de las estrellas?

-Las estrellas no puedenser asesinadas -HelikRedknife habló sinesperar a ser tenido encuenta, con una burla leve ensuvoz. –Lo sabría.

El labio de Nakir se curvó. -Pero algo se ha hecho, yenuna escala que empequeñece todo lo que me he encontrado.

-El universo es unencuentro conlo desconocido -ofrecido Redknife crípticamente.

-Eso siempre ha sido así.

-Tal vez, capitánlobo -Sanguinius miró al otro guerrero. -Pero es el deseo de mi padre del que todos sabemos lo mismo -hizo una seña a Zuriel. –Cuéntales.

El guardia sanguinario presentó una placa de datos empezó a leer la misma envoz alta. -Esto es desde el registro de la flota. Naves enformaciónde piquete entre las alas de retaguardia informaron que una masa opaca semejante a una nube de negro se ha formado a seis punto tres días luz más allá de la radiobaliza exterior designada del cúmulo Signus. Las observaciones ópticas de largo alcance entodas las direcciones parecenapoyar la conclusiónde que esta masa ha cubierto por completo el
sistema.

-¿Es una forma de desplazamiento? -dijo Galán. -Hayhistorias de mundos enteros que caenal immateriumdespués de eventos catastróficos. ¿Podría ocurrirle eso a todo unsistema estela, ya nosotros conel?

Cerca de allí, Metriculus se acarició la barbilla, desechando la cuestión. -La energía para lograr tal resultado sería probablemente mayor que la suma de la produccióntotal de la propia galaxia. Es irracional concebir…

-¿Sonestos tiempos racionales? –la respuesta de Redknife era casi unsusurro.

El primarca negó conla cabeza lentamente. -Seguimos enel espacio normal, capitánGalán. Nuestros navegantes lo confirman, a pesar de que dicenque hanperdido todo contacto conbalizas de disformidad más allá de la línea del velo.

-Los cronógrafos se hanvisto afectados -informó Zuriel. -ytambiénlo hanhecho nuestras comunicaciones. Las señales voxdirigidas al velo sonreflejadas. Los astrópatas... -vaciló, disparando al Ángel unvistazo antes de continuar. -Unastrópata a bordo de la *Ignis* intentó hacer un envío a través de la barrera. Afirmó que fue asaltada por gritos, ecos enloquecidos de supropia voz telepática.

Azkaellonhabló por primera vez. -Se quitó la vida poco después. Raldoronde

repente se sintió obligado a hacer la pregunta. -¿Cómo?

-Se rompió supropio cuello -dijo el comandante de la Guardia, zanjando el asunto.

Sanguinius juntó las manos ante él. -He ordenado que una sola nave se retirase de la flota, el crucero *Helios*. Ellos estánsiguiendo uncurso inverso de nuevo a nuestro

camino de aproximaciónal cúmulo Signus. Sus órdenes sonllevar a cabo unexamendetallado de este fenómeno.

No le dio voz, pero Raldoronvio la preocupaciónenlos ojos de suprimarca, yla encontró reflejada enlas caras de cada uno de sus hermanos.

-Los Nephilimno tienennada más que trucos –subrayó el alto guardiánBerus, mirando a su alrededor yobteniendo los gestos de asentimiento de muchos de sus hermanos. La imagende Berus crepitó por una lengua de estática. -EnMelchior vimos de lo que soncapaces. Creo que lo que encontraremos aquí sonmás de sus juegos mentales yfuegos fatuos -sonrió sinhumor, mostrando una salvaje ydesagradable mueca. -Esto es lo que hacen, hermanos. ¡Nos asaltanbajo el pretexto de poderes sobrenaturales ybrujería! Es la guerra que sólo tiene éxito contra los más débiles y crédulos.

-Vi arder Phorus. Todos lo vimos. Eso no era una ilusión–replicó Amit.

Raldoroncoincidió consucompañero. -Los cadáveres ylos restos de naufragios. El planeta en ruinas yla barrera. No podemos negar estas verdades, mis hermanos. Nada de lo que hemos visto desde que entramos enel cúmulo Signus es similar a cualquier arma conocida utilizada por los Nephilim.

-O cualquier otro enemigo, encualquier caso -añadió Galán.

-¿Si se me permite dar una opinión? -todas las cabezas se volvieronhacia el Portador de la Palabra, cuya imagenbrillaba ysaltó al filtrarse desde el puente de la *Página Oscura*. El primarca asintió hacia Kreed ycontinuó. –Lo que dice el capitánRaldorones correcta, igual que es lo que el guardián estima. Pero lo que no tienenencuenta es la forma de pensar de estos monstruos. La legiónno tuvo el privilegio de desangrar a estos xenos como lo hizo la vuestra, pero lo que me handicho de ellos me hace pintar el cuadro de unenemigo tenaz. Y si, como creemos, el Khanefectivamente arrasó su planeta de origen, entonces tal vez se tratende los últimos de suespecie enel universo -él extendió las manos. -¿Cómo podemos saber qué tácticas emplearáncuando susupervivencia está enjuego?

El rostro de Amit se retorció yseñaló al acólito conel dedo, provocando que suholograma tartamudeara. –Tú trajiste esta misiónpara nosotros, mensajero. ¿Sabes más de lo que has revelado?

Por unmicrosegundo, Raldoronvio undestello de incertidumbre enlos ojos de

Kreed; luego se fue y él negó conla cabeza. -Sólo puedo ofrecer mis impresiones como unextraño. Más allá de eso... *no puedo hablar*.

-La verdad de esto saldrá a la luz -las palabras de Sanguinius silenciaroncualquier ulterior conversación. -Mientras que la *Helios* emprende sumisión, tambiénhe ordenado a la *Hermia* destacar una fuerza de legionarios yadelantarse hacia Signus VI, el planeta conocido como Holst.

-¿El mundo colmena? -dijo Redknife. ¿Es eso prudente?

-Una única nave enlugar de la flota -interrumpió Azkaellon. -La *Hermia* posee capacidad de camuflaje. Será capaz de alcanzar una órbita de despliegue conuna probabilidad mucho menor de ser detectada.

-Holst está tansilencioso como cualquier otro mundo eneste sistema -continuó el primarca -pero si está intacto, podremos ser capaces de aprender más acerca de la invasión. Incluso puede haber supervivientes.

Kreed inclinó la cabeza. -He enviado al capitánHaroxydos de mis mejores rastreadores para ayudar enla operación. Si alguiensigue vivo enHolst, ellos les encontrarán.

Redknife levantó una ceja. -¿Rastreadores? -repitió dubitativamente.

El acólito olió la púa implícita. -No sólo los lobos sabencazar, capitán.

El Ángel escrutó sus rostros. -Mientras tanto, volved convuestras compañías ypreparaos para la guerra -suaspecto se hizo sombrío. -La batalla que está ante nosotros va a ser diferente a cualquiera que hayamos enfrentado. Lo sé enmi sangre. Vamos a ser probados, mis hijos.

Raldoronlevantó supuño de hierro ylideró la disolucióndel cónclave, como era deber del primer capitán. ¡Por Baal yTerra! ¡Por Sanguinius yel Emperador!

-¡Sanguinius y el emperador! -el grito hizo eco entoda la flota.

El Stormbird salió explosivo de la bahía de lanzamiento de popa yempujado a una curva de rodeo a través de las inertes boquillas propulsoras del *Hermia*. La nave de desembarco enroscó alrededor del crucero de los ángeles sangrientos ypasó por la agrupaciónde restos que la nave más grande utilizaba como cobertura. Una vez, los

muelles de transferencia orbitales habíansalpicado los anillos de hielo brillantes de Holst como piedras preciosas engarzadas a lo largo de uncollar, pero ahora no eranmás que colecciones de fragmentos de metal. Los restos de chatarra se habíandispersado enel halo del planeta, alterando los planos chispeantes de polvo ylas lunas pastoras. Era el camuflaje ideal para el crucero yel Stormbird, permitiendo que el primero se acercara yel segundo hiciera un sprint el resto de la distancia a la capa atmosférica. Caídas periódicas de escombros lloviánsobre el mundo de hielo, yla Stormbird se movió dentro de una franja de tales restos. Si las unidades enemigas estabanviendo los cielos, no seríancapaces de localizar la nave de desembarco de entre los restos ardientes.

Esa era la teoría, por supuesto. La realidad era que, si los servidores pilotos que pilotabanel Stormbird Delta- 25 *Águila de la sangre* no erantanbuenos como prometían, todos a bordo morirían enuna ardiente colisiónmucho antes de ejecutar el descenso planetario.

Meros descartó la idea mientras se destrabó de sus sujeciones yse trasladó para asegurar suarma y pertrechos de guerra auxiliares enpreparacióndel aterrizaje. De una forma uotra, pronto estaríanen la superficie helada de Holst.

Sarga pasó por sulado, quienle dio unguiño. -¿Listo para esto? -Siempre -dijo el

otro ángel sangriento, desviando suatención.

Meros le miró yvio a Sarga observando al capitánHaroxylos otros dos portadores de la palabra que se incorporaronenla popa del Stormbird. Los tres legionarios envueltos ensuservoarmadura de granito gris ya estabancompletamente sellados ensus trajes; de hecho, Meros señaló que habían llegado desde la *Página Oscura* conel casco ensulugar ylos mantuvierondurante la conferencia de pre-lanzamiento ydespegue. Haroxysus hombres estabaninclinados hacia delante, cada uno absorto enlas páginas de unlibro pequeño que conectado a una bolsa enel cinturónpor una cadena
inquebrantable. Las cadenas de cada uno llevabanuna sola medalla de plata, aunque Meros no podía distinguir el diseño estampado enél. -¿Qué piensas que estánleyendo?

Sarga se encogió de hombros. -¿Doctrinas de Batalla, tal vez? Ya sabes, le pregunté a uno de ellos si podía verlo yél me mostró una página. No entendí una palabra. Todo está escrito enunviejo sistema de escritura cuneiforme.

-Untexto probablemente Colchisiano -sugirió Meros, volviendo al compartimiento. -Tal vez cuando volvamos puedes pedirle a Kreed que te lo lea.

Enel estante de armas, Meros tomó supistola bólter ydeslizó el pasador antes de meterlo profundamente ensufunda de cadera. Detrás de él, oyó la escotilla del compartimiento trasero abrirse ycerrarse, yde pronto sintió una mano ensuhombro.

Levantó la vista hacia una cara seria oscuro. -¿Kano? Suhermano de batalla asintió.

-Decidí unirme a vosotros.

-No lo entiendo -dijo el apotecario, mirando alrededor del compartimiento donde estabansentados los otros ángeles sangrientos. -Pensaba que tenías que permanecer a bordo de la nave insignia con Raldoron.

-El primer capitánpuede sobrevivir sinmí untiempo -Kano mostró una breve sonrisa, pero parecía forzada. –Le pedí unfavor. Necesitaba... -vaciló, corrigiéndose. -Quería echar unvistazo por allí -el legionario señaló conla cabeza enla direcciónal planeta.

-Pensaba que yo era el temerario, siempre expuesto al peligro. Se suponía que tenías que ser sensible, todo estudioso yatento... -Meros vio que Kano ya tenía unbólter colgando del hombro. -No voya decir que no esté contento de tenerte conmigo, hermano. Es sólo que ha sido inesperado.

La vacilaciónfue visible de nuevo, yesta vez Kano no intentó ocultarla. Conocía a suviejo amigo demasiado bien. -Todo enesta misiónha sido inesperado.

-Sí, no te lo discuto -asintió Meros, mirando a sucompañero. -Ahora, ¿por qué no me dices lo que realmente ocupa tus pensamientos? No será ese cráneo de hierro de Annellus, ¿verdad?

-¿El guardián? No -Kano frunció el ceño. -Él me cree unobjetivo a mantener ensuvista, eso es cierto. Pero he decidido quedarme tanlejos de él como pueda -se inclinó, hablando envoz baja. -Has oído hablar de las muertes, ¿no?

-Unastrópata, enla *Ignis*. Kano asintió. -¿Y el resto?

Eso paró enseco a Meros. -¿Había otros? ¿Otros astrópatas?

-No, todavía no entodo caso. Pensé que podrías haber oído algo del personal

medicae enla *Lágrima Roja*. -Hizo una pausa. -Suicidios, Meros. Ninguno de la legión, pero si unpuñado de tripulantes, siervos. Todos ellos se quitaronla vida después del... del *signo* de Phorus.

El boticario lo consideró. Era una dura realidad que algunos humanos no aumentados simplemente no pudieransoportar las presiones mentales de los viajes espaciales prolongados ylas operaciones de combate. Muertes, a veces auto-infligidas, otras por arrebatos emocionales incontrolados, eran lamentablemente unhecho cotidiano entre las tripulaciones navales. Kano le dijo esto a Meros.

-No si todos lo hicieronal mismo tiempo. Enocho naves diferentes, exactamente enel mismo instante.

-Una coincidencia.

Kano negó conla cabeza. -Yo no creo enellas -puso sumano sobre el hombro de Meros, una vez más. –Debes creerme, hermano. Déjame oírte decir las palabras.

Meros rompió enuna sonrisa confusa. -Por supuesto que sí, idiota. Te debo la vida. Esa deuda te otorga mi apoyo hasta la tumba.

El otro guerrero lo guio más abajo por el pasillo central del Stormbird, donde el rugir de los motores era lo suficientemente alto como para cubrir la conversacióndel alcance del oído de los demás. -Tengo que decírselo a alguien-dijo Kano, girando sumirada por uninstante hacia el interior. -Meros, *vi* algo.

El apotecario no dijo nada, mantuvo una expresiónneutra mientras Kano le contó el sueño vívido que había venido a él enla celda de meditación, la caída sinfinyel ángel sangriento, manchado de vitae.

Meros habíanvisto muchas caras del hermano Kano enlos años que habíansido compañeros de armas; lo había visto eufórico enel momento de la victoria, ensupunto más bajo durante una larga noche de combates cuando la muerte parecía cierta. Furioso yenfurecido, feliz yriendo. Pero nunca esto. Nunca *desconcertado*.

Se tomó unmomento para asimilar las palabras del exbibliotecario, a sabiendas de lo que podrían significar. Meros no insultaría a Kano por sugerir que podría haber sido más que unsueño; suamigo estaba entrenado enlas artes de la mente, yde todos ellos él notaría la diferencia. -Si el guardiánse entera de esto, te retiraránde las líneas, censurado.

-Por lo menos -dijo Kano amargamente. -Si no fuera por la insistencia del propio primarca, todos los Ángeles Sangrientos que compartenmi habilidad podríanhaber corrido la misma suerte que los psíquicos de los Puños Imperiales, aislado yencerrados lejos de nuestros hermanos. Si los Vigilantes se hubieransalido conla suya, habría sido desterrado de nuevo a Baal.

Meros se cruzó de brazos. -¿Qué piensas hacer? -No estoyseguro.

La vibraciónconstante de los propulsores de la Stormbird cambió de tono, yla cubierta tembló bajo sus botas. -Estamos entrando enla atmósfera de Holst -dijo Meros.

Kano asintió, dándole la espalda. -Gracias por tuconsuelo, hermano. Manténesto entre nosotros por ahora, ¿vale?

-Lo juro -asintió Meros, incluso cuando él se dio cuenta de la cantidad de palabras de suamigo que le habíanturbado.

Delta- 25 águila de la sangre gritó al atravesar la regiones exteriores del cielo del mundo colmena, dejando tras de sí una estela de gas plasmático caliente yaire desgarrado. Una lluvia de fragmentos
metálicos de los bancos de restos orbitales ardía a sualrededor, convirtiéndose enbreves destellos de inmolaciónantes de desintegrarse bajo las increíbles temperaturas enla zona de interfase.

Baniol era el director de vuelo, atado al asiento enla parte trasera de la angosta cabina de vuelo, resistiendo la fuerza de gravedad del descenso contoda la fuerza que pudo reunir. Como Tolens, el ingeniero enel asiento detrás de él, Baniol era unsiervo de la legión. Eso significaba que era un auxiliar humano al servicio de la flota, unhombre ordinario encomparaciónconlas máquinas de guerra orgánicas enjauladas enel compartimento de tropas del Stormbird. Una vez, Baniol había soñado conconvertirse enuno de ellos, unmarine espacial, pero ese sueño se había desvanecido hace mucho tiempo, muriendo enla fría luz de la realidad. Había sido considerado demasiado débil. Demasiado humano.

Y recientemente, los sueños de Baniol se habíandirigido a unlugar que ya no quería visitar. El piloto había sido capaz de ocultar el efecto de los estimulantes que solía usar para permanecer despierto, al menos al principio. Pero ahora tenía miedo de que los demás pudieranverlo. Baniol tenía miedo de que los legionarios pudieran*olerlo*.

Tenía miedo la mayor parte del tiempo, de hecho. Sobre todo porque los sueños habíanempezado a colarse ensuvida de vigilia.

Baniol cometió el error de mirar por la espesa ventana de la cabina más allá de la direccióna la agitaciónde los intermitentes fuegos crepitantes de plasma sobre la proa yestabilizadores del Stormbird. Vio *cosas* mirándole desde dentro de las descargas de fuego, cosas que sabíansunombre yqueríanmorderle.

-¡Eh! –gritó Tolens a Baniol, de una manera que dejó enclaro que había estado haciendo por un tiempo. – ¡Mira la separación! ¿Me estás escuchando? Estamos a la deriva, fuera de la trayectoria de planeo -cuando el oficial no reaccionó, Tolens maldijo envoz alta ydesactiva sus correas, saliendo de suasiento. -Baniol, ¿estás dormido o qué?

Algo se rompió enBaniol yse apartó de los controles, mirando al ingeniero contal rostro pálido, tal intensidad de sudoraciónque Tolens realmente retrocedió por el shock. –Los ves, ¿no? ¿Los rostros? ¡Los rostros enel fuego! -él señaló conel dedo a las ventanas. -¡Mira! ¡*Mira*!

Tolens se giró levemente, confundido. -¿De qué estás hablando…?

-¡Puedes verlos! Baniol no supo de donde vino el repentino estallido explosivo de violencia, pero de repente él estaba fuera de sus ataduras, agarrando Tolens del cuello. Pillándole por sorpresa, Baniol estrelló sucara enla cubierta frene el primer timonel. -¡Mira! -gritó. -¡Puedes verlos!

Los huesos se rompieronyla sangre salió a borbotones. El ingeniero se aflojó ycayó a través de la consola, conlos ojos enblanco vueltos del revés ensucabeza.

El oficial de vuelo gimió yse golpeó la cabeza, el pánico ardía ensuinterior. Eso no era lo que tenía que suceder. Él parpadeó a través de las lágrimas, mirando la superficie helada de Holst acercándose. Estructuras hechas por el hombre, enormes torres o arcologías ygrandes movimientos de tierra cortados enel permafrost, eranvisibles a través de la constante tormenta de nieve.

Había cometido unterrible error, yahora se había convertido enunasesino. No podía permitir que los legionarios supieranlo que había hecho. No podía volver. Ahora no. Ni nunca. Tenía que asegurarse de que nadie se enterara.

Enel exterior, los fuegos estabangritando yriendo, mirando como Baniol sacó

automáticamente su arma yapuntó a la parte posterior de la cabeza del servidor.

El sonido era inigualable yclaro. No podría haber sido otra que la descarga de una pistola láser de pequeño calibre. El ahogado *crack* del disparo golpeó la cabeza de Meros.

-Yo tambiénlo he oído -empezó Sarga, mirándolo desde subastidor de sujeción. Tenía más que decir, pero Meros no lo oyó. De repente, la nariz del Stormbird cayó yla nave de desembarco entró enpérdida, cayendo fuera de curso. Antes de que pudiera detenerse, Meros fue lanzó fuera de la cubierta yabajo de la longitud del compartimiento, lanzado enel caos como cualquier otro elemento suelto enel barco.

Se protegió la cabeza cuando chocó contra los pasillos yfinalmente se estrelló contra una pila de cajas de suministros enla popa del compartimento. Meros pudo equilibrarse de nuevo sobre sus pies, al darse cuenta de que sucaída había sido parada por uno de los portadores de la palabra. Su comandante, Harox, ya se estaba recuperando, tratando de alcanzar la escotilla que conducía a la cabina de vuelo.

Más crujidos de disparos láser sonaronpor encima de sus cabezas, esporádicos yaleatorios. -Capitán...- comenzó Meros. -Espere.

Haroxle ignoró yse arrastró hacia allí, luchando contra la fuerzas de gravedad concada paso. El portador de la palabra apuñaló el panel de control oval de la compuerta ylo espetó. Meros frunció el ceño yse agarró a la barandilla tras Harox.

La amplia forma de la cabeza ylos hombros del capitáneranapenas contenibles enla cabina cuando los disparos láser encontraronsucamino hacia él. El oficial de vuelo disparó salvajemente, lanzando pulsos de luz amarilla efervescente contra las hombreras, torso ycasco de Horax. La pistola láser no era unarma de guerra, más bienunarma de defensa personal, ysólo ungolpe afortunado enlas lentes oculares del casco del legionario habría demostrado ser peligroso para él. Las descargas de la pistola cortaronterrones candentes enlas capas exteriores del blindaje de ceramita pero no lo penetraron.

Haroxse tambaleó hacia delante, llenando consumasa la cabina de vuelo. Meros llegó tras él a tiempo para ver al portador de la palabra quitarle el arma de la mano del siervo conun*chasquido* de huesos que se rompen. El golpe llevó la fuerza suficiente para hacer rebotar el hombre enla parte interior de la cabina yde vuelta al

agarre de Harox.

-¿Qué es esto? -tras suceñuda rejilla de respiración, la voz del portador de la palabra era sonora y temible.

Meros procesó la escena enuna fracciónde segundo, los procesos acelerados de sumente transhumana seleccionando al ingeniero de vuelo muerto enla cubierta, los servidores ejecutados, los sonidos de los sistemas de alerta de la Stormbird. Vio que el cogitador de piloto automático estaba hecho chatarra, así como los reguladores de empuje ylas unidades voxde largo alcance.

-Es... *suicida* -dijo. La palabra retumbó ensupecho como si llegase tras ungolpe.

-¡Las caras, las caras! -los ojos del siervo se hincharonylos músculos de sucuello se tensaroncomo cables de acero, mientras se agitaba ante el casco de Harox, arañando sus lentes de color jade. Trató envano de arrancar el casco del capitán, tirando desesperadamente de los cierres enel cuello. -¡Puedo ver las caras, tenéis que verlas también, las caras yel fuego yla sangre! El rostro, el rostro de…

Las palabras del hombre terminaronenuncrujido húmedo cuando Haroxle aplastó la tráquea y arrojó el cuerpo. El portador de la palabra dio unpaso hacia delante, mirando a través de la cubierta mientras el suelo se acercaba rápidamente. Los afilados picos de las delgadas montañas de hielo brillaronal paso de las puntas de las alas del Stormbird. –Ángel sangriento -dijo, sinmirar a Meros. ¿Puedes pilotar esta nave?

Meros le dejó a unlado ensucamino hacia los controles de vuelo auxiliares. -Una pregunta que debería haber considerado antes de matar al siervo consus manos -sombrío, se acomodó enla silla y se apoderó de los controles. Eranpequeños para sus manos blindadas, como algo hecho para unniño enlas garras de unadulto. -Supongo que lo averiguaremos. Diles a los demás que se aprietenlos cinturones. No vamos a tener la oportunidad de unsegundo intento.

Cada una de las Legiones Astartes proporcionaba a sus guerreros unprograma de entrenamiento hipnótico que les daba unconocimiento básico de las operaciones convehículos. Los legionarios fueronimprimados conel conocimiento de cómo manejar unidades aéreas de superficie ycomunes como skimmers, speeders artillados ymotojets; pilotar unStormbird estaba enel límite de estos conocimientos.

Meros se permitió olvidar por unmomento que era unapotecario, entregando sus

reflejos a los programas de memoria muscular arraigados profundamente ensumente. Recordó cómo pilotar la Stormbird de una manera distante, conla claridad de unhombre cantando de nuevo una melodía medio oída.

No había tiempo para hacerlo de manera limpia o cuidadosa. El ala de babor del Stormbird recortó el vértice de unpilar de hielo azul yblanco, disparando una hoja de nieve yel hielo alrededor de ella, sacando a la nave desembarco de surumbo. La colmena primaria de Holst se extendía ante la nave enuna vasta extensiónde rococemento, una docena de estrechas torres triangulares dispuestas entorno a unsolo cono gigante, interconectados por cientos de viaductos aéreos ylíneas de monorraíl entodos los niveles. Las torres colmena surgíande una cúpula geodésica baja yaplanada que a suvez estaba enel cruce de varias carreteras de varios carriles. No había nada parecido a una pista de aterrizaje visible a esta altura, ycontodo el daño a los controles era muypoco probable que el aterrizaje vertical estándar del Stormbird fuera operable.

A medida que la nave se deslizó por el aire congelado, sumergiéndose enlos duros vientos cruzados frente a las torres, Meros extendió los patines de aterrizaje de la parte inferior del fuselaje.

Encircunstancias normales, las carreteras ylos complejos de Holst estaríanprotegidos de las condiciones climáticas asesinas del planeta gélido por campos de fuerza. Las barreras invisibles desviaríanlas nieves ycortaríanlos dientes de los vientos, pero estaba claro por la pátina casi uniforme de color blanco grisáceo enlos caminos que el sistema había estado inactivo durante muchos días. Abultamientos bajo la nevada de metros de espesor ocultabanlos cascos de camiones
de carga estancados desde las minas de hielo, abandonados a la congelacióndonde se detuvieron.

Meros gritó una advertencia al canal voxgeneral yactiva los retropropulsores, pero los daños enla cabina del piloto erandemasiado graves.

El Stormbird Delta- 25 *águila de la sangre* cayó del cielo brumoso directo hacia una autopista, con sucasco carmesí aúnchisporroteante conel calor de la reentrada. Aterrizó mal, arando unbanco de nieve ylos obstáculos ocultos bajo el, levantando nubes de hielo. El metal se cortó yse separó, el ala de babor se arrugó cuanfuelle yel casco se torcido sobre sí. La nave de desembarco continuó su frenada

enundeslizamiento incontrolado que lo llevó por uncamino ribeteado conescarcha de un kilómetro de largo antes de que la velocidad finalmente se desangrase hasta desaparecer.

El casco la nave crujió ygolpeado cuando penachos de vapor expulsados al aire inmediatamente se congelaronde nuevo enuna nueva lluvia de granizo metálico.

El capitánde navío Godolfanse inclinó hacia delante ensusilla de mando ymiró a través del puente, a los ojos de la proa de la *Helios*, como si pudiera intimidarla para que le diera respuestas. Se frotó la barbilla bienafeitada. -Esto es condenadamente curioso -dijo, suacento enigmático envolviendo la declaraciónconunacento estudiado.

Cuando el crucero acortó la distancia conla barrera oscura alrededor del cúmulo Signus, el estado de ánimo enel puente de Godolfanhabía decaído hasta el silencio. Poco a poco, sus ocupantes abandonaronel griterío de órdenes, los rumores yel normal sentido de la profesionalidad había dado paso a otra cosa. No era miedo; se negaba a llamarlo así. *Temor*, tal vez.

Era difícil no mirar hacia ese muro impenetrable de humo negro yno sentir que algo había salido profundamente mal enel universo. Seis décadas de servicio enlas fuerzas armadas imperiales le habíanmostrado a Godolfanmuchas cosas ylo había llevado a muchos lugares, pero la enorme *equivocación* de la extraña mortaja le afectó de una manera que encontró difícil de articular.

De hecho, no debería haber sido tanpreocupante; sólo era oscuridad. Nada más que unfenómeno estelar extraño, ungranocultamiento cósmico auspiciado por los enemigos de la humanidad. Preocupante, de hecho, incluso formidable. Pero nada que minase la voluntad de unhombre.

-¿Distancia al borde interior? -la pregunta vino del capitánReznor, unteniente comandante de la 164ª Compañía. El descomunal legionario estaba cerca de la alcoba de artillería, conel rostro enmarcado por halcones pelo largo ynegro. Reznor era parte de una fuerza de cincuenta ángeles sangrientos a bordo de la *Helios*, de acuerdo conlas órdenes del primarca de investigar e informar sobre lo que la tripulaciónde siervos llamaba el *velo*.

Cuando la respuesta no llegó, Godolfanmiró a suoficial de augures. -¡Respóndale,

teniente Dequen!

La jovenmanipuló suconsola conuna creciente sensaciónde la agitación. -Lo haría si pudiera, señor...

El rostro de Godolfanse retorció enuna mueca yse levantó de la silla, como unave al acecho por toda la sala. El capitánhabía nacido enlos anillos orbitales de Enigma ytenía unandar delgado, largas piernas típicas de suvida de baja gravedad. -Explíquemelo -le preguntó, estirándose sobre

Dequenpara mirar enlas profundidades del holograma que mostraba las lecturas de los augures.

-Señor, no puedo dar una resonancia porque las rejillas auspexniegana establecerla -ella señaló un panel de datos envueltos enungalimatías enla pantalla. –Enuninstante tengo unnulo, casi como si los sensores hubiesensido desconectados. Al siguiente, los escáneres parecenestar reflejándose de nuevo a nosotros, desfasados ydesincronizados. El resto de ocasiones, he detectado firmas energéticas que no tienensimilitud connada enlos registros... -ella frunció el ceño. -Ahora mismo tengo unretorno que muestra materia orgánica ahí fuera.

-¿Orgánico? –repitió Godolfanconincredulidad. Sí, señor -dijo Dequen.

El capitánse dio la vuelta. -Tenemos que estar cerca, capitánReznor. Estos efectos puedenser un subproducto de la creaciónde la barrera -volvió a mirar a la ventana principal.

Los vapores negros ondeabana través del vacío, sumovimiento yforma erandistintas a toda nebulosa o nube de polvo. El velo se movía de manera que podría convencer a unhombre que tenía intención, tentáculos que parecíanavanzar vacilantes hacia la *Helios* como los dedos de unniño curioso, retirándose furtivamente antes de hacer contacto.

-Lo más probable que tengo. Diez kilómetros yacercándose -ofreció Dequen.

-Parada total -ordenó el capitán. –Mantened la posición-el oficial enla consola de navegación respondió afirmativamente, pero los movimientos de la nube no retrocedieron. -¡Dije parada total! – espetó Godolfan.

-Es el fenómeno quienestá enmovimiento, no la nave -dijo Reznor.

Godolfanfulminó conla mirada a la masa de negro, creciendo suirritación. Era

unhombre de la racionalidad yfrías certezas yno le gustaba nada aquello que desafiaba sus intentos de clasificarlo.

Las formas se movíanahí fuera, detrás de las capas más externas del velo. Formas fantasmales que erandemasiado regulares para ser remolinos de polvo cósmico o energía radiante. La mirada del capitánvio ojos ybocas, las siluetas de grandes rostros llenos de colmillos ydientes, negro sobre negro, todos ellos sonriendo a suvez.

Se reunieronbajo el ala de estribor intacta del Stormbird. Conla nave de desembarco enesa posición, el enorme velamense curvaba sobre las cabezas de los legionarios, protegiéndolos de la incesante nevada. Fluidos goteabande las grietas enel fuselaje, el combustible restante se derramaba fuera de los tanques perforados para formar enla autopista. Alrededor de los bordes de los charcos ya se estabanformando placas de hielo; el increíble frío de Holst increíble era lo suficientemente potente como para congelar promethiumlíquido.

Kano encontró a Meros atendiendo a unlegionario de la escuadra táctica. El giro inesperado del apotecario a los controles de la nave de la gota los había traído de forma segura, aunque *segura* fuera untérmino relativo. Ninguno de los ángeles sangrientos o portadores de la palabra de Haroxhabía muerto enel accidentado aterrizaje, pero si hubo algunas lesiones menores. El sargento Cassiel llevó a cabo unbalance de susituación; a todos los efectos estabantotalmente operativos ysudespliegue había comenzado.

Kano casi sonrió ante la estoica ydirecta lectura de Cassiel de la situación. El Stormbird nunca volaría de nuevo, pero eso sólo sería unproblema si necesitabanhacerlo.

-Estamos aquí, estamos listos para continuar conla misión–estaba diciendo Cassiel. -Meros, ¿puede el hermano Xaganluchar? Sucasco asintió hacia el guerrero herido.

Antes de que Meros incluso tuviera la oportunidad de responder, Xaganapartó al apotecario de su camino ydio unpaso hacia delante. -No es asunto mío si alguienquiso pilotar el Stormbird como una cápsula de desembarco, hermano sargento. A sus órdenes, señor.

-Eso es unsí –añadió el cansado Meros.

-No considero prudente alejarse del lugar del accidente –el capitánHaroxysus dos hombres resultaronilesos yse habíannegado rotundamente a cualquier examende Meros enbusca de lesiones. -Las acciones de susiervo, Baniol… no podemos simplemente ignorarlas.

-Él se volvió loco -respondió Cassiel. –No ha dejado varados aquí. Podría habernos matado enel ínterin. Es preocupante si, pero me perdóneme capitánsi no veo cómo ese incidente nos impide emprender la misiónque mi primarca nos dio.

-¡No tenemos ninguna nave, sargento! ¡Ni unenlace voxconel que contactar conla *Hermia*!

Cassiel aceptó los hechos conunmovimiento de cabeza. -Sí, ambas aseveraciones sonverdaderas. Y cuando no hagamos nuestro primer informe programado, ellos sabránque algo anda mal -mantuvo su mirada enHarox, pero susiguiente pregunta fue dirigida a Kano. –Hermano, ¿cuánto tiempo después de mantener silencio de voxserá declarado unestado de alerta?

-Diez horas estándar -Kano miró a ambos. –Alrededor del anochecer local.

Otro de los ángeles sangrientos lanzó una mirada hacia el cielo oscuro. -¿Esto es el día?

-Trata de mantener el ritmo, Leyteo -dijo el sargento. Luego continuó. -Diez horas, señor. Tiempo más que suficiente para nosotros para explorar los barrios exteriores de la colmena primaria de Holst -Cassiel se detuvo, yal finla pregunta que todos esperabansalió a la luz. A menos, por supuesto, que usted desee ejercer surango yme releve del mando operativo de la misión. Entonces usted podrá hacer lo que quiera. *Señor*.

Haroxno dijo nada bajo sucasco, yKano se preguntó si estaba hablando enprivado consus compañeros. Entonces sutono brusco regresó al canal general. Las órdenes del capitánFurio fueron muyclaras, sargento Cassiel. Esta salida está bajo sumando. Mis hombres yyo seguiremos sus órdenes.

Cassiel asintió. -Así es como vamos a ejecutar esto, entonces: línea de escaramuza escalonada, con separaciónde quince metros. Comprobaciones voxcada diez minutos -se volvió a apuntar en direccióna la autopista. -De acuerdo conlos mapas del signum, este camino conduce al atrio principal de la ciudad alta, así que todo lo que tenemos que hacer es seguirlo. Ajustad todos los sensores termográficos yde

infrarrojos a la máxima agudeza. Si hayalgo remotamente vivo enesta bola de hielo, lo mataremos o rescataremos. ¿Está claro?

Los legionarios asintieronensilencio.

-Entonces movámonos. Xagan, ya que estás tanansiosos de probarte a sí mismo, tomar la iniciativa conuno de los hombres del capitánHarox.

Kano cogió confuerza subólter ytomó sulugar enla formación, haciendo una pausa para echar una mirada retrospectiva al Stormbird caído. Una capa de nieve ya se estaba asentando sobre ella.

-Dale unpar de horas yserá enterrado -dijo Meros de cerca. Miró hacia atrás a lo largo de la línea enel hielo que marcaba sudestino.

-Mi agradecimiento por no matarnos -replicó Kano, tratando de encogerse de hombros. -¿Qué nos vas a hacer ahora?

Meros vio a través de la ligereza de sutono. -Baniol estaba tratando de suicidarse. Igual que los demás. Estaba gritando, delirando. Lo que decía no tenía sentido -el apotecario relató lo que recordaba de las palabras del piloto muerto. -¿Es eso lo que pasó conlos otros, conel astrópata?

Kano negó conla cabeza. -No lo sé -una sensaciónde frío se deslizó por supiel; una imposibilidad física, dado el sello hermético de suservoarmadura yel clima controlado por sus sistemas de soporte vital. -Pero estos sucesos estánconectados. No hayotra explicación.

Encontraronlos primeros cuerpos enel atrio, donde la carretera penetraba enla metrópoli, enel borde de unanexo de varios niveles que comprendía una galería de puestos de venta, uncomedor al aire libre yuna estaciónde monorraíl. Los cadáveres estabandispersos, hasta diez de ellos apiñados enalgunos lugares, casi todos orientados de la misma manera: conla ciudad a sus espaldas yla carretera ante ellos.

Meros vio montones de ciudadanos Signusi muertos tirados junto a los vagones, atrapados o aplastados contra las puertas esclusa que no se habíanabierto.

-Estos fuerondejados donde cayeron-dijo Sarga, mientras se abría camino a través de la escena en silencio. -Y ellos murieroncorriendo.

Los cuerpos estabanpálidos, conlos ojos fríos yciegos mirando a la nada, los labios ennegrecidos abiertos engritos silenciosos. Sucarne estaba extrañamente hinchada

ysólidamente congelada y rimas delgadas de la escarcha la cubrían.

Enlos lugares donde la cúpula se habíanderrumbado enparte, las ventiscas habíanentrado enla arcología, pero ensumayor parte el frío letal se había conjurado fuera de la misma. No había señales de daños estructurales aquí yallá, pues la mayoría de los edificios estabanintactos. La colmena primaria de Holst era una tumba glacial, yconcada paso que dabanlos ángeles sangrientos, sus botas de ceramita crujieronal atravesar la nueva capa de escarcha. Contra el tono blanco sucio de la nieve, las servoarmaduras de los legionarios destacabanenunclaro yestridente contraste. Sólo los portadores de la palabra parecíanmezclarse, tanoscuros como las largas sombras de las torres habitáculos.

De acuerdo conlas órdenes, untecnomarine de la Novena Compañía conel nombre de Kaide estaba documentando todo lo que veían. Él controlaba unservo-cráneo que ejecutaba lentos círculos sobre las cabezas de los guerreros, zumbando ensilencio cada vez que tomaba una picto-captura de la zona. Kaide permaneció detrás del sargento Cassiel mientras este se acercó al apotecario.

-Meros, ¿tienes una teoría acerca de esto? -Cassiel señalo conungesto a los montones de muertos.

Él suspiró detrás de sumáscara de respiración. -Por el biende estos pobres, parece que fue rápido. La muerte les llegó encuestiónde segundos uno a otro -Meros se detuvo ante el cadáver de un hombre entraje de lentejuelas, de la clase favorecida por las camarillas mercantiles extraplanetarias. A juzgar por el corte de suropa yla alta calidad de sus implantes augménticos, este hombre había sido rico; ahora las riquezas de sus arcas no le serviríande mucho aquí.

-No haysignos evidentes de lesiones externas. Mi primera suposiciónes una especie de ofensiva psíquica, tal vez unagente gaseoso o viral de acciónrápida.

-¿Unarma neurónica? -sugirió Cade. –Undisruptor mental tiene efectos similares.

-Nunca he conocido una que pudiera proyectarse sobre una zona tanamplia. Pero eso no quiere decir que sea imposible -dijo Meros.

-Entonces -Cassiel cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Ellos no murieroncomo los de los naves?

Meros sacó lentamente sucuchillo de combate de hoja fractal de la vaina ensumaletero. -Veámoslo -señaló el color gris de la piel del brazo hinchado del

comerciante muerto. -¿Sarga? Si pudieras…

El otro ángel sangriento mantuvo la extremidad rígida confirmeza, yMeros golpeó conel cuchillo en una sola acciónsuave. La carne del cuerpo congelado se cortó conunchirrido peculiar. El corte era irregular, pero limpia a través. Desapasionadamente, el apotecario movió la muestra entre sus manos enguantadas, mirando el muñón. Vio venas estalladas yarterias corrompidas, todo destruido por una fuerza desconocida, todo congelado enuninstante por el brutal frío de la atmósfera de Holst. Pero ningúnhueso.

Meros mostró el brazo cortado a Cassiel. -Iguales -dijo congravedad. -El ambiente aquí conserva los cadáveres de manera diferente, pero murieronde la misma manera.

-Debe haber miles de cuerpos solo enesta zona –la cabeza de Kaide estaba inclinada, pero suvisión llegaba a él a través de los telescopios ópticos del cráneo dando vueltas por encima. -Y toda una ciudad colmena más allá.

-Tambiénotros asentamientos -añadió Sarga. -Esta es la segunda colonia más poblada del cúmulo. -¿Hemos de suponer que toda la poblaciónde Holst se ha perdido? -preguntó Kaide.

-Tienes los ojos enel cielo, hermano -Cassiel estaba sombrío. -¿Ves algo que te diga algo diferente? -el tecnomarine sacudió la cabeza yel sargento presionó sucasco cuando pasó al canal voxgeneral. -Escuadra. Preparaos para pasar al siguiente sector de búsqueda. Todas las unidades, informad de vuestra ubicación.

Meros anotó mentalmente los nombres de los guerreros al tiempo que informabanuno tras otro. El conteo resultó conunhombre menos.

-Xagan, ¿Estatus? –Cassiel le llamó por sunombre, suvoz áspera yelevada.

Kaide ya estaba dirigiendo al cráneo monitor hacia la última posiciónconocida del legionario. -Ha
habido interferencias intermitentes enel principal canal de comunicacióndesde que pasamos los límites de la ciudad -apuntó. -La densidad de los edificios puede estar afectando al vox-pero era improbable, ytodos lo sabían.

Meros seleccionó unmodo de visiónyuna imagensuperpuesta apareció enlas lentes de sucasco, mostrando una serie de iconos que indicabanel estado de las

servoarmaduras de cada legionario en el equipo: verde para normal, ámbar para dañada, rojo para el crítico. Sólo el oficial de mando yla unidad medicae teníanacceso a la recepciónde esa telemetría, ysólo a corta distancia.

El icono de Xaganbrilló de verde a ámbar, yuninstante después una salva de disparos resonó enel aire frío.

-¡Por ahí! -Cassiel salió disparó hacia adelante como uncohete, subiendo los peldaños de unpaso elevado de tres entres. – ¡A todas las unidades, mantenganposiciones yestado de alerta! - no esperó a que Meros corriera enpos de él; sabía que el apotecario se apresuraría.

Corrieronsobre uncésped bordeado de hielo yuna fuente ornamental congelada cuando otra cascada de disparos de bólter se estrelló enla distancia. Meros captó unruido como el de la piedra moliendo piedra yel tintineo de cristales rotos mientras saltó a través de unvehículo de tierra clavado ycorrió hacia unedificio caído de dos plantas.

El icono conel nombre de Xaganparpadeó de ámbar a rojo yluego se oscureció.

La entrada estaba bloqueada. Cassiel abría la marcha, haciendo asideros enel rococemento de la pared, perforándolo consus dedos. El sargento se levantó sobre el dintel del techo derrumbado yse deslizó hacia abajo. Ambas plantas se habíancomprimido enuna, formando unpequeño atrio de piedra rota. Meros se detuvo a nivel del techo, barriendo la panorámica conla pistola bólter, buscando cualquier contacto hostil.

Abajo, unbólter modelo Umbra Ferroxyacía como si hubiese sido desechado enel suelo, el vapor todavía saliendo de suboca. No había ninguna señal de Xagan, pero el piso del edificio era un sumidero desigual, los bordes de la misma rotos enmástiles de barras de refuerzo trenzado yroca fracturada. Cassiel se acercó concuidado al borde ymiró hacia abajo. Sacó unpalo lumínico de una bolsa ensucinturón, lo sacudió hasta que cobró vida yluego lo arrojó enla fisura. Desde suatalaya, Meros vio la caída del palillo que brillaba intensamente distanciándose, atenuándose, hasta que se volvió distante. No parecía haber fondo para la grieta enel suelo, ylos palos de metal dentado que sobresalíanse extendíanfuera de las paredes haciéndolos parecer como si estuvieranmirando la garganta de una criatura monstruosa.

Cassiel llamó al legionario que faltaba por sunombre una vez más, pero

suresignaciónestaba claro enel conjunto de sus hombros. Si el sumidero alcanzaba los niveles inferiores de la colmena, que se extendíanpor debajo casi tanto como las torres que se elevabansobre el suelo, no había manera de que unlegionario, incluso conservoarmadura completa, pudiera caer tanto ysobrevivir. El sargento recogió el bólter, examinándolo. -Esto no fue unaccidente. Xaganestaba disparando a algo. Los dos lo escuchamos. Dos tercios de este cargado hansido gastados –reflexionó.

Las palabras apenas habíansalido de los labios de Cassiel cuando ungrito de rabia ydolor llegó a través de los tejados. La cabeza de Meros se movió, guiada por el sonido, a tiempo de ver la torre
cristalina de una galería caer enuna nube de hielo ypolvo de roca desplazada. –Ha sido al sur -señaló.

-Los hombres de Haroxestánahí –manifestó Cassiel. -No me esperes, ¡ponte enmarcha!

Meros explotó enuna carrera de velocidad a través de la línea del dintel yaumentó el ritmo enun salto al llegar al borde. Las fibras musculares potenciadoras de suservoarmadura convirtieronsu salto enunpoderoso bote que lo desplazó untrecho hasta la siguiente azotea baja. La piedra se astilló bajo el impacto de suaterrizaje, pero no le hizo caso, corriendo, escogiendo la ruta que le llevara a la torre caída lo más rápido posible.

Mientras avanzaba, oyó la voz de Cassiel enel vox. –A todas las unidades, contacto enemigo, vectores desconocidos. ¡Estad listos!

El apotecario hizo unúltimo salto que lo dejo enmedio de lo que había sido una plaza de aparcamiento para taxis automatizados. Vehículos cápsula de tierra llamativamente pintados estaban parcialmente enterrados bajo los escombros de la torre derrumbada, yel aire todavía estaba espeso por una nube de polvo. Meros miró por medio de la visióntérmica de sucasco, barriendo la zona consuescrutinio. Inmediatamente, vio una línea de luz blanca caliente que emanaba de una docena de formas irregulares a pocos metros de distancia. Cambio a unmodo óptico normal, aventurándose a través de la nube de polvo que se disipaba, apuntando consupistola bólter.

Los portadores de la palabra no estabanvinculados al sistema de iconos de estado, pero él tenía el auspexde suguante ylo utilizó para escanear enbusca de señales de vida.

Las lecturas de retorno eranconfusas ysinsentido.

Meros se detuvo, acariciando sublasón. De alguna manera, el esqueleto de acero de la torre caída no se había roto ensucolapso. Encambio, estaba arqueada sobre si, conespinas sueltas abiertas a lo largo de sulongitud como los dedos de una garra de metal. Increíblemente, paneles enteros de cristalplas seguíanensusitio, consus bordes al descubierto ynítidos. Colgabansobre sucabeza como undosel de hachas de verdugo. Unfluido oscuro yaceitoso manchaba muchos de ellos, ymás de ese líquido se extendía entorno a sus botas, emitiendo vapor al enfriarse, coloreando la capa de escarcha de unnegro púrpura.

Él se topó conla primera de las formas calientes enel suelo yel asco atenazó supecho. Las formas irregulares eranpartes de unlegionario, cortado enfinas líneas duras por todo el torso ylas extremidades, a través de las articulaciones yel cuello; ceramita, carne yel hueso, todo troceado en rodajas por una hoja inmensamente fuerte. La servoarmadura de color pizarra del portador de la palabra muerto era lo único que lo identificaba, yconunsobresalto Meros se dio cuenta de que el líquido púrpura era la sangre del legionario. A pesar del horror del cuadro ante él, la extraña vitae llenó sus pensamientos, sus sentidos.

No olía como cualquier otro tipo de sangre que Meros hubiese conocido, ysulegión*conocía la sangre*. Luchó por controlar sus pensamientos.

La mirada del apotecario iluminó la destrozada mitad del casco del portador de la palabra, cortado limpiamente de sucuello conla cabeza todavía enel interior ya continuaciónabierto. Lo que podía ver de la cara debajo era una ruina escarificaciónydensos tatuajes, pero el tono de supiel estaba
mal. Era de color rojo odioso yretorcido. Deformado.

-¡Aléjate de él! -sinprevio aviso, el ángel sangriento fue apartado yempujado por unas manos fuertes. Haroxpasó junto a él, junto al otro portador de la palabra que inmediatamente se interpuso entre el apotecario ylos restos mutilados. -Está muerto -espetó Harox. -Tus habilidades no sirvende nada.

-Yo... -vaciló Meros, todavía tratando de asimilar lo que había sucedido. Levantó suguante medicae, presentando el reductor. -Capitán, si lo desea puedo ser capaz de ayudarle a recuperar la… -hizo una pausa; aparte de Kreed yHarox, ninguno de los otros portadores de la palabra de la *Página Oscura* se había molestado endar sus nombres. -semilla genética de suhermano de batalla.

-No lo deseo -las palabras de Haroxeranmás frías que las nieves de Holst. -Se ha ido, hijo de Baal. Ha caído ydebemos honrar supérdida. En*privado*.

Meros asintió conla cabeza yse alejó. Serpenteó a través de las ruinas hasta las zonas verdes del atrio central, encontrando a Kano ylos otros cavando conlas armas cargadas ylistas.

Cassiel vio los hechos ensusilencio. -¿Muerto?

-Muerto. Uno de los seguidores de Harox, descuartizado como el cadáver de ungroz de arena. -¿Has visto al enemigo? -preguntó Kano.

-No vi nada -admitió Meros. -Nada que pueda explicar.

OCHO

Helios

La ciudadviviente

Exterminatus

El carrusel de los horrores volvió sincesar dese la oscuridad del velo, yGodolfanse apartó de la ventana, sacudiendo la cabeza. Trató de librarse de las imágenes, las ilusiones que sumente perturbada había creado. Lo intentó yfracasó.

-Esto... -Godolfanquedó momentáneamente desorientado yse encogió de hombros. -Esto no es correcto -sumirada derivó al capitánReznor, pero el ángel sangriento estaba distraído, olfateando el aire como unperro de caza.

-El aroma. -el capitáncaminó hacia delante, inclinando sucabeza para estudiar el hemisferio de plastiacero enel techo del puente de la *Helios*, la cara inferior del módulo de hábitat del navegante.

Godolfanmiró hacia arriba yvio algo que brillaba alrededor del borde circular de la escotilla de presión: una estela de líquido moviéndose enunarco lento alrededor del borde de la trampilla hacia supunto más bajo. El líquido oscuro se concentró yse rindió a la gravedad, emitiendo una gota gorda que salpicó enlas placas de cubierta. Instintivamente, el capitántendió la mano para coger una de las gotas. El grueso líquido cobrizo manchó supalma.

-Retiraos -ordenó el capitán, conla pistola de plasma enascenso enel puño. Otro de los guerreros de Reznor llegó a la consola de control de la escotilla yconel permiso del comandante pulsó el desbloqueo de emergencia.

Una catarata de sangre rancia, más de la que jamás podría contener unsolo cuerpo, salió vomitada fuera del módulo hábitat ycorrió por el suelo. Godolfanse tambaleó hacia atrás cuando manchas del líquido pegajoso yfrío golpearonsumejilla.

Desde el interior del espacio sinluz del hábitat, uncuerpo conropas empapadas cayó hacia fuera, agitando piernas ybrazos enel aire. Sucaída fue detenida justo por encima de la cubierta, pues el cadáver del navegante se mantenía suspendido por el cableado que recorría sucuerpo.

Partiendo del olor, los restos estabanmuydescompuestos; pero eso era imposible. Godolfanhabía hablado conel navegante hacia menos de cinco horas, después de haberse separado de la flota expedicionaria.

-Heridas dijo el otro ángel sangriento, señalando el cadáver. -Igual que las caricias de una garra. Demasiado grandes para haber sido autoinfligidas.

-Ese módulo está sellado -insistió Godolfan. -¡Nada puede entrar o salir!

Hubo unfuerte grito de horror que el capitánreconoció como Dequenyse giró, mirándola retroceder de suconsola, surostro pálido. Tenía sangre enlos dedos de las manos. La teniente salió espoleada de susilla, alejándose.

Lo primero que pensó Godolfanfue que Dequenhabía sido manchada por la misma lluvia de gotas que habíanarruinado la túnica de suuniforme; pero entonces se dio cuenta de que no podía ser así: ella había estado demasiado lejos. Alrededor de la teniente, otros miembros de la tripulacióndel puente estabansiguiendo suejemplo, huyendo de sus paneles conpánico.

-¿Qué estáis haciendo? -exigió. – ¡Preocupaos de vuestras estaciones yvista aguda!

Reznor señaló conundedo blindado. -Sangre -dijo simplemente.

La consola de Dequen, como todas las demás enel puente de mando de la *Helios*, era unintrincada pieza de ingeniería yfina artesanía. Estaba revestido de bronce e Ivorita, conbotones de cristal iluminados ypestañas multifuncionales, tanelegante ahora como lo había sido cuando la nave dejo
las ataduras de los astilleros. Tambiénestaba nadando ensangre acuosa, riachuelos

del líquido carmesí que salíande las entrañas de la consola. De todas las consolas del puente.

El capitánmiró a sualrededor, sincomprender lo que veía, yencontró más rastros de rojo saliendo de las junturas de los mamparos ylos troncos de los remaches. La *Helios* estaba sangrando.

Godolfanoyó unextraño, atonal grito que flotaba enel aire. No tenía ninguna fuente, pero comprendía toda supercepción. Estaba dentro de sucabeza. Avanzó tambaleante hacia el cristal panorámico, suvisiónempañándose, ycayó contra la pared de cristal blindado, sintiendo el frío del vacío exterior incluso a través del espesor de las capas protectoras del casco.

Enel exterior, el humo cauteloso dejó que sus zarcillos se enroscasenalrededor de la nave de guerra yla atrajerana la masa oscura del velo sinfondo.

Para cuando los portadores de la palabra regresaronal atrium, estaba decidido.

-Los Nephilimdebenhaber dejado cazadores enla ciudad, a la espera de cualquier fuerza de rescate -Kano observaba mientras Cassiel hablaba conHarox. -Obviamente, estáncamuflado de alguna manera que los hace invisibles a nuestros auspex.

-Obviamente -repitió el capitán. Suvoz como sonaba como el roce entre pedernales.

El sargento hizo ungesto hacia los jardines pisoteados de la pequeña zona verde a sualrededor. -Esta zona tiene buenas líneas de visión. Nos establecernos aquí yles atraeremos. Kaide ha sembrado el perímetro concables trampa ygranadas perforantes.

El tecnomarine movió sucabeza al oir de supropio nombre, sinlevantar la vista de la placa de datos ensumano. El servo-cráneo de Kaide aúnestaba por encima de ellos, zumbando mientras daba vueltas por los aleros del techo de la grancúpula enunpatrónde vigilancia automática, enbusca de picos térmicos, escuchando por posibles pulsos de alta frecuencia de vocalizaciones xenos.

-Muybien–Haroxno ofreció más, yKano frunció el ceño detrás del casco. Había esperado algún despliegue de emocióndel portador de la palabra. El capitánacababa de perder a uno de sus hombres ysinembargo se comportaba como si estuviera

hablando de unsimulacro enla plaza de armas. El ángel sangriento sabía que sus primos enla XVII legiónse entregabana la furia yjusta rabia, pero no vio nada de eso enel taciturno Haroxysucompañero silencioso. Y teniendo encuenta que sumisiónde búsqueda yrescate apenas si había logrado el primer aspecto de esta descripción, los portadores de la palabra parecíandespreocupados por la ordende Cassiel de atrincherarse y esperar. Cuando Kano trató de poner una descripcióna la conducta de Harox, la única palabra que se ajustó fue "desinteresada".

El guerrero miró hacia otro lado. Tenía ganas de quitarse el casco ytomar una bocanada de aire que no estuviese cerca, fuera del ambiente reciclado de suarmadura sellada, pero Cassiel había dado la ordena todos los legionarios a permanecer concapucha. El hecho era que el aire tóxico de Holst habría sido dañino para sus pulmones después de unpar de respiraciones, pero Kano no podía ignorar la tensiónensuinterior, la fronteriza presiónclaustrofóbica al borde de sus sentidos. *Debí*
haberme quedado en la nave insignia, se dijo. *Este lugar no es más que una tumba.*

-¿Nos sentamos yesperamos, entonces? –preguntó Sarga, haciendo una pausa mientras recargaba el bólter. -Perdemos unStormbird, dos guerreros, ¿ynos sentamos a esperar?

-El enemigo es astuto -respondió Cassiel, silenciando consutono al otro ángel sangriento. –Asalta a hombres solitarios, desapareciendo de nuevo enlas ruinas. Este es suterritorio. Tenemos que atraerlos para que renunciena sucobertura yataquenencampo abierto.

-He visto a los Nephilimde cerca -señaló Leyteo. -Songrandes. Difíciles de ocultarse. No podrías ocultar uno entodo esto.

-Cierto. Pero usaronesclavos humanos de Melchior -Sarga señaló hacia los muertos. ¿Por qué no aquí también?

-Unsoldado conscripto no hizo desaparecer a Xagan-respondió Meros. -Y los esclavos no descuartizana unlegionario.

Cassiel hizo ungruñido a suespalda yavanzó hacia el centro del parque. -Veremos al enemigo muy pronto -lanzó una mirada a Kaide. -¿Alguna comunicación?

La cabeza del tecnomarine permaneció doblada, el ruido de las ráfagas de estática de múltiples canales de datos que iba sintonizando era ligeramente audible.

Cassiel lo llamó por sunombre contoda la irritaciónde alguiena quienno le gustaba repetirse. -¡Hermano Kaide! ¡Atención!

Kano vio la cabeza del tecnomarine ser presa de untirónrepentino, como si le hubierandespertado de unsueño profundo. Oyó el mismo pico de sonido ensus oídos, lejano ycercano al mismo tiempo. No podía estar seguro de lo que emanaba de los canales vox.

-Sargento -preguntó Kaide, sonando aturdido. Miró a los demás. -¿Habéis oído eso? ¿La voz enel vox?

-¿Qué voz? No he oído nada -dijo Sarga.

Kaide miró hacia el capitánHarox, como si él pudiera saber la respuesta.

Cinco granadas perforantes detonaronsimultáneamente endiferentes puntos del perímetro cuando todos los cables trampa fueroncortados a la vez. Los ángeles sangrientos instintivamente cayeronen sus posiciones de tiro, armas enalto, apuntando entodas direcciones.

Kano sintió las ondas de unpaso peculiar a través de la tierra bajo sus pies, yel golpeo ensus oídos se convirtió enundolor de cabeza. A través de la rejilla de respiraciónenla boca de sucasco le llegó el inconfundible olor del ozono.

Vio a Meros ySarga mirando hacia atrás yadelante, tratando de ver algo a lo que disparar. Kano cambió el modo de visiónde sucasco al nocturno, pero no encontró nada. Eso no tenías sentido; incluso unenemigo bajo una capa de camuflaje o campo de fase dejaría algúntipo de rastro visual contra el medio ambiente de fondo.

No hay nada ahí fuera.

El parque entero se estremeció e inclinó hacia abajo, la tierra gemía mientras se abría como si un barco de alta mar pasara sobre el. Los legionarios rompieronla formaciónybuscaronunlugar más seguro, pero no había ninguno.

No era unterremoto; Holst era casi tectónicamente inerte. Sinembargo, los bloques habitacionales temblaronyvidrios rotos repiqueteabanmientras caíana sualrededor. Los oscuros huecos detrás de las ventanas rotas eranojos ciegos.

Al otro lado del atrium, unlargo trozo de autopista elevada se quebró por la mitad yplegó, dispersando los vehículos a medida que las partes ganabanverticalidad. La boca de Kano se abrió: enlugar de desmoronarse, las líneas discontinuas de la

carretera chocaronconuna conmoción. Le recordó a las grandes mandíbulas de uncocodrilo cerrándose. Luego la carretera rota cambió. Se caía hacia ellos, como si hubiera sido dirigida a ello.

-¡Dispersaos! –Cassiel gritó la ordenenel voxylos guerreros rompieronentodas direcciones cuando la sombra cayó sobre ellos.

Las losas de carretera estallarona medida que alcanzabanal parque yKano vio a unángel sangriento desaparecer bajo ellas, aplastado enuninstante. Untorrente de polvo de roca yhielo desplazados se alzó hasta envolverles enungranmanto, reduciendo la visibilidad a menos de unos pocos metros. Kano se tambaleó hacia delante, chocando conSarga. La servoarmadura carmesí del legionario estaba sucia por una capa de polvo gris.

Juntos siguieronadelante mientras el polvo se asentó, moviéndose hacia otras sombras que resultaron ser el resto de la escuadra.

-Contacto -dijo una voz, yKano oyó unronco estrépito. Era como si el contenido de undepósito de chatarra estuviera siendo arrastrado por la ladera de una colina de granito, como puñales de acero crujiendo ruidosamente contra la piedra.

Entonces, el ataque comenzó enserio.

Lo primero que trató de matar a Kano tenía una farola de columna yel torso ylas extremidades formadas de señales de la carretera, señales rotas de tráfico decapitadas yotras piezas menos identificables de residuos metálicos. No era unrobot de batalla, pues Kano había luchado con autómatas enlas jaulas de entrenamiento ydurante el año que duró la Guerra de la Luna del Óxido; esto era animado por una fuerza imposible más allá de sus cálculos. Suinstinto le decía que era alimentado por la *ira*, yeso parecía suficiente comprensiónpor el momento.

La cosa-chatarra lo asaltó condedos hechos de radios de una rueda, gruesas chispas amarillas emergiendo del suelo allí donde se arrastraba yatacaba. Desde enormes bocas formadas con papeleras escupió fragmentos rotos de tornillos ydispersos restos de chatarra, todo calentado hasta alcanzar uncolor naranja-blanco.

Kano no paró suimpulso yse dirigido hacia el centro de la masa, descomponiéndola ensus partes de nuevo conuna poderosa ráfaga de tres disparos. Piezas de la misma rebotarona sualrededor, pero a pesar de ello no cayó. Cables de metal trenzado serpentearonhacia otros, basura encontró más basura, plegándose ytrenzándose,

reconstruyéndose de nuevo. Él se apartó. Por el rabillo del ojo, el ángel sangriento vio algo caer del cielo, dejando una estela de humo; el drone de Kaide había sido derribado, acabando consumejor ventaja táctica.

Más construcciones se tambalearoninestables fuera de la bruma ensedimentación, trayendo el fuego de todos los legionarios. La mayoría erantanaltas como acorazados, pero que carecíande la densidad de las venerables máquinas de guerra. Estas eranfinas ydelgadas, pero ninguna se parecía ni remotamente al diseño de otra. Las cosas-restos erancreaciones collage que imitabanlas formas de simios o arácnidos o equinos, locas esculturas creadas a partir de mobiliario urbano yescombros.

Había docenas de ellos adelante, ymuchos más detrás. Kano parpadeó, mirando a uno de ellos alzarse como si de una especie de demoliciónrebobinada se tratase. Podía ver que carecía de soldaduras o uniones que sostuvieranlas piezas ensulugar, ni detectó campos electromagnéticos. Cada una de las cosas tenía untramo de sinuoso cable trenzado envolviéndola yque desaparecía tras ellos, como una correa.

Las salvas de bólter retumbarona sualrededor yél añadió suarma al coro, desmantelando las construcciones una yotra vez. Pero ellos seguíanacercándose, reconstruyéndose a supaso. Garras de Adamantiumrasparonla calle ylas baldosas de la plaza, abriéndose paso entre montones de nieve y aplastando cadáveres congelados enuna pasta roja asquerosa.

-¿Esto es lo que mató a Xagan? -gritó Leyteo, incrédulo. –Por el Trono, ¿A qué estamos disparando?

Durante unlargo segundo, Kano sintió la necesidad de saber que podía contestarse. *Él podría alcanzarles, si fuera rápido.* Sólo el más ligero roce de sus poderes psíquicos acorralados, para buscar una mente o unatisbo de ella tras estas cosas...

Vio a sus hermanos de batalla ya los portadores de la palabra a sualrededor. *Me verían,* se dijo Kano. *Ellos lo sabrían. Está prohibido.*

-Seguid disparando -ordenó Cassiel. -¡Destruidlos!

Al mismo tiempo, la primera fila de abominaciones se tambaleó hacia atrás, como arqueros enun sorteo. Luego rompieronhacia delante como uno solo yenviaronjabalinas de acero roto a toda velocidad hacia las líneas de los legionarios, varillas de metal expulsadas de sus torsos delgados. Un legionario cayó; una lanza

oxidada de ocho metros de longitud le atravesó por el estómago ysalió a través de las capsulas de refrigerante de sumochila. Kano vio a Kaide recibir ungolpe de refilón que le derribó.

-¡Retirada! -el resto de las palabras del sargento se perdieronenungimoteante murmullo bajo de sus botas. Hoyos sinfondo se abrieronenel rococemento a sualrededor, concolmillos irregulares de ladrillo quebrado. Para horror de Kano, trabajaroncomo bocas lamprea, moliendo ymordiendo a la nada, tratando de morder a cualquier cosa que se acercase.

El suelo se retorció yenrolló bajo sus pies, una onda de retorno por toda la extensióndel atrio de la ciudad superior. Enunmomento de lucidez, Kano imaginó la superficie del parque como si se tratara de una manta sobre una granbestia dormida, ahora despertando al encontrar insectos arrastrándose sobre sulomo.

Meros disparó a una de los fosos a cielo abierto yque enrealidad *gritaban*, cerrando las fauces inmediatamente, derramando unaceite fino ymaloliente.

Los legionarios estabansiendo empujados hacia la brecha de la grancúpula, conlas abominaciones avanzando por los otros tres lados enfrentados. Kano expulsó el cargador de subólter e insertó otro conforma de hoz enla ranura sindejar de apuntar. Cuando volvió a disparar, vio edificios a ambos lados del atrio rocoso ir yvenir, perdiendo más vidrio yescombros.

Y entonces empezarona torcerse. Contra toda posibilidad, los marcos de plastiacero de la torres habitacionales se doblaronenespirales como los huesos de una serpiente. Las fachadas destrozadas de los edificios brillabana la luz de hielo, los balcones ylas ventanas rotas cegados asumiendo la apariencia de rostros aullantes yenojados.

Cables gruesos soterrados reventaronla calzada, azotando el aire helado, ramas de Plastekyamarres de cobre enla piedra. Se movíanconcarácter animal, serpenteando adelante enla caza de presas. Pilares de apoyo enterrados enla roca se expulsarona sí mismos enel aire, ylos niveles superiores del complejo atrio colapsaronuno encima de otro. La masa de los edificios se compactó, quebró y reformó enuna vasta nueva forma. Abajo, enel corazónde niveles inferiores de Holst Primario, los niveles más bajos eranrehechos enuna estructura que parecía patas de araña ytentáculos de agarre. Toda la metrópoli estaba enproceso de liberarse a sí misma de la roca sobre

la que había sido construida.

-Por el Trono yla sangre... -respiró Kano, sus palabras se transmitieronpor el voxde todos sus compañeros. -Es la ciudad. La ciudad quiere matarnos.

La loca pesadilla no iba a terminar. Por unbreve momento, Meros se preguntó si había quedado inconsciente durante el choque de la Stormbird yque hasta ahora estaba encoma inducido para curarse, sumente sacando a relucir esta locura de susubconsciente.

No. Meros había estado enese estado no hace mucho tiempo, existiendo enunreino donde el pensamiento era tanreal como la carne, ycasi lo había matado. Él sabía que no era ilusión; eso habría sido una explicacióndemasiado simple. Parecía como si la loca realidad de la pesadilla que experimentó entonces ahora lo había seguido a la auténtica realidad.

Ellos escaparonde la grancúpula incluso cuando los bordes rotos del hemisferio de cristalplas se convirtieronenlos labios de una boca concolmillos yse cerrarontras ellos. Afuera, enlas nieves de la autopista abierta, vehículos muertos bajo gruesas capas de nieve de repente irrumpieronen movimiento, dando bandazos hacia delante sobre ruedas congeladas que patinabancuando intentaban embestir a los legionarios contra las paredes de la mediana.

Era una caída dura desde la carretera elevada a las llanuras de hielo de Holst, pero lo hicieron, incluso consus compañeros heridos. Las órdenes de Cassiel eranclaras: poner la mayor distancia posible entre ellos ycualquier elemento de la infraestructura de la ciudad. Si el enemigo podría recurrir a objetos inertes para asaltarles, ninguna parte era seguro.

Meros se atrevió a echar unvistazo por encima del hombro yvio la carretera dobla encintas, mientras las abominaciones que habíaninfectado la ciudad se dispersabana través de los anchos puentes.

Así era como le parecía, como una granenfermedad. Uncáncer xeno había infectado la colmena primaria de Holst yllegado a la fase de metástasis, corrompiéndola desde adentro. Adamantiumy
plastiacero, cristalplas ypiedra, todo había sido contaminado por una ciencia que no podía entender.

Esa era la única explicación. La razónno le dio nada más a lo que aferrarse, no le

daba otra justificaciónque pudiera caber. Pero por ahora la cuestiónde *cómo podría suceder* estaba enun distante segundo lugar ante la incertidumbre de *cómo iban a sobrevivir*.

La ciudad estaba mutando ante sus ojos, adquiriendo unparecido a una forma de vida sésil yofidia, imitando las piernas ylas extremidades al tiempo que se formabana partir de trozos de centros comerciales, torres de habitáculos ycomplejos de tránsito. Meros vaciló unpaso al ver la colmena primaria de Holst arrastrándose por el grancráter que había sido la base de suconstrucción. Si este leviatántenía una inteligencia directora, entonces quería ser libre; más que eso, quería la muerte para todos los invasores.

Una protuberancia tentáculo, como hecha de trenes monorraíl ycables de alimentaciónpasó unlento, mareante, arco enel aire helado ygolpeó el suelo, pasando muycerca de la línea de figuras blindadas. El hielo se fracturó por todas partes yla cinética del choque les hizo saltar involuntariamente.

Meros chocó conuno de los otros guerreros ycayeronjuntos, hacia una fisura reciénabierta. El apotecario utilizó el equipo de corte ensuguantelete medicae para clavarse enel hielo, anclando a ambos. Por unmomento, suhermano de batalla se meció sobre el borde de la trampa, yluego se abrió camino hacia la superficie, poniéndose enpie una vez más. No hubo tiempo para compartir palabras de gratitud, el otro ángel sangriento le ayudó a levantarse yluego se pusieronenmovimiento de nuevo, avanzando hacia campo abierto.

El aullido del viento a través de los campos de hielo guerreaba conla cacofonía de piedra cortada de dolores de parto de la ciudad mutante. La escarcha de heladas frescas ya estabanadhiriéndose enlos resquicios de la servoarmadura de Meros ylos sensores de la misma registraronel fuerte descenso de la temperatura. Signus Alfa había caído bajo el horizonte de Holst yel poco calor que los otros soles prestabanera insignificante.

Tal vez podríanser capaces de correr más rápido que esta monstruosidad, tal vez podríanperder el interés enellos; entonces sólo tendríanque hacer frente a unfrío vengativo que llevaba al límite la capacidad de sus sistemas de soporte vital. Meros miró hacia donde Cassiel ayudaba al legionario que había recibido el golpe de la lanza. Una integridad de suarmadura comprometida significaría una muerte segura.

Entonces Sarga gritó una advertencia ylos pensamientos de muerte enel hielo

fueronolvidados. -¡Ya vienen!

Desde debajo de la carretera elevada a sus espaldas, ungusano gigantesco de rococemento deformado se encabritó bajo de la tierra congelada, golpeando por unflanco a los soportes de carretera, provocando una lluvia de coches ypilares estructurales rotos. Se arrellanó yrodó, acercándose a ellos sobre el hielo como una serpiente encantada. Una vez fue unconducto de servicio para la colmena, conteniendo cables voxytuberías geotérmicas a los asentamientos vecinos. Ahora era una cosa serpentina, una extensiónde la titánica ciudad abominable.

Una andanada de proyectiles bólter concentrados explotaronenla piel de piedra astillada de
kilómetros de largo, seguido por las detonaciones secundarias de granadas perforantes. La cabeza desmenuzada de la cosa se rompió yestrelló, pero la masa principal de la misma todavía estaba animada, elevándose del suelo. Fluidos de procesos babearonde las fauces, dudando antes de lanzarse al ataque.

-¡Malditos seanestos xenos! ¡No hayningúnlugar al que podamos ir para escapar de esta cosa! -gritó Leyteo.

Meros no teníanrespuesta para él, hasta que dos lanzas de fuego naranja chillaronmientras pasaban por encima de ellos ytraspasarona la serpiente de piedra entoda sulongitud. Esferas de fuerza desmantelaronla construcción, la rompieronenpedazos ysucola cercenada perdió toda coherencia ycayó al hielo. Por unmomento, Meros pareció oír ungrito lejano de agonía, profunda yexplosiva, como vientos forzados por los pasillos cavernosos de piedra ymetal.

Luego desapareció, reemplazado por el glorioso ruido de motores de cohetes. Ungranhalcón carmesí pasó como unrayo yrealizó ungiro brusco enla punta de suala, antes de establecerse enun vuelo estacionario inestable dejando columnas de escape. Golpeados por el fuerte temporal, el Stormbird no podía aterrizar.

Una voz familiar crepitó sobre el voxgeneral. –Fuerza de exploración, aquí el capitánAmit. En nombre de Terra, ¿Qué habéis encontrado? -había una vacilaciónenla voz del capitánque Meros nunca había oído antes.

-Se lo explicaré más tarde, señor. Tenemos que salir de esta roca -respondió

Cassiel. -Antes de que regrese -añadió Sarga.

Unos cables se extendierondesde la parte inferior de la nave de desembarco ylos

legionarios las engancharona sus servoarmaduras, gracias a sus ganchos magnéticos. Meros trató de no pensar enla cantidad de las líneas de conductos parecidos al serpenteante que había corrido tras ellos enla ciudad yfijó el cable. Entonces el Stormbird de Amit aceleró, tambaleándose a medida que se elevaba hacia el espacio.

Unas manos negras blindados arrastrarona Meros a través de la escotilla ventral yfue vagamente consciente de que el casco cráneo del guardiánAnnellus le miraba. Se dio la vuelta ylimpió la escarcha de sus lentes oculares. La última vista del apotecario a la colmena primaria de Holst fue la mano de ungigante de edificios rotos conectada a unbrazo más largo que untitánImperator. Lo vio acercarse a la nave yfallar supresa, cayendo a pedazos a medida que se derrumbó de nuevo hacia la superficie.

La escuadra de Cassiel ylos portadores de la palabra se sentaronensilencio enla cubierta del hangar mientras el latido de la resistencia del aire dio paso a la suavidad de vacío. El casco de Meros cayó ensus manos yse encontró mirando conintensidad a Kano. Los ojos de suamigo estaban vidriosos ydistantes, centrados enunpunto más allá del mamparo del fondo.

Una sombra cayó sobre el apotecario, pero no levantó la vista. El guardiánpermaneció sobre él, examinando a los supervivientes mientras el capitánAmit surgió de la escotilla de proa.

El sargento se levantó ysaludó. -Señor. Vuestra llegada no podría haber sido más oportuna.

Amit desestimó suagradecimiento conungesto brusco. -He traído naves para ayudar enla misiónde la *Hermia*. La *Victus* estaba enla órbita más cercana, así que me ofrecí a llevar a cabo vuestra búsqueda. Quería ver al enemigo. -Hizo una pausa. ¿Es eso lo que vi, hermano sargento?

-Soyunguerrero, no unerudito -replicó Cassiel. -Lo cual, consuperdón, significa que no tengo ni el primer indicio sangriento de a qué estábamos disparando.

El zumbido constante de los motores de la Stormbird llenó el silencio del compartimento de tropa, pero no lo suficiente para evitar que Meros escuchara el único balbuceo que surgió de labios del guardiánAnnellus.

-Brujería.

Untono de zumbido sonó del voxinterna del Stormbird. -Atención, aqui la cubierta de vuelo. ¡Prepárense para maniobras de combate!

Amit tocó el comunicador ensugorguera. -¡Piloto, informe! No se detectaronotras naves barcos aquí. ¿Cuál es la amenaza?

La voz del tripulante siervo era tensa. -No es una nave, capitán... Es el planeta. Está disparando contra nosotros.

-No quiere dejarnos ir -dijo envoz baja Kano.

Sanguinius viajó a Holst para verlo por sí mismo.

El combate que ya estaba enmarcha mientras entraba enrango visual. La *Hermia*, junto conel *Victus* ysus cruceros de escolta, *Sable* y*Caballero Pálido*, estabangolpeando la superficie del planeta con los brillantes hilos rojos intermitentes de sus mega láseres, pero al principio no estaba claro a qué enemigo habíanencontrado.

La nave insignia del primarca se acercó a sus posiciones, la *Lágrima Roja* flanqueada por la *Ignis* y el *Pacto de Baal*, naves separadas temporalmente del cuerpo principal de la flota al espacio abierto. Augures enbusca de las descargas de armas convencionales sólo registraronlas barreras de fuego procedentes de los cruceros enórbita; los retornos de Holst mostrabanundesordencaótico de patrones de interferencia.

Entonces unmisil de roca densa, probablemente el pico de una granmontaña de la zona ecuatorial de Holst fue lanzada fuera de la gravedad del mundo colmena. Una singular erupciónde energía volcánica expulsó la masa enuna trayectoria orbital hacia la *Caballero Pálido*, a tal velocidad que los propulsores de fusióndel crucero no fueroncapaces de ponerlo encurso de evasión.

La colisiónencendió unpequeña ybreve sol sobre el lado nocturno de Holst. La espalda de la nave fue destruida al instante yse deshizo ennubes de soporte vital ylas descargas plasmáticas.

Incluso conel crucero destruido, el planeta vomitó más odio fundido al cielo. Descargas de piedras envueltas enestelas de humo se convirtió brevemente enmeteoros ardientes mientras cruzabanla delgada atmósfera del mundo helado, girando contra toda razónhacia las naves de los ángeles

sangrientos. La *Victus* recibió impactos enel flanco yla *Hermia* perdió grandes placas de metal cuando los proyectiles rocosos horadaronvalles enel grueso blindaje de suproa.

Las alas del ángel se cerraronconfuerza sobre suespalda mientras la *Caballero Pálido* caía, desapareciendo enla neblina gris de la atmósfera agitada de Holst.

-¿Cuántos había enesa nave? -preguntó convoz trémula a todo el puente; fue unoficial menor el que habló, olvidando el protocolo enla conmocióndel momento.

-Ocho escuadras completas de legionarios –la respuesta pareció llegar a Sanguinius de una voz distante. -Cerca de uncentenar de veces ese número de tripulantes -él no apartó la mirada de la ventana panorámica cuando dio una nueva orden. -Almirante DuCade. Ordene ataque a todas las naves. Retirada parcial de Holst, más allá del alcance sus contramedidas.

La ordenfue transmitida yse retiraron, recibiendo ensus popas hirvientes cometas de magma.

El comandante de la guardia del primarca inclinó ante el hololito de la nave insignia, haciendo una mueca. Las ventanas de datos e imágenes a partir de los augures estabanfuera de sucomprensión. -El índice de masa de Holst está alterado -dijo Azkaellon, leyendo palabras imposibles envoz alta. -Las dimensiones del planeta estáncambiando. Está encogiendo. Cambiando.

-Igual que Phorus -aseveró Zuriel a sulado. -¿Otra… señal?

-No -Sanguinius negó conla cabeza. -Esto es otra cosa. Mira –señaló.

A espaldas de la *Victus* ylas otras naves, el mundo blanquiazul se estaba convirtiendo enunpuño cerrado de hielo yroca, envuelto enunhalo de eyecciones ennegrecidas de tal poder turbulento que el sistema de anillos brillantes alrededor de Holst se estaba rompiendo.

-¿Qué tipo de arma puede disparar objetos de estas dimensiones de una superficie planetaria? -Azkaellonmiró hacia arriba, preguntando a cualquiera que le mirase a los ojos. -No haymanipulador de masas jamás construido que pudiera hacerlo. ¡El consumo de energía por sí solo sería inmenso!

Sinembargo ninguno de la tripulación, humano o legionario, podía apartar la vista de la ventana panorámica. Centrada enel cristal blindado, la superficie de Holst era parcialmente visible a través de las nubes de cenizas volcánicas yniebla química.

Parecía unhervidero de colosales formas serpenteantes, cambiando yevolucionando. El paisaje helado se había convertido enuna cáscara cancerosa enconstante movimiento ylas formas retorciéndose le jugabanmalas pasadas a sus ojos, como si se asemejasena rostros que rugíanyescupían.

Cuando el señor de la Guardia Sanguinaria volvió a hablar, hubo una furia glacial bajo cada palabra que pronunció. -Nuestra sangre no será derramada por aquellos que no se atrevena mostrarse. No habrá muerte aquí sinretribución. No enmi legión, lo juro.

-Informe del capitánAmit -informó Zuriel. -La *Victus*, *Sable* y*Hermia* estánentrando formacióncon nosotros. La *Hermia* reporta daños mayores, pero todavía está operativa para operaciones -dudó. -¿Sus órdenes, mi señor?

-Esto acaba ahora -dijo Sanguinius. -Almirante DuCade, control de armas esclavo entodas las naves a mi orden. Dígales a todos los pilotos que cebensus torpedos ciclónicos ysistemas de megaarmas para unbombardeo total. Objetivo Holst.

Una oleada de incertidumbre pasó a través del equipo humano ante el pensamiento de tal descarga de potencia de fuego. -¿Todas las armas? ¿Contra la ciudad colmena? -preguntó DuCade.

-Contra el planeta -corrigió el primarca. -Sincronizad las retículas de objetivos a lo largo del ecuador, siguiendo de flujo geológico. Quiero que este mundo estalle.

Azkaellonsintió unescalofrío atravesar sucuerpo. El martillo de la voluntad del Emperador era una fuerza poderosa, yenlas guerras de la GranCruzada había sido a menudo lamentablemente necesario castigar mundos enteros concrueles decisiones. El comandante de la Guardia había visto ciudades borradas del mapa enunabrir ycerrar de ojos, vaporizada por los cañones lanza ybombas macronucleares; continentes arder conandanadas láser; cielos enllamas.

Y aunque que el poder de matar a unmundo – enrealidad, *destruirlo* - siempre había estado al alcance de la Legiones Astartes, era una ordenque Azkaellonnunca había visto ser ejecutada.

-Todos los capitanes informande que tienenlas armas preparadas -DuCade leyo de nuevo la situaciónconvoz muerta, como si ella no estaba dispuesta a creer lo que vendría después. –Suorden, mi señor.

Azkaellonsentía una ira no menor a la del primarca por la destrucciónde la *Caballero Pálido*, y sabía que nadie a bordo de las naves hermana sentía lo contrario; pero el acto de guerra que estaba a punto de suceder ante ellos todavía le hizo detenerse.

Finalmente, Sanguinius se apartó de la ventana panorámica ymiró a suviejo amigo ycompañero a los ojos. Enla cara noble del ángel había a la vez una grandistancia que recordó a Azkaellonhasta qué punto estaba por encima incluso de sutranshumanidad superior. Y dentro de ella vio a una determinacióndensa como neutrones e igualmente inquebrantable.

-Mi paciencia coneste juego de sombras ha llegado a sufin.dijo el primarca, ylas palabras parecieronser solo para Azkaellonsolo. –Dad la orden: *Exterminatus Extremis.*

El vacío que rodeaba el planeta Holst brilló carmesí cuando las energías fueronliberadas y dirigidas, cuando la suma de las armas de destrucciónmasiva se precipitó a partir de tubos de lanzamiento yabalanzaronsobre el mundo turbulento.

Los impulsos de energía golpearonprimero, moviéndose a la velocidad de la luz ydesintegrando los vapores envolvíanel cielo, golpeando la superficie de nitrógeno helado. Peñascos entre estratos que habíansido sellados bajo del permafrost durante millones de años fueronliberados yexpuestos. La andanada de torpedos llegó segundos después, los grandes cohetes impulsados por fusiónysus cabezas letales. Cada uno tenía el poder de arrasar uncontinente, pero eneste caso se combinaron conla fuerza suficiente para despedazar el corazónfundido de unmundo.

Cualquiera que fuese la influencia irreal que había extendido sucancerosa presencia a través de la colmena primaria de Holst fue extirpada junto al propio planeta. Enalgúnnivel primitivo, tal vez el mundo había cobrado vida, transformado por la energía oscura enuna casi conciencia.

Pero murió ahora, envenganza por la muerte de la tripulaciónde la *Caballero Pálido*, por la del hermano Xaganytodos los otros legionarios. Murió por el delito de revelar suexistencia al ángel Sanguinius.

Como unanimal atormentado, el planeta terminó conungrito torturado que incluso el vacío no pudo callar.

NUEVE

Unarma de cobardes

El bibliotecario

Convocando

-Hemos traído una sombra al volver connosotros -dijo Meros, conpalabras que surgieron espontáneamente. Sumirada permaneció firmemente bloqueada enunpunto enel mamparo plastiacero que atravesaba la cámara donde estaba, suenfoque imperturbable.

-Una sombra –el primer capitánRaldoronestaba enel borde de la línea de visión, el carmesí de su servoarmadura contrastaba conlas paredes de metal gris. El compartimiento a bordo de la *Lágrima Roja* era una cámara de contenciónsegura, del tipo que la Legiónusaría si requería el transporte de prisioneros. -¿Qué quieres decir coneso?

Raldoronera el rojo; a suizquierda, enel centro, el comandante de la Guardia Azkaellonera el oro, sufina armadura parecía aburrida yplana enla oscuridad sombría ygranguardiánBerus, rápidamente trasladado desde la *Cáliz*, era el negro enel otro extremo. Los tres guerreros estaban allí para juzgar a Meros ysus palabras, junto conlas de todos los que se habíanaventurado hasta la superficie de Holst.

-Cuando las naves acabaronconese ruinoso infierno yregresarona la flota, se produjo uncambio -miró a Berus. -Sé que lo habéis visto.

-Nosotros hacemos las preguntas, hermano -Azkaellonse apresuró a advertir al apotecario.

Berus respondió no obstante. -Lo he visto -asintió él, suvoz ronca era ungruñido animal. –Han pasado días desde que penetramos enla órbita de Signus VI, ydejamos ese mundo muerto yroto. El estado de ánimo de la Legiónha cambiado. Mientras se llevó a cabo la misiónde la colmena primaria de Holst, nos llegó el informe de la última comunicaciónde la *Helios*... -se calló, pensando. -Perdida contoda sutripulaciónencircunstancias extrañas.

Meros dio ungruñido sinsentido del humor. -Hemos sido acosada por "extrañas circunstancias” desde el momento enque llegamos al cúmulo Signus, guardián.

-No miente -observó Raldoron.

-Nuestra Legiónha derramado más sangre que esta enla Cruzada -replicó Azkaellon. -Hablas como si nos encogiésemos ante el hecho de perder hermanos.

-Conel debido respeto, mi señor. No he dicho eso -dijo Meros. Exteriormente, mantuvo unsemblante firme, pero por dentro el ángel sangriento estaba al borde. Cualquiera de los guerreros enla habitacióntenía el poder de toda una compañía de combate ensus manos; eranfiguras legendarias concuadros de honor que se extendíancientos de años de guerra yque él no era más que un legionario de línea, unhumilde medicae de escuadra.

Sinembargo, no podía permitirse dejarse intimidar. Arriesgó una mirada al capitánRaldoron, preguntándose qué intenciones se movíandetrás de ese rostro impasible. Azkaellonse comportaba conunaire de eterna arrogancia yBerus conuna forma que era tanatenta como unhalcón, como su
hermano Annellus. Pero Raldoron... Suaspecto era indescifrable, como la inmutable mueca de un casco de combate.

La flota estaba enmovimiento, a velocidad de batalla ahora, cruzando la amplitud del cinturónde asteroides Río Blanco enunmedio bucle sobre el plano de la eclíptica, hacia los planetas interiores yencurso directo a Signus Prime. La ordenhabía sido transmitida a cada nave, cada compañía. La paciencia del primarca se estaba agotando, ylas órdenes del Señor de la Guerra Horus -expulsar al enemigo que había tomado el cúmulo Signus- seguíansiendo suprincipal motivo.

Pero mientras que la legiónhabía estado usando el tiempo, entrenándose ypreparándose para la guerra abierta, Meros ysus hermanos fueronapartados, aislados del resto de sucompañía. Sólo al capitánHaroxysus hermanos de batalla supervivientes se les había permitido salir de la *Lágrima Roja* para volver a la *Página Oscura*, incluso bajo cierta tolerancia. Se dijo que el acólito Kreed no había puesto unpie fuera de sunave desde el cónclave de los comandantes, una nave que se movía en silencio junto a la insignia yque ofrecía nada más que las comunicaciones más concisas. Meros se preguntó acerca de los *otros* observadores engeneral de la flota; nadie había mencionado el paradero de los lobos espaciales de HelikRedknife.

-Hemos escuchado suinforme posterior a la acción-dijo Berus, mostrando una placa de datos. -Lo mejor que se puede decir es que se corresponde conla de sus

compañeros de equipo, a grandes rasgos.

Meros asintió. Había hecho todo lo posible por hacer suinforme enla *Victus* lo más sucinto y conciso posible, pero los eventos anómalos que había vivido enla colmena primaria de Holst resultabandifíciles de expresar enunlenguaje tanincoloro. Junto conKano ySarga, Cassiel y Leyteo, Kaide yel resto -hasta el capitánAmit yel guardiánAnnellus- la descripciónde testigos presenciales sobre lo que había encontrado enel mundo helado ahora era unasunto de la legión.

Berus continuó, mirando a la pantalla ovalada. -He leído este contemor e incredulidad por igual, hermano Meros. Lo que dices que viste desafía a la lógica yla posibilidad.

-No mentí. Y si mi mente estaba nublada, de alguna manera, fue tansutil que no lo sabía -insistió Meros. Miró a Azkaellon. -¿Es eso lo que piensas? Usted estaba a bordo de la nave insignia, señor. Usted vio el planeta.

-*Desde la órbita* -corrigió el capitánde la Guardia. -No vi amalgamas monstruosas de metal y piedra.

-Pero oíste el grito –dijo Meros antes de que ser consciente de ello, yal instante se arrepintió de su respuesta.

La expresiónde Azkaellonse convirtió enpiedra.

-Todos lo hemos escuchado –dijo Raldoronantes de que el guardia sanguinario pudiera responder.

-Otra arma psicológica -insistió Berus. –Transmitida por voxa todos los canales, enviada por una onda resonante. Una táctica conocida de los xenos.

-El arma de uncobarde –los sabios de Azkaellonse curvaronymiró a Meros. -Conla intenciónde socavar las mente firmes.

Si el comandante de la Guardia le estaba provocando, enbusca de una reacción, el apotecario se negó a proporcionársela. Al final, fue Raldoronel que habló.

-Puedes retirarte, hermano apotecario. Vuelve a tuescuadra yesperar nuevas órdenes.

Meros vaciló. Tenía sus propias preguntas, yquería respuestas, pero una mirada al primer capitánle dijo que no iba a tener ninguna hoy.

El apotecario hizo el saludo del águila ysalió, sofocando sus dudas lo mejor que pudo.

La gabarra atracó enla bodega de carga número 6 del *Encarnadine* congruesas patas articuladas que siseabanbajo el peso de la carga del transportador. Una manada de servidores pululó inmediatamente hacia la nave, listos para recoger los suministros ensuinterior yllevárselos a los tranvías neumáticos que trasladaríanlos contenedores de unlado a otro por los pasillos de la quilla.

A pesar de que la flota de los ángeles sangrientos se encontraba encondiciónuno, listos para el combate, unpuñado de movimientos de transporte entre naves se siguió llevando a cabo. El estado de alerta máxima no impedía que uno se aventurarse de una nave a otra, si biense hacía más difícil sin causa justificada. Viajar a través de la flotilla sinunsalvoconducto formal o una marca de libertad significaba una corte judicial como poco, yunconsejo de guerra enel peor de los casos.

Kano lo había logrado, sinembargo. Era astuto ycuidadoso, trazando uncurso que tejió de unlado a otro a través de las naves de la flota; enel lapso de undía hizo suviaje desde la *Lágrima Roja* a naves enla granconcentracióndel cuadrante ensentido del giro. Viajó entre naves cisterna, Stormbirds ylanzaderas. Se hizo tanpoco notable como untranshumano podía, dejando su servoarmadura enla barcaza de batalla ysurostro oculto bajo la capucha de sutúnica. Era una flota ocupada, yel ayudante de unprimer capitánsabía cómo funcionaba.

Kano pisó la cavernosa cubierta del *Encarnadine* ymiró a sualrededor. Sullegada pasó desapercibida, yasí era como él lo deseaba. Haber venido aquí por los canales oficiales hubiera significado responder preguntas yél no estaba preparado a hacerlo. No eneste momento.

Caminar conunpropósito, cruzó la bahía de carga hacia una de las plataformas del elevador de tránsito de ancho, moldeando sus movimientos de manera que cualquiera que pudiera mirarlo al pasar no consideraría que el ángel sangriento estuviese fuera de lugar.

El pórtico del ascensor erandos hojas de metal confiligranas, una encima de otra, yque poco a poco yconelegancia se separaronpara dar acceso al ascensor. Cuando se detuvo para esperar, la sensaciónde que había alguienmás detrás de él se hizo

evidente; a pesar de sentirlo, el legionario permitió que una pequeña sonrisa se formara ensurostro.

-Hola, hermano Kano -otro guerrero, tambiénsinservoarmadura yvestido de manera similar, se acercó yse quedó conél. -Ha pasado mucho tiempo.

-No tanto como parece -el ascensor se abrió yellos subieron. La plataforma comenzó unascenso lento que tomaría varios minutos, viajando desde la bahía de carga enla parte inferior de la sección ventral del *Encarnadine* a las cubiertas principales del grancrucero. Pilares superficiales de contenedores rectangulares los rodearon, subiendo tanaltos como casas, dispuestas enordenadas en filas de dos. Las sombras de los módulos les cubrieron; los guerreros estabancompletamente solos.

El otro legionario echó atrás la capucha, revelando una cara de piel aceitunada, conestrechos ojos acerados. Una delgada barba negra salía de subarbilla como líneas de tinta enuna pluma de dibujo y parecía demacrado. Los recuerdos de Kano sobre este hombre estabandesfasados. Recordó sucara enmarcada enla matriz de cristal yacero de una capucha psíquica, no desnuda ydespojada como ahora.

-Hermano Ecanus -Kano le tendió la mano, tirando hacia atrás sucapucha conla otra. -Bienhallado.

-Eso está por verse -Ecanus aceptó el gesto yKano vio el conflicto enél. Suviejo amigo sabía que no estabandestinados a confraternizar enestas circunstancias clandestinas.

-¿Cómo sabías que estaría aquí? -preguntó Kano.

-Tuve una idea -dijo Ecanus. -No estaba seguro hasta que te vi salir de la esclusa de aire de esa gabarra -apartó la mirada, viendo los niveles de cubierta caer más allá de ellos, a medida que subían más ymás alto. -Los Guardianes no nos vana ver aquí, quiera el destino. Has venido a hablar.

Kano asintió. -Por unhermano, sí.

Antes del Decreto de Nikaea, el hermano Ecanus había servido enlos ángeles sangrientos como psíquico de combate enla 202ª compañía. Y como Kano, había aceptado las ordenes que implicaban el uso de sus habilidades tabú. Kano recordó los días de combates que compartió conEcanus; tenía una afinidad particular por unpoder que conocíancomo "la lanza", el conjuro de ungranlanza de la fuerza

telequinética conla que acababa conlos enemigos de la legión. Pensar enel guerrero ante él sineso humillaba Ecanus de una manera que golpeó a Kano conunbreve dardo de melancolía.

-Las cosas sondiferentes ahora -dijo Ecanus, como si sintiera sus pensamientos. -Nuestro deber pide otras cosas de nosotros -hizo una pausa. –Hermano, por mucho que me agrade verte, hay convenciones que desafiamos al encontrarnos de esta manera. Ensecreto.

-Ninguna ordenenvigor dice que dos hermanos de batalla no puedancompartir una conversación.

-No. Formalmente, no –las manos de Ecanus se unieron, formando conlos dedos una malla. -Pero cuando el emperador proclamó el edicto, la legióndistanció a los de nuestra especie por una razón.

Kano no pudo detener el ceño que se abrió camino hacia adelante. -Bueno, maldigo a Berus o cualquier guardiánque se atreva a desafiarme. ¡No voya ser tratado como unparia por la locura de los demás!

Ecanus lo miró. -¿Es eso lo que has venido a decirme?

Es tan perspicaz como siempre, pensó Kano. -No es eso, no -suspiró. -He venido a ti porque tengo que hablar de algo que solo tú entenderías.

-¿tiene que ver conla destruccióndel planeta Holst? –la historia de la ordendel primarca se extendió rápidamente por toda la flota.

Kano negó conla cabeza. -Puede ser una onda de la misma piedra tirada. No, hermano. Antes de eso, antes de llegar al cúmulo Signus -ahora que era el momento de decir las palabras envoz alta, a Kano le costaba formarlas. Sugarganta estaba repentinamente árida. -No fue unsueño. Una visiónde potencialidad vino a mí mientras meditaba. No hice nada para investigarla -dijo el exbibliotecario. Recordándola ahora, sentía supulso acelerarse. -Pero fue *poderosa*, hermano. Fuerte, oscura y profunda -respiró lento. - Estaba cayendo, yhabía…

-Unángel rojo –susurró Ecanus susurró. -Unserafínmanchado de sangre, aproximándose -levantó las manos enunreflejo exacto de la apariciónque Kano había experimentado. -Yo tambiénlo vi.

Meros sintió el estado de ánimo, del que sube al cadalso, de la enfermería al pasar por sus aulas. Liberada de las necesidades de uncombate real, cuando el centro

médico estaba curando a los heridos ycuidaba a los moribundos, era normalmente unlugar tranquilo. Ahora estaba igual, pero de una manera diferente. El aire estaba cargado de desesperación, yhabía muchos más miembros de la tripulaciónysiervos de la legiónengeneral enlos pasillos. Aquellos que se atrevierona alzar la vista hacia el ángel sangriento a supaso, lo hicieronconabierto miedo ensus rostros. Enel ojo de su mente, Meros los vio yse acordó de los cadáveres congelados enlas calles de Holst Prime. Parecían dos caras de la misma moneda: vivos ymuertos, aquí yallá.

Los humanos eranmuyfrágiles, incluso enausencia de heridas. Era difícil para el legionario de imaginar que una vez había sido como ellos, antes de que sobreviviera a las pruebas yse ganara el derecho a la implantacióndе la semilla genética yaumentos. Tuvo compasióndе ellos, de los que permanecеránpara siempre normales. Nunca veríanel universo contanta claridad como lo hizo, nunca tanconfiado yseguro de supropósito...

La idea cuajó. *¿De qué estoy seguro de ahora?* se preguntó Meros a sí mismo. Surígida visióndе las cosas estaba siendo desafiada. Los supuestos sobre los que el guerrero había edificado suvida se estabanvolviendo arena ensus manos, cayendo a través de sus dedos.

He viajado mucho y he visto lo increíble, pensó. *Esto es un regalo que me dieron a cambio de mi servicio a la Legión*. Pero hasta Signus, nunca había experimentado lo *imposible*. Esa fue la sombra de la que había hablado, yuna mirada a los ojos de Raldoronylos demás comandantes habían dejado clara la verdad.

Ellos lo saben también.

La sensaciónque acompañó a la revelaciónera extraña ynueva. Unfrío punzante a través de la superficie de sus pensamientos, unhueco enel pecho. Podría ser... ¿uneco de miedo?

Imposible. Esa palabra otra vez.

-No hayningúnlugar al que no nos aventuremos -murmuró Meros, las palabras de la inscripciónenel Sepulcro de Héroes de Baal regresarona él.

-¡Hey! –alguienle estaba gritando, corriendo hacia el apotecario, yconello sumomento de introspecciónse desintegró. -¡Lord Meros! –era Gerwyn, el rememorador que había conocido a bordo de la *Hermia*. El hombre parecía más pequeño de lo que recordaba, como si las ropas que colgaba fuerandemasiado

grandes sobre él.

El ángel sangriento inclinó la cabeza. –Has sido trasladado a la nave insignia, entonces.

-Sí -Gerwyndevolvió el gesto conlas manos enmovimiento, nervioso por la energía. Los ojos del
secuencialista teníanunhalo de color gris ysutez era pálida. -Estoyalojado conel resto de la compañía enla Torre del Cisne.

Meros la conocía: unminarete de oro enla superficie dorsal de la *Lágrima Roja*, que se utiliza principalmente confines ceremoniales. El primarca gentilmente había instalado al contingente rememorador para que pudieranhacerla suya.

Gerwynseguía hablando, palabras ociosas de poco interés para el apotecario acerca de las relaciones del hombre conlos artistas, dramaturgos yperiodistas que documentabanla misiónde la flota. Meros se dio cuenta de algo yseñaló.

-¿Dónde está la placa de dibujo? ¿La perdiste?

-No, no. No, enabsoluto. Yo, eh, sólo no la tengo conmigo.

Eso le pareció una cosa extraña a Meros. Unescriba sinuncuaderno era como unlegionario desarmado: incorrecto, incompleto. Él dijo lo mismo.

-Ah, tienes verdad -Gerwynse desinfló unpoco. -Contoda honestidad, no he estado centrado enlos últimos días para completar mi serie. Las ilustraciones estánsinhacer, el texto medio concebido él hizo ungesto conla mano delante de sus ojos. –Tengo problemas de sueño, esa es la raíz del problema. -de unbolsillo, sacó unsobre pequeño ylo abrió. Dentro había dos cápsulas de color blanco. -He venido aquí para preguntar a suhermano - medicae de relevo, señor. Dicenque estas me ayudarána descansar.

Las pastillas eransomníferos, fuertes para los estándares humanos. -Lo haránseguro.

Gerwynle lanzó una mirada dudosa. -Espero que me proporciones unbreve olvido -dio una risa débil. -Estoyolvidando que se siente al soñar.

-Yo no duermo. Los guerreros de las Legiones Astartes estánmás allá de esa necesidad le dijo Meros.

-Oh-Gerwynjugueteó conlas pastillas entorno a la mano antes de devolverlas al

sobre. -No sé si debo sentir envidia o compadecerle por eso.

-Explícate

El rememorador se puso a la defensiva, como si Meros hubiera hecho algo para asustarlo. -No, es... es sólo que quiero dormir pero no puedo. Es difícil. Después de lo sucedido enlas cámaras -Gerwyn debió haber visto el ceño enla cara del ángel de la sangre. -¿Sabe lo de los suicidios? ¿Y sobre los que se volvieronlocos sinexplicación?

Meros pensó enel frenesí que había visto enlos ojos del piloto de la Stormbird. -Lo sé.

Gerwynse inclinó más, acercándose, bajando la voz hasta unsusurro conspiratorio. -¿Sabes cuántos? Más de una docena solo enla Torre del Cisne yno de forma tranquila. Horrores, señor. Horrores que mantienena unhombre despierto enla noche.

-¿Haymás allá de ocho?

-¿Ocho? -los ojos de Gerwynmiraronal techo ycasi se atragantó conla palabras. -¡*Ochocientos* más bien! He oído la historia de unescultor a bordo de la *Cáliz* de ingenieros que se asfixiana sí mismos conaceite de huso. Dicenque el sargento de armas enundestructor reténse comió supropia pistola láser -retrocedió, parpadeando mientras recobraba la compostura. -No sonde tuincumbencia, supongo. Sólo sonlos inferiores... -suvoz se apagó enunestremecimiento. -Tengo que irme. Perdone mi interrupción. Le ruego me disculpe -Gerwynhizo una torpe reverencia yse marchó rápidamente.

Durante unlargo momento, Meros quedó de pie enel pasillo de la enfermería, dándole vueltas a las palabras del secuencialista ensumente. Conel tiempo, se fue a uncogitador situado enunrincónen una de los laboratorios secundarios yactivó una búsqueda de datos.

La máquina-esclavo tartamudeó al cobrar vida. -Existo para servir –expresó.

El apotecario habló por el micrófono vox. -Esquelas. Ordenar por los siguientes criterios. Índice de Tiempo, desde llegada al cúmulo Signus al presente. No sólo legionarios. Traumas autoinfligidos -hizo una pausa. -Circunstancias inusuales. Comenzar.

-Cumpliendo -dijo el equipo. Enla pantalla de lentes de gas por encima del

cogitador, hojas de datos comenzarona aparecer, solapándose a medida que surgíanmás ymás.

Había muchas más de ocho.

Kano parpadeó, tratando de asimilar lo que suhermano de batalla le había dicho. La senda del psíquico era compleja ysiempre enconstante cambio, yhabía aprendido ensus primeros años de servicio a la legiónque sumejor arma era tambiénla puerta a la locura yla destrucción. Demasiadas veces, Kano había luchado contra telépatas renegados o mutantes alimentados por los funestos incendios psíquicos yverlos consumidos por las energías disformes que habíantratado de dominar.

La visióndel espíritude alas ensangrentadas que le había asaltado ensuvívido sueño no se había desvanecido conel paso de los días. Fue esta visiónlo que le había obligado a buscar algúntipo de respuesta, primero siguiendo sucuriosidad hasta Holst conMeros ylos otros, para encontrarse más signos ylocura. Y ahora, llevándole a Ecanus.

La visiónfue tanpotente, tanpersonal, que parecía como si hubiera sido arrancada de los pasillos más profundos de la psique de Kano. *Apartir de los hilos de mi alma*, pensó, *si existe tal cosa.*

¿Cómo puede otro haber experimentado una visióntanpoderosa ytanparecida enlos detalles? Kano escuchó mientras Ecanus transmitió supropia experiencia, sinpoder hablar. Todos los hechos eran similar, hasta el más mínimo instante sincambios.

Sólo una cosa parecía diferente, unpequeño detalle. -Los ojos de la cosa, ¿Te eranfamiliar? Conocidos, pero perdidos enla memoria, imposibles de colocar -dijo Kano.

Ecanus negó conla cabeza. -Miré a sus ojos. Pero no me eranconocidos. Lo que fuese aquel ángel de dolor, estoyagradecido de que no es de mi camarada.

Ambos cayeronensilencio, las luces estroboscópicas de color amarillo bailando ensilencio sobre ellos enolas cambiantes mientras el ascensor continuó sularga subida pasando por cubiertas de servicios yniveles de almacenamiento.

-Nunca esperé esto -admitió Kano. -He venido a pedirte consejo yenlugar de ello encuentro una causa común-él miró a suviejo camarada, sumente acelerada. -Los otros hermanos, Deon, Salvador, Novenus yel resto de ellos... -los nombres de los otros bibliotecarios, epistolarios, codiciarios y lexicanums regresarona sus

pensamientos. Se preguntó enqué parte de la flota estabantodos, yqué preguntas se estabanhaciendo. -¿Y si ellos vieronesto también?

-¿Qué vimos? –preguntó Ecanus sombríamente. -No lo sé. Toco el recuerdo de ese sueño, incluso conunpensamiento momentáneo ymi corazónse contraenenel pecho. Mi piel se convierte enhielo. Huelo a humo, sangre ycorrupción-hizo una mueca. -Y que has compartido tuexperiencia conmigo ya no puedo descartarlo como si se tratara de untruco del cerebro.

La plataforma se elevó aúnmás. Kano se quedó mirando el suelo, medio esperando que se abriera y se lo tragara de vuelta a las profundidades. -Si tú yyo vimos el ángel rojo ylos otros también…

-¿Qué? -la voz de Ecanus se endureció. -Vamos a aventurarnos, tú yyo, peinando ensecreto la flota para encontrar a cada psíquico despojado de sucapucha, hacerle preguntas, recoger información... ¿Y luego qué?

–Iremos al Ángel. Él nos escuchará. Él comparte el don.

Ecanus negó conla cabeza. -¡Nunca nos permitiránverlo! Entre ellos, AzkaellonyBerus sabentodo lo que ocurre dentro de la Legión. ¿Qué sospechas crees que construiríansi se enterarande esta intención?

-Ellos se imaginaríanuna transgresiónsemejante a la desobediencia de los Mil Hijos -la voz llegó de sualrededor, áspera yquebrada.

Kano se giró, sumano deslizándose por debajo de sutúnica para empuñar el cuchillo de combate enfundado allí. -¿Quiénhabla? ¡Muestra tucara! -gritó, sus palabras resonaronenlos contenedores.

-Esa era mi intención-una figura surgió de las sombras, yal igual que los dos ángeles sangrientos estaba encapuchado. A diferencia de los tonos terrosos oscuros de sus ropas, el atuendo del recién llegado era de unhelador gris. Las luces de una cubierta que pasaronlanzaronuna hoja de iluminacióna través de la plataforma elevadora, dejando al descubierto una cara escarpada conuna barba blanca ypelo largo encadenado entrenzas, adornado concuentas de piedra yanillos de metal.

La piel desnuda alrededor de la garganta del otro legionario estaba surcada contatuajes rúnicos y Kano vio hilos de cuero ycobre por debajo de la bata. Artículos tallados hechos de ébano yhueso temblabanmientras caminaba.

-Hijo de Russ. Sacerdote Rúnico -dijo Ecanus.

Los ojos de Kano se estrecharonyalivió sucontrol sobre la hoja. -Tú eres el hermano de Redknife. Sunombre es Stiel.

-Sí- dijo el lobo espacial. Se detuvo e inclinó ligeramente. –Mis disculpas. No era mi intención alarmaros.

Sus labios se curvaron. -Cuando llegaste, no podías hablar el gótico alto. ¿De repente lo haces?

Stiel se encogió de hombros de forma casual. -¿Qué te hace pensar que hablo ahora, ángel sangriento? -hizo ungesto conel dedo, uncírculo para incluir a los tres. -Divisiones por el mundo de origenyde legiónaparte, comartimos elementos comunes que nos hacenparentela, encierto modo.

-No te conozco. No he compartido nada contigo -insistió Kano.

El sacerdote rúnico sonrió, mostrando unos dientes caninos conincrustaciones de plata ensus cabezas. -Compartimos el viaje de la *Lágrima Roja*. La falta de acciónha hecho que tus habilidades se atrofien, primo. Has olvidado como verme.

Kano se detuvo, pensando. *Hubo* momentos durante supasaje cuando creyó percibir una presencia cercana, unmovimiento enel rabillo del ojo pero él lo había ignorado, conla mente ocupada por otras preocupaciones.

-Y más que eso -continuó Stiel. -La visión. El sueño. El ángel rojo yla caída.

Ecanus estudió al lobo espacial concuidado. -Tucapitán. ¿Él te ha enviado?

-No. Este asunto es sólo para nosotros. Por lo menos hasta que podamos darle sentido -por primera vez, Kano oyó lo más parecido a una duda enel tono del sacerdote rúnico. -Voya decir lo que tú no dirás, ángel sangriento. Hayunpoder oscuro operando enel cúmulo Signus yahora solo estamos percibiendo los bordes irregulares de suplan. El velo yla estrella de ocho tallada enla superficie de unplaneta, unmundo enloquecido, la carne sinhueso, yel sueño, el sueño, *el sueño*... -cerró los ojos. -No podemos apartarnos de esto.

-El uso no autorizado de la capacidad psíquica es unacto de traición–les recordó Ecanus. – ¡Somos vigilados por eso, por lo que somos!

-No tiene que decirle a unlobo espacial los peligros de una mente sincontrol –

respondió Stiel con ungruñido salvaje.

Kano entró. -Tiene razón. Algo anda mal ynecesitamos conocer sumagnitud -sus ojos se estrecharon. -Por el Trono, creo que tenemos que estar *preparados*.

-¿Para qué? -Ecanus le lanzó una mirada. -¿Para desafiar una ordendel Emperador ySanguinius? -volvió la mirada enStiel. -Eso podría ser fácil para ti, pero no para mí. No para *nosotros*. He escuchado las historias de las otras legiones, consuburla del protocolo, sus comunidades ocultas, sus *logias* -negó conla cabeza. -Ese no es el camino de los Ángeles Sangrientos. Dejamos atrás la separaciónde la tribuyel clanenBaal. Trascendimos nuestras raíces -suspiró. -Tenemos unidad, en el nombre del Ángel.

-Y sinembargo, seguís estando divididos -el lobo espacial ladeó la cabeza. -Tal vez se necesite una persona ajena para que lo veáis. Vosotros hijos de Baal, convuestros guardianes yvuestra élite guerrera dorada, convuestro señor alado sobre las nubes por encima de las filas de rojo.

-Tú no nos conoces -disparó Ecanus.

-Como desees -objetó Stiel. -Pero sé esto: vuestras palabras no significaránnada si la oscuridad ataca una casa dividida.

Kano puso una mano enel hombro de sucompañero. -Esto no es traición, Ecanus. Sólo hablamos de hermanos hablando conhermanos, compartiendo uninterés común.

-Otros no lo veránde esa manera.

-Por eso, es porque los demás no debenverlo -dijo Stiel.

Como Haroxsupo que estaría, Tanus Kreed estaba furioso por la llegada inesperada del capitánde batalla.

Cada sirviente hijo de la legiónsabía la importancia de los rituales, yunguerrero tanaltamente colocado como él lo sabía más que la mayoría. HAROX mostraba señales que habíanvenido de esos momentos de comunión, encendiendo supiel ysualma. Había sentido el dulce beso de la disformidad durante superegrinación.

Pero la ira del acólito se desvaneció yse convirtió enprofunda atenciónconel paso del momento, la interrupciónpronto desplazada. Los brazos de Kreed

cayeronenunpliegue, la sangrienta espada corta ensumano derecha colgaba olvidada, apuntando a la cubierta. El comandante de HAROX no prestó atencióna los arroyos de líquido que gotea de la punta, golpeando ligeramente enel suelo de hierro negro yagrupándose alrededor de los pies descalzos sobre la superficie.

Mientras Haroxdaba suinforme, el sombrío pasillo arqueado fuera del sacellumamortiguaba sus palabras de manera extraña, atenuando el aire para que no se las llevasen. La dicciónrecortada de los portadores de la palabra siempre había sido dura, unremanente de una vieja herida enla garganta que no habíanarreglado bien. Consucasco retirado suvoz sonaba ensus oídos como el chasquido de huesos pequeños.

-La señal fue detectada por la nave de Amit, la *Victus* -explicó. -¿Es real? –

preguntó Kreed envoz alta.

Haroxasintió. –Podrías saberlo mejor que yo, señor acólito -los planes de los altos mandos fueron siempre unmisterio para él ymás a menudo de lo que quería, innecesarios.

Kreed no se molestó enhacer frente a eso. -¿Revelaronel contenido del mensaje?

El legionario negó conla cabeza. El informe de la *Lágrima Roja* había sido directo yal grano, misericordiosamente libre de las habituales pomposidades detalladas que a los hijos de Sanguinius les gustaba ensus comunicaciones oficiales. Una débil señal voxenuna frecuencia de la flota del Ejército Imperial había sido detectada por unsiervo de tripulacióna bordo de la *Victus*. No tenía ningúncontenido vocal, sólo una cadena de códigos numéricos que coincidíanconuna llamada de socorro militar estándar. La explicaciónmás probable era que fuese unfaro automático que estaba transmitiendo, pero a unnivel de potencia tandébil que no se había registrado hasta ahora.

-El cinturónde asteroides podría haber bloqueado la detección-reflexionó Kreed. -¿Una nave

entonces? ¿Una que escapó de la matanza? -él chasqueó la lengua. –Undescuido.

-No enel espacio. La transmisióntiene suorigenenel quinto mundo, Scoltrum. No hayotros retornos. No haydetecciones vida -lo corrigió Harox.

-Ah, por supuesto. La colonia agraria.

El capitánrecordó lo que había aprendido antes de embarcarse enla misión. Signus Vera unplaneta cerealístico, azotado por los vientos enel radio de habitabilidad de los soles triples. Salvajemente fértil, se había transformado enunmosaico de granjas del tamaño de continentes para alimentar a los colonos del cúmulo Signus ycomerciar sus productos conla codiciosa ydecadente Terra ysus mundos centrales.

Haroxsupo de inmediato lo que iba a suceder. Sanguinius no permitiría que tal descubrimiento sin comprobar, incluso si sus capitanes le advertíande lo contrario.

Kreed tambiénlo sabía. .El corazóndel ángel sangra demasiado por los seres humanos -sonrió. -Si existe la más mínima posibilidad de supervivientes que aúnpodríanestar vivos allí, enviará naves a investigar. Sudebilidad le obligará a hacerlo -el acólito olfateó. –Pese a todo el granpotencial del primarca de los ángeles sangrientos, a veces me resulta difícil de creer que tuvo acciones de verdadera hermandad connuestro maestro, Lorgar.

Esto era cierto; Haroxdudaba de que al señor de los Portadores de la Palabra le hubiese sido tan fácil dejarse llevar por las pequeñas preocupaciones de los no-iluminados. -Raldoronsospecha una trampa, igual que Amit -prosiguió.

-Por supuesto, pero al capitánAmit eso no le impedirá ir -asintió sucomandante.

-No a él -dijo HAROX, conunmovimiento brusco de la cabeza. -Nakir de la 24ª compañía ha dado la orden. Ya hansido desplegadas naves.

-Excelente. Eso es bueno -Kreed jugaba conla espada, haciendo rodar el mango enla mano. –Mejor será que Nakir vaya ymuera allí. No queremos que el Moldeador de Carne se ponga enriesgo indebido por curiosidades menores. Amit nos será de utilidad cuando llegue el momento. De todos ellos, él ha caminado la mayor distancia a lo largo del camino escarlata.

Haroxquedó ensilencio por unmomento, procesando sus pensamientos. Este era ungiro inesperado de los acontecimientos, después de todo. -Erebus dijo que no habría supervivientes aquí. ¿Cómo es esto posible?

Los ojos de Kreed se estrecharonylos celos brillarontras ellos. -¿Me atrevo a sugerir que la visión del lord Erebus puede no ser tanperfecta como algunos quierenhacernos creer?

-Al Apóstol Oscuro no le gustaría oírte decir eso -señaló el capitán. Las fosas nasales de Kreed se ensancharon. -Erebus no está aquí.

HAROX ladeó la cabeza ymiró casualmente a las profundidades de las sombras del pasillo. -¿Está seguro?

La irritacióndel Acólito regresó a toda prisa ante la amenaza velada, e hizo unfuerte gesto conla pesada empuñadura de la espada corta, haciendo movimientos punzantes. –Manténa la *Página Oscura* a unbrazo de los ángeles sangrientos ysilencio de vox. Ahora, vete. Y si te atreves a interrumpir unrito nuevo, aunque sea por una cuestióntanmundana como la muerte térmica del universo, ¡tomaré tus corazones por ello!

Haroxobedientemente hizo una reverencia, pero Kreed ya le había dado la espalda yganado distancia hacia la puerta del sacellum, dejando unrastro de huellas de sangre.

El portal octogonal rotó para abrirse, sobre unpilar central a modo de bisagra. Haroxcaptó el olor de la piedra caliente ymoho, yel aire nublado tembló conel sonido hueco de una mujer llorando. Kreed vio unsirviente lobotomizado pasar a sulado, conuna espada idéntica a la que el acólito portaba cuando cruzó el umbral; entonces la puerta se cerró de nuevo yvolvió la oscuridad.

Haroxoyó unsusurro desde las comisuras de sus sentidos, como si a algo se le hubiera permitido escapar de la habitaciónyquedarse aquí conél. Siguió sucamino, reacio a permanecer donde pudiera caer cualquier despojo del ritual.

-Empezaremos de nuevo -dijo Kreed, marchando a través de líneas de suplicantes a la espera. La prueba de matar que había hecho estaba acostada a unlado, descartada por uno de los ilotas letánico que estuvo sobre él, meciéndose hacia adelante yhacia atrás. El siervo tenía muchas bocas, todos ellas moviéndose para formar palabras silenciosas ysecretas.

Cuatro hombres se arrodillarona ambos lados de él, cada uno de los ocho marcado conel octeto a través de sus pechos desnudos. La piel yla grasa bajo el signo se habíandesollado cuidadosamente conunláser, de modo que las líneas

formabancanales para guiar el flujo de la sangre al suelo.

Enel suelo de la cámara, la astrópata Sahzë yacía enunmontón. Trató de elevarse sobre sus rodillas. -No estoylista -se lamentó. -Por favor, señor. Unmomento - ondeó sus manos, blancas palmas de pálidos dedos aferrándose a la nada.

-La Imposiciónde Haroxte dio eso ymás -le espetó. -No me decepciones ahora, Mamzel. Prometías tanto. Todo te será otorgado.

-Lo haré, pero... el velo, el velo, el velo. No puedo ver a través de él -No tenía palabras más allá de esa yllloró de dolor.

-Te voya dar lo que necesitas para atravesarlo -asintió Kreed, considerándolo una buena acción. No perdonó sinembargo al hombre de rodillas, al que ni miró mientras lo movía dentro del arco de espadas de sacrificio consus manos. El giro yel corte fueronunmovimiento muyligero de pies para alguientangrande para untranshumano; fue casi elegante.

Cuatro ycuatro más colgabandetrás de sus hombros, arrancadas de cuellos que se habíanconvertido entocones, pilares de los que manaronbreves fuentes de sangre antes de caer enoleadas a través de los profanos mosaicos enel suelo.

Kreed señaló conla espada, guiando el movimiento de las piscinas de vitae como unconductor a una orquesta. Sonrió. Al acólito le gustaba esa metáfora: *una orquesta con un solo instrumento.*

La sangre fluyó yse convirtió enuna ola superficial. Sahzë gritó mientras se elevaba hacia surostro, como una cobra al acecho. El ruido que ella hizo fue sofocado cuando fluido envolvió a la astrópata. Calentó el aire a sualrededor, humeante yvaporoso. Había habido tanta dedicaciónenlos ocho
tripulantes muertos. Estabanentre las hojas de servicio más longevas a bordo de la *Página Oscura* y suvida de uniónconesta nave había forjado unvínculo que iba más allá de lo corpóreo. Kreed lo utilizó enese momento, la fuerza de suexistencia yla permanencia de sus almas encadenadas a esta nave.

Los ilotas letánicos comenzaronunnuevo coro ensilencio, yKreed olió a carne quemada. Había cosido personalmente el frasco disforme enel vientre de Sahzë, resaltándolo enuneco obsceno y muydeliberado de maternidad. El poder susangre yla de los muertos alcanzaríanunpunto crítico en este ritual. Por lo tanto era importante llamar al octeto correctamente, o correr el riesgo de un colapso

catastrófico del sacramento.

Las paredes de hierro de la cámara yde la nave espacial más allá estabanplagadas de iconos y pictogramas de los poderes de la oscuridad, los ojos del infierno yotros dispositivos innumerables de protecciónintema para ocultar todo rastro de la brujería a los psíquicos esclavizados para los Ángeles Sangrientos. Si el rito fallara, todo sería envano. La *Página Oscura* se consumiría enuna brecha disforme; peor aún, suverdadera intenciónsería revelada demasiado pronto a los hijos de Sanguinius.

Pero entonces Sahzë hizo sutruco, yKreed estaba riendo. Conunhorrible gorgoteo bajo que nunca debería haber salido de la garganta de alguientandelicado, la astrópata expulsó guirnaldas de humo yectoplasmas sangrientos al aire. La fétida niebla se concentró ensí misma, girando enbolas de vapor amarillo acre.

La gravedad dentro del sacellumfue alterada yKreed retrocedió unpar de pasos. El humo se movió, congeló, ganó color yforma.

-Te veo, portador de la palabra -dijo el avatar de Horus Lupercal. -Unbosquejo de la cara, por lo menos -el señor de la guerra parecía disgustado. –Habla, ahora.

-Las fauces de la trampa se cierranentorno al Ángel. Él no lo sabe -dijo, haciendo una profunda reverencia.

-No presumas de ver los pensamientos de mi hermano, colchisiano. Tal arrogancia se burla de ti y consume mi ya baja tolerancia -planos duros de molestia resonarona través de la pestilente cámara. -Sanguinius podría burlarse de ti conuna sola respiración. Subestímale a tucuenta.

Kreed siguió adelante. -Los descendientes de las Trescientos Compañías no sonde la misma opinión encuanto a lo que hanvenido. Esta desuniónse esconde debajo de la obediencia pero se hará evidente yse volverá a nuestro favor cuando el hacha caiga -sucabeza se balanceó. El hedor a azufre aumentó enintensidad, imponiéndose al olor de la sangre ymetal. -La flota marcha a uncuarto de velocidad hacia Signus Prime yel núcleo de la trampa.

Horus se cernió, convirtiendo la neblina enunmanto creciente de cenizas a medida que se movía, pasando por encima de unlago inmóvil de la sangre arterial. -No me lo has contado todo, Kreed. Todos vosotros sois tanparecidos a Lorgar. Os aferráis a vuestros secretos como si fueranmás valiosos que el oro.

El acólito se mantuvo firme. –Hágame cualquier pregunta, Señor de la Guerra.

-Russ envió legionarios a unirse a la flota expedicionaria. ¿No cree que eso sería lo suficientemente
importante como para decírmelo?

A pesar de sutemple, Kreed resopló. -¿Unpuñado de cachorros de lobo, mi señor? Los granos de polvo enla balanza, nada más -tragó una respiraciónvenenosa. -Si le place GranHorus, te pido que me ordene. ¿Qué más puedo hacer para que esta granconversiónsuceda?

Unruido sordo sonó, yKreed necesitó unmomento para darse cuenta que era la risa del primarca. -Más arrogancia. Esperas lograr unpapel más importante -el rostro se puso frío. -No eres más que un mensajero, Tanus Kreed. Unsirviente. Ahora cállate. No hice esta comuniónpara hablar contigo.

No era la respuesta que había estado esperando. *No entendía* era lo que quería decir, pero el abrumador yempalagoso hedor era ahora tal que robó a Kreed la capacidad de hablar.

Conunúltimo grito ululante que penetró hasta sualma, Sahzë ardió. El portador de la palabra se volvió a verla consumida por untorrente de fuegos fatuos que ardíanconllamas negras, una niebla ácida que salía de sus poros que devoraba sus carnes yla convirtieronencenizas. Se desmoronó sobre el matraz disforme de cristal brillante, que se mantuvo totalmente indemne de sumuerte atormentada. El contenedor se meció adelante yatrás como si algo dentro buscase sulibertad. Kreed decidió que no quería saber lo que era.

La comuniondebió haberse cortado al instante, pero no fue así. La versiónfantasmal yremota de Horus todavía estaba presente. La carne de Kreed tembló cuando una energía diferente llenó la cámara; otro poder, algo mucho más grande, antiguo, primitivo yodioso mantenía la comunicación abierta. El Señor de la Guerra miró por encima del hombro del portador de la palabra, hacia las sombras por encima de sucabeza.

La oscuridad aquí era una bendición, se dio cuenta. Le estabanprotegiendo, ocultando a plena vista la magnitud de la monstruosidad conellos. Alas carmesíes yfuria eranvisibles enlos bordes de la oscuridad, pero Kreed no podía mirar por mucho tiempo. Era unhombre ciego tratando de ver a través de una catarata, sólo que aquí era el propio universo quienle trababa la vista. Fuerzas opuestas de

realidad e ilusión, brillaronyrotaronmientras lucharonpor la supremacía.

¿Había estado *eso* allí todo el tiempo? ¿Envuelto encierta manera, escondiéndose detrás de una dimensióndoblada? La posibilidad heló el estómago de Kreed.

Sólo pudo retener partes de la granbestia ensumente, los segmentos de la misma que supsique le permitió percibir yaunasí fue unesfuerzo que puso al acólito de rodillas. Kreed vio colmillos tan largos como misiles, las iras de unlátigo más grueso que una línea de anclaje. Las alas ylos cuernos, cadenas hechas de almas petrificadas enenlaces de hierro, placas de armadura de bronce templado enbaños de carne fundida. Pezuñas ytintineantes dioses-cráneos.

Sus pensamientos se tambalearonante el aura de odio que exudaba este monstruo. Los ecos de un millónde escenas de cólera yderramamiento de sangre tumbarona Kreed como una marea ardiente, sobrepasando el espectro de la emociones. La pequeña ira egoísta de unniño mimado; el imponente e impotente miedo-furia de la víctima; la lujuria de unpsicópata desquiciado; el singular odio de la mente colectiva de unejército desatado. Y estos fueronsólo los desechos de la criatura, las huellas que dejó mientras anduvo.

Kreed cayó al suelo, enparte por el dolor, enparte conla esperanza de no llamar la atenciónde lacriatura, pues suinstinto le dijo que él podría matarle conuna mirada.

-Horus Lupercal -dijo el demonio, desmenuzando el nombre conabierto entusiasmo. -Samus envía sus saludos. Ahora comienza el juego.

DIEZ

Oculto

Comuniónherética

Viejos nombres

Cinco cápsulas de desembarco cayeronenlas llanuras de cosechas, aterrizando de la nariz a la cola enunanillo de combate. Escuadrones tácticos de la 24ª compañía establecieronel perímetro en instantes, asegurando la pequeña porciónde la superficie de Scoltrumcomo unpuesto de operaciones avanzado. Instalaronarmas ylíneas de ataque enabanico, barriendo entodas direcciones.

Era mediodía enel mundo agrícola, pero granparte de la luz del sol era tragada por las negras nubes de humo a la deriva procedentes de los incendios que envolvíanel cielo. Los picto registros coloniales del planeta mostrabancampos de cereales que ibande horizonte a horizonte, llanuras de ámbar de trigo modificado rotas sólo por los estrechos husillos de blanco hueso de las agrupaciones de aerogeneradores. Esos campos estabanardiendo ahora, asfixiados por el avance de las líneas de fuego naranja que eranvisibles desde órbita baja, moviéndose lentamente a través del paisaje a medida que fueronempujados por los constantes vientos del planeta. Alguienhabía puesto una antorcha sobre las granjas ydejado que ardiese.

La visibilidad enel suelo era pobre, por lo que la mayor parte de los ángeles sangrientos se basaron enaugures yvisores termográficos para moverse a través de los residuos chamuscados; pero su objetivo era demasiado grande para quedar totalmente oculto por el humo.

Antes de autodestruirse enuna caída del terminal hacia la superficie del planeta, la nave había sido una fragata llamada *Daga Feroz*, parte del escuadrónde defensa exterior del cúmulo Signus. Pese a que no estaba claro exactamente qué tipo de percance había caído sobre la nave, por el patrónde dispersiónde los residuos se hizo evidente que la *Daga Feroz* había entrado enla atmósfera enun ángulo bajo ydescompuesto, ya que cruzó la línea de la interfaz. Partido entres secciones, la proa en forma de arado ylas recámaras había tallado fangosos senderos cenicientos que recorríankilómetros a través de los campos de cultivo. La popa mucho más pesada llegó aúnmás lejos, perdida enuno de los mares interiores poco profundos

del horizonte oriental. Columnas de radiaciónprocedentes de los conductos de energía agrietados de los motores disformes se veíancomo fuentes brillantes de color a través de los escáneres ópticos, mostrándolas como auroras distante.

Las cápsulas salvavidas de la fragata se habíandisparado demasiado tarde ysalpicaronel lugar del accidente yla nave, la mayoría de ellas enterrados enel suave barro de las cosechas del planeta.

El capitánNakir envió escuadrones motojets para realizar una exploracióndе las cápsulas de escape, pero informaronlo mismo de cada una que encontraron: la mayoría se habíandesplegado vacías, el resto habíanfallado enel lanzamiento ymatado a cualesquier ocupantes que hubiese tenido enel impacto. Ni una sola de las cápsulas mostró señales de que los que huyeronde la destruccióndel *Daga Feroz* hubieransobrevivido.

El resto de las unidades avanzadas se trasladó a pie, rompiendo enunpar de formaciones para abarcar los dos lugares enlos que los restos del aviónerannmás densos. El mismo Nakir dirigió el grupo de operaciones hacia la seccióndе proa, yante la insistencia de sucompañeros de capitánde la novena, habíantraído a los hombres de la escuadra del sargento Cassiel por su"perspectiva".

Meros yCassiel siguierona Madidus, segundo al mando de Nakir sobre el terreno; la última vez que el apotecario había visto al severo veterano estaba enla esclusa de aire de la *Lágrima Roja*, mientras examinaba los restos recuperados por la tripulacióndе la *Numitor*. Kaide ySarga estaban enla superficie también, desplegados temporalmente conla otra formaciónavanzaba aventurándose al remanente de la seccióncentral de la nave.

Meros sentíanmucho más que unextraño entre los hombres de la 24ª. Después de suinterrogatorio a manos de Azkaellon, Berus yRaldoron, los legionarios que habíanestado la colmena primaria de Holst estabansiendo tratados de forma diferente por sus hermanos de batalla. Era una diferencia sutil, cierto, pero Meros la vio.

Han escuchado los rumores de lo que fuimos testigos, se dijo, *y creen que o estamos locos o somos idiotas.*

Molestaba al apotecario admitir que había tenido los mismos pensamientos acerca de los exploradores a bordo de la *Numitor*, cuando había regresado hablando de las

extrañas e inusuales ruinas que rodeabanel cúmulo Signus. Pero no se habíanequivocado. Entodo caso, sólo habían vislumbrado los bordes de las imposibilidades que abundaneneste lugar.

Él frunció el ceño. Toda la flota había visto la señal enPhorus yla tripulaciónde unpuñado de naves había sido testigo de la muerte de Holst... Y sinembargo, nadie tenía respuestas que pudieran encajar los hechos. Sólo había más preguntas.

Uno de los guerreros de Madidus, unarmatoste de hombre llamado Gravato que llevaba unrifle de fusiónlo observaba conuna mirada interrogante. -Hermano medicae -gritó, yMeros supo antes de que dijese algo más lo que iba a preguntar. -¿Es cierto lo que he oído? ¿Que los xenos os atacaron conchatarra enla ciudad alta? -había untono de desafío ensus palabras, incluso bordeando la burla.

-Al principio -él no vio ninguna razónpara ser menos honesto. -Matarona dos legionarios entantos segundos. Entonces, ellos...-titubeó, tratando de encontrar palabras que sonarana fantasía. -No creo que fueranrobots controlados a remoto. Yo no... -una vez más, las palabras le fallaronymiró hacia Cassiel. El sargento dio unleve movimiento de cabeza.

Gravato dio unsuave gruñido burlón, compartiendo una mirada consus compañeros de escuadra. Él levantó suarma. -Muéstramelos. Pondré fina este tipo de tácticas.

El temperamento de Meros estalló. -Espero que sea tanfácil -la sombría convicciónde surespuesta reflejada ensus ojos fríos sofocó cualquier otra posibilidad de desprecio enuninstante. Quería decir envoz alta que lo que habíancombatido enHolst, armas más propia de los mitos o la magia que nacidas de la razón, pero ninguna de sus palabras haríanque Gravato yel resto de los hombres de Nakir dejarande dudar de sucordura.

Ytendrían sus razones. Sus pensamientos se dirigierona Kano; no había visto a suamigo desde su regreso a la flota yapenas habíanhablado enel vuelo de regreso desde Holst. Eneste momento, Meros habría recibido el consejo de sucompañero.

-Vista al frente -dijo el capitán, cuando unpairo de humo gigante conforma de arpónse destacó por encima de sus cabezas. Cuando se acercaron, se reveló como la punta de la proa de la fragata, desplegándose a los planos como cuchillas de las secciones delanteras blindadas. La masiva sección de restos estaba invertida, la superficie dorsal desaparecía detrás de unbolo de tierra batida espesa que se había

comprimido a supaso a través de los campos. Alrededor de ellos piezas del casco de metal yacíanenfragmentos, arrancadas por el accidente. Aquí yallá incendios ardíanenestanques de promethiumderramado.

El sargento Madidus se detuvo bruscamente, levantando el puño. -¿Lo oís? -dijo.

Los guerreros se quedaronensilencio. Meros creyó captar unleve ruido, como el ruido de estática enuncanal voxmuerto. Era inconstante, subiendo ybajando enel borde de suaudición.

El capitánNakir avanzó lentamente hacia el casco de la *Daga Feroz*. Las placas plastiacero del fuselaje estabanteñidas conuna capa de lo que parecía ser ceniza negra. Destellaba débilmente enla luz débil.

Sinprevio aviso, Nakir levantó suguante ygolpeó el casco conel puño, lo suficientemente fuerte para que sonara como undisparo. El ruido estático de repente se convirtió enuncoro de zumbidos, y lo que Meros había visto como cenizas de repente explotó enel aire, girando a sualrededor.

-Moscas -dijo Madidus. -Unenjambre de ellas.

Los insectos haraganearonenfadados, mientras se levantarony contorsionaronenuna nube oscura. Por unmomento, vacilaronante los ángeles sangrientos, como si los tuvieranencuenta yluego el enjambre se marchó haciendo espirales enel aire.

-Una especie de plaga de insectos locales. Los incendios debenhaberlas atraído -sugirió Nakir. Le hizo señas al resto de los legionarios para que lo siguieran. -Venid, por aquí --el capitánseñaló por la ladera del casco caído uncráter de impacto. –Haremos nuestra inserciónallí. Una vez dentro, buscad cualquier cogitador operativo, registros de datos...

-¿Supervivientes? -dijo Meros.

-Supervivientes -repitió Nakir, aunque sutono era dudoso.

Utilizando cables ylas cerraduras magnéticas ensus botas, los ángeles sangrientos subierona bordo de la *Daga Feroz*, emergiendo a una larga ybaja cámara de armado entre las bahías de torpedos de la fragata. Se dividieronenequipos de diez hombres yrepartieronpor la infraestructura de la nave, usando las lámparas ensus bólters para guiarse.

Meros activó el iluminador ensumochila e iluminó el camino para Madidus, que

asumió el liderazgo conNakir unpaso atrás. Cassiel se quedó cerca. El veterano había dicho muypoco desde que salieronde la *Lágrima Roja* ymiraba cada montónde chatarra por los que pasaba conceño, como si esperara que se levantasenyatacaranencualquier momento.

El camino a través de la fragata caída era lento ycuidadoso. No teníanplanchas sobre las que caminar conlos restos del naufragio al revés, el techo convertido ensupiso yviceversa, obligándoles a hacer sucamino por arcos yalmenas decorativas. Los bio implantes de Meros restabantoda posibilidad de desorientación, pero aunasí fue undescenso difícil.

Madidus encontró cuerpos muypronto, pero quemados hasta convertirlos encrujientes formas ennegrecidas semejantes a seres humanos pero conpoca definiciónmás allá. Uno de los otros legionarios llegó a tocar uno de los muertos yla forma de cadáver inmediatamente se resquebrajó como el barro mal cocido. Deteniéndose unmomento, Meros escaneó consuauspexlos restos, pero las lecturas obtenidas por el dispositivo de detecciónno arrojaronluz sobre la forma exacta de la muerte.

Continuaronmás allá de las cubiertas de armas a los niveles de servicio. Los restos de la *Daga Feroz* no estabantodavía enreposo. A sualrededor, los mamparos crujíanygemían, ya fuese por el paso del viento a través de cortes enel casco o el lento ajuste de peso muerto de la nave. Las lluvias de copos de óxido caíancomo nieve, brillando cuando el rayo de luz de los bólters los atrapaba. Las naves como la fragata nunca fuerondiseñadas para operar dentro de unpozo de gravedad yempujar más allá de supropia masa. Conel tiempo, las secciones de los restos finalmente se derrumbarían bajo supropio peso. A bastante altura sobre sus cabezas el metal raspaba metal, yMeros creyó que era el ruido de garras desnudas contra el plastiacero trenzado.

Cada diez minutos, el voxreaccionaba conlas comprobaciones de los otros equipos. Ellos también habíanencontrado muertos quemados, junto conmás colonias de las extrañas moscas negras.

Unicono de alerta parpadeó enla esquina del bloque de la visióndel apotecario yse detuvo, reactivando el auspexde suguante nuevo.

-¿Tienes algo? -dijo Cassiel.

Él asintió conla cabeza lentamente. -Sí, capitán. Uncambio enlas concentraciones

de gas cercanas. Nakir levantó subólter. -¿Toxinas?

Meros negó conla cabeza. -No, señor. Pero detecto unmarcado aumento de dióxido de carbono y otros subproductos de la respiración-desplazó la cabeza del sensor a sualrededor, dejando que analizase el aire. -Algo está vivo cerca.

-Armas preparadas -ordenó. El rostro del comandante era inescrutable mientras sus hombres trajeron sus armas yquitaronlos seguros. Concuidado, tocó el enlace voxensugorguera yhabló por el. Sus palabras fueronamplificadas inmediatamente por diez mediante unrelé electrónico conectado al casco ycolgado enla cintura. -Atención. Soyel capitánDar Nakir de la IX legiónastartes -su llamada rebotó enlas paredes ylos pasillos oscuros. -Cualquier persona que oiga mi voz, que se de a conocer. Estamos aquí para rescataros. No seréis dañados.

La última palabra resonó lejos de ellos, perdiendo intensidad yMeros contuvo la respiración, tratando de escuchar.

Arriba, muyclaramente, algo pesado golpeó el mamparo tres veces.

-Ahí -Gravato señaló una trampilla enla pared debajo de unpórtico trenzado.

Nakir organizó a sus hombres enformaciónescalonada para cubrir todos los ángulos encaso de emboscada ydespués subió, conMeros ylos otros siguiéndoles de cerca. La escotilla tenía ungrueso bloqueo automático, del tipo que sellaría automáticamente la secciónencaso de pérdida catastrófica de atmósfera, pero cuando el capitánmiró más de cerca, vio los daños térmicos alrededor de las abrazaderas de liberación. -Estos asideros se hansoldado ensulugar. Desde el interior.

-No queríanque nadie viniera enpos de ellos -señaló Cassiel.

Meros levantó el auspex, conel brillo verde de la retroiluminando surostro. -Confirmado, mi señor. Ahí hayalguien.

Nakir retrocedió, lanzando una mirada a Gravato. –Ábrela.

-Hecho -respondió él, levantando cañónde fusiónconuna mano, ajustando el marcador de intensidad conla otra.

-¡Espera! -Meros entró enla línea de fuego. -No sabemos quiénestá enel otro lado de esta. El efecto de choque podría ser letal.

-¿Tienes otra sugerencia, apotecario?

-La tengo. Meros sacó suespada sierra ylanzó unduro golpe contra la primera de las pinzas. El filo fractal de los dientes de aleaciónde tungsteno se encontraronconel plastiacero ychispas amarillas volaron. El asidero se apartó de susujeciónyeninstantes Meros había decapitado todas las abrazaderas. Cassiel puso supeso detrás de las bisagras yconungrito de metales torturado la escotilla se abrió de nuevo.

Reveló unamplio espacio oscuro más allá, conel aire saturado de olores humanos yambiente rancio. Meros cruzó el umbral, conla lámpara por encima del hombro iluminando confuerza la penumbra. Era nebulosa dentro, yalgo más.

El aire enla cámara parecía extrañamente muerto. Era casi como si unvelo se hubiera colocado por encima de todo, amortiguando los sonidos ysensaciones, aunque nada parecía más tranquilo o menos definido. Pensó que podía oler el ozono.

Unos pies descalzos golpearoncontra el metal yuna ligera figura cojeando cayó enel cono de la luz. Completamente fuera de lugar enel calabozo de plastiacero, la mujer llevaba unfino vestido de verano que ahora era conmucho lo peor para vestir, conuna corta chaqueta que cubría sus aúnmás delgados hombros. Surostro era pálido ysucio bajo unnudo despeinado de pelo rojo. Tenía una expresiónque estaba enalgúnlugar entre el asombro yel alivio.

Una mano de dedos largos se acercó ytocó el signo del *alatus cadere* del pectoral de Meros, yuna sonrisa como la salida del sol dividió surostro manchado de humo. –Sois los ángeles del Emperador -suspiró.

-Lo somos -respondió.

-Sabía que vendríais pos nosotros -se dio la vuelta ygritó a las sombras. -¡Os dije que vendrían!

A partir de los bordes de la oscuridad, más supervivientes se atrevierona manifestarse, acercándose uno por uno para ver a los ángeles sangrientos, como si quisieranprobar que esto no era una ilusión.

Kreed había dado suconsentimiento cuando el Urizenlo había exigido. Él nunca había cuestionado; esa no era la manera de los Portadores de la Palabra.

Eranconstruidos, alma yhueso, enuna certeza de propósito que era definitiva e irrompible.

Nuestra sangre es nuestro juramento.

Esas palabras fuerondichas enlos años anteriores a la Iluminación, allá por los páramos de Colchis cuando los enemigos eransacerdotes crueles ydespiadados tiranos. Fueronpronunciadas de nuevo cuando el emperador llegó ensufalsa gloria. Ahora eranpronunciadas conel conocimiento de la auténtica verdad por primera vez yfueronuna renovación. La legiónnació de nuevo bajo las revelaciones de Lorgar yestaba, al fin, *derecha*.

Las otras verdades, más viejas, se revelabanbajo la nueva luz como meras cáscaras, desprendidas como una serpiente arrojaría una piel reseca. Esas verdades etéreas no eranerrores, sino pruebas. La XVII legiónhabía sido probada yla pasó.

¿Cómo no podía ser de otra manera? Los Portadores de la Palabra habíanroto las barreras yal fin ascendieronpor la senda de la verdad auténtica. El grancamino fue revelado.

Tanus Kreed creía esto contodo sucorazón. La duda era desconocida para él. Si sulegiónno hubiera podido comprender, si suseñor no lo hubiera visto yllevados a la iluminación... entonces habrían quedado atrapados para siempre enel falso dogma. Por unmomento pensó enlos Ultramarines que pereceríanenla distante Calth, los retrógrados Puños Imperiales, cuyos días estabanigualmente contados; los salamandras yla Guardia del Cuervo que morderíanenpolvo bajo el tacónde la bota del nuevo orden.

Ninguno de ellos veía como los Portadores de la Palabra veían. Ninguno de ellos veía lo que Kreed tenía ante sus ojos eneste momento.

Unser hecho de pesadillas yde guerra, demasiado terrible para abarcarlo coninsignificantes palabras.

Le dio una mirada maliciosa yél retrocedió, sintiendo arder sucarne. El acólito subió las manos para protegerse la cara ylas sintió arder enfrío. Los ojos de Kreed le picaroncomo si mil agujas las atravesaranhasta llegar al cráneo. Cada vez que trataba de ganar unpoco de comprensiónde la forma masiva, bestial, suescala se alejaba de él. Llenaba la habitacióny, sinembargo, parecía aún más grande que la misma. Las paredes de hierro que le rodeaba, decorada conlas capas de iconografía

profana, adquirieronnuevas dimensiones no permanentes. La realidad parecía distorsionar todo alrededor del imponente gigante. Por toda la cámara, los servidores letánicos cayeronmuertos donde estaban, sus múltiples bocas abiertas engritos mudos.

Por fin, el monstruo se volvió yafortunadamente para Kreed estaba, por el momento, de nuevo fuera de suatención.

Al otro lado del sacellum, el avatar fantasmal del señor de la guerra dio señaló a la criatura alada. -¿Qué eres? -la pregunta cruzó el vacío, al compás de la malicia.

-Los nombres sonpara lo cenotafios -retumbó, babeando veneno negro a través de las fauces abiertas. La criatura hizo una reverencia exagerada, sumasa borrosa haciendo una burla de ungesto muyhumano. -Sabed que soyunseñor de la guerra de los Condenados, Árbitro de la sinpiedad. Soy tugeneral enel campo de batalla eneste granconflicto, Horus Lupercal -se rio ydio unsaludo burlónenla más antigua de las formas, llevando una mano congarras a suceja salvaje. -Sé que anhelas llamarme *demonio*. Esa palabra me queda bien. Me la tatuaré yllevaré sobre mi cincho -se meció mediante los pies congarras, exudando una sensaciónde increíble furia increíble apenas contenida. La enorme criatura cas se retorcía conla necesidad de cometer actos de violencia, y Kreed se atrevido a preguntarse qué podía hacer si le dabanuna libertad sinrestricciones.

Por encima de la masa maleable del matraz disforme sobre la cubierta ensangrentada, el rostro de Horus cambió yse reconvirtió enunceño fruncido. -Si eres unsimple general, entonces ¿dónde está tucomandante enjefe?

Había una púa escondida yla bestia reaccionó a ella, tirando de las cadenas atadas sobre sus brazos. -Está... indispuesto. Haymucho que hacer, me dijo. Preparativos finales. -el demonio se encogió de hombros, como si la idea de tal cosa le disgustara. -El trabajo de brujas de mentes vacilantes y tímidas me repugna -miró de reojo. -Vine por sangre ycráneos.

-Los tendrás, suficiente para saciar tused ymás -prometió Horus. -Si haces lo que *yo* te ordeno ahora.

Kreed sintió la corriente subterránea bajo las palabras del Señor de la Guerra ysintió unaleteo de pánico ensus corazones. El alcance de este grancambio, el diseño complejo yperfecto de la traición enSignus había sido planeado conenfoque

exigente yuna precisiónabsoluta de la mano de Erebus y sus cohortes etéreas.

No se puede cambiar, no en el último momento.

Ni siquiera por Horus Lupercal, el punto de apoyo de la guerra que cavará contodas las guerras.

El acólito se atrevió a ponerse de pie, dando unpaso hacia el humo que contenía la presencia del Señor de la Guerra. -Mi señor -comenzó. -¿Qué pretende?

El demonio hizo unmovimiento conla más pequeña de sus garras, menos que ungesto, yaunasí fue suficiente para hacer que los pulmones yla garganta de Tanus Kreed se llenarande bilis contaminada. El pegajoso lodo de unnegro purpúreo brotó de sus labios yla nariz, ahogándolo mientras estuvo ensucuerpo. El acólito se tambaleó, paralizado por el shock, pero de alguna manera no estaba muerto, incluso mientras el fluido se negó a ser expulsado de supropio cuerpo. Kreed se desplomó enel suelo surcado de mosaicos yse quedó allí, temblando.

-Mi sed es grande ymis gustos refinados -dijo la bestia, susonrisa creciendo enuna magnitud aterradora. Una lengua malvada salió de suboca, saboreando el aire. -Los mortales soncomunes y bueno –señaló la cabeza a Kreed. -Espero conansia probar esos soldados genéticos.

-Te daré la sangre de unprimarca, el cráneo de unángel -dijo el Señor de la Guerra. ¿Es eso premio
suficiente para obtener tuplena fidelidad a mí enesto?

Una granyretumbante carcajada impactó enlas paredes. -Samus estaba enlo cierto. Para ser efímero eres muyinteligente, Horus Lupercal. Tienes mi palabra –la risa atravesó el aire consupaso una vez más. «La esencia de unhermano, endulzada conla desesperaciónyla tristeza…

-Y odio –interrumpió Horus. -Habrá tanto odio.

-Quiero eso. Atiborrarme de odio -gruñó el demonio. -Dámelo. Dime cómo.

Por fin, el dolor remitió yKreed pudo respirar de nuevo. Sucarne estaba caliente yperlada por el sudor mientras sus bio-implantes trabajaronfebrilmente para liberar sucuerpo de las toxinas que lo habíaninundado brevemente. Aunasí, fue capaz de forzar la salida de algunas palabras. -Sanguinius... El plan...

El avatar de Horus se reajustó conuna expresiónnueva, más salvaje. -El plande

Erebus. Suplan-negó conla cabeza. -No el mío.

Momento estremecedor tras otro, Kreed se puso de rodillas yluego de pie, derramando lágrimas de sangre de sus ojos, vomitando montones de material a la cubierta. -Nosotros... tenemos unacuerdo. Este lugar, esta trampa colosal... Todo el propósito de la misma era contener los Ángeles Sangrientos, empujarlos al abismo. ¡Para atraerlos a nuestra causa o destruirlos!

La cabeza cornuda del demonio se balanceó. -Puedo olerlo enellos. Ellos no lo ven, pero el camino escarlata pasa por debajo de sus pies. Una correcta aplicaciónde presiónycaeràntotalmente enella, marchando hacia el Trono de Cráneos. La desolaciónoscura ycarmesí está entodos ellos. El pequeño ángel lo sabe, a pesar de que carece de las palabras. Es la única cosa que realmente teme.

-Sí -dijo Horus. Te di la llave de ellos. Úsala. Arranca sunobleza obediente yvirtud. Quiébralos y tráeme lo que quede. Haz de ellos armas para mi cruzada.

Kreed trató de imaginarlas: la furia de los ángeles de la sangre sincontrol, sinnada que los detuviera. No tendríancódigo, ni moralidad, nada más que rabia. Se convertiríanenmáquinas de matar sinconciencia, que sólo serviríanpara ser arrojadas al enemigo para destruir todo lo que vieranhasta convertirlo encenizas. Tomar a los orgullosos hijos del ángel yrehacerlos como berserkers hambrientos de sangre sería una profanaciónde ese magnífico poder... Pero la ruptura del propio Sanguinius sería el mayor reto de todos.

El señor de la guerra pareció sentir sus pensamientos, incluso a través de los años luz. –Sí -dijo. -Quiero a los ángeles sangrientos para la cruzada encontra de mi padre, para que pueda ver su necedad, para que el Imperio puede saber que incluso el más noble puede ser corrompido. Pero no mi querido hermano.

Unruido sordo de diversiónsalió de la boca concolmillos del demonio. -Ah. Undetalle se hace evidente.

Unviejo veneno enterrado surgió de las palabras de Horus. -Sanguinius nunca volverá surostro al Emperador. Erebus es untonto al pensar que podría ser así. El ángel tiene que caer ynunca más levantarse. Sinél, sus hijos abrazaránel camino escarlata, criatura. Estaránperdidos -sus ojos se capucha. -Pertenecerána vuestro reysangriento.

-Lo ceo conclaridad -dijo la bestia, extendiendo sus grandes alas. -Tuarrogancia es

entretenida, Horus Lupercal. Veo lo que ves. Si lo imposible llegara a suceder, si el Ángel Sanguinius *pudiera* ser convertido... Entonces, por primera vez podrías tener unverdadero rival entre tus aliados traidores. Tal vez, uno de los poderes de la oscuridad pudiera llegar a favorecerle más que a ti, con el tiempo. No quieres correr ese riesgo.

-*¡Él no se convertirá!* –el grito de Horus destrozó suforma humeante yla retorció furiosamente mientras se reconstruía. -Ninguno de vosotros lo entiendentanbiencomo yo lo hago. Pero grábate esto: *morirá*, incluso si tengo que hacerlo yo mismo. Lo juro por mi alma.

-Será como desees -el demonio juntó sumanos, raspando las garras unas conlas otras. -Y yo acepto mi parte enesto -ojos infernales, saturados de rojo como estrellas asesinadas, se volvierona fijar a Tanus Kreed. Unsilencio expectante cayó.

El Acólito no era tonto. -Acepto mi parte enesto -repitió, anulando toda duda. Consideraría su complicidad enel desafío a las órdenes de Erebus más tarde. Si vivía lo suficiente para hacerlo.

Kreed inclinó la cabeza ycerró los ojos, escuchando el eco de la risa monstruosa, el hedor de la sangre yde azufre a sualrededor.

Cuando por finse atrevió a abrirlos, estaba solo conla carne de los muertos.

Meros pasó de unsuperviviente harapiento al siguiente, haciéndoles unexamensuperficial, documentando sus lesiones concreciente preocupación. Había treinta ydos enel total, veinte hombres ydoce mujeres, conedades comprendidas entre unniño de aproximadamente tres años a una mujer de ciento seis años terrestres convencionales. Todos ellos estabanseveramente deshidratados ydesnutridos, condos de ellos cerca de la muerte yvarios más conheridas menores.

Hizo una mueca vacía. La cámara le hacía sentirse incómodo enuna manera que llegaba hasta la médula. Había una atmósfera sepulcral enla habitación, como las profundidades de una tumba antigua que es mejor dejar a los muertos. Meros sintió el fantasma de unvacío enlos bordes de sus pensamientos, una maldad que no podía quitarse de encima. Él suspiró ytrató de apartarla para centrarse ensutrabajo.

El capitányel sargento Nakir Madidus estabancerca, imponentes ante los seres humanos. Los refugiados andrajosos se acurrucaronjuntos enungrupo holgado, conel miedo evidente encada movimiento de sus manos, cada mirada furtiva de sus

ojos. Meros descubrió que la mujer conel vestido tenía el nombre de TillyanNiobe yhabía sido la guardiánde unjardínornamental poco importante enunpueblo enlas afueras de Desembarco, la capital de Signus Prime. Al principio habló más de ella que conella, como si se tratara de unasunto de granimportancia el ofrecerle la mayor cantidad de datos acerca de sí misma posible enel menor tiempo. Era casi como si quisiera demostrarle que ella era lo que afirmaba ser. Casi como si estuviera tratando de arreglarse a sí misma enel mundo real.

-¿Podemos ir a casa ahora? -preguntó. -¿Los habéis derrotado?

-¿Los Nephilim?

Niobe vaciló. -Yo... yo no conozco esa palabra -ella tragó saliva. -Hemos estado aquí durante semanas. No hemos visto a la luz del día desde el accidente.

-¿Qué pasó conla nave? -dijo Nakir. Señaló a unhombre que se identificó como el teniente Dortmund, anteriormente enlas brigadas de infantería Signusi. -Tú. Explícamelo.

Dortmund miró hacia arriba desde debajo de una maraña de pelo rubio. Parecía demasiado joven para llevar los galones de unoficial. -Es difícil de decir, señor -empezó a decir, tocando el rifle láser colgado de sucadera. -Estábamos bajo cubierta la mayor parte del vuelo desde Signus Prime. La nave estaba tratando de ir más allá de la influencia gravitatoria. No vimos mucho -Dortmund indicó conla cabeza a otro hombre conel traje exterior de tripulante. –Aquí el señor Zhomas, era uno de los soldados rasos de la *Daga Feroz*.

-Sé menos de lo que piensas -insistió Zhomas. Era unhombre delgado, de elevada edad conuna personalidad ácida, yle molestaba claramente el intento del teniente para atraer sobre sí la atención de los legionarios. -Estaba sobrecargada, capitán. Estábamos obteniendo una buena velocidad, pero empujamos al reactor demasiado. Demasiado fuerte durante demasiado tiempo. Sé que hubo pérdida de potencia y... empezamos a ir a la deriva. Fue entonces cuando las bestias llegarona nosotros.

-Ustedes fueronatacado por las naves nephilim-dijo Nakir. -¿Los xenos abordaronesta nave?

-¡Sigues diciendo esa palabra! -unhombre conunabrigo negro que flotaba enel borde del grupo tomó la palabra, como si ya no fuera capaz de mantener susilencio. -¿Qué quiere decir? Neff... ¿*Qué*? -escupió enla cubierta.

¿Quiénes usted? -dijo Madidus.

-Puedes llamarme Hengist, marine espacial. Y eso es todo por ahora.

-¿Enserio? -el sargento dio unpaso hacia delante. ¿Por qué no nos cuentas lo que sabes, Hengist?

El hombre lo intentó, pero al final pudo mantener suposiciónyretrocedió ante la proximidad del ángel sangriento. Meros sospechaba que era uncriminal de algúntipo. Cuando entraronpor primera vez enla cámara, Hengist había hecho unintento de ocultar una espada corta yuna pistola de ánima corta por debajo de unmontónde trapos; no se sintió feliz cuando el apotecario se las quitó.

-Sé que lo que vino no era ningúnxenos -Hengist mostró los dientes. -Los xenos no hacenque las paredes sangrenni que madres se comansus hijos, no conviertenel cielo encristal ya los hombres enhumo frío... -había algo vicioso encómo replicaba.

-Tiene razón-añadió Zhomas, conuna sacudida. -He visto pieles verdes ysus videntes enmi servicio, pero nunca nada como lo que mató a eta nave. Todas las cosas estabanhechas de colmillos yalas, señor. Horrores sobre los que no se puede poner vista durante mucho tiempo -él hizo movimientos conlos dedos, gestos poco punzantes. -Penetraronenel casco, como las serpientes. Pese a los incendios ytodo -sufrió unestremecimiento involuntario. –Caímos.

-El barco comenzó a resquebrajarse -ofreció Niobe. Luego miró hacia Zhomas. -Pasamos por la atmósfera.

El tripulante asintió conla cabeza, conlos ojos húmedos de tristeza, mirando hacia la nada. -Oh, sí.

Ella continuó. -Todos nos... encontramos después del accidente. Vinimos aquí ycerramos la puerta. Teníamos comida yagua.

Meros vio dónde se habíanamontonado los contenedores de suministros. La mayoría de ellos estaban vacíos. -¿Qué ibas a hacer cuando se acabaran?

-¿Morir? –se preguntó Dortmund envoz alta. -No podíamos salir. No después de lo que hemos escuchado a través de las puertas.

-Matanzas –la cabeza de Hengist se balanceaba. -Asesinatos como nunca he visto -levantó las manos ylas apretó contra sucabeza. -Sus sonidos *nunca* se desvanecen.

-Pero los... -vaciló Nakir. -El *enemigo* que atacó a la fragata os ha abandonado.

-¡No somos los únicos! -dijo Dortmund como si fuera una sugerencia tonta. -Quiero decir, no podemos serlos -surostro se ensombreció. -¿Somos los únicos supervivientes de esta nave?

-Sois los primero que hemos encontrado desde nuestra flota entró enel cúmulo Signus –respondió Madidus, señalando el hecho. -Phorus, Holst, todos muertos. No hayseñales de vida eneste mundo o indicios de enlos planetas interiores.

Una sensaciónpalpable de shockse extendió a través de los civiles, yNakir continuó. -¿Por qué os dejaríanvivir?

La injerencia del capitánquedó enel aire muerto. Ninguno de los supervivientes mostraba señal alguna de los xenos, ninguna evidencia de la máscara que los nephilimutilizabanensus ilotas, pero se mostró reacio a evacuarlos a la flota sinmás información.

-Porque... -la voz de una mujer, delgada ysurcado por el dolor, llegó a una figura tendida a lo largo de unbanco bajo. -Les divierte vernos morir lentamente ennuestra desesperación.

-LadyRozin, debe descansar -Dortmund fue a sulado, conel rostro preocupado. -No tema. Ahora estamos a salvo.

-*No* lo estamos -insistió la mujer, elevándose dolorosamente hasta quedar sentada. Meros observó que llevaba el broche de estado de unasesor político colonial enuna ennegrecida chaqueta con estrías de sangre. -Las Legiones no nos hanliberado. Nunca lo permitirán.

-No, porque usted trajo esos monstruos aquí, ¿verdad? ¡Los invitó a entrar, rodeados contisanas y guirnaldas de flores! -le gritó Hengist.

-Cállate. Usted tuvo suoportunidad de hablar -le espetó Madidus. -¿Qué quiere

decir él? -dijo Meros.

Rozinle miró, ytenía los ojos de unespírituquebrantado. Lo había visto antes, enlos guerreros que habíanvivido demasiado tiempo enel pináculo de derramamiento de sangre ymuerte. Lo que ella había presenciado la había hecho envejecer décadas sintomar undía de sucarne. –Bruja llegó a nosotros -le costó sólo pronunciar el nombre envoz alta. -Estaba lleno de mentiras. Pensamos que era la solución, pero

él era la raíz.

Niobe puso una mano enavambrazo de Meros. -Dijo que iba a salvarnos. Suvoz resonó encada pantalla de la res del cúmulo. Pero él nos volvió los unos contra los otros. Nuestra debilidad ymiedo erantodo lo que necesitaba. Al final de la primera semana estábamos construyendo campos de concentraciónpara los que se oponían- las lágrimas cayeronde los ojos de Rozin, pero ella no parecía darse cuenta de ellas, pues mantuvo suexpresiónenblanco. -Enunmes Bruja era el gobernante del sistema entodo menos de nombre. Él nos dijo que si aplacábamos las fuerzas que nos asaltaban, viviríamos.

-¿Qué fuerza? -dijo Meros.

Niobe le miró a los ojos, conexpresiónconfusión. -Los demonios -dijo ella, como si la respuesta fuera obvia.

El sordo silencio plomizo que siguió fue roto por uncrujido enel enlace vox. Uno de los hombres de Nakir enotra formaciónestaba informando, varios minutos antes de la comprobaciónprogramada. La voz del legionario estaba llena de estática y sonidos peculiares que sonabancomo susurros distantes; lo que era totalmente claro era el sonido de fuego de bólter al fondo.

-Retirándonos a la zona de aterrizaje. La posiciónde escala está bajo ataque. Tenemos intermitente contacto conel enemigo -dijo el mensaje. Antes de que Nakir pudiera exigir más explicaciones, un zumbido llenó el canal yla señal cesó abruptamente.

-Hanvuelto -siseó Hengist, conuna sonrisa horca enlos labios, como si le complaciera haber tenido razón. -¡Vuestros legionarios les hanllamado de nuevo!

Meros levantó la vista ymiró a Cassiel. La expresióndel veterano era sombría ydecidida. -¿Órdenes? -dijo Madidus.

Nakir recogió suyelmo ylo fijó ensulugar, oscureciendo el filtro de voxsutono. –Coge a Meros, Cassiel, Gravato yllevaos a los supervivientes. El resto de la escuadra se vendrá conmigo, haremos unsprint al punto avanzado.

-Sí, señor. -el sargento saludó.

El capitánlevantó suarma ydio una nueva orden. -¡A las armas! ¡A paso ligero! -

enunborrónde servoarmaduras roja, los legionarios tronarondesde la cámara, desapareciendo de vuelta por donde habíanvenido.

-Ya lo habéis oído -dijo Cassiel, escrutando los rostros de los civiles. -Enpie. Llevad a los que no puedencaminar o seråndejados atrás.

-¡Ángel sangriento! –la mano de Niobe tiró del brazo de Meros, llevada por el pánico. -Usted no lo entiende, no podemos salir ahí…

-No os alejéis. Nosotros os protegeremos.

-Usted cree eso ahora, pero estáis equivocados -dijo, sacudiendo la cabeza.

Enla posiciónde escala, los legionarios de guardia habíanpensado enunprincipio que era un vendaval de viento trayendo nuevas columnas de humo de los incendios, empujándolas a través del paisaje enruinas hacia ellos.

Entonces, uno de los guerreros señaló que las nubes se movíanensentido contrario al del resto de los humos. Oyeronel zumbido, el leve tono monótono aumentando de tal forma que pronto se hizo imposible destacar sus voces sobre el mismo singritar.

Las moscas, gordas yde color ébano, vinieronenunenjambre lo suficientemente denso como para eclipsar lo que quedaba de la luz del sol. Los ángeles sangrientos que habíanido sincasco corríana por sus cascos cuando los insectos cayeronsobre ellos como unmaremoto. Algunos erandemasiado lentos ycayeronarañándose las partes expuestas de la piel. Las moscas se clavaronenla carne desnuda conmandíbulas ácidas, abriéndose camino a mordiscos hacia el interior. La masa saturó las rejillas de ventilaciónde las servoarmaduras ylas entradas de aire de los Stormbirds. Alfombras gruesas de cuerpos de insectos obturaronlas turbinas yahogaronel fuego de los motores, varando en tierra las naves.

Luego estabanlos rostros enel humo de los incendios, la sugerencia de formas esbeltas yelegantes que bailabanalrededor del margende suvisión. Curvas de color de rosa, carne desnuda ysinuosa, ojos risueños que se burlabande los guerreros de color carmesí. Garras salvajes que chocabany resonabanjunto a coros estridentes. El aire brillaba como si hubiera sido lanzado unencantamiento de la mitología antigua.

Para cuando el capitánNakir alcanzó la zona de aterrizaje, los ángeles sangrientos

estabanenlas fauces del ataque. Abrió fuego, poniendo suconfianza enlos proyectiles bólter yel borde de suhoja.

Meros ylos demás sólo podíanmoverse tanrápidamente como los miembros más lentos del grupo irregular de supervivientes, ysuavance se convirtió enuna lucha interminable. Madidus tomó la iniciativa yviajaronenráfagas. Enprimer lugar a través de los sinuosos ydestrozados pasillos de la *Daga Feroz*, luego enhebrarona través del campo disperso de restos ydespojos. Ahora estabanen terreno abierto, consólo colinas ocasionales ylas cortinas pesadas de humo asfixiante para cubrir su avance.

Madidus levantó el puño enel aire yluego se tiró al suelo; algunos de los civiles reaccionaron demasiado lentamente la primera vez que el sargento hizo el gesto, pero Cassiel les había gritado hasta la saciedad yahora nadie se atrevía a retrasarse nada más verlo.

-¿Qué es? -dijo Gravato por el vox, desde el centro del grupo. Desde sulugar enel extremo final de la columna, el apotecario pudo ver al ángel sangriento colocar surifle de fusiónensuhombro.

-Arriba -dijo Madidus. -Me hanparecido oír... alas.

Meros se esforzó por escuchar ycapturar una fraccióndel ruido. El ruido sordo de aire sobre el batir de alas correosas; el extraño grito agudo de algo que no era criatura una ave común. Levantó la vista, pero lo único que vio fueronsombras moverse por encima de las nubes de humo, rápidas y fluidas.

Una parte de él deseaba ver ytomar una foto enesas formas vagas, sólo por la certeza de ser capaz de ver lo que formas acechabanenesta tierra. Pero solo disparo de bólter alertaría al enemigo de su presencia, ylas vidas de las personas que habíanvenido a rescatar no podíanser puestas enpeligro.

Miró hacia abajo yvio a Niobe mirándolo. Surostro liso tenía ojos amables que le imploraban. Parecía tanpequeño ydébil, tanfalta de voluntad. Que ella ylos demás hubieranvivido tanto tiempo era milagroso para el apotecario.

La galaxia es un lugar duro y despiadado, pensó. *Por eso el Emperador nos creó, para domesticarlo para personas como ella.* Era importante tener encuenta este tipo de cosas; enel largo conflicto de la GranCruzada a veces era fácil olvidar que la galaxia no era sólo unlugar de guerra.

Los ojos de Niobe se posaronenunpunto sobre el hombro de Meros yvio que el color de sus mejillas huía. Suboca se abrió conhorror. Poco a poco yconmucho cuidado se volvió ensilencio sacando supistola bólter.
Habíantranscurrido trescientos metros hasta donde estabanagazapados, haciendo una pausa para olisquear el aire, lamiendo la nada conuna lengua bífida serpentina. Las dimensiones de la criatura y las esbeltas curvas de sucuerpo sugeríanfeminidad, pero sólo después de verla, sólo como aderezo de suverdadera naturaleza. Humanoide encierto modo era de unrosa muypálido, casi blanco cadavérico enalgunos lugares yse sostenía tímidamente enunas delgadas piernas musculares que terminabanenpies congarras. Unrostro como el mármol mal esculpido contenía unos ojos felinos, sinnariz yuna burla enuna boca sinlabios de unlado a otro. Meros vio las orejas de duende estriadas propias de los Eldar, pero la hembra no guardaba parentesco conesa especie. Lo supo instintivamente; Meros habíanencontrado xenos enmuchas ocasiones, yaunque le resultaban repulsivos ninguno le hizo sentir esta misma sensaciónde *error* como esta.

-Contacto -susurró por el vox, convirtiéndose enuna estatua acorazada. Objetivo solitario, a pie. Podría ser unexplorador.

-¿puedes matarlo ensilencio? –respondió Madidus.

-Negativo, demasiado lejos. No hayreacciónhasta el momento. -No arriesgue a los

seres humanos. Déjalos ir si puedes.

-Copiado.

Hubo una pausa yluego Madidus volvió a hablar. -¿Puedes identificarlo? -No es

unnephilim, sargento. No sé *qué* es.

-Súcubo -susurró Niobe. -Diablilla. Seductora. Esos sonlos nombres antiguos para ellos. Llegaron enla estela de Bruja.

La criatura jugaba conuna pala pulida enuna mano pálida, rodando encírculos ociosos. Suotro brazo terminaba enalgo parecido a la pinza de unartrópodo gigante, como las garras de uninsecto cerrándose una contra la otra. El legionario no podía estar seguro de si la garra era algúntipo de arma o si era enrealidad parte de la propia mujer.

Cuando esa pregunta se formó ensumente, los negros ojos sinpupilas se

volvieronyle miraron directamente.

No había manera de que pudiera haber fallado al buscarle. Incluso encuclillas, la servoarmadura carmesí yblanca de Meros destacaba sobre la tierra batida las planicies.

Pero entonces se dio la vuelta, sinatisbo de entendimiento ensucara, ydesapareció enel humo con ungorjeo bajo de llamada.

ONCE

Demonios

Signus Prime

El grito

Madidus llevó a los supervivientes a los puntos de escala, abriéndose paso a través del corredor seguro. Estabancasi enlos Stormbirds cuando Gravato informó que el conteo no cuadraba. Meros se dio cuenta de que Hengist yel hombre que llevaba, uncampesino herido de nombre Quanhabían quedado muyatrás. Volvió a por ellos.

Quanestaba enunmontóna corta distancia del perímetro yHengist estaba cabreado tratando de ponerlo enpie. Cuando Meros dio dos pasos hacia el hombre herido, la criatura, la que Niobe llamó *diablilla*, atacó.

Hengist corrió gritando cuando el súcubo cayó del aire, dejándose caer desde la parte trasera de una bestia alada montada para correr a por Quanconsugrangarra. El agricultor murió rápidamente, pero no fácilmente; no opuso resistencia al hecho. Encambio, Quanse perdió enla mirada opalescente de la criatura auncuando le evisceró vivo.

La montura de la diablilla, unlagarto-pájaro grotesco concuatro alas yuna boca llena de cilios, rodó yse zambulló hacia el ángel sangriento, bloqueando instintivamente la línea de fuego a sujinete cuando él sacó supistola bólter. Negado suobjetivo, hizo caer a monstruo alado conuntiro enla cabeza. Manando fluidos de color rosa, la montura se estrelló enel barro yse quedó allí, espumeando yretorciéndose enla agonía de la muerte.

El súcubo gritó unescalofriante sonido estrangulado, yse abalanzó sobre él confuria. Meros trató de matar a la bestia conuna ráfaga, pero -si las

consideraciones de género se podríanaplicar a unser así- era ligero de pies yestaba sobre él antes de que pudiera volver a cargar.

El plano de la hoja-garra del súcubo golpeó contal fuerza a Meros que sucasco chocó la cresta abultada de sumochila yvio estrellas. El ángel sangriento rodó yse acercó consuespada sierra, balanceándose enunarco ciego que rugió a través del espacio enel que la criatura había estado.

Esta se alejó enunborrón, esquivando el golpe enuntorpe reflejo, siguiendo el juego de forma engreída conla daga de obsidiana enla otra mano. La criatura hizo unsonido de placer casi sexual, una pantomima de una expresiónrecatada que era extraña e inquietante enlos agudos planos de su
rostro. Entonces ella le atacó, chillando.

Meros entró conungolpe de revés de la espada que conectó duro, golpeando enel pecho del súcubo conel plano de la espada, haciéndola tropezar. Ágil como ella, la criatura convirtió la caída enun rodeo yvolvió al combate una vez más. Meros se giró, manteniéndola ante él, esperando el próximo ataque.

Alejó todas las distracciones, el sonido atronador de los disparos, los zumbidos de los enjambres, el caos ensordecedor de la batalla que se desenvolvía alrededor de los Stormbirds entierra. Sus hermanos de batalla habíanencontrado al enemigo ysinduda cada uno de ellos estaba enfrascado en supequeña guerra al igual que el apotecario ahora. La falta de concentraciónunsolo momento podía ser fatal contra tal enemigo.

Desde suposiciónbaja, la criatura saltó hacia él, lanzando sus poderosas patas congarras por delante conrenovada velocidad. Meros giró el hombro ante el asalto yse inclinó para cargar. Chocaronconuna fuerza que partiría huesos yoyó el crujido de la ceramita cuando la capa exterior de suarmadura fue arañada. Una de las garra mano se extendió yél la derribó conla culata de su pistola. La materia quitinosa yhuesuda que la componía se fragmentó yel súcubo escupió furiosa una cascada de ruidos que parecíanpalabras, pero no de unidioma apto para una lengua humana. Vio un destello de carne sangrando dentro de la garra agrietada; no era, como había aventurado antes, un arma enmangada sino la mutacióndel delgado brazo carnoso de la hembra. La pequeña, abominable verdad de este detalle le enfermaba. ¿Qué tipo de evoluciónmonstruosa crearía una criatura tan retorcida como esta?

La daga negra se hundió enel pecho ygolpeó enunángulo pobre, raspando toda la

curva de sutorso blindado pero sinpoder penetrarla. Meros eligió susiguiente acciónenuna fracciónde segundo y lanzó supistola bólter, dejándola caer enel barro quemado a sus pies.

Conuna mano ahora liberada, agarró la muñeca de la garra yla forzó hacia delante enuna fuerte sacudida. La diablilla fue sorprendida conla guardia baja yla curva de sugrantenaza golpeó con fuerza ensucara, haciendo manar restos de aceitosa sangre púrpura.

Meros continuó suataque, empujando a la criatura de nuevo antes de que pudiera recuperar el equilibrio yacabó conella. Giró la cabeza de la espada sierra enla mano yla llevó hacia arriba, apretando la barra del gatillo enel mango. Las cuchillas giratorias desgarraronla piel desnuda de la criatura desde la cintura hasta la cabeza. Contodas sus fuerzas detrás del golpe, el apotecario levantó a la diablilla de la tierra al aire.

Ella gritó yarañó, sabiendo la muerte estaba sobre ella, yla belleza sobrenatural de suaspecto extraño de repente se convirtió enunretrato de algo infernal ylleno de odio. Los ojos de ópalo sin fondo que capturaronla voluntad de Quanquedaronblancos ysugrito se cortó conunjadeo seco.

Arrojó el cadáver al suelo yse agachó para tomar supistola descartada.

Hengist, que había estado acurrucado cerca durante la pelea, se puso enpie, incapaz de apartar la vista del cadáver de la criatura yla señaló. –Se lo dije -escupió, como si estuviera acusando a alguiende ungrancrimen. -Se lo dije.

-Vamos -ladró Meros, recargando mientras lo hacía. –Quedaos atrás otra vez yos dejo aquí.

La tos yel gruñido de los lanzallamas vinierona suencuentro a supaso bajo el ala del Stormbird más cercano. Los hombres de Nakir trazabancuerdas de fuego enlos tubos de escape obstruidos por las moscas, quemando a los que se atrevíana entrar enel fuego yobligando a los enjambres a dispersarse. Era mejor arriesgar daños menores a las propias naves de la legión, consideró Meros, que permanecer varados enla superficie de Scoltrum.

Súcubos muertos ypájaros-lagarto yacíanpor todas partes, yconellos una serie de guerreros con armadura roja. Meros maldijo entre dientes al ver al primer ángel sangriento muerto a manos de estas grotescas arpías.

Apartó la mirada yvio a Madidus enla escotilla de popa de una nave de desembarco a la espera. El rostro de Niobe era tambiénvisible desde el interior, mirando hacia él. El sargento le hizo señas; no esperaríana que una segunda oleada viniera a por ellos. La baliza que había atraído a los ángeles sangrientos se había encontrado ysilenciado. No había ninguna razónpara permanecer enel mundo agrícola más tiempo.

Hengist estaba a sulado. -¿Podemos irnos ahora? -Quiero salir de aquí.

El terror que imperaba enla voz del hombre hizo que Meros se enojara. -Aléjate de mí –dijo, moviéndose hacia el hermano caído más cercano. -Tengo undeber que cumplir enprimer lugar.

Activó la sonda reductora ensuguante medicae yconsolemne cuidado, Meros comenzó a cosechar las glándulas progenoides de los muertos.

El estado de ánimo enla cámara de litoclasto tenía unmarcado contraste conel carácter del cónclave sólo unos pocos días antes. El capitánRaldoroncruzó los brazos sobre el pecho yrecorrió la estancia, escrutando los avatares de los comandantes que estabantransmitiendo desde sus naves. Junto coninnumerables fallos menores ypequeñas pérdidas de definición, la red hololítica entre las naves de la flota de los ángeles Sangrientos sufría pérdidas intermitentes del flujo de datos, ylos avatares sintéticos de muchos de los capitanes de compañía de los Trescientos eranborrosos yllenos de estática. Tecnomarines yservidores procedentes de las brigadas enlos niveles de ingeniería de la *Lágrima Roja* habíansido incapaces de corregir el problema, o borrar el maldito susurro de interferencias que se había extendido poco a poco a cada canal yrelé táctico.

El humor de la habitaciónera sombrío, yla presencia del GranÁngel hizo poco para despejarla. Oficiales de bienyelevado nivel mostrabansignos de irritaciónydivisión. Estos guerreros se habían congregado esperando luchar enuna batalla definitiva de la GranCruzada, para poner fina una amenaza para la humanidad, pero lo que habíanencontrado enSignus Prime seguía desafiando cualquier especulación.

El capitánNakir terminó suinforme a la asamblea yhubo obviamente disensión, incluso para la descripciónsinadornos del hermano de batalla del combate enel quinto planeta.

-Estas criaturas... -empezó a decir el alto guardiánBerus, compartiendo una mirada maliciosa consu subordinado Annellus, que estaba cerca. -¿Pensaste entraer unmuerto de nuevo a la flota para que pudiera ser examinado enel Apothecarion?

Los labios de Nakir se adelgazaron. -Por supuesto -espetó. -Pero los cadáveres se desnaturalizaron enel camino de regreso a nuestra nave.

-¿Qué quieres decir coneso? -preguntó Zuriel, de la cohorte de la Guardia Sanguinaria.

Nakir miró al legionario junto a él, unapotecario de línea de la novena compañía. -Se derritió, sargento de la Guardia. Como el hielo sobre una plancha. Todo lo que quedó fue uncharco de residuos tóxicos que no pudo ser analizado.

-Los supervivientes, entonces -dijo el capitánAmit, mirándole fija e intensamente. -¿Viventodavía? ¿Fueronexaminados?

-Sí, hermano -capitán. El grupo se encuentranrecluido bajo custodia enuncompartimiento seguro en las cubiertas inferiores. -una vez más, Nakir miró al apotecario. La cabeza del jovenlegionario se inclinó. Era evidente que albergaba el temor de ser llamado a la presencia de muchos de los más grandes héroes de la legión, yel no menos importante entre ellos era el propio primarca. Raldoronlo consideró yrescató al tiempo sucara de la memoria. Melchior yNartaba. El guerrero había servido enambos conflictos confortaleza yhonor.

-Meros -Sanguinius dijo sunombre yel apotecario le miró, reforzando suposiciónde firmes. -Hijo mío, tú has tratado directamente conestas personas. ¿Qué opinas de ellos?

La forma del Ángel era solemne ytranquila, yMeros parecía aliviado por ello. -Señor. Los supervivientes no llevansignos de agentes químicos o implantaciones invasiva -vaciló, como si estuviera considerando algo yluego continuó. -No encontré nada inusual enellos, salvo que están vivos, mientras que todos los demás Signusi que hemos visto soncadáveres sinhuesos.

-Razónsuficiente para haberlos dejado donde los encontramos -dijo Annellus fríamente. -Podríanser otra estratagema por parte de los xenos. Colaboracionistas.

-No abrazaremos la sugerencia de abandonar a estas personas enunmomento de consideración-Sanguinius no levantó la voz, pero sucensura era clara, yel guardiánestaba visiblemente intimidado. -No somos insensibles. Vinimos a Signus

para salvarlos –hizo ungesto a Meros, indicando que continuara.

-He tomado testimonios. Junto conlos datos recuperados de los restos del accidente del *Daga Feroz*, puede ser posible reconstruir una línea de tiempo parcial de eventos para mostrar lo que pasó aquí -dijo.

-¿Qué sabende los nephilim? ¿Algúnindicio de disposiciónde fuerzas o tácticas? -exigió Azkaellon.

-Se les mostró pictografías de los xenos ysus naves. Ninguno de ellos había visto a los gigantes antes -dijo Nakir.

-Entonces, ¿qué los atacó? -la pregunta la hizo el comandante de la 216a, suimagenholográfica fluctuando ligeramente.

La expresiónde Meros se puso tensa. -Capitán, usted habló de los ejércitos de seres que eranuna mezcla de... de formas de vida. Amalgamas humanoides yanimales, bestias aladas ylas cosas de
carne licuada. Unejército de *demonios* -él frunció el ceño. -Esa fue la palabra exacta utilizada, mis señores.

Berus resopló. -Es como he dicho antes. Este es el resultado de la guerra psicológica, sinduda realzada por el uso de la metodología de control mental. Drogas, sustancias químicas, programación mental. La psique humana sinentrenamiento es algo maleable, abierta a la manipulaciónyla corrupción-el guardiánlanzó una breve mirada hacia donde Raldoronestaba; no, no al primer capitán, sino a suayudante. A sulado, el hermano Kano dijo nada, permaneciendo enlas sombras.

-Contodo respeto, ningúnrastro de esta manipulaciónha sido encontrada enlos supervivientes. Ellos creenenlo que estándiciendo -dijo Meros.

-Estoyseguro de que lo hacen-dijo Berus, lo que le valió algunos murmullos secos de adhesiónpor algunos de los otros capitanes.

-Dicenque unseñor de la guerra inhumano lleva este ejército de monstruos -dijo Nakir. -Unser que se autodenomina "el Devorador de Almas ", unasesino que se deleita enla violencia yel sufrimiento -hizo una pausa. –Se sabe que existe unsegundo líder, otra criatura.

-¿Cuántos de estos llamados demonios hay? -preguntó Galán.

-Haydiferencias sobre las cuentas -admitió Meros. -Algunos de los supervivientes hablaronde un ser humano, unhombre llamado Bruja. Él se acercó yles dijo ser unagente del Imperio, pero parece haber sido el responsable de la caída del gobierno Signusi.

-¿Unsolo hombre? -las dudas de Azkaelloneranclaras. -¿Cómo lo hizo?

-Conla magia -Raldoronobservó el vigor de las palabras de Meros, conuna ceja levantada. -Bruja estaba supuestamente vinculado a una criatura de la disformidad, ungenio perverso que llevó a cabo terribles actos de profanaciónycrueldad -se detuvo abruptamente. -No tengo mayor explicaciónpara los de este lugar. Me he limitado a repetir lo que los supervivientes me dijeron.

-¡Repite una ficciónsalvaje! Y lo hace como si le concediera crédito -dijo Annellus.

-Me veo obligado a estar de acuerdo conel guardián-las palabras salieronconunsiseo y chisporroteo, transmitidas desde el puente de la *Página Oscura*. El acólito Kreed, consuimagen envuelta entúnicas de servicio, no había ofrecido parecer alguno a la conversación. -Estas descripciones de criaturas horribles, la insistencia enque de alguna manera sonirreales... Sonlas creaciones imaginarias de mentes sineducaciónque no puede captar el alcance de algo extraño.

-¿Está seguro? -dijo Amit, de rostro sombrío. -¿Es eso lo que explica los fenómenos preocupantes que hemos encontrado? ¿Qué me dice de los incidentes a bordo de nuestras naves, la epidemia de suicidios entre la tripulación, siervos ylos contingentes rememoradores? No se ha encontrado causa para explicarlo.

-Algunos permitenque sumiedo a lo desconocido los destruya -dijo Kreed. -Todos hemos visto a los xenos ensus muchas formas, extrañas e inexplicables. Sinembargo, no eranalgo que no se pudiera explicar a la luz de la razón. Estos tontos pobres cuyas vidas fueronsalvadas por la valentía del capitánNakir... no sonuna fuente de informacióncreíble.

Raldoronse mordió la lengua, incluso cuando vio que Galanyvarios capitanes asentíanenacuerdo
conlos comentarios del portador de la palabra. Sopesó las palabras ensus pensamientos. Kreed tenía una explicaciónplausible, pero no se podía negar que había más a la vista aquí que no debía ser fácilmente descartado.

Fue HelikRedknife, observando desde las alas, quienfinalmente dijo lo que muchos

pensaban. -No seas tanrápido ennegar las palabras de los seres humanos. Es posible que no veanconlos ojos de unmarine espacial, pero lo vieron. Ningúnguerrero aquí puede negar que no hanvislumbrado la locura prima de la disformidad enel rabillo de sus ojos ypreguntado qué nada ensus profundidades.

Raldoronpudo contener susilencio por más tiempo. – Hablar conadivinanzas yencírculos no contribuye a la misión. Sea cual sea el origende las fuerzas enemigas que nos hemos encontrado en el cúmulo Signus, siguensiendo *el enemigo*. Nakir ysus hombres mostraronque podemos luchar contra ellos ymatarlos. Eso es todo lo que importa. Nuestras órdenes del señor de la guerra no han cambiado. Liberaremos este sistema de manos de aquellos que lo hantomado.

-¿Cuál es suopinión, hermano Meros? –la pregunta de Sanguinius silenciado otras voces enla cámara. -Ha visto a estas criaturas cara a cara dos veces. Quisiera que compartieras tus pensamientos, sinedulcorantes.

El apotecario miró a suseñor feudal. -Los nephilimno estánaquí, mi señor. Estos horrores no sonsu obra. No importa el nombre que queramos darle, xenos, demonio o desconocido... creo que nos enfrentamos a algo fuera de la experiencia de cualquier hijo de Baal o Terra.

Kano dejó la cámara lo más rápidamente que pudo, al despedirse de sucomandante. Encontró a Meros enunpasillo que irradiaba el atrio. El rostro del apotecario traicionaba a sumente perturbada. Parecía perdido ensus propios pensamientos.

Kano tuvo que llamarlo dos veces antes de suviejo amigo saliese de suensimismamiento. -Hermano, unmomento.

Meros asintió. – ¿Vas a preguntarme por qué no mantuve mi maldita boca cerrada? -hizo una mueca. -Furio probablemente me relevará. Ahora, cada capitánde los Trescientos piensa que soyunidiota conel cerebro fundido.

-No todos ellos –respondió Kano conuna sonrisa seca. -Sólo los que piensanque sabenmás que tú.

Meros se volvió hacia él, repentinamente animado. -¿Dónde has estado, Kano? Después de que volviéramos de Holst, desapareciste. Nunca dijiste una palabra sobre…

Sufrágil buenhumor frágil se derrumbó. - ¿Sobre lo que vimos allí, quieres decir? No, no lo hice. En verdad, tenía preguntas para las que tenía que encontrar

respuestas.

-¿Y lo hiciste? -Meros avanzó unpaso, ocultando sinéxito la frustraciónyla ira bajo sus palabras. Kano habló envoz baja. -Es mi carga que vea conojos distintos a los tuyos, amigo mío.

-Ya has oído al capitánRaldoron: Hablar enigmáticamente no sirve de nada. Háblame sintapujos -dijo el apotecario.

-Creo que lo que le dijo el ángel tiene razón. Y no soyel único -le dijo Kano. Puso sumano sobre el hombro de Meros. -Has salvado la vida de esas personas. Ellos confíanenti, ¿no? ¿Ellos confiarían enti?

Él asintió conla cabeza. -La mujer, TillyanNiobe... nos llamó ángeles del Emperador. Como si creyera que realmente éramos los serafines de antiguos mitos.

-Habla conella. Averigua todo lo que puedas acerca de estos "demonios". Pese a lo que Annellus o Berus puedanpensar, podríantener la clave de la verdad acerca de Signus.

-De acuerdo -Meros guardó silencio por unmomento, luego levantó la vista de nuevo cuando descubrió algo. -¿Qué verdad?

Una sombra pasó por el rostro de Kano. -Cuando la sepa, te la diré.

Mientras caminaba de vuelta a la cámara de litoclasto, conla intencióndе buscar al oficial en funciones de Raldoron, Kano encontró sucamino bloqueado por otro oficial.

-Tú -el capitánde la quinta compañía le estaba esperando. -Voya tener unas palabras contigo, bibliotecario.

Los ojos de Kano se estrecharon, pero él se inclinó como el protocolo le exigía. -Ya no llevo ese deber o título, capitánAmit. Usted lo sabe muybien.

-Yo estuve enNikaea, así es. Y sé que el rango ytítulo puedenser extirpados conuna sola voz de mando, pero undeber... no es tanfácilmente olvidado enmi experiencia.

Tenía unaspecto neutro. Amit era unhombre difícil de leer. A primera vista, todo lo que era estaba a la vista, rápido yferoz. Sinembargo Kano sabía que era sólo la superficie. Amit era profundo y oscuro, ymantenía mucho más de sí mismo oculto que lo que muchos se dabancuenta.

-Sé lo que has estado haciendo. Te he observado, Kano -dijo el capitán. -Yo no…

Amit le interrumpió, sucara dividida enuna mueca. -Miénteme yte consideraré inútil, bibliotecario -se acercó más. -Sé que has estado vagando por la flota, buscando informaciónde tus homólogos psíquico ensecreto.

Kano estaba frío. Él todavía no había vuelto a contactar consuficiente cantidad de sus antiguos camaradas para obtener unconsenso. Si Amit estaba aquí para tratar de detenerle...

El capitánmostró una sonrisa salvaje. -No necesito tutalento para saber lo que estás pensando. Tranquilízate, Kano. No quiero detenerte. Voya *ayudarte*.

-¿Por qué? -la pregunta surgió de inmediato. -Yo... corremos el riesgo de censura por parte de los guardianes, o algo peor.

La sonrisa de Amit se amplió. -Esa amenaza tiene poco peso dentro de la Quinta. -entonces estaba frío yserio una vez más, suforma cambiante como el encendido o apagado de una lámpara. -No confío enlas palabras de mentes estrechas como Berus o ese zelote de Kreed. Lo vislumbré cuando fui a rescataros de Holst, conlas palabras de los supervivientes. Todo eso se conecta a algo de nuestro pasado común. Arquetipos del subconsciente, fuerzas de otro mundo que sonalgo más que extrañas. Lo veo, aunque los demás no lo hagan. Tú tambiénlo ves.

Kano asintió lentamente. -Más de lo que crees, hermano - capitán.

-Creo que todo el cúmulo Signus es algúntipo de enorme trampa, Kano. Una trampa enla que mantener a los Ángeles Sangrientos ydestruirlos. No voya dejar que eso suceda. No vamos a dejar que eso suceda.
-¿Y si para ello hayque desafiar las órdenes del Consejo de Terra? ¿O unedicto del

Emperador? -Quemaremos ese puente cuando lleguemos a él -dijo Amit.

Las historias que Niobe le dijo eranuna colecciónde pesadillas. Meros las escuchó ensilencio, con cuidado de no hacer nada para mostrar cualquier tipo de juicio sobre lo que dijo la mujer.

Antes de que llegarana Signus, incluso antes de suexperiencia cercana a la muerte enNartaba Octus, el ángel sangriento podría haber encontrado dudas enlo que dijo.

Ahora, él pensaba de otra manera. Hora tras hora, lo irreal se hizo más real para él.

Meros encontró a Niobe enunhueco de la cámara medicae donde estabanretenidos los supervivientes de Scoltrum. Ella estaba tanlejos del resto de ellos como le era posible sinsalir de la cámara. Unsoldado naval de la tripulaciónde la almirante DuCade montaba guardia enla puerta para asegurarse de que ninguno de ellos saliese.

Los otros estabanreunieronengrupo disperso, hablando envoz baja o biensindecir nada en absoluto. Ella estaba atendiendo a la forma durmiente de Rozin, que descansaba a ratos enuna plataforma baja.

-Sus sueños sonproblemáticos -dijo Niobe al legionario, acariciando el cabello de la cara de Rozin ensilencio. -Le atormentanconlo que se vio obligado a testificar. Me dijo que sólo puede encontrar descanso cuando la consuelo, así que lo hago.

-¿Has visto lo que vio?

-¿Las lluvias de sangre yla naturaleza rebelándose contra los hombres? -ella asintió concansancio. -¿Horrores que me hicierondudar de mi propia cordura? Ohsí, guerrero. Vi eso -Niobe se miró las manos. -Quiero mucho a volver a casa, de vuelta a mi jardíntranquilo, pero sé que ya no existe -una frágil sonrisa cruzó sucara. -Debo parecerle egoísta. Siempre he vivido sola ytenido poco contacto conotras personas. Me gustaba esa forma de vida yasí lo hice. Sólo yo ylas plantas. Nadie venía a ver los jardines, pero yo los tendía. Era unbuenarreglo -suspiró. -Nunca he tenido una granempatía por mi prójimo.

Meros señaló a Rozin. -La atenciónque das a éste lo desmiente.

-¿Es así? -Niobe levantó la vista, miró por encima del resto de los supervivientes. -Nunca me gustaron. Dortmund yHengist siempre discutiendo enese compartimiento oscuro. El ladrónjuró que estaba aliado conRozin, yque a suvez estaba conlas criaturas. Siempre diciendo: "Abre la puerta. Lanza las brujas fuera". Le quería muerto.

-Dortmund no dejó que eso sucediese

-Sí. Pero más por cansancio que por esfuerzo -hizo una pausa. -Rozinestaba allí cuando ese hijo de

puta de Bruja llegó a Signus Prime. Los otros la tratancomo si estuviera contaminada. -Este hombre, Bruja... ¿Era untraidor, entonces?

Ella negó conla cabeza. –Moldeó su*carne*, legionario. Y gente buena le siguió por ese camino por temor a perder sus vidas. Fueronconsumidos.

-Pero tú no.

-Nosotros no -Niobe lo miró. -La crueldad de Undemonio no significa nada si no se da testimonio.

-Esa palabra otra vez -el apotecario se cruzó de brazos. -No haytal cosa. No haymagia, ni demonios o dioses, ni…

-¿Ángeles? –le interrumpió ella: " Entonces, ¿qué eres? ¿Qué es tuseñor?

La respuesta de Meros se desvaneció ensus labios cuando unmovimiento enla escotilla le distrajo. El rememorador Halerdyce Gerwyntenía una discusiónconel guardia enel umbral ypasó junto a él. Gerwynestaba pálido, el rostro demacrado yla mirada de sus ojos estaba vacía yfría. No miró Meros; realmente no parecía estar registrando nada enabsoluto mientras cruzaba la cámara hacia una bahía de mantenimiento, ignorando las miradas que recibía de los siervos medicae yotros apotecarios.

El guardia le estaba gritando yMeros se apartó de la forma dormida de Rozin, sintiendo que algo anda mal.

Gerwyntiró de las asas de anclaje de unpanel ylo abrió. Enel interior, Meros vio unbanco de interruptores para los sistemas de control de emergencia, las juntas locales de control de boquillas ignífugas de la cámara medicae yrejillas de ventilaciónanti- descompresión.

El miembro de la tripulaciónnaval llegó al rememorador antes que Meros, colocando sumano sobre el hombro de Gerwyn. El secuencialista se giró, todavía sinbrillo yconlos ojos enblanco, golpeó al jovenconungarrote pesado que había escondido enla manga. El guardia cayó sangrando a la cubierta yMeros echó a correr.

Gerwynagarró la palanca de purga para los retardantes yla giró una media vuelta. Los respiraderos enel techo expulsaronundébil vapor blanco caustico; una vuelta

completa lanzaría unaumento inmediato de la densa niebla de halometano que sofocaría cualquier llama desnuda enunlatido.

-¡Paradle! -gritó alguien. – ¡Nos va a matar a todos!

La neblina química tambiénasfixiaría a cualquier persona sinlos pulmones aumentados de un legionario: todos los supervivientes de Signus, cada siervo de la tripulación, todos los que no era un ángel sangriento se ahogaríanymorirían, incluido el propio rememorador.

Otro, pensó Meros, incluso mientras gritaba el nombre de Gerwyn. Otra alma aplastada por una locura salida de la nada. Supistola bólter estaba enla mano. Unsolo tiro reduciría al inofensivo artista a una mancha de sangre.

Dudó cuando el pánico estalló a sualrededor yoyó a Hengist bramar al ver a los supervivientes huir por la escotilla. A Meros le gustaba Gerwyn, yel hombre se merecía algo mejor que la muerte sangrienta de unlunático. Se quedó inmóvil, conla pistola preparada.

-¿Qué está haciendo?

Niobe le había seguido, ytodos al mismo tiempo que Meros sintieronel misma extraño amortiguamiento del aire que había sentido enel compartimiento sellado a bordo de la *Daga Feroz*.

El rostro de Halerdyce Gerwyncambió, devolviéndole la expresión. Parpadeó como unhombre despertándose de unsueño. El rememorador vio a Meros, vio la pistola bólter yrompió a llorar. Sus largos dedos cayeronde la palanca de purga ycayó al suelo de la cubierta, enterrando la cara entre las manos. Meros bajaronel arma yllevó la palanca hacia suposicióndé seguridad.

Arrodillándose, Niobe apretó el brazo de Gerwynyhabló conél. Ella le preguntaba qué le pasaba. -¿Por qué hiciste eso?

-Paz. Quería…paz -logró decir entre sus sollozos.

Meros escuchó las palabras del hombre, pero suatenciónestaba enTillyanNiobe. Especulaba sobre la repentina calma de Gerwyn, los sueños difíciles de Rozinahora desterrados, el súcubo que no los había visto yla pura imposibilidad de los propios supervivientes.

Coninevitable lentitud, la luz de los tres soles fue eclipsada por la proa de la *Lágrima Roja* cuando al findel planeta Signus Prime apareció ante la flota de los ángeles sangrientos.

Ninguna voz de hombre, ni señal de vida llegaba del mundo capital. Los sensores que llegarona tocar la superficie trajeronflujos de datos que no teníansentido, ungalimatías ilegible ylos alcances ópticos más simples trajeroninformes que fueronconfusos o contradictorios. El planeta entero fue enterrado bajo una cubierta de nubes espesa ybiliosa, conlo que parecía una esfera de cristal llena de unhumo amarillo enfermizo. Células de tormenta tumultuosas eranvisibles, moviéndose en patrones al azar yencontradicciónconlas normas meteorológicas. Imponentes impactos de relámpagos iluminabanel lado nocturno, curvándose entre barras de negro purpúreo que imitabanla forma de una sonrisa concolmillos.

Las naves de guerra se desplegaronenformaciónde combate, escuadrones de cruceros, aerolíneas y destructores formando sus propios elementos de combate, dejando fuera pantallas de interceptores y cañoneras. No había ni unsolo grado de negro o cielo sinestrellas que no tuviera unarma apuntando hacia ella, la atenciónde unguerrero apuntada ylista. Habíanocurrido demasiadas cosas a lo largo del viaje a este lugar para que cualquier ángel sangriento se tomara el asunto a la ligera.

Enla sombra de la *Lágrima Roja*, las naves conunhistorial no menos legendario que la del propio primarca se movíanenprogresiónconstante, esperando el primer indicio de suenemigo tenebroso. El *Pacto de Baal* yla *Encarnadine*, la *Nueve Cruzados* yla *Hijo de la Sangre*, la *Victus* y*Libertad Escarlata*, *Réquiem Axona* yla *Ignis*, estas ymuchas más sacaronsus armas ycargaronsus escudos de vacío.

Los elementos avanzados de la flota, patrullas de Ravens enviados enmisiones de sondeo, regresaronconpictografías de lo que rodeada Signus Prime.

Las dos lunas del tercer planeta habíandesaparecido. No habíansido destruidas por cualquier medio convencional, porque habríandejado restos enunanillo de acreciónylas emisiones de radiacióny restos de partículas exóticas marcaríansus puntos de obliteración. Los satélites simplemente habían sido robados de sus órbitas, perdidas enlo desconocido; conellas se habíanido los astilleros, fábricas ycuarteles para las fuerzas de defensa del cúmulo Signus.

El destino de las fuerzas de defensa sí era mucho más claro. Los cascos de suflota a la deriva orbitabanel planeta enuna gruesa e irregular mortaja. Una cubierta de restos densos de innumerables naves arrasadas ycomplejos orbitales colgabancerca del borde de la interfaz atmosférica, naves militares yciviles por igual: desde lanzaderas suborbitales nunca diseñadas para aventurarse más allá de la estratosfera a los mastodónticos transportes interestelares, todas habíansido destruidas cerca del mundo capital ydejadas donde cayeron. Incendios de plasma aúnardíanenlos corazones de algunas naves, dejando serpentinas de radiacióna supaso. Grandes manchas de escombros fluían desde el interior de los cascos agrietados yengrosabanel anillo de fragmentos.

Las naves muertas no eransólo las consecuencias de la brutal decapitaciónde unmundo colonial. Eranmás que la sangre derramada olvidada por unasesino descuidado. Eranmás que lápidas. Las naves silenciosas se habíanconvertido enunbanco de púas de escombros, enel que todo el que se acercara se veríanobligados a penetrar si quería hacer undesembarco planetario. Y más que eso, estabanallí como una silenciosa ymonumental amenaza: naves rotas ydespellejadas vivas, muertos colgando enel cielo como los trofeos sangrantes de unasesino salvaje.

Tal horror podría haber sido suficiente para enfriar el corazónincluso del más experimentado de los guerreros fríos del espacio, pero esta exposiciónno era el final del sombrío mensaje sinvoz. Porque donde había miles de naves asesinados había diez mil veces esa cantidad de muertos humanos a la deriva, hinchados ycongelados enel vacío.

Los pilotos de los interceptores trajeronlas imágenes a la cubierta de mando del *Lágrima Roja* yel primarca las miró sinhablar, la tristeza yla ira le robaronlas palabras. Todos los que vieronlas mismas pictografías quedaronigualmente silenciados, incapaz de encuadrar la grotesca realidad de lo que había ante ellos.

Cada cuerpo había sido maltratado de una manera que iba más allá de la comprensión, sus huesos subsumidos de sucarne, robados igual que las lunas, desvanecidos por el mismo proceso desconocido que se había cobrado la vida de Holst yotros lugares. Lo que quedó enel vacío sinaire sobre Signus Prime se había convertido enarcilla para unescultor psicótico. Millones de cadáveres

flotabanenfusiones de carne, retorcidos enmonumentos repulsivos, brillantes conrevestimientos de sangre congelada. Habíansido compactados endólmenes yanillos, tallados conforma de esteatitas. Algunas de las formas teníanángulos rígidos yagujas dentadas hechas de extremidades cortadas; otros fueronaplastados endiscos yterribles curvas de brillante rojo carne. El signo octal que había ardido enPhorus tambiénse repetía una yotra vez enese cuadro espantoso, como una ofrenda que sólo algo conojos tangrandes como montañas sería capaz de ver.

La visiónregresó ycomo antes enla celda de la meditación, Kano no tuvo ninguna advertencia.

La cubierta se quebró bajo sus pies yse tambaleó. Bajo las placas del suelo de metal, uninsondable abismo negro se reveló, absorbiendo los fragmentos rotos del mundo a suinfinita e ineludible gravedad.

Las manos de Kano llegarona surostro yborraronde la imagende la misma. Antes, no tenía nada para detener el ataque del sueño-visión, pero esta vez sabía qué esperar; tenía la más pequeña de las
armaduras contra él yel ex-psíquico elevó sus defensas.

Dentro de sus pensamientos, se levantó las murallas del anti-poder, irguiéndose, plantando mentalmente sus pies enla arena mientras una tormenta de sensaciones giraba entorno a él para devorarlo.

Kano lo oyó venir, el fantasma gritando yelevándose desde las profundidades sombrías, más rápido que la muerte, más agudo que la noche. Unvendaval de hedor a pestilencia yrancio anunciando la apariciónque venía hace él ensus fantasmales alas muertas.

-Un guerrero acorazado y embadurnado de la cabeza a los pies de vitae, el resplandor de las singularidades y las estrellas muertas asesinadas envolviéndole, la nauseabunda luz escapándose de las juntas y grietas en su armadura rota, los cabellos cenicientos marcadas por su grito, su cara incognoscible y las esqueléticas alas de un carroñero que en su espalda-

-No... -Kano apartó las manos, conlos ojos cerrados confuerza, negándolo. -

Empapado hasta la médula con sangre contaminada-

La visiónparecía hacer eco enlos pasillos de sus pensamientos, como si la estuviera

presenciando a través de los ojos de otro.

-Un ángel gritando y manchado de rojo-

Kano fue atrapado enuna ondulaciónde experiencia, una memoria sensorial que irradió a través de sumente. Era unevento precursor; instintivamente, supo esto conabsoluta claridad.

-Imposible escapar-

Como olas del océano retrocediendo antes del impacto de unmaremoto, el sueño-visiónera la advertencia de que algo peor estaba por venir. Sería más poderoso que antes, casi podía saborearlo enel aire sucio. El ex- bibliotecario tenía la certeza repentina ytotal de mirar a la boca del arma más grande de la creación.

-Miedo, odio y cosas más oscuras-

Conunesfuerzo monumental, Kano selló sumente contra las imágenes yabrió los ojos, encontrándose enel pasillo, una vez más, conlos niveles a sualrededor sintocar.

Unlegionario de la 170ª conropas servicio estaba a sulado, extendió una mano hacia él, conla preocupaciónescrita engrandes caracteres ensurostro. -¿Hermano? ¿Está usted enfermo?

Kano lo empujó, recuperando el equilibrio. Dio unpaso, vaciló, encontrando sudirección. -El Ángel -murmuró, sacudiendo la cabeza como si eso le librara de los restos del efecto psíquico. -Esto no puede ser ignorado... debo advertir al ángel...

Recuperó supostura yrompió enunsprint hacia el transportador más cercano. El sanctorumdel primarca estaba muydistante de suposiciónenla *Lágrima Roja*, pero podía llegar a él si era rápido.

Pero entonces los tripulantes-siervos a sualrededor empezarona gritar, ysupo que era demasiado tarde.

La flota de los Ángeles Sangrientos estaba lista para todas las formas de ataque excepto una.
Conel planeta Signus Prime como núcleo, ungrito que fue más allá de la voz yel sonido explotó en el espacio hacia las naves reunidas de la IX Legión. Ungranhuracánde choque psíquico, creado a partir de la esencia embotellada del

asesinato de millones de almas rendidas, resonó desde el mundo envuelto. Barrió las naves carmesí enuna estremecedora e inmaterial ola. Los escudos de vacío no pudieronfrenar el poder etéreo de la misma ypenetró los cascos de adamantiumymamparos plastiacero contanta facilidad como si las naves hubiesensido hechas de papel.

La terrible emanaciónde dolor yangustia se había convertido enarma por los arquitectos de la pena, que solo conocíanel gozo de conducir la agonía como la música. La habíantallado conherramientas hechas de la ilusiónyla paranoia, editado cualquier resto duraderos de la esperanza yla bondad que pudiera haberse aferrado a los bordes de tanoscuras ydestructivas emociones. La pura fuerza monstruosa de la onda de choque maltrató a cada mente viva a bordo de las naves de la flota de los ángeles sangrientos.

Los transhumanos de las legiones astartes lo recibieronde lleno yconsucoraje intacto. Bombardeó sus mentes, llevó a algunos a grandes cotas de dolor ysufrimiento, pero eranángeles del Emperador ya pesar de sufuerza bruta, ningúnarma de ese ataque indiscriminado podría derrotarlos. Los hijos de Sanguinius resistieronel golpe ylo devolvieron.

Fue sólo después cuando los ángeles sangrientos llegaríana entender que ellos no habíansido los objetivos previstos. Que esto no era una fuerza dirigida a ellos, sino unarma de negaciónenbusca de los eslabones más débiles de la cadena de la guerra.

Cada ser humano -*todos los seres humanos salvo uno*- enla flotilla se unió por unmomento fugaz en unsolo grito desgarrador de sualma que ardió ensus mentes ylos noqueó. A muchos los mató nada más tocarlos, aquellos que estabancompletamente desprevenidos para tal oscuro ytriturador pesar. Algunos viviríanunpoco más hasta que sus corazones se detuvieran, otros caminaríanhasta las escotillas de aire o empuñaríancuchillos yrifles láser para suicidarse o para matar a otros.

Los gritos siguieronysiguieron, ynadie quedaría sinquedar marcado por ellos.

DOCE

Revelados

Naves infernales

Rumbo de colisión

Algunos podríandecir que el más potente tormento que unhombre puede experimentar sería ver el latido del corazónde suoscura alma interior, buscar enella conperfecta claridad ysinfiltros. Conocer la ira, el odio yel mal que él era capaz de hacer.

Eso entonces, pero enuntorrente unmillónde veces más potente, enuna avalancha de emociones oscura de no una, sino unsinnúmero de almas muertas ycorruptas, se sacrificaría enunmomento así.

Esta fue la fuerza que se extendió enla psique de los hombres ymujeres que estabanal servicio de la granflota de los Ángeles Sangrientos. Cada corazónymente se puso a prueba hasta el límite, y muchos se quebraronbajo la tensión. Los más fuertes sobrevivirían, marcados para siempre, atormentados hasta la tumba. Los más débiles quedaríandesquiciados, viendo horrores donde quiera que mirasen, sus mentes rotas y frágiles como el cristal.

El primer disparo había sido lanzado.

El capitánRaldoroncorrió por la galería dorada hacia el SanctorumAngelus conel semblante duro. Los gritos ylos lamentos resonabanenlas paredes del pasillo adornado, retorciendo supercepción hasta que las estatuas ylas grandes obras de arte adquirieronunaspecto deformado, amenazante.

Hizo unruido gruñendo entre dientes yapartó de nuevo esa sensación, expulsándola. Raldoronhabía sido entrenado para soportar ataques de naturaleza insidiosa, pero la tripulacióncomúnde la *Lágrima Roja* no tenía dicha defensa. Vio a oficiales navales que conocía bienreducidos a niños berreando, algunos horadando tajos sanguinolentos sobre sus rostros, otros mudos yconla mirada perdida, atrapados enla prisiónde supropia mente. Le desgarró que no pudiera hacer nada por ellos, pero esto era una batalla ahora yeranbajas. Suprimera directriz era ver la nave yal primarca seguros; una vez hecho esto, podría canalizar suvenganza contra el enemigo que les había golpeado.

Estaba casi enel atrio cuando el tiroteo llamó suatención. Raldoronpatinó hasta

detenerse enla balaustrada de la galería yvio enel nivel bajo él a una grancantidad de miembros de la tripulación enuna enorme multitud furiosa. Había cadáveres esparcidos alrededor yal otro lado del compartimiento unpuñado de ángeles sangrientos mantenía una línea conlas armas ensus manos. Una figura conarmadura negra ysosteniendo uncrozius ante él gritaba las órdenes.

-¡Rendíos! –bramó el guardiánAnnellus hacia la multitud. -¡Volved a vuestros puestos o seréis abatidos!

-¡Alto! -Raldoronsaltó la barandilla ycayó a la cubierta inferior, aterrizando conungruñido. Encaró a Annellus confría cólera. -Ennombre de Baal, ¿qué estáis haciendo?

-Esta gentuza nos atacó -el guardiánseñaló a uno de los hermanos de batalla, que llevaba cotes recientes ensurostro al descubierto, conunojo destrozado enuna cuenca maltratada. -¡Se han rebelado ante sus señores!

-No songentuza -gruñó Raldoron. -¡Sonnuestra tripulación!

Los legionarios teníanlos bólters alzados; podríanterminar el asunto de los siervos consólo un explosivo momento de fuego.

Raldoronllevó a Annellus a unlado yentró enel centro de la masa de tripulantes atormentados. Se dividierona supaso, empujados hacia atrás como por merced de sufuerza de voluntad.

-¡Miradme! -gritó, mirándoles. -¡Miradme! -el capitánse acercó yagarró al hombre más cercano, un teniente de artillería cuyos labios se movíanenuna letanía constante inducida por el pánico.

-La sangre yla sangre yla sangre yla sangre yla sangre…

-Vas a silenciar tus miedos –las palabras de Raldoroneranvoluntad hecha adamantium. –Todos vosotros. El terror que os ataca ahora vencerá si cedéis. ¡No lo hagáis! ¡Recordad quiénes sois! ¡Recordad vuestro juramento al Ángel yel Emperador!

El teniente se estremeció ensuagarre. Miró a Raldoronconlos ojos implorantes. -Está enmi cabeza, señor. Tengo que hacer que se detenga. La sangre... –el líquido carmesí enmarañó la barba delgada alrededor de la barbilla, manado de sus ojos, sus

oídos, sunariz.

-Por la sangre nos unimos ypor la sangre servimos -dijo el capitán, invocando el juramento de servicio. Las palabras parecieroncalmar la ira del populacho. -Somos la legión, todos nosotros -lanzó una mirada ácida hacia el Guardián. -Nunca olvidéis esto. Nunca vaciléis. Tomad la fuerza de vuestros compañeros yhermanos.

Los otros legionarios ya habíanbajado sus armas. Raldorondejó ir al hombre yse alejó. -¿Qué podemos hacer? –dijo la llamada de entre la multitud. -Si el enemigo puede penetrar ennuestras mentes, ¿qué podemos hacer?

-Desafiarles -dijo Raldoron, sinvolverse. -Hasta que mueran. O lo hagamos nosotros.

Llegó santuario del primarca sinmás interrupciones, ymientras cruzaba el atrio antes de la gran puerta de bronce yoro, Raldoronsintió el cambio sutil enla cubierta a través de las suelas de sus botas de ceramita. La *Lágrima Roja* estaba virando, yenunángulo lo suficientemente pronunciado
como para que las placas de gravedad de la masiva nave insignia se esforzaranpara compensarlo.

Mientras las alarmas sonaba a sualrededor se preguntó qué estaba ahí fuera, obligando a la nave a cambiar de rumbo. El siguiente ataque era inminente, lo sabía hasta la médula. Suúnica duda era de dónde esperarlo. La mano de Raldoroncayó a la empuñadura de la espada de energía enfundada en sucintura. Una parte de él dio la bienvenida a la uniónde la batalla, mientras que otra lo temía.

-Primer capitán-a las puertas, el sargento de la guardia Zuriel lideraba a ungrupo de barricada listo, conla hoja de sualabarda encarnada brillante. .La red voxha caído. Estamos recibiendo señales intermitentes de otros comandantes, otras naves. No hayunpatrónenla interrupción, sólo apagones aleatorios ylas voces...

Raldoronhabía sufrido la misma pérdida de la señal, pero nada más. -¿Qué voces?

Zuriel señaló el receptor voz del capitán. -Escúchalas. Escúchalas por ti mismo.

Raldoronpresionó el receptor. Por uninstante sólo existió el zumbido de la estática, pero luego, débilmente, recogió las palabras, unpatrónsonsonete de ellas enunlenguaje inquietante.

Cerca de allí, Mendrionfrunció el ceño. -He oído esas voces antes, pero parecíandesaparecer de mi memoria...

Raldoronresopló, cortando la señal de muertos. -Al diablo conestos juegos de sombras. Zuriel abrió la puerta yle permitió la entrada. –Por supuesto, hermano capitán.

Raldoronentró sanctorumdel primarca e hizo una reverencia que le valió unbreve gesto de reconocimiento del Ángel. Suseñor estaba tras unhololito intermitente yapenas estable enel centro de la cámara, mostrando la cabeza ylos hombros de la almirante DuCade. La capitana parecía cansada yvieja, la chispa brillante de vitalidad que el capitánhabía asociado siempre conella apagada por el dolor yla angustia. Al igual que el resto de la tripulaciónhumana, ella no había sido inmune al grito psíquico de Signus Prime. Pensó enel teniente enloquecido que Annellus había estado a punto de matar; DuCade había capeado los mismos terrores mentales ymantener aúnsu mando habló mucho de sufortaleza.

-El caos es generalizado -decía. –Los oficiales de cubierta estáninformando de forma esporádica, pero ya ha habido muertos ymucho... vandalismo. Creo que, por ahora, que la nave no está enpeligro inmediato desde el interior -la almirante hizo una pausa, como si le resultara difícil respirar. Enel canal abierto desde el puente por encima, Raldoronpodía oír otras voces, muchas de pánico, mientras los oficiales de DuCade tratabande mantener el control.

La expresiónde Sanguinius era grave. -¿Y las otras naves?

Al oír estas palabras, Raldoronmiró más allá de la imagenholográfica, al granportal de cristal blindado que mostraba el vacío más allá. Enfocó los cruceros de la flota, algunos de ellos moviéndose enpatrones caóticos, otros aparentemente dañados.

-Los pocos contactos inteligibles que hemos hecho informande incidentes similares. Siervos y tripulaciónactuando de manera irregular. Violencia ypánico – dijo la almirante.

-Contenedlo -dijo el ángel. -Si mis hijos se venobligados a luchar contra sus propias tripulaciones
para restaura el control de sus naves espaciales, cumpliremos nuestro deber conel enemigo con ellos.

-Lo haré -empezó DuCade, alzando la voz una octava, convirtiéndose enunestridente chillido, interminable. El hololito crepitó yestalló enuna nube de fotones, pero el gemido agudo no cesó. La matriz del proyector enla cubierta se sobrecargó conungrito chirriante yexplotó enuna llamarada de humo ymetal quemado.

Raldoronsacó supistola, por temor a que éste fue el inicio de otro ataque psíquico ycerca de él el comandante de la Guardia Azkaellonlevantó el brazo que sostenía el bólter modelo Angelus ensu cerradura del avambrazo.

Los otros miembros de la Guardia Sanguinaria enla cámara sacaronsus espadas. -¡Ese ruido! -exclamó Halkryn. -¿De dónde viene?

El primarca se volvió, mirando hacia el techo, mostrando unmolde atronador de surostro mientras sus ojos se movíanentodas direcciones, buscando algo que sólo él podía ver. -No... -susurró.

Había unpuñado de servidores enla cámara, ilotas para tareas de menor importancia yfunciones de administración. Todos al mismo tiempo despertaronensus cubiles de descanso yse unieronal coro quejumbroso, vomitando sangre yfluidos de procesos enel suelo conmosaicos.

Raldoronlos vio morir, cada uno convertido envueltos enuna niebla de color gris rosáceo como un rompecabezas de carne ymetal descomponiéndose.

De unanillo de cristal sobre plastiacero, Sanguinius desenvainó suespada de batalla yla colocó en una posiciónde combate. La hoja conlas dos manos era tanlarga como unmarine espacial; delgada y mortal, forjada enmetal rojo conunguardia de oro yrubíes tachonados. El arma reverberaba, devuelta a la vida enlas manos del ángel. Sus alas se extendieronsobre suarmadura brillante yel primarca apuntó la hoja al aire. -¡Muéstrate si te atreves!

El sonido agudo alcanzó sucenit, clavándose como unpuñal enlos oídos de Raldoron, pero cuando murió produjo una nueva ofensa. Los restos de los servidores se retorcieronycuerdas de vísceras y miembros fracturados se unieron. El aire se hizo más ligero alrededor de las piezas de carne, como si la realidad se partiera yvolviese sobre sí.

Las piezas ensamblaronunnuevo cuerpo. El torso era una mutaciónandrógina concuatro brazos y carne musculosa temblando; la cabeza se convirtió enalgo parecido a la de ungranmacho cabrío, concuernos yunfuerte hocico por el que resoplar. La criatura reciénnacida se flexionó yse mantuvo de pie mirando hacia abajo, a los ángeles sangrientos. Deslizó sus manos-garras sobre suforma, jugando conla carne ensangrentada de la que estaba hecho yemitió unlascivo jadeo orgiástico.

-Sanguinius -dijo, degustando el nombre conuncarácter sibilante. -No tienes idea de cuánto placer me provocas al tenerte por fintengo enmi dominio -la criatura amalgamada hizo una reverencia burlona ylamió sus labios de carne muerta. –Bienvenido.

-Por todas las estrellas, ¿qué clase de ser eres? –la fría furia del primarca se convirtió enasco. – Apestas conel hedor de la disformidad.

El ser hizo ungesto grotesco. –Muycierto. Eres tanavispado, post-humano. Eso me excita.

Raldoronsintió una extraña fusiónde olores enel aire: unperfume empalagoso que asfixiaba casi todo, pero debajo del mismo el olor rancio del sudor ylos fluidos corporales, el rastro del azufre.

El monstruo unió sucuarteto de manos, como si estuviera rezando. -Considérense halagados por la presencia de este avatar, la esencia de mí, a la cual podéis llamar Kyriss. Soyla visiónenel borde del éxtasis enla muerte, el Perverso yEncantador, hijo e hija del Maestro del Placer yfiel servidor de Q'tlahsi'issho'akshami. El vacío ensí canta mis alabanza.

-Tus títulos significannada para mí -replicó Sanguinius. -¿Cuál es tuforma, alienígena? Dila.

La criatura dejó sumirada perdida yRaldoronla encontró mirándole conalgo parecido al hambre.
-*Alien*. Unconcepto muylimitado. Todos vosotros sabéis lo que soy-lanzó una risa loca. -Soyuno de *esos*. Repetid conmigo. *Demonios* -untrozo de lengua negra siguió a la palabra de sus labios.

Azkaellonhabló: -Robaste esa designaciónde las personas que asesinaste.

Unnombre procedente de mitos yleyendas.

Por unbreve instante, el juego de urbanidad coqueta de la bestia desapareció, reemplazado por la furia repentina. -¡Vosotros nos la robasteis! –el instante paso yKyriss se inclinó. –Os saludo, ángeles sangrientos. Soydueño de estos mundos, estas almas yeste reino, ennombre ypor gloria de Slaanesh -Kyriss ladeó la cabeza enuna parodia de timidez recatada. -¿Queréis tratar quitármelo?

Mientras Raldoronmiraba, la ira que había estado presente por primera vez ensuprimarca pareció desvanecerse yuna calma helada cayó sobre el ángel. Sanguinius bajó la espada yla apoyó hacia abajo, hacia la cubierta, tejiendo sus manos a través de la empuñadura enjoyada. -Has cometido un acto de guerra contra el Imperio de la Humanidad yatrocidades contra sus ciudadanos. Sabed que sólo puede haber castigo por estos hechos, ni alojamiento, ni piedad.

-Ohpor favor, dilo -suspiró Kyriss.

-Te haré esta oferta una sola vez. Entrega yrenunciar a sudominio enel cúmulo Signus. Hazlo y prometo tufinal será rápido ymisericordioso.

La risa de la criatura comenzó alta yestridente, cayendo enregistros profundos, letales. -No tienes ninguna comprensiónde mi majestad, vulgar ytrivial cosa-ángel. ¡Nada tanburdo puede matar tanto esplendor! Yo soyel cardenal de la Catedral de la Marca, el rey- reina de Signus yenemigo de toda vida. Estos mundos seránmonumentos a vuestra desesperación, post-humano. Todo lo que amáis os será arrebatado ymancillado por mi beso -se volvió hacia la ventana. Dos manos señalaron directamente a la masa nebulosa de Signus Prime, yel otro par le hizo señas. –Vamos -dijo Kyriss. -Me encontrarás allí. Te espero conplacer.

Como la última palabra se desvaneció, descomponiendo los pedazos de metal ycarne se enun montónfeo, apartados del poder que la animaciónles había imbuido para surepresentación monstruosa.

Sanguinius se quedó ensilencio ante los restos durante unlargo momento, antes de mirar sus hombres. –Iremos allí -dijo.

-Mi señor, la flota todavía se encuentra envuelta enel caos… -comenzó Azkaellon.

-Como el enemigo había previsto -los ojos del primarca eranoscuros yduros, como

fragmentos de pedernal. -Pero hemos recorrido el camino que ha establecido para nosotros demasiado tiempo. No vamos a permitir que esta criatura siga existiendo, mis hijos. Llevad a cabo mis órdenes.

La segunda fase del ataque se ocultaba a plena vista, oculta enel banco de restos que circundaba Signus Prime enuna banda gruesa de metal resquebrajado.

Naves rotas ydeformadas se liberaronde la gravedad del planeta yse lanzaronal asalto de la flota de los ángeles sangrientos, sus motores vomitando penachos de humo de fuego de fusión. No podría haber una clasificaciónde estas naves, ninguna manera formal para medirlos contra las leyes convencionales del combate enel vacío. Erannaves infernales y, al igual que los restos de sus tripulantes, se habíantorcido yrehecho enalgo repugnante e impensable. Al principio latente, muerto a ojos de todos los sensores, pero que cobraronvida conenergía fantasmal, motivados por poderes que habíanvenido de la nada.

Algunas eranmonstruos de dos cabezas, plastiacero ybronce fusionado que se asemejaba a las consecuencias de una traslacióncatastrófica desde la disformidad. Otras habíansido abiertas, las placas del casco dobladas para revelar la nervadura del esqueleto debajo, igual que el grabado anatómico enlos libros de texto de algunos medicae. Los incendios ardíanentre los ahora restos depredadores, orbes de fuego ensus arcos apretadas como flagrantes ojos enla oscuridad. Estas naves no se movíantanto a través del espacio sino *nadando* enel mismo, reflejándose ensus cascos

ondulantes. Se movíancomo grandes animales, formas dirigidas por las maléficas inteligencias que habitanlas cáscaras de lo que había sido el orgullo de la fuerza de defensa Signusi.

Otros abrierongrandes velas hechas de piel humana curtida, desplegaronarmaduras telescópicas que se parecíana cuernos ymarfil. Los espinaquers masivos cortaronla luz consutamaño e increíblemente, avanzaroncomo si unviento fantasma les estuviese presionando. Las armas emergieronde todas las superficies de las naves infernales, liberando cascadas de energía púrpura y las descargas de dispersiónde esferas explosivas del tamaño de Stormbirds.

Algunas de las naves eranpoco más que misiles gigantescos, armatostes vacías lanzados enel camino de los buques de guerra imperiales sinuna orientacióno

atencióna dónde pudiera ir. Una de estas carcasas de nave se abrió paso entre ungrupo de Ravens e impactó contra el crucero *Numitor* antes de que pudiera efectuar una maniobra evasiva. Las dos naves se abrazaronenla llamarada de una nova instantánea ydesaparecieronde la formaciónenmedio de una nube de fragmentos de ceniza.

El eco del mal que se había extendido por las tripulaciones de los ángeles sangrientos aúnno había muerto, ylas naves de la flota de Sanguinius estaba luchando por mantenerse firmes ante el ataque enemigo, pero demorarse enrestablecer el control retrasar significaría la muerte, el desgaste yla destrucción. Estabanconla guardia baja, desequilibrados, pero no había más opciónque luchar.

La *Victus* y*Pacto de Baal* desataronsalvas de lanzas que se cobrarona ungigante que se dirigía hacia el flanco de la *Ignis*. La nave enemiga, unportaaeronaves antes prístinao que ahora parecía infectado por una plaga de óxido fue destruido, deshaciéndose engrandes trozos de metal podrido. Como ajenjo golpeado por unmartillo, el casco explotó, haciendo brilla fragmentos del mismo a medida que colisionabanconlos escudos de vacío de las naves de guerra carmesíes.

Cerca ellas, la *Cáliz* yla *Hermia* se apresurarona llenar el vacío dejado por delante de la estrella, surgiendo a través de la confusiónde sus propias líneas para enfrentarse conel enemigo. Fragatas hinchadas, consus paneles abombados desde dentro, impulsado hacia ellos dejando rastros negros de gases tóxicos a la zaga. La estrella de ocho puntas estaba estampada ensus cascos, embadurnada con sangre sobre emblemas profanados que habíansido una vez orgullosos ejemplos de fidelidad de Signus a Terra.

Las naves de los ángeles sangrientos dispararonandanadas de torpedos ypulsantes de sus mega-láser, despojando de todo blindaje a los atacantes, pero el enemigo seguía acercándose. Por un momento pareció como si la fragata encabeza iba a embestir a la *Cáliz*, pero luego el corrupto casco se abrió yreveló lo que estaba dentro.

Dentro de cada una de las naves transformadas había una masa de carne muscular yviscosa, revestida de quitina brillante. Como uncáncer, estos monstruos habíanllenado el interior de las naves yahora despojado de suenvoltura. Las ramas que brillabana la luz de las estrellas del cúmulo se desarrollaron, ocho patas de

araña cada medio kilómetro de longitud. Las criaturas-cáncer se sacudierondentro de los cascos, usando las cáscaras de las naves como uncrustáceo una concha en la espalda.

Haciendo caso omiso de las armas de fuego defensivas de proximidad de la *Cáliz*, dos de las fragatas-arañas saltaronsobre el crucero pesado ycomenzarona devorarlo, sus enormes mandíbulas mojadas conlíquido que destellaba enla oscuridad. Corrientes de oxígeno brotaronal vacío cuando la *Cáliz* empezó a perder suatmósfera a través de unsinnúmero de brechas. Una violencia similar se sucedió entoda la línea de combate, ya que todas las naves de la flota encontrarona unenemigo preparado para ello.

Más adelante, la *Lágrima Roja* abrió sus troneras ydejó que sus cañones desencadenarantoda su potencia, brillantes lanzas de haces de partículas ylas serpentinas de salvas de misiles golpearon confuerza la línea de avance de las naves infernales. La *Hijo de la Sangre* yla *Encarnadine* siguieronsuejemplo, liberando todo suarsenal, atravesando al enemigo yla granzona de escombros a sus espaldas. Perfectas esferas como perlas de fuego nuclear florecieronenla noche, destruyendo lo que ya debería haber muerto hace tiempo.

Kreed lamió la sangre de la punta de los dedos, saboreándola. El líquido que sangraba de sus ojos era oscuro yaceitoso, yllevaba consigo unolor acre que llevó sumente de nuevo a la distante Colchis. *Huele a nacimiento*, se dijo. *Renacimiento. El heraldo de lo nuevo.*

Torrentes silenciosos de luz crearondiferentes sombras a través de sutrono de mando mientras los cielos alrededor de la *Página Oscura* ardíanconlas descargas de armas. Kreed se levantó ymiró hacia abajo.

El puente de sunave de guerra era una burbuja de cristal blindado reflectante, pintado de óxido y opaco desde el exterior, pero dentro uno se sentía igual que estar de pie enla cuna de la nada. Masivos mamparos normalmente manteníanla granburbuja segura yblindada, pero el acólito había ordenado que los bajarantodos para que pudieranver la traicióndesarrollarse.

Kreed vio las naves-araña darse unfestínconla *Cáliz* ysusonrisa se amplió. Pronto, los ángeles sangrientos consideraríana la tripulaciónde esa nave como los afortunados, al igual que los muertos a bordo de la *Helios*, la *Caballero Pálido*

ytodas las otras ofrendas.

La hemorragia no se había detenido; había comenzó a raíz de la manifestaciónanterior de Horus enel sacellum, yahora era seguía lenta yconstante. El portador de la palabra no sentía dolor o incomodidad por ello. Se había dado cuenta de que se trataba de una señal enél, una marca de preferencia que habíandejado sobre sucarne. No se permitió detenerse enlas palabras del Señor de la Guerra, ni el conflicto que surgía de ellas. Horus le había ordenado desafiar el planestablecido por el Erebus yKreed buscó dentro de sí mismo para encontrar la culpa generada por ello, no encontró nada. Erebus, tanarrogante, tanseguro de sí mismo, él yel mestizo Kor Phaeronotorgaban poder como regalos a sus favoritos... pero no estabanaquí. No vieronla oportunidad. Kreed tenía ahora la oportunidad de avanzar más allá de ellos, tal vez ganarse el derecho a permanecer al lado de Lorgar ensulugar.

Si tenemos éxito. *Cuando* tengamos éxito.

El grandemonio alado le había permitido vivir, ylos regueros carmesíes eranunrecordatorio de que subenevolencia. Una vez más, Kreed se atrevió a preguntarse sobre el futuro. *Estoy marcado. Eso hace que sea una certeza.* Sonrió para sus adentros. *Esta guerra ya está ganada.*

-Repetidos mensajes de la nave de mando de los ángeles sangrientos -Kreed volvió surostro hacia el guerrero que había hecho el informe. Sunombre era Felleye; el descomunal segador era parte de la guardia personal seleccionada del capitánHarox.

-Pidennuestra ayuda -dijo el acólito. Miró hacia abajo. Por debajo de sus botas, a través de la cubierta vio la granforma esculpida de la *Lágrima Roja*, iluminando el vacío consus armas de fuego ydescargas de haz.

Kreed sintió una extraña especie de calma enestar a la deriva enmedio de unenfrentamiento tan violento. La *Página Oscura* no había hecho unsolo disparo por ira o recibido la más mínima atenciónpor parte del enemigo.

-La mujer DuCade exige que usemos nuestras armas para el control de este sector de la flotilla -continuó Felleye.

-Que se atiborre de estática.

Haroxse colocó al lado de sucomandante. –Las naves de este elemento

estánsiguiendo el protocolo establecido de combate -dijo el capitán. Señaló los cruceros de batalla moviéndose enuna lenta formaciónde falange de protecciónalrededor de la nave de Sanguinius.

-Como supe que harían-Kreed asintió para sí mismo. –Como la poca importancia dada a la dispensaciónde sus primos de la XVII legión-observó las naves ensulento ballet. –La confianza es de tontos.

-Objeto aproximándose, una cuarta sobre la horizontal -informó Felleye. –Mis señores, parece ser el caparazónde una nave cisterna civil. Pasará directamente a través de nuestro corredor de fuego enun curso de colisiónconla *Lágrima Roja*. Somos la única nave encondiciones de pararla.

Kreed levantó la vista ysus ojos aumentados enfocaronal atacante de entre la oscuridad más allá de ella. Uncilindro envuelto enfétido humo, conincendios escapando de sucasco e impulsándola a cada vez más velocidad, los flancos cubiertos de textos viles ysímbolos extraños. La mano del Acólito fue a suantebrazo, donde sucuerpo tatuado llevaba muchos de esos signos.

Cerró los ojos. Si escuchaba conatenciónyabría sualma, Kreed casi podía oír el cacareo yalegre odio que irradiaba de la nave entrante. Las criaturas a bordo estabanansiosos por probar la sangre de los ángeles.

-¿Órdenes? -dijo Harox.

-Es la hora, por fin-dijo Kreed, abriendo los ojos. -El momento perfecto para la traiciónse ha mostrado.

Kreed regresó a sutrono de mando ysaboreó el acto, deseando poder mirar a los rostros de los que había traicionado.

Al principio Meros pensó que sus ojos le estabanengañando. Sumano se apretó contra el cristal blindado de la ventana, mirando hacia la batalla enel espacio ysualiento quedó atrapado ensu garganta cuando undestello de color silencioso pasó por la popa de la nave de los portadores de la palabra. Por unmomento, el ángel sangriento creyó que la *Página Oscura* había sufrido una explosióninterna catastrófica, pero entonces las llamas se desvelaroncomo las estelas de empuje de sus motores ysupo que el crucero les había abandonado.

La escena era suficiente para dejarle paralizado, incluso enmedio de la batalla que se desenvolvía. ¿Qué razónpodríantener los hijos de Lorgar para huir?

-¡Meros! -una voz familiar le llamó yse dio media vuelta para encontrar a Kano acercándose a la carrera. -¡Rápido! ¡Ya vienen!

-¿Quién? -suhermano de batalla parecía fatigado, agarrando unbólter al pecho. -Kano, ¿qué quieres decir?

-Mira -el otro legionario señaló conundedo blindado a la oscuridad. Meros siguió sudirecciónу vio la despuntada nave-garrote dirigiéndose hacia la *Lágrima Roja*. -¿La Ves?

Meros miró a sucompañero. -¿Y tú? -golpeó conundedo sufrente. La expresiónde

Kano se agrió. -Eso no importa ahora.

El apotecario tenía más preguntas, pero fueronahogados por el impacto de la nave cisterna, al estrellarse contra el casco exterior por debajo de ellos.

La nave había sido una vez untransporte de combustibles químicos volátiles, una lenta barcaza que tuvo largos viajes de ida yvuelta desde Signus Prime hasta el Río Blanco yde regreso. Sus circuitos interminables se habíanroto cuando la prole de la disformidad llegó al cúmulo. La tripulaciónfue convertida enrecipientes de carne para las bestias menores del immaterium, que podríanenfundarse para andar enel campo de los efímeros. A suvez obtuvieronmás de los Signusi, que les juraron lealtad conla esperanza de que los salvaran. Lo hicieron, pero no de la manera que buscaban.

La marca de Slaaneshcubría toda la superficie de la nave, sus palabras impías enrolladas enla proa de la nave haciendo de ella una bendicióncuando llegó el momento de dar muerte a los ángeles del Emperador.

El punto de impacto fue enel costado de babor, unespacio repleto de maquinaria donde los carriles neumáticos conectabana las bahías de armas delanteras transportando torpedos desde el almacén principal de munición. Las bestias se desplegarondesde las paredes horadas de la nave cisterna y pulularonhacia la *Lágrima Roja*.

Los ángeles sangrientos les estabanesperando, pero no engrannúmero.

Meros vio uninfierno enconado bajo él. Atrapado entre la piel exterior de la nave insignia yla primera pared del casco interior, el compartimento nunca había sido diseñado teniendo encuenta las necesidades humanas. Bajo él había unpozo de plastiacero lleno de cables rotos ycorredores rotos, chispas de los mecanismos de control de carros automáticos iluminando los lugares donde los fogonazos del fuego bólter yla luz de sulámpara de hombro no podíanllegar. La proa de la nave capturada se había atascado enel lugar ensí, sinpoder penetrar más por la presencia de placas de grueso blindaje, pero que no había disuadido a suhorrible tripulaciónhorrible de desembarcar.

Las cosas que aterrizaronenla nave como lampreas de océanos profundos chillaronyse deslizaron sobre las pasarelas cuadriculadas ylas paredes dobladas por el impacto. Se movíanmediante saltos gigantes, golpeando connidos de zarcillos que azotaban, agarrándose a una bodega yelevándose con sus propios cuerpos hacia arriba. Otras - criaturas gélidas portando pinzas de cangrejo yconcuerpos espinosos que se parecíana grandes caninos- saltarondistancias increíbles consus poderosas patas traseras, ululando yrebuznando.

Ya habíancaído hermanos de batalla por estas cosas. Algunos, asesinados por el propio impacto, otros capturados por las afiladas puntas de los tentáculos o abiertos congarras. Meros tenía la intencióndе hacer pagar a los intrusos. Disparó sinráfagas supistola bólter, midiendo cada proyectil. El apotecario trató de evaluar la ubicacióndе las agrupaciones nerviosas o encéfalos, tal como le habíanenseñado sus mentores, pero no había uniformidad o lógica enla forma de estos monstruos. Sólo la aplicacióndе una fuerza descomunal parecía acabar conellos. A sulado, Kano estaba perdido enla lucha, ejecutando confrialdad a todo lo que se movía. Conél una docena más de legionarios había llegado al punto de ataque conla misma intención: defender la *Lágrima Roja* hasta la muerte.

Las criaturas cantabancuando alcanzabana los legionarios melodías llenas de horribles gritos ululantes yjadeos que sonabana través de los mamparos. Parecía no tener finla avalancha de criaturas; más ymás de ellas se arrojaronpor el casco de la nave enunbrillante yretorcido enjambre. La marea estaba subiendo ysinrefuerzos pronto los ángeles se veríanabrumados.

El percuto de la pistola de Meros presionó al vacío. -¡Recargando! -gritó,

expulsando el cargado con la velocidad nacida de la concentraciónyla práctica constante.

Kano no tuvo tiempo de hablar; ensulugar se giró yapuntó cuando uno de los horrores aprovechó el instante de pausa del apotecario para lanzarse al pórtico donde se encontraba.

Los disparos de Kano le acertaron, pero la criatura era grande yaunque los proyectiles reactivos hicieronvolar chuletas de carne púrpura de sus flancos, no murió. Ignoró a Meros yatacó a su hermano de batalla, destrozando grupos de tuberías ensucamino para llegar a él. Kano cayó con estrépito yse perdió de vista bajo el grueso cuerpo del monstruo. Meros empuñó suespada-sierra y golpeó ensus flancos tocados.

Bocas concolmillos se abrierona lo largo del flanco de la criatura, mordisqueando ensudirección. Conuncargador nuevo, Meros dirigió unproyectil a cada una, siendo recompensado convarios gritos de dolor de la criatura. La masa pegajosa se echó hacia atrás ycayó, revelando a Kano enun montón.

-¡Hermano - medicae! -ungrito desde arriba atrajo la mirada de Meros. Sobre sucabeza, agrupados enuna vía de ferrocarril, había una línea de legionarios conarmadura de acero de color gris, prestando sus armas para la lucha. Él vio al capitánRedknife señalar conundedo hacia Kano -Sácale de aquí. ¡Retirada!

Meros disparó a una criatura-cangrejo correteando tras él ylevantó a Kano. La sangre brotaba de las grietas enla servoarmadura de suhermano de batalla; estaba pálido, como si el aire se le hubiera escapado de los pulmones. Juntos treparonpor la pendiente hacia los resto de los defensores reunidos a toda prisa.

Los invasores les pisabanlos talones, riendo al ver esta aparente retirada. El espacio de casco por debajo ahora era una masa espumosa e hirviente conunnúmero incontable de cadáveres enemigos.

-No debensobrepasarnos -gritó Meros. -¡Llegaríana las cubiertas ynunca encontraríamos a todos!

-No lo harán–clamó Redknife. -Valdinencontró algo para desalentarlos.

Fue entonces cuando el apotecario vio que uno de los lobos espaciales estaba

sosteniendo unobjeto cónico de fácilmente la altura ymasa de unser humano, extrayéndola de uno de los carros de municiones varado por el impacto. –Cierres magnéticos -gritó el capitán. -¡Preparaos!

Era cabeza buscadora, la parte explosiva de unmisil anti-interceptor.

Conungruñido de esfuerzo, Valdinlanzó la cabeza sobre suhombro yse desplomó enla multitud enemiga. Meros se dio la vuelta, poniendo las manos sobre surostro para protegerse cuando la cabeza chocó contra la proa de la nave ydetonó.

Enunespacio tanreducido, la explosióndesgajó una gransecciónel casco exterior de la *Lágrima Roja*; no fue suficiente para perforar la armadura interior, pero sí para arrancar la nave invasora y exponer a las monstruosidades carnosas a la dura caricia del espacio.

El soporte vital ylos residuos huyeronconel enemigo hacia el vacío. Fijados ensulugar enlas cubiertas de adamantiumpor las placas magnéticas ensus botas, Meros mantuvo a Kano vertical mientras el enemigo se perdía enla nada, silenciado sus gritos-canciones.

Athene DuCade permitió que sus manos para ahogaransucara, enterrando las palmas de las manos enlos huecos de sus ojos. El calor de supiel le hizo sentirse desconectada del momento, como si la estuviera experimentando de segunda mano. La almirante estaba al tanto de la sangre retumbando en sus oídos, unsonido sordo concada latido de sucorazón.

Toda suvida había conocido el control: de los demás, de sunave, de sí misma. Ahora parecía un sueño lejano. Athene trató congranintensidad contenerlo, pero ahora sabía que sufuerza se desvanecía. Y pronto desaparecería.

Oyó a suayudante hablar. -¡estánenel interior de la nave! -suvoz estaba tensa por la histeria. -Esos monstruos hanpenetrado enel casco, infectándonos... -dio unsuspiro tembloroso.

Las manos de DuCade se alejaronde surostro. -Mayor, cálmese -trató de decir las palabras conla autoridad, pero surgieronagrietadas yrotas. La fuerte luz del puente de la *Lágrima Roja* le picaba los ojos yse estremeció a supesar.

Él se volvió hacia ella, perlado ybañado por el sudor. -¿No lo entiendes? -el oficial le gritó la pregunta, atravesando el puente, llamando la atenciónde los demás

miembros de la tripulación. -¡Despierte! Mire a sualrededor. La Legiónnos ha llevado a nuestra muerte. Esto es una trampa, ¡un pozo hacia el infierno!

Sucara estaba tanroja. El estómago de DuCade se apretó conrepugnancia cuando se dio cuenta que podía ver el pulso de la sangre por los capilares a través de supiel. *¿Cómo era posible?* Preguntó una pequeña voz ensucabeza, pero no hubo respuesta.

El mayor avanzó hasta ella yagarró los brazos de susilla de mando, gritando al máximo de suvoz. -¡Sacadnos de aquí! -había alcanzado la locura, vio la almirante ahora. -Por el amor de Terra, ¡debemos huir! ¡Respóndeme, zorra sincorazón!

Enla cadencia carmesí de surostro ella vio negro también, una tinta oscura yvenenosa. El mayor se dio cuenta conunsobresalto que era *él* quienestaba infectado conla locura, el miedo, conlo que fuera que ese grito paralizante había dejado atrás.

-Kyriss.

-¿Qué has dicho? -le espetó.

DuCade saltó sobre sus pies yel mayor se tambaleó hacia atrás. El nombre crujió a través de ella como la electricidad. Suvista se aclaró por unmomento.

-Yo... Yo no he dicho... -el rostro del mayor era sólo una máscara de carne colgando sobre algo horrible que había usurpado suforma.

Ahora lo entendía. Uno de la pistolas láser de sucinturónestaba de repente ensumano, yluego ella le estaba disparando, unproyectil brillante de luz coherente tras otro, derribándolo enla cubierta, haciendo emanar de él uncada vez mayor hedor a carne quemada. Sucuerpo temblaba yse retorcía, volviéndose borroso.

Cuando DuCade miró a sualrededor, la enfermedad ensuintestino apretó aúnmás. Todas las demás caras de la tripulaciónle mirarona ella, todas ellas marcadas conel mismo carmesí ynegro retorciéndose. ¿Se estabanriendo? Podía oírlos reír.

Queríanmatarla tanto como la cosa dentro del mayor deseaba. Sacó otra pistola láser yabrió fuego condos pistolas a la vez. La almirante les atacó mientras corrían, lanzando vetas de fuego pro todo el puente, cortando los cuerpos corrompidos o destruyendo los paneles de control.

Mató al timonel enúltimo lugar, mientras él trataba de sostener las manos agarradas a surostro o tal vez tratando de rendirse. No importaba. Todos ellos teníanla sangre negra ensucarne yahora estabanesparcidos alrededor de la cubierta o agrupados al borde de sumanto, empapando su uniforme gris armiño.

Pero el horror más grande estaba reservada para cuando Athene DuCade vio supropio rostro, reflejado enel monitor de navegación. Suviejo rostro de guerrera, rojo por el esfuerzo. Unrojo derivando a negro, fundiéndose yextendiéndose ensucráneo.

Ella no era inmune. La infecciónestaba enella también. Por supuesto que lo estaba. La locura se había convertido enunvirus, uncontagio mortal. Los otros habíancaído ante él, ypronto lo haría ella también.

La almirante lloró lágrimas amargas. Adoraba tanto la nave, como a una hija. Ella amaba a su primarca ysulegión, pero ella los había llevado a esto. Ahora la *Lágrima Roja* estaba plagada de corrupciónyera culpa suya. Todo era culpa suya.

El frágil autocontrol de DuCade se hizo añicos. -Tengo que expiarme -dijo envoz alta, a través de un sollozo. -Esto no puede ir más allá. Sí. Sí.

Sanguinius lo entendería. Sabía que lo haría. El perdóndel Ángel era suficiente.

El almirante introdujo unnuevo curso enel timón, provocando que los impulsores la hiciesenvirar de tal forma que puso a Signus Prime enla punta de la proa de la nave insignia. Los motores aceptaronlas órdenes yla grannave se desmarcó de suposición, cayendo enlas garras de la gravedad del planeta. Consus armas, destruyó la consola de mandos para que suobra no pudiera ser deshecha.

El último de los proyectiles láser atravesó el corazónde DuCade, abriendo unagujero ardiente y cauterizado ensupecho.

TRECE

Una lágrima cayendo Fortaleza

Este es nuestro voto

Iluminada por los fuegos atómicos yel resplandor de energías concentradas, la guerra enlos cielos sobre de Signus Prime era untapiz de violencia. Naves infernales reanimados de suletargo camuflado de naves destruidas se lanzaroncontra la flota de combate de los Ángeles Sangrientos, impulsado por pilares de fuego yotros medios más efímeros.

Mucha de las naves renegadas todavía teníantripulaciones, encierto modo, pero no se parecíanen nada a los hombres ymujeres fieles que una vez habíanllenado sus puestos. Los más cercanos a una forma humana eranlos fanáticos, los débiles de espírituycobardes de corazónque habíanvendido su alma ylealtad a la mentira de la redenciónde Bruja. Sumiedo a la muerte los había atado enuna servidumbre que los vería perecer una ymil veces.

Luego estabanlos otros, los monstruos ylas mutaciones, seres moldeadores de la carne que usurparonlos cuerpos de los muertos, como unhombre se enfunda untraje ambiental para poder hollar desde la disformidad el reino de lo material. Estas criaturas, vestido conatuendo de carne humana sinhueso, jugabanycantabanbajo el nombre de *demonios*. Se habíancansado del sacrificio de los débiles colonos Signusi, yahora queríannuevas presas para morder, agarrar ydespedazar. Después de la seducciónyel asesinato de unpuñado de mundos, era suhora de bañarse enla sangre yel odio.

Juntos eneste lugar marchito, los hijos de dos dioses oscuros habíanunido sus fuerzas para una guerra como ninguna otra. Signus Prime era la cabeza de playa, suposiciónde salida enla cruda realidad de la materia, ycada uno de ellos sabía que la batalla que comenzó el día de hoyse repetiría millones de veces, enunsinnúmero de otros mundos durante los milenios por venir.

Enmedio de esta confusión, la lluvia de lanzas láser, fuego ylos gritos, una granlágrima conalas de adamantiumybronce abrió uncamino ardiente a través del cielo heridos del planeta.

Sinnada para detener sucaída, la *Lágrima Roja* quedó atrapada enla gravedad de Signus Prime y besó la atmósfera exterior enuna cascada parpadeante de fuego naranja. Llamas plasmáticas lamieronel casco ventral, retorciendo la delgada quilla de la barcaza de batalla entre chispeantes arcos de descarga electromagnéticas. Emisores de señales yracimos de antenas se perdieronbajo el constante yprogresivo

aumento de calor, encrespándose yfundiéndose como hojas de una planta al encontrarse conla furia de unincendio forestal. Ungrangemido animal sonó por kilómetros a lo largo de la eslora de la masiva nave, señalando la torsióndel fuselaje como nunca fue suintencciónal
ser ensamblado.

La *Lágrima Roja* era una nave mítica, construida para administrar el castigo enuncentenar de guerras; no era undelicado velero solar o yate xenos hecho de piel de gasa. Ante todo, la barcaza de batalla se había forjado enel vacío ysulugar eranlas profundidades del espacio interplanetario. La nave insignia de la legiónno era unrecipiente diseñado para aceptar el abrazo de unmundo yel toque de unmedio ambiente a través de sucasco. El carro del primarca fue hecho para vivir ymorir enel vacío; Athene DuCade había cambiado ese destino conunarma de fuego.

La *Lágrima Roja* caía, gritando mientras cortaba a través del filo entre el día yla noche, la curvatura del horizonte de Signus Prime lentamente llegando a suencuentro.

Cassiel tuvo que gritar para hacerse oír por encima del atronador sonido por el pasillo. -¿Puedes hacerlo o no?

La cubierta bajos del sargento ysus hombres se cabeceó ybalanceó. Kaide se arrodilló cerca de la escotilla central que daba al puente, conuna mano anclándole contra la cubierta yla otra enterrada hasta el codo enel panel abierto cerca del mecanismo de control. Sus ojos estabandesenfocados, un aspecto que desmentía suintensa concentración.

-¿Puedes abrirla? -Cassiel preguntó de nuevo, echando una mirada a Leyteo enla retaguardia. El otro ángel sangriento levantó unrifle de fusiónensumano, demostrando que estaba listo para servir su primer plato a la escotilla atascada tanpronto como lo pidiera.

Cerca de allí, Sarga lanzó unceño fruncido ymurmuró algo envoz baja acerca de las causas perdidas. Cassiel ysupequeño grupo de sus guerreros se habíanencontrado enel lugar oportuno para correr hacia el puente enel momento que la barcaza de batalla había comenzado sudescenso incontrolado, pero ahora una barrera blindada suficientemente gruesa como para desviar láseres pesados se interponía entre ellos

yla cubierta de mando. La sombría evaluaciónde Kaide no había sido bienrecibida; incluso conel cañónde fusiónde Leyteo, necesitaríanhoras para fundir unhueco a través de ella.

-Puedo abrirla –dijo el tecnomarine, por fin. Algo dentro del panel echó una chispa efervescente que inundó el pasillo conla espiga caliente de la electricidad. La escotilla gruñó yretrocedió mediante pistones hidráulicos, mostrando a los legionarios el interior del puente de múltiples niveles.

El olor a vidrio quemado ycarne cocida les asaltó cuando Cassiel los lideró hacia el interior, con Sarga a sulado barriendo a izquierda yderecha conel bólter. Cada miembro de la tripulacióny sirviente, todos los auxiliares yoficiales, yacíanmuertos ensus puestos o tumbados enel suelo. Muchos habíanmuerto huyendo, mostrando humeantes heridas de laser ensus espaldas conuntono rosa mojado.

Leyteo hizo una mueca cuando él los siguió dentro -Más locura. ¿Se asesinaronunos a otros? ¿Por qué?

Cassiel no respondió a la pregunta, avanzando más allá del trono de mando hacia el vértice del puente. Yaciendo enel suelo de la cubierta ante él, la capitana era undesastre de piel chamuscada y sedas arrugadas de suotrora elegante capa.

Luego miró hacia otro lado, más allá del granportal. Vio la proa conforma de punta de flecha de la

Lágrima Roja bañada enfuego.

-¡Superviviente! -gritó Kaide desde una de las alcobas de control.

El sargento se acercó, encontrando a unhombre hundido enuncharco rojo pegajoso. Llevaba el uniforme de unoficial de comunicaciones de segunda clase, yel olor de susangre llenó las fosas nasales de Cassiel. Detrás de la máscara de sucasco de batalla, el ángel sangriento reflexivamente pasó la lengua por sus labios.

-No le queda mucho tiempo -dijo Kaide confrialdad, yla palidez del rostro del oficial dejó claro que el tecnomarine tenía razón. -¿Dónde está Meros cuando lo necesitamos?

-No importa -el sargento se acercó al tripulante moribundo. –Tú. Dime quiénhizo esto.

-La almirante -la palabra salió enunsusurro tenue yseco que casi se perdió enel ruido constante del casco. –Nos mató a todos.

Cassiel se volvió hacia los controles del timónenruinas entodo el compartimento yasintió gravemente. -Sí. Parece que ella lo hizo.

El oficial murió sindecir una palabra yKaide lo dejó allí, alzándose de cuclillas. Inspeccionó los mecanismos de control machacados conuna mirada severa, sacudiendo la cabeza. -Esto es una locura. Ni una sola consola permanece intacta.

-¿Se puede reparar? -preguntó el sargento.

-Sí- contestó Kaide. -Pero si dispusiera de varia horas, conuna docena de tecnohermanos y servidores dedicados exclusivamente a esa tarea. Esta nave atravesará mil kilómetros de estratosfera mucho antes.

-¿Tanrápido descartas a mi nave ysufuerza? -la voz envolvió a todos yluego penetró ensus cabezas.

El Ángel entró enel puente, flanqueado por dos de la Guardia Sanguinaria yel capitánRaldoron. Incluso enesas circunstancias, la reaccióninmediata de Cassiel yla de todos sus hombres fue la de arrodillarse ymostrar sulealtad.

Sinembargo, el primarca evitó el protocolo enfavor de la franqueza, midiendo conla mirada a Kaide. -¿Sabes cuántos años tiene esta nave, hijo mío?

-Lo sé GranÁngel -dijo el tecnomarine. –La *Lágrima Roja* formó parte de la granflota de supadre antes de la era de la GranCruzada.

Sanguinius asintió. -Ella *es* la figura emblemática de nuestra legión, ysutiempo aúnno ha terminado. -suarmadura dorada brillaba ya que reflejaba los fuegos lejanos emitidos a través del interior del puente yse abrió paso entre los escombros, avanzando hacia el trono mando.

Cassiel vio lo que sólo podría ser tristeza enel rostro de suseñor cuando la mirada del primarca pasó sobre los cuerpos de los muertos. El sargento parpadeó por el shock; el Ángel estaba tan alejado de los mortales, como de la tripulación, incluso de sus hijos forjados genéticamente, que Cassiel siempre había creído que estaría por encima de tales emociones. No insensible o distante, sino simplemente... *más allá* de ellos. Pero ver a Sanguinius mostrando por uninstante ese lamento

hacia ellos dio al ángel sangriento una nueva visiónde suseñor. Se preguntó si viviría lo suficiente para reflexionar sobre ello.

Raldoronpermaneció conSarga, mirando unhololito dañado. -Es peor de lo que pensaba. La tasa de descenso es cada vez mayor. Los escudos de vacío no responden. Varias de las naves auxiliares ya hanhecho salidas de emergencia, pero las bahías de aterrizaje estánenllamas.

Azkaellon, el comandante de la Guardia, se paró ante el primarca. -Señor, le pediría que diera la ordenpara lanzar las cápsulas salvavidas.

-¿Y cuántas vidas salvaría conello? -Sanguinius vaciló sobre el cuerpo de Athene DuCade. -Las cubiertas inferiores aúnestánenel caos. Si pusiera enmarcha las cápsulas de escape ahora, estarían dispersos. Algunos podríanquedar atrapados enuna órbita baja, otros arrastrarona nuestro paso, aún más aterrizando enlo que se encuentre por debajo de las nubes de Signus Prime -Kaide asintió en silencio ante la sombría estimaciónsuprimarca. Después de unmomento, Sanguinius dio una sacudida brusca de la cabeza. -No. Esta es mi orden. Difundidla a todos los que puedanoírla. Decidles que se refugienenlos niveles centrales, los más profundos ymás protegidos compartimentos.

El Ángel se arrodilló junto al cadáver de DuCade ysus alas se abrieronunpoco, proyectando una sombra sobre la mujer. Los fuegos de plasma de la reentrada inminente encendieronsus plumas blancas conel parpadeo de serpentinas de color carmesí ynaranja.

Raldoronhizo ungesto brusco yCassiel le siguió conuna inclinaciónde cabeza. Enpocos instantes Kaide, Sarga yLeyteo fueronrepitiendo las órdenes del primarca enlos canales voxyde intercomunicación.

Cassiel miró a Azkaelloncuando el Ángel se puso de pie. -Esta nave será destrozada -insistió el comandante. -Si no por la fuerza de la reentrada al estrellarse contra el suelo.

-No -Sanguinius ni siquiera miró a suoficial. Encambio, él se acercó a la consola del timónypuso sumano sobre una placa forjada enbronce yoro. El panel estaba atornilla do a unpodio donde la joya era brújula etérea de la nave, yllevaba el sello de Terra yel Emperador. Los grabados certificabanlos servicios de la *Lágrima Roja*

para el Imperio ylas Legiones Astartes. -No, no voya aceptar eso. Esta nave ha llevado mi bandera tanto enla guerra como enla paz ynunca me ha fallado. Ha servido a esta legióndurante siglos. Ella no nos va a fallar ahora.

Entonces el ángel hizo algo que ninguno de ellos pudo esperar. Cerró los ojos e inclinó la cabeza, conlos incendios más allá del granportal bañándolo conla luz danzante de uninfierno. -Yo te saludo -dijo a la nave, sintiendo cada palabra. -Y ahora te pido una sola bendición, viejo amiga. Lleva a mis hijos a través de este juicio. Llévanos al corazónde nuestro enemigo.

El estremecimiento enla cubierta se convirtió enuncotorreante temblor. La mirada de Cassiel se sintió atraída por la luz infernal de las llamas a través de los portales del puente.

Ante él, Signus Prime llenaba suvisión.

La barcaza de batalla se zambulló enel intermedio entre el espacio yenel mundo, yse convirtió en unardiente cometa carmesí. La *Lágrima Roja* estaba envuelto enuna cubierta de furioso gas y plasma desgarrado, conllamas más largas que bloques habitacionales lamiéndola desde la proa ypor
los bulevares de torres de comunicaciones, baterías de cañones yhangares.

La armadura ablativa del casco exterior fue sacrificada engavillas de brillantes fragmentos, despegada enbrasas ardientes que se rompieronyse convirtieronenpolvo al rojo vivo. El calor desatado fluía como el agua, moviéndose enpeculiares corrientes de convecciónque bañaronlos niveles verticales del fuselaje de la nave insignia. Las capas de pigmento adaptadas al espacio se arrugarone hirvieron, los signos carmesíes yorgullosos grabados de nombres yhazañas enrayas sin sentido. Banderines hechos de acero flexible se evaporaron, convirtiéndose primero encaricaturas de sí mismos, luego ennada.

Aquí yallá enla superficie exterior del casco había cosas que habíansido depositadas por las naves infernales para causar estragos enla nave. Estos *minioms*, depredadores sinmente de las profundidades de la disformidad e introducidos enesta realidad, ardieronymarchitaronenla tormenta de fuego. Las marionetas de carne a las que estabanobligados a recurrir se hicieroncenizas ysus espíritus inmortales gritaronal volver de nuevo al immaterium, desterrados.

El metal cedió ylas burbujas de cristal blindado se combaronyquebraroncuando el calor se hizo más intenso aún. La Lágrima Roja estaba sumida profundamente, comprometida entoda sulongitud conla caída. La tormenta del reingreso enla nave cayó contodo sufrenesí, quitando largos rizos de plastiacero deformado por el calor como virutas de madera por el cepillo de uncarpintero. A pesar de que la forma de flecha de la nave apuñaló a través de la atmósfera exterior, los fuegos a su alrededor lograronentrar enlas cubiertas interiores ylas arrasaron. Corredores que discurríanpor kilómetros canalizaronondas de la atmósfera ardiente, empujando unestruendo de sobrepresiónante ellos. Legionarios ytripulaciónpor igual perecieronenel incendio; los últimos murieronenel acto y los legionarios unfinal más lento gracias a los auspicios de sus servoarmaduras. Las cenizas de la muerte yhumo turbulento siguierona los incendios. Explosiones secundarias abrieroncráteres enla superficie de la cubierta, donde materiales volátiles o pañoles de municiones fuerontocados por el aire muycaliente ycalentados hasta la combustión. Los trenes de municiónardíanentoda la nave de guerra mientras sus sistemas sobrecargados lucharonpara bloquear los compartimentos yactiva los sistemas de supresiónde incendios.

La *Lágrima Roja* penetró enla parte más alta de la ionosfera de Signus Prime ysiguió cayendo. Los propulsores de la nave insignia estabanmuertos, pero los sistemas automáticos de matrices de control de la gravedad de la nave lograronralentizar algo la caída. No había manera de detenerla, pero cada ápice de poder usado por el sistema la detuvo lo mejor que pudo. Grandes arcos zumbante de energía electrostática brillaronygruñeron, luchando contra la inevitable e ineludible atraccióndel planeta de abajo.

Breves ybrillantes auroras irradiaronde sus alas metálicas, formando patrones ycolores que ningún acontecimiento natural podría tener la esperanza de duplicar. La radiacióncentelleó yse desvaneció, invisible e inadvertida. El aire se espesó yse volvió denso, el silencio del espacio asfixiado bajo un creciente rugido atronador mientras la nave a velocidad hipersónica rasgó el cielo. Nubes antinaturales que fluíancomo el agua turbia se abrieronconunoleaje agitado cuando la Lágrima Roja irrumpió enellas.

La niebla que cubría el planeta se aferraba al mismo enunmanto enfermizo, retorciéndose como el hedor de la muerte se adhería al cuerpo de unhombre

moribundo; pero la nave de los ángeles sangrientos la rasgó limpiamente, forzando por uninstante a la niebla amarillenta a dejar su empalagoso abrazo enella.

Tal era la fuerza yla velocidad de la nave que caía que ensuestela desplazó las capas de aire, creando casos de inversiónde la presión. Las nubes se apresurarona llenar el vacío ysonaron clarines de grandes truenos, terremotos celestes tanfuertes que llegarona la superficie mucho más abajo. Micro células de tormenta nacieronpor toda la estrella mientras ella atravesaba la capa de nubes yla estratosfera. Aquí, enjambres llevados por el viento de demonios conalas de murciélago y otros horrores que volabanescupieronyaullaroncuando la nave cae rasgó a través de sudominio aéreo, seguida por el shockdel aire.

El camino de la Lágrima Roja a través de Signus Prime era una línea ardiente enel oscuro cielo, marcado por una lluvia de fragmentos arrancados de sucasco. Como ungigante aviar de antiguas leyendas, apareció por la parte baja de las nubes turbias yse encendió enlas sierras altas del único y supergigante continente del planeta.

Bajo el cielo de unmatarife que lloraba rojo ynegro, la nave de guerra vestida de llamas hizo su descenso final. La sombra ardiente de la nave barrió las laderas desnudas ylos asentamientos saqueados, eclipsando brevemente torres de humo de las piras funerarias a kilómetros de altura y monumentos infernales erigidos por los tontos ignorantes de los poderes a los que estaban cortejando.

Los picos de los pináculos se acercaronhasta rastrillar la parte inferior de la nave mientras el suelo estaba metro a metro más cerca. Montañas de obsidiana manchadas connegra sangre de la tierra llenaronla trayectoria de planeo de la nave, el más alto de ellos interponiéndose conla granvela ventral que se extendía hacia abajo desde la parte inferior de la *Lágrima Roja.* Presionada más allá de cualquier límite de tolerancia imaginable, la aleta adamantiumse quebró entoda suextensióny escupió llamas. Las bahías de crucero fuerondestrozadas bajo el trauma del impacto yla vela arrancada. Miles de toneladas de plastiacero yceramita se convirtieronenuntorrente de restos en llamas, decapitando a las montañas bajo ellas yformando una capa de detritos enunárea tangrande como una ciudad.

Conuna granydesigual herida sangrante ensuvientre, el buque insignia cayó enuna franja de bajas yamplias praderas que parecía llegar hasta el infinito. Antes de que la invasiónmancillase este mundo, este lugar era conocido como las Tierras Centrales:

unpaisaje de granbelleza natural y abundancia sinfin.

No quedaba nada de ello ahora, sólo interminables planicies de barro ensangrentado, ylos restos de árboles petrificados bajo unardiente cielo ceniciento. Estas eranlas Llanuras de los Condenados y ellas abrazaronla llegada violenta de la Lágrima Roja.

La tierra tembló yse quebró cuando la nave insignia se estrelló enel desierto ondulante. La proa era la punta de la espada ydesgarró la tierra muerta, desplazando colinas entras de barro contaminado y piedra rota a los lados. Sangrado velocidad fuera de la nave enondas de calor, abrasó el paisaje y encendió cientos de incendios. Horadó uncorte a supaso, unvalle de ennegrecido lodo hirviente extendido detrás de la *Lágrima Roja*, una nueva yterrible cicatriz abierta la faz de la tierra por la
violencia del aterrizaje.

Y conunaullido largo yfinal del metal torturado, la nave insignia del primarca Sanguinius se posó enel desierto maldito. Enuna cuna de llamas yla niebla vaporosa, el buque se quejó, mientras se asentaba por supropio peso. Dispersos ydesligados detrás de él estabanlos pedazos de sí mismo, perdidos enla caída o arrancados enel choque final.

Roto, caído, pero invicto, la *Lágrima Roja* había desafiado a suenemigo ycumplido los deseos del Ángel.

Raldoronse quitó el polvo de los ojos yse puso enpie conungruñido, apartando unpedazo de revestimiento adamantiumque se había estrellado desde la cubierta del techo adornado arriba. A su alrededor, el metal gimió yse quebró cuando se instaló. La cubierta estaba inclinada ligeramente, pero parecía que había hecho el descenso planetario relativamente intacto. Sonrió brevemente ante la fría estimaciónde la situación.

Probó el olor acre del plástico quemado enla parte posterior de sugarganta mientras se abría paso a través de los escombros que habíanllegado a la deriva ensudescenso cayendo desde la órbita. Aquí yallí, sus hermanos de batalla fueronrecuperándose desde donde habíancaído. La última y estremecedora colisiónconla superficie les

había desperdigado, mezclando a los hijos de Baal entre la tripulaciónmuerta.

A todos menos uno.

El ángel permaneció ante la consola de navegación, conuna mano sobre el dispositivo dañado yla otra a sulado. Sus alas sobresalíande suespalda, enrolladas como velas blancas. Sanguinius había manejado la nave hasta el final, conlos pies firmemente establecidos, yno se movió de sulugar, mirando a través de la granventana ovalada del puente, como si desafiara al destino a que se atreviera a derribarlo.

El destino, al parecer, no había aceptado el reto.

Azkaellonlanzó al primer capitánunvistazo mientras ayudaba a Zuriel a levantarse; la mirada era ilegible. Se dio la vuelta.

La mano del primarca se levantó de la brújula yRaldoronvio que el metal había sido deformado por el agarre sobrehumano del Ángel. Sumaestro se dirigió hacia la ventana oval. El ojo del puente estaba agrietado yroto, yunviento frío entró furtivamente a través de los huecos del cristal blindado golpeado, trayendo consigo el olor de la muerte.

Sanguinius estaba enel portal ysus labios se movieron. Raldoronno entendió las palabras, pero no vio la intenciónenlos ojos de suseñor. Una cuestión, decidió. Pero ¿a quién?

Tomó aliento. -Mi señor. Seguimos vivos.

-Por supuesto –el rostro del primarca cambió, yalgo preocupante fue empujado fuera de la superficie, siendo eclipsado por unaspecto fuerte yconfiado. -Se necesitará más que eso para quebrarnos, Ral -puso una mano sobre la hombrera del capitán. –Todos somos los ángeles; cuando bajamos del cielo, los mundos tiemblanal presenciarlo.

Azkaellon, sinembargo, no parecía tanconvencido. -Señor, la batalla enórbita todavía hace
estragos. Sinlas armas de la *Lágrima Roja*, la lucha puede que no vaya tanfácil a nuestros hermanos.

-Esta marea no se volverá contra nosotros -insistió Sanguinius. -No necesito tener

sueños para conocer la realidad. De entre las naves ahí arriba, nombro a la *Alianza de Baal* como la nueva nave de mando ydecidles que siganluchando -cerró el guante de oro enunpuño. -Quiero que los cielos de Signus seannuestros.

-¿Y esto, mi señor? -el Comandante de la Guardia indicó las tierras desoladas oscilando alrededor de la zona del accidente.

La cara del ángel esbozó una sonrisa. -¿Esto? Mi hijo, los vientos de la guerra nos hanllevado hasta el corazónde nuestro enemigo. Este lugar será la cabeza de playa. ¡La torre del homenaje desde la que atacar a los demonios que se oponenal Imperio!

La dura ypura voluntad enlas palabras del primarca forjaronde nuevo e hicieroncrecer el acero dentro del corazónde Raldoron. Sintió que contraía los puños, oyendo el distante palpitar de la sangre ensus oídos.

-Desde hace días hemos caminado concautela a través del cúmulo Signus, encontrándonos conlo inexplicable ylo monstruoso -dijo Sanguinius, yfue como si las palabras proviniesende los propios pensamientos de Raldoron. -Las criaturas que infestanestos mundos hanjugado conlos ángeles sangrientos durante suficiente tiempo. Mi paciencia se ha terminado -miró a los tripulantes caídos. -Atacarona los más débiles de nosotros, los que dieronsus vidas para servir a la legióna pesar de que no tuvieronla suerte de renacer gracias a la tecnología militar de mi padre. Esta táctica es la marca de uncobarde, mis hijos, yno la soportaré -el primarca señaló al paisaje maldito. -Nos esperanenese desierto. Creenque nos hanherido profundamente, que no estamos preparados para cualquier tipo de guerra sucia que avecinencontra nosotros -entonces se rio, fuerte, poderoso y atrevido. -Ellos no nos conocen.

Encuestiónde horas, la *Lágrima Roja* ya no era una nave espacial. La barcaza de batalla se convirtió enuna fortaleza, una granisla del metal rojo quemado enmitad de las tierras muertas. Los guerreros de la legiónaseguraronla nave yevaluaronlos daños. Aquellos sistemas o materiales que pudieranser utilizado para la guerra fueronprioridad ylo que no podía ser salvado fue desechado. Los supervivientes de la tripulaciónhumana eranpocos; muchos habíanmuerto enlos incendios yel impacto, pero la mayoría se debió por el efecto último del malestar psíquico que se había infiltrado ensus mentes. Ellos simplemente murieronde miedo, conlos

corazones encogidos ensus pechos mientras cruzabanla sombría oscuridad de este mundo abandonado.

El cielo de Signus Prime parecía odiar la idea misma de que los ángeles sangrientos se atreviesena poner unpie ensusuperficie deteriorada, yuna lluvia lenta yconstante de azufre caliente cayó de las nubes bulbosas de arriba. El hedor del azufre yel viento abrasador, caliente rabió a través del paisaje, llevando granos afilados como agujas de arena abrasiva.

Los informes de la órbita llegaronesporádicamente al principio. Cruceros yfragatas se perdieron allí, sinser visto por los ojos del primarca. Las infernales naves fueronrepelidas confuerza ysu línea de ataque rota; las mutaciones huyeronde vuelta a la seguridad de la espesa barrera de desechos. Así comenzó unjuego de golpes ycontragolpes, golpear ydesparecer, mientras las naves imperiales cazabana las barcazas tránsfugas enuncielo lleno de cuchillas de afeitar.

Unmensaje de la *Ignis* les informó que la flota había comenzado unbombardeo sistemático contra el banco de escombros, conla intenciónde moler todo hasta convertirlo enpolvo radiactivo. A nada ni nadie se le permitiría escapar de Signus Prime.

El ángel sonrió fríamente; sabía que la criatura Kyriss ysus minions no queríansalir de este lugar. Su deseo era que la legiónllamase a sus puertas, yahora se le había concedido. No importaba si Athene DuCade, ensus últimos momentos de pánico de la vida, había sido dirigida por una mano siniestra o por la locura que había infectado a ella. Los hijos de Sanguinius estabanaquí, yuna guerra como ninguna otra caminaría conellos.

Meros sintió una extraña sensaciónincómoda enla parte posterior de sucráneo. Una leve pérdida del equilibrio, a pesar de que nunca podría haberla tenido; no, era más de esa sensaciónya familiar de *incorrección* que se sentaba mal conél.

Levantó la vista hacia las nubes oscuras yagitadas ylas sintió penetrantes. El planeta no parecía correcto, de una manera que no era fácil de explicar conpalabras. Era como si estuviera mirando a la creaciónde una pintura de unartista enloquecido entonos de sangre yfuego a través de una tela amarillenta, una imagennacida de la fantasía más que de la realidad.

El granespacio abierto donde se encontraba sólo agravó la sensación. Reunidos enuna formación abierta, docenas de legionarios enservoarmaduras de combate fijaronsus rostros enel cielo xenos, convistas a las torres yalmenas de la nave entierra. Todos ellos estabanarmados ylistos -no, deseosos- para el combate.

Le parecía extraño estar aquí, encima de uno de los puestos de combate lo largo de la columna vertebral de la *Lágrima Roja*. Meros nunca había estado enel casco de la grannave antes, yhacerlo bajo este cielo enlugar del negro vacío sinaire del espacio era aúnmás extraño. Una expansiónde revestimientos defensivos ytrincheras ya se estaba cortando alrededor de la circunferencia de la nave. Se habíandesplegado lanzaderas, junto conlas líneas de vehículos terrestres que quedaron operativos. La IX legiónestaba cavando.

Una secciónmixta de oficiales yhermanos de batalla de los Trescientos se reunió, algunos de contingentes ya a bordo de la nave insignia, otros reciénllegados a bordo Stormbirds yHawkwings de los elementos de la flota enórbita.

Meros se sintió fuera de lugar, ypor segunda vez. Entodo caso, esto era más extremo que el momento enque había sido presentado enla cámara litoclasto a los capitanes ycomandancia. Estuvo realmente caminando entre los héroes más alabadas de los Ángeles Sangrientos, yfue unhecho sin circunstancia o ceremonia. Por unmomento, el apotecario se atrevido a pensar enlos oficiales a su lado como nada más que compañeros guerreros, Baalitas ynacidos enTerra unidos ensulealtad al Ángel yal Emperador... Pero no pudo.

Entoda suvida, Meros nunca se había sentido tanintrascendente. Las servoarmaduras ylas armas de los guerreros a sualrededor eranmagníficas, consus signos de honor ymarcas de tributo. Incluso en sus servoarmaduras regular, caminabancomo campeones salidos de la leyenda.

El momento pasó; era difícil mantener la emocióndespués de lo que había presenciado, yel estado de ánimo sombrío que nublaba sus pensamientos como las negras células de tormenta nublando el
cielo volvió una vez más. Untemperamento sombrío estaba sembrado enla cara de todos los ángeles sangrientos reunidos. Los otros habíanescuchado sólo fragmentos de lo que había ocurrido enórbita yel primarca los había reunido para que puedanconocer la plenitud de ello.

El Ángel quería que sus hijos le oyesen, no a través de la bruma de unhololito sino enpersona donde pudieranmirarle a la cara ysupieranque era verdad.

Revestido de suarmadura, suguantelete dorado se volvió ámbar por la luz taciturna de Signus, cuando suseñor señaló al apotecario. –Cuéntales, hermano Meros -le ordenó. -Cuéntales lo que viste.

Meros vaciló, ysumirada se encontró conla de Kano, que estaba al lado de capitánRaldoron. Su amigo le dio una leve inclinaciónde cabeza, animándole a hablar; pero sureacciónno fue amable. Concuidado yclaridad, transmitió lo que había visto desde la galería portal a bordo de la *Lágrima Roja* enlos momentos previos a que la horda enemiga se había embarcado enla nave insignia por mera fuerza bruta. No era la descripciónde los monstruos mutantes que los legionarios habían despachado lo que causó inquietud, pero si las acciones de Tanus Kreed yla *Página Oscura*.

-¿Fuiste testigo de que la nave de Kreed disparase a los atacantes? -la pregunta resonó desde la unidad codificadora de voz del hermano Cloten, unguerrero Dreadnought de la 88ª compañía.

-No -le dijo Meros. –Sólo vi los talones de sunave cuando viró yhuyó –le fue imposible contener la amargura de suvoz. -La retirada de la *Página Oscura* dejó a la Lágrima Roja vulnerable. No tengo ninguna duda enesto.

-Este medicae no estaba enla nave -expresó Cloten. -¡Él no sabe lo que ocurrió allí!

-El matasanos dice la verdad –respondió HelikRedknife, los brazos cruzados sobre el pecho. -Yo tambiénlo vi. Kreed huyó del campo de batalla -el lobo espacial volvió sus ojos duros hacia Azkaellon. -Dime que no es así, comandante de la Guardia.

La dura cara de halcónAzkaellonse tensó. -Es tal ycomo dice el hermano Meros. La *Página Oscura* nos abandonó ennuestro momento de necesidad. La *Encarnadine* siguió a la nave hasta la zona de escombros, donde la perdió de vista. No respondierona las comunicaciones. Enningúnmomento la nave de Kreed abrió fuego contra el enemigo -él frunció el ceño. -El enemigo le ignoró por completo.

Duras palabras se intercambiaron; muchos de los guerreros reunidos teníandificultades para aceptar que unhermano marine, incluso uno de otra legión-

abandonaría tandescaradamente a otros.

-Hayseres oscuros moviendo los hilos, mis hijos –dijo Sanguinius, llevando la voz a través de los lamentos del viento. -Y buscandesafiarnos -les habló de la criatura que se llamó Kyriss, de cómo se había atrevido a manifestarse enel santuario del ángel ysuoferta de batalla, entre posturas y provocaciones. –Haremos la guerra eneste mundo atormentado, si tenemos que hacerlo. Y enterraré a esa criatura yo mismo. Tenemos que cortar la cabeza de la serpiente, matar a esta abominación llamada Kyriss yponer fina sureinado.

-Seguimos hablando de "abominaciones"...

Las palabras fueronungruñido, yalgunos de los guerreros se apartaronpara ver quiénlas había dicho. El capitánAmit dio unpaso hacia delante enel centro de la arena para enfrentarse a su
primarca. -¿Por qué no lo llamamos por lo que es, mi señor? ¿No podemos decir sunombre? -Recuerda tulugar, Carnicero -advirtió Azkaellon, pero Amit no le hizo caso.

-Lo diré si tú no lo haces -continuó, sus ojos nunca dejaronlos del Ángel. -*Demonio*.

Unmurmullo de voces se movió a través de los hombres reunidos, yMeros escuchó los tonos familiares ymaliciosos de Annellus. -¡Ese nombre es de cuentos infantiles, una reliquia de la antigua mitología yla leyenda desterrado por la iluminacióndel Emperador!

Amit se volvió hacia el guardián, señalándole conundedo. -No niegues lo que has visto contus propios ojos. ¡Estas cosas conlas que luchamos no sonlos nephilim, nunca fueron! Y no sonxenos, estánmás allá de eso -miró a sualrededor, a sus hermanos. –Desafío a cualquiera a que me diga que no lo siente también. ¡Nada de lo generado a partir de nuestro universo podría abarcar estos horrores, yabjurar de ello a nuestra costa! "

-Has dado tuopinión, Amit -empezó Sanguinius.

-No- le espetó, atreviéndose a hablar así a suseñor. -No, mi señor. No lo he hecho.

El guardia sanguinaria Mendrionse sacudió de suposiciónenel seno del primarca

yse acercó a castigar al capitán, pero la mano de Sanguinius lo mantuvo ensulugar.

-Tengo más que decir -entonó Amit. -Y muchos no desearánoírlo, ¡pero ennombre de Baal yTerra debe ser oído!

Meros sintió helarse susangre cuando vio el rostro angelical de suprimarca tanduro como el mármol tallado. -Habla, hijo mío.

Amit asintió yMeros vio algo enel capitánque nunca había visto antes: unmomento de duda, de tristeza. -Mis temores sobre Signus Prime hanresultado ser ciertos. Este lugar era una trampa para nuestra legión. Hemos sido atacados por las mentiras ylas sombras desde que nos pusimos en marcha -dirigió una breve mirada a Kano ya continuaciónsiguió. -Y el doble juego de Kreed al traernos aquí sólo puede significar una cosa. Hemos sido *traicionados*.

-Kreed podría haberse acobardado -dijo Raldoron, rompiendo susilencio. -Pero no tiene sentido que nos condujese a la ruina.

-Usted limita supensamiento, primer capitán-respondió Amit. -Tanus Kreed no es el artífice de esto. Es unseguidor, no unlíder.

-¿Erebus? -Azkaellondijo el nombre sinpensar.

Amit negó conla cabeza. -Parece alguienaúnmayor, hermanos. ¿Quiénnos ha enviado aquí? -Elige tus próximas palabras concuidado -dijo el primarca, quedándose muyquieto.

El capitánsoltó una carcajada de risa sinsentido del humor. -Sabe que no es mi manera, señor. Debo decir lo que yo creo, ycreo que el señor de la guerra nos ha enviado aquí conuna mentira enlos labios, conpleno conocimiento de lo que…

La armadura dorada brilló como unrelámpago yMeros retrocedió ante el choque crepitante de metal conceramita, la rápida carrera de alas blancas rompiendo contra el aire. De repente Amit estaba tirado enel fondo de unnuevo cráter de impacto consuservoarmadura dañada ySanguinius de pie sobre él. El ángel se movió tanrápido que el apotecario apenas había registrado el movimiento, barriendo yhundiendo a Amit conla empuñadura de sugranespada. La hoja roja ahora estaba enlas manos del primarca, yla punta a pocos milímetros de la garganta desnuda del capitán.

-Vas a pedir perdónpor lanzar esas calumnias sobre mi hermano Horus -escupió, suexpresiónera atronadora. -yluego te arrancaré tuarmadura ymarcarte tucastigo -la furia helada conla que dio la amenaza robó el aliento a Meros.

-N-no lo haré –consiguió decir Amit conlos labios manchados de sangre, empleando hasta la última gota de coraje enese momento. -Los demonios sabíanque veníamos. ¿Quiénse lo dijo?

-Kyriss sabía sunombre, señor -dijo envoz baja Raldoron. -Él *nos* conocía.

-¡Mi hermano no me traicionaría! -Sanguinius gritó la negación, yel viento captó las palabras. -¡La traiciónde uno es la traicióna todos, yque sería una afrenta a nuestro padre! Horus es leal, yLorgar puede ser malintencionado pero nunca desafiaría al Emperador. Ninguno de nosotros lo haría.

-No es así, GranÁngel -Redknife dio unpaso hacia delante. -Estos actos ya se hancometido antes.

El primarca se volvió, moviendo suespada para apuntar al lobo espacial. –Sinenigmas, hijo de Fenris.

Redknife inclinó la cabeza. -Mis hermanos vinierona verte, mi señor. Por ordendel ReyLobo, en nombre del Sigilita. Para informarle si usted llegara a desviarse, como otros se handesviado. Como el ReyCarmesí se ha desviado –sumirada era muyintensa.

-¿Magnus? -emociones complejas cruzaronla cara del primarca, yningúnguerrero se atrevió a hablar. Unmomento de decepciónbrilló enlos ojos de Sanguinius. -Rompió supalabra -no era una pregunta.

Una sensaciónpalpable de shockse apoderó de los ángeles sangrientos ante la enormidad de semejante perspectiva. Parecía imposible de comprender: la fraternidad de los primarcas debería haber estado más allá de la base humana de base de tales sentimientos, ysinembargo cuando Meros escuchó conel corazónlatiendo ensupecho, mientras miró a suseñor, supo que era la verdad se desplegaba ante ellos.

Como una daga de hielo, uninstante de perfecta memoria cortó a través de la línea de sus pensamientos. Parecía que hacía una eternidad, pero sólo habíanpasado

semanas desde las batallas enNartaba Octus, cuando el disparo del segador de almas eldar casi había costado la vida del apotecario. La mano de Meros cayó al lugar donde la cicatriz cruzaba el vientre.

Enla cercanía a la muerte que había seguido, dentro de unsarcófago de la legión, mientras Meros luchó por sobrevivir contra los venenos alienígenas telepáticos ensusangre, una visiónextraña y poderosa había llegado a él. Otro ángel sangriento, familiar ysinembargo desconocido, luchando a sulado.

La última palabra del fantasma para él había sido unnombre, dicha como una advertencia. Como una maldicióndel peor nivel.

Horus.

La ensoñacióndel apotecario se rompió como el cristal yde repente volvió a la realidad. A su alrededor, todos los guerreros estaba hablando a la vez, discutiendo convehemencia sobre las implicaciones de las sospechas de Amit ylas posibilidades sombrías de la revelaciónde Redknife. Vio a Annellus yClotenenferoz desacuerdo, a Raldoronconla mirada perdida enla distancia como si discutiera consigo mismo, a Azkaellonnegando una yotra vez, ya Nakir yCarminus enuna grave discusión.

Luego llegó el trueno enla forma de las alas de unángel.

Sanguinius, enseñando sus colmillos confuria, dio ungruñido ymaniobró sugranespada enunarco de metal que zumbó brillante enel aire pesado. La lanzó hacia abajo conuna fuerza que sacudió la tierra, clavándose enel adamantiumennegrecido yplagado de cicatrices del casco de la *Lágrima Roja*. La poderosa arma sonó como una campana golpeada, liberando una clara yperfecta nota que resonó por todo el páramo. Soltó la mano de la empuñadura yla dejó reposar allí, vibrando conla fuerza del golpe.

-*No* -les dijo, yfue suficiente ordenpues por unmomento Meros sintió que podría detener el giro del mundo bajo sus pies. El ángel miró a cada uno de ellos a suvez, yla noble esplendor de surostro cambió; el aspecto del serafínse convirtió enel rostro grave de unseñor de la guerra. –Cualquiera que sea la verdad que se esconda de nosotros ahora, sea cual sea la verdad que nos hanocultado... No vale nada eneste día, eneste lugar -Sanguinius se agachó yabrió uno de sus guantes, colocándolo enla cubierta.

RaldoronyAzkaellonfueronlos primeros enhacer lo mismo, yenunos instantes todos los guerreros enla cubierta habíanseguido el gesto del Ángel.

-Sacad vuestras espadas -les dijo, haciendo una pausa para ofrecer sumano a Amit para que el capitánpudiera recuperar el equilibrio.

Meros sacó suespada sierra del cierre magnético enla espalda ya sualrededor vio ángeles sangrientos desenvainado cuchillos de combate o espadas de batalla. Unhuerto de acero desnudo brilló bajo la luz de unsol sinbrillo.

Sanguinius agarró al borde desnudo de sugranespada yse la apretó contra sumano. Rico ybrillante carmesí fluyó de supalma ydescendió por la hoja. Meros aceptó el gesto yse apoderó de los dientes afilados de tungsteno de suhacha. Todos sus hermanos de batalla derramaronsangre, salpicando el casco congotas de rojo que confluyeronyse fundieron. Era la tradicióndel cáliz, pero escrita en grandes caracteres yhecha enel borde de una hoja asesina.

-Este es nuestro voto -dijo el ángel. -Haremos lo que debemos hacer aquí. Luchar yganar. Eso es todo lo que importa.

Por ahora. Sanguinius no dijo las palabras, pero cada uno de sus hijos las escuchó.

CATORCE

Las Llanuras de los Condenados

A la guerra

Devorador de almas

Kano cruzó la bahía de aterrizaje, caminando concuidado. Suprimió el dolor de cada pisada de su pensamiento por mera fuerza de voluntad, tomando el calor blanco yencerrándolo enuna caja inexpugnable. El contenedor metafórico rebosaba, sinembargo, ytodas las acciones de las glándulas neuroquímicas ensus bio-implantes ylos filtros de drogas conlos que habíansido dosificados no detuvieronel flujo de agonía. Kano estaba caminando sobre espadas, soportándolo conestoica y férrea calma.

La mole carnosa que lo había atacado enlos huecos del casco había descendido

sobre él conla pura fuerza de sumasa, golpeó suarmadura yamenazando conaplastarle bajo supeso. Suservoarmadura, fracturada de la cabeza a los pies ycasi inútil, le había sido retirada yenviada a los trabajadores metalúrgicos de Metriculus convanas esperanzas de reparación; los dueños de los brazos tenía otras muchas tareas que atender yKano dudaba que no tuviera que equiparse conpiezas rescatas enun futuro previsible.

La servoarmadura se había arruinado para salvar suvida, pero aunasí no fue suficiente para preservar todo sucuerpo. El golpe triturador del monstruo lo había estrangulado como unconstrictor gigante, rompiendo muchos de sus huesos a pesar del denso revestimiento metálico de suesqueleto alterado. Órganos menores de sutorso estallaron, requiriendo cirugía para extirparlos y reemplazarlos. Encualquier circunstancia, el ángel sangriento debería haber estado enel profundo sopor de unsueño reparador, pero él se había negado a activar sumembrana sus-an. No podía permitirse el lujo de estar fuera de esta guerra.

Y sinembargo, mientras caminaba entre las masas de guerreros que se preparabanpara desembarcar, sabía que ya lo estaba.

-¡Por la sangre del Emperador! -se retiró la capucha yse volvió para encontrar a Meros avanzando hacia él desde la sombra de unLand Raider modelo Phobos. El sargento Cassiel yel resto de la escuadra se reunió enla rampa de desembarco del vehículo, preparando sus armas para el
despliegue. La expresiónde suamigo era grave. -Hermano, ¿has perdido tus sentidos?

-Yo...- sus palabras murieronensugarganta. Kano perdió impulso para lo que estaba a punto de decir.

Meros lo vio. -¿Qué? ¿Vas a mentirme? ¿Me vas a decir que estas entero, bienylisto para enfrentarte conel enemigo? -se preguntó. El medicae negó conla cabeza. -Tal vez otros puedancreérselo, pero yo lo es mejor que nadie. Vi el ataque de ese demonio.

-Debería estar muerto -replicó Kano. -He venido a darte las gracias por salvarme la vida, pero ahora creo que me he equivocado.

-Hemos pagado ycancelado la deuda entre nosotros más veces de las que puedo

contar -replicó Meros. -No vienes connosotros -él negó conla cabeza.

-Tú no me das órdenes…

-¡Lo voya hacer ahora! -el medicae casi gritó, llamando la atencióndе los demás. -Le pregunté al maestro Apothecarionacerca de tus lesiones. ¡Él todavía piensa que estas mintiendo sobre tureposo enla enfermería!

La mirada de Kano se dejó caer sobre la cubierta. -No puedo cruzarme de brazos -dijo entre dientes. -Meros, no puedo. Tú no sabes lo que fue estar encontacto físico conesa cosa engendrada de la disformidad –el veneno borbotaba de cada palabra. -Oí suvoz. Me *cantó*.

El gesto molesto de Meros se desvaneció. -No he oído nada... pero claro, me imagino que no tengo los oídos conlos que escucharlo, ¿no?

-Sí -respondió Kano. No dijo nada por unmomento. El rugido de Hawkwings aterrizando enlas zonas de avanzada más allá de las puertas de lanzamiento abiertos llenabande ecos sualrededor. Un grupo de Terminators marchaba hacia la neblina del exterior, haciendo resonar la cubierta conel tamborileo colectivo de sus pies blindados.

-¿Qué te dijo? -Meros miró como una ala de motojets modelo Bullockaceleró por encima de sus cabezas, los guerreros ensus sillas a juego conel carmesí de sus proas contundentes.

En ese instante supe mi nombre -Kano cerró los ojos. -*Me dijo que era uno de los Gida'Ljal, la prole de los poderes de la oscuridad.* -Me hizo promesas -le dijo a suhermano de batalla. -Acerca de cómo íbamos a morir todos, a menos que nos rindiéramos.

El otro legionario resopló. -¿Eso es todo? Si me dieranunTrono de oro cada vez que me han amenazado, podría comprar mi propia galaxia.

-No lo entiendes -dijo Kano, conlos dientes apretados, tratando de encontrar las palabras para explicarlo yfallando. -Tengo que estar allí. Algo se acerca yyo... *tenemos* que estar preparados para luchar contra ella.

-¿Nosotros? –antes de que Kano pudiera decir más, Meros se inclinó. -Hermano, escúchame. Sé que no vas a tomarte tudescanso, no ahora, no enel mismo momento

que comienza realmente esta batalla -él golpeó a suamigo enel pecho. -Incluso si no estás totalmente remendado. Es por eso que convencí al ApothecarionMaestro, diciéndole que no necesitabas el sarcófago ydormir para sanar.

-Ah-Kano mostró una débil sonrisa. -Me lo había supuesto. Gracias.

La expresiónde Meros se puso severa. -Pero si haces algo tonto ymueres, entonces no tendrás que molestarte por darme las gracias -le empujó de nuevo. -No vienes connosotros. Te quedarás aquí, defendiendo la *Lágrima Roja*. Dilo.

Finalmente, Kano asintió cansado. -Lo haré.

Meros hicieronlo mismo yse volvió hacia el Phobos. Dio dos pasos yse detuvo. -Tienes razón-dijo sinvolverse. -Te necesitamos enesta lucha. A todos vosotros. No importa lo que diga el decreto.

Raldoronse encontró conlos ojos de unanillo de serafines de oro al entrar enla armería. Azkaellon yel resto de la Guardia Sanguinaria se situaronenpuntos equidistantes alrededor del bajo pódiumen el centro de la cámara, donde el primarca era atendido por sus servidores. La armadura que el Ángel se había puesto sobre el barco se estaba preparando para la guerra, retirando piezas de ceramita y reemplazándolas conequipo a medida para este entorno de combate. Cuando cada elemento de la armadura de Sanguinius se retiró yrecolocó reformado, Azkaellonylos guardias hicieronlo mismo, siguiendo el ejemplo de suseñor conla atenciónsolemne.

El primer capitánno tenía el lujo de tal servoarmadura finamente forjada. La suya era sólo una Mark IV, ysi bienla mantenía excelentemente parecía simple encomparaciónconla usada por Azkaellon. A pesar de que poseía hombreras adornadas yunalmete alado para raras ocasiones, como Asambleas de Espadas yguerras de exhibición, no las había usado desde la parada de la legiónenel desfile Ullanor, yse preguntaba si alguna vez volvería a hacerlo.

La armadura del Primarca era de bronce yoro, impresionante yla majestuosa, cortada ygolpeado en láminas pesadas para que cubriese a unseñor de la guerra. Sus alas angelicales yacíansobre sus poderosos hombros concapuchas, asemejando la curva de ellos más a los piñones de unhalcón gigante que de unserafín. Los anillos decorativos ycadenas que normalmente adornabanlas plumas desparecieron,

dejándolos sinrestricciones ydispuestos a extenderse.

Enmedio de las brillantes losas doradas yplacas de combate, discos de rubí e insertados engotas de zafiro negro tallado dabanmuestra del orgullosos signo elegido de la legión. Laureles ygrabados de batalla colgabandel cinturóndel ángel, ytenía sumanto carnodonatado a él concuerdas trenzadas de fibra de carbono yoro. Los ojos de Raldoronse sintieronatraídos por el metal rojo de la gran espada de suamo, que enla actualidad estaba siendo limpiado ypreparado por untecnomarine.

Sanguinius miró hacia arriba yle hizo señas Raldoronconunmovimiento de cabeza cuando la última pieza de la armadura encajó ensusitio. -Podéis retiraros -dijo a los otros.

Sindecir una palabra, la guardia sanguinaria se marchó enprocesiónde la sala, yel capitánsintió la mirada interrogante de Azkaellonensuespalda.

-¿Estamos listos, entonces? -dijo el Ángel.

-La Legiónespera -asintió Raldoron, sacando una picto pizarra de una bolsa ensucinturón. –El capitánRedknife pidió permiso para unirse a nosotros enla lucha yse lo he concedido. Los elementos de la flota enórbita informanque la situaciónes estable, pero sinavances. No tenemos la superioridad enórbita, pero tampoco el enemigo. -presionó la pantalla para activarla. -Nuestros
exploradores haninformado. Hanencontrado lo que parece ser una solitaria yenorme fortaleza varios kilómetros hacia el norte.

-Unúnico reducto -repitió el primarca. -Ral, el censo colonial menciona seis asentamientos solo en este cuadrante.

-Enefecto. Envié exploradores hacia esas coordenadas. No queda nada, mi señor. Ni siquiera las ruinas -ofreció la pizarra. -Esto es todo lo que sigue enpie.

Sanguinius tomó el dispositivo ylo estudió, hojeando las imágenes aéreas de la fortaleza enemiga. Arqueó una ceja. -¿Por qué estas pictografías sontanpobres?

-La interferencia conlos sistemas ópticos de los pájaros que enviamos a sobrevolar el objetivo -hizo una pausa. -Los drones volvieron... diferentes. Tuve destruirlos yquemarlos.

-Es difícil estimar el tamaño -dijo el Ángel.

-La aguja central es de aproximadamente tres kilómetros de altura -explicó Raldoron. –Las mediciones láser se negarona dar una estimaciónconsistente. Es casi como si el edificio no estuviese del todo *allí* -había estudiado minuciosamente las imágenes hasta que unextraño ymolesto dolor enel estómago le obligó a mirar hacia otro lado. La fortaleza se parecía a una antigua catedral de altura, conconos estrechos yarcos de capilla masivos. Alrededor de la torre central había cuatro torres más pequeñas ya continuaciónunanillo de ocho más. El alto ángulo de la pictografía del pájaro mostró unpatróngeométrico claro de arquitectura, pero la base de la estructura estaba envuelta enuna peculiar niebla pálida que brillaba, iluminada por unresplandor rojizo de miles de ventanas empañadas. La construcciónde la grancatedral era extraña, susuperficie manchada, como si hubiera sido construida de piedras mal acabadas.

-Undisparo de uncañónlanza desde la órbita pondría a prueba la realidad de este lugar sinduda -Sanguinius habló como si fuera para sí mismo.

-No puedenverla desde allí arriba -respondió Raldoron. –Me comuniqué conGalanenla *Pacto de Baal* yle pregunté a sus artilleros para hacer preparativos de posibles bombardeos. Surespuesta fue preguntarme por qué quería una porcióndel desierto convertida encristal.

-Está aquí, tanclaro como... -dijo el primarca pero se detuvo sinterminar la frase, frunciendo el ceño ante las imágenes borrosas. -Bueno. Tal vez no -le dio la espalda a la pizarra. -Esto nunca iba a ser una guerra de mantener una posiciónelevada yacabar conellos desde la distancia –la cara de Sanguinius se retorció enuna mueca de desprecio. –No es eso lo que hacemos, no es lo que somos.

Raldorontragó yaventuró unpensamiento. –La criatura Kyriss criatura lo sabe. Si esto es una trampa como dijo Amit, ese lugar es unseñuelo. Estánesperando a que nosotros vayamos.

-Lo sé -dijo el Ángel. -Pero unenemigo que piensa que no es *visto* es unenemigo que quebraremos ensupropia arrogancia -se acercó a donde la espada estaba descansando yla cogió como si no pesase nada. Sanguinius miró supropio reflejo enla hoja yRaldoronvio unatisbo de ojos preocupados. –Cuando salga de esta habitación, estaremos comprometidos, viejo amigo. Marchamos a la batalla de nuevo.

-Lo hemos hecho cientos de veces antes, señor -dijo el capitán. -Es la cruzada.

-¿Lo es? -el Ángel se volvió hacia él. -Nada acerca de esta misiónha sido lo que pretendía ser. Nuestro enemigo desconocido para nosotros hasta el día de hoy, escondiéndose detrás de una mentira. Las fuerzas encontra de nosotros, torciendo lo posible como la seda... Y entonces la pregunta terrible que Amit expresó.

-El hermano Amit siempre se deja llevar al extremo -ofreció Raldoron.

-Si -dijo el Primarca. -ypor eso lo mantengo cerca. Mi hijo salvaje está despejado de las preocupaciones que ocupana otros engranmedida. Como yo ymis hermanos sonlos fragmentos de la voluntad de mi padre manifestada, por lo que mis hijos sonfragmentos de la mía. Así Amit dijo lo que ningúnotro se atrevió a decir -parecía una época anterior cuando Sanguinius volvió a hablar, yel peso de sus palabras hizo contener el aliento de Raldoronenla garganta. -¿Podría mi hermano volver surostro contra mi padre?

-¿Por qué Horus haría tal cosa? -el capitánparpadeó. -¿Por qué nos enviaría aquí, a esta locura?

-¿Para mantenerme aislado, yasí no disuadirlo de hacer alguna elecciόntonta? -dijo suseñor. -Él ha estado distante desde que cayó herido sobre Davin. Las palabras entre nosotros ya no erancálidas y fraternales. No vi trastorno mental, más bienpensé que era unrescoldo de sus heridas... -sonrió con tristeza. -Es una gransorpresa ser llevado al borde de la mortalidad de uno. Más aúnpara alguien como Horus -la sonrisa se desvaneció. -Enmi opinión, Ral, está jugando unjuego cruel, uncastigo sobre mí. Me imagino que Amit tiene razón. Y me imagino todo el alcance de lo que eso significa.

Raldoronhabía mantenido sus dudas enterradas, pero ahora volvieronconfuerza yluchó para aceptar la oscura posibilidad que representaban. Si el Señor de la Guerra Horus había enviado a los Ángeles Sangrientos a Signus sabiendo muybiena lo que ibana enfrentarse, si hubiera hecho esto conla complicidad de Lorgar ylos Portadores de la Palabra... entonces dos legiones ahora estaban enla sombra de la traición. *Ytal vez más*, pensó. *¿Los Mil Hijos, ya en rebelión por sus propios motivos? ¿Los Ángeles Oscuros o la Legión Alfa, ambos siempre buscando sus propios intereses? ¿Quién estaría del lado de Señor de la Guerra si llegaba el cisma?*

Se sacudió los pensamientos sombríos antes de que pudieranganar impulso yse encontró conel Ángel observándole. Sanguinius asintió congravedad. -Sí. Te empuja a seguir el hilo, ¿no es así? Más que los fenómenos extraños que hemos encontrado enlos últimos días -él suspiró yRaldoron vio que la tristeza pasajera, una vez más. -No tengo remordimientos, hijo mío. Y me temo que no habrá tiempo suficiente para deshacer el destino que nos espera a todos -entonces el instante pasó y Sanguinius blandió la granespada. -Vamos a luchar la batalla ante a nosotros yluego regresar a buscar a Horus. Y sabré la verdad enese momento -saludó conla hoja. -Dad la orden. Vamos hacia el norte. Hacia la guerra.

Desde los flancos de la *Lágrima Roja*, una ráfaga de la arena arrastrada por el viento se elevó enel aire cuando vehículos aéreos, medios de transporte ylas botas de miles de marines espaciales se trasladarona través del paisaje arrasado de Signus Prime. Tanques Predator yvehículos con armamento gravítico, speeders ymotojets formaronla punta de la formación, mientras que las plataformas móviles portabanunidades de apoyo pesado, garras de Dreadnoughts ydivisiones de Exterminadores por cientos. Igualando sus números, las escuadras de ángeles sangrientos enfilas apretadas avanzarona paso ligero. Salieronhacia el bastiónenemigo lejano, conla luz del sol sin
brillo iluminando intermitente sus hojas desnudas ybólters listos.

Unidades de asalto se impulsaronconsus aullantes retrorreactores, devorando los metros como migajas, trotando ensaltos propulsados por destellos de fuego amarillo; por delante de ellos, las compañías de élite machabanrodeando el oro yel blanco del primarca ysuguardia de honor.

Sanguinius sacó suespada, yungrito de alegría a todo pulmónonduló a lo largo de suejército como una granola rompiendo enuna orilla.

El enemigo respondió abriendo las puertas del infierno.

De las paredes de la catedral de la ciudad distante, fuera del denso miasma de la empalagosa bruma blanca, unejército de desconocidos avanzó por las llanuras de los condenados, ylas arenas blanquecinas se volvieronnegras consus huellas. Una horda de batalla como nunca había peleado por la humanidad se reveló. No teníanaviones, ni vehículos blindados, máquinas de guerra bajo el concepto enel que unguerrero del legiones astartes pensaría. Encambio, este ejército tenía bestias

traídas de las leyendas más oscuras. Monstruos ydemonios, porque no había otra manera de describirlos. Mantícoras yquimeras, diablillos yaguiluchos, ogros ytrolls, súcubos ycalaveras; cientos de miles de espíritus oscuros arrancados de innumerables generaciones de leyenda aterradoras, la prole de los temores del corazónhumano convertidos encarne corrupta yhuesos podridos. Viviendo, gritando, aullando por la sangre de los Ángeles Sangrientos.

El granejército de la disformidad superabanennúmeros a los guerreros de la legiónpor miles, incluso conla representaciónde los hermanos de batalla de casi cada compañía de los poderosos Trescientos. Enprimer plano, corriendo salvajes ylocos como avanzadilla de las bestias, estabanlos últimos restos de vida de la gente de Signus. Éstos creíanque estaban, de algúnmodo misterioso, *bendecidos*. Eranhombres ymujeres que se habíanentregado completa ytotalmente a los poderes de la oscuridad, mucho ante de que la invasióntotal de la disformidad siquiera hubiera comenzado.

Algunos de ellos habíanmantenido susecreto culto oculto durante generaciones, escondidos en lugares sombríos yprotegiendo la vileza de sus creencias enla cara de la verdad secular del Emperador ysuGranCruzada. Imaginad sualegría cuando el emisario de la noche había llegado a ellos yles dijo que se prepararanpara unnuevo renacimiento. Sureligiónilegal de pronto ardió de nuevo a través de los planetas ylunas del cúmulo Signus.

Cuando llegó lo extraño yaterrador, sabíanlo que era, cuando Bruja llegó ensucarro de la mentira, lo sabían. Y estaban*felices*.

Estos fueronlos hombres ymujeres que habíanabandonado a sus familias sindudarlo, sus vecinos y compañeros como ovejas a las fábricas rediseñados para ser materia prima de los carniceros. Estos fueronlos que bebieronprofundamente de la hiel de demonios reciénnacidos yvoluntariamente aceptaronla invasiónla horda disforme, no sólo ensuuniverso ysus mundos, tambiénensu*carne*.

Estos eranlos vasallos dispuestos del ejército de Kyriss, los queríanmás que nadie ser montados como monturas, convertirse enlos recipientes de carne de los depredadores inmortales del immaterium. Y conesto enmente, ylas canciones hechas de palabras prohibidas surgiendo de los labios, se lanzaronpara ahogar los cañones de los Ángeles Sangrientos.

Los embelesados cultistas se habíanconvertido enesclavos psíquicos, portabanpistolas yarmas
arcanas, cuchillas ychalecos-bomba yuncentenar de otras maneras de matar ymutilar. Una lluvia horizontal de fuego bólter yplasma furioso llegó al encuentro de suavance ylos despedazó, desgarrando la carne entiras o haciéndoles gotear pegotes de grasa de carne carbonizada. Los guerreros de la IX legiónobtuvieronla primera sangre enSignus Prime, como era suderecho ysu intención. Se comprometierona la lucha sinvacilar; había sido suficiente, yestabanhambrientos de ella. Demasiado merodeando enlas sombras, esperando, observando ycapeando ataques de lo oculto. Los Ángeles Sangrientos desencadenaronsufuria controlada yla liberaronpor las olas, luchando contra la marea de pesar yfrenesí.

Filas de exterminadores, concombibólters aullando, desintegraronla segunda yla tercera oleada de cultistas, reduciendo aúnmás sunúmero. Salvas de cohetes de cientos de lanzadores portátiles oscurecieronbrevemente el cielo pálido cuando sus estelas de humo se arquearonpor encima de sus cabezas ycayeronante las disposiciones enemigas. Ondulantes esferas negras de humo ycráteres de fuego horadados enlas arenas muertas consumierontodo a sualcance.

La mayoría de los miembros del culto murieroncumpliendo los mandatos de sulocura obscena, reducidos a polvo ymanchas de hueso; aquellos raros que no perecieronfueroninmediatamente poseídos por inteligencias básicas de la disformidad, pequeñas mentes no más avanzadas que depredadores animales que se encuentranencualquiera de los miles de mundos colonizados. Flexionándose yestirándose enesta nueva existencia, rehicieronla carne que dominabande formas innovadoras que complacierona sus amos yasquearonante los ojos de los hombres.

Los elementos de ataque aterrizaronconchoques de ceramita contra la piedra yarmas gruñendo mientras disparabana la multitud de enemigos. El primarca ascendió a la cima de una baja colina, balanceando suespada para atravesar el cuello de undemonio de piel amarilla; la criatura se parecía a alguna combinaciónde insecto, bovino yhumano, cuya cola de escorpióntembló cuando sucabeza carnosa cayó al polvo. AzkaellonyHalkrynestabana sus costados, despachando justo fuego consus bólters Ángelus.

De las hendiduras abiertas enel suelo cerca ypor debajo de las arenas muertas apareció una nube zumbante, retorciéndose enmotas negras brillantes. Enjambres

de moscas de batalla fueron vomitadas enel aire, provocando malestar enlos oídos de los legionarios conel ruido del batir de sus alas. Pese a que se demoraronenalimentarse de los muertos luego barrieronhacia abajo, hacia los Ángeles Sangrientos.

Sanguinius no tenía necesidad de dar voz a la orden; sus guerreros ya se habíanpreparado para este tipo de ataque. El Ángel se limitó a señalarlas ysus legionarios se encargarondel resto. Líneas de lanzallamas de alta presiónypistolas de plasma incineraronlos enjambres yvertieroninfiernos enel aire. Conunruido parecido al de gritos humanos, los insectos murieronygranadas perforantes fueron lanzadas a las aberturas enla tierra para sellarlas ycerrarlas.

El primarca surgió cuando el sonido de los gruñidos yfuria canina fuerona suencuentro. De la niebla de la guerra aparecieronbestias que se parecíana los perros, pero los creados por la mente de unloco atormentado. Estos grandes sabuesos de carne estabangoteando líquido, como si les hubieran desollado vivos ylas espinas afiladas de hueso negro surgíande sus torsos. Ojos rojos ybrillantes como láseres mirabandesde fauces concolmillos llenas de unnúmero imposible de dientes. Cada perro del infierno era del tamaño de unlegionario sinarmadura yse lanzarona las tropas asaltantes, mordiendo limpiamente a través de la ceramita o apretando sus mandíbulas monstruosas sobre las cabezas de los que fuerondemasiado lentos para evitar susalto letal.

El Ángel atravesó a uno, partiéndolo por la mitad consugranespada, yluego hizo lo propio conotro antes de que el primero incluso se hubiera destrabado de suespada. Azkaellonse cernió hacia adelante ymetió el cañónde suarma enla muñeca enel cuello de unperro del infierno que había derribado unguerrero de la escuadra Lorator. Una sola ronda lo baño ensangre al tiempo que la decapitó yel cuerpo cayó. Increíblemente siguió animado untiempo, caminando encírculos. Mendrionsalió de la nada ylo detuvo enuna sola acometida carmesí.

Las oleadas de ataque no dieroncuartel, yconcada una nuevas e indescriptibles criaturas se unieron a la masa monstruosa que bloqueaba el camino a la catedral envuelta enhumo. A continuación llegaronlas criaturas voladoras, las furias que se parecíana murciélagos o halcones o alguna detestable fusiónde ambos conforma reptil. Sanguinius yaquellos que teníanretrorreactores se elevaronenel aire para

enfrentarse conla horda enel aire, haciendo brillar las pistolas bólter ylas hojas brevemente cuando los proyectiles yel plastiacero cortaroncarne una yotra vez. Sangre y trozos de carne contaminada llovieronsobre el campo de batalla por debajo encascadas de sangre húmeda.

Unala de motojets golpeó a través de la masa del combate aéreo, martilleándola consus bólters pesados, rápidamente seguidos por ungrupo de drones conmotores gravíticos. Unlegionario enla plataforma abierta portaba uncañónde haz que disparó a través del cielo, inmolando a cualquiera de las furias que se aventuró enla zona de fuego. Los cuerpos silbaronyse fundieron.

Una docena de criaturas cayeronante el primarca alado a la vez, conla esperanza de tomarlo por sorpresa, pero él se retorció enel aire, extendiendo sus alas todo lo posible. Los piñones se estrellaroncontra las criaturas yles golpearonde lado; conla espada ylos dedos de sus guanteletes de oro, Sanguinius descuartizó cuerpos ytrituró gargantas. Dejó que la gravedad le llevará de vuelta a tierra yentonces unlamento quejumbroso estalló a sualrededor.

El Ángel se volvió yvio una figura esbelta que parecía tener proporciones femeninas, más alta incluso que él, moviéndose a través de las arenas conpasos que se asemejabana unbaile. El cuerpo conforma de la mujer estaba envuelto ensedas brillantes ysucabeza se perdía enla oscuridad de una capucha. Delgados, los brazos pálidos como cadáveres emergieronde las túnicas vaporosas, apretando sus manos enla cara oculta. Sanguinius se recordó brevemente a la astrópata del acólito Kreed, pero sabía sinlugar a dudas que la pobre Corocoro Sahzë llevaba mucho tiempo muerta. Esta creaciónera algo mucho más peligroso.

Aulló como una viuda, unlamento-canciónvenenosa que destrozaba los oídos. Entonces, desde lo más profundo de las túnicas, otros brazos idénticos surgieron: uno, luego dos, cuatro más. Cada dedo terminado enunpequeño ojo humano, cada palma una boca para gritar. Los miembros de la viuda se flexionaronymaniobraron, abriéndose engestos de abrazo. Lágrimas se desprendieronde las manos extendidas yallí donde aterrizaronquemaroncomo el ácido.

Halkryngruñó de dolor cuando una mota del fluido acarició suavambrazo ycrepitó a través de la envoltura de oro; otro guerrero, unhijo de la 48ª, murió gritando mientras las lágrimas corrosivas devoraronsurostro ycráneo. Otros

cayeronconlesiones similares, abatido por las lágrimas de esta cosa-bruja.

-No -espetó Sanguinius ysaltó hacia adelante, girando supoderosa espada enunarco de rojizo. El parpadeó de las detonaciones de armas enla distancia brillaronsobre él mientras acercaba distancias conla viuda. Gritó desde sucara encapuchada ybocas mordientes, manipulando sus dedos para asemejarlos a garras nacaradas conlas que cortar ydesgarrar. El Ángel cortó los perros que se reunieronengrupos para impedir suacercamiento, mientras la criatura gritando bailó yse retorció sobre la arena, tratando de mantenerse fuera de sualcance.

Fue entonces cuando estuvo sobre la viuda, yla hoja manó rojo ensus manos, convirtiéndose enun arco de subida ybajada de plastiacero brillante. El Ángel cortó las garras enunsolo mandoble, dejando seis muñones brotando materia oleosa; las manos cayeronal polvo yse deslizaronlejos como arañas presas del pánico. Él las aplastó bajo sus botas mientras la criatura finalmente mostró surostro hacia él. Allí, bajo la capucha, era una madeja de carne pálida cubierta de ojos humanos y carente de todas las demás características.

Sanguinius agarró las sedas brillantes de supecho mientras se giraba ytiró de ella, elevando a la viuda de sus piernas sinuosas. Sacó supistola adornada Infernus yla apretó contra el cuello de la criatura. -No llores más -dijo, yla ejecutó de untiro.

Se alejó del cadáver yechó una ojeada alrededor, encontrando a sus guardias sanguinarios cerca, cada uno dedicado a la eliminaciónde otra de esas obscenidades. Diablillas seductoras congarras y mucho más de los demonios de ungulados llegarona sus líneas, ululando ygritando uncoro antinatural. Las líneas de batalla entre los ángeles sangrientos ylos enemigos estabanmezcladas ahora, llevando la ola del combate ida yvuelta mientras fuerzas opuestas lucharonpor la supremacía, ganando yperdiendo terreno encada momento.

El primarca dio una fría sonrisa, sintiendo la carga de la batalla: la ira creciendo muydentro de él, sintiendo la misma rabia asesina enel corazónde sus guerreros; los Ángeles Sangrientos estaban empujando a las monstruosidades de vuelta a sugranbastión, rompiendo suataque condespiadada e inquebrantable habilidad marcial. Fuese cual fuese el origenque estos horrores brutales pudieran tener, podíanmorir de todos modos - ylos hijos de Sanguinius sabíancómo tratar la muerte como ningúnotro.

Por uninstante, sumirada cayó de nuevo sobre la infernal ciudadela erigida enel paisaje asolado y recordó las palabras de la criatura Kyriss. La Catedral de la Marca. Ese había sido el nombre que el monstruo había dado a este lugar, yfiel a esa descripciónhabía unsigno de inmenso tamaño tallado enlas torres mostrándose a la legión. Una vez más, vio la estrella de ocho puntas como la grabada a fuego enPhorus, visible entre los restos de Scoltrum, grabado enlos cascos de las naves infernales de Signus Prime, marcadas enlos innumerables cadáveres sinhueso que habíanencontrado desde la caída del velo.

-Los huesos... -unfrío viento barrió el matadero Sanguinius ysus alas se flexionaron, elevándose por la ráfaga. Era consciente de que AzkaellonyZuriel llegarona sulado por el brillo momentáneo de sus servoarmaduras.

-¿Mi señor?

-Los huesos -repitió, yahora el primarca estuvo seguro de lo que vio. Asintió conla cabeza hacia las torres arqueadas ytoscas de la catedral manchada de sangre, cuando una comprensiónsombría se instaló ensucorazón. -Mira, Azkaellon. El misterio de la muerte de millones ahora tiene respuesta.

El comandante de la Guardia frunció el ceño mientras se acercaba a la misma comprensión. -Lo veo, señor.

La Catedral de la marca no había sido construida conpiedras ymortero, ni ferrocemento o plastiacero. Cada metro de sus torres, cada tramo yarco fue construido conhuesos humanos blanqueados, cimentado congrasa ycartílago. Los esqueletos de los ciudadanos Signusi muertos, procedentes de todos los planetas ylunas del cúmulo, del más comúnal mayor noble, fueronreunidos aquí para convertirse enla materia prima de esta atrocidad.

-¿Qué corazónnegro nunca podría imaginar esto? –la repugnancia ahogó las palabras de Zuriel. -Lo sabrás cuando se lo arranque del pecho a nuestro enemigo -prometió el Ángel.

Se desplegaronalrededor de los Phobos yal amparo de cañones láser pesados de los Land Raider, cuyas lanzas blancas ardientes de luz chisporroteante atravesaronel

aire empañado hacia las defensas del enemigo.

Los demonios. Meros tuvo problemas para sacar el nombre de sus pensamientos. Se había incrustado allí como una astilla yno podía quitársela.

-¡Adelante! -gritó Cassiel, apuntando consupistola de plasma. -¡Hacia adelante, por la Novena yla Legión!

El resto de la escuadra se hizo eco el grito del sargento ysalió de la sombra del tanque, uniéndose al avance de sucompañía enla refriega. Más adelante, Meros alcanzó a ver al capitánFurio blandiendo suescudo honorable yla espada de energía que eransus armas características. El apotecario tenía su espada-sierra arrancada ylista, la pistola bólter amartillada ycargada.

Sarga se había quitado el casco, dejando el pelo suelto enuna melena salvaje ysus dientes al descubierto enungruñido. Sonrió a sucompañero, alejándose mientras colocaba subólter al hombro. Cerca de allí, Leyteo yel tecnomarine, Kaide, estabanhaciendo lo mismo, midiendo sus primeros tiros contra la línea enemiga. Eranunpuñado de guerreros, entre muchos miles, unúnico elemento enmitad de falanges de legionarios blindados carmesíes, pero parecía que la batalla les pertenecía sólo a ellos.

Meros se unió a sus hermanos, mirando a través de las lentes de sucasco para seguir la carrera de un nudoso ycornudo demonio aproximándose, enseñando sus garras yazotando sucola furiosamente. El selector de objetivos parecía deslizarse de la criatura mientras se movía, incapaz de obtener una adquisiciónsólida. Hizo una mueca ylanzó untrío de proyectiles bólter hacia ella estimando, volándole unmiembro conungolpe de suerte.

La bestia soltó unestridente sonido agudo parecido a unrelincho yapuntó sus cuernos hacia él, bajando la cabeza yel chorreante yespinoso aguijónensucola. Nubes de feromonas soporíferas empañaronel aire, expulsadas enaerosol de las glándulas enla espalda de la criatura. Se movió más
rápido de lo que esperó, embistiendo ydejando ensus flancos a los legionarios sucamino. Ojos negros sinpupilas mirarona Meros, yel legionario supo que quería matarlo.

Él siguió disparando, yde repente al rugido de supistola se unieronlas voces de una

docena más de bólters. Incapaz de detener sucarga de cabeza, el demonio corrió hacia el matadero yfue despedazado.

Meros lanzó una mirada por encima del hombro para ver que le había ayudado yse encontró un cráneo ymascarilla mirando hacia atrás. El guardián, Annellus, le dirigió una inclinaciónde cabeza; junto al guerrero negro estabanRedknife ysus Lobos Espaciales, los cañones de sus armas todavía humeantes.

El capitánpasó por delante yle dio al monstruo muerto untiro desganado. -Ellos muerenfácilmente. Apestana carne enmal estado, parece -la carne del demonio ya se estaba ablandando, volviéndose empalagoso yfundido. Unextraño, perfumado vapor se elevó fuera de él, encrespándose enel aire como si algo escapase de la prisiónde sucuerpo enfriándose. El cuerpo se descompuso conuna rapidez escalofriante, como todos los otros enemigos muertos. Robado de la energía vital grotesca que les animaba, se desintegró casi de inmediato. Se sentía casi como si no fuera una muerte en absoluto.

-Seguid el avance -espetó el guardiányMeros se movió conel grupo, sus hermanos de batalla coronando una colina baja unpoco más adelante.

El Lobo Espacial conla cabeza rapada, el que tenía la piel cubierta de tatuajes rúnicos ysímbolos arcanos, sacudió una cosa nudosa enla mano yle dijo algo enfenrisiano. Las palabras no eran claras, pero el tono reveló lo suficiente. *Una advertencia*, pensó.

Meros siguieronel gesto del escaldo ysintió la tierra temblar bajo sus pies. A través de la niebla, una forma masiva de fácilmente el grosor de untransporte Rhino se acercó, tambaleándose de unlado a otro sobre piernas gruesas yflexibles. Una luz apagada surgías del latónsucio que portaba, manchado de sangre. Se movió rápido, avanzando sinlímites.

La cosa parecía uncefalópodo de unocéano profundo, pero eso fue sólo la mente de Meros agarrándose al equivalente lógico más cercano ensus pensamientos. Gruesos segmentos corporales cubiertos conmocos sobresalíanenángulos imposibles a través de placas de metal atadas alrededor de sucircunferencia, yhabía unnúmero indeterminado de patas que estamparonyquebraronel suelo. Alas vestigiales ytemblorosa antenas zumbabansinmotivo aparente, ysupoderosa envergadura se balaceó de unlado a otro, derribando guerreros coninstantes violentos de

movimiento. Ángeles Sangrientos salieronvolando a medida que se estrelló contra ellos. No tenía cabeza o cuello, sino una amalgama de piel ymúsculo bilioso terminado enuntocón, yenese trozo de carne había docenas de caras cercenadas conbocas de dientes sierra ybarbas de aguijones frondosos.

De repente estuvo sobre ellos, abriéndose paso a suavance, yMeros saltó fuera de sucamino. Disparó mientras corría, descargándole el resto de proyectiles del cargador de supistola enlos flancos glutinosos del monstruo, ycuando el percutor presionó el vacío le hizo cortes desesperados a untentáculo-pierna conla cabeza revolucionada de suespada-sierra. Materia grasa se atragantó enla cadena de dientes yel miembro fue cortado, cayendo a la arena para deslizarse yretorcerse donde cayó.

Meros era consciente de uno de los Lobos Espaciales estaba cerca, pero otro tentáculo sinuoso rompió la piel de la criatura conunpop húmedo yarremetió contra ellos. El apotecario fue golpeado yvio el mundo girar a sualrededor. Golpeó el suelo ysintió el asqueroso aerosol enla cara. Se puso de nuevo enpie, dando vueltas alrededor para ver a la bestia apartar al desafortunado el Lobo Espacial, después de arrancarle una pierna yunbrazo como unniño cruel podría tirar de las alas de una mosca. Se sacudió la confusiónensus pensamientos yescuchó la conmociónplana de unbólter disparando enautomático. A pocos pasos de distancia, Sarga gritó de rabia muda mientras vertía proyectiles enla chasqueante yululante boca de la criatura. Grandes trozos de carne podrida chisporroteando volaronfuera del torso de la criatura cuando los proyectiles reactivos perforarony explotaronenel interior de la densa carne gelatinosa.

Pero Sarga no vio el otro tentáculo-pierna pulular hacia él, perdidos enel flashyla furia de las llamaradas de la boca del bólter. Meros gritó sunombre, pero ya era demasiado tarde. Untentáculo le golpeó como una serpiente, enrollados sobre el muslo de Sarga; otra, retiró la piel de la punta para revelar una sierra ósea condientes de punta de flecha, se colocó detrás de él yla zambulló ensu cuello.

La sangre manó de la herida, de los labios de Sarga, ysucuerpo se puso rígido. El tentáculo atacó y le dio media vuelta, golpeando conla sierra dentro de la cavidad de sucuerpo antes de dejarlo caer. El hermano de batalla de Meros cayó sobre supecho yla arena bajo sus pies se convirtió rápidamente enbarro oxidado.

La luz blanca de undisparo de cañónláser vino de algúnotro lugar enla línea de ataque de los Ángeles Sangrientos yhoradó uncráter enlos flancos del monstruo. Este gritó fuerte yalto, para luego retirarse, arrastrándose de vuelta conlos miembros que aúntenía. Meros lo dejó ir, corriendo al lado de Sarga, para atenderle. El rostro de sucompañero era una ruina de los cortes, suboca sonriente ahora hecha una parodia destrozada de lo que había sido una vez.

Y sinembargo todavía vivía, aunque no dudaría mucho tiempo. Los ojos de Sarga se posaronenel apotecario cuando Meros se inclinó sobre él. Habló, ysaliva espumosa de color rosa surgió de sus ahora labios desiguales. –Hermano -se las arregló para decir.

Una sombra cayó sobre ellos, yde alguna manera Meros supo quiénsería. -La herida es grave -dijo Annellus, conla solemnidad de unverdugo.

Meros no prestó atencióna l guardiányse inclinó sobre sucompañero de escuadra caído, los sonidos de la batalla cercana desapareciendo de sus oídos. –Hermano - dijo, dando voz a la tarea más difícil de suprofesión. ¿Deseas la paz?

Sarga asintió conla cabeza, yfue unesfuerzo para él hacerlo. -Yo... seguiré viviendo -dijo, palabras hechas casi como una pregunta.

Una aguja de plata fina, el Carnifexmedicae, se deslizó sinhacer ruido a partir del guante del medicae Meros. -Vivirás -le dijo a suhermano. El apotecario puso la punta sobre la carne de Sarga donde le daría una muerte misericordiosa más rápidamente ylo hizo limpiamente. El legionario murió conunjadeo bajo luego antes de que Meros iniciase la tarea de la recuperación, a la que se dedicó conmecánica ycuidadosa precisión. Enunos instantes cosechó las glándulas progenoides
ricas engenes del cadáver de Sarga ylas aseguró para unposterior retorno a casa.

El legado genético de Sarga sobreviviría. Sinembargo, eso le pareció unconfort hueco a su compañero, cuando Meros se puso enpie, bloqueando sudolor enla distancia.

Annellus lo había visto durante todo el proceso. -El tiempo para llorar a nuestros hermanos vendrá después. Por el momento, consuélate enel hecho de que se entregó al servicio de la legión, en nombre del Emperador.

La perogrullada incolora e insípida hizo montar encólera a Meros yse volvió al guardián, formando una réplica enojada ensus labios que nunca pronunció.

Uncolosal impacto sonó entodo el campo de batalla, tanfuerte como la conmociónde uncañónde campo; algo grande había caído del cielo enmitad del corazónde la lucha. Meros miró hacia el impacto, vislumbrando el parpadeo de alas angelicales yuna armadura dorada.

El humo se estaba elevando enungrueso pilar negro yenel centro de la misma, el apotecario vio destellos de una forma imponente, de grandes alas de dragón, cuernos negros conpúas ycadenas de plata brillante.

Meros echó a correr, hacia el borde delantero de la línea de batalla, obedeciendo al instinto primario que le dijo que él ytodos sus hermanos seríannecesarios para hacer frente a este nuevo enemigo.

Todo guerrero de almenas de la Lágrima Roja destilaba ira yfrustraciónenlas auras de sus pensamientos hasta el punto de que Kano podía sentirlas incluso sinproponérselo. Caminaba rígidamente lejos de los guerreros enla fosa de misiles construida apresuradamente, tratando de ordenar los pensamientos de sumente. Conrostro adusto, marchó a lo largo de la cara norte de la barcaza de batalla entierra, viendo la luz de la conflagracióna distancia.

Kano sabía sinmirar atrás que los legionarios apostados enel cañóneranhermanos de la 221ª compañía, yse veíanenel deber de velar por la base conla misma aversiónque él. Tambiénsabía que le costaría poco presionar más enprofundidad, obteniendo sus nombres yrecuerdos de sus pensamientos más superficiales. La habilidad yel poder estabantodavía dentro de él, incluso sinla guía de sucapucha psíquica para aprovecharla. El encuentro conla criatura infernal, el horror de su toque mental ensupsique, le había recordado eso.

Vaciló, extendiendo unbrazo para mantenerse enpie tras el esfuerzo extenuante. La óptica de su casco podría fácilmente brindarle una panorámica del combate si quería, pero no tenía necesidad. La visióntelepática a distancia que había utilizado una vez enel nombre del Emperador lo haría mucho mejor, colocándole enmitad de la lucha o donde le plazca, mientras que suforma física mantendría aquí.

Kano tenía ese poder, ymuchos más. Parecía absurdo negárselos. *Idiotas…*

-¡No! -la negaciónrompió de sus labios ysacudió ese pensamiento. ¿De dónde había venido esta repentina duda? Después de tantos meses enla obediencia al decreto, después de jurar a la legiónya suprimarca no volver a usar sus habilidades sobrenaturales, ¿por qué ahora Kano encontró su resoluciónresquebrajándose?

Cerró los ojos yse retiró a sus propios pensamientos. *Es este lugar*, se dijo. *Estos mundos*. Estaban manchados por las fuerzas que se escondíandetrás de la cortina de lo visible. Poderes insidiosos trabajabanensucontra, incluso cuando estaba aquí. Tal vez la criatura infernal enla nave le había dejado vivir deliberadamente por esa misma razón. Tal vez fue el susurro de voz enel vox, siempre ahí, incluso cuando desconectaba los enlaces.

-No voya darte unpunto de apoyo -dijo al aire.

A modo de respuesta, una especie de silencio cayó sobre él. No era la muerte de sonido, no tan literal, pero una tranquilidad repentina ensus pensamientos, una calma que no había conocido antes.

-¿Mi señor? –dijo una voz de mujer. -¿Sois el hermano Kano?

Se dio la vuelta para encontrar una pálida figura femenina conel pelo rojo alheña yuna mirada temerosa ensurostro. Detrás de ella había ungrupo disperso de seres humanos, vestidos ropas aprovechadas de tripulantes muertos yotros desechos.

-No deberías estar aquí -dijo el de inmediato. -No es seguro.

-¡Ningúnlugar es seguro! -escupió unhombre rudo, matón. Kano lo miró ytrató de obtener una lectura, pero no sintió nada. Era como perder sus sentidos, pero no de manera chocante o dolorosa, sólo paz.

-SoyTillyanNiobe ysomos los supervivientes de Scoltrum. El hermano Meros habló de ti -continuó la mujer. -Me dijo que nos mantendrías a salvo.

Es ella. Los ojos de Kano se estrecharon. El aura silenciosa estaba centrada enNiobe, como si fuera el ojo de una tormenta inversa, yde pronto estuvo claro para él. No podía leer nada de ella, sólo un vacío psíquico que atrapada el impulso telepático como unagujero negro atrapaba luz de las estrellas.

-Tillyan, dijo. -¿Conoces a esta palabra? *¿Paria?*

Suceño se frunció. ¿Estaba a punto de mentirle? Era difícil estar seguro. -No,

señor. No entiendo… -Yo sí -respondió. -¿Sabes por qué has sobrevivido mientras que todos los demás no?

Ella parpadeó. -Los demonios no nos ven. Negó conla cabeza. -*Ellos no te ven.* Sanguinius contempló una bestia.

Misterioso humo ébano enespiral se extendía alrededor de untorso musculoso de carne roja enojada, unpecho ybrazos flexivos apenas contenidos por las bobinas de aros de latónyuna armadura de bronce maltratada. Cuernos negros sobresalíande una cara maliciosa ysiempre gruñendo enuna expresiónde odio salvaje, mostrando colmillos amarillos ygoteando lo que fuera su baba por las comisuras de sus labios. Sullegada había sido como la de uncometa, cubierto de una nube de cenizas del cielo maldito sobre sucabeza, ysinembargo el primarca instintivamente intuyó que era una criatura del inframundo más que de los cielos. Había visto los viejos libros de tradiciones que llenabanlas bibliotecas secretas del palacio de supadre, conocía los mitos de bestias ydemonios del pasado supersticioso de la humanidad. El humanoide que se alzó ante él era el terror de los hombres muertos tiempo ha, más real yterrible de lo que jamás podría haber imaginado.

Habló, mirando de reojo a Ángel. -¿Has disfrutado del partido hasta el momento, dorado? -suvoz era como el magma burbujeante. –Tantas piezas gastadas ya la vez tanlejos de llegar al final del juego -lanzó una mirada maliciosa a los muertos entorno a ambos, cuerpos de los legionarios, cultistas y monstruos por igual. -Pero bueno, ambos adoramos el sabor de la sangre, ¿no?

-Hablas como si me conoces -gruñó el primarca. -Pero yo sólo veo unmonstruo que debe morir.

-Reconóceme entonces, Sanguinius de Baal -se rio. -SoyKa’Bandha, Devorador de Almas ygeneral de Khorne, bendito sea suodio -la criatura hizo una reverencia burlona. -Y somos hermanos.

Meros vació supistola enunpaquete de furias chirriantes yrecargó, saltando cráteres de impacto de arena empapada de sangre mientras se acercaba al centro de la batalla. Se deslizó por una pendiente yse detuvo al fin. Ungrupo de legionario de pie conlas armas preparadas, muchos de ellos legionarios de la primera compañía de

Raldoron. Vio al capitánya la blindada enoro Guardia Sanguinaria, las escuadras de Exterminadores de SaevinyMecallus, yante ellos la forma carmesí del Venerable Leonatus, consus banderas ondeando de los flancos adamantinos del Dreadnought.

Todos ellos estabanesperando, ya todo lo largo de la línea de batalla al apotecario vio a la horda enemiga enigual posición. Grupos de perros de pelaje negro ylos lagartos-lobos a los que ya se habíanenfrentado jadeabanypateabanenel barro, junto conhumanoides crestados concráneos con cuernos yespadas oxidadas. Los devastadores gruñíanysalivaban, amasando las empuñadoras de sus hojas a la espera de órdenes de suamo.

Su amo. Sorprendió a Meros de mirar a la figura infernal, este Devorador de Almas. Lo oyó hablar, sintió el temblor enel aire enel batir de las alas oscuras ensuparte posterior. Por unmomento, pareció como si unespejo de pesadilla hubiera sido colocado ante el Ángel, yesta oscura reflexión se mostró como el polo opuesto a todo lo que era noble ybueno enél.

-¿Por qué luchar entre nosotros? -se preguntó la criatura, ladeando la cabeza, mirando a las víctimas de la guerra. -Somos iguales. Cada uno de nosotros conocemos la alegría de derramamiento de sangre. El dulce sabor de la matanza -la criatura dio unpaso hacia adelante, blandiendo sus armas: unlargo látigo de metal enespiral yunhacha que parecía formada a partir de la quijada de un leviatán. -Khorne es poderoso más allá de toda medida. El caos es el estado final de toda la existencia. Resístete ysolo lograrás prolongar lo inevitable -la piedra de molienda de suvoz hizo mostrar los dientes de todos los ángeles sangrientos enla periferia del cráter, como si pudiera escucharles a través de la resonancia ensus huesos. -Incluso vuestro Emperador-Padre lo sabe. Es por eso que se esconde de nosotros. Es por eso que tiene *miedo*.

Meros vio el relámpago de ira enlos ojos del primarca, la púa acertando de pleno; pero entonces Sanguinius sonrió. -Fuera de mi camino, animal, o te despedazaré -le dijo a la bestia. –Solo trataré contuseño, el llamado Kyriss.

El humo estigio envolviendo al demonio se agitó confuria repentina. -Esa puta singracia no es mi amo -se enfureció. -¡Yo solo respondo ante Khorne! ¡Yo soyel señor de la guerra de este lugar!

-No eres nada para mí -dijo el Ángel, yatacó.

El metal estelar forjado golpeó el hueso cubierto de hierro conuncrujido ensordecedor. La espada y el hacha se cruzaron, arrojando estelas de chispas. El demonio era rápido, más rápido de lo que esperó Sanguinius, torciendo el arma e invirtiendo el golpe. El hacha golpeó a lo bajo, cortando a través del suelo, rozando los pies del Ángel.

El Ángel se impulsó hacia atrás enel aire yextendió sus alas, velas de plumas blancas mientras giró sobre sueje, bailando fuera del alcance del golpe. Giró la hoja roja ensupuño ycongracia marcial supunta dibujó sugolpe enla cara gritona de la bestia. Cortó profundamente.

El primarca aterrizó sólidamente, pero no dio a Ka'Bandha tiempo para recuperarse. Tenía la intenciónde cumplir supromesa. El Ángel se cernió hacia delante, pero el demonio estaba listo para él. El látigo metálico chilló, rasgando el aire hacia sutorso. Las alas de Sanguinius se cerraroncerca de sus hombros yse agachó bajo las espinosas pestañas pasando por encima de la cabeza. Aúnen movimiento, aunatacando consuespada, golpeó ampliamente, empujando al señor de la guerra bestial a la defensiva.

Ka'Bandha rugió yse negó a ceder, manejando el hacha de tal forma que paró cada ataque de prueba, dejando al Ángel ningúnpunto de entrada más allá de suguardia. Ellos estabanenel corazónde la refriega ahora, conla batalla a sualrededor gritando a pleno pulmónmientras demonios menores -los aguiluchos, perros del diablo ydevastadores- lucharoncontra legionarios, Dreadnoughts y exterminadores.

La agilidad innata de Sanguinius le daba una ventaja frente a la brutal energía cruda del Devorador de Almas, pero ambos se estabanadaptando al estilo del contrario ypor turnos cada uno inflingió pequeñas heridas significativas sobre el otro. Plumas capturadas por el hacha se apartaronde las alas del ángel mientras dabanvueltas e intercambiarongolpes.

Conunrugido atronador, Ka'Bandha reculó ylanzó ungolpe consulátigo, cerrando sus colmillos cuando se arquearonhacia la cara del Primarca. Sanguinius giró, más rápido de lo que era posible, y cogió las barbas ensumano libre. El látigo se retorcía como si fuera unser vivo, enrollándose alrededor de sumuñeca, agrietando la envoltura de ceramita de suguantelete.

El Ángel dio unviolento tirónydesequilibró al demonio, lo que le permitió darle ungolpe de martillo conel pomo de suespada que rompió sus colmillos e hizo manar torrentes de sangre negra a Ka'Bandha.

La bestia se tambaleó hacia atrás, al principio silbando, yluego riendo. –Luchas bien-dijo, escupiendo dientes rotos. –Ningúnefímero jamás me ha cortado antes. Pero no puedo ser vencido. ¿Por qué lo intentas? ¡Únete a nosotros ensulugar! Eres una criatura de sangre tanto como yo... Ya te has aventurado enel camino escarlata, angelito, yambos lo sabemos. Ven ypresencia la gloria completa de Khorne, abraza lo que haydentro de ti. Podrías alcanzar tales cotas, ser uncampeón.

Sanguinius se burló. –Primero el otro, ahora tú. ¿Está toda tuespecie tanenamorada de los sonidos de supropia voz? –volvió a sajar a la criatura, derribándola, dibujándole unaullido furioso.

-¡Ayde ti, entonces! -escupió el señor de la guerra demoníaca. -Si te niegas a mi oferta, sabed esto: ¡Destruiré todo lo que te es querido yatormentaré a tus hijos durante el tiempo que exista tulegión!

-Eso no es una amenaza -dijo el primarca. -¡Mis hijos siempre estarándispuestos a matar a los de tu clase, hasta la muerte de la última estrella enel cielo!

Ka'Bandha dio ungrito sinpalabras de enojo; cargó unRhino varado consus hombros para luego
darle la vuelta, cogerlo consus manos yestrellarlo una yotra vez contra el suelo, aplastándolo mientras las orugas ypiezas de metal saltaron. Finalmente cargó hacia el Ángel, aullando como un alma enpena.

Una figura conarmadura dorada conalas de plata brilló enel borde de la visióndel primarca, ypara suhorror vio el Rhino aplanado caer sobre el hermano Lohgos, aplastándolo contra el suelo y causándole la muerte instantánea. Sanguinius gritó confuria, sintiendo una sacudida palpable de dolor fantasma cuando suguardia de honor de confianza murió.

Sintió la muerte como si unpedazo de sualma fuera cortado yquemado como el papel; sentía *cada* muerte. El choque de la misma, lejano o cercano, débil o fuerte, pero siempre estaba ahí. Cada vez que unhijo de Sanguinius cayó, fue como uncorte sobre sucarne, una pluma arrancada de sus alas.

¿Sentíanlos otros las pérdidas de sus hijos contanta intensidad? ¿Dorno Vulkan? ¿Magnus o Perturabo?

¿Horus?

Ka'Bandha se abalanzó sobre él conlos brazos extendidos, la intenciónde aplastarlo enel polvo. El ángel cerró la puerta a todos los otros pensamientos yse arrojó enel aire, dejando que sus alas se desplegaran. Evitó fácilmente el asalto salvaje del demonio, pero sólo por unmomento. La bestia tenía alas propias ylas abrió enrespuesta, golpeando unclarínmientras unhumo negro se arremolinó a sualrededor.

Fue tras él ycolisionaron, latónybronce contra oro yceramita. Sanguinius barrió consuarma el pecho de la criatura, cortándole profundamente. Él corte tambiénalcanzó la guardia de la muñeca de Ka'Bandha, forzando al demonio a perder sucontrol sobre el hacha de huesos.

Se retorcieronenpleno vuelo, lloviendo golpes sobre el enemigo, conectando cada golpe confuerza cinética suficiente como para romper la barrera del sonido. Sanguinius sintió la armadura que había resistido mil guerras fracturarse ydividirse bajo los efectos letales de los ataques del señor de la guerra demoniaco. Las fétidas fauces de Ka'Bandha se abrieronycerraron, sus ojos infernales privados de todo salvo la furia yla sed de sangre bullendo ensuinterior.

Ahora os combatientes estabande vuelta hacia el suelo, cayendo sincontrol hacia la furiosa batalla abajo. La gravedad les tenía ensus garras, e incluso las poderosas alas del Ángel no podíanzafarle de supresa.

Enlugar de eso, la abrazó. Conungruñido de esfuerzo, Sanguinius agarró los collares que colgaban de la gruesa garganta de Ka'Bandha ycerró la distancia entre ellos. Antes de que el demonio pudiera reaccionar, él enterró toda la longitud de la espada ensupecho.

Conuna fuerza nacida de dolor, la criatura le dio unmanotazo para apartarlo yse separaronuna fracciónde segundo antes de golpear el suelo.

Fue el ángel quientocó tierra primero. Ensangrentado yjadeando, se levantó ydestrabó suespada, mientras Ka'Bandha se retorcía enel barro, ladrando sonidos de agonía frenética.

Él Ángel avanzó, levantando la espada roja para darle el golpe mortal.

-Espera -las manos congarras de Ka'Bandha se elevaron, pero el primarca no se detuvo. -Antes de
rematarme, sabed esto -el demonio tiró de sí mismo hasta ponerse enuna posiciónde rodillas, agarrándose a la carne arruinada de sutorso. -Nunca te mentiremos, angelito. Esa no es la manera de Khorne. Somos la verdad de la sangre, yque la verdad es, *¡Que Horus te ha traicionado!*

Y, por uninstante infinitesimal, undolor más grande que cualquier otro tocó el corazónde Sanguinius. Suespada cayó, suvisiónse nubló. –No -insistió. -*¡No!*

Fue suficiente; Ka'Bandha movía como unrayo, lanzando las púas de sulátigo que apareció de la nada. Impactando como víboras, las pestañas alcanzaronlas piernas del primarca conuna fuerza monstruosa ylas aplastó, tirándolo al suelo. El grito de agonía del Ángel resonó enel campo de batalla.

La risa del demonio ahogó el sonido. -Me desafiaste, yahora te haré una herida que nunca se cerrará -prometió. Fuego Bólter de escuadras de ángeles sangrientos cayeronsobre el demonio, enayuda de sumaestro yque arrancarongrandes secciones de la armadura broncínea, pero a Ka'Bandha no le importó lo más mínimo.

Sanguinius luchó contra las olas titánicas de agonía, agarrando suespada caída. La bestia se había usado suparentesco conHorus ensucontra; suincertidumbre forjó el momento de duda, el instante de descuido que permitió a Ka'Bandha arremete contra él. -¡Inténtalo si quieres! -escupió.

La cara del demonio se retorció ante la diversión. -No me entiendes - le dijo, recogiendo suhacha caída. Una luz siniestra emanó de esta, una neblina carmesí brillante, formada alrededor del filo de corte. -Sé cómo cortarte tanprofundo como jamás otro pueda.

Había cientos de legionarios al asalto a través del barro, propulsados por la justa ira hacia adelante, ardiendo conla necesidad de vengar este ataque contra suseñor. Sanguinius sintió las emociones que procedíande ellos enoleadas. Vio sus caras, oyo sus nombres repiquetear ensus oídos. Encabeza el firme yaudaz Nakir, sucapitánde la 24ª compañía, yconél Gravato, Madidus, Perada, Ferveus, Eremin, Carrickymuchos más, a los que conocía como si fueransus hijos.

-¡No! -trató de advertirles que se retirasen, conlas piernas heridas resistiéndose a él mientras intentaba ponerse de pie, pero Ka'Bandha ya estaba corriendo hacia ellos, evocando unfuego rojo desde el aire, una neblina que ardía como pura furia.

El hacha del demonio se levantó ycuando cayó, unnuevo sol carmesí nació enel medio del campo de batalla. El *Ígneo* estalló, yenlos pasillos de sumente, unpadre oyó cómo quinientos de sus hijos perecieronenuninstante.

Entonces la oscuridad reclamó al Ángel, la sacudida del shockpsíquico envolviéndole enel abismo de sualma.

-Esto no va a terminar bien-dijo el capitánThoros. Las palabras fueroncasi unsusurro, más el escape de unpensamiento mal disimulado que una emisiónreal.

Raldoronmiró a sucompañero de piel pálida yse detuvo enmedio del túnel de lava áspera, de paredes negras. -¿Hermano? -apuntó.

Thoros vaciló ysus pálidas mejillas adquirieronundestello de color al darse cuenta de suerror. -Perdóname, primer capitán. Hablé fuera de lugar.

-Comparte tus pensamientos si quieres -insistió Raldoron.

El otro funcionario negó conla cabeza. –Aquí no -miró alrededor del conducto volcánico. -Ahora no.

Raldoronvaciló enel pico de hacerlo una orden, pero Thoros se le adelantó. -Los transportes deben estar preparados para la salida del Ángel. Me pondré a ello -dijo. Antes de que pudiera decir algo más, Thoros comenzó a andar por una bifurcacióndel pasillo, endirecciónhacia el cuadrante de aterrizaje que había sido tallado enlos campos de ceniza volcánicos más allá del cono que se elevaba por encima de ellos.

El primer capitánfrunció el ceño ysiguió caminando. Pasó al lado de sirvientes yguerreros de otras legiones, todos ellos involucrados enlos asuntos propios de la retirada de la superficie de Nikaea. Ninguno de ellos tenía razónpara permanecer aquí más tiempo.

La funciónde este lugar llegó a sufin, yRaldoronse preguntó qué sería de él después de sumarcha. El gigantesco volcánhabía sido domesticado por el poder yla tecnología de la voluntad imperial, la roca viva yel turbio magma recortada

yrepresado para que el Emperador ysus hijos pudieranentrar enel corazónde este lugar ycaminar por los espacios construidos sintemer ser destruidos por un desprendimiento o unescape de magma. Había algo simbólico ysinrodeos al respecto, una declaracióndeliberada ydiseñada a todos los que habíanvenido. No importaba lo poderoso, incognoscible yfurioso que pudiesenparecer los elementos de la naturaleza, el Imperio podían dominarlos a suantojo.

¿Pero era eso arrogancia? Una vez los legionarios ysus sirvientes se marchasen, los generadores de campo ylos escudos de gravedad se desactivaríanyla ardiente montaña de Nikaea reafirmaría su fuerza una vez más. Las cámaras rocosas cortadas por cañones de fusiónyconvertidos endomicilios, antesalas yel anfiteatro seríanenvueltos por la lava, reclamados por los incendios. Sería como si nadie hubiera puesto unpie aquí.

Pero incluso si Nikaea permaneciese intacta, la onda expansiva de lo que había ocurrido aquí cambiaría *todo lo demás*. No era una exageración, reflexionó Raldoron, sugerir que las palabras que se hablaroneneste día afectaríana todos los mundos del Imperio.

Al principio, Raldoronhabía tenido el honor de aceptar el deber de acompañar a suprimarca al encuentro del Emperador; Azkaellonno había, como era previsible, visto el sentido del mismo, pero el Ángel sabía que iba a significar más que llegar entre sus grandes hermanos no sólo conlos serafines de oro de suGuardia Sanguinaria, pero entre la multitud de sus guerreros de élite. El orgullo de Raldoronse hinchó ante la oportunidad de representar a suLegiónysucompañía enla presencia de varios primarcas yel propio Emperador... Muchos ángeles sangrientos tardaríansiglos entener una oportunidad así.

Ahora se sentía diferente. La gloria del momento se vio empañada por una nube sombría de mal humor que impregnaba a través de cada cámara, que se repetía enlos ojos de cada rostro que veía. Raldoronesperaba que Nikaea fuese unlugar de concordia yunidad, como deseaba el Emperador. Encambio, sintió que el afilado punto de divisiónfue puesto aquí. Los legionarios eranvigilados ahora, más que antes, incluso dentro de supropia legión, como el ejemplo que Thoros mostró con claridad.

Tras lo sucedido aquí, la primera nave enabandonar el planeta fue la Photep, la nave de guerra que pertenecía al primarca de los Mil Hijos. Por regla tácita, el protocolo dictaba que debería haber sido de transporte del Emperador, pero la *Imperator Somnium* aúnpermanecía enórbita alta. Nadie habló contra Magnus el Rojo mientras se marchaba del anfiteatro conunsemblante igual de carmesí como sunombre. El primer capitánrecordó el momento conclaridad. Sumirada se había vuelto a su primarca yRaldoronrecordó el breve dolor que vio enlos ojos de Sanguinius.

Raldoronhabía visto al Ángel mostrar esa cara antes. EnMelchior, cuando discutió conel Señor de la Guerra Horus; yensusantuario a bordo de la Lágrima Roja, el día que confió ungransecreto a un puñado de sus hijos predilectos.

Magnus se había ido, ytras él desapareció el regalo que le había otorgado a las Legiones Astartes. El ReyCarmesí, encolaboraciónconel Ángel yel Khan, se reunieroninicialmente para llevar el ideal de los Bibliotecarios a las legiones. Magnus, Sanguinius yJaghatai abogaronpor -yconsiguieron- un lugar para los psíquicos dentro de las legiones. Los bibliotecarios convirtieronlos poderes sospechosos de brujería enarmas de guerra... ypor untiempo fue aceptado.

Muchos, que no estabandispuestos a aceptar el uso de grilletes psíquicos como navegantes y astrópatas, se molestaronante la idea de guerreros psíquicos. Algunas legiones evitaronaplicar el principio ensutotalidad, otros rayaronla abierta hostilidad hacia el concepto. Al final, no importó. Lo que había sido visto como una bendiciónse moldeó gradualmente como una debilidad, una amenaza, unvector a través del cual los caprichos de la disformidad podríandesequilibrar una legión.

Trajerona Magnus el Rojo a Nikaea a reprenderlo por sutemeraria exploraciónde los pasillos sin fondo de la immaterium; hablaronde los secretos no destinados a ser conocidos, de vil hechicería y caminos a la ruina tomados por mentes codiciosas e incautas. Al final, había sido menos un interrogatorio ymás una prueba de las intenciones del ReyCarmesí.

Magnus había desaparecido, lo mismo que los bibliotecarios. Raldoronoyó las palabras del decreto del Emperador consus propios oídos. *-Es mi voluntad que toda Legión desmantelará su departamento de Bibliotecarios. Todos los guerreros e*

instructores deben ser reasignados a compañías de batalla y nunca más emplear los poderes psíquicos. Conese decreto hecho voz, la demanda no podía ser deshecha. Ya estaba hecho.

Thoros tenía razón. El día no había ido bien, yestos eventos no terminaríanbien. Hasta unciego podría haber contado la resistencia de los Mil Hijos a las órdenes del padre de Magnus, yaunque no era unanatema para el capitánRaldoronincluso considerar el desafío de unedicto imperial, sabía que los demás no seríantanperspicaces.

¿Yqué ocurre con mi señor? Se preguntó al pasar a través de una horquilla enel túnel yse acercó a la cámara que se había reservado para uso de la IX Legión. *¿Cuáles son los pensamientos del Ángel sobre la elección del Emperador?*

Los guerreros que precedíana las grandes puertas de cobre saludaronal primer capitányle dieron entrada. Enel interior, no encontró respuestas, sólo más preguntas.

-¿Es cierto? –el capitánAmit se volvió hacia él, abriéndose paso entre la media docena de sirvientes enfrascados enel empaque del equipo de viaje del Primarca. -Dime que no es verdad, Raldoron.

El otro agente frunció el ceño. -La ordendebe ser obedecida -espetó. -Si hubieras estado allí arriba, podrías haber oído al Emperador dictarlo igual que yo.

-Pero yo no estaba -respondió Amit. -Se me ordenó permanecer centinela enesta cámara. Y tal vez conunbuenpropósito. Al principio pensé que era porque no soytanelegante enmi uniforme como Thoros, ¡pero ahora me pregunto si era para calmar mi lengua!

-Piensas demasiado de ti mismo, hermano –la irritaciónde Raldoronsalió a la superficie yse pasó la mano por el rastrojo de pelo enla cabeza. Encontró una jarra de vino ycopas que aúnno habíansido metidas encontenedores para el tránsito yse sirvió una racióngenerosa. -Nadie se atreve a levantar la voz enpresencia del emperador.

-¿Eso es todo, entonces? -exigió Amit. -¿Nos vamos conel Ángel de vuelta a nuestras naves y después a la cruzada cogidos de la mano, como si no hubiera

ningúnproblema? -cogió la jarra de Raldoronytomó unpoco de vino por sí mismo. -¿Y qué le vamos a decir a nuestros hermanos de batalla cuando les transmitamos el edicto? ¿Magnus ha mirado libros que no he leído, ypor ello ahora los bibliotecarios debensacrificarse? ¡Tengo dos psíquicos enmi compañía, legionarios con los que he luchado a sulado, hermanos enquienes confío! ¿Qué pasa conellos?

-Exageras.

-¿Lo hago? -Amit le empujó enel pecho. -No tengo dudas de que nuestro señor dará la bienvenida a sus guerreros enel redil de nuevo, concascos o sinellos. Pero ¿qué hayde los otros? ¿Dorn, por ejemplo? ¿Hanincumplido los Puños Imperiales alguna vez una ordenhasta el más mínimo detalle? -negó conla cabeza, mirando a otro lado. -Dime que no está desgarrado por esta imposición, hermano. Imagínate si yo viniera a ti yte privase de tuespada o bólter yluego te devolviese a la batalla sinmiramientos. ¿Qué harías entonces?

-Pelearía conlo que me quedase. Conuñas ydientes, si fuese necesario -dejó sucopa. –Esta orden es para el biendel Imperio. ¡Y tus palabras rozanla insubordinación!

Amit le miró, haciendo caso omiso de la advertencia. -Lexicanium, Codiciarios, Epistolarios. No son sólo palabras, Raldoron, rangos yestatus, marcadores que puedenser descartados conlas manos sin que haya ninguna diferencia –entonces le señaló a él. -Los títulos que tuposees -Primer Capitán, Señor del Capítulo, el Pura Sangre...- te podríanser arrancados de tuuniforme yseguirías sin cambios. Pero sinel poder de los psíquicos entre nuestro arsenal, las Legiones Astartes quedan expuestas a los ataques de aquello que prohibimos. ¡No puedo ser el único que ve esto!

-Los beneficios no compensanlos riesgos de abrir una puerta conel poder de la disformidad -replicó Raldoron. -Este tipo de cosas puedenllevar a unhombre a la locura...-se interrumpió, y espontáneamente, unrecuerdo doloroso salió a la superficie de sus pensamientos. De repente él recordó al hermano Alotros, perdido enMelchior, consusentido de supervivencia resquebrajado. Alotros, yal puñado de otros que corrieronla misma suerte. ¿Había sido la oscura sombra de la disformidad le que los había enloquecido, o algo más profundo?

Amit no se dio cuenta de sumomento de ensoñación; tras él, las puertas de cobre se abrieronuna vez más. -No estoyconvencido. Me cuesta entender por qué el

Emperador ha tomado una decisióntan arbitraria.

-Mi padre nunca ha sido caprichoso a largo de los milenios de suexistencia -Sanguinius entró enla cámara, hablando de manera uniforme ysinreproches. Raldoronse preguntó si había oído todo lo
que se había dicho; entonces se dio cuenta de que no importaba. Él era el primarca; *él lo sabría.* Amit se inclinó hacia Raldoron. -Mi señor, elegí mal mis palabras, eso no es lo que quise decir…

-Sí lo es- dijo el Ángel. Había algo oscuro ensutono, o al menos eso creyó notar el primer capitán. Sanguinius siempre ha tenido unaire de numinoso, lejano sobre él, pero aquí yahora parecía casi distraído. –Has dicho exactamente lo que querías decir.

Fue unmomento extraño ver al Carnicero de la quinta compañía silenciado como unalumno reprendido por sumentor, pero tal advertencia nunca lleó. Encambio, el ángel miró hacia atrás y adelante entre los dos guerreros ylos consideró.

-Ral -le dijo al primer capitán. -¿Te cuento por qué mantengo al capitánAmit siempre a mano? -Me lo he preguntado enalguna ocasión, señor -aventuró Raldoron.

-Tú –le dijo Sanguinius. -lo mantengo cerca porque está cerca de los corazones de mis hijos como la piedra lo está de la arena. Berus es alto guardiánporque él conoce nuestra tradiciónyel alma de nuestra legióncomo si fuera unser vivo. Azkaellonlleva mi Guardia Sanguinaria porque desconfía de todo ysospecha una amenaza entodos los lugares. Pero Amit... -hizo una pausa. -El capitánAmit siempre dice lo que piensa, nunca vacila, aunque él sabe muybienque se juega una reprimenda.

-Puede estar seguro de eso hasta el día de mi muerte -señaló Amit.

El ángel asintió conla cabeza. -Pero nunca lo olvidaré. La palabra del Emperador es ley, ysu voluntad. El Decreto de Nikaea ahora es undecreto Imperial, yvamos a respetarlo como tal. Los bibliotecarios volveréna integrarse de nuevo enlas filas tácticas. Todavía sonlegionarios. Harán que me sienta orgulloso, no importa qué arma llevena la batalla -se volvió para mirar a Amit yle clavó una constante yfirme mirada. -Y encuanto a lo que el destino no deparará después de este día... Los

Ángeles Sangrientos se ocuparánde ellos cuando llegue.

Raldoronaceptó ensilencio. Sus dudas, sinembargo, no se tranquilizaron.

QUINCE

Templo de huesos

Ignición

Unacto de desafío

El camino de Tanus Kreed estaba enlosado conlas coronas de cienmil cráneos, cada uno suavizado ypulido como si fueranadoquines desgastados enla calles de unmundo marginal. Sus pisadas despedíanuneco peculiar enlos pasillos de la catedral; la densidad de las paredes daba al sonido un timbre frágil.

El ruido de la batalla enel exterior apenas podía llegar a ellos aquí. Estaba muylejos, unruido sordo, como los rompimientos de las olas sobre una costa lejana. Crepitantes fuego de bólter, gritos humanos e infernales resonando -era unambiente apropiado.

Pasó los dedos de suguantelete sobre los arcos ypilares que se elevabanpor encima de sucabeza para sostener el techo cónico. Racimos de largos fémures rodeados de cajas torácicas se levantaron engrupos para formar algo parecido a pilares, cada uno asegurado ensulugar por las pequeñas
barras de las falanges de las manos de los niños. Mandíbulas yespinas formanpórticos, mientras las caderas vestíanlas paredes del claustro, ylos cráneos omnipresentes. Cuencas de los ojos vacías mirabanhacia el legionario desde arriba yabajo, iluminadas débilmente desde dentro por antorchas plasmáticas.

El grantemplo de hueso era una magnífica creación, reflexionó, una obra devocional que empequeñecía incluso los más grandes monumentos que los Portadores de la Palabra habíanerigido para el emperador, cuando todavía le llamabanmaestro.

Kreed se coloreó al pensar eneso. Lorgar ysus hijos habíantrabajado tanto tiempo al servicio de Urizenysudistante ydespreocupado padre, ¿ypara qué? Habíancreído tanfirmemente ensu grandeza, cortejado la verdad de sunaturaleza divina entodos sus actos yguerras durante la Gran Cruzada. La XVII Legiónhabía pasado mundos enteros por la espada por atreverse a desafiar al emperador, ymuchos más se habíanpuesto a trabajar para construir obras para glorificarlo.

Luego sucedió la traicióna Khur, ytodos los ojos se abrieronpor fin. Se inició conla destrucciónde Monarchia, ese perfecto homenaje al emperador, yterminó enMonarchia, el páramo donde Lorgar fue castigado por suamor ciego. Sufanatismo reprochado, escupido sobre el. Tanus Kreed había estado allí. Había visto lo que sucedió.

Como consecuencia, ¿Era tansorprendente que los Portadores de la Palabra se hubierandado cuenta de que había una verdad más grande para ser abrazada? ¿Una palabra no proveniente de unmortal que pretendía negar sucamino a la divinidad, sino de *verdaderos* dioses, *verdaderos* poderes conel toque de la ruina yel caos a sualcance?

-¿Acólito? –el capitánHaroxestaba a sulado, esperando. Kreed no se había dado cuenta de que se había detenido. Él no dijo nada yvolvió a suritmo, escuchando el eco, sintiendo la acumulaciónde energía ensilencio enel aire húmedo. Este lugar, esta Catedral de la Marca, era la clase de monumento que deberíanhaber estado creando todo el tiempo. Todo lo que hacía falta fue la traición más grande para que esto quedase claro.

El elevado pasillo abovedado se amplió, convirtiéndose ahora enunatrio circular ydos grandes cortinas hechas de piel humana curtida se abrieronpara permitirles la entrada a Kreed yHarox. Una de las paredes de la cámara era unmandala circular de huesos delgados de extremidades que imitabanel marco de una capilla devocional yuna luz rojiza se filtraba del mismo, iluminando los tonos amarillentos de las irregulares paredes. Enel centro de la pista estaba la entrada a uneje que corría a lo alto de la torre, los bordes del mismo abiertos como fauces. Esqueléticos brazos ymanos formabanunanillo alrededor del borde escarpado yuna luz azul inquietante emanaba de las profundidades. Había undepósito de sangre allí, entendió Kreed, unaltar de sacrificios como los de Kajor yuna docena de otros mundos anexionados. Tanto dolor yangustia se vertió enella que abrió una brecha enel immaterium; la luz era untruco del no-espacio de la disformidad, sangrando dentro de esta dimensiónyera tentador acercarse más, alcanzarla...

Kreed se obligó a apartar la mirada. Más tapices de agonía, pieles desolladas de diferentes etnias cosidos juntos para hacer formas artísticas, colgadas de las paredes. Cabos gruesos que parecíande piel curtida conhilos de crinestabancolgados aquí

yallá, pasando a través de las bocas de los cráneos para suspender una brillante forma ineludible enla sobrecargada penumbra rojiza.

Kreed no levantó la vista sinembargo. Suatenciónno se pudo extraer fuera del par de criaturas que se encontrabanenel centro del atrio, haciendo gestos yescupiéndose el uno al otro como unpar de animales luchando.

Fue unchoque para ver al monstruo alado de cuernos revelado entodo suesplendor maléfico. Lo que el acólito sólo había visto, una fracciónensumanifestaciónfantasmal a bordo de la *Página Oscura* ahora estaba aquí yera real e inmediato. Todo enél amenazaba conabrumarlo, desde el hedor a azufre de sucuerpo al aura fuliginous que se movía concada uno de sus pasos. El Devorador de Almas vio a Kreed yse detuvo, ladeando la cabeza para estudiarlo.

-El mensajero -se burló Ka'Bandha. -Pensé que habías huido.

-No -contestó, girándose unmomento para limpiarse unchorrito errante de sangre de sunariz. El mismo dolor, la misma presiónque había sentido antes, se apretó alrededor de sus pensamientos. Kreed la resistió, se abrió paso, negándose a ceder, auncuando vio a Haroxa sulado sufriendo lo mismo ysobrellevándolo algo mejor.

La otra criatura desafiaba cualquier descripción. Sucuerpo suave yrosado parecía carne humana sin defectos yconuna perfecciónsedosa. Kreed la imaginó como la expresiónde una forma de ninfa desnuda atrapada ydevuelta a través de unvelo de irrealidad hasta que suimpecabilidad hubo sido corrompida por el florecimiento de nuevos miembros, garras de crustáceos yuna cabeza monstruosa que parecía más bovina por sus cuernos que humanoide. La mirada rapaz que sentó sobre él hizo al guerrero sentirse de alguna manera sucio.

-Mira cómo muestra más valentía que tú, descendiente de Khorne -siseó el otro demonio. -No abandonó la batalla después de acertar unsolo golpe.

La criatura conalas de murciélago se desplazó como unrayo ygolpeó al demonio concara de cabra conel dorso de sumano congarras. -Cuestiona mi resoluciónde nuevo yte devolveré a Slaanesh empalado conuna viga de acero -Ka'Bandha pinchó a sucontrario enel pecho, haciéndole chillar de placer - dolor. –Te provocaré undolor que no será de tuagrado, Kyriss.

La otra criatura se levantó ydio una reverencia recatada. -Tus promesas me excitan, Devorador de Almas. Ojalá hubiéramos tenido tiempo para explorarlas juntos.

Ka'Bandha resopló condesdén. –Mensajero, ¿Has venido a ver el final del juego? Arriba, la guerra enórbita había llegado a unpunto muerto yaquí la marea de la batalla se vuelve sobre sí misma.

-Sanguinius se rio de tuoferta de hermandad -Kreed se atrevió a decir las palabras, lamentándolo al instante cuando Ka'Bandha avanzó furiosamente hacia él, captando el insulto implícito. El acólito se mantuvo firme. -El Señor de la Guerra estaba enlo cierto. El ángel es demasiado piadoso, demasiado cautivado por supadre - dios para considerar ir encontra de él. Sulealtad es más profunda de lo que tú jamás podrás imaginar.

Kyriss resopló. -Cualquier persona puede convertirse, si uno sabe dónde aplicar la presióncorrecta. Incluso unprimarca.

-El Ángel tiene que caer y nunca alzarse -entonó Ka'Bandha, repitiendo las palabras que Horus había dicho. *-Sin él, sus hijos abrazarán el camino escarlata* -el demonio se echó a reír, chocando
sus colmillos. –Ya he puesto eso enmovimiento. Sanguinius ha sido sacado del juego ysupreciosa legiónestá sinliderazgo yenfurecida. Pronto se entregarána sus instintos más bajos. El grito de la sangre por el biende la sangre resuena ensus oídos -las mandíbulas de la criatura se flexionaron mostrando unhambre perverso. -Sólo yo puedo entender la liberacióngloriosa de sused de sangre, y sólo Khorne puede compartirla conellos. Lo huelo enellos, mensajero. Están*tan cerca.*

Kreed imaginó ese momento, los Ángeles Sangrientos despojados de sunobleza arrogante y pomposa, la armadura de sualtivez ensuciada por una rabia animal e incontenible. Una degradación apropiada para los favorecidos del emperador, pensó.

-Ellos se quemaránenlos fuegos de supropia furia -gruñó Ka’Bandha, saboreando el pensamiento. -ysérá entonces cuando se arrodillarán, aunque sólo sea por probar más sangre.

-¡Haces que parezca tanfácil! –espetó Kyriss. -Pero no debería esperar menos. ¡Tuintelecto es tan brutal como sus tácticas, Devorador de Almas! -el demonio

desgarbado caminó alrededor de la boca del pozo consus piernas delgadas yesculpidas. -¡Soyyo el que ha preparado el camino para esto, el que comandó los susurros del éter yel desbloqueo de los horrores enSignus! -Kreed vio flexionarse sucuerpo enformas antinaturales. -Esta carne, que tomé como mi recipiente del sacerdote Davinite fue rehecha como rehíce la verdad, el terror yel miedo enestos mundos –las manos congarras resonaronairadamente al juntarse. -Mientras que tú estabas afilando tus cuchillas ybuscando cosas para matar, fueronlos emisarios de Slaaneshque abrieronel camino. ¡Fueronmis cultos los que surgieronaquí, no los tuyos, guerrero de Khorne! ¡Yo planté las semillas para las cábalas ycultistas sobre Ta -Loc, Kol yuna docena de otros puestos de avanzada! Dirigí sus psíquicos a la masacre. ¡Contesté a sus llamamientos! Kyriss estampó sus pies congarras enlos huesos por bajo ellos. -¡Recuerda eso!

La criatura se volvió hacia Kreed yseñaló conundedo largo ydelgado al Portador de la Palabra. -Ka'Bandha no es dueño del cúmulo Signus, efímero, no importa lo fuerte que pueda quebrar consu espada suarmadura. Y tampoco lo es tuseñor de la guerra mortal. *Soy yo.*

Todos los brazos de Kyriss se levantaron, como enactitud de súplica, hacia la luz sinbrillo enun orificio enel pináculo de la cubierta cónica. Los ojos de Kreed siguieronel gesto, obligado por las demandas silenciosas de movimiento del demonio.

-Enel nombre del libro -murmuró Harox, -¿qué es eso?

Kreed miró yvio el objeto que, hasta ahora, había sido incapaz de ver. Se había ocultado a suvisión, se dio cuenta, escondido detrás de algúntipo de aura de glamour por la presencia del demonio Kyriss.

Allí, suspendido por cuatro de los cabos de piel yde pelo grueso a través de mecanismos de polea de peso hechas de huesos de la cadera ydientes cortados de columnas vertebrales, una enorme estructura de latónsucio enfundado encristal empañado se balanceaba suavemente de unlado a otro. Iluminada por unresplandor maligno enel interior, una neblina carmesí lívida surgía de la misma igual a la que recubrió el hacha de Ka'Bandha dentro ensus confines, derramándose enbobinas de sibilante ruido. Ahora que podía verla, ahora que Kyriss la había revelado a él, el Portador de la Palabra sintió una oleada de emocióncaer de ella, atravesando

sucuerpo como partículas de radiación. La mezcla de potentes sentimientos le hizo vacilar, robándole el equilibrio por un momento antes de que pudiera recuperarse.

Kreed negó conla cabeza a medida que pasaba la sensación. Enuna fracciónde segundo que había sentido una poderosa mezcla de sensaciones, yel fantasma de ellos hizo eco ensucabeza como un estribillo inquietante de una melodía medio oída. Los timbales de profunda yarrolladora agonía; el carillónde tristeza ante el corazónperdido; las cuerdas estridentes de la desesperación; ylo más potente, casi ahogándole, el pesado yatronador sonido metálico de una furia pura ysindiluir.

-He aquí el *Ígneo* -escupió Kyriss, mirando de reojo al dispositivo de la hechicera. -La magia de los sentidos, capturados yacorralados. *Un arma de guerra.* ¿Lo sientes, efímero? Incluso una sola exposiciónamplifica la naturaleza más baja de los que se exponen-el demonio apuntó al enorme hacha de Ka'Bandha. -El golpe asestado contra los guerreros del Ángel estaba saturado por este poder. La fuerza destructiva de la matanza fue magnificada mil veces... suficiente como para atar a su primarca enunsueño sinfin, donde permanecerá hasta que los poderes de la oscuridad ya no le necesiten.

Ka'Bandha hizo una mueca. –Vil magia psíquica. Me enferma que deba estar ensuaura...

Las piezas encajaronenlos pensamientos de Kreed. -Sinsuseñor, los Ángeles Sangrientos descenderánmás ensupropia furia... Y si Sanguinius se eleva una vez que se haya despojado de toda falsa apariencia de dignidad…

-Romperá el espíritude los angelitos -dijo Kyriss, sonriendo conodio. Meros miró,

pero no vio.

Le pareció que estaba enlo que había sido uncorredor a bordo de la *Lágrima Roja*, unpasillo amplio de unbulevar enuna ciudad colmena. Una granfranja del casco exterior ya no estaba, desgarrado por la caída desde órbita de la barcaza de batalla yel catastrófico aterrizaje de emergencia; ahora el corredor se había convertido enuna galería abierta a los elementos. Arenas cáusticas ycenizas sopladas por los vientos aullantes de Signus Prime se acumulabanenel sotavento de las barras de apoyo. Dedos de luz de la estrella principal ysus compañeras dibujabanunelenco sombrío enel entorno.

Meros estaba yno estaba aquí. Se sentía como si una parte de él estuviese todavía enel campo de batalla, enraizada enel barro yel fuego, como si unfragmento de suespírituse hubiese posado allí mientras se hubiese despojado de esta nave de carne yhueso.

Cada vez que trataba de pensar de nuevo, tratado de moverse hacia delante, el horror de lo que había presenciado ocupaba de nuevo sus pensamientos yle torturaba al revivirlo.

El pensamiento era como una herida burda sincicatrizar. *El ángel cayó.* Recordaba el peso de la pistola bólter ysuespada-sierra. Pesada, pero no restrictiva, potente ylisto para matar. La mueca en sus labios cuando él miró hacia adelante para ver la luminosidad del primarca unirse a la batalla. Cassiel enla distancia, disparando ysacrificando las hordas enloquecidas de cultistas Signusi. El capitánNakir, conuna llamada a la guerra ensus labios, oída por encima de los burbujeantes gruñidos de los perros infernales ychirriantes gritos de las furias aladas.

Allí, delante de él, Sanguinius ylas púas del látigo del Devorador de Almas yluego golpes titánicos que agrietaronla tierra. Hubiera sido fácil distraerse, contemplar el glorioso duelo excluyendo todo lo demás.

Meros recordó partir el cráneo de undemonio conalas de murciélago, el olor maduro del icor que salpicando de la herida mortal. La lucha llevándole a unlugar donde sólo existíanatacante y defensor. Cuando miró de nuevo, moviendo la sangre contaminada de los dientes giratorios de la espada-sierra, vio al ángel de dar ungolpe letal al Devorador de Almas…

El ángel cayó.

Meros cerró los ojos. Quería estar equivocado. Quería no ver lo que había visto.

El látigo de púas de latón, golpeando a suseñor enunmomento de suprema traición. Sanguinius, con el rostro contraído por el dolor, estrellándose contra el suelo. Meros recordó perder todo sentido de la autoconservación, de duda, solo rompiendo a correr para ir enayuda de sumaestro.

Pero entonces llegó el fuego rojo, yel barrido cegador del hacha del señor demoniaco. El cataclismo que descendió a la masa de cientos de Ángeles Sangrientos, todos ellos al asalto conla misma intenciónque Meros.

Él estaba mirando al hermano Gravato cuando la monstruosa hacha de guerra conectó el golpe. Una bola de energía increíble, liberada de la nada, explotó arrasando las filas de guerreros.

El ángel cayó, y mis hermanos murieron.

Uninfierno de odio se desató tras el golpe yde repente cientos de legionarios se habían*ido*. Carne y hueso, adamantiumyceramita, borrados por unpoder incalculable. Cuerpos quemados hasta hacerlos cenizas, armaduras aplastadas a fragmentos ennegrecidos, legionarios que Meros conocía bien borrados de la faz de la galaxia enunsolo latido.

Y la mayor crueldad fue el instante encomúnde sus muertes. Meros las sintió todas a la vez, ensu sangre yhuesos, ungolpe que le estremeció a él ycualquier otro hijo de Sanguinius. Si el apotecario hubiera creído enalgo así, podría haber dicho que le abrió unagujero ensualma.

Cayó de rodillas, noqueado, para luego resumir la carrera. Todo lo que podía ver era al primarca, situado enuncráter poco profundo. Las alas del ángel se cerraronsobre él como una mortaja blanca, supiel pálida como la de uncadáver.

Los corazones de Meros parecieronsalirse del pecho. Sanguinius vivía, pero estaba perdido para ellos. El apotecario se acercó a tocar el rostro de suseñor yse sintió el aleteo de calor; enaquel momento el fragmento de miedo que le había perforado -pues fue esa emociónyno otra- se convirtió enfuego yla furia. Enlo profundo de supsique, Meros fue consciente de que algo rompía sus cadenas, arrancaba una puerta de barrotes de sus goznes. El shocktocó algo primario ymortal enél, ysupo sinduda que todos los guerreros que compartíansulinaje estabanexperimentando lo mismo.

-¡Vuelve! –unos brazos fuertes le empujaronycayó contra el barro. Las armaduras doradas de la Guardia Sanguinaria lo rodearon, agrupándose alrededor de suseñor. Azkaellonparecía herido, con los ojos desorbitados. -¡Proteged al Primarca!

Meros se recompuso, vislumbrando a Raldorona la carrera, la servoarmadura del primer capitán manchada de vitae corrupta. El asombro inundaba surostro. -Debemos retirarnos a la nave insignia -gritó Raldoron, -¡Reagrupaos!

El boticario se tambaleó hacia sucomandante caído, obligándose a apartar toda idea de lo que había pasado, concentrándose enel momento. -Yo le ayudaré -empezó. Era sucometido. Era para lo que estaba entrenado.

El ángel cayó. Yyo también caí.

El zumbido de una baliza de teleportaciónsonó cerca de sus oídos, pero Meros no prestó atencióna la misma. Cogió al primarca una vez más cuando unrayo esmeralda les envolvió.

Y ahora él miró, yvio.

Enla enfermería, una docena de apotecarios rodearonla figura enestado de coma de Sanguinius, tratándole contodos los métodos que recordaronsolo para no ver resultados yfracasos. Habían estado observándole desde el principio, incluso cuando sucuerpo todavía temblaba por el trauma de rematerializaciónpor efecto de la granesfera de teletransportación, repitiendo lo que había visto para incredulidad de los guerreros que se habíanquedado para defender la *Lágrima Roja.*

Encierto modo, todos ellos habíanconocido al momento enque ocurrió. No sólo aquellos enel campo de batalla sino tambiénenla nave insignia estrellada ysinduda aquellos enórbita, entre los infinitos destellos de fuego láser que enmarcabanel continuo combate espacial.

Meros se inclinó hacia delante yse aferró a uncarril de guía rota para apoyarse, como si la cubierta bajo él se balancease como la de ungaleónenuna tormenta.

Cuando el aire se amortiguó a sualrededor, sabía que había llegado.

-¿Le mataron? -preguntó la mujer, conunsollozo atrapado ensugarganta. Negó

conla cabeza. -No deberías estar aquí, Tillyan.

-¿Cómo pudieronmatarlo? -insistió Niobe, exigiendo una respuesta como unniño necesitado.

-El Ángel *no ha muerto* –dijo Meros entre dientes las palabras pues aúntenía los dientes apretados. -Pero él ha... *caído.* Enunsueño inmortal. El shock... -vaciló, incapaz de formular sus pensamientos. -No sé cómo.

Pero eso no era del todo cierto. *Sospechaba.*

Al principio, cuando la noticia llegó a él de los suicidios ycrisis nerviosas entre la tripulación-siervos yrememoradores de la flota, Meros había considerado la posibilidad el vector de una enfermedad como la causa raíz. Unvirus de la mente, algo que dejaba a los astartes intactos, pero infectabana la poblaciónhumana común. Ahora se preguntaba si la causa fue de naturaleza no-corpórea. No era ningúnsecreto que las energías del espacio disforme podríanarruinar a unhombre expuesto a ellas, como el resplandor de unsol quemaría los ojos o la radiacióncontaminaría la carne sinprotección. El hedor de la disformidad estaba enestas monstruosidades, estos *demonios*. Si podíandañar ymachar el mundo de la materia como Meros había visto hacer, entonces estaría ensu poder lanzar unmaligna influencia sobre las mentes que no estuvieranpreparadas para resistirlos.

Recordó al pobre Halerdyce Gerwyn, aterrorizado por la visióndel immaterium, conmiedo a dormir por temor a lo que vería ensus sueños yfinalmente conducido a buscar el suicidio ensubúsqueda de paz mediante la mente. La accióndel implante conocido como nodo catalepsiano enMeros le había permitido estar despierto sinrecurrir al sueño o la estasis desde antes de que la flotilla hubiera llegado al cúmulo Signus. *Si abrazo el sueño ahora,* se preguntaba, *¿qué vería?*

Y una pregunta mucho mayor pregunta se cernía tras esta. *¿Qué pasaría si las Legiones Astartes* no *fueran inmunes a tales poderes?*

-Está atrapado –estaba diciendo Niobe. -Y sinSanguinius, todos moriremos aquí.

Las palabras de la mujer encendieronunrepentino e imponente enojo enel pecho de Meros yla encaró consuficiente velocidad como para hacerla llorar de miedo. -¡Cállate! -rugió, sucólera convirtiéndose enrabia salida de la nada. –¡Sal de este lugar, vete a unnivel inferior ypermanecer allí! ¡Ahora! *¡Ahora!* -enese momento, lo único que quería hacer era aplastarla a unlado, aplastar a sufrágil carne yhacerla pulpa contra los mamparos rotos.

Niobe huyó, yla furia creciente enMeros menguó conella, disipándose tanrápido como llegó. Hizo una mueca ytomó unlargo suspiro, profundo para calmarse.

No lo consiguió.

La batalla estaba cayendo enuna espiral hacia la locura.

El hermano sargento Cassiel se dejó caer enla cobertura que ofreció unspeeder estrellado; había sido derribado enel cielo por unhorror híbrido que fusionaba las características de una avispa gigante yuna batería de cimitarras. La tripulaciónmurió enel impacto, pero la escuadra de Cassiel había vengado sumuerte confuego de plasma yuna cascada de granadas de fragmentación. Si de algo estabanseguros era que la presencia de los llamados por si demonios podíanmorir si se les vertía suficiente potencia de fuego enellos. Este triste yúnico hecho era todo a lo que el veterano pudo agarrarse. Todo lo demás se desmoronó a sualrededor, derrumbándose como arena mojada.

El estruendo de los cañones ciegos yel choque de las garras ycuchillas le vinieronde todas partes. La cohesiónde la unidad se había ido. Las comunicaciones entre escuadras eranundesastre de canales superpuestos yprotocolos rotos, ysólo cuando la red voxpodría funcionar. Enla última hora, Cassiel había recibido una docena de órdenes contradictorias, algunas provenientes de las mismas voces a los pocos minutos de darlas. Sucomandante de compañía, el capitánFurio, había ordenado unavance yunretroceso, enambas ocasiones perdiendo frases enclave vitales para autenticar sus directivas. O era unengaño o una falta de voluntad. Cualquiera de estas opciones era impensable.

El espeso humo negro ycarmesí que corría envolvió la zona de batalla, reduciendo la visibilidad a casi nula ysinembargo enmomentos aleatorios las nubes se partieroncomo si fueranparte de un espectáculo enescena, aunque sólo fuese para mostrar a los legionarios las torres del grantemplo de los huesos elevarse majestuosas enla distancia. La brújula magnética inercial enel casco de Cassiel cambió constantemente, por lo que le fue difícil de encontrar una referencia. Para sufrustración, lo había apagado yse puso enlas manos de Kaide, el tecnomarine, exigiendo sureparación. Kaide insistió enque el timónestaba funcionando perfectamente.

Leyteo se atrevió a mirar por encima de sucobertura ydisparó untrío de proyectiles a unperro-
bestia negro que venía hacia ellos ladrando ygruñendo. Murió enuncésped de tripas yCassiel juró que podía ver una niebla de refrigeraciónsalir ydisiparse de sucuerpo.

El sargento se apoyó enel speeder inutilizado, presionando sumochila pesada

contra el metal humeante. Comprobó sumuniciónyfrunció el ceño. Era suficiente por ahora, pero no tenía ni idea de cuánto tiempo pasaría antes de poder reabastecerse. Cassiel consideró recoger unarma tirada por uno de los fanáticos usados como carne de cañón, pero el arma estaba diseñada para las manos de hombres, ysería uncomo unjuguete para unlegionario; eso, yel hecho de que el agarre estaba revestido conuna especie de limo perfumado que parecía emanar de la propia arma. Miró a la docena de otros ángeles sangrientos que teníansus lugares alrededor de los restos del speeder. Todos estabanhoscos yretraídos, sinofrecer nada.

Unrepiqueteo frío yconstante de temor se estaba abriendo camino a través de los pensamientos de Cassiel, yno podía frenarlo. Había visto la grancriatura alada, el Devorador de Almas, volar ocultando los rostros de los soles al pasar por encima de ellos, de vuelta hacia la catedral de huesos. La sombra que proyectó no fue sólo la ausencia de luz, sino uneclipse de los sentidos yla razón. En el momento que cayó bajo suoscuridad, el veterano nunca se sintió tansolo, tanaislado de su hermanos de batalla. Para unlegionario era una pequeña muerte acompañada de unhorror singular.

Y bajo susemblante, el eco del *shock* no se había desvanecido. Cassiel no había hablado de ello a Kaide o Leyteo, al principio porque estabanhasta las rodillas de asesinos, pero más tarde porque no tenía palabras para expresarlo. El sargento no tuvo que preguntar si lo habíansentido también; una mirada ensus ojos yvio el espejo de supropia mirada hueca. Una enorme tormenta siniestra ardió brevemente enla distancia, enel corazónde la lucha, yCassiel había oído gritos de muerte enel canto de la sangre ensus oídos. No sabía lo que significaba.

Unos pasos llevarona todos a empuñar las armas cuando unjovenenfundado enuna armadura de explorador escalonada surgió de la niebla ypenetró enmedio del grupo. Suarma estaba atascada con sangre yvísceras donde se había utilizado como ungarrote yportaba profundos cortes de garra ensu rostro yel cuello, heridas que no parecíancoagularse. El explorador llevaba el sello de la 72 ª compañía, apenas visible por los impactos sobre la placa del pecho.

-Hola, hermano- dijo Leyteo. -¿Dónde está tuescuadra?

El explorador ignoró la pregunta. -Está muerto -dijo el joven. -Eso lo mató. Lo vi.

-¿Quién? -preguntó Kaide, pues la garganta de Cassiel quedó atenazada. Instintivamente supo lo que el jovenquiso decir.

-No -replicó el sargento. La sombra estaba cayendo sobre él de nuevo. -¡No! ¡El Ángel sigue vivo! ¡Él no puede morir! -Cassiel agarró al explorador por la gorguera ylo desequilibró. -¡Te equivocas! -gritó. -¡Dilo!

-No -fue la respuesta. El explorador no ofreció resistencia yeso hizo que la furia de Cassiel tomase mayor temperatura. Enese momento sintió que suautocontrol se desvanecía yparó supuño para golpear al jovenconungolpe que aplastaría sucráneo. –No –repitió este.

-¡Deténtumano! -la ordenfue ungrito áspero, yuna figura de negro se acercó a través de la niebla, blandiendo la vara chispeante de uncrozius. Los legionarios retrocedieronmientras se acercó, ycon el ceño fruncido el casco del guardiánAnnellus avaluó a todos conintenciónsombría. Cassiel soltó al explorador, pero sus puños seguíanpresos por el odio no utilizado.

-Aguantad, hermanos -insistió Annellus, mirando a sualrededor. -Nuestro señor vive. Sé que es un hecho.

-¿Cómo puedes saberlo? –exigió Kaide. -La red voxestá contaminada por las señales enemigas y subterfugios. No ha habido ninguna palabra…

-¡Lo sé *aquí*! -el guardiándio unpuñetazo ensupecho. -Todos vosotros sentisteis la... -hizo una pausa, luchando por encontrar la palabra -...*oscuridad*, ¿no? E incluso ahora, el eco de la misma se aferra ennuestras mentes.

Cassiel asintió. No podía negarlo. Había una amenaza ahí fuera, trabajando contra todos ellos. Silenciosa e invisible, avivando surabia concada momento que pasa.

-Tenemos que salir de este lugar -murmuró el explorador.

-No -dijo Annellus, quitándose el casco para poder mirarle a los ojos. -No haylugar al que podamos ir donde esto no nos toque. Si vacilamos yperdemos la concentración, el enemigo lo usará contra nosotros -sus ojos brillaron. -Así que compadecedle de suerror, mis hermanos. Conquistaronlos mundos de hombres cobardes debilitados por el subterfugio. Ellos no entiendenque ahora se enfrentana la IX Legión-el guardiánlevantó el crozius. -¿Tratande enfurecernos? Lo hanhecho. ¡Pero seránestos monstruos los que paguenel precio por atreverse a desencadenar

nuestro odio!

Unrugido de aprobaciónbrotó de los labios de Cassiel correspondido por todos los legionarios a su lado.

Sirvió para enmascarar las dudas, al menos, por el momento.

El viento gemía a través de los cristales blindados destrozados de los portales de la cubierta de mando, llevando consigo el sonido agudo de los disparos yotros sonidos menos identificables de la batalla distante. El capitánRaldoronmantuvo el vox-augur ensuoído, escuchando al dispositivo escanear todo el espectro de los canales de comunicaciones tácticas, tratando de encontrar alguno claro para fijarlo. Cada señal era lo mismo: unbaño de burbujas de estática que enunprincipio parecía al azar, pero después de unescrutinio se convirtió enunpatróncomo de una risa burlona o himnos atonales.

La paciencia de Raldoronse quebró yél se giró, lanzando el dispositivo a través del puente contal fuerza que estalló enfragmentos contra el mamparo del fondo. Los sirvientes mudos que trabajanen reparaciones provisionales enlas consolas de mando hicieroncaso omiso al momento de furia inesperada del capitán, pero no había duda de la sentencia dictada enlos ojos de Azkaellon, que había elegido ese momento para entrar enla cámara.

El primer capitánmiró al comandante de la guardia, atreviéndose a hacer comentarios, pero Azkaellonsólo parecía cansado. La expresiónparecía fuera de lugar enel rostro agresivo del guerrero, yle dijo a Raldorontodo lo que necesitaba saber sobre el estado actual del primarca.

-La Legiónestá desorganizada -dijo después de unmomento. -La batalla enórbita se desenvuelve poco mejor que el combate cuerpo a cuerpo enlas llanuras. Las señales sonerráticas yconfusas. No tenemos contacto alguno concompañías enteras o bienignoranórdenes directas para romper el contacto yretirarse.

-No puedo culparles -dijo envoz baja Azkaellon.

Los ojos de Raldoronse estrecharon. -Esto no es lo que somos. Hayinformes de legionarios matando todo a supaso, luchando sinprestar atenciónuorden. ¡Está mal! ¡Los Ángeles Sangrientos no sonlos perros de Russ o los salvajes asesinos de Angron!

-No -dijo la guardia sanguinaria, recuperando sutono duro. -Somos peores que ellos, porque lo escondemos debajo de nuestra noble apariencia. Mantenemos nuestra furia encadenada. No es de extrañar entonces que se arda más brillante cuando finalmente le damos libertad.

El capitánse dirigió airadamente a través de la cubierta de mando, negando conla cabeza. -¿Tú les perdonas? -señaló conel dedo hacia las ventanas rotas ymás allá a la tierra baldía. –¿El enemigo nos hiere ypor eso perdemos el control enuninstante? ¡Yo digo que no! -se acercó a Azkaellon, elevando sus palabras a gritos, apretando sus puños. -¿Es eso el camino del Ángel, hermano? ¿Es eso lo que quiere de sus hijos?

-Mírate a ti mismo -le espetó. -Todos sentimos la ira, cada hijo la siente sindudarlo.

La creciente ira de Raldoronle robó de las palabras yse dio la vuelta conungruñido sibilante. El capitángolpeó supuño blindado enla otra palma, moliendo ceramita contra ceramita.

Azkaellonle clavó sufría mirada de acero. -Debemos decidir ahora cómo vamos a proceder tú yyo; conel Señor Sanguinius abatido yel consejo de los ángeles dispersos, corresponde a nosotros tomar el mando conjunto de la legión.

El primer capitánse detuvo enseco por la declaracióndel comandante de la Guardia. Tenía razón, por supuesto. Pero todavía se sentía como deslealtad decirlo envoz alta. -Muybien-dijo, mordiendo la respuesta.

-El primarca es la Legiónyesta es el primarca -dijo Azkaellon, repitiendo las palabras que fueron grabadas conláser enalto gótico sobre el anillo del cuello de suservoarmadura dorada. -Suvida debe preservarse sobre todo lo demás. Debemos llevarlo fuera de la influencia maligna de este lugar asqueroso, abrirnos camino ysalir del cúmulo Signus.

-¿Quieres *huir*? -Raldoronno pudo evitar una mueca acompañando sus palabras. –Esta nave no puede levantarse. Los tecnomarines enlas salas de motores hanlogrado poco más que tranquilizar el núcleo del reactor. ¿Dejaríamos atrás la nave insignia para que el enemigo la saquee?

-Evacuaremos al primarca a otro buque –continuó Azkaellon. -Desataremos el núcleo. La muerte de la *Lágrima Roja* no se impidió, sólo se pospuso.

-¿Y qué pasa conlos legionarios dejados atrás? –gruñó Raldoron. -¡No hayninguna embarcación auxiliar para llevarlos a todos, incluso si pudiéramos retirarlos hasta aquí! -empujó a comandante de la Guardia enel pecho. -¡Bastardo insensible! ¿Sacrificarías a los nuestros?

Azkaellonrespondió a suenojo confrío desafío. -Haymucho que me gustaría hacer por la vida de Sanguinius. ¡Me parece que tú o yo, o cualquier hermano que porte el carmesí es prescindible si eso significa que el ángel vive! ¡Y te desafío a que encuentres unguerrero entre la legiónque no se cortaría voluntariamente sugarganta para salvarlo!

-¡No voya permitirlo! -sinpensarlo conscientemente, la mano del primer capitánbajó a la empuñadura de bronce de la espada de energía ensucadera.

-Esa elecciónnunca ha pertenecido a cualquiera de nosotros.

Raldoronnegó conla cabeza, sintiendo crecer la ira de nuevo. -El ángel nos dio sus órdenes. Tenemos el deber de cumplirlas o morir enel intento. ¡Signus debenser purgada! ¡Se hará su voluntad! -suespada cantó cuando fue desenvainada ypor reflejo Azkaellondesenvainó desde su espalda sualabarda encarnada.

Los dos guerreros se congelaron, sufuria cruda esforzándose por la liberarse, bailando sus hojas mientras ibana la deriva hacia la liberaciónmortal.

Raldoronexperimentó undestello de negro terror abismal yaflojó sumano, dejando que la espada cayera de nuevo a sulugar. Azkaellonhizo lo mismo concautela yse quedaronmirando el uno al otro, tambaleándose lentamente ensuira.

Finalmente, el comandante de la guardia habló. -Cualquiera que fuese la brujería que ocurrió allí, cualquiera que fuese el poder arcano empleado, nos ha tocado a todos nosotros, próximos al fenómeno o no. Unfuego se ha encendido, Raldoron. Puede consumirnos.

-¿Cómo? -se preguntó. -¿Cómo podríansaberlo?

Ninguno de los dos tuvo que mencionar *el fallo*; ambos habíanestado allí enel día hace mucho tiempo que Sanguinius los había convocado a unconsejo secreto, donde se había puesto de manifiesto el dolor que le obsesionaba. La potencialidad oscura de la sed roja enterrado entodos y cada uno de ellos, ahora arrastrada a la superficie por... ¿qué? *¿Magia y brujería?*

-Si no podemos escapar de este lugar, sucumbiremos -Azkaellonfrunció el ceño. -Míranos, hermano. La furia nos está devorando desde dentro. Es sólo una cuestiónde tiempo antes de que nos convirtamos ennada mejor que los berserkers que hemos liquidado enla batalla. Caeremos enla compañía de la muerte.

Raldoroncerró los ojos yvio suarmadura pintada continta de color negro.

Cuando los abrió de nuevo, una tercera figura estaba de pie enla escotilla rota, vestido conropas pesadas.

Antes de que ninguno de ellos pudiera hablar, levantó la mano yse echó atrás la capucha sobre la cabeza. -Primer capitán. Comandante de la Guardia. Me gustaría hablar convosotros.

-Tú eres Kano. El una vez psíquico -Azkaellonle dirigió una mirada profunda. -¿Cuánto tiempo has estado escuchando nuestras palabras?

-Lo suficiente.

-¿Qué quieres? -le espetó Raldoron, la desconfianza evidente ensus ojos. -Este no es momento para distracciones.

-Algunos de mis hermanos se hanreunido -dijo Kano. Vio a los dos guerreros compartir una mirada
de comprensióninmediata lo que significaba esa palabra mejor que sus compañeros de ángeles sangrientos. -Algunos desde las líneas entierra, otros desde la órbita.

Azkaellonlo miró. -¿Tú los llamaste?

Kano negó conla cabeza. -Vinimos porque sabíamos que seríamos necesarios. -

Demasiado tarde -dijo Raldoronamargamente.

-No -dijo Kano. -Todavía no -miró a unguerrero yluego al otro. -Azkaellondice la verdad. Una sombra cae sobre todos los legionarios que compartenuncorazónángel sangriento yesa oscuridad tiene una fuente. La he visto.

-¿Mediante visiónhechicera? -el capitánlo desafió a contestar.

-¿Qué importa, señor? -antes de que Raldoronpudiera responder, él siguió adelante. Kano dejó a un lado todas las dudas ensumente, concentrarse enlo que sabía que era verdad, lo que él creía que era lo correcto. Nada más importaba

ahora. Kano lo sabía confría claridad. Si existía tal cosa como el destino, entonces encendería las siguientes palabras que pronunció. -El templo de los huesos contiene el corazóndel poder del demonio eneste mundo. Si no se puede encontrar, puede ser destruido. La Legiónse liberará de supropia furia.

El primer capitánmiró hacia el portal ovalada enruinas. -Uncampo de batalla de locura está entre nosotros yese objetivo. Unejército de monstruos del alma de todas las pesadillas ynuestros hermanos atrapados enella.

-Sería unpaseo por el infierno, sí -dijo Kano.

Azkaellonlo miró confrialdad. -¿Y qué del Ángel? ¿Qué has *visto* enél?

-Puedo revivirlo -Kano habló envoz alta por primera vez, ysupo ensucorazónque no era una esperanza vana, fanfarronería. -Le podemos revivir.

-Los psíquicos... -Raldoronera adusto. -Si Sanguinius fue derribado por el poder de la disformidad, por el mismo se podría despertarlo.

Kano asintió conla cabeza, consciente de la puerta que estaba a punto de abrir no sólo para sí mismo, sino ante toda sulegión. -Estos demonios sonla semilla del immaterium, ysólo por conese mismo poder podremos romper suinfluencia.

-Eso no es todo lo que se ha roto –subrayó Azkaellon. -¿Y el edicto de Nikaea? ¿El mandato del Emperador de la Humanidad? ¿Vamos a ir encontra de él yel consejo de Terra? ¡Nos hará traidores!

Raldorondirigió una mirada solemne a sucamarada. -Entonces, que así sea.

DIECISEIS

Psíquicos

Fantasma

Rojo Hilos

-Esto será peligroso. Algunos de nosotros morirán-dijo Ecanus. Se pasó una mano por el cuero cabelludo al descubierto. Supiel parecía pálida a la luz sombría de la cámara medicae.

-Y aunasí hemos venido –el hermano Deonestaba detrás de él, manteniéndose enlas sombras. El rostro de Deonsiempre estaba oculto enla penumbra de la capilla, haciendo sólo visible para el resto una pequeña astilla de sutez rojiza.

Kano le encontró asintiendo. -Ninguno de nosotros somos ignorantes del precio exacto que se cobrará -miró a los otros siete guerreros a sualrededor que estabanenungrupo informal, algunos en suservoarmaduras, otros conropas de servicio. Todos ellos compartíanunsolo rasgo: una mirada en sus ojos que revelabanuna verdad más profunda.

Todos vimos el ángel rojo, el ángel del dolor, pensó Kano*. Ytodos tememos lo que significa.*

Sólo había una cara desaparecida ysuausencia le molestaba. El sacerdote rúnico Stiel no se encontraba por ninguna parte. Kano era consciente de que el capitánRedknife ysus Lobos Espaciales habíanido a reunirse conel avance hacia la Catedral de la Marca, pero eso había sido antes de la conmociónde la caída del primarca. Tenía la esperanza de que suprimo de la VI legiónpudiera estar conellos eneste acto, pero Kano no tenía ni idea de si el adusto fenrisiano seguía vivo.

-Estamos perdiendo el tiempo -dijo una voz áspera yurgente. Novenus, el mayor de ellos, permanecía conla cabeza gacha yel pelo largo del color del acero enunlío despeinado sobre los hombros acorazados. La servoarmadura del viejo guerrero estaba polvorienta ysalpicada de
manchas de sangre que aúnno se habíansecado. Había caminado desde las líneas conunbólter descargado enla mano, dejando atrás a sus hermanos de la 57ª compañía para responder a la llamada silenciosa.

Ante él estaba Sanguinius.

La poderosa figura del primarca, aúnblindado, estaba tendida enuna posicióncruciforme bajo una pila de matrices auspexe iluminadores. Sus alas, extendidas bajo él, dabanla impresiónde que lo sostenía ungranmontónde nieve, pero el blanco impecable estaba marcado concicatrices negras de daño por fuego ylos curdos rubíes de sangre derramada.

Sureposo no era la solemnidad tranquila de los muertos, sino unsueño oscuro atormentado por las agonías que sólo el Ángel podía padecer. El aspecto galante de

Sanguinius mostraba detalles sutiles que hablabande unprofundo dolor. Surostro era el de unsoñador atrapado por las pesadillas.

El hermano Salvator, unlegionario delgado yvigilante de la 269 ª compañía se quedó mirando a su señor. Las tres largas cicatrices que ibandesde la mandíbula a susienseguíanlívidas. –Lo veo con mis propios ojos ytodavía no puedo creérmelo -algunos de los otros guerreros asintieron. -¿Cómo pudo pasar esto, Kano? ¡El ángel no puede caer! ¡Es untitán, conla fuerza de hacer caso omiso de los golpes de cualquier enemigo!

Fue Ecanus quienrespondió. -HoySanguinius no sufrió una herida ensucarne. Él sufre las heridas en la *nuestra* -se volvió hacia Salvator. -Hermano, nuestro primarca es el alma de los Ángeles Sangrientos. Siempre ha sido así. Seguimos la estela de sugloria. Pero ese camino va enambos sentidos. Siente nuestro dolor, como sólo unpadre podía -apartó la mirada. -Y este es el resultado.

-La criatura, Ka'Bandha... -empezó a Kano. -El golpe que recibió no fue algo de este mundo. Había unpoder unido al mismo, una mancha de la disformidad.

Novenus asintió. -Sí, vi el no-fulgor de ese fuego siniestro enel cielo.

-Quinientos hermanos de batalla muertos, enel tiempo que le tomó hacer pivotar unhacha -Kano dejó sentir el mazazo –El capitánNakir yla suma de 24ª muertos más elementos de otras conellos. Al menos legionarios de una docena de compañías. Todos asesinados porque se atrevierona acudir en ayuda de suseñor.

-Una compañía entera, barrida. No fue una casualidad -añadió Ecanus. Asintió conla cabeza hacia el Ángel. -Este fue unacto calculado para sacarlo del tablero de juego ydesorganizarnos -negó conla cabeza. -La tormenta de ira que hace estragos allí fuera no hubiera ganado tanto poder tan rápidamente si Sanguinius estuviese connosotros.

-Entonces debemos despertarlo. Traerlo de nuevo a nosotros -dijo Deon.

Kano asintió yllamó a sus hermanos a seguirle. Uno por uno, tomaronposiciones enunanillo alrededor del primarca, tomando unmomento para prepararse. Sería difícil al principio, sinlas capuchas psíquicas para regular ycanalizar sus habilidades sobrenaturales; la reuniónde antiguos bibliotecarios tendría que recurrir a la plenitud de sufuerza de voluntad para trabajar juntos eneste meta-concierto.

-Abriremos el camino juntos, pero sólo uno puede hacer este viaje -dijo Novenus.

-Yo iré –les dijo Kano. Concuidado, se acercó ypuso sumano sobre la placa de pecho de la armadura del Ángel. -Yo le traerá de vuelta.

-¿Y así lo hacemos? -exigió Salvator, conlos ojos muyabiertos. -¿Rompemos unjuramento yningún hermano aquí lo cuestiona?

Kano le lanzó una mirada. -¿Qué se puede decir, hermano? Cada uno de nosotros sabe muybienla importancia de lo que estamos a punto de hacer. No haylugar para la duda. -Hizo una pausa. *-Fraternitas. Legio. Pater. Imperator.* Ese es el finde nuestra lealtad, ysiempre será así. Si vivo más allá de este día, conmucho gusto me enfrentaré al juicio del Emperador sobre lo que haré ahora.

Una novena figura entró enla cámara, de pie enel umbral bloqueando cualquier intento de salir. -Todos nos enfrentaremos a ello –la armadura dorada de Azkaellonbrillaba mientras portaba la hoja desnuda de sualabarda encarnada ensupuño de hierro. La punta de la espada resonó contra la cubierta. –Lo haréis -dijo el comandante de la guardia, -yos veré. Sabed que a cualquier señal de acciones adversas... de *brujería*... haré rodar vuestras cabezas.

Kano cerró los ojos. -Comencemos -dijo.

Meros miró por encima del hombro al capitánRaldoronmientras se abríancamino por el pasillo torcido. -Ella no está de acuerdo -le dijo. -No es unsoldado. Cultiva plantas.

-Todos estamos enguerra ahora -fue la respuesta. -Le has salvado la vida enel mundo agrícola. Confía enti. Convéncela.

-Me temo que esa moneda se ha gastado -admitió. -La última vez que hablamos, la aterroricé.

Las fuertes pisadas de servoarmadura hicieroneco de las paredes dañadas de la Lágrima Roja, ylas placas de cubierta se combaronalarmantemente. Los niveles más bajos de la masiva barcaza de batalla eranunlaberinto de escombros compactados yruinas. Muypocos compartimentos seguían intactos yconenergía.

-Entonces aterrorízala para que obedezca -respondió Raldoron. -Créeme, si pudiera drogar a esta civil hasta la docilidad yllevarla enuncajónde armas, lo haría.

-No funciona de esa manera -dijo Meros casi para sí mismo. Habíanllegado al santuario ylos dos de los Ángeles Sangrientos se inclinaronpara atravesar el arco caído de la escotilla de carga. El único hermano de batalla permanentemente centinela arrojó unmovimiento de cabeza, pero no dijo nada.

El espacio más allá había sido unlargo yancho del tanque de agua cuando la *Lágrima Roja* estaba en funcionamiento, pero ahora era unatrio de paredes curvas ydeflectores suspendidos, siendo los únicos indicadores de suanterior contenido las manchas de moho enlas paredes.

Los seres humanos atestabandel compartimiento. Muchos de ellos resultaronheridos, casi todos ellos erantripulantes-siervos contratados o funcionarios enfundados entrajes grises ylos uniformes carmesí brillantes de los auxiliares de la legión. Unpuñado se destacó como flores tropicales secas enmedio de pastos resecos, eranlo que quedaba del contingente rememorador de la flota. Meros les miró; enla confusiónse había olvidado de los artistas ylos escribas, ysintió una punzada de simpatía mientras sus rostros petrificados se volvieronhacia él. Se compadeció de ellos. No tenían ninguna comprensióndel mundo al que habíansido arrojados.

Los rememoradores le evitaroncuando se acercó. La mirada de Meros pasó a través de los hombres ylas mujeres que se encontrabanbajo mantos ásperos o acurrucados engrupos buscando seguridad. Y enuno de ellos encontró a Halerdyce Gerwyn, conel rostro pálido ysufiliforme respiración, mirando por encima de la mampara. Meros se abrió paso a hablar conél, pero luego se lo pensó mejor. Había poco que pudiera hacer por el consecuencialista.

-¿Qué es eso? -se volvió para ver a Raldorondirigirse a ungrupo de personas que se sentaronenun círculo alrededor de una vaina de calefacción. Uno de ellos, de nombre Dortmund, tenía unpequeño libro enla mano, algo crudamente impreso entinta roja sobre papel traslúcido.

Dortmund lo había estado leyendo envoz alta cuando entraron, yahora lo protegía el tomo contra su pecho como si temiese por él. -Es una colecciónde cuentos –dijo enunhilo de voz propio de la juventud. -Palabras de valor yfe. Conel propósito de inspirar entiempos de dificultad.

Los labios de Raldoronse adelgazaron. -Eso no será suficiente -dijo, ysiguió sucamino.

Los seres humanos no podíanocultar sumiedo, pese a que algunos de ellos lo trataron. Meros literalmente podría olerlo enellos, analizando consus sentidos mejorados escoger las sustancia químicas provocada por el miedo ensus olores corporales. Trató de imaginar el momento desde su punto de vista, pero era difícil de enmarcar supensamiento de forma tanlimitada. Meros tenía la ventaja de estar establecido para sucometido enla batalla, sindetenerse a meditar sobre los significados mayores que los eventos pudierantener. Enunnivel más profundo, era consciente de que las circunstancias de la misiónenel cúmulo Signus tendríanconsecuencias de largo alcance no sólo para la flota o la Legión, sino para el Imperio ensutotalidad. Si se daba el tiempo, dejaba que estas preguntas subiesena la palestra, entonces tal vez él tambiénsabría algo del temor que estas personas estabanexperimentando.

Pero no podía detenerse enpensamientos de sedición, de hermanos dando la espalda a hermanos. Tenía que luchar enla batalla ante sí. Y luego la siguiente. Y la siguiente.

Encontrarona Niobe conalgunos de los otros sobrevivientes de la *Daga Feroz*. Se estremeció cuando vio a los ángeles sangrientos yse echó hacia atrás.

Meros levantó la mano. -Tillyan. Lo siento. Antes, enel pasillo... olvidé mi autocontrol.

Ella asintió concautela. -Está bien. Te entiendo –a Meros eso le pareció una verdad. -No podías saberlo. Todo esto era nuevo para ti.

-¿No viste lo que pasó cuando llegaronlos demonios? -declaró Zhomas contristeza. -Nosotros tambiénpensamos que podíamos luchar. Enunprimer momento…

Meros vio la mueca perpetua del llamado Hengist cuando él se les acercó concautela. -No es una sorpresa -escupió el criminal. -¡Incluso las grandes Legiones Astartes no puedenimponerse ante estos engendro del infierno!

-Eso está por verse -dijo Raldoronpara hacerlo callar.

La frente de Meros se arrugó. No estaba acostumbrado a tratar conla poblacióncivil, conlos rangos normales de la humanidad. Teníancódigos sociales

yformas de conducta que él no entendía yeste era unmomento de suma importación. Suspiró. -Niobe, turegalo...

Suexpresiónse alteró enuninstante, convirtiéndose enexpectante. -No sé lo que quieres decir.

-Lo sabes -le corrigió. -No importa la forma enque fueroncapaces de ocultarte a ti misma de la nave negra por tanto tiempo, no es importante ahora.

Zhomas captó las palabras *nave negra* yretrocedió físicamente del equipo de Niobe. -¿Tú... tú eres unpsíquico?

-¡Lo sabía! -Hengist lanzó ungrito. -Sabía que había algo malo enella. ¿No os lo dije? *¿No lo dije?* Raldoronapuntó conel dedo al hombre ydespués de eso nadie más se atrevió a dar una opinión.

-No soyuna psíquica -dijo Niobe, envoz baja. -No sé lo que significa la palabra *paria*.

-Significa que te necesitamos –le dijo Meros. -Tienes una rara habilidad. Así el cómo sobrevivisteis, cómo os las arreglasteis para escapar. Cómo fue posible que la súcubo no nos viera.

-No -sacudió la cabeza.

-Perderemos esta guerra -dijo Meros envoz alta yoyó una oleada de pánico extenderse por la cámara. La cruda verdad se sentía extrañamente liberadora. -A menos que podamos matar lo que la empezó. Tú nos ayudará a hacer eso -vaciló. –No te estoyofreciendo una opción, Tillyan. Ninguno de nosotros la tiene.

Parecía que había pasado una época antes de que ella hiciese ungesto tembloroso. -Iré, si me mantiene a salvo.

-Lo intentaré -él le tendió la mano yella la alcanzó. Sus delgados dedos eranapenas suficiente para envolverle alrededor de supalma.

Meros compartió conRaldoronuna mirada mientras se movíanal otro lado de la cámara ensilencio conla mujer a sulado. Los otros supervivientes mirarona Niobe conexpresiones de sorpresa, miedo yrepugnancia; se preguntó si entendíanque al

llevársela le habíanquitado lo único que los protegía de la depredaciónde los demonios. Todo mortal enel santuario sería presa de la locura ahora.

-Por aquí -dijo, tomando la delantera conNiobe. Raldoronpermaneció unmomento atrás, hablando envoz baja conel legionario de guardia.

HelikRedknife no era ajeno a la bestia salvaje que acechaba enlas almas de los hombres. Lo había visto ensí mismo condemasiada frecuencia, a sabiendas de que tal cosa era real ytenía ungran poder. Muchos creíanque los Lobos de Russ no eran*más* que fuerza salvaje e indisciplinada, pero los que lo pensaba no sabíanque los hijos de Fenris reconocíana subestia interior yluchabanenuna eterna guerra contra ella, encadenándola hasta que las necesidades de la guerra les permitían aprovecharla, requiriendo ungrado de autocontrol que unsimple bárbaro jamás podría igualar.

Hasta el día de hoyno había sido testigo de la visiónde tal poder salvaje abrirse encualquier otra legiónpero lo vio, aquí, a sualrededor, enlos ojos de todos los Ángeles Sangrientos que pudo encontrarse.

A sulado, el hermano Valdinmantenía subólter cerca, moviendo distraídamente los dedos enel agarre inferior del cañón. -Todavía no haynada enel vox-informó.

Redknife asintió conla cabeza, viendo al sacerdote rúnico caminar delante de ellos. Stiel se inclinó, trazando consus dedos a través de la tierra seca bajo sus pies. La niebla de guerra alrededor de los Lobos Espaciales tenía unolor peculiar a que obstruía las fosas nasales de los legionarios yparecía aligerar el aire, amortiguando los sonidos. Era cada vez más difícil de entender lo que estaba pasando eneste paisaje infernal.

El ruido de la guerra estaba a sualrededor, el estruendo de las armas yel sangriento sonido apagado de los cuerpos cayendo del cielo, pero el capitánno podía decidir si oyó la derrota o la victoria de los Ángeles Sangrientos. Estos hijos de Ángel se habíanencontrado desde que comenzó el desorden sinprestarles ninguna atención. Para unhombre normal, los guerreros de la IX legiónparecían interesados sólo enel derramamiento de sangre yla violencia.

Stiel había puesto palabras al hecho. -La caída de suprimarca ha lanzado unfantasma rojo sobre ellos. No huelo más que rabia enel aire.

Redknife asintió solemne. Podía entenderles. ¿*Si Russ cayese por la hoja de un enemigo, reaccionarían los Lobos Espaciales de manera diferente*? Pero se sentía mal al pensarlo. Todo lo que Heliksabía de los Ángeles Sangrientos era de una Legiónque tenía poco que ver conlo que veía. Ahora luchabanconuna ferocidad que haría detenerse a unGarra Sangrienta

-Allí –señaló Valdin, yRedknife vio ungrangrupo de figuras conarmadura carmesí reunidas enuna grandesfiladero. Se acercó a la formación, así como el sacerdote rúnico irrumpió enuna carrera.

-No -Stiel gritó una advertencia. -Detente. No son…

Sus palabras llegarondemasiado tarde. Algunos de los Ángeles Sangrientos los habíanvisto yse estabangirando, reuniéndose para hacer frente a los Lobos Espaciales. Redknife contó por lo menos tres veces el número de suescuadra ysintió el peso de la amenaza que se cernía enel aire.

Hojas húmedas brillabanenlas manos de los otros legionarios. No se trataba de cuchillos de combate comunes, sino armas modificadas coronadas conpúas, más parecidas a las hojas de desollar de uncarnicero. El capitánlobo se detuvo, conla mano enla espada, esperando. No necesitaba mirar hacia suescaldo para saber lo que vendría después.

Algunos de los Ángeles Sangrientos estabanacuclillado ycuando llegarona sus pies, Redknife vio que se habíancubierto sobre los cuerpos de los muertos; los últimos de los dementes cultistas enviados por las criaturas-bestias para absorber a la fuerza de asalto.

Los guerreros se habíanquitado los cascos ysus caras estabanmanchadas de carmesí, grandes mareas de la misma cayendo de surostro hacia la barbilla ysuarmadura. Los dientes del lobo espacial quedaronal descubierto por el shockylos ángeles sangrientos hicieronlo mismo, mostrando colmillos húmedos conbrillantes hilos de color rojo.

El olor de la carne desgarrada llegó a ellos yRedknife encontró suvoz. -¿Qué es esto? -exigió.

Unlegionario conla servoarmadura dañada por la guerra yunsemblante malévolo ensucara enmarcada por subarba yllena de cicatrices se adelantó. Llevaba

uncuchillo de desollar enla mano, yunhililillo de sangre dibujaba desde la punta pintada una línea a través del polvo tras él.

Amit. El capitánlobo sabía el nombre del guerrero. Buscó enlos ojos del ángel sangriento de
cualquier signo de reconocimiento yno lo encontró.

-¿Tomáis la sangre del enemigo? -dijo Redknife. -No es vuestro estilo.

-No nos conoces –la respuesta de Amit fue unfiero gruñido bajo. -¿Qué eres? -

Somos hermanos... -ofreció Valdin, rígido.

Amit le fulminó conlos ojos, jadeando como unanimal. -Mientes -una sombra cayó sobre sumirada. -Nos habéis traicionado. Vosotros siempre habéis estado encontra de nosotros. ¡Todos vosotros nos traicionasteis!

No -Redknife levantó la mano, sintiendo que el momento se le escapaba. -Escúchame, primo. Mira más allá de tufuria -pero mientras las palabras salíande sus labios, supo que era demasiado tarde. Enla mirada de Amit, Redknife vio una sombría ycandente furia que había conocido sólo una vez antes, cuando tuvo la mala suerte de cruzarse conlos guerreros Wulfen. No había nada que pudiera hacer por él; no quedaba razón, ni cordura, solo pura e incipiente *ira*.

-¡Muerte a los traidores! -bramó Amit, estallando hacia delante consuhoja bailando a través del aire.

Redknife sintió una oleada de salpicaduras carmesí caliente ensurostro cuando el capitánde los ángeles sangrientos cortó la garganta de Valdinconsuprimer golpe ysus guerreros hirviendo sobre el paisaje roto enunfrenesí asesino.

El Lobo Espacial sacó suespada ymaldijo la suerte que le había traído a este momento, maldijo las criaturas que habíanpuesto enmarcha esta locura, maldijo al Señor de la Guerra Horus por haberse atrevido a enfrentar hermano contra hermano. Pero más que eso, maldijo el hecho de que había *acertado* al enviarlo aquí.

Perdió de vista a Stiel enel choque de cuchillas yarmas de fuego, cuando los ángeles sangrientos de la compañía de Amit cayeronsobre los Lobos Espaciales conuna ira que era taninsondable como imparable.

Y así morimos aquí, pensó conamargura, contra legionarios que llamaría parientes ahora abrumados conferocidad por la locura, *y el gran sueño del Padre de Todos muere con nosotros.*

El Stormbird brilló sobre el campo de batalla, rápido yalto, describiendo unarco balístico hacia la fortaleza enemiga.

Enla rampa de desembarco de popa Raldoronestaba agarrando unpuntal, suotra mano pegada al cristal blindado de una ventana cuadrada enla escotilla. Sombrío, observaba las nubes anormales en la confusa zona de guerra moverse ychocar la unas contra las otras, partiéndose de vez encuando para mostrar destellos de cráteres de tierra manchada de sangre debajo.

Las chispas de luz que sólo podíanser fogonazos destacabanentre la neblina enunflashde color blanco, pero no había coherencia enellas. Las habilidades tácticas del primer capitánle permitieron leer cualquier conflicto como unmapa, esbozando rápidamente las líneas de atacante ydefensor, los patrones de la fuerza propia yla contraria. No lo vio aquí sinembargo.

Sólo había una procesiónvacilante de rojo, roto enalgunos lugares, convertido enuna masa espesa
enotros. El ejército de la IX legión, moviéndose inexorablemente a través de las llanuras de los Condenados, acercándose por el paso de las horas a los pies de la granafrenta que era el templo de huesos.

A esto era lo que habíansido reducidos, entonces. Los ángeles sangrientos, una vez orgullosos y vigilantes, ahora rehechos, tanindisciplinados como unreguero de pólvora. La mejor ymás brillante de la Legiones Astartes se había vuelto poco menos que unejército ymás una banda enbusca de la sangre de los que habíanherido a supadre.

Y lo peor de todo fue que Raldoronsintió *empatía*. Algunas fracciones de él queríanestar allí con ellos, perderse enel infierno escarlata del frenesí. Había una pureza enella, pensó, una especie de verdad clara para el que solo buscaba batallas, batallas ynada más.

Esto siempre ha sido parte de nosotros, pensó. *El ángel lo sabía. Ahora su secreto es desenmascarado y amenaza con tragarse a cada uno de sus hijos.*

Apartó la mirada, encontrando a la mujer Niobe. Esta se sentó enundivánde aceleración, asegurada concorreas enunasiento construido para unmarine espacial, demasiado grande para unser humano consucuerpo ligero. Estaba perdida enel interior de unchaleco de una armadura antibalas del Ejército Imperial demasiado grande para ella. Alguienle había dado una pistola láser ymantenía el arma enfundada enel cinturón, correa ytodo, ensuregazo mientras él pensó que ella no sabía qué hacer conel equipo.

Los labios de Raldoronse adelgazaron. Ya había decidido que lo mejor era no pensar enella como unser vivo enabsoluto, sino como una pieza de hardware. Undispositivo frágil que debía ser protegido. Una herramienta. El capitánno esperaba que sobreviviera una vez aterrizasen. Sólo esperaba que durase lo suficiente para granjearles una entrada enla Catedral de la Marca. Después de eso, consideró que la vida de cada miembro de suequipo de ataque se medía enminutos, como mucho.

Raldoronespeculó sobre el inconmensurable talento de Niobe. No podía ser vista, oída o tocada, pero no podía negar que lo *sentía*. Sólo estando cerca de la mujer sintió la textura extraña a aire muerto del que Meros le había hablado. Pero lo más notable fue la forma enque ella lo calmó, les calmó a *todos*. Miró hacia el apotecario yvio a Meros conel sargento Orexis, Cador, Racine ylos demás. Todos ellos estabanenfrascados ensus tareas, preparándose para la lucha que se avecinaba.

No estabandistraídos, ni peleándose concada pequeña molestia. No creíanque unsignificado escondió encada palabra uobra. Él ysus legionarios no amasabanlas empuñaduras de sus armas y contemplabanla guerra más adelante como si estuviesenhambrientos de ella. Raldoronfrunció el ceño. Le avergonzaba admitir que él tambiénhabía sido tocado por la conmociónque había establecido el Ángel. Si no podíanencontrar el corazónde este asalto a suvoluntad, como Kano había predicho, temía al pensar enel camino al que la furia pudiera llevarle.

Una figura negra borrosa pasó delante de la ventana, enla popa del Stormbird, yla cabeza de Raldorondespertó, olvidando sus pensamientos inmediatamente.

Ahí fuera una bandada de furias híbridas aladas, humanoides de piel lívida yroja congarras yalas negras de púas se abrieronyviraronenla estela de la aeronave. Las criaturas actuabande forma

extraña, aullando durante unlargo rato yarañándose las unas a las otras como si estuvieranen peligro, molestas sobremanera ante la sola presencia de la aeronave de los Ángeles Sangrientos.

Entonces atacaron.

Sus horribles caras de gárgolas llenaronla ventana mientras decenas de ellos se abalanzaronsobre el Stormbird a velocidad de crucero, mordiendo consus dientes enel fuselaje mientras sus garras atacaronel casco ytiraronde las aletas estabilizadoras. El aviónse sacudió ycayó bruscamente. Raldoronvio a ungrupo bestias convertirse entrocitos sangrientos cuando se obligarona sí mismos a ponerse enel camino de los morros de las turbinas de la nave de desembarco, obstruyéndolas a su paso.

Cogió subólter ypateó el interruptor que abría la escotilla, balanceando la rampa de desembarco a pesar de que había miles de metros sobre el suelo. Aire contaminado penetró enla bahía de tropas y Raldoronabrió fuego, despachando a las criaturas que revoloteabana través de suestrecho campo de visiónenla cola del Stormbird. Ungrupo de furias trató de ganar la entrada a través de la escotilla entreabierta, pero el primer capitánles detuvo conuna ráfaga concentrada de proyectiles reactivos, haciéndolas volar enestelas empañadas de sangre.

El casco vibró yel horizonte nublado viró bruscamente cuando humo gris ycomponentes del motor estallaronenel aire. Raldoronmasculló una maldicióncuando las alas de la Stormbird bajarony comenzó a girar enespiral hacia el suelo.

Fallaronel punto de aterrizaje proyectado engranmedida, yel Stormbird se despedazó al chocar contra el barro espeso, quebrando sus alas conel estertor del impacto. Pequeños incendios comenzaronenel interior de la bahía de tropas, llenándola de humo negro. Meros se desacopló de sus ataduras yavanzó concautela por todo el compartimento hasta donde TillyanNiobe estaba acurrucada enposiciónfetal, mantenida ensulugar por la red de correas.

-¿Estás herida? –como respuesta consiguió una sacudida débil de sucabeza. -Entonces enmarcha -puso sumano sobre la palma de la espalda ypropulsó a la mujer hacia la escotilla entreabierta.

Enel exterior, el ruido yel hedor de la batalla les asaltó. Niobe se ruborizó ante las sensaciones, abriéndose paso a través del cráter poco profundo formado el aterrizaje del Stormbird.

Meros levantó la vista cuando Raldoronsurgió de la parte superior del casco del aviónderribado. El primer capitánoteó el entorno cercano conla pistola bólter yla espada de energía ensus manos, tratando de orientarse. Hace unmomento, sucamino hacia la fortaleza enemiga parecía claro, pero la niebla de guerra era voluble ycambiante. Para el apotecario parecía como si hubieranvolado durante horas yaunasí no estuviesenmás cerca de la Catedral de la Marca.

Siguió la mirada de Raldoron. Enel rabillo de los ojos de Meros sólo hubo guerra, el combate desarrollándose entre las extrañas fuerzas del enemigo ylas filas furiosas de la IX legión. Sintió una niebla de sangre vaporizada enla parte posterior de sugarganta.

Una forma brilló por encima de sucabeza, yMeros giró, levantando suarma. Una criatura desgarbada, más alta que unlegionario, aterrizó encima del Stormbird ychocó conRaldoron, cayendo rodando mientras tiró al capitánenla ladera de unala caída. Pezuñas resonaroncontra el casco plastiacero ygarras rastrillaronla servoarmadura del primer capitán.

Raldorongolpeó a ciegas consuespada yla hoja brilló; ungolpe afortunado que decapitó a la bestia e hizo manar de sucuello una fuente de líquido azul. Niobe retrocedió ente la cabeza de la bestia girando enel barro ante ella.

Meros hizo una mueca. De alguna manera seguía vivo. Una boca babeante enuna cara esquelética, un cráneo alargado, elevándose enuncono óseo ygrandes cuernos como de marfil sucio. La cara abrió sus fauces yuna larga lengua morada se desenrolló, buscándoles. El apotecario disparó unproyectil enel centro de la frente, convirtiéndola enunmar de huesos ymateria pegajosa informe.

-Unsangrador -dijo la mujer, palideciendo ytragando aire. –Así es como ellos los llaman.

-¡Más1 -gritó Orexis de cerca, mientras Raldoronrecuperaba la compostura sobre el accidente para unirse a ellos.

Grupos de demonios menores se apiñaronentorno a la aeronave estrellada, yéstos portaban brillantes hojas infernales que crepitabanenrojo cereza por el calor, como agujas procedentes de un incendio; sinembargo, no atacaroninmediatamente. Encambio, los sangradores merodeaban alrededor de unperímetro invisible, chasqueando ysilbando, aventurándose de vez encuando más cerca antes de soltar aullidos atonales de angustia. Las criaturas rápidamente centraronsuatenciónen la mujer, a la que identificaroncomo la fuente de suangustia.

-Sabenque es ella -murmuró Meros. El campo no-etéreo centrado enNiobe era anatema para las hordas de la disformidad. -Ella les provoca dolor consumera presencia.

-No por mucho tiempo -dijo Raldoron. Mientras hablaba, las criaturas estabancerrando el círculo, preparándose a sí mismos para resistirlo. Como uno, irrumpieronenuna carga ycayeronsobre la escuadra.

El hermano Cador murió bajo tres hojas infernales, atravesándole cada una de las monstruosas espadas el torso desde unángulo diferente. Meros vislumbró sucuerpo estallando enllamas yarder dentro de suarmadura. El apotecario empujó a la mujer contra las ruinas yse enzarzó enuna pelea condos más, disparando hacia abajo, utilizando la espada-sierra para terminar el trabajo.

Pero para cada una cortada o acribillada había otra bestia que subía a ocupar sulugar. Meros contó sus proyectiles, por temor a ser desbordados ymorir ante la visiónde suobjetivo.

Unnuevo rugido -mecánico, pesado ypeligroso- ahogó sus dudas. Enel borde del cráter llegó vehículo concicatrices de guerra yhumeante sobre cuatro cintas de orugas; el mastodonte estaba diseñado para el despliegue de escuadras completas enmedio de las zonas de combate, pero éste había visto días mejores. Granparte del blindaje se habíandesvanecido por incendios funestos y muchas de las armas auxiliares colgabanrotas e inútiles.

Los legionarios ocuparonlos flancos del vehículo al tiempo que arrolló las filas de sangradores, dispersándolos de modo que los Ángeles Sangrientos pudieranacabar conellos más fácilmente. Aquellos demasiado lentos para correr se convirtieronencarne retorcida, estallando sus cuerpos bajo la hilera de orugas.

Meros vio una figura conarmadura negra emerger del vehículo: Annellus. El espíritudel apotecario saltó al ver a suhermano de confianza Cassiel al lado del guardián, pero la emociónse desvaneció cuando vio la sombría mirada del veterano, conlos ojos hundidos.

-¡Guardián! -gritó Raldoron. -Nuestro agradecimiento. Suayuda ha sido…

-¡No estamos aquí para ayudarles! -escupió Annellus, gruñendo cada palabra. -¡Estamos aquí para matar! -sudeclaracióntrajo ungrito de complicidad de Cassiel yel grupo irregular de legionarios a bordo del transporte. –¡Uníos a nosotros o apartaos de nuestro camino!

Raldoronechó a Meros unvistazo yluego le hizo una seña hacia Niobe. –Annellus, perdonaré tufalta de respeto por esta vez, pero nunca más –respondió. Se acercó al mastodonte ymontó enel vehículo de unsalto rápido. -Esta máquina, tus legionarios, que estánbajo mi mando ahora, ¿entendido?

El guardiánllegó hasta el capitán, amenazándolo consus crozius chispeante. -¿Huye del campo de batalla yvuelve a darme órdenes? -agitó suvara arcana enla cara de Raldoron. –¡He mantenido a estos hermanos de batalla convida, mientras a nuestro alrededor el resto se volvió rebelde yse entregó a la furia! Resistí…

Raldoronabofeteó a Annellus enla cara ylo derribó enel casco del transporte. No fue unacto de ira, sino de control. -Resistió –estuvo de acuerdo el capitán, -pero no lo suficientemente bien. -Le ofreció la mano al guardiányconcautela Annellus la tomó. -Pero ahora tenemos una oportunidad. Una verdadera oportunidad para contraatacar, enlugar de dejar que esta locura devore nuestro autocontrol como uncáncer.

Meros ayudó a subir a Niobe enel transporte. -Ella puede mantenernos a salvo.

El rostro de Annellus mostró por primera vez la molestia, entonces la confusión, ypor último, una aceptacióna regañadientes. -Perdóneme, primer capitán- respondió. -Mi temperamento estaba más allá de mí... No quise faltarle el respeto -sumirada se posó enla mujer. –Esta humana, ¿es una psíquica, entonces?

-Una paria -corrigió Raldoron. -Y la clave para nuestro ataque.

Cassiel miró a Meros yeste asintió conla cabeza baja. –Hermano. Temíamos que habías muerto cuando...-se interrumpió, conel tácito miedo silencioso ensucorazón.

-Sanguinius no está muerto –le dijo Meros.

-Le vimos caer -dijo Kaide conrostro sombrío, sinatreverse a creer suversión.

-El primarca sigue vivo, aunque sus heridas songraves -Raldoronhabló lo suficientemente fuerte para que todos le oyesen. Señaló hacia las torres de agonía visibles enla distancia. -Pero si no destruimos ese edificio, entonces todas las vidas -del Ángel ynuestras- se perderán.

Kano gritó, dando voz a undolor que iba más allá de lo físico, más allá de lo corpóreo. Sucuerpo se había ido, olvidado por él. Era sólo el contenido de supsique, yla esencia de Mkani Kano agonizaba.

Era unfragmento de vidrio impulsado a unfrente de onda, frágil yfácilmente destruible. Era cenizas enuna tormenta, desintegrándose. Él era papel, tocado por uninfierno. El ex-bibliotecario alcanzó sus propias profundidades yabrió las puertas al poder que había guardado silencio desde el día del edicto. Susurros de esa fuerza se habíanescapado, yotra vez, pero Kano nunca los había dejado ir demasiado lejos, incluso si había una parte de él que había querido esa resolución.

No fue así ahora. Abrazó toda la fuerza psíquica dentro de él yrevistió conella sumente, como si se tratara de una armadura etérea. Tras blindarse de acero psíquico, se sumergió enla niebla rojiza de las barreras empáticas que encarcelabanel espíritudel Ángel. Kano sintió a sus hermanos enla espalda, cada uno de ellos insuflando viento ensus velas, prestando sus fuerzas para la misión.

Kano gritó, ytodos ellos gritaronconél. Era consciente de las siete estrellas brillantes parpadeantes a sualrededor, uno por cada psíquico que estaba enese lugar lejano a bordo de la *Lágrima Roja*, en el mundo real.

Conunflash, una de las estrellas brilló más intensamente yse desvaneció enla oscuridad; el hermano Deonfue el primero enmorir. Había dado suvida para llevar a Kano hasta aquí, consumiendo la fuerza de suvoluntad mientras la maldiciónnacida de la disformidad reaccionó contra los Ángeles Sangrientos, repeliendo suintento de llegar a suseñor.

El dolo envolvió a Kano, pero empujó a través de él, cayendo más profunda. Habría tiempo para llorar la perdida cuando acabara sumisión, yDeonno sería el último nombre ofrecido al Sepulcro de Héroes.

Cada paso a través de la niebla roja fue era dolorosa, pero no podía fallar. Unpaisaje de ensueño se cernió entorno a Kano, el director de esta caída sinfinconla certeza irreal de tierra bajo de sus pies.

Él estaba enunvacío estigio, una caverna de dimensiones imposibles, donde la única iluminaciónera una banda enfermiza de luz que caía desde una harapienta fuente a kilómetros por encima de su cabeza. Cosas rodabanycaíanenespiral allí, capturando el brillo enfermo. Se veíancomo ángeles de la decadencia yterror. El rayo se movió a través de la cámara colosal conla regularidad precisa de unfaro lejano. Cada vez que pasó por encima de Kano se sintió sucio por ella yse encogió ante su tacto. Las estrellas distantes de sus hermanos erandébiles e indistintas.

Toda la superficie de la caverna estaba cubierta conuna profusiónde cables e hilos, algunos tan finos como seda hilada, otros más gruesos que el brazo del legionario. Los tendidos ibanyvenían, serpenteando por el suelo, entrecruzados enel aire, unos encima de otros ennudos enlazados. Engancharonlos pies descalzos de Kano, mientras trataba de avanzar, tirando de sus brazos y azotando sus mejillas. Los hilos erande color rojo ynegro.

El rojo quemó sucarne cuando los tocó, unincendio de ácido hirviente que se extendió rápidamente yle devoró por dentro. Kano se mareó ypuso furioso; evocaba una sed repentina enel estómago, un hambre que instintivamente supo que ninguna carne o bebida saciaría jamás. El negro le quemó con unfrío más duro que el soplo del espacio ysonó uneco de campana enlas profundidades de suser; le empujó a una ira vieja ysinsentido que nacía de algo primario yamorfo enel alma humana. Una rabia a la espera de ser liberada.

Y allí se encontró conel ángel Sanguinius. Suprimarca colgaba como trofeo de uncazador o la obra de arte de unescultor cruel, sostenido por la trama de hilos por encima del suelo. Los cordones manteníansus alas extendidas ylos brazos enpostura cruciforme, conla cara inclinada hacia atrás para soportar el barrido despiadado de la luz.

Kano subió, ignorando el dolor enlas manos ylos pies, tirando de sí mismo una yotra vez. El ascenso se prolongó durante días o segundos, pues el tiempo discurría lejos de él. Entonces Kano estuvo ante el Ángel, ysincuchilla para cortar los hilos

los manipuló ydesenrolló el negro yel rojo, maldiciendo por frustraciónal tratar de devolverle la libertad a suseñor.

-Señor, ¿me oyes? -jadeó.

Los ojos de Sanguinius se abrieronde golpe yenellos había unocéano de color carmesí devolviéndole la mirada. Antes de que pudiera reaccionar, la boca del Primarca se dividió enuna mueca, mostrando brillantes yafilados colmillos.

El Ángel empujó a Kano enunabrazo brutal ymordió salvajemente enla carne de sucuello, perforando la arteria. Sangre, roja, rica yconel olor embriagador de hierro, fluyó enuna gran estallido interminable.

DIECISIETE

Punto de no retorno

Maldito

Visiones

El Mastodonte corrió por las planicies devastadas por la guerra, subiendo ybajando sobre cráteres de impacto yvalles poco profundos, vadeando arroyos estancados conlos restos de humanos muertos yotros menos identificables. Antes el transporte, las torres de huesos relucientes de la Catedral de la Marca crecieron, asomándose a través del cielo, rastrillando las nubes biliosas consus picos con púas.

Meros estaba enunsoporte donde había montado uncañónláser destrozado. El dispositivo era una ruina de piezas rotas ycristal fundido por calor, demasiado pesado incluso para formar una torreta decente si se separará de suanclaje. El aire exterior penetraba a través de las grietas enla armadura del mastodonte yél se asomó, capturando destellos de los combates entorno a ellos.

Vio furia, no una guerra. Una batalla era algo ordenado. Incluso el combate cuerpo a cuerpo, que era la especialidad de los Ángeles Sangrientos era una acciónracional ycalculada forjada conel enfoque de habilidades yaños de entrenamiento. De lo que Meros fue testigo se parecía más a la carga de combate de gladiadores, unreguero de pólvora indisciplinada hecha de guerreros en movimiento contra todo lo que se

atrevía a enfrentarse a ellos.

Cada legionario sobre el que puso los ojos se encontraba perdido enmedio de supropio infierno personal, surazónmuypor detrás de ellos yla sed de sangre tomando el control total. Vio hermanos de batalla que él conocía, buenos guerreros ylegionarios soberbios, empapados desde el casco hasta las botas ensangre fresca yhambrientos para tomar más de lo mismo. Al verles de cerca por primera vez, Meros quedó horrorizado, ysinembargo no se sorprendió. Aceptar que poseía unlatido furioso
tal dentro de supecho yenel de sus parientes no era imposible. Tal vez siempre había sabido que ese potencial estaba allí, vislumbrado enlos momentos más oscuros yla rabia más ciega.

Los enemigos muertos cubríanel campo de batalla ennúmeros más allá de sus cálculos, ypor delante del descuidado avance frenético, las filas de demonios se estabanretirando engrupos. Se retiraron mientras los Ángeles Sangrientos cerraronunlazo rojo sobre el templo de los huesos, matando a las bestias enmasa.

A pesar de la sensaciónhueca que a Meros le dio el verlo, los hijos de Sanguinius estabanganando la batalla por Signus Prime. Y todo lo que había sido necesario era sumergirlos enlas profundidades de la desesperación.

Quería gritarles, gritar la verdad enlos canales vox. *¡El Ángel vive! ¡Nuestro padre vive!* ¿Pero le prestaríanatención, incluso si lo escuchasen? El golpe que derribó a Sanguinius, el ataque que mató a quinientos legionarios, había llevado algo a la superficie que no sería tanfácilmente silenciado.

Uninstante después, suensoñaciónfue olvidada cuando una horda de caballería diablilla superó una colina yse abalanzó sobre el transporte. Sus monturas se asemejabana crías de gallinas sinpelo, corceles ciegos concabezas que no eranmás que bocas espasmódicas.

Meros gritó una advertencia ymató a la primera de las bestias montadas condos proyectiles enel centro de sumasa, estallando enuna conmociónde carne púrpura. El piloto cayó, pisoteado enel polvo por sus compañeros. Luego flanquearonal Mastodonte, cortando secciones de armadura con sus garras huesudas como si fuera papel.

El apotecario volvió a disparar, pero el soporte dañado ocupaba demasiado de suarco de disparo y maldijo entre dientes. Meros se dio la vuelta yse encontró junto conLeyteo yel guardiánmientras abríanlas largas escotillas de artillería enel techo del transporte.

No hubo más remedio que embestir sucamino a través de las líneas enemigas; el mastodonte no podía permitirse el lujo de reducir la velocidad, por temor a que las unidades enemigas más lentas le atrapasenyabrumasena las escasas defensas del transporte. El poderoso motor rugió yescupió humo de promethiumquemado, tronando hacia adelante.

Leyteo cayó sobre una rodilla ycomenzó unpatrónconstante de apuntar-disparar-repetir, concentrando sus objetivos enseparar a los pilotos-ninfa de sus monturas. Annellus manejaba sus crozius, escupiendo rayos desde el campo de energía crepitante alrededor de la punta de las alas mientras lo giraba enarcos efervescentes. Gritó desafíos ansiosos al cielo, yMeros le dio espacio para acabar conlas diablillas que se atrevierona saltar a bordo del transporte a toda velocidad, enfrentándose él a los pilotos que esquivabanlos disparos medidos de Leyteo. Activando los anclajes magnéticos ensus botas para quedar fijado, Meros se apoyó ensuataque yestabilizó su pistola consumano izquierda, resultando cada disparó enuna baja.

Detrás de sucasco, sumandíbula denotaba la determinaciónsombría mientras luchaba, pero Meros no podía negar que unhilo de sed de sangre se formaba ensus corazones, ganando poco a poco poder. Incluso conNiobe de cerca, era difícil resistirse a la necesidad de matar que impregnaba el propio aire mismo. Cuanto más se acercabana la catedral, peor se hizo la sensación. Pensó en Annellus yCassiel, atrapados enlas mismas emociones turbulentas.

Él parpadeó ysudistracciónle costó una baja. Uno de los súcubos saltó de sumontura, enviando a la bestia infeliz a sumuerte bajo las orugas del Mastodonte. Cayó enel casco usando sus garras para perforar agujeros enel casco, yluego saltó yse enrolló entre el guardiánnegro blindado. Meros disparó unmomento demasiado tarde; el proyectil reactivo se desvió de la cubierta conel estruendo de la detonación.

Ensuentusiasmo, Annellus no había activados los anclajes magnéticos de

suarmadura para mantenerse pese a la velocidad yla diablilla le derribó conuna de sus enormes garras artrópoda. El golpe fue duro ylo conectó ensucasco. La ceramita se agrietó, el metal se astilló yla máscara-cráneo se desprendió de él ycayó. Tras esta, el rostro de Annellus estaba manchado de sangre y surcado por la ira. Antes de que pudiera detenerse, el guardiánperdió el equilibrio yse desvaneció enel respaldo del compartimiento del motor del Mastodonte, saltando la criatura tras él conungrito de alegría. Meros viró ensuposiciónyvació el resto del cargador de supistola enla espalda de la criatura, matándola enel aire.

El apotecario desactivó los anclajes yse deslizó hacia la parte trasera del vehículo estremeciéndose. Vio a Annellus ponerse enpie donde había caído, alzándose a medida que los pilotos súcubos gritaron, destrabándose del vehículo para rodearle.

-¡Guardián! -gritó, suvoz sibilante enel vox. Meros llamó al tecnomarine enlos controles. -¡Kaide! Acércanos, ¡Annellus ha caído!

-¡No! –el guardiángritó la palabra enla parte superior de sus pulmones. -¡Dejadme! ¡La torre, llegad a la torre! -volvió a hablar, pero las palabras de Annellus se convirtió enuna serie de gritos bestiales. A medida que aumentaba la distancia entre él yel aura de TillyanNiobe, así aumentó su furia hasta abrumarle. Meros vio a las diablillas cargar, escucharonel estrépito de subólter. Annellus saltó sobre la más cercana de las súcubos yla derribó enunchorro de sangre contaminada.

-Seguimos adelante -dijo Raldoronel vox.

Kreed escuchó la sinfonía del asesinato más allá de las paredes de la Catedral de la Marca ycerró los ojos. La música de le era extraña ypoderosa para él, yagitó las emociones que siempre había dado por muertas ensuinterior. La vida del acólito había sido una vez untapiz de alegría apasionada ysatisfacciónensutrabajo ennombre de suseñor, entonces llegaronlos años de la duda yla incertidumbre, yahora la renovaciónyel renacimiento enunnuevo propósito. Pero aunasí era un momento difícil, yno había mucho que reaprender. Kreed quería más de lo que podía expresar: la idea de tomar unlugar enel Gal Vorbak, de unirse conel más poderoso de los poderes... que le inspirabande una manera como nada lo igualaba ensuvida. Pero no podía negar que tenía reservas. Sindudas, porque esas erancosas de los débiles. *Preocupaciones*, tal vez. Cuestiones que deseaba entender antes de tomar ese paso final.

Pasó junto al capitánHarox, que había decidido sabiamente mantener sumelancólico silencio yse trasladó desde el borde de la cámara. Kreed sabía que los poderes de la disformidad eranmucho más grandes que la mera carne yla sangre de los seres como él, yenla fusiónconuno de ellos podría obtener el tipo de dominio que la serpiente de Erebus disfrutaba. Pero al ver a las criaturas Kyriss yKa'Bandha picarse entre sí, lo cuestionó. *Ellos no son superiores,* pensó Kreed. *Son como nosotros.* Sonrió; le gustaba. Cuando llegara el momento, usaría ese conocimiento para controlar su
nuevo poder.

-Mis sirvientes estánprácticamente aniquilados -dijo el rey-reina, vacilante, mientras rodeaba el hoyo enel suelo. -¡Prodigué tanto sobre ellos yhas malgastado sus vidas encuestiónde horas!

El granDevorador de Almas ladeó la cabeza de toro enuna cruel mueca de diversión. -Sus muertes engrasanlos engranajes del motor de la guerra -ladró. ¿Para qué otra cosa son, indolente?

Los pies congarras de Kyriss se cerraronenamargo disgusto. -¡No, no, no! ¡Este no es el camino! Estos cultos, tres veces benditos enel culto a Slaanesh, no sonsuyos para desperdiciarlos. ¿Qué clase de victoria es esta, asesino? ¡No sólo sonmis amores los que mueren, sino las bestias de tu ejército! Dime, ¿el Dios de la Sangre se congratula porque renuncias a sus secuaces tanfácilmente? -el demonio andrógino agitó sus garras ante la granventana circular yla batalla que se libraba bajo ellos. -Nuestros siervos perecenentropel ytú permaneces aquí quieto yesperando a ver qué sucede. Volví estos nidos humanos arruinadas a la gloria de los poderes de la oscuridad no para mi propia diversión, sino por la promesa de una mayor victoria. Unplanmás grande enla Larga Guerra. ¡No por esto!

-Ya lo sé -espetó Ka'Bandha, manteniendo quieta como el mármol la irritaciónensutono. -Sé lo que tú le contaste -miró de reojo hacia Kreed conuna boca llena de colmillos de púas, como si lo desafiara a ofrecer una opinión. El portador de la Palabra guardó silencio, a la espera de ver cómo se desarrollaba la confrontación.

-Nada parece detenerlos, estánenfurecidos sinmedida. ¿Por qué dejas que estos cachorros de sangre se acerquentanto? –exigió Kyriss. –Tus legiones se

retiranyvuelvena retirarse. ¡Pronto estos transhumanos estaránennuestras puertas!

El Devorador de Almas lanzó ungruñido hueco que podría haber sido unintento de suspiro. -Muy pronto -se burló la bestia alada. –Esclavo del placer, tonto yderrochador. ¡Estás ciego yeres estúpido! -Ka'Bandha carraspeó yescupió furiosamente unesputo de la materia negra contra el suelo de huesos, burbujeando yechando espuma allí donde cayó.

-¿Qué está haciendo? -murmuró Harox, rompiendo susilencio al fin. -No hables -

dijo Kreed.

-Crees que tus juegos perversos ypequeños dramas sonla piedra de toque para la guerra, pero no entiendes nada -Ka'Bandha sacudió unpuño a la criatura de piel rosada. -Te escondes aquí entu casa, pero yo he estado ahí. Cambié golpes coneste hombre-presa –las mandíbulas salvajes del Devorador de Almas se abrieronenuna sonrisa depredadora. -Y te digo esto. A los "legionarios" cuesta matarlos. He probado sufuria, ysé que no vana ser derrotados por la fuerza bruta de las armas.

Kyriss hizo unruido de negación. -Realmente *admiras* a estos efímeros.

Ka'Bandha ignoró la respuesta. -La diferencia entre nosotros, petimetre, es que sé cómo derrotarlos -el demonio soltó sularga película de lengua yla pasó sobre sus dientes, lanzando una vez más una dosis de cinismo hacia Kreed. -Los hijos del Ángel seránrendidos por sus propios fallos, yse sumergiránenél bañados enla sangre de sus enemigos. Si tenemos que sacrificar unejército, todo un mundo por eso, es unprecio que se puede pagar.

-Y la muerte de Sanguinius es la clave... -transcurrió unmomento antes de que Kreed se diese cuenta de que había hablado.

El andrógino Kyriss se volvió hacia él, gruñendo. -¡Insecto Insolente! ¡Ese no es el plande nuestro amo!

-No -dijo Ka’Bandha, riéndose entre dientes dentro de suamplio pecho. -No lo es.

Raldorondio la ordende abandonar el Mastodonte cuando el transporte quedó atrapado enunnido de masas tentaculares, a los pies del templo de huesos. Los Ángeles Sangrientos se desplegarondel vehículo enorden, formando escuadrones concuidada ysombría precisión. El capitánechó a Niobe unvistazo. Tenía la cara

manchada de hollínytropezó junto al lado de Meros, sudando mientras trataba de mantener el ritmo conellos.

Raldoronllamó la atencióndel apotecario yasintió conla cabeza hacia ella, recordándole su obligaciónde mantener viva a la paria.

Grandes multitudes de criaturas aberrantes se arremolinabanalrededor de la base de la catedral masiva engrupos itinerantes, los perros infernales ylos aguiluchos gruñendo yladrando los unos a los otros mientras esperabanal ataque final por venir.

Rápido ylimpio, los legionarios avanzaronhasta una pendiente poco profunda hacia las paredes de hueso irregular. La bruma resplandeciente estaba ensupunto más grueso aquí, por lo que era difícil de ver nada más allá de unos pocos metros de distancia. Los aumentos oculares yla configuración visual de luz modificada a través de la óptica del casco de combate de Raldoronno mejoraronla situación. Los sensores de la servoarmadura desprendíanconstantemente datos erróneos yllenaron los bloques de la visiónconexplosiva frecuencia. Al final, irritado, se quitó el yelmo ylo ancló al cierre magnético enla cadera. Sinla rejilla de ventilaciónpara filtrar el aire contaminado, el grueso olor dulzóndel mismo se reunió enla parte posterior de sugarganta. Tenía unsabor grasiento y asqueroso, como grasa estropeada dejada demasiado tiempo enuna plancha.

Evitaronlos grupos más grandes de criaturas, pero fue necesario terminar rápidamente conlos grupos más pequeños de perros infernales que veníansiguiendo surastro, sus bajos gemidos nasales cortando la niebla, reaccionando a la presencia de Niobe.

Haciendo una pausa a la sombra de unpilar roto de rococemento, el primer capitánescrutó la torre que se levantaba por encima de ellos.

-¿*tiene* unplan? -Cassiel hizo la pregunta conuntono acusatorio, yel primer instinto de Raldoronfue reprenderle por sutono. Ensulugar, se mordió la lengua. El veterano pasó. -¿O simplemente caminaremos a las puertas de esta abominaciónypediremos que nos llevena sulíder?

-Orexis tiene cargas explosivas -respondió lacónicamente. -Abriremos nuestra propia maldita puerta. -¿Tiene suficiente para derribar este maldito lugar? No lo

creo.

Raldoronmiró al sargento. -Sólo tienes que seguir las órdenes, Cassiel. Deja el resto para mí -deslizó sumano enla bolsa de sucinturónygolpeó suavemente, asegurándose de que la baliza de orientaciónsecretada ensuinterior todavía estaba allí. El dispositivo fue colocado ensumano por Azkaellonantes de irse de la *Lágrima Roja*, yrecordó la expresiónsevera del comandante de la
guardia mientras le explicaba cómo funcionaría, encaso de necesidad.

Miró hacia el cielo ysólo vio las nubes pálidas. Enalgúnlugar allá arriba, situado enuna órbita alta, lejos de la lenta combustiónde la batalla que aúnhacía estragos, la *Libertad Escarlata* orbitaba con suproa dirigida al planeta, los cañones lanza preparados ybaterías de misiles cargadas ylistas. Aunque los sensores de orientaciónde la nave estabancegados por los efectos atmosféricos inusuales de los cielos corruptos de Signus Prime, seguirían–o eso esperaba- siendo capaz de captar el rastro de la baliza que debía Raldoronactivar. Si la accionaba, menos de noventa segundos después una lluvia de la muerte caería desde arriba sobre suubicaciónydestruiría todo: demonios, legionarios yla misteriosa fuente de corrupciónde la que Kano había hablado.

Ese era el último recurso, al menos. Para empezar, Raldoronesperaría no tener que llegar a eso, pero ahora que se acercaba al objetivo, se preguntó si sería simplemente mejor que apretar el botón*ahora* ydejar que el destino decidiese por ellos. Enesta guerra, todo se había vuelto demasiado sobrenatural para sugusto, al igual que mítica ysurrealista.

Frunció el ceño, molesto consigo mismo ysacudió ese pensamiento.

-Capitán–cerca de él, Meros le llamó enunsilbido bajo. -Debería ver esto.

Raldoronsalió de la cubierta yse movió rápido ybajo, sorteando entre los talones enruinas de las paredes. La elevacióndonde las bestias habíanconstruido sugrantemplo era desigual, salpicada de manchas irregulares de piedra ycaminos rotos. El capitánse dio cuenta de que los restos de una ciudad yacíanbajo sus pies, edificios ycalles redujerona casi nada, mostrando sus raíces como cultivos cortados por guadañas. La Catedral de la Marca estaba construida enuna fosa común, enun mundo que estaba lleno de ellas.

Raldoronse acercó al apotecario. Niobe se agachó cerca, semi oculta enla sombra proyectada por el hermano Racine, que estaba consubólter al hombro.

Unrastro de sangre espesa yoscura cruzaba el polvoriento suelo yse concentraba al abrigo de un pilar retorcido de piedra. A pesar del cóctel empalagoso de olores enla brisa, los sentidos del capitánrecogieronla textura de unelemento familiar: la sangre de unlegionario. El intenso olor metálico era distinguible ydesagradablemente familiar, una memoria olfativa incrustada enel recuerdo de mil batallas.

Pero no la de un Ángel Sangriento. Esto tambiénlo supo por instinto. Meros se movió yreveló el cuerpo de unguerrero enservoarmadura gris, envuelto enla piel de ungranperro, el pelo casi blanco ahora apelmazado conla vitae que le había saturado.

El cuerpo del sacerdote rúnico yacía desplomado contra el pilar, una hoja fuera de sualcance allí donde cayó de sus dedos entumecidos. Sus heridas eranfeas: sugarganta estaba desgarrada ytenía cortes toscos ymarcas de mordeduras salvajes ensucuello yrostro. Los puntos reveladores de golpes de espada eranvisibles entoda suservoarmadura, profundos yenvueltos de costras húmedas. El legionario se había arrastrado a través de la desolación, dejando unrastro de rubí ensuestela mientras sus bio-implantes trataroninfructuosamente de detener la pérdida de sangre.

-Es Jonor Stiel -dijo Meros. –Era unhermano de batalla de Redknife.

Sinprevio aviso los ojos del lobo del espacio se abrieronde golpe, como si hubiera estado en
reposo, esperando que alguienpronunciase sunombre. Sacudidas frescas de líquido emergieronde la herida mortal enel cuello yuna saliva espumosa ycarmesí lo hizo de sus labios, empapando su barba pálida.

Raldorondio unpaso atrás consorpresa mientras Meros manejó suguantelete medicae, el mecanismo zumbó mientras seleccionaba unfiltro de drogas. Pero auncuando el apotecario lo hiciese, el primer capitánsabía que era ungesto vacío.

La mirada de puro odio puro enlos ojos de Stiel fue escalofriante. Miró a Meros yle escupió enla cara. El acto se llevó a cabo conuna fuerza medida de fría voluntad yRaldoronsospechó que el Lobo Espacial se aferró a suúltimo hilo de vida el tiempo suficiente para ejecutarlo.

A pesar de que la luz se desvaneció de sus ojos, Stiel dijo algo enel idioma gutural yáspero de su lengua natal, una frase de lo que sólo podía ser la invectiva más básica yodiosa que supueblo podía expresar.

-Nos está maldiciendo -dijo Raldoron, viendo al Lobo Espacial morir. -Nos culpa

por esto. -¿Habla suidioma? -dijo Racine.

-No lo necesito.

El cuerpo del sacerdote rúnico se calmó yMeros se acercó a cerrarle los ojos. El apotecario miró hacia el capitán. -Sus heridas…

Raldoronle hizo callar conunmovimiento de cabeza, pero las palabras no dichas hicieroneco ensus pensamientos. *Sus heridas no fueron causadas por el enemigo.*

-Reúne a los legionarios -dijo a Racine. -Seguimos adelante.

Halerdyce Gerwynse despertó a gritos, yno estaba seguro de si la pesadilla había terminado, o si acababa de renovarse conundisfraz diferente.

Tropezó conla plataforma enla que se había derrumbado lo que parecía una edad, encontrando a los supervivientes yla tripulaciónde la nave huyendo de la cámara de metal decrépito enextremo pánico. El rememorador vio a personas pisoteadas, desapareciendo al caer fuera de la vista, estrellándose contra la cubierta de metal. Trató de resistirse a la presiónde los cuerpos que se elevaronhacia él, pero no tenía otro lugar adonde ir. Gerwyntropezó ycayó enuna carrera conellos. Resistir habría supuesto ser aplastado.

Fluyendo como una marea, los seres humanos discurrieronpor los corredores de todos los pasillos anchos de la Lágrima Roja yse dispersaron. La multitud iba yvenía, exudando desesperaciónensus gritos. Vio al anciano, Zhomas, pasar de largo enuninstante. Estaba sangrando por uncorte enla mejilla ymarcado temor que le robó cualquier sentido de la conservación.

Gerwyntrató de gritar, pero se golpeó conuna viga yse mareó, cayendo lejos de la aglomeraciónel tiempo suficiente para recuperar algo de semblante ycompostura.

El pasillo donde se encontraba estaba abierto al cielo contaminado, yensus oscuras profundidades vio monstruos alados cayendo enpicado hacia ellos, atraídos por el olor del miedo. Gerwynhabía visto estas furias aladas antes, enlos sueños

atormentados ymedias visiones que había esbozado compulsivamente ensupicto-tablero. Sabía incluso que esas cosas eranreales. La masa de ellos en sus pensamientos, sumasa yaspecto, tales detalles solo podíanprovenir de algo que existía.

No importaba que desafiaran a la naturaleza yla razónde suexistencia, eranlo que eran. Una manifestaciónde irrealidad, rebosando eneste mundo como una flor de locura.

Ahí fuera vio destellos de oro yrojo, corriendo a enfrentarse conlos demonios. *Los Ángeles Sangrientos.* Los últimos legionarios a bordo de la nave que les habíandejado atrás, abandonado a los débiles ylos indefensos para acometer enla lucha. Los intestinos del rememorador se convirtieronenhielo ysus piernas temblaron. Lo había visto enlos sueños, la totalidad de la hermandad de guerreros poseídos por una rabia tangrande que pisotearonlos mismos hombres y mujeres que pretendíandefender ensuafánde darse a la batalla. El rostro de comandante de la Guardia Azkaellonpasó enunborróna través de sus pensamientos; había visto una apariciónde aquel rostro sombrío iluminado por una ferocidad que ardía fría yeterna.

Gerwyngolpeó la palma de sus manos contra sucara, murmurando negaciones una yotra vez. Si esto era real yel sueño era el sueño, ¿Qué era peor? -¡Este lugar es el horror! -gritó, escupiendo las palabras de los labios, consucara surcada de lágrimas. El rememorador sintió que suvoluntad se quebraba, el miedo -colosal, monolítico miedo- aplastándole consupeso. Él iba a morir yno había nada que pudiera hacer salvo esperar el momento.

Unas jóvenes yfuertes manos lo agarraronpor los hombros yle sacudieronbruscamente. -¡Deja de pensar así! -gritó una voz.

Gerwynmiró conlos ojos empañados yvio al soldado de la Infantería Fasadiana, aquel llamado Dortmund. Parecía que cada centímetro de sucuerpo jovenera comprimido por el uniforme de un hombre mayor, sinpreparaciónpara los peligros de una batalla más allá de suexperiencia.

-La trampa se cierra -murmuró el rememorador, sinsaber de dónde veníanlas palabras. -Este es nuestro fin. Nos hanabandonado para que muramos.

-No… -comenzó Dortmund, pero sus palabras se convirtieronenungrito repentino cuando su espalda se arqueó. Sus ojos se abrieronal máximo cuando una hoja dentada atravesó sutorso, oxidada ysinbrillo por la acciónde numerosos asesinatos pasados sobre ella. El arma se retiró, provocando unsonido de succiónhúmeda más unreguero sangre acompañándola, yDortmund cayó a la cubierta.

El musculoso matónsuperviviente que había llegado conel resto de los evacuados de Scoltrum permanecía enpie conuncuchillo goteando ensupuño. Gerwynretrocedió, pero las vigas le cortaronel paso.

Sobre los hombros del granhombre vio a las furias posándose enlos mástiles de metal del casco roto, chasqueando garras ydientes mientras fueronatraídos por el olor de la sangre.

-Este siempre el final de vuestra historia -dijo Hengist, conlos ojos encendidos de fervor el momento antes de que enterrase suespada enel corazóndel rememorador.

El demonio Kyriss barrenó por el suelo de hueso conungrito agudo yllegó a Tanus Kreed enun despliegue de garras yruidos. Haroxestaba desenvainando suespada, más por reflejo que por previsión, llegando a sudefensa, pero eso significó poco. La criatura bateó al capitánde los
Portadores de la Palabra ylo envió rodando sobre las baldosas-cráneo, peligrosamente cerca del borde de la granfosa. Kreed vaciló unmomento demasiado largo enempuñar supropia arma, y entonces ya fue demasiado tarde. La enorme garra-cangrejo de Kyriss se abrió de golpe ylo atrapó entre sus púas.

-Carne patética -escupió. -¿Qué has hecho? ¿Tú has provocado esto? ¿Vuestros arrogantes primarcas semidivinos se atrevena dejar el camino que marcamos para ellos?

Kreed se agarró la garra, empujándola. Le tomó la mayor parte de sufuerza, ytemía que Kyriss pudiera acabar el trabajo conél rápidamente, si lo deseaba, cerrando las tenazas ydecapitándole limpiamente. Lanzó una mirada al Devorador de Almas, pero el otro demonio se limitó a sonreír disfrutando del espectáculo.

-Niño de Slaanesh-gruñó Ka'Bandha, haciendo del título uninsulto burlón-pasas tanto tiempo jugando tus juegos encamas de seda yensalas susurrando que te olvidas de que las piezas a veces tienenmente propia.

Kyriss dio ungruñido petulante yliberó a Kreed, sacudiéndole. -¡Yo soyel jugador de los juegos, no una pieza! -gritó, sobrepasando consuelevada voz las paredes.

-Lo obvio se te escapa -dijo el Devorador de Almas. -Nuestros amos deseanque el Ángel se pase a nuestra causa ylidere suejército enel cisma. El Señor de la Guerra no. ¡Abre los ojos, idiota! ¡Las almas de estos transhumanos sonclaras incluso a uno tancontundente como yo! ¡El Señor de la Guerra no desea estar a la sombra de suhermano angelical otra vez! Sanguinius debe morir ypara matarle antes debemos romper suvoluntad.

-No, no -Kyriss sacudió sucabeza. -¡El ángel se unirá a nosotros! ¡Ese fue el acuerdo! Conél tendremos todo lo que necesitaremos ycomenzaremos el avance. ¡Así es como se hará!

-El Señor de la Guerra Horus lo ve de otro modo -consiguió decir Kreed, levantándose del suelo. -Les aseguro que no importa cuánto poder desatensobre él, nunca gobernaréis sucorazón-tosió y escupió sangre. -Tal vez vuestros dioses no eligierontansabiamente como pensaban.

-¡Silencio, animal! –le gritó Kyriss, para luego volverse a encarar conel Devorador de Almas. -¿Qué pacto has hecho sinmí? ¡Habla ahora! ¡Revélalos!

-El Ángel morirá hoy-entonó Ka'Bandha, sacando sugranhacha ysopesándola ensumano. -Una herida para derribarlo, una más para acabar conél -lamió el borde del arma. –Será dulce. Al final, me rogará que lo haga.

Kyriss resopló. -Él es orgulloso. ¡Nunca se sometería!

-¡Él es *frágil*! Espetó Ka'Bandha. -Hemos llevado a sus hijos a la locura yla furia. Respóndeme a esto: una vez que hayanmatado a todos los cultistas ybestias menores enesta llanura arruinada, ¿qué matarándespués? Cuando su sed de sangre haya sido alimentada tanto que no veannada salvo el camino escarlata yla alegría carmesí del asesinato, ¿A *quiénes* matarán entonces?

-Los ángeles sangrientos se volveránlos unos sobre los otros... –dijo el demonio sinuoso sinpiel, concreciente entusiasmo.

El grotesco hocico del Devorador de Almas se balanceó. -Y sólo los más brutales, los más sedientos de sangre sobrevivirán. La esencia de sus almas puras arderá hasta que sólo quede la bestia sin sentido -extendió sumano congarras, como enungesto

retorcido ydetestable de compañerismo. Sobre la palma de la bestia, Kreed vio unglifo complejo de líneas angulares que se cruzabanentre sí, contorsionándose de tal forma que al acólito le dolía mirarla. -Enese momento las ofreceré la Marca de Khorne yla portaránsindudarlo. ¿Puedes imaginarte el corazóndel Ángel enese momento, Kyriss? ¿Cuándo suamor por sus hijos le estrangulará conuna inundaciónde la desesperaciónmás triste? Sucorazónse romperá yel Dios de la Sangre tendrá unnuevo ejército.

-Y el ángel llorará –Kyriss se lamió los labios, saboreando el pensamiento, oscilando entre sus órdenes yesta nueva posibilidad. -Eso *sería* delicioso.

Ka'Bandha asintió conla cabeza yseñaló al otro demonio. -Por supuesto el recipiente de carne que usas tendrá que morir enel camino. Pero tuesencia será liberada para volver a la disformidad a través de la carne a la muerte.

-¿Qué? –la carne de color gris rosáceo de Kyriss se enrojeció conrenovada furia, oscilando su sentimientos hacia la ira. -¡No! ¡No soyunsacrificio para este gusano! ¡Soyla dueña-maestro, bestia altiva yexaltada! No me manifiesto eneste lugar para ser manipulado como unefímero. ¡El Señor de la Guerra obedecerá!

-Estás equivocado -dijo Kreed, encontrado nueva audacia conlas palabras. -El Devorador de Almas lo ve, pese a que tú no lo haces. Subestima al Señor de la Guerra por tucuenta, demonio. Vuestro campeóntiene sus propios planes que *nunca* serás capaz de controlar.

Abrió los ojos yse levantó sobre sus rodillas, removiendo arena roja a sualrededor concada movimiento. Kano se tambaleó hacia delante yel dolor fue surecompensa. Cada paso sobre las piedras de color rojizo era como cuchillos clavados enel pecho.

Marchó ensuagonía, vestido sólo conunsobrepelliz de lucha concapucha. La sangre salía a raudales de sucuerpo, marcando una cadencia conlas grasas gotas rojas de la misma, marcando con unreguero de migas de pansucamino.

Demasiada sangre. ¿Podría el cuerpo albergar tal volumen? Kano estaba empapado conella, fluyendo lenta yconstantemente de los pinchazos ensugarganta. Debería estar muerto. La hemorragia era constante como la lluvia. *Debería haber parado. ¡Debía parar!* El implante sanador, el órgano de Larraman, le estaba fallando. *¡Las*

heridas deberían estar coaguladas y cerradas hace tiempo! Kano nunca había sangrado durante tanto tiempo. No entendía por qué estaba vivo. No entendía dónde estaba.

Más allá de los arcos del claustro sinfinvio unceniciento desierto post-nuclear y, más a mano, las torres de una ciudadela caída ylos soportes rotos de estatuas destrozadas. Esto era Baal, el mundo de origende los Ángeles Sangrientos, yestaba caminando por las ruinas de sufortaleza-monasterio.

Pero no podía ser así. *¡Baal prosperó! La fortaleza estaba intacta y entera, la legión fuerte y lista…*

Pero no aquí. Enlos huesos, Kano sintió unpeso de incontables edades, unlapso de tiempo y distancia tanamplio que no podía medirlo. El cielo sombrío sobre sucabeza estaba lleno de soles
muertos ysólo unpuñado brillaba, agrupados como si estuvieranobservándole.

Esto no era el *ahora*, reconoció. Él estaba mirando a una era por ocurrir, una visiónde unmañana remoto de diez, veinte o cienmil años enel futuro.

¿Es esto todo lo que quedará de nosotros? La pregunta lo dejó helado. *¿Ruinas y polvo?*

Los nervios de los pies descalzos de Kano se incendiaronyse tambaleó hacia atrás, mirando hacia abajo para encontrar la fuente del dolor. Allí, serpenteando hacia el horizonte desde el claustro sin fin, había dos gruesas cuerdas de pesada seda tejida. Una negra, otra roja.

Se agachó torpemente a recogerlas, estremeciéndose de undolor que corrió por sus manos al tocarlas. Resoplando, Kano tiró de las cuerdas ylas enroscó entre sus dedos blindados.

Tengo que seguir. Él estaba aquí por una razón. *Tengo que ver.* Estaba allí para ver algo. *Encontrar a alguien.*

Las estrellas brillantes deslumbraronsus ojos. Levantó la vista hacia ellos ysintió que sumundo giraba repentinamente, invirtiéndose, saturando de oscuridad las paredes de la galería de piedra.

A través del lejano arco la roca roja se convirtió enmetal oscuro espirada

contemblorosos y cambiantes glifos. La vía de paso había cambiado. Ahora se trataba de unportal a unlugar diferente, una escena que enfermó a Kano al observarla.

Una nave, una sala del trono, la guarida de un señor loco. Vio unojo torvo conuna raja negra contra uncampo de sangre carmesí ydebajo de ella ungranportal mirando hacia abajo, sobre un mundo que sólo podía ser Terra. Incendios enel espacio a sualrededor. Naves ardiendo por millares. Una guerra de ferocidad indescriptible, pero todo ello se volvió insignificante por los dos titanes que se enfrentabanentre sí sobre la cubierta rayada de sangre.

Uno de ellos, undios de oro yplatino conlaureles sobre la cabeza yuna espada hecha de furia justiciera enla mano, unser de tal majestuosidad que Kano se arrojó de rodillas por el aura de su perfección.

El Emperador, amado por todos.

El otro, vestido oscuridad moldeada enacero ylatón, ceñudo yalto como una máquina de guerra llevaba la cara de unhombre, los cráneos de los héroes muertos tintineando ensucinturón, una gran garra chasqueando enel aire yuna maza de pinchos enalto.

El Señor de la Guerra Horus, hijo traidor.

Kano lo vio ysabía que no podía estar sucediendo. Él lo vio ysupo que sucedió, sucedería, sucederá, podría suceder.

La espada atravesó la armadura ycayó envuelta enchispas. El Señor de la Guerra gritó desafiante a supadre e hizo añicos la hoja consumaza. Increíblemente, el Emperador se tambaleó bajo el golpe.

Y luego, conunsonido como montañas colisionando, la garra leviatándel Señor de la Guerra atravesó la armadura del Emperador yeste sangró fuego. El hijo asesinó al padre yKano fue espectador del hecho, dejándole de piedra ante el shock.

Él no estaba allí.

Cuando Kano abrió los ojos todo era diferente.

Atrás quedaronlas paredes de hierro negro de la barcaza de batalla yensulugar vio

el mármol pulido de cristal arboria del Palacio Imperial, el aire lleno de flores quemadas yla grancúpula de cristalplas lloviendo enfragmentos. Arriba, ungrupo de brillantes estrellas ardientes. Sólo cinco ahora.

La alegría surgió enél al ver al Ángel, vivo, contoda sufuerza ypresencia, al asalto conuna lanza brillante ensus garras, alzando sus alas ymanejándolas envendavales de blanco. A la espalda de Sanguinius, unejército de sus hermanos de batalla confuria encadenada para la guerra.

Corrieronhacia una horda enemiga de armaduras oscuras ycaras aullantes corneadas. A la cabeza de la legiónenemiga, gritando maldiciones enlenguas muertas, Horus permaneció envuelto enunmanto estigio.

Sanguinius dio ungrito yarrojó la lanza contanta fuerza que unestampido sónico estalló enlos jardines arruinados. La hoja de punta acertó, perforando el ojo sobre el pecho del Señor de la Guerra. Horus murió, estallando sucuerpo enllamas.

Suhermano está muerto. Todo era diferente.

Ahora las ruinas de Signus Prime volvieronа suvista, conel grantemplo del hueso no más que un montónde osarios, esqueletos pulverizados encenizas negras por el fuego disforme.

Unnuevo monumento al horror se alzaba ensulugar, igual que los árboles del mundo llamado Masacre, uncadalso construido de legionarios muertos. Cuatro estrellas brillabansobre el. Alrededor de subase estabanlos últimos de los Ángeles Sangrientos, equipados enservoarmaduras vapuleadas, portando las alas del Aquila que una vez llevaroncontanto orgullo ahora desfiguradas. Sobre esta ahora habíangrabado conácido yespadas rotas una nueva forma. Ángulo sobre ángulo, las profundas líneas parecíanuncráneo de hierro, untrono del Dios de la Sangre. Consagrabansu nueva lealtad herética sobre los cuerpos de sus hermanos muertos yel espírituroto de supadre.

Sulegióncaía al infierno.

Unparpadeo de la realidad ynada más que eso.

Y así, una vez más, estuvo enlos pasillos de la *Espíritu Vengativo*, mientras Sanguinius arremetió contra suhermano, creando una grieta significativa enla armadura casi impenetrable del Señor de la Guerra. Pero no fue suficiente,

ygranhoja roja del Ángel se rompió. La monstruosa garra del Señor de la Guerra Horus apresó la garganta de Sanguinius yKano lo sintió como si fuese la suya. Los huesos del ángel se hicieronañicos al ser aplastados, como si vida lo hacía conel golpe. Otra estrella se encendió yse desvaneció.

Él muere allí.

El mundo cambió.

Una cámara de reyes una vez más, pero enunmundo que Kano desconocía. Ungrupo de guerreros de una docena de legiones reunidos, conlos colores de todo el espectro bajo estandartes de gloria y promesas. El ángel yungrupo de sus hermanos, solemnes ydecididos a partes iguales. Arriba, una estrella murió.

Legionarios, humanos yprimarcas, todos ellos se inclinaronante Sanguinius, sentado enel trono del Imperio, conel laurel sobre la cabeza.

Kano lo intentó, pero la única palabra ensus labios fue "señor" Él es el Emperador.

Y el claustro regresó, la arena yel sonido interminable de los vientos, pero esto no era unmañana lejano. Era mucho más cerca. Vio las puertas a las cavernas bajo el desierto rojo de Baal, hacia el Salónde los Héroes. La última estrella se atenuó lentamente.

Kano oyó la voz del ángel. *Soñé contigo, amigo mío.* Habló de RaldoronyKano vio al primer capitánde cruzar el pasillo. Una majestuosa plataforma gravítica bañada enoro yrubí le seguía. *Te vi en Baal. Estabas en las cavernas bajo la fortaleza-monasterio. Estabas lleno de orgullo.*

Y Raldoronestaba orgulloso, pero lloró conella yvestía una banda negra de luto enel brazo. Llevó el cuerpo de supadre hacia sulugar de descanso final.

Él va a morir.

Kano abrió los ojos por última vez yvio a unguerrero envuelto enuna pesada armadura arcaica brillando conunhúmedo resplandor carmesí e infernal, elevado por unpar de alas masivas empapadas envitae, cada pluma goteando consangre contaminada.

Unaullante ángel manchado de rojo.

DIECIOCHO

Enla Compañía de la Muerte

Ígneo

Venganza

La marea roja rompió enlas paredes de la grancatedral conviolencia indescriptible yel choque de cienmil armas. Sinlíder yfuera de control, los Ángeles Sangrientos actuabanpor instinto letal, convergiendo enlas torres de hueso conunsolo impulso alimentándoles hacia adelante. El odio los llevó a las cohortes de sangradores ysúcubos defendiendo los accesos al templo ydesgarrarona las criaturas demoníacas enpedazos. Los hijos de Sanguinius ya no eranuna legión, sino una fuerza de la naturaleza, arrasando todo lo que se interponía ensucamino.

Los bólters gritaronyllenaronel aire conel humo de cordita yel fuego explosivo; ycuando las armas quedarondescargadas se convirtieronencachiporras, o fueronolvidados enfavor de las espada yespadas-sierra, mazos de batalla ypuños de combate. Marines Espaciales, Exterminadores
yDreadnoughts unidos enuna sola emoción: *la ira.*

Esa ira se manifestó enla necesidad de sangre, una sed insaciable por el derramamiento de la esencia de la vida de suenemigo. Los lamentables colonos de Signus Prime, los que no hantenido la fortuna de morir rápidamente por causa del gigantesco osario o convertidos al culto perverso de los señores infernales, habíansido la carne enla que los demonios habíanconstruido nuevos cuerpos para sí mismos. Cada furia volando, cada lagunero o bestia de a pie había renacido de unhombre o una mujer que habíansido completamente humanos. Los demonios menores no podíanmanifiestan completamente eneste lugar, así que necesitaroncarne para vestir a sus almas de retorcidas energías. La prole de la disformidad les habitaba, malformaron, convirtiendo enrecipientes.

Pero esa carne podría sangrar, ypodría morir. Enla escalinata de la Catedral de la Marca, los Ángeles Sangrientos pintaronel suelo de rojo.

Tal vez les llevó una eternidad, o tal vez unabrir ycerrar de ojos. El tiempo parecía maleable dentro del templo de huesos, moviéndose a saltos enlugar de la

progresiónlineal. Meros habíanperdido la cuenta del número de criaturas que había matado mientras subíanla granescalera enespiral que se alzaba enel interior de la torre central. Como antes, cuando habíanvolado a través de la zona de batalla hacia la catedral, parecíanmoverse sintener que viajar, ymás de una vez se preguntó si todo era untruco mental.

Fue Niobe quienles mostró el camino. La llevó sentada sobre sus hombros, pues no podía seguir el ritmo de supaso, elevada sobre suhombro como unpadre podría sostener a unniño. La mujer perdió la voz, por el miedo o alguna otra cosa de la no podía estar seguro, pero ella señaló unlado a otro, dirigiéndolos a lo largo de arcos de hueso ya través de los pasajes interminables. Las bestias parecíanno notar supresencia, haciendo caso omiso de ellos, yRaldoronutilizó esa ventaja, matando todo lo que pudiera amenazarlos.

Pero cuando llegarona las altas yondulantes cortinas de carne humana curtida, Niobe dejó escapar ungemido, que se convirtió enunsollozo yluego ungrito bajo yangustioso. La sangre fluyó libremente de sus fosas nasales.

Conlas armas de fuego cargadas yespadas desenvainadas, los legionarios irrumpieronenla habitaciónyencontrarona los señores de los horrores conlos que habíanestado luchando durante tanto tiempo.

Había dos de ellos: uno era el hijo de puta conalas de murciélago que había derribado el Ángel y cobrado la vida de la compañía de Nakir; el otro era el monstruo serpentino ymacho cabrío que se había atrevido a desafiar al primarca enel puente de sunave insignia. Meros nunca había sentido ningúnodio tanjusto como el que estalló ensuinterior enese momento. La reacciónfue pura: estas criaturas simplemente *no debían existir.* Todo lo que quería enese momento era hacerlo una certeza.

El Devorador de Almas reaccionó conunrugido de furia yse abalanzó sobre ellos atravesando el hoyo enel centro de la cámara, desplegando las alas negras, elevándose raudo para luego caer en barrena hacia los legionarios.

Raldorongritó la ordende dispersiónylos guerreros se desperdigaronenuna ráfaga de movimientos. Meros colocó a Niobe encobertura mientras Orexis se movió conél, girándose
mientras corríanpara disparar contra el chirriante señor demoniaco.

El que se llamaba a sí mismo Ka'Bandha cayó como unterremoto ygolpeó consuhacha ysulátigo. Meros vio a Racine yotros dos hermanos de batalla ser cortados rodajas. Él gritó ydisparó a la cabeza de la bestia, apuntando a los ojos, pero la criatura bloqueó los proyectiles conel plano de su enorme hacha.

Lanzas de fuego irrumpieronenescena cuando los legionarios lanzaronuna andanada de rayos de plasma al torso del monstruo ysus piernas nudosas, alcanzando sus objetivos enflashes de luz azulada, desprendiendo tejido putrefacto quemado ylíquidos oleosos. El demonio rugió cuando los guerreros lanzaronfuego a supaso, pisando fuerte hacia delante ysoportando los golpes como si disfrutara de la brutalidad del dolor.

El otro señor demoniaco, la cosa llamada Kyriss, bailó e giró enel otro lado de la cámara, riendo y rebuznando de pura diversiónviendo la pelea endesarrollo. Cerca del monstruo de carne pálida, Meros vislumbró figuras que hicieronsonar una nota rota ensumente. Vio a dos guerreros del Legiones Astartes recortados enel aura repelente del demonio. La armadura era inconfundible, una servoarmadura MarkIV.

Pero el color que estaba mal. No se tratabande Ángeles Sangrientos. Portabanlo que parecían extraños textos rúnicos tallados enla ceramita desfigurada, ydonde debería haber habido unsingo sancionado de las legiones imperiales sobre suhombrera sólo había el icono grotesco de undiablo aullando.

-Kreed -susurró el sargento Orexis, reconociendo a los traidores. -Harox. Se atrevena mostrarse...

Cualquier duda sobre la alianza de los Portadores de la Palabra ylos arquitectos de la atrocidad de Signus se desvaneció yMeros los maldijo. Intentó apuntarles, pero ungrupo de monstruos crestados de cuernos surgierondel pozo brillante, espadas infernales ardientes enristre. Se lanzaronhacia ellos para unirse al Devorador de Almas, cortando el aire yrugiendo.

Raldoronyel resto de la escuadra respondieron, dividiendo el fuego entre el granmonstruo ysus secuaces-soldados. El látigo de bronce chasqueó como untrueno ymás hombres murieron. Demonios de piel carmesí continuaronsucarrera, apuñalando a supaso, lamentándose al saborear el área nula

de Niobe.

El primer capitánsalió de la cubierta ymató a uno, echándolo a unlado. -¡Orexis! -gritó. -¡Concentrad el fuego enel líder! -disparó Meros una mirada. -¡La paria! ¡Tráela, mantenla cerca! ¡Ella les daña!

El apotecario se volvió hacia Niobe, que sacudió la cabeza conviolencia. -No -gimoteó. -¿No les escucha? -la mujer de repente agarró el brazo de Meros ylo miró conlos ojos desorbitados. -¿No le oyes gritar?

-Venconmigo -insistió. –Te mantendré a salvo…

-¡No puedes salvarlo! –gritó Niobe. -¡Ellos ya lo hanmatado unmillónde veces! -sacudió sumano y señaló confuria hacia la cúspide de la torre por encima. -¡No queda nada de él!

Tanto Meros yRaldoronmirarona donde le indicó yvieronel masivo mecanismo masivo de bronce ycristal que colgaba de sus ataduras por encima de ellos, balanceándose mientras energía sobrenatural chasqueaba de las esquinas. Esta parecía vacilar yluego brillar conmás intensidad, como si el escrutinio de Niobe lo hiciese más real. La espesa neblina carmesí ensuinterior se arremolinó turbulenta, casi como si estuviera tratando de escapar de los confines de la cápsula arcana.

-¡Mira lo que hanhecho conél! -gritó Niobe, surcada de lágrimas sobre surostro manchado de humo sucio. -¿No puedes verlo?

La luz de la bruma tocó la ira naciendo enlos corazones de Meros yrecordó el momento enel campo de batalla cuando Ka'Bandha había desencadenado la misma fuerza para matar a toda una compañía de sus hermanos. Kano había hablado de una fuente para toda la furia yel dolor que proyectaba su sombra sobre el cúmulo Signus, yno había duda enla mente del legionario que eneste momento estaba ante ella.

Él no pudo describirla, la emociónque corrió a través de él contal fuerza cruda. Estaba más allá del miedo yel conocimiento, más allá de la certeza. Meros no tenía ninguna experiencia anterior conla que enmarcar esta comprensión. Él simplemente supo que esto tenía que ser destruido.

Fue entonces cuando vio la cara.

La bulliciosa yagitada niebla se concentró yespesó, ypor unbreve instante trató de formar el rostro de unhombre. Pero no era unhombre. Era unlegionario. *Un ángel sangriento.*

La imagena medio formar vaciló, como si no pudiera recordar cómo mantenerse sólida, pero fue suficiente para que Raldoronpronunciase una maldiciónBaalita vehemente, lo suficiente para que la sangre se concentrase enel rostro del primer capitánenunmomento de horrible reconocimiento.

-Yo le conozco -aseveró Raldoron. -Enel nombre del trono, ¡es Tagas! ¡El capitánde la 111ª!

-No -Meros negó conla cabeza. -Eso no es posible... el capitánTagas murió enUno - Cuarenta -Veinte, el mundo llamado Masacre -recordó los pendones de honor colgados enlas paredes de la *Lágrima Roja*, donde el nombre de Tagas estaba allí junto contodos los demás. -¡Es una trampa!

-Sucuerpo nunca fue recuperado -dijo Raldoron, asfixiado por la emociónensus palabras. -¡Yo le conocía mejor que cualquier hermano de batalla enla legión! ¡Juro que es él! Está atrapado…

Nada más decir las palabras, el rostro enla niebla roja se rompió yse incoherente de nuevo, como si la esencia de la furia fuese destilada enuna masa elemental ycontenida, encadenada como el plasma solar enel núcleo de unreactor de fusión. El breve momento de coherencia se perdió para siempre.

Unimpulso instintivo hizo desviar la línea de visiónde Meros hacia la criatura Kyriss, enfocando su mirada de ojos saltones por unbreve instante. Se rio de él, batiendo sumusculoso torso y expresándolo enresoplidos de burla de suhocico bovino. Meros vislumbró la crueldad sinfinenesa mirada depredadora ysupo que Raldoronno se equivocaba. -Creo que lo mataronhace mucho tiempo, capitán. Le hanencarcelado a ese dispositivo infernal.

-¿Puedes oír sus gritos? -dijo Niobe. -¿Qué hanhecho conél?

Unhermano de sulegión, unlegionario muerto pero sinmorir, yestos monstruos habíancometido su mayor acto de profanaciónsobre él. Si algo de Tagas aúnpermanecía eranlos jirones de unalma, el eco más débil de lo que una vez había sido yque había gastado enadvertirles de lo que estabana punto de enfrentar.

Kano regresó, yla transiciónfue una agonía. Sus pensamientos eranunrevoltijo de imágenes incoherentes yemociones destiladas, piezas de suser desparramadas enel transcurso de undespertar rudo. Él había estado tancerca de los pensamientos de suseñor, apenas tocado la mente bloqueada del primarca, pero luego todo se había ido. Suconexiónse cortó, rota enbrillantes hilos. El sueño-reino ylas visiones, las extrañas escenas futuras que había presenciado, todos fueronarrastradas de nuevo a la nada yKano fue expulsado de lo etéreo.

La realidad se interpuso contra él conuna fuerza aplastante yel legionario se derrumbó la cubierta, conlas manos apoyadas enel piso de metal de la cámara medicae. El olor a carne quemada ycenizas calientes picó sunariz yparpadeó, tratando de ver a través de los ojos legañosos. Kano escuchó un bajo yjadeante gemido yalzó la cabeza. Estaba tandébil, que apenas poseía suficiente energía enél para tomar unrespiro. El meta- concierto de voluntades le había exprimido hasta la médula.

Levantó la vista para ver a Ecanus de rodillas, pues de una herida grotesca ensucuello manaba una fuente de sangre arterial a borbotones. El amigo de confianza de Kano yhermano de batalla murió entonces, desvaneciéndose la luz de sus ojos, sucuerpo cayendo hacia adelante para aterrizar enun montón.

Ecanus no era el único. Los demás habíanperecido, pero de una manera más horrible, más fantástico. Salvator, Novenus, Deon, todos ellos se convirtieronenefigies grises de sí mismos, sus cuerpos carbonizados yconsumidos desde el interior por el fuego psíquico incontrolado. Sus hermanos se habíanrendido a sí mismos para proyectar suconciencia enla mente de Sanguinius, a través del velo de la oscuridad; todo para nada.

Kano intentó levantarse yvio como Ecanus fue asesinado. Una figura se detuvo sobre el psíquico muerto, unser humano conuna mirada loca yuna pesada hoja enla mano.

Asesinados, entonces, no sacrificados.

La sangre de unlegionario brillaba enel cuchillo, pero cuando Kano se fijó vio que el metal parecía bebérsela, absorbiendo la vitae. El hombre era uno de los supervivientes que Meros había recuperado de Scoltrum. Sólo unhombre, unser humano ordinario.

Y sinembargo, había matado a unMarine Espacial, cortando el cuello del pobre Ecanus mientras se quedaba inconsciente enel fondo de untrance psíquico. El asalto de uncobarde.

Kano luchó, pero fue incapaz de sostenerse -Te... mataré por esto... -la ira brilló ensus ojos, mas su cuerpo se negó a obedecerle. -¿Por qué...?

-Así es como siempre iba a terminar -dijo el hombre, yhabía uneco bajo sus palabras, como si otra voz hiciera de loro de supropio discurso. -Hengist fue siempre leal, si rodeos desde el principio, nacido ycriado para obedecer. Unhijo-arma, una pieza enel tablero colocado para estar listo -de repente, surostro se contrajo enungruñido lascivo. -¡Siempre lo supe! -gritó las palabras, derrochando saliva de sus labios. -Hengist yLutgardis, Horsa yPhyria, los hermanos-cultistas estabanlistos -la hoja se acercó, yahora estaba limpia. -Siempre listos -murmuró.

Kano le vio retirarse la capucha sobre sucuero cabelludo yvio que el hombre se había cortado un
anillo tachonado de ocho puntas enla frente. El asesino de Ecanus acechó hacia él alrededor de la tarima cruciforme donde el Primarca estaba todavía, silencioso e inmóvil.

El guerrero se arrastró de rodillas, agarrándose de uno de los pilares para sostener supeso. Este loco le asesinaría como había asesinado a Ecanus, golpeando cuando estaba debilita yno podía defenderse. Sanguinius nunca volvería a despertarse.

Kano perdió el control ycayó de nuevo al suelo. Suvisiónse hizo borrosa ytrató desesperadamente de alejarse del momento, de la traiciónde sucuerpo hacia la fuerza eterna de sualma.

-Ahora, morirás -dijo el loco.

-Tú primero -exclamó Kano, mientras sus pensamientos tocaronunnúcleo ardiente de poder perdido enlo profundo de suespíritu. Unpoder que había mantenido acorralado durante demasiado tiempo.

El psíquico levantó la mano y*lo liberó*. El aire chilló cuando unrayo crepitante de color rubí brotó de la palma de Kano ycrepitó a través de la cámara. Hengist estalló incluso antes de que pudiera gritar de dolor, vaporizando susangre ycarne enuna niebla húmeda que oscureció el suelo yel techo. Después de que la energía-luz se

descargara al azar, extendiéndose a través de la plataforma de metal, los monitores de sensores yfocos biolumínicos se cortocircuitaron.

Podría haber pasado uncentenar de años antes de que Kano se arrastrara desde el compartimento, tambaleándose por el pasillo. Cayó contra las paredes, dando tumbos como unborracho. La pálida luz de Signus Prime se derramaba enel pasillo roto, cubriendo conel polvo del aire maloliente los cuerpos de los muertos que cubríanel suelo. Cadáveres humanos yacíandondequiera que él miró, muchos de ellos conlos pechos abiertos por las arpías que se deleitabanconsucarne enfriándose.

Las criaturas escupieroncuando vieronvenir a Kano. Irrumpieronenvuelo frenético, zumbando con sus alas mientras huíanhacia el cielo muerto por los lugares enlos que el casco de la *Lágrima Roja* había sido arrancado.

Kano volvió a tropezar, cayendo contra la pared rota. Le tomó todo lo que tenía enél llegar hasta aquí. Quería tumbarse sobre la cubierta ydormir, dejar que la calma de sumembrana sus-anse apoderase de sucuerpo maltrecho e impusiese el descanso. Pero ello sería admitir la verdad.

-He fallado... -susurró. La promesa que había hecho -darlo todo para llegar a la mente de su primarca, atrapado enuna jaula de visiones atormentadas- se había derrumbado fuera de sualcance, ylos mismos guerreros que podríanhaber cambiado la suerte de esta guerra yacíanmuerto a causa de ella. Había estado tancerca. Sólo unos momentos más, si Ecanus no hubiese muerto...

A sualrededor, los pasillos vacíos de la batalla barcaza a tierra fuerontestigos mudos de esta verdad que afloró. Sus hermanos se habíanido, la *Lágrima Roja* abandonada mientras la gransed de sangre finalmente había abrumado a la legión. Kano se asomó endireccióna las lejanas torres de la catedral infernal. La torre de los huesos estaba llamándole, igual que había llamado a todos ellos. Sería el monumento a sufinal.

Una marea de miseria horrible barrió a Kano, tangrande que le robó el aliento. -He fallado a mi legión. Mis parientes. Mi primarca -cerró los ojos para vergüenza de si.

-No lo has hecho

Kano se sacudió, abriendo los ojos de golpe como si despertara del sueño más

profundo. A pesar del frío yde la fetidez del aire, a pesar del sombrío resplandor de las estrellas Signusi sangrado a través del cielo enfermizo, había ámbar yblanco brillante delante de él.

Una granfigura, una forma mítica tallada por la luz yel forjada de oro ycarmesí. Sanguinius estaba a sulado, yla expresióndel ángel era la de unpadre lleno de todas las emociones enconflicto que su alma pudiera contener. El orgullo yla tristeza, el miedo yla euforia, estos yuncentenar más.

-Mi señor -susurró Kano, temeroso de creérselo. Extendió la mano para tocar el brazo del primarca. No se trataba de una visión; sus dedos encontraronceramita calentada por el sol.

Por unmomento, la tristeza más grande pesó sobre el rostro patricio del Ángel. -Has sacrificado mucho para traerme de vuelta, mi hijo. Has pagado unalto precio.

-Hicimos lo que pensamos que era correcto...

Sanguinius levantó una mano para silenciarlo. –Hablaremos de eso, pero no ahora -frunció el ceño. -¿Dónde estántus hermanos, Kano?

El legionario levantó una mano cansada yseñaló hacia la Catedral de la Marca.

Sanguinius asintió gravemente, observando consus ojos ambarinos los restos a sualrededor con consternación. -Mira lo que se ha forjado aquí, puesto enmarcha por las mentiras.

Retrocedió sobre sus patas heridas, desplegando sus poderosas alas entoda suextensión. -Te juro que esto no irá más allá –el señor de Kano miró fijamente, colocando brevemente una mano ensu hombro. –Has luchado yganado tubatalla. Ahora terminaré conesto.

Conunrugido de tormenta, el Ángel saltó hacia el cielo, empuñando sugranespada carmesí mientras se levantaba. Rompió las nubes contaminadas, esparciéndolas lejos de él como si le temiesen, yel primarca se convirtió enunrayo de oro ígneo, cayendo hacia el templo de los huesos como un cometa enllamas.

Una sola pluma, blanca pura ydeslumbrante, descendió poco a poco a la cubierta a los pies de Kano.

Desde que la guerra de Signus había comenzado, el capitánRaldoronhabía visto muchas cosas que pusierona prueba surazón, sucarácter estoico, ya falta de una palabra mejor, su*fe*. Sinembargo, parecía que no habría fina la obscenidad de la traiciónque moldeó cada asalto que los Ángeles Sangrientos habíansufrido. Mentiras yverdades ocultas, criaturas fuera sacadas de mitos yfábulas, todas estas cosas fuerondifíciles de aceptar; ninguna tandifícil como el horror risible de la traición.

Raldorondescargó subólter enla cara chirriante de unsangrador, decapitándolo conlas detonaciones. El cuerpo de piel carmesí siguió oscilando, moviendo suespada bruscamente. La remató conuna fuerte patada que la envió tambaleándose sobre el borde de la fosa que brillaba intensamente yhacia abajo, hacia los fuegos misteriosos retorciéndose ensuinterior. Las llamas disformes lamieronconavidez las paredes de la amplia chimenea, emergiendo del no-espacio franqueado por el dolor psíquico de millones de víctimas.

Mientras la batalla rugía alrededor de la cámara, sus guerreros continuaronmartilleando a
Ka'Bandha ylos otros demonios, distrayendo la mirada del capitánpor unlatido. Esta cayó hacia la luz xeno del pozo. La iluminaciónque emanaba de ella deformaba todo. Era como si la catedral de la marca hubiese sido construida encima de una herida enla carne de la realidad.

La distraccióncasi le quitó la vida. Una cimitarra curva brilló enel borde de suvisiónyse giró, evitando por poco uncorte que pudo partirle endos.

Harox. El Portador de la Palabra taciturno había venido a hacer untrofeo del Ángel Sangriento.

-¿Por qué nos has hecho esto? -espetó Raldoron, dejando escapar la pregunta. -¿Por qué nos traicionáis?

-Nunca lo sabrás, ni lo entenderás -gruñó Harox, fintando, devolviendo el golpe consuespada.

-¡Maldito seas, pues! -la maldiciónexplotó de los labios de Raldoronenungrito violento, yél sintió que suautocontrol se escapaba. El bólter del capitángritó dos veces, alcanzando a Haroxa corta distancia. Terrones de armadura se desprendieronyel portador de la Palabra tropezó. -¡Maldito seas! –la furia de

Raldoronlo tomó yderribó a Haroxcontra el suelo de cráneos conel cañónde la pistola humeante, golpeándole consuespada conuna ferocidad propia de la locura.

Supuño blindado se abrió ysinpensarlo conscientemente, Raldoronlaceró el cuello de Harox, arrancándoselo. La sangre del Portador de la Palabra chorreó enuna cascada de color carmesí, salpicando a suatacante. Antes de que Haroxpudiera liberarse, Raldoronlo liquidó, aplastando el cráneo de suoponente consubota blindada.

Raldoronse echó hacia atrás, sorprendido por el impulso abrupto de agresiónque se había extendido por él. Sangre contaminada cubría suservoarmadura, bullendo hasta evaporarse.

Kyriss lo vio todo yle dirigió una reverencia burlona, desternillándose por la escena. Inmediatamente, la ira regresó yRaldorondio unpaso hacia el demonio serpentino, lleno de pensamientos ydeseos de despedazarlo yver el color de la sangre, como había hecho conHarox.

Se detuvo, conteniendo el impulso, negándose a dejar que tomara el control. Raldoron instintivamente miró hacia arriba yvio el aura carmesí bañándole conel resplandor horrible de la rabia capturada enla cápsula de cristal. La influencia malévola del dispositivo demoníaco era cada vez más fuerte a cada segundo que pasaba. Tenía que ser destruido.

El capitáncorrió hacia el borde de la cámara, hacia una escalera hecha de huesos de extremidades que se elevabanhacia unpórtico de cajas torácicas tocando las paredes. Si él pudiera acercarse, encontraría unángulo para efectuar undisparo…

-¿A dónde vas, insecto? –unaliento cálido ydulzónse apoderó de él conunolor asqueroso a flores podridas, yde repente Kyriss estaba frente a él, conlas piernas sinuosas de la criatura ysus múltiples brazos crispados. La bestia saltó hacia él, bloqueando sucamino. –Tantransparente – mugió entre risitas. -¿Todavía no lo entiendes? ¡No podéis ganar! Sólo puedes entregarte al Ígneo -Kyriss asintió conla cabeza hacia el cadáver de Haroxyse echó a reír, rencoroso yfuerte. –¡Ya lo has hecho!

La furia se levantó de nuevo yRaldorondejó que lo impulsase hacia adelante. Enroscó sus músculos ysaltó sobre el demonio; pero no para atacarle, ya que lo

esperaba. Encambio le esquivó por la
derecha, logrando escabullirse por debajo de la guardia hacia la escalera.

Las botas del capitánagrietaronlas copas de los cráneos rotos, pero entonces el mundo se convirtió enunmuro del dolor ysuartimaña fue desactivada. Kyriss bailó como una bailarina yuna de las garras negras ensus brazos secundarios conectó sobre el pecho yel hombro del legionario, triturando ceramita yarrancando suhombrera. La garra se cerró yRaldoronsintió que sus entrañas eran aplastadas mientras suservoarmadura fue comprimida.

-¡Hijo de Khorne! -Kyriss llamó a sucompañero demoníaco. –Encárgate de esto.

El goliathconalas de murciélago enla otra parte de la cámara lanzó lejos a unpar de guerreros disparándole yse volvió. Kyriss descartó a Raldoroncomo unpedazo de carne de mal gusto yél se liberó de sucepo, cayendo por el suelo manchado hasta detenerse ante la iluminaciónenfermiza de la ventana de la inmensa catedral.

Ka'Bandha le acechó mientras Raldoronse puso enlas rodillas, agarrando el pomo de suespada. El capitánvio la sonrisa maliciosa enlos labios del monstruo, vio el surgimiento de suenorme ytosca hacha. -La sangre de los débiles engrasará las espadas de los fuertes -las palabras burbujearonde lo profundo de sugarganta.

Levantó el hacha para el golpe mortal, cuando una sombra pasó a través de los soles cenicientos en el cielo exterior. Una sombra engracia ymeteórica, moviéndose conunpropósito imparable.

La bestia Ka'Bandha vaciló.

El cristal ylos marcos de hueso explotaronenmillones de fragmentos, la ventana-mandala circular destruido por la fuerza de la llegada del Ángel.

Sanguinius aterrizó conunfuerte estruendo a sus espaldas, conlas alas elevadas enarcos brillantes de color blanco, el brillo de suarmadura de batalla tandeslumbrante como la luz del alba. Supura fuerza de voluntad irradiaba de él, magnifica e interminable. El primarca era enese momento la antítesis de la cubierta de odio yhorror que había echado raíces enSignus Prime; era como si el propio universo hubiera decidido expresar sudisgusto por estas cosas demoniacas a través de su furia marcial. Sanguinius se levantó como una tormenta de oro, encarnando la venganza, el poder justo de unhermano traicionado yunpadre agraviado

gravemente ensus manos.

Enunmovimiento relámpago agitó hacia delante sugranespada carmesí enunarco elevado que separó el polvo ceniciento a supaso. No se volvió para poner sumirada frente a frente conKyriss, ni siquiera por uninstante, pero la espada de Sanguinius dejó sumano conunmovimiento de subrazo y cantó mientras cortó el aire hacia el demonio de piel rosada.

La punta de la hoja atravesó el musculoso estómago de Kyriss contal fuerza que lo atravesó, empalando a la bestia enlas paredes del templo de huesos. La criatura lanzó unagudo yululante grito mientras luchaba por destrabarse, clavado por toda la longitud de la espada, como uninsecto de naturaleza extraña capturado para suestudio.

Todo esto ocurrió, a nivel del suelo, enunabrir ycerrar de ojos. El Devorador de Almas ya estaba girando hacia el Ángel, olvidando la ejecucióndel capitánRaldoronpara encarar este nuevo ataque. El hacha yel látigo se arquearon, agarrados por sus manos musculosas, yendo a suencuentro.

Sanguinius cruzó el amarillento suelo teselado de la cámara, envuelto de los vítores de sus nobles hijos. Los desangradores ansiosos por matar corrierona suencuentro, golpeando consus espadas infernales contodo suodio para acabar rebotando ensuarmadura. El primarca les prestó poca atención, lanzándolos a unlado o aplastándolos contra el suelo congolpes de sus puños blindados cerrados.

Ka'Bandha escupió yarrojó el arco de sulátigo enunmovimiento hacia abajo. Sanguinius no vaciló ensuenfoque, moviendo suala izquierda hacia delante para ocultar surostro, escudando las puntas de púas del látigo, chorreando sangre allí donde los ganchos cortaron. Él siseó de dolor, pero le restó importancia al asalto, cerrando la distancia a quemarropa, buscando a suenemigo. El demonio estaba listo para él yel otro brazo del Devorador de Almas cayó conel hacha apuntada para escindir el cráneo del ángel endos. Las manos de Sanguinius se unieronenunchoque estridente, capturando la hoja entre ellas.

Por unmomento, los dos titanes forcejearonuno contra el otro, conlos ojos conectados, los músculos tensados.

-Has vuelto -ralló el demonio. -Mis hijos me encontraron.

-Eso no cambia nada, pequeño ángel. -el hacha tembló, moviéndose de ida yvuelta. Unerror yla hoja caería.

Al otro lado de la cámara, el empalado Kyriss rugió por encima del sonido de los legionarios del Ángel enbatalla consus soldados de a pie. -¡Mátalo!

La lengua de Ka'Bandha se movió. -Tupreciosa legiónserá destruida, Sanguinius. No puedes evitarlo. Incluso ahora tus elegidos estánatrapados enlas profundidades de una furia asesina de la que no puedenescapar. ¡Ya es demasiado tarde! El veneno está enellos. Lo sabes tanbiencomo yo.

-Tal vez -susurró Sanguinius. -Pero no caeránhoy. No lo permitiré -mostró los colmillos enun gruñido. -Esto termina ahora... *demonio*.

Conungrito sinpalabras, el Ángel retorció los brazos, rasgando conlas manos el extraño material espeluznante de la cabeza de hacha. Uncrujido repugnante rompió por la habitacióncomo el chasquido de una espina dorsal, yel arma de Ka'Bandha se destrozó entoda sulongitud, esparciendo trozos de metralla. Antes de que la criatura pudiera reaccionar, Sanguinius agarró uno de los cuernos curvos del Devorador de Almas ytiró hacia adelante contodas sus fuerzas. El primarca alzó suotro puño para cumplir conel hocico del animal e hizo caer una lluvia de golpes rápidos conlos nudillos de suguante antes de que Ka'Bandha lo empujase.

Escupiendo pegotes de negra, humeante sangre ydientes rotos, el demonio gruñó. -Mírate. ¿Dónde está el noble Ángel ahora, transhumano? ¡Mejor la sangre dulce para sofocarte! –el brazo de Ka'Bandha se balanceó hacia atrás, raspando por el suelo de huesos los cables de cobre de sulátigo, agitándolos enel aire para otro golpe mortal tanpoderoso como la que había derribado al Ángel en las Llanuras de los Condenados.

Sanguinius reaccionó más rápido de lo que el ojo podía seguir. Brilló enel aire, unflashde alas, y
atrapó la punta del látigo antes de que pudieranalcanzarle. Los cables fundieronla ceramita donde la tocaron, desprendiendo volutas de vapor de entre sus dedos blindados. El primarca condujo al Devorador de Almas, arrastrando las pestañas hacia abajo conél, yantes de que la criatura pudiera reaccionar anudó el látigo enunbucle a través de la garganta aullante del monstruo.

Ángel ydemonio chocaron, estrellándose contra el suelo. Ka'Bandha alcanzó conlas manos suagarre del látigo, pero era demasiado tarde: los cables de cobre se tensaron. Sanguinius dio al látigo un tirónviolento ylos aullidos del Devorador de Almas se volvieronladridos frenéticos estrangulados.

La bestia intentó liberarse, golpeando confuerza al primarca, aferrándose al aire. Sus alas de murciélago se desplegaron, desgarrando consupuntas, rascando gubias enla armadura de Sanguinius.

Conprecisiónfría yletal, el Primarca detuvo el batir de una de las alas monstruosas consumano libre. -Sólo los ángeles puedenvolar -dijo sombríamente yluego la arrancó.

El sonido fue como el desdoblamiento de una granvela de cilicio, yel demonio Ka'Bandha gritó lo suficientemente fuerte como para sacudir las paredes. Fuego disforme brotó del tronco del ala yse estremeció de dolor, una sensaciónde que sólo había conocido previamente de los gritos de sus enemigos.

Conel látigo todavía enrollado alrededor de sucuello, el Ángel arrastró al herido demonio al borde del abismo enel centro de la cámara yluego le levantó para que pudiera mirarle a la cara. El demonio se rio entre los estertores de sudolor, sus convulsiones, tratando de liberarse. –Aúnme tomaré tucráneo.

Los ojos del primarca brillaronconunpotente odio. -Si realmente provienes del reino que los hombres una vez llamarónel infierno -entonó, -cuando regrese allí, dile a tuparentela que fue Sanguinius quiente devolvió a sulado -conungruñido de esfuerzo, el Ángel se apoderó de la bestia yla empujó sobre el borde de pinchos del pozo.

Las maldiciones de Ka'Bandha resonaronhasta el fondo, hasta que finalmente desapareció, gritando, enlas llamas disformes.

El espíritude Meros se disparó cuando el primarca despachó al demonio alado, ypor uninstante se atrevió a esperar que había una sombra de victoria eneste sangriento conflicto de desgaste. Golpeó conel puño supecho para celebrar el triunfo de suseñor, aunque el apotecario sabía que la batalla está lejos de acabar.

Sobre él se arremolinaba enuna pesadilla de formas bestiales gritonas que se lanzaroncontra de las armas de fuego yespadas de los Ángeles Sangrientos. Orexis

permanecía al lado de Raldoron, izando al capitánal tiempo que disparó consumano izquierda. Vio a Cassiel, Leyteo, al tecnomarine Kaide yunpuñado de legionarios mantenido fuera del alcance de Kyriss por ungrupo de sangradores.

Meros se dio la vuelta para llegar hasta Niobe, donde esta se acurrucó a la sombra de unpilar óseo. -¡Tillyan! ¡Venconmigo! ¡Te necesitamos!

Ella sacudió la cabeza conviolencia. -No puedo. *¡No puedo!*

Hizo una mueca. Los ojos de Niobe estabanllenos de temor. Nada de lo que había experimentado podría haberla preparado para los horrores que se estabandesarrollando ante ella, o el camino que la había llevado hasta allí. Era unmilagro que suespírituno se hubiera roto bajo la tensión.

Pero la vida de Niobe, al igual que la de Meros o de cualquiera de la legiónsolo contaba como una forma conla que se podría derrotar a sus enemigos. Alargó la mano hacia ella, yde la nada un proyectil impactó ensumuslo, desequilibrándole.

La conmociónfue unduro puño de presiónque estrelló a Meros a unlado yenel suelo de hueso fracturado. Se levantó rápidamente, sacudiéndose, yvislumbró Niobe acostada enunmontón; por un segundo de infarto temió que el proyectil había golpeado a la paria, pero habría quedado poco de ella si eso hubiera sido así. La mujer estaba sangrando e insensible. La onda expansiva de la explosiónque había derribado a Meros abajo la golpeó hasta dejarla inconsciente yasí como se dio cuenta de ello, el legionario sintió que el extraño campo nulo a sualrededor se retiraba, disipaba.

Meros temió que Niobe aúnpodría morir. Ella era frágil encomparacióna unMarine Espacial, fácilmente víctima de lesiones internas; pero no pudo prescindir de unmomento para asistirla.

Otro disparo le impactó.

La agonía estalló enla pierna desgarrada yhuesos astillados de Meros, soltando chispas de su servoarmadura dañada. La matriz de la fibra muscular bajo la ceramita de su(cuissart) erró el tiro, haciéndole tambalear. Buscó suespada-sierra pero el arma no estaba allí. Demasiado tarde, se dio cuenta de que había sido arrancada de suanclaje magnético cuando cayó.

Vio al bastardo acólito Tanus Kreed venir hacia él, disparándole otra vez yapuntando bajo. Meros le esquivó, tratando de alejarlo. Si Niobe era asesinada, cualesquier poder que cubría al equipo de ataque de la energía maligna del Ígnea se perdería yellos conel. Incluso ahora, Meros sintió la ola de ira crecer. Se sintió terriblemente *auténtico*. Esta sed de sangre no era algo creado desde fuera e inoculado a los Ángeles Sangrientos. Era unhilo del veneno oscuro ylatente dentro de todos ellos, a la espera de ser arrastrado a la superficie.

-Estás perdido, Ángel Sangriento -dijo Kreed. -Nunca conocerás la gloria. ¡Tus ojos quedaránciegos para siempre! -el Portador de la Palabra cayó sobre él antes de que pudiera sacar supistola yle apaleó conla masa de subólter. Meros le esquivó de nuevo mientras Kreed le disparó a quemarropa, zumbando el grito de los proyectiles enlos oídos.

El cañónpesado del bólter, aúncaliente por la ráfaga, golpeó al apotecario enla cara, quemando su carne. Perdió el equilibrio ycayó al suelo.

-El cambio está llegando, pero vivirás para verlo -Meros parpadeó; la voz de Kreed estaba cerca y resonante, sobresaliendo enuna sinfonía de disparos ygritos. -Sólo aquellos abracenla verdad marcharánconnosotros.

-Tú... –consiguió decir Meros, tosiendo al respirar una bocanada de humo. El dolor era intenso. -Tú eres débil. Como Lorgar. Los Portadores de la Palabra... siempre hansido débiles. Nunca conla fuerza para estar solos. Siempre habéis necesitado una *excusa*.

-No sabes nada -gruñó Kreed, elevando el bólter para apuntar directamente a la cara de Meros. Este vio pequeñas líneas de texto de oraciones arcadas al ácido enel metal del cañón.

-Siempre habéis tenido que encontrar una fuente para esconderos tras ella. ¡Undios falso para justificar vuestra fragilidad de espíritu! Primero fue el Emperador... yahora estas aberraciones disformes.

Kreed se inclinó, saboreando el momento. .Nuestros dioses nos quieren.

-¡Entonces reúnete conellos! –Meros se abalanzó, impulsando suguantelete medicae contoda la fuerza que pudo, apartando lejos la boca del cañónbólter. El arma disparó, ensordecedora, pero el tiro salió desviado por alto. Meros no se

distrajo; flexionando los dedos, el mecanismo del guante extendió la sierra cortadora ósea yla clavó través de la parte inferior de la mandíbula de Kreed, aprisionando el borde afilado ensucavidad nasal yel cráneo. Se echó hacia atrás yarrancó la hoja extensible, dividiendo la cara del acólito enuna salpicadura de la sangre derramada. El portador de la Palabra murió conuna gárgara yel ángel de sangre se deslizó de supresa.

Recuperó suespada-sierra yfue a por Niobe, frunciendo el ceño concada paso que soportó enla pierna herida. Colocó a la mujer por encima del hombro como si no fuera más que unrollo de tela, dejando el cadáver de Kreed atrás yacercándose a sus hermanos de batalla.

Por todas partes, enlos pasillos de la Catedral de la Marca, llegó el eco de las hojas enfrentadas y odios desatados.

DIECINUEVE

Sacrificio

El sabor de la victoria

Recordando a los caídos

Enlos pasillos de la basílica profana de Signus Prime, el masivo poder de los Ángeles Sangrientos legiónse reunió, provenientes de todo el campo de batalla para devolver al enemigo demoníaco de vuelta a suguarida. Cultistas muertos ylos cuerpos deformes que eranlas capas de carne de los espíritus de la disformidad alfombrabanel suelo de huesos yla granplaza de ruinas al frente. Masas de líquidos pintaronel suelo o se agruparonenlagos poco profundos. Por todas partes, la sangre derramada por las bestias sacrificadas salpicabanenarcos las paredes donde les habíanabierto las gargantas. La escena se repitió entodo el planeta, entodas las fortalezas enemigas yenlas naves que aúnse batíanenduelo enla oscuridad de la órbita alta.

Los hijos de Sanguinius se habíanperdido enel tumulto de la matanza. Las cuidadosas líneas puenteadas de las compañías ycapítulos se había roto ymezclado; al cabo de unas horas la legiónse transformó poco a poco enalgo salvaje. Se habíanconvertido enunhuracánrojo que desgarró Signus Prime sindejar nada a

supaso. Los Ángeles Sangrientos lucharoncomo nunca lo habíanhecho antes, no conla fría razónyla fuerza justa como sus guías sino conlos corazones latiendo de venganza, de una rabiosa sed de sangre ensus labios. Imparables, todos los que se cruzaronensucamino fueron exterminados.

El enemigo subestimó gravemente la voluntad de los ángeles. Lejos de desmoralizarse por el ataque brutal yvicioso sobre suamado Sanguinius, cortaronsus ataduras conel mismo. Los lazos que los manteníana raya se deslizaron, yuna oscuridad previamente escondida se desató. Cada uno de ellos hambriento por la sangre de suenemigo, pero era una sed que no podía ser saciada; solo les proporcionaba unbreve intervalo de respiro.

El último de la guardia demonio fue empujado al amplio anexo enla base de la Catedral de la Marca, presionado enuna masa de carne retorcida e indescriptible. La horda había vivido por todo lo alto en sudominio del cúmulo Signus, atormentando yasesinando a los colonos humanos que había llamado a estos mundos hogar. Los últimos de ellos habíansido masacrados por los demonios eneste lugar, por lo que era unlugar apropiado para acabar conlos asesinos.

Los Ángeles Sangrientos les arrasaron, reduciendo sus números a medida que las cuchillas se levantaronycayeron. Los cuerpos fuerondestrozados enmareas del vitae yesencias demoníacas gritando cuando evacuaronla carne para caer enel granhoyo enlas entrañas del templo. El último soldado de las criaturas fue masacrado bajo untorbellino de espadas, pero cuando se hizo la ira no disminuyó.

Unsombrío ymelancólico silencio descendió, solo roto por el goteo de la sangre ylas respiraciones por las rejillas de ventilación. Sólo la criatura Kyriss quedaba convida, maullando por encima de la grancámara de dolor, pero aquí enel campo de batalla no había nada más que matar.

Todos los enemigos estabanmuertos, pero la sed de sangre seguía ardiendo, buscando nuevo odio para alimentar suhambre sinfin. Sinpalabras, cientos ycientos de guerreros levantaronla cabeza para mirar a la cara de los legionarios a sualrededor, ya no viéndolos como sus hermanos de batalla sino como rivales yfuentes de antiguas ypequeñas enemistades. Los nudillos se blanquearonpor las empuñaduras de las espadas, los dedos descendieronsobre los gatillos.

Enla quietud, el futuro de la legiónbalanceaba sobre el filo de la cuchilla.

El demonio estaba llorando yriendo mientras colocó sus delgados dedos sobre la empuñadura de la espada del Ángel, forzándola angustiosamente fuera de la cavidad abierta de sutorso. Cuerdas de materia hedionda seguidas de unchorro de sangre se desparramaronante él cuando la hoja crujió de la pared ycayó finalmente libre, ruidosamente al suelo óseo.

Raldoronse estabilizó, levantando suarma. -Quiero ser el que lo mate -espetó, furioso sinmedida.

Sus heridas parecíanvagas ycosas olvidables. Todo lo que quería era matar a la cosa llamada Kyriss, oírle gritar.

El capitánparpadeó ytrató de sacudirse el impulso siniestro, pero sólo se retiró a los bordes de sus pensamientos, coloreando todo a sualrededor.

La monstruosidad de piel rosada extendió sus cuatro brazos ygiró sucabeza de bovina. -Destruid este cuerpo yencontraré más. Eso no pondrá fina la locura -tartamudeó mientras Sanguinius cruzó la cámara hacia ella, irradiando suluz dorada. El rostro del ángel era el reflejo de una pura furia fría, unbrillo siniestro ensus ojos.

Fue entonces cuando Raldoronvio unaspecto que nunca había visto ensuseñor hasta este momento. Había dolor enél, undolor intenso que podría tener suorigenenlas heridas que había recibido de las pestañas del Devorador de Almas. Y más allá de eso, Raldoronconsideró a Sanguinius yvio una herida ensuespíritu, tanprofunda que nunca podría ser curada.

Pero todo esto estaba enterrado bajo una imponente vehemencia de tal envergadura que sólo unseñor de la guerra forjado genéticamente podía contenerla. Sanguinius se agachó ytomó suespada carmesí de donde había caído, yla hoja cobró vida concalor ycolor, como si hubiera salido de la forja de un herrero.

-Estás derrotado, criatura -gruñó. -Esta guerra de los horrores ha terminado.

A sualrededor, los supervivientes de Cassiel yde las escuadras de Orexis teníansus cañones apuntados enla bestia, manteniéndola a raya. Raldoronvio a Meros enel extremo más alejado del grupo, colocando suavemente a Niobe enel suelo. Suespada-sierra tembló enla mano. Todos ellos se sentíanel mismo acoso de sus

temperamentos.

Kyriss rio, aferrándose a la herida abierta ensuintestino. -¡Sabes que no es así! -señaló a la cara del ángel. -Tienes la *visión*. Miras los caminos que se abrenante ti ylos caminos te observan. Este presente es tuvisiónpasada. ¡Lo soñaste! -echó hacia atrás la cabeza yaulló, soltando sangre negra y espumosa ensus labios. -Hoyes el día que emerge tudefecto, Sanguinius de Baal. Todos tus hijos lo verán. ¡Y algunos no viviránpara contarlo!

-¡No! -el Ángel preparó la espada para ungolpe mortal.

-¡Sí! -Kyriss levantó sus manos, tambaleándose hacia atrás. Clavó sus garras enla ardiente cápsula de cristal arriba, meciéndose hacia adelante yhacia atrás sobre sus cabos gruesos. -El Ígnea se enciende yarde ahora, incesante -el demonio miró de reojo al Ángel. -Es la manifestaciónde la oscuridad dentro de ti, transhumano. Los mismos hilos de color rojo ynegro que girana través de las moléculas de la carne yde la sangre. El defecto latente entus hijos... -es ladeó la cabeza, jugando conlas palabras. –El fallo que llevas desde tunacimiento, Sanguinius.

-¿Qué mentiras sonestas? -escupió Kaide. -Mi señor, ¡destruidlo yacabemos conesto!

-No sonmentiras -dijo el primarca, mostrando el dolor enascenso ensus ojos una vez más. Echó un vistazo a Raldoron, compartiendo la breve angustia conél. El capitánse acordó de unguerrero enlas ruinas de una iglesia derruida enMelchior ydel puñado de otros antes que él.

-Te conocemos, Angel -dijo Kyriss, sofocando una tos. -Siempre te hemos conocido. ¿Nunca te lo
has preguntado, enla larga oscuridad de la noche, cuando estabas solo yconproblemas? ¿Alguna vez te atreviste a expresar el pensamiento acerca de los orígenes de... -se interrumpió, haciendo una pausa para hacer una forma enel aire, trazando las líneas de las alas de Sanguinius. -... tus *regalos*? –volvieronlas bajas carcajadas estridentes una vez más. -Cuando te arrancaronde los brazos de tu padre, cayendo enel polvo ylos desiertos carmesíes de Baal, los poderes oscuros te observaron. Ellos pusieronsus manos sobre ti.

-*Ahora* mientes -dijo Sanguinius. -Yo soyel hijo de mi padre, ysiempre lo seré. Yo

soyel ángel de supura ira.

-Entonces, mátame yve a tus hijos caer ante ese poder -Kyriss se levantó entoda sualtura, haciendo caso omiso de las heridas supurantes a través de sutorso enruinas. -*Ira*. Es lo que eres, es lo que se oculta bajo tumáscara de nobleza. Pero no abrazas ese defecto, si continúas negándolo... ¡entonces el precio será de la vida de todos tus hijos! -el demonio hiló sobre la esfera, obligando a los legionarios a retirarse, fuera del alcance de sus garras. –El juego matóne ingenuo de Ka'Bandha ha terminado, yyo me comeré cuantas porciones de victoria pueda de esta debacle. ¡Arrodíllate ante mi!

-Nunca.

Kyriss rugió confastidio. -Te doyuna elección, primarca. El Ígnea no puede ser rociado, sólo *experimentado*. Es autosuficiente. Mira a tus hijos. ¡Incluso estos guerreros de granrenombre se acercanpoco a poco al filo de liberar el deseo del Berserker! Si no fuera por esa bruja fantasma que trajeronconellos, hubiera sucedido ya. El resto de la Legiónestá a sólo unsuspiro de distancia de matarse los unos a los otros! -sus garras chasquearonde enojo. -Y esta sed roja es sólo el comienzo. Llegará a ser más poderosa que cualquier cosa que aúnno hayas soñado.

-¿Qué... elección?

Cuando Sanguinius dijo las palabras, Raldoronsintió como si una espada le hubiera atravesado el corazón. -Mi señor, no…

-¿Qué otra opción, demonio? -tronó el primarca.

-Toma la Ígnea dentro de ti mismo -dijo Kyriss. -Acéptala. Venconmigo, camina contuamado hermano Horus. Haz esto yliberaré a tus hijos. Es una promesa. Tulegiónse salvará, Ángel. Nunca conocerá el fallo de nuevo. Será tuvida por las suyas.

Raldoronvio la cuestióndesarrollarse enlos ojos de suseñor. Desde que el capitánse había enterado de la herencia de los perdidos, de la amenaza que se escondía enla semilla genética de la legión, se había mantenido ensilencio como suseñor había pedido, pero no podía cerrar los ojos a cómo este conocimiento trajo dolor a suprimarca. No había destino más temido por el Ángel que el sufrimiento de sus hijos.

La punta de la granespada carmesí vaciló ycayó hacia el suelo. Raldoronoyó uncoro de gritos de los guerreros a sulado, llorando de incredulidad yla censura. El primer capitánluchó contra su cuerpo para llegar junto a suseñor, moviendo la cabeza. -Esto es lo que quierenlos traidores -insistió. -¡Por eso nos trajeronaquí, mi señor! Para llegar a esto, ¿no lo ves?

-Ya veo -dijo Sanguinius, ylas palabras parecieroncargar siglos de edad.

-¿Es mucho pedir? –aseveró tontamente el demonio. -Unpadre que da todo por sus hijos. Eso es lo que pretendías desde el principio, ¿no es así, Sanguinius? ¿Morir por ellos? –las manos de Kyriss se cruzaronpara realizar una serie complicada de gestos ya cambio la cápsula de cristal bajo él se sacudió ysoltó, liberadas de sus ataduras de metal psíquicamente resonante como una flor mecánica barroca. El humo rojo ensuinterior se filtró ondulante al aire exterior.

Raldoronsaboreó la bruma enla lengua. Era sangrienta como el hierro húmedo yrica como amargo odio. -No se puede confiar enesta *cosa* -escupió.

-Nunca te mentiremos -dijo Kyriss, haciéndose eco de las palabras de Ka'Bandha enlas llanuras de los Condenados. -Te daré lo que necesitas. Lo que deseas.

El ángel dirigió una mirada larga ysombría a través del marco enruinas de la ventana rota, hacia abajo, hacia las masas de guerreros carmesíes blindados rodeando la catedral. *Sus amados hijos.*

-Si debe haber unsacrificio -dijo Sanguinius, desplegando sus alas lentamente, -se hará.

-¡Se hará! -el grito resonó eneco de las palabras del primarca yRaldoronse giró hacia la voz, escuchando el zumbido brusco de una espada sierra. *-¡Pero no por ti!*

Vio a Meros, blandiendo el arma enalto conuna mano. El apotecario agarró uno de los grandes cables de fibra que se enlazaba a unanillo de huesos fusionados enla pared del fondo, engarzando en subrazo el anillo. Antes de que nadie pudiera detenerlo, Meros maniobró suespada-sierra hacia la cuerda yla rompió enuncorte zumbante. Liberada, la tensióndel cable desigual retrocedió yle llevó hacia la compleja red de poleas ypesos enormes que suspendíanla construcciónde cristal. El apotecario se agarró confuerza yse dejó llevar por él, hacia la niebla empalagosa

derramándose de la cápsula abierta. El hacha de Meros fue arrancada de sumano ycayó a medida que desapareció en el humo de sangre.

Sindudarlo, Sanguinius se lanzó al aire enundestello de blanco yoro, volando hacia arriba enuna espiral tras suhijo errante.

Él cometió el acto sinincertidumbre. Sabía que tenía razón. Si hubiera habido tiempo para dudas, Meros se podría haber preguntado acerca de esas cosas abstractas como el sino o el destino, pero él no era uno de los que pensara enesos términos. Sólo hubo la cuestiónde lo que había que hacer, de la inmediatez de la acción.

Él no puede caer.

Desde el momento enque había recibido undisparo enNartaba Octus, cuando sintió el proyectil segador de almas penetrar ensus entrañas ydestrozar sus carnes, Meros supo que unfantasma de su propio final estaba cerca. Había estado a punto de morir; ese era el destino de unlegionario, estar siempre a punto de perecer engloria ybatalla, por la Verdad Imperial.

Pero la muerte no le había llegado ese día, yenel sarcófago donde yacía mientras susangre era filtrada de sucorrupciónxenos, la intangible cualidad del hombre que se podría llamar suespíritu osciló cerca del borde de la vida.

El Señor de la Guerra Horus.

El guerrero que conoció enel ensueño de la curaciónde susangre había dicho ese nombre. Una
advertencia. Sólo entonces Meros la entendió completamente. Al principio, pensó que se trataba de una advertencia demasiado tarde, pero eneste momento le pareció lo contrario. ¿Era, encambio, que había sido preparado para este evento? ¿Unángel sangre que ya debería haber muerto, abstenido de sufinpara esta elección? ¿Este acto?

Parecía justo. *Era* justo.

El cable gritando ardió mientras traqueteaba a través de los mecanismos de poleas, arrastrando la pesada masa de sucuerpo yservoarmadura hacia arriba, descendiendo al suelo uncontrapeso denso a cambio. La visiónde Meros se nubló mientras se hundía enla neblina carmesí ylo soltó, dando vueltas. La velocidad inercial lo

empujó a unlado yel apotecario cayó confuerza sobre unpétalo de la psico-cápsula abierta, agrietando la matriz cristalina. Raspó la superficie conlos dedos recubiertos de ceramita enla superficie resbaladiza yrodó. Meros logró asirse antes de que pudiera perder el control ycaer por donde había venido. Se levantó yrecompuso.

La cápsula, que desde abajo parecía una grancaja de cristal neblinoso yfiligranas de latónahora estaba abierto e iluminado conllamaradas de energía. El color de las explosiones le golpeó en sacudidas sinestésicas de emoción; la sombra del odio, el tono del frenesí, el matiz de la ira.

El recipiente abierto debería haberse consumido, pero dentro de suestructura no parecía existir ninguna dimensión, ninguna forma de que era real. El espacio interior se extendía hasta el infinito, como unespejo que mira a unespejo.

Humo rojo se movió a sualrededor como la sangre se movía a través del agua cristalina, en ondulantes yagresivas olas. Tenía intenciónymalicia ensumovimiento. Meros se acordó de la forma de uncarnodonal acecho, rodeando a supresa.

Abrió los brazos. -Vamos, entonces. Antes de que me dé cuenta de lo tonto que soy, ven. Llévate tu sacrificio.

Una fuerte ráfaga de aire yel ruido de alas batientes anunciaronuna nueva llegada. Meros se dio la vuelta yde repente estuvo ante el severo rostro del Ángel, posándose detrás de él. -Retrocede, hijo mío -dijo. –Te lo ordeno.

Meros respiró hondo y, a continuación, pronunció las palabras más difíciles que jamás había pronunciado. -No, mi señor. Debo rechazar suordenrespetuosamente.

Los ojos de Sanguinius se estrecharon. -Desobedeces a tuprimarca.

-Así es. -de la nada, unextraño murmullo de sentimiento levantó al apotecario yle dio una risa triste. -Supongo que eso me convierte enun*traidor*.

-Meros. No puedes hacer esto -las alas del ángel se doblaroncerca de él, apuntando hacia la niebla retorciéndose. -Ninguna alma mortal puede sobrevivir al contacto conesa fuerza. Si se trata de lo que dijo la bestia Kyriss, es la fuerza bruta de la disformidad. Es el poder crudo de todas nuestras rabias. No serías capaz de controlarlo. Te destruirá.

-Sí- dijo, dando unpaso más cerca. -*Me* destruirá, pero no a *ti* -Meros levantó la

mano, girando la muñeca donde el el guante medicae descansaba sobre sumuñeca blindada. -Nos ha enseñado muchas cosas, lord Sanguinius. La nobleza de nuestro espíritu. La destreza guerrera de nuestros corazones. La humildad, enla cara de ununiverso de grandeza ymagnificencia -Meros asintió para sí mismo. -Y el deber. El granpeso del deber- levantó la vista, enfrentándose a la constante mirada del ángel. –Tú eres unprimarca, hijo yseñor de la guerra del Emperador, el más numinoso ygalante de sufamilia. Yo no soymás que unguerrero, nacido del polvo de Baal yelevado para luchar enuna grancausa. Y veo ninguna causa mayor que esta.

-No quiero que mis hijos mueranenmi lugar -susurró Sanguinius.

-Esa decisiónno es tuya. Es nuestra. Es mía -cuidadosamente, Meros extendió la hoja de corte del gante ylo colocó contra el cierre de sucuello. -Si unsolo legionario se consume enel fuego yla furia la galaxia seguirá adelante, sinnotarlo. Pero si tú caes... -hizo una mueca. -Si el Señor de la Guerra ha vuelto surostro de Terra, entonces *no puedes caer*. Sólo tú puedes enfrentarte conél en igualdad de condiciones. Cuando llegue la batalla, deberás estar allí para enfrentarte a él, hermano contra hermano -vaciló Meros. -No tengo la visión, señor, pero si veo esto. Y lo sé.

Conunchorro de chispas yungruñido de dolor, Meros obligó a la hoja a cortar la parte delantera de suservoarmadura, abriendo undesgarro irregular a través de la ceramita que corría desde el cuello hasta la ingle, a través de las capas de la carne que había debajo. Guio la punta de púas del reductor a los lugares correctos, como lo había hecho tantas veces antes enlos cuerpos de legionarios a punto de morir. El aparato zumbó monótono por la piel, levantando una escofina de dolor. Meros flexionó los controles digitales yconestallidos húmedos de sangre derramada, se quitó sus propias glándulas progenoides. El dispositivo aspiró los nódulos de tejido ricos genéticamente enuna vaina de depósito, sellando el interior para suconservación. El legado de Meros a sulegiónestaba ahora seguro.

Manchados sus labios de carmesí, el apotecario torció el módulo medicae ylo separó de su armadura. -Mi señor, ¿podría? -aturdido por el shock, Meros lo arrojó hacia el Ángel, que se lo arrebató enel aire conundestello de oro. -Tomad esto... ypermitid que algo de mí viva.

Luego le dio la espalda a suseñor yse lanzó hacia el corazónlatiendo del Ígnea.

Fue más terrible que las palabras que podríandescribirlo. Fue furor ensuforma más pura, unvacío absoluto de todos los demás sentidos ylas emociones. No había amor para templarlo, no había paz para fomentar la tranquilidad. No había control o razónpor la cual la furia se podría contar y ordenar. No había intelecto para enfocarla, ni moral yel instinto a través del cual se podíanencontrar límites.

Sólo había ira, bullendo roja ylívida, convocando a una sed de sangre ysangre ymás sangre, yen algúnlugar enlas profundidades, a la espera de seguir el camino carmesí, había una furia negra más allá de esto. Una locura, unfrenesí de dimensiones psicóticas imponentes.

Y todo esto estaba dentro de ellos.

El humo ardiente penetró enMeros como el vino podría llenar unvaso, a través de la grietas ensu armadura, por sus ojos ysus oídos, a través de los poros de supiel.

Los últimos diminutos vestigios del legionario que fue el capitánTagas, hermano de batalla yalma perdida, pasarona través de él, iluminándole por uninstante yluego despareciendo para siempre. Meros captó la fracciónmás oscura de sí mismo enTagas. La disformidad había cambiado al capitán, el poder psíquico de la cápsula desnaturalizó lentamente sucarne, torturándole hasta que el pobre Tagas se desintegró enesta energía sindirección. Durante mucho tiempo se mantuvo inquebrantable, lo mantuvo enel borde de la furia yla locura que lo había consumido literalmente. Los demonios habíanatrapado a unguerrero enuncrisol de odio hasta que lo único que quedó la base, lo más más imperfecto de suespíritu. La carne se convirtió enenergía. Él se convirtió en emoción.

Enesta alquimia imposible, Kyriss ysus hechiceros habíanhecho la Ígnea de Tagas. Habíanvuelto unalma guerrera ordinaria de los Ángeles Sangrientos enla clave para destruirles a todos.

Meros le vengaría si pudiera. Él se aferró a ese pensamiento cuando la rabia yla sed lo abrumaron, invadiendo poco a poco todo lo que era. El fuego lo consumió, sobrescribiendo sumente ycarácter.

Y fue aquí, al final, cuando voluntariamente tomó la decisiónde renunciar a sí mismo, donde Meros sintió la presencia de otra mente. No la de Tagas, porque

estaba dispersa ysólo sueco había quedado. No, esto era algo *recién nacido.*

Una conciencia de la urdimbre agregada yencrecimiento, convirtiéndose el algo animado.

Algunos decíanque las mareas enloquecidos del immateriumeranunmar literal de la emociones, el reflejo irreal de lo corpóreo. Si eso fuera así, entonces esta mente nació de eso. Una reuniónde la ira yla sed, de la necesidad yel deseo, tanpoderoso que ahora logró supropia sensibilidad. Poco a poco, esta presencia se extendió yahogó la mente del hermano Meros, llenándolo, cambiándolo, convirtiéndose enreal. Enuna explosióncataclísmica de color rojo, la cápsula de cristal estalló en una lluvia ardiente de polvo brillante.

Kano sintió final de suamigo, yse tambaleó, recibiendo el shocksobre él como ungolpe físico. Se tambaleó ycayó contra unposte roto, parpadeando por el dolor empático, alzando sucabeza. Kano miró a través de una seccióncortada enel casco de la *Lágrima Roja,* por las tierras de la zona de guerra hacia las altas torres del templo demoníaca. Relámpagos esmeraldas yescarlatas brillaronde las nubes arremolinadas sobre el mismo, iluminando el cielo ceniciento. Las chispas de color ardiente erancomo las espadas de los dioses enguerra, persiguiéndose unos a otros e intercambiando golpes.

El fétido sabor eléctrico de la energía psíquica bruta estaba enel aire, el derrame tóxico descuidado de habitantes de la disformidad liberados de suagonía, contaminando el mundo desde supunto de entrada eneste universo. A través de todo esto, Kano sintió como se llevaba a Meros. No fue una muerte; fue unefecto lamentablemente común, sentido muchas veces al servicio de la GranCruzada. El final de Meros fue más unborrado lento de suser desde la superficie de la realidad. La mente psíquicamente sintonizada de Kano vio cómo ocurría, aunque sucuerpo físico estaba a muchos kilómetros de la Catedral de la Marca.

Lo que vio sinver fue la retirada de una marea invisible de odio furioso yel frenesí por saciar la sed de sangre. Todo sobre la superficie de Signus Prime yensuórbita se había bañado enuna radiación espectral de ira, una textura espectral de lo que había directamente enel corazónde unángel sangriento. Ese manto de la oscuridad, al igual que el granvelo negro que aúnenvolvía todo el cúmulo Signus, se hizo a partir de pensamientos ysutacto era venenoso. Sombríamente, Kano consideró que así

podría haber terminado todos, robando incluso al mejor de ellos la moderacióny la razón.

Pero ahora esta sombra-que-no-era-sombra retrocedió, cayendo como las escamas de furia salvaje de los ojos de sus hermanos de batalla. A medida que se desvanecía, los legionarios conarmas de fuego yespadas enel alto detuvieronlos gruñidos de sus gargantas. El fallo ensuinterior se mantuvo incólume, supoder seguía siendo fuerte, pero perdió el control que había robado a la IX Legión. Su carácter cambió cuando la tormenta estalló.

El Ígnea de más de cienmil guerreros se derrumbó sobre sí mismo, cada vez más pesado, convirtiéndose enalgo sólido yclaro. Al igual que una estrella nacida de la condensaciónde gas y polvo estelar, la furia se acrecentó conel alma del hermano de batalla Kano. Trajo ungrito de dolor puro enlos labios al entender lo supremo del sacrificio que el apotecario había hecho.

Meros era unguerrero de buencarácter, pero nunca había sido lo que otros habríanllamado un campeón, unhéroe de la Legión. Era simplemente lo que las bases de los Ángeles Sangrientos siempre habíansido: leales, nobles hijos de Terra yBaal, desinteresados ydispuestos a luchar. Dispuestos a morir.

Kano cerró los ojos, pero no podía dejar fuera de la visión. La oleada telepática era demasiado grande, arrastrando suvisióninterior a ella conla enorme gravedad de sus efectos. Ensus corazones, una certeza fría lentamente comenzó a formarse, yKano se armó de valor. *Esto me es familiar.* Lo había visto antes.

Se acordó *de la cubierta bajo sus botas romperse como el hielo quebradizo y caer a través de un vacío sin fondo de negro.*

-No -la negaciónsalió de suboca enunsusurro. La palabra era una débil yfrágil respuesta ante la comprensiónsúbita; recordó yse arrepintió. Era verdad.

Recordó *una figura humana emergiendo de la oscuridad, directamente hacia él, gritando. Un guerrero con armadura pesada que brillaba con un resplandor carmesí húmedo e infernal.*

Delimitado enel abismo mental sinfinde la esfera psíquica, Kano ahora sabía lo que la visiónle había mostrado enla celda de meditación. *Los ojos le eran conocidos.* Encierto modo, *siempre* había sabido quiénera. Todo había estado moviéndose,

girando mientras los mundos orbitaron alrededor de soles, suceso tras suceso, todo para que este momento sucediese.

Meros se transformó, retorciéndose enlas garras de unresplandor infernal mientras el poder se fusionó concada átomo de suser. La carne de sucara se distorsionó enuna máscara hueca más allá de la apariencia de dolor. Suarmadura se convirtió enoscura ydesfigurada, sus articulaciones humeantes, la cáscara de ellas temblando mientras luchaba por contener las energías que no estaban pensadas para estar vinculadas a esta realidad. Enla sombra de la disformidad, Kano vio unpar de alas fantasmales ensangrentadas desarrollarse brevemente de la espalda del apotecario herido, reordenando los huesos destrozados por debajo conuna lluvia de sangre fantasmal, yluego se desvanecieron.

El hermano Meros murió ynació el Ángel Rojo.

La matriz de cristal de la cápsula sonó como campanas disonantes a medida que se deshizo, convirtiendo latónycristal enfragmentos de metralla letal. La bestia Kyriss se echó hacia adelante conlos brazos enalto enlo que podría haber sido la súplica, gritando ensulegua. El ruido inhumano era ensordecedor; era el sonido de una emociónque moría, unengaño tanestigio yhorrible que incluso el más negro de los corazones humanos no habría sido capaz de abarcarlo.

El demonio gritó, se echó a llorar como una viuda desconsolada, golpeándose entre grandes rabietas a sualrededor. Finalmente, se volvió yescupió la bilis hacia la línea irregular de Ángeles Sangrientos que se trasladaronpara mantener a la criatura ensupunto de mira. -¡No tienes derecho a hacer esto! ¡Vosotros, animales ignorantes yquejicas! ¿Cómo os atrevéis a arruinar todo? ¡Sois nuestros peones! ¡Esto es Signus Daemonicus, nuestra cabeza de playa, nuestra guerra entierra! ¡Y aquí haréis lo que os digamos! -la voz melódica de Kyriss crepitó yse rompió, volviéndose dura y rencorosa. A medida que cambió, tambiénlo hizo la cara del tatuaje-patróndel demonio, el color rosado suave de suhocico bovino adoptó matices nuevos ymás malignos. -¡Las piezas sobre el tablero no tienenderecho a rebelarse! Cogéis lo que os damos, lo adoráis…

Una sombra alada rompió las palabras de la bestia mientras piñones blancos cortaronla neblina humeante sobre él yel hierro al rojo de la hoja pesada de unseñor de la guerra brilló. Kyriss retrocedió ychilló, elevando ydescendiendo el

tono enuna cascada de acordes atonales, la canción de corrompida de una sirena que golpeó a los Ángeles Sangrientos conla fuerza de uncañón gravitón. Las garras-manos de sucarne prestada subieron, rompiendo yrastrillando enla tierra, para empuñar una espada de plata brillante como salida de la nada.

Raldoron, Cassiel ylos demás no necesitaronninguna ordenpara presionar aúnmás el ataque final, sabiendo tanto como suenemigo que era el último demonio de pie. Proyectiles bólter azotaronal demonio, arrancando chuletas retorcidas de carne de sucuerpo deformado.

Kyriss bailó enlocas yvertiginosas piruetas, tratando de matar a todo el que pudo. Gruesas lágrimas legañosas cayeronde sucara, babeando saliva espumosa que derramó ensus pechos temblorosos. -¡Debéis amarnos! -gritó. -¡Os dimos la sangre yel odio y*nos amaréis por ello*!

El ángel estaba allí para el golpe mortal, cerniéndose tras la criatura. De pie consumagnífica y terrible armadura ocultaba el pálido sol; sugranespada, sostenida enel agarre invertido de un verdugo. -Tomaré tusilencio ahora -dijo, ycruzando sus manos sobre supecho, Sanguinius pasó la hoja roja a través de la garganta del demonio de hombro a hombro.

La voz de Kyriss cesó. Conuna cascada de sangre contaminada de la herida mortal, sucuerpo se desplomó hacia delante, liberado de sucabeza. El primarca le arrebató uncuerno curvo antes de que el corte separase las dos partes ydejara caer el cadáver. Volvió lentamente la cabeza cortada para estudiarla condesapasionamiento, examinando el trofeo que había obtenido de la abominación disforme.

Le susurró palabras que sólo Sanguinius pudo estar lo suficientemente cerca para escuchar. Luego sonrió, uninstante tanbreve que apenas existió.

Raldoronignoró el dolor de sus heridas ycojeó hacia suseñor, bajando el cañónde subólter. Observó al primarca descartar la cabeza del demonio conunmovimiento superficial de la muñeca, enviándolo por encima del borde de la granfosa. Humos nocivos que corrompíanincluso a un legionario de excepcional constituciónse encresparondel cadáver del demonio muerto.

Rápidamente, como una filmaciónacelerada, el cuerpo sincabeza de la cosa que se había llamado a sí misma Kyriss se descompuso, derritiéndose enuna masa fea que

se parecía unpoco a despojos contaminados. La carne se volvió unpegajoso líquido que rezumó enlas grietas del suelo ylos huesos deformados se hicieronvisibles ante de que oscurecieranyquebrasencomo si envejeciesen décadas ensegundos. El primer capitántenía el conocimiento enfocado al combate de la anatomía y la estructura orgánicas, pero nada de los restos de la criatura seguía una lógica de la biología que podía recordar. Durante unmomento inquietante le pareció ver los contornos del esqueleto de un hombre, de algúnmodo atrapado enel interior de los huesos del demonio, como si el segundo hubiera surgido del primero, pero luego se convirtió enpolvo arenoso, comprimiendo miles de años de edad encuestiónde segundos. El último fragmento endisolverse fue el meollo ennegrecido de un órgano cardíaco.

Cassiel trazó una línea a través de una rama de la materia podrida conla punta de suespada. -Entonces, ¿Se ha acabado? -había tal cansancio ensuvoz que se podría haber aseverado que había combatido todo unsiglo enla pacificaciónde Signus. Era difícil aceptar que sólo había sido cuestión de días.

-Mira -dijo Kaide concautela, ordenando al pesado servo-brazo salir zumbando de la mochila del tecnomarine, moviéndolo a apuntar hacia una figura de pie enel borde de la fosa.

Raldoronmiró yvolvió a mirar. De hecho, la figura no estaba de pie. Flotaba, a uncorto espacio del suelo, ligeramente a la deriva. La misma luz enfermiza que había visto hervir dentro de la cápsula psíquica, que había sentido presionándole ensus pensamientos, se concentraba ahora eneste individuo. Unhalo de infernales llamas ardía enél, emitiendo unaborrecible ruido leve.

-Meros -dijo Cassiel, haciendo del nombre unmonumento conmemorativo. -Por el trono, él vive.

-Eso no es vida, sargento -dijo Sanguinius, dando unpaso hacia delante para colocarse entre sus guerreros ysuhermano transformado. -Él la dio por nosotros.

Raldoronseñaló a los otros legionarios que estuviesenpreparados yle apuntó. -¿Hayque matarlo entonces?

El ángel esperó que la aparicióndiera el siguiente paso. -Existe algo diferente dentro de ese cuerpo. De lo que una vez fue unlegionario, sólo una fracciónqueda ahora.

Lo que había sido el hermano Meros ladeó bruscamente la mirada, como si

Sanguinius le hubiera llamado por sunombre. .Una fracciónse mantiene -dijo, yallí estaba el fantasma del apotecario en palabras. -Sólo lo suficiente para que pueda ser atormentado por lo que ha hecho.

El ente avanzó lentamente hacia ellos ylos legionarios se prepararona uninstante de abrir fuego. Sanguinius se mantuvo firme, espada enreposo, a la espera.

-Estoyaquí ahora –dijo la aparición. -Dentro de tuhijo caído. Conozco sucorazónoscuro. Éste no se perderá como el otro lo hizo. La debilidad de Tagas fue que él creyó que había sido abandonado. Esa es la clave a través del cual los poderes de la oscuridad destruyeronsualma. Este... -se detuvo, examinando sus manos blindadas rotas. -Él sabe lo que hizo por ti.

Raldoronera el más cercano al lado de suseñor, por lo que sólo fue él quienvislumbró lo que podría haber sido el brillo de una lágrima enla mejilla marcada al fuego del primarca.

-Préstame atención, criatura. Deja que Meros escuche esto -Sanguinius elevó la granespada yle apuntó conella, a la derecha enel pecho del guerrero transformado. -Tutáctica ha fallado. Lo que seanestos poderes a los que llamáis maestro, cualquier decisiónirracional que mi hermano Horus haya hecho para buscar unpacto conellos, estáis vencidos hoy, enla cúspide de la victoria. ¿Entiendes la razónde por qué?

-Esta -el legionario roto remontó la brecha humeante enla parte delantera de la servoarmadura destrozada. -Unejemplo de vuestro ideal. Fuiste subestimado. La sed que debería haberos…

-Pero no lo hizo –la cara de Sanguinius se endureció condesafío. -Porque mientras viva unsolo Ángel Sangriento ypueda respirar será el amo de suespíritu. No permitirá que el abismo que yace en el corazónde todos nosotros lo arrastre a la oscuridad -miró hacia otro lado, mostrando unorgullo feroz ensus ojos mientras inspeccionaba a Raldoronyal resto de hermanos de batalla-hijos cansados. -Esa es la verdad que no entiendes, la verdad que Horus ha olvidado. No es el descenso hacia la sombra ni la subida hacia la luz que nos hace superiores. Es enla lucha sinfinentre los dos donde reside nuestra grandeza. Somos probados yno desfallecemos -la voz del Ángel se convirtió en ungrito repentino. -*¡Nunca caeremos!* ¡Lleva este mensaje a mi hermano ydíselo!

El guerrero roto se volvió, haciendo ungesto de muñeca yse desvió hacia el granabismo. El fuego disforme dentro del mismo creció fuerte yagitado, como si detectara supresencia.

Para sorpresa de Raldoron, Sanguinius dio unos pasos tras el fantasma. -¿Meros? -dijo, ysus palabras fueronbajas para que no fuesenllevadas. -Si escuchas esto, oye mi juramento. Juro por la legión, a cuyo honor has salvado, que tunoble sacrificio será recompensado. No morirás ensilencio.

La forma ahora lamida por las llamas no le reconoció. Se dejó caer del borde del pozo ysualas carmesíes brillaronarcanas de suespalda. Raldoronoyó unronco ybajo estruendo que creció hasta que fue tanfuerte como si el mundo se estuviese partiendo.

Uninfierno de energías disformes emergió conuna fuerza volcánica, tragándose el cuerpo del guerrero transformado. Sanguinius volvió a ponerse de espaldas a él, extendiendo sus alas amplia para proteger los cuerpos de sus legionarios de la pared de fuego del infierno desatado.

Uninstinto gritaba enlos pensamientos de Raldoron-unsentido profundamente enterrado enel fondo de sucerebro, algo que surgió hace millones de años enel elemento más básico de la psique humana. Gritó uncomando para los legionarios. -¡Volveos! ¡No miréis al fuego, hermanos! ¡Volveos!

Horrores indecibles e insondables de palabras o pensamientos gritaronymaldijerona los Ángeles Sangrientos mientras suúltimo punto de apoyo enSignus Prime se rompía. Las plantas superiores de la gruesa torre cónica del templo volaronenpedazos cuando el fuego disforme alcanzó unpunto crítico yse liberó enuna esfera de energía sobre la superficie del planeta. Fragmentos rotos de huesos se esparcieronkilómetros, cayendo del cielo enuna lluvia obscena.

La horda disforme perdió sucontrol sobre el universo material yfue arrastrada entre gritos a través del cielo, las nubes de ceniza ardiente, rompiendo la membrana delgada de la atmósfera y acelerando. Consumió grandes bocanadas de los restos de los cinturones de la muerte enórbita baja ylas naves supervivientes de la flotilla de los Ángeles Sangrientos aceleraronymaniobraronpara
salir de sucamino, muchos de ellos convirtiéndose enlas últimas víctimas de la

batalla cuando sus naves reaccionarondemasiados lentas para evitar la deflagración.

La esfera arremolinada de fuego inmaterial perdió cohesiónycomo unmoribundo ahogándose, un hombre golpeando conviolencia loca mientras la muerte le llegaba, arañó los planetas ysoles del cúmulo Signus, rasgando sus superficies yatrayéndoles. Pero no pudo aguantar. Esta vez el grito psíquico fue sofocado yuna breve supernova floreció antes de que el incendio se atenuase enbrasas yal final, nada.

Poco a poco, tentativamente, el velo de sombra que había envuelto a la extensióncompleta del sistema estelar se desintegró, disipándose como una tormenta por el viento.

Allí, enla superficie, de pie ante las ruinas de la torre rota, Raldoronmiró hacia arriba enuncielo donde no había nubes. Poco a poco, enel negro por encima de ellos, las estrellas que habíansido veladas regresaronconsuluz para mirar hacia Signus Prime una vez más.

Cassiel fue el primero enhablar. -¿Ha terminado *ahora*? Sanguinius le lanzó una mirada. Negó conla cabeza.

VEINTE

Precio a pagar

Pesar

ImperiumSecundus

El suelo tembló cuando el terremoto resonó por las llanuras desoladas yhubo unmomento enque Signus Prime pareció contener el aliento. Entonces, impulsado por mástiles de fuego nuclear que fundieronroca yconvirtieronarena envapor, la mole gigantesca de la *Lágrima Roja* comenzó a subir. Lentamente al principio, desprendiendo fragmentos rotos de metal ygavillas depositada por los vientos, la barcaza de batalla se liberó de la tierra que lo sujetaba. Luchando contra la gravedad cada metro del camino, la nave parecía desafiar la razóncuando se levantó enel aire aburrido. La monolítica construcciónartesanal del tamaño de una ciudad resistió los intentos del planeta para devolverla a donde había caído. Esta fue la última batalla que se libró enel cúmulo Signus, la partida final entre el poder de los Ángeles Sangrientos ylos páramos hechos de miseria humana y brujería disforme. La IX legiónla ganaría como ya lo hicieranantes; el fracaso sería disputar la voluntad del Ángel.

EnSignus Prime, enHolst, yenórbita, encada lugar donde sus guerreros habíanpuesto unpie, su primarca ordenó que sus hijos borrasentodas las pruebas de que la legiónhabía estado alguna vez en este lugar. Durante los días que pasarondespués de la carga final enla Catedral de la Marca, un ejército de sirvientes yGuardianes recogieronlos cadáveres de cada hermano de batalla, cada vehículo averiado, cada trozo de armadura o la espada embotada. El trabajo estaba casi terminado, quedando las cubiertas gastadas de algunos casquillos perdidos yenterrados enla arena, pero poco más. Sanguinius lo había ordenado así. Los Ángeles Sangrientos no dejaríannada atrás eneste lugar arruinado, asesinado. Ni sus naves, ni sus reliquias ymenos sus preciados muertos.

Herida pero imperiosa, la *Lágrima Roja* se alzó más ymás rápido a medida que sus poderosos motores presionaroncontra el cielo. Los daños enla nave erangravísimos -enlo profundo de sus espacios reparaciones internas estabantodavía encurso- pero al igual que los ángeles sangrientos, desafió a las probabilidades ylos planes de

unenemigo engañoso para ascender de nuevo. El resplandor blanco de la enana Signus Beta, a granaltura a través de la nube de polvo enel aire, brillaba yfue eclipsada brevemente por la silueta de la *Lágrima Roja.* La sombra se proyectó enel espejo del símbolo de la legióna supaso sobre el campo de batalla ypasó.

Raldoronvio la poderosa barcaza retroceder enlos rangos del cielo Signusi, reunidos él ytodos los demás capitanes enlas ruinas derruidas mirando hacia arriba enseñal de saludo al verla marchar. Eranlos últimos Ángeles Sangrientos enel planeta, encualquier parte del sistema. A poca distancia, unala de Stormbirds estaba esperando para llevárselos de este desierto desfigurado. Una vez dieran la espalda a Signus Prime, nunca volverían.

Nadie volvería. Ya se había grabado enel libro de la Legión, por la propia mano del primarca. Los Ángeles Sangrientos no construiríanunmonumento o memorial aquí, como lo habíanhecho enotros planetas, donde se había llevado a cabo matanzas similares. Los cientos ycientos de muertos serían llevados de regreso a Baal para ser enterrado enlas laderas del monte Seraph, las naves dañada a los astilleros para ser reparados yrearmados. Boyas de advertencia ybalizas automáticas se desplegaronentodo el perímetro del sistema estelar, obligando a dar marcha atrás a cualquier nave que pudiera pasar enlos próximos años.

El cúmulo Signus se declaró *Mortae Perpetua*; muerto para siempre. Quedaría sinvida y pudriéndose hasta que sus soles se agotasen, connada más que los ecos de los que perecieronallí para dar testimonio.

Raldorondio la espalda al cielo quemado yel desierto manchado de sangre, conla mirada cruzándose conlas caras de sus compañeros. Vio a GalányFurio, Carminus yAzkaellon, cada legionario allí fuera atendiendo la presencia de suseñor, pero cada uno bajo uncierto aspecto de la misma sombra melancólica que imperaba entoda la legión. Tras el baño de sangre enla catedral, cuando el embrujo de la Ígnea finalmente fue roto, el carácter de los Ángeles Sangrientos se había convertido enunsemblante malhumorado yazuzado por el amargo aguijónde la miseria. Poco a poco, como hombres nuevos el día que salende décadas de vida enuncalabozo sinluz, habían llegado a comprender que toda esta pesadilla había pasado. Algunos incluso mostrabanuntalante brillante yel ánimo optimista poco socavado, pero el primer capitánno podía dejar de preguntarse cuánto de eso era una tapadera. Sólo

Amit daba a entender que suconducta había oscurecido. Incluso ahora él se escondía enlos bordes del grupo, sinhablar connadie, sus ojos entornados yperdido en sus propios pensamientos.

Raldoronfrunció el ceño. La legiónhabía sido herida eneste lugar, uncorte que penetró ensu esencia misma. Al igual que suprimarca, los Ángeles Sangrientos habíansido sorprendidos por los que llamabanhermanos. La lejana perfidia del Señor de la Guerra Horus ylas mentiras cercanas de los Portadores de la Palabra les había llevado al borde del abismo. *Nos han mostrado lo peor de nosotros mismos*, pensó, *y es una triste realidad aceptarlo.*

El tiempo diría si sanaría esta herida, o si quedaría sincicatrizar dentro de ellos por toda la eternidad. Por el momento, el capitánrecordó las palabras de Sanguinius enel templo de huesos. *Fuimos probados y no desfallecimos.*

Se apartó brevemente para permitir que unsirviente pasase junto a él, deambulando hacia los Stormbirds. La máquina-esclavo era uno de los pocos que habíanacompañado a los capitanes de combate a este lugar. Los servidores llevabanlos mecanismos para untorpedo ciclónico táctico, que ahora estaba posado enmedio de las ruinas. Unbolardo rechoncho de plastiacero que contenía una cabeza de increíble poder destructivo. El arma había sido programada para detonar cuando los oficiales reunidos alcanzasenuna distancia segura, cuya explosiónresultante sería suficiente para arrancar unabismo enorme enla superficie de Signus Prime yerradicar todo rastro de la Catedral de la Marca para siempre.

Sanguinius consideró el arma, para luego volverse hacia ellos. -Nuestro enemigo ha cometido un grave error, mis hijos. No nos mató a todos cuando la oportunidad se abrió para él -la expresióndel Ángel era sombría. -Y ahora le cobraremos el costo de sangre por ese error. El costo, por la vida de nuestros hermanos de batalla perdidos enesta locura. Por los inocentes sacrificados para atraernos aquí –la furia brillaba ensus ojos. -El coste de la traiciónyla perfidia.

El primarca miró a Azkaellon, yel comandante de la Guardia tomó suseñal para ofrecerle unpanel de información. -Nuestras naves hanllevado a cabo una búsqueda de la *Página Oscura*, pero la nave traidora nos ha eludido. Sólo podemos suponer que los Portadores de la Palabra hanhuido del sistema ysaltado al immaterium. Me imagino que llevaránel mensaje de sufracaso a... –suvoz se tambaleó de repente,

tropezando conlas palabras.

-*Horus* -entonó el Ángel. -Puedes decir el nombre de mi hermano díscolo, Azkaellon. Todos hablaremos de él, cuando llegue el momento enque deba ser nombrado el architraidor.

Raldoronsabía que suseñor sufría concada aliento que tomaba, aunque no dio muestras de ello, pues la lesiónincapacitante que había sufrido enel campo de batalla todavía tenía que curarse. Un ser menor nunca hubiera caminado de nuevo sinsacrificar sus miembros rotos por reemplazos augménticos. Sanguinius dominó ese dolor, sosteniéndolo cuando nadie podía verlo. Pero no así el otro dolor, la agonía de sualma. Ese no pudo evitar mostrarlo ante los guerreros de sucírculo íntimo, los legionarios que mejor conocíanal Ángel. Raldoronlo vio ensus ojos, lo oyó ensus palabras. El Señor de la Guerra despertó al principio ungrandolor ensuhermano angelical, pero ahora este fue quemado yreconstruido como ungranypoderoso odio.

La espada del primarca se deslizó de suvaina ySanguinius puso sumano desnuda sobre ella, provocándose uncorte. -Juro que llegará el día enel que me enfrente a Horus ylo pondré ante pregunta yla espada. No tengo duda enmi mente de que mi hermano se ha apartado del derecho del Emperador yla bandera de la gloria de Terra. Él se ha unido conlos monstruos para llevar acabo su rebelión. No sé por qué, pero eso no quedará ennuestras manos. Puede ser locura, la influencia de algúnagente o la corrosiónde sucorazón, pero obtendré la verdad cuando me encuentre conél cara a cara -agarró la espada conferoz intensidad. -Y entonces lo mataré por sutraición.

Cuando unmurmullo de asentimiento pasó por el grupo reunido, Raldoronse sintió obligado a hablar. -Mi señor, si los Hijos de Horus ylos Portadores de la Palabra se hanunido contra el resto del Imperio, entonces nos enfrentamos a una batalla como ninguna otra enla historia humana.

Sanguinius asintió. -Es mucho peor de lo que piensas, amigo mío. Hoy, Azkaellonme trajo la noticia de una comunicacióndescifrada por uno de los pocos astrópatas supervivientes.

Raldoronescuchó conatención. Mientras el velo misterioso había estado ensulugar,

ninguna señal astropática pudo llegar a la flotilla de los Ángeles Sangrientos. Parecía que, si bienhabíansido encerrados ensupeculiar prisión, el tiempo había discurrido enunpatrónanormal ylos acontecimientos se habíanmovido a sualrededor. Esta nueva guerra, al parecer, no se había limitado al cúmulo Signus o los Ángeles Sangrientos.

El primarca anunció que el mensaje llevaba el sello de Rogal Dorn, el propio Puño Imperial. Una ovaciónbreve manó de los legionarios. Muchos temíanque trampas similares a la que había atrapado a la IX legiónhubieransurgido para otros hijos firmes del Imperio, yla palabra de bienestar de Dorn fue recibida conalivio.

-Sí, está bienyvive -dijo Sanguinius, sincambiar suestado de ánimo, expectante. -Pero sus palabras alberganmayor importancia. Dorndirige las defensas de Terra, pero advierte de la podredumbre de la traiciónysuamplia difusión. Los Hijos del Emperador, los Portadores de la Palabra, los Amos de la Noche, la LegiónAlfa. Los Guerreros de Hierro, los Devoradores de Mundos yla Guardia de la Muerte. Todos ellos ahora vande la mano del Señor de la Guerra.

Unsilencio sobrecogedor cayó. Raldoronoyó el estruendo de la sangre ensus venas, sualiento atrapado ensugarganta. Si cualquier otro salvo el primarca hubiese dicho esas palabras hubiese sido denunciado enel acto. El primer capitánvio a sus hermanos de batalla luchando para procesar esta información. Fue una revelaciónvertiginosa, horrible. Las Legiones Astartes, escindidas por las mentiras. Una guerra civil desencadenada entre ejércitos colosales de combatientes forjados genéticamente, que sólo podía terminar conla galaxia enllamas.

Y esto era sólo el comienzo de la misma. Contundente, el mensaje-informe de Dornllevaba no sólo palabras de deslealtad, sino tambiénde muerte. Los Salamandras, la Guardia del Cuervo ylos Manos de Hierro se habíanllevado la peor parte de la traición, consus fuerzas casi destruidas. Marte estaba enllamas por na guerra civil. El destino -yla fidelidad- de los Cicatrices Blancas, Ultramarines, Ángeles Oscuros, Mil Hijos ylos Lobos Espaciales erandesconocidos.

La voz de Sanguinius no reveló nada salvo dura, ardiente ira cuando habló de suhermano Ferrus Manus, supuestamente asesinado por el propio Fulgrimydel granVulkan, tambiéndado por muerto. -Hemos salido de esta mazmorra infernal, ynos encontramos enununiverso diferente del que nos fuimos. Todo ha cambiado -

puso una mano sobre el corazónde rubíes ensuplaca pectoral, marcando una línea de sangre enella. -Incluido nosotros.

Cada guerrero sabía lo que quería decir. La sed roja se había vertido sobre todos ellos yse tambalearonconsupoder. Furio dijo las palabras que todos sentían. -Lo que ocurrió aquí no se puede permitir que vuelva a suceder.

-Pero sucederá -dijo Sanguinius. -Y cuando esa furia venga una vez más, lo sabremos. Los Ángeles Sangrientos estaránlistos. El fallo ennosotros no es algo que pueda ser despedido o derrotado con facilidad. ¡Es el enemigo interior, el reflejo del conflicto sinfin! -la furia ardiente ensuforma cambió ySanguinius caminó entre ellos, dando a cada guerrero unguiño o una caricia de sumano sobre suhombro. -Sí, es parte de lo que somos. Nuestro regalo ynuestra maldición. Y lo dominaremos, si queremos ganar esta guerra, la guerra de hermanos contra hermanos, por el Imperio yel futuro.

-¡Por el Imperio! –la llamada salió de los labios de Raldoron, ysuhermanos de batalla la llevaron bienalto, sacando sus espadas yempuñándolas enseñal de saludo.

El ángel asintió. -Nos despedimos de este lugar, hijos míos. No volváis la vista atrás yguiad vuestros ojos a las batallas por venir. Conestos pasos, nuestra legiónse embarca ensumayor desafío.

Embarcaronenlas naves yninguno de ellos miró por encima del hombro para ver lo que dejaron atrás. El brillo del oro yel rojo cerca de subota llamó la atencióndе Raldoronyagachándose, arrancó de la arena undistintivo de honor adornado conla forma de una lágrima. El distintivo estaba enmarcado conuntexto grabado; lo reconoció como perteneciente a unlegionario de la escuadra Vitronus, ydecidió devolverlo al lado de sudueño.

Cuando levantó la vista, el ángel estaba allí. -Ral -comenzó, -cuando salgamos del sistema quiero que envíes este mensaje a mi hermano. Dile a Dorncontra qué nos hemos enfrentado aquí, si puedes encontrar las palabras. Dile que los Ángeles Sangrientos estánencamino a la Tierra conla mayor celeridad posible.

Al lado de suprimarca el comandante de Guardia Sanguinaria, Azkaellon, expresó un descubrimiento. -Eso puede ser más fácil decirlo que hacerlo, señor . Los navegantes a bordo de las naves enel borde del sistema estáninformando de una

extraña confusiónenel vacío.

-¿Qué quieres decir? -dijo Raldoron. -¿Tiene algo que ver conese velo?

Azkaellonnegó conla cabeza. -No, esto es diferente -frunció el ceño. -Los navegantes hablabande una... "dislocación" del AstronomicónImperial. La luz eterna del granfaro enla Tierra no está donde debería estar.

Raldoronhizo una mueca. -¿Más trucos engendrados por la disformidad?

-Tal vez -consideró el primarca. -Tenemos que ser cautelosos. Pondremos a la flota enunmodelo distribuido ya los Navegantes atentos ente cualquier señal psíquica fuerte. Después de lo que hemos encontrado aquí, la legióndebe estar preparado para cualquier eventualidad.

Se acercarona una de las Stormbirds yla tripulaciónsaludó cuando el Ángel subió a bordo. Raldoronsiguió a Azkaellonydemás guardias sanguinarios subiendo por la rampa de desembarco.

Vio la mirada primarca fijarse ensucomandante de la Guardia. -Los informes completos sobre bajas aúnno me hanllegado... Me entristece tener encuenta la ausencia del capitánRedknife ennuestra reunión. ¿Qué suerte corrieronsus lobos?

El informe de Raldorona Azkaellonsobre la búsqueda de Stiel había sido completa ysinfisuras en suestimaciónde cómo el sacerdote rúnico había muerto; el capitánesperó que Azkaellonechara un vistazo ensudirección, pero nunca lo hizo. -Murieronconhonor, mi señor -respondió el comandante.

Conel redoble de los motores, los Stormbirds despegarondel desierto yvolaronhacia el espacio a una velocidad hipersónica. Se movíandemasiado rápido para que la onda de choque ciclónica les tocase, pero el primer capitáncaptó undestello de color blanco brillante conel rabillo del ojo reflejarse enuna ventana.

Se dio la vuelta.

El atrio central de la *Lágrima Roja* había sido unlugar de obras devocionales ytrofeos de batalla para alabar los elogios de la nave de guerra, pero después de Signus había cambiado tanto como la Legión. Muchas de las salas ypasillos de la barcaza de batalla fueronsellados tras los daños sufridos, reutilizando compartimientos ycámaras para necesidades más inmediatas. Los cambios en el

atrio habíanllegado sinordendirecta, sinembargo. Se hicieronensilenciosa comprensión.

A los pies de ungranfriso conel Ángel ysus guardias dorados, los hermanos comenzaronun monumento improvisado por los perdidos. Los artículos pequeños como medallas o cadenas de honor, cálices personales, espadas incluso rotas, formaronuntapiz enla pared del fondo. Los rollos de pergamino digitales se fijaronenel mármol yenellos había nombres escritos por docenas de diferentes manos. Esta sería la forma enque se recordaría, hasta que la ceremonia de duelo pudiera ser formalizada.

El sargento Cassiel extendió la mano ytrazó nombre de Meros conel dedo, arrugando el ceño.

-Entonces está muerto –una sombra se movió a sualrededor yCassiel supo que era la mujer llamada Tillyan. Ella se acercó a él, leyendo el pergamino. El sargento consideró; al principio, cuando partierona la misiónde ataque contra la catedral, había pensado enNiobe como unlastre. Ella aminoró suvelocidad, redujo sus tiempos de reacciónе hizo que el ataque mucho más difícil. Él tenía poco respeto por la ciudadanía Imperial común.

Pero ella lo había sorprendido consufortaleza. Esta mujer, que ni siquiera era unsoldado, había caminado conellos enunlugar lleno de terrores inimaginables incluso para los veteranos más experimentados. Ella no había vacilado. Cassiel vio una aleaciónenlos ojos de Niobe que le pareció familiar, la misma mirada que había visto ensí mismo, ensus hermanos. Ojos que habían contemplado una especie de infierno.

No estaba seguro de si ella estaba llorando; las emociones de los seres humanos sinaumentos le eran difíciles de calibrar.

No sabía los detalles completos del sacrificio del apotecario, ni sudestino final. A decir verdad, tampoco Cassiel. Golpeada, TillyanNiobe había permanecido inconsciente enel suelo del templo hueso mientras Meros dio suvida. *¿O lo había hecho?* Cassiel sabía conocía la muerte, yeso no fue lo que se cobró a suhermano.

-Él vivirá -ofreció el sargento. -Susemilla genética se recuperó desde el campo de batalla. Se convertirá enla génesis de las futuras generaciones de los Ángeles

Sangrientos. La valentía de Meros será recordada.

-¿Eso es todo lo que queda de él? -Cassiel no entendió la pregunta. -¿Y qué de suespíritu?

-No tengo conocimiento de esas cosas -le respondió, después de unmomento. Niobe sostenía un pequeño libro encuadernado encuero enla mano. Estaba maltratado yrayado, yno lo había visto antes. -¿Qué es eso?

Ella se ruborizó levemente, apretándolo contra supecho. -Era de Dortmund. Lo encontré ensu… -Niobe tragó. -Lo encontré -concluyó.

Cassiel había visto los restos de los supervivientes civiles, masacrados por los aguiluchos yfurias. Habíanmuerto por que supresencia fue revelada por la partida de Niobe yno habíansido gentiles conellos.

Abrió el libro yvio páginas de pequeños textos enrojo, enel dialecto local del gótico. -Hayunpoco de consuelo enellas -explicó.

Cassiel estaba a punto de irse, pero unimpulso extraño le previno. Miró el pergamino, una vez más, yluego al libro.

-Léeme parte del libro -dijo.

La sala de ejercicio estaba vacío cuando llegó Raldoron, conla esperanza de encontrar la paz de la meditaciónenla cámara abierta. Tal tranquilidad no llegó fácilmente a él.

Cuando el sonido de unpuño golpear contra los soportes de adamantiumrompió suconcentración, no se sintió molesto. El primer capitánse levantó de donde estaba arrodillado yse volvió. Sinesperar supermiso, una figura encapuchada pasó junto a él enla cámara.

-Amit. Ningúnotro guerrero de la Legiónsería tanaudaz -el Capitánde la Quinta retiró la capucha y fijó a suhermano conuna hosca ymelancólica mirada. -Pensé que volviste a la *Victus* -continuó Raldoron.

-Durante untiempo -dijo Amit concansancio. Abrió sus ropas yenuna mano portaba la desnuda
longitud de suespada de batalla, la hoja desolladora conpúas que le había ganado susobrenombre de “carnicero”. Se lo ofreció como untrofeo. -Toma esto de mí. Ya

no merezco ni mi rango ni mi condición. He deshonrado a nuestra legión. Los Lobos... -sus palabras se desvanecieron.

La sangre de Raldoronse heló cuando la pieza faltante cayó ensulugar ensus pensamientos. –Fuiste tú. Tus legionarios. *Fuisteis* responsables de la muerte de la escuadra de Redknife.

-¡Cógela! -gritó Amit. -Tengo que expiar lo que ocurrió. Yo ymis guerreros hemos traicionado a nuestro Emperador. ¡Asesinamos a nuestros aliados! ¡Hemos perdido el control! La sangre... -suvoz se quebró enungrito de dolor yde ira. -Me cegó. Sólo vi enemigos que debíanmorir.

¿Cómo pudiste hacerlo? Raldoronquiso gritar la pregunta, pero sabía la respuesta. Había sentido el poder de la Ígnea, apenas resistiéndolo incluso conla mujer paria cerca. A Amit ysus legionarios no se les concedió esa protección. La furia enellos, tancerca de la superficie enese momento, ahogó su razón.

-Asumiré la responsabilidad de lo que se hizo -dijo Amit. -Pierdo mi vida, mi grado ymi honor.

-No vas a hacer nada de eso -Azkaellonemergió de las sombras de la cámara, reluciendo consu armadura a la luz de las electro-velas. -No se permitirá.

-¿Estabas siguiéndome? -espetó Amit.

-Tú lo sabías -dijo Raldoron, mirando al comandante de la Guardia. -Cuando te confesé acerca de Jonor Stiel, lo sabías entonces.

Azkaellonasintió brevemente. -Los cuerpos de los guerreros de Redknife fueronrecuperados por alto guardiánBerus. Entendió la importaciónde cómo habíancumplido consufin, así como yo lo hice. Tomé medidas.

La confusióncruzó las facciones de Amit. -¿Qué quieres decir? -Mantuvo la verdad

de tu... error... al margendel Ángel.

Amit se volvió hacia Azkaellon, blandiendo suespada. -¡No tienes derecho!

El guerrero dorado se lanzó hacia delante yagarró la punta de la hoja, sujetándola entre los dedos. -¡Tengo todo el derecho! -gruñó. -¡Yo soyel señor de la Guardia Sanguinaria yes mi deber de proteger el primarca de todas las cosas!

-¡Has mentido al mismísimo Sanguinius! -escupió Raldoron.

-Yo sólo mantuve una sola verdad, por subienyel de la legión -empujó la hoja fuera de sualcance. -¡Lo hice para protegernos! –el momento de humor de Azkaellondecayó yse convirtió enfrío y controlado una vez más. -Y vosotros haréis lo mismo, mis hermanos.

-No -Amit sacudió la cabeza confuerza.

-Sí- insistió Azkaellon. -O nos condenarás a una mayor divisiónyderramamiento de sangre -él estudió a los dos. -Si Sanguinius supiera cómo murieronlos lobos de Redknife, ¿qué haría? Ensu pureza noble, él nunca lo mantendría oculto para siempre de LemanRuss. Él se cargaría la culpa, ¿y cuál sería el resultado? Unnuevo cisma entre dos legiones enunmomento enque la unidad debe ser primordial. ¡Estamos entrando enuna guerra civil! Sí, los Lobos Espaciales no puedenestar junto a la rebeliówndel señor de la guerra, pero menos aúnse les debe dar motivos para desconfiar de los Ángeles Sangrientos -lanzó una mirada fría a Amit. -No podemos darnos el lujo de apaciguar su culpa por actos cometidos mientras tú no estabas entusano juicio. Muchos horrores se desataron sobre nosotros enSignus. El tuyo es solo uno, capitán. -se volvió hacia Raldoron, conundestello de arrepentimiento ensus ojos. -Sabéis que tengo razón.

-El argumento es diabólico .dijo Raldoron, haciéndose las palabras cenizas ensuboca. Odiaba la mentira que era, pero al mismo tiempo la cruel lógica de Azkaellonera sólida.

-Me ordenas callar -gruñó Amit. -Pero ¿qué va a calmar el remordimiento enmi

corazón? -La carga que debes llevar es unpequeño precio a pagar -dijo Azkaellon.

La alabarda encarnada de Zuriel susurró de suvaina cuando Kano se acercó al sanctorum, dejando caer la espada ensucamino. -No este convocado, hermano -dijo el sargento de la Guardia Sanguinaria. –Hoyno habla connadie.

Kano hizo una mueca, engranparte por la picadura de las heridas encuración, pero más por undolor más profundo que no era tanfácil de desterrar. -Tal vez el ángel lo reconsidere si sabe que he venido a él.

El rostro de Zuriel cambió yhubo culpa allí. No se había dicho envoz alta, pero Kano sabía a qué alturas la locura brutal que se había apoderado de los Ángeles

Sangrientos, sucumbiendo incluso la Guardia Sanguinaria. Nadie podía culparlos, pero los guerreros dorados habíanabandonado sus puestos enel seno del Primarca para caer enlas garras de la sed de sangre. Cada uno de los legionarios de Azkaelloncargaba conla vergüenza de aquel incumplimiento de deberes, yKano se preguntaba cómo ibana pagar por ello.

Kano fue el único que se quedó; lo que Zuriel pudiera pensar de él a causa de eso, él no podía adivinarlo. Por suparte, el estatus de Kano estaba enproceso de cambio. Había sido parte enla ruptura de unedicto imperial, ymientras unos hablaronde restablecer la divisiónde Bibliotecarios, otros pidieronuna censura más severa.

Todos los Ángeles Sangrientos estabancansados, incluso si se encontrabanbien. Hacía días que la granflotilla había dejado el cúmulo Signus yviajado por los Mundos del Núcleo. La entrada enla urdimbre no había sido fácil: hipertormentas etéreas les esperabanenel reino extradimensional, empañando sucurso ymaltratando los campos Geller que protegíansus naves. Había indicios de que la propia disformidad se había agitado enfrenesí por las incursiones de las criaturas demoniacas. Cualquiera que fuese la causa, dificultó engrado sumo la marcha a los elementos de la flota. Luego estaba la cuestiónde la Astronomicón. El faro psíquico que orientaba desde Terra se presentó como el único punto fijo enel paisaje de otro modo maleable del espacio disforme, se había vuelto borroso. Una perturbaciónespacial de magnitudes no registradas desde la Era de los Conflictos se agitó enel vacío, robando a los navegantes sucerteza. Ahora la flota luchó a través de los gritos abismo, buscando el rayo psíquico más fuerte, conla vana esperanza de seguir adelante hacia el mundo del Trono.

El sargento estaba a punto de sacudir la cabeza ydespedir al adjunto conmás fuerza, pero luego un
icono indicador sutil enla avambrazo de la armadura de Zuriel parpadeo rojo. Suactitud cambió inmediatamente yla alabarda regresó a suvaina. -Puedes entrar.

Kano miró a sualrededor, preguntándose si Sanguinius había estado vigilando la antesala a través de algúndispositivo de adivinaciónoculto.

Enel interior, la cámara de solaz del ángel mostró algunos signos de daño ydesordenmenor, pero parecía insignificante. El primarca estaba enel centro de la sala, sentado enuna silla curul de metal pulido yterciopelo rojo. No portaba parte

alguna de sugranarmadura; a lo largo de las paredes lejanas había cápsulas hemisféricas conpaneles de cristalplas, revelando las partes de su servoarmadura que contenía. Sinembargo, sinel oro del Ángel no parecía disminuir. Más bien, era como si hubiera sido puesto enlibertad. Situadas sus alas por encima de la espalda, Sanguinius vestía ropas ordinarias de uncorte que era idénticas a las de unneófito, primero enel escalafón. Ellos no llevabanmarcas más allá del signo de la legiónyuna banda de negro espeso que rodeaba la manga de subíceps.

Unalto, larguirucho sirviente se inclinó sobre el primarca, conuna maraña de dedos de plastiacero delicados de rastreo ensurostro. Kano olió a tinta ysangre.

-Adelante -dijo el Ángel, sinvolverse. Levantó una mano yle hizo señas a Kano de acercarse. -¿Qué te pasa, hijo mío?

Cuando abrió la boca para hablar, Kano sintió unpeso descender sobre sus hombros. -Señor. Estoy profundamente preocupado. Cada vez que cierro los ojos, veo otra vez lo que acecha ante nosotros. Los futuros. Las posibilidades -sugarganta estaba seca ytragó. –Muerte.

-Esas cosas no estabandestinadas para ti -dijo el ángel. -Siento que hayas tenido que presenciarlo.

Kano llegó a situarse frente al primarca, haciendo una pausa para dar una profunda reverencia. Allí, pudo ver que el sirviente estaba trabajando enla mejilla de Sanguinius, moviendo pequeñas sondas sobre la superficie de la piel. Los puntos de luz láser brillante brillaronenlas puntas de los dedos mecánicos. Él miró hacia otro lado. -Esas visiones. Esos *acontecimientos*. ¿Es eso lo que usted ve, mi señor? Ensus sueños, ¿Ve la muerte del Imperio yel Emperador? ¿De la Guerra Eterna?

Transcurrió unlargo momento antes de la respuesta del ángel. -Sueño conmuchas cosas, Kano. Soñé contigo, años antes de serme conocido. Meros. Le vi también. Os vi a ambos realizar vuestros actos de valor, salvando mi vida. Salvando a nuestra legión. Pero sólo ahora me doycuenta del significado que había visto enesos breves momentos -agarró una esquina de sumanto ylo sostuvo enalto, pasando los dedos sobre la superficie de la tela. -Este es el tiempo, mi hijo. Untejido de posibilidades cruzadas yvueltas a cruzar entre sí. Pero es el tejido el que conforma la forma del mismo, no los hilos. Lo que puede parecer una costura de importancia conduce luego a ninguna parte. Y lo que es despreciado... -suvoz se apagó. -Yo no puedo

predecir nuestro futuro igual que no puedo comandar el movimiento de las estrellas -por uninstante, la mirada de Sanguinius se dirigió a su interior, recordando algo que pasó tiempo ha. -Mucho no me es desvelado tanto como lo es. Sabed esto, Kano. Lo que compartiste conmigo es sólo la madeja de las posibilidades, e incluso enel acto de observarlo altera sutrayectoria. Conoceremos el futuro cuando esté sobre nosotros, yno antes.

A pesar de sí mismo, Kano regaló una sonrisa triste. -Eso es poco consuelo, mi señor.

-Lo sé -dijo Sanguinius. -Créeme, lo sé. Encontrarás una especie de paz al final, pero cuando llegaste a mi cárcel mental, sacrificaste algo tuyo para llegar a mí. Nunca lo recuperarás, como Ecanus ylos otros bibliotecarios nunca volveréna vivir salvo ennuestra memoria -cogió ungrial rojo a sulado y lo levantó enseñal de saludo. -Sigo siendo honrado por la dedicaciónde mi legión. Tienes mi gratitud – cuando el Ángel tomó unsorbo, el sirviente lanzó unsuspiro yse retiró, retrayendo sus delgados brazos para doblarlos de nuevo ensupecho.

Entonces, enel rostro de Sanguinius, una sola lágrima negra había sido tatuada de forma permanente enla mejilla. La marca de ébano empañaba la forma perfecta de sus características, pero la llevaba conorgullo. -Así que no les olvidaré -explicó, yofreció el grial a Kano.

Lo tomó, sorprendido por el gesto. Contenía unrico yfino vino rojo, yel sabor le recordó a Baal. El sabor encendió unmomento de memoria; otro rico sabor enlos labios, otra sed de algo más.

El primarca lo observó yasintió conla cabeza. -La maldiciónha sido revelada. Tenía la esperanza de que nunca fuese así yenmi arrogancia traté de ocultarlo. Horus la usó enmi contra. Ha roto tantas promesas... Ahora cada ángel sangriento sabe de la quemadura de la sed roja, la sombra de su espíritu... ylo peor de todo es que una mayor oscuridad yace bajo ese impulso. Haré todo lo que esté a mi alcance para mantener a raya a ese futuro.

Sanguinius se levantó yse acercó a las ventanas altas de todo el santuario. No había la menor rigidez ensumodo de andar, el único signo externo de las lesióncasi paralizante que había sufrido enSignus Prime.

Vislumbrado detrás de pesadas cortinas de color carmesí, más allá del portal de blindado, los colores salvajes yno espaciales del immateriumse agitabanycompetían. El ángel retiró una cortina para mirar a la cara de la urdimbre.

-Pero hayfuturos de los que estoyseguro -ofreció el primarca. -La criatura Ka'Bandha que me hirió... tendremos unajuste de cuentas. Y vendrá una batalla más grande tras ella, contra el mismo Señor de la Guerra –la amargura llenó sus palabras. -Hice una promesa, Kano. Veré sufinal sangriento -el ángel se apartó de la ventana yla luz encarnada formó una aureola ensus alas plegadas. -Puede que llegue undía, ymás pronto de lo que anhelamos, cuando... cuando mis hijos tendránque seguir sin mí.

Kano se encontró sacudiendo la cabeza. -No, mi señor. Usted es eterno…

-Ningúnser es eterno -fue la respuesta, -ni siquiera mi padre -poco a poco, una orgullosa sonrisa cruzó los labios del primarca. –Tú, Ecanus ytus compañeros... Meros... cada uno de vosotros ha demostrado que los Ángeles Sangrientos tienenla fuerza yla nobleza para enfrentarse a cualquier desafío. No importa lo terrible que sea. Hicisteis todo eso sinmí a vuestro lado.

El grial rojo cayó de los dedos inertes de Kano, emitiendo unruido sordo enla cubierta al darse cuenta de lo que estaba oyendo.

La mirada de Sanguinius era fuerte yconstante. –Júramelo, hermano Kano. No contarás a nadie acerca de las visiones que compartimos.

Parecía una eternidad antes de que pudiera responder. –Conmi aliento. Te lo juro.

Las palabras apenas salieronde sus labios antes de que la cubierta de la *Lágrima Roja* tambalease bajo sus botas yla vista de pesadilla del espacio disforme se convirtiese enunbrilló blanco.

Kano sintió la fiebre enfermiza enel fondo de sus pensamientos que siempre acompañaba a una traslacióndel immaterium. Miró hacia arriba yvio a través del portal de estrellas desconocidas modeladas a través de la oscuridad del espacio, ylo que parecíanser naves.

El Ángel se volvió ysus ojos se estrecharon. -Esto no está bien.

Kano se giró cuando las puertas de la cámara se abrieronde golpe yZuriel entró a la

carrera, consus hermanos yMendrionHalkrynunos pasos más atrás. Tarde, las sirenas de alerta comenzarona sonar.

-¿Señor? -dijo Zuriel.

Sanguinius le despidió conungesto yse dirigió a una pantalla hololítica enel centro de la cámara. -Orden-le espetó, -prioridad.

Inmediatamente una imagennadó enla pantalla yKano vio una representacióntridimensional de la parte del puente de la *Lágrima Roja*. Una figura surgió a la vista: el capitánCarminus de la tercera compañía, el elegido por el Primarca para tomar temporalmente las funciones de almirante de la flota tras el suicidio de la almirante DuCade.

Carminus saludó yno esperó a la pregunta obvia. -Los navegantes, mi señor. Cayeronenuna especie de estado de coma hace unos momentos. Tratamos de despertarlos, pero que sólo balbuceabanacerca de "unpuerto seguro”. Entonces, ejecutaronsinaviso una traslacióndisforme aquí.

Halkrynestaba ante los grandes ventanales. -Este no es el Sistema Solar. Las estrellas estánmal -señaló hacia arriba yhacia estribor, donde ungrueso cinturónde la luz - la curva de unbrazo espiral galáctica- era claramente visible.

-Las estimaciones iniciales indicanque todavía estamos enel SegmentumUltima -dijo Carminus. -Los cogitadores estánejecutando coincidencias de constelaciones, pero parece que hemos sido *desplazados*.

-Cientos de años luz de nuestro curso -dijo el primarca. -Tenemos que asumir lo peor. Avisad a todos las naves, todos los escuadrones. Posiciones de combate, Sacrus. Cualquier cosa que no lleve nuestros colores se considerara enemigo -carminus saludó yse alejó de la visual para transmitir la orden.

-¿Cómo hemos llegado hasta aquí? -dijo Kano, luchando por procesarlo. -Deberíamos estar a las puertas de Terra.

-Los viajes por la disformidad nunca hansido una ciencia exacta -murmuró Zuriel. -Pero si nuestros navegantes estabande alguna manera dañados por el enemigo sinque lo sepamos... puede que nos hayanentregado a los traidores.

Sanguinius negó conla cabeza. -No. Esto es algo diferente, puedo sentirlo. Las

tormentas, el desvanecimiento de la señal de la Astronomicón. Todo está conectado -se quedó ensilencio, meditando. -Le dije a los Navegantes que siguieranla señal telepática más fuerte -el ángel miró a Kano. -¿Y si ese *no* era el faro de mi padre enTerra?

-¿Cómo puede cualquier luz ser mayor que la del emperador? -Insistió Mendrion.

El primarca fue adusto. -No lo sé.

Carminus reapareció enel hololito. -Señor primarca. Los elementos envanguardia de la flota están informando la aproximaciónde una línea escaramuza de naves no identificadas –siguió leyendo los datos frente a una pizarra enla mano. -Siluetas imperiales. Cruceros pesados. Fragatas. Destructores. Avanzanconlos escudos de vacío levantados ylas troneras abiertas.

-Una fuerza de bloqueo patrullando las aproximaciones -sugirió Zuriel.

Halkrynlevantó el brazo yseñaló. -Creo que los veo. Uncuarto arriba.

-Preparad las armas -ordenó el ángel. -Disparos de advertencia primero. Si no se retiran, que los artilleros apuntencontrayectorias letales -se apartó de la hololito yfue al portal, conKano detrás de él.

La fuerza de intercepciónse acercó a granvelocidad, haciendo que los puntos de luz ganaran definiciónrápidamente. Incluso desde una distancia tangrande, la visiónremota de Kano le brindó la forma de las naves. Vio el distintivo del arco concuchillas, comúnenlas naves de guerra imperiales yseñaló que muchas de las embarcaciones teníanel aspecto parcheado, tosco de las veteranas. Esta no era una formaciónnovata, sino la disposiciónpropia de las unidades cercanas a la línea del frente.

Enel borde del grupo de ataque, los cascos erande la gris plata comúnde los batallones de guerra del Ejército Imperial, pero las naves más grandes teníanuna librea diferente. Unbrillante azul cobalto como el visto a la sombra de uncielo crepuscular, conbrillantes adornos de oro blanco impecables.

Ensuhombro, Zuriel vio lo mismo. -¿Es posible?

-¡Mi señor! -Carminus le llamó desde el relé hololítico. -Estamos recibiendo una

señal... -el capitán titubeó, sinsaber lo que iba a decir. -Creo que es para usted.

El holograma parpadeo se dividió enunbaño de brillante estática, cambiando yreconstruyendo la imagen. Se convirtió enuna figura poderosa, unnuevo rostro, fuerte ysevero de proporciones aguileñas. Ungigantesco guerrero cuya presencia -aunque disminuida por la distancia ylo atenuado de la proyección- igualaba a la del Ángel.

-¿Roboute...? -Kano escuchó la sorpresa enla voz de suprimarca. -Hermano.

El señor de la XIII legiónsonrió, derrochando gratitud ensumirada. -Bienhallado, Sanguinius. Os doyla bienvenida a Ultramar ylos Quinientos Mundos -asintió conla cabeza, como reconociendo una verdad ya revelada. –Tullegada no podía ser enmejor momento. Ahora podemos empezar.

FIN DEL RELATO